



UNIVERSIDAD

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE BURGOS
BIBLIOTECA GENERAL DE BURGOS



LIBRARY



UNIVERSITY OF TORONTO

TESORO
DE CRATONIA
SAGRADA

V

LIBRARY



UNIVERSITY OF TORONTO



BV4217
T4
v. 10
1871-93

009543



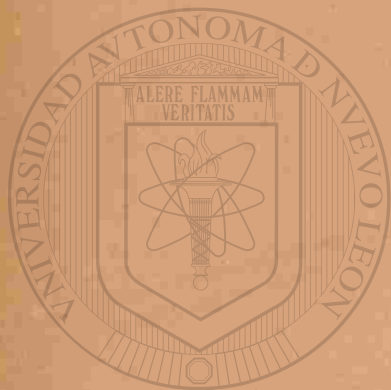
EX LIBRIS

HEMETHERI VALVERDE TELLEZ

Episcopi Leonensis



1080015281



TESORO

DE

ORATORIA SAGRADA.

PRIMERA PARTE.

TOMO X.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

DIVISION DE LA OBRA.

CUATRO COLECCIONES, CADA UNA DE LAS QUE CONSTITUTE UN COPIOSISIMO REPERTORIO, FORMAN ESTA GRANDIOSA OBRA: EL TESORO DE ORATORIA SAGRADA. LAS CUATRO COLECCIONES, O PARTES DE LA OBRA, INDEPENDIENTES ENTRE SI, SON LAS SIGUIENTES:

1.º **DICCIONARIO APOSTOLICO MORAL.** Comprende de 500 á 600 **SERMONES COMPLETOS**, y dispuestos de modo que, con ayuda de los Titulos, Planes, Divisiones, Pasajes y Figuras de la Sagrada Escritura y Sentencias de los Santos Padres, debidamente ordenado todo en el indice de materias, pueden sacarse miles de discursos, repertorios integros para **CUARESMA, ADVIENTOS**, etc.; siendo esta obra, por su estructura especial, un **THESAURUS BIBLICUS**, y un **FLORES DOCTORUM**, más completo que todos los conocidos hasta el día.

2.º **VARIEDAD** completísima de **PANEGIRICOS DE LA SMA. VIRGEN**, relativos á todos sus **MISTERIOS**, sus **VIRTUDES**, los **HECHOS** todas de su vida, y á los principales **TITULOS** y **ADVOCACIONES** con que la honran los fieles; distinguiéndose por el gran número de **Sermones propios para el mes de MAYO**, y acomodados á las diferentes clases de auditorios y demás consideraciones locales ó accesorias que convenga tomarse en cuenta.

3.º **SERMONES** panegiricos y doctrinales sobre los **MISTERIOS DE LA VIDA, PASION Y MUERTE DE N. S. JESUCRISTO**; sobre la **EUCHARISTIA, SAGRADO CORAZON DE JESUS**, festividades principales del Año Cristiano, Octavarios y Novenas, dedicadas á las más notables advocaciones de N. S. Jesus.

4.º **SERMONES** morales; **EJERCICIOS ESPIRITUALES** para Religiosos y diferentes clases y categorías sociales; **MISIONES** dispuestas al alcance de todas las inteligencias; **NOVENARIOS DE ANIMAS**, y demás series de indole análoga.

TESORO DE ORATORIA SAGRADA,

O SEA,
BIBLIOTECA SELECTA

PREDICADORES;

COLECCION ESCOGIDA

de Sermones, Pláticas y otros Discursos sagrados, sacados de los mas sobresalientes autores nacionales y extranjeros, en especial modernos;

CONSIDERABLEMENTE

ampliada con gran copia de trabajos originales, Sermones, Planos de sermones, Divisiones, Pasajes, Figuras de la Sagrada Escritura y Sentencias de los Santos Padres.

2.ª EDICION

CORREGIDA, ORDENADA Y COMPLETADA

POR UNA SOCIEDAD DE ECLESIASTICOS,

bajo la direccion

del **R. P. Ramon Buldu,**

Lector Franciscano.

Comode volumen la presente obra se vende por separado en el precio de 4 reales.



PRIMERA PARTE.

Tomo X.

CON LICENCIA DEL ORDINARIO.

BARCELONA:

LIBRERÍA CATÓLICA de los señores Pons y C.^ª, Archa, y Capellans, Jr.

1877.

CON RESERVA DE TODOS LOS DERECHOS DE PROPIEDAD.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
Biblioteca Voverds y Tellez

45174

BV4217

T4

V.10

1871-93



FONDO EMETERIO
VALVERDE Y TELLEZ

Propiedad de la Tasa, hijo, calle del Arco del Teatro, núms. 21 y 23.

TESORO
DE
ORATORIA SAGRADA,

ó sea,
BIBLIOTECA SELECTA
de

PREDICADORES.

PRIMERA PARTE.

DICCIONARIO APOSTÓLICO:

Comprende de 336 á 300 sermones completos, y discursos de modo, que, con ayuda de los Sínodos, Plenas de Clero, Divisiones, Pasajes, Figuras de la Sagrada Escritura y Sentencias de los Santos Padres, debidamente ordenado todo en el índice de materias, pueden sacarse miles de discursos repetidos íntegros para la Catequesis. Adviértase así: siendo esta obra, por su estructura especial, un **THESAURUS BIBLICUS** y un **FLORES DOCTORUM.**

2.ª EDICIÓN

CORREGIDA, ORDENADA Y COMPLETADA

POR UNA SOCIEDAD DE ECLESIÁSTICOS,

de la dirección

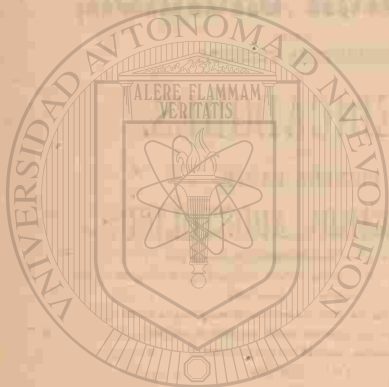
del R. P. Ramon Buldú,

Lector franciscano.

Predicate Evangelium omni creatura.
Matth. xvi. 13.

Tomo X.

CON LICENCIA DEL ORDINARIO.



PENALIDADES.

*Per patientiam curramus ad propositum
nobis certamen; aspicientes in Jesum.
Corramus con agnante á la meta que nos
es propuesta; poniendo siempre los ojos en
Jesús.*

(Heb. xii, 1 et 2.)

El combate de que habla el Apóstol es el que debemos sostener contra las aflicciones que Dios nos envía; y para aprender el orden del combate en que se decide la causa de nuestra salvación, el Apóstol nos exhorta de parte de Dios á considerar á Jesucristo, á Jesucristo crucificado, pues quiere que fijemos los ojos en la cruz... De ahí debemos inferir que para aprender el orden, la conducta, en una palabra, las leyes de ese combate de la paciencia, la escuela es el Calvario, y el maestro es Jesús crucificado; allí es donde nos envía el Apóstol. Sigamos su consejo: váyamos al Calvario y consideremos atentamente lo que en él pasa.

El grande objeto que desde luego se presenta á nuestra vista, es el suplicio de tres hombres. San Agustín ha dicho: *Tres erant in cruce, unus salvator, alius salvandus, alius damnandus.*

Aprendamos pues de esos tres pacientes, cuya causa es tan distinta, tres verdades capitales. 1.º contemplemos en *el paciente que sufre siendo justo*, la necesidad de sufrir impuesta á todos los culpables; 2.º aprendamos del *paciente que se convierte*, la utilidad de los sufrimientos sobrellevados con sumisión; 3.º veamos en *el paciente empedernido* la señal cierta de reprobación en los que sufren como pertinaces.

4. Para entender sólidamente esta verdad fundamental, hay que observar ante todo, que el gran misterio del cristianismo es, que un Dios quiso asemejarse á los hombres á fin de imponerles la ley de asemejarse á él; quiso imitarnos en la verdad de nuestra naturaleza, á fin de que le imitásemos en la santidad de sus costumbres; tomó

00330

nuestra carne á fin de que tomásemos su espíritu; por último, hemos sido su modelo en el misterio de la Encarnación, á fin de que él fuese el nuestro en todo el curso de su vida: *Simus ut Christus*, dice San Gregorio Nacianceno, *quoniam Christus quoque sicut nos: efficiamur dii propter ipsam; quoniam ipse quoque propter nos homo*. (Qué en el misterio de la Encarnación el Hijo de Dios nos tomase por modelos, aserado está en San Pablo: *Debit per omnia fratribus simulari* (Hebr. II, 17). *Quia ergo pueri communicaverunt carni et sanguini, et ipse similiter participavit eisdem* (Hebr. II, 14). *Nusquam enim angelos apprehendit, sed semen Abraham apprehendit ut misericors ferret* (Hebr. II, 16); porque no quiso dar un modelo á los ángeles, tomó la posteridad de Abraham; porque quiso servir de ejemplo á la raza de aquel patriarca, no según la carne, sino según el espíritu, como se ha dicho en otro lugar (Rom. IV, 12).

Debemos pues á nuestra vez imitarle. *Si quis autem Spiritum Christi non habet, hic non est ejus* (Rom. VIII, 9). Meditemos ahora sobre el espíritu de Jesucristo.

Por poco que consultemos la Sagrada Escritura, observaremos fácilmente que el espíritu del Salvador Jesús es un espíritu vigoroso que se alimenta de dolores y se recrea en las aflicciones. Por eso le llama el santo Profeta: Varón de dolores, y que sabe lo que es padecer: *Virum dolorum, et scientem infirmitatem* (Is. LIII, 3). ¿No diríais, cristianos, que aquella sabiduría eterna se redujo al venir al mundo á no saber más que las aflicciones? Si no me engaño, habla de aquella ciencia que la escuela llama experimental; y quiere decir, si lo entendemos, que entre tantos objetos diversos que se ofrecen de todas partes á nuestros sentidos, Jesucristo no ha saboreado nada dulce, ni ha querido saber por experiencia sino lo amargo y cruel, los dolores y las penas; y por eso nada hay en él que no haya sufrido el rigor de algun suplicio dolorosísimo.

• Y ciertamente, almas santas, es tan cierto que solo ha nacido para sufrir y que eso es todo lo que ha de hacer, que así que ve llegar el término de sus males, ya no quiere después prolongar su vida. No lo afirma sin razón, y fácil es convencernos por una circunstancia notable que San Juan notó en su muerte como testigo ocular. Aquel varón de dolores, extenuado en la cruz, moribundo, considera que ha sufrido todo lo que habían anunciado las profecías, excepto la amarga bebida que le estaba prometida en su sed; la pide con un gran grito, no queriendo dejar perder una sola gota del cáliz de su pasión. «Viendo Jesús que todo estaba cumplido, á fin de que se cumpliese otra pa-

labra de la Escritura, dijo: Tengo sed, *sitis* (JOANN. XIX, 28). «Y después de la hiel y vinagre, después de aquel último ultraje con que en su agonia quisieron áno perseguirle sus enemigos, viendo en los decretos eternos que ya nada más tenía que sufrir: Todo está cumplido, dijo: *Consummatum est* (JOANN. XIX, 30). Y el varón de dolores, cuando ve que ya todo lo ha sufrido, inclinando la cabeza, entregó su espíritu: *Et inclinato capite, tradidit spiritum* (JOANN. XIX, 30).

Agreguemos que Jesús quiso sufrir mucho más de lo que requería la redención de nuestra naturaleza, y la razón es, que si hubiese estado reducido á padecer lo que la necesidad de expiar nuestras culpas exigía de su paciencia, no nos hubiera dado la idea entera de la estima que hace de las aflicciones, y hubiéramos podido sospechar que ántes las consideraba como un mal necesario que como un bien apetecible; así es, que, no contento con pagar sus deudas, piensa también en sus delicias, que son los padecimientos: *Saginari voluptate patientie, discessurus volebat*; quiere saciarse ántes de morir, dice Tertuliano, por el placer de sufrir (De Pat. II).

Ahora bien, cristianos: ¿os parece si la ley de los padecimientos está escrita en nuestro modelo con caracteres bastante visibles?... Jesucristo quiere padecer en todos sus miembros; padecemos pues nosotros con valor, soportemos con resignación los achaques de nuestra naturaleza...

2. Hay en el fondo de nuestras conciencias cierto sentimiento secreto de la justicia divina que nos dá á conocer manifiestamente, por una luz interior que nos ilumina, que Dios es tan bueno, que nunca haría mal á sus criaturas si á ello no le obligasen sus pecados; de suerte, que el pecador, al sentirse castigado, se despierta reconociendo la justicia divina, y penetrado del temor á los juicios de Dios, confiesa con amargura los desórdenes de su vida pasada. Ved, en efecto, al buen ladrón, que extraña que su compañero no se haya convertido: *Neque tu times Deum, quod in eadem damnatione es* (LUC. XXIII, 40). Luego añade: *Et nos quidem juste, non digna facti recipimus* (LUC. XXIII, 41). En seguida vuelve una piadosa mirada al inocente que sufre, y dice: *Hic vero nihil mali gessit* (LUC. XXIII, 41). Así se arrepiente, padece sin quejarse, viendo que el justo padece. Y ¿qué le dice el Salvador? *Hodie mecum eris in paradisa* (LUC. XXIII, 43).

San Pablo ha dicho: La paciencia produce la prueba y la prueba produce la esperanza (Rom. V, 4). *Domine, memento mei cum veneris in regnum tuum*, exclama el ladrón penitente (LUC. XXIII, 42). Aquel crucificado ve á Jesús crucificado, y le habla de su reino;

aquel moribundo ve á Jesús moribundo, y le demanda la vida; sus ojos no distinguen más que cruces, y su fe no le presenta más que un trono: ¡qué fe y qué esperanza! «Su fe, dice San Agustín, comenzó á florecer cuando la de los apóstoles estaba marchita. Así es digno de ocupar un puesto entre los mártires, puesto que queda casi solo al lado de Jesucristo para ejercer el oficio de los que debieran ser los jefes de ese ejército triunfante.» Su virtud se ha perfeccionado de pronto, como lo prueban estas palabras: *Amen dico tibi, hodie mecum eris in paradiso* (Luc. xxiii, 43).

5. Los hombres endurecidos é impenitentes que padecen sin convertirse, comienzan su infierno ya en esta vida, y son viva imagen de los horrores de la condenación... ¿Queréis ver un espejo vivo del infierno y un cuadro animado del alma condenada? Mirad al hombre que padece y no quiere convertirse.

En efecto, el carácter propio del infierno, no es solamente la pena, sino la pena sin la penitencia. Así, pues, la impenitencia que sufre lleva ya ese carácter esencial de la condenación. Tal era el desecal Faraon, que se endurecía cada día á los golpes sin cesar redoblados de la venganza divina. Tales son aquellos de quienes está escrito en el Apocalipsis (xvi, 9), que, habiéndoles Dios castigado con una plaga terrible, se mortifican de rabia la lengua y maldicían al Dios del cielo, y no hacían penitencia. Esos hombres son como condenados, y la cruz les precipita á la condenación con el ladrón endurecido.

PENAS, véase: ETERNIDAD DE LAS PENAS.—ADVERSIDADES y AFLICIONES.

PENITENCIA.

(LA VERDADERA EN QUE CONSISTE.)

I.

Impietas impii non nocet ei, in quantum que die conuersus fuerit ab impietate sua.

Será perdonado el impío, en cualquiera ocasion en que se convirtiere de su impiedad

(EZECH. xxxiii, 42.)

¿Quien de nosotros, amados hermanos míos, tendrá la dicha incomparable de pertenecer al número de los escogidos? Sabemos con toda certeza que nuestras obras en el tiempo de la vida mortal son precisamente las que han de decidir de nuestra suerte por la duración interminable de los siglos. Sabemos más; esto es, que aunque hayamos empleado mucha parte de nuestra vida, la mayor, casi toda ella en el pecado, si por un beneficio imponderable de la divina misericordia conseguimos emplear en el ejercicio de las virtudes los últimos años de ella, los últimos días, los últimos momentos, nuestra suerte indudablemente será feliz. Por esta razón debéis aprovechar para vuestra conversión los momentos presentes, pues que nadie puede persuadirse, ni aún probablemente, á que no serán los últimos para él.

No es posible la entrada en el reino de los cielos por senda extrañada, hay que acogerse á uno de los caminos que conducen á él. Estos son tan solo dos; á saber, la inocencia y la penitencia; la conservación de la gracia recibida en el bautismo, ó su recuperación por la penitencia. ¡Por la penitencia...! Hé aquí lo que me arredra en gran manera y me llena de confusión y de asombro: si por la penitencia se salvan muy pocos, porque son muy raros los que la hacen como deben, porque apenas hay verdaderos penitentes. Esta es precisamente la razón por que he determinado declararos esta tarde, en que consiste la verdadera penitencia: de este modo podrán animarse los pusilánimes y desengañarse los que temerariamente confían. Pidámoslo por la intercesión de la Virgen Santísima: A. M.

1. Si no hicieris penitencia, nos dice el Espíritu Santo (Luc. xiii, 3), todos sin excepción pereceréis. Bien penetrada la Iglesia de esta verdad interesante, no se contenta con exhortarnos á la práctica de esta virtud; destina además como exclusivamente para su ejercicio el tiempo santo de la Cuaresma, y bajo la más terrible de sus penas impone á todos y á cada uno de los fieles la obligación de presentarse, una vez por lo ménos en cada año, al tribunal sagrado de la reconciliación. No obstante un precepto tan expreso y una pena tan grave, no faltan (ojalá fuera menor el número); no faltan cristianos que con fraudes demasiado conocidos eluden el cumplimiento de tan justa ley; y algunos llegan al extremo de burlarse descaradamente de ella. No faltan algunos que aparentan prestarse con docilidad, y tal vez tienen cierta satisfacción en hacer con alguna frecuencia la confesión de sus culpas; pero que llenos de una presuntuosa confianza continúan en ellas sin el menor remordimiento. Unos y otros han formado una idea muy equivocada de la penitencia, y por lo común inmeren impenitentes. Los primeros se figuran que la penitencia es absolutamente insuportable á la debilidad humana; los segundos la quieren hacer tan fácil que nada tenga de laborioso; aquellos se persuaden á que consiste en desgarrar continuamente el cuerpo con crueldadísima disciplina, con agudos cilicios; en conducirlo á lo sumo de la extenuación con frecuentes y rígidos ayunos; en alejar enteramente de sí el consuelo, el sosiego, el placer más inocente, la diversión, las comodidades, la alegría ménos peligrosa; en hacerse insociable para con todos, é insufrible á sí mismo por su afectado retiro, por la grosería de su trato y por la suma aspereza de su carácter: los segundos, por el contrario, suponen que de nada tienen que privarse para pasar del estado de pecadores al de penitentes; que pueden sin el más leve remordimiento continuar en los mismos peligros, en las mismas ocasiones, en los mismos desórdenes, sin más obligación que la de presentarse alguna vez á un sacerdote para hacerle, no una confesión de sus culpas, sino una relación tal vez jactanciosa de su vida desarreglada; ofrecele de pura ceremonia la enmienda; recitar en su presencia, como pudiera hacerlo un papagayo, la fórmula que llamamos acto de contrición, y recibir su bendición, á que con tales disposiciones no puede ménos de acompañar la más terrible maldición del Dios que penetra los corazones. No es fácil designar cuál de estas equivocaciones sea más perjudicial y funesta; pero es indudable que una y otra conducen á un mismo precipicio; en cuyo caso á los ministros de la predicación corresponde desvanecerlas.

No os arredreis, desdichados pecadores, tanto más pusilánimes

cuanto es mayor la fortaleza que aparentáis; no os arredreis al oír el nombre de penitencia, creyendo que para ser verdadero penitente es indispensable convertirse en un verdugo inhumano de sí mismo. Un David, apenas desengañado por Natán, exclama: *Es verdad que he pecado contra mi Dios* (II REE. xi, 13); y en el mismo momento logra oír de boca del profeta que ya estaba perdonado su pecado. El Hijo pródigo, abriendo los ojos á los golpes de que á pesar suyo se veía afligido, reconoce su error, se decide á volver á la casa de su padre, se ocupa en discurrir las humillaciones, la confusión, las palabras con que le pedirá el perdón de su yerro; y prevenido con todo lo que le sugiere su dolor, emprende la marcha en dirección á la casa de su padre; pero éste, apenas le ve, se adelanta ciego de amor, le dispensa todas las demostraciones que él quería hacer de su arrepentimiento, le abraza con la mayor ternura, le concede el perdón más generoso y absoluto, y le dá las pruebas del amor más tierno y abrasado. El buen ladrón, descubriendo en los últimos momentos de su vida la divinidad de Jesucristo y el amor infinito con que se ofrece á tan doloroso sacrificio por redimir á los hombres de la esclavitud del pecado, y conociendo al mismo tiempo la ofensa que ha irrogado á su infinita majestad, se arrepiente y le pide el perdón de todas sus culpas; y sin otra diligencia consigue oír de boca del supremo Juez una sentencia tan favorable, que le asegura que en el mismo día será trasladado al celestial paraíso, donde gozará para siempre las inefables dulzuras de la gloria.

2. No tengo necesidad de molestaros con la enumeración de tantos ejemplares como hay semejantes á estos, porque en solos ellos teneis una prueba de que ni David, ni el Hijo pródigo, ni el buen ladrón necesitaron, y de consiguiente, que ni los demás pecadores necesitan entregarse para su conversión á esas rigurosas mortificaciones que de tal modo os alarman. Lo que necesitaron aquéllos, y lo que indispensablemente necesitan cuantos pecadores pretendan obtener por la penitencia el perdón de sus culpas, es declararse contra el pecado y convertirse en sus más irreconciliables enemigos, aborreciéndolo de todo corazón, resolviéndose con una firmeza inviolable á padecer todos los trabajos ántes que volver á cometerlo; reflexionando seriamente que por él han ofendido á la majestad infinita de Dios; que se han rebelado alevosamente contra el árbitro supremo de los destinos de todos los mortales; que han hecho el más insolente menosprecio de aquel abismo insondable de bondad y de misericordia con que el Unigénito de Dios se dignó humillarse, y siendo él solo el ofendido, padecer los tormentos más inhumanos y la muerte más

cruel y afrentosa, para merecer á sus enemigos el perdón de las ofensas que á él le hacían; que en lugar de aprovechar agradecidos una generosidad que no ha tenido ni tendrá semejante, han arrojado por el suelo con un vilipendio asombroso y píjido con una diabólica osadía aquella sangre preciosísima, en que les había dejado el precio infinito de su redención, el remedio más eficaz para todas sus desgracias, la prenda más segura de su abrasado amor y el derecho más justificado á su misma gloria; y que para poner el colmo á su ingratitude, no solo no han correspondido á tantas demostraciones de su tierno é inmenso amor, sino que se han declarado además sus enemigos, perseguidores y verdugos, llegando hasta el extremo de reproducir en su divino Redentor todas las ignominias, todos los escarnios, todos los tormentos de su pasión, y darle con cada uno de sus pecados una muerte más cruel y dolorosa. Deben recordar que se han conducido de este modo con aquel Dios omnipotente, único autor y dueño de su salvación y de su vida, de sus potencias y sentidos, de todos los bienes que gozan, ó por mejor decir, de que abusan para ofenderle; deben considerar sobre todo, que sin embargo de tan indigna correspondencia y á pesar de que pudiera, según las leyes de su justicia, abandonarnos á nuestra locura, arrebatararnos en el acto la vida, de que somos tan indignos, y sepultarnos para siempre en los calabozos del infierno, tiene, por el contrario, la dignación de compadecerse de nuestra miseria, se manifiesta dispuesto á remediarla, nos llama, nos busca, nos convida, nos insta, nos proporciona en todas partes el baño salubérrimo de su sangre santísima.

¿Qué más, cristianos, qué más puede decirse, ni aún imaginarse de un Señor, á quien tan ingratamente se ofende? Si en vista de esto y de vuestra abominable correspondencia aún no os sentís penetrados de horror, de confusión, del más agudo sentimiento; si no detestáis con sinceridad el pecado y os ofrecéis gustosos á los más crueles sacrificios, por alejar para siempre de vuestro corazón este monstruo, no tengo inconveniente en decir que sois incorregibles, que excedéis en perversidad á los mismos demonios. No, amados míos, esa conducta no es regular; las bondades que nos dispensa la Providencia son acreedoras á todo nuestro reconocimiento; debemos abrasarnos en el amor más intenso, más puro, más inextinguible hácia un Dios tan benigno y paciente. Y he aquí la verdadera penitencia: el conocimiento de la ofensa infinita que el pecador ha hecho á la majestad excelsa del Señor con el pecado; el odio implacable al pecado; la sincera detestación del pecado; la guerra continuada al pecado; el deseo eficaz de dar al Autor de la santería una satisfacción proporci-

nada en lo posible á la cueldad de la injusticia que se le ha irrogado por el pecado: hé aquí lo que constituye la verdadera penitencia.

Es cierto que la Iglesia para completar el sacramento, impone á todos los penitentes la obligación de satisfacer de algun modo á la divina Majestad ofendida; pero esto lo hace precisamente por asegurarse de la sinceridad de su arrepentimiento, puesto que no puede penetrar el interior del corazón. Demás de eso, semejantes satisfacciones son siempre suaves, proporcionadas á la edad, al sexo, á las fuerzas y demás circunstancias particulares del penitente, y no están reducidas precisamente á la necesidad de atormentar y deshacer el cuerpo á fuerza de golpes; porque sabe muy bien, que cuando el arrepentimiento es sincero, eficaz, sólido y nacido de un verdadero amor de Dios, merece, sin necesidad de otra cosa, el perdón, no solo de la culpa, sino de toda la pena así eterna como temporal; merece por sí mismo la gracia y el derecho indisputable á la bienaventuranza. Pecadores pusilánimes, no os arredreis; arrojad de vuestro corazón el pecado; consideradlo como el más terrible de todos los enemigos, como la mayor de todas las desgracias; desterradlo para siempre de vuestras almas, y no dudéis que seréis perdonados, porque vuestra conversión es verdadera.

Al mismo tiempo es necesario desvanecer la vana presunción que suele abrigar la otra clase de pecadores. Suponen éstos, que sin más que manifestar los pecados al ministro de la penitencia, se consigue una completa remisión de ellos; pero este es un error muy trascendental. La confesión íntegra, ingenua, humilde y ruidosa de todos y de cada uno de los pecados mortales es indispensablemente necesaria, pero no suficiente, para obtener el perdón. La confesión sin la enmienda, la confesión sin restituir á Dios el amor y el absoluto dominio de nuestro corazón, y sin consagrarnos exclusivamente á su servicio, no sirve de otra cosa que de agravar la infelicidad de nuestra suerte; de redoblar las cadenas con que el demonio tenía aprisionadas nuestras almas; de hacer más difícil la conversión é incomparablemente más terrible la condenación. Semejantes confesiones son unas pruebas palpables de la dureza y obstinación del pecador; y es mucho de temer que sean un efecto del abandono de Dios, y un indicio casi cierto de que tiene ya irrevocablemente decretada su reprobación eterna.

¡Ay, desdichados! yo no sé que funesto error tiene sumergida en un abismo de ignorancia y estupidez á la mayor parte de éstos que se presentan en forma de penitentes! yo no sé como se dejan seducir del espíritu de la mentira que los adula, los adormece, los llena de

una presuntuosa confianza para asegurar sobre sus almas el dominio más despótico! yo no sé que tinieblas, que oscuridad derrama sobre su exaltada imaginación, para que no hagan mérito de lo mismo que con ansiosa sinceridad profieren sus labios! yo no sé que ceguera tan funesta los alucina, para que pretendan engañarse y se engañen efectivamente á sí mismos en el más interesante de los negocios! Confiesan hoy sus pecados; lamentan la desgracia de haberlos cometido; reconocen el espantoso peligro en que se han colocado; protestan no volver á pecar jamás, aunque el mundo, la carne y el infierno les prometan con la mayor seguridad por un solo pecado todos los placeres, todas las prosperidades, todos los bienes que puedan disfrutarse en la vida presente. Lo protestan, sí; y sus propósitos, sus protestas, sus juramentos duran poco más tiempo que el que se necesita para profetizar la fórmula de la absolución: desvaneciéndose luego á la más leve tentación; dando al olvido al menor peligro todas sus promesas; burlándose descaradamente de aquel mismo Dios á quien habían jurado un amor inviolable; ofendiéndole, injuriándole y crucificándole con nuevos pecados. Esa es la razón porque con una satisfacción diabólica vuelven á lavarse en el saludable baño de la penitencia, para rivalearse de nuevo y con mayor libertad en el cenagal inmundo de los vicios. Si fuera verdadera y provechosa esta penitencia, no es posible que la Iglesia, la más piadosa y compasiva de las madres, hubiera usado en los tiempos primitivos, que fueron los de su mayor gloria, tan excesiva severidad con aquellos de sus hijos que reconocidos volvían á su venturoso resili. Estos tales confesaban entonces sus pecados con más ingenuidad aún que lo hacemos nosotros ahora; herían fuertemente sus pechos; derramaban abundantes y tiernas lágrimas; y sin embargo, la Iglesia los hacía pasar por unas pruebas las más humillantes, las más alicativas, las más rigurosas y de bastante duración, aunque fueran impuestas por un solo pecado; y todo esto con el fin de asegurarse más y más. Comparemos con aquellas nuestras satisfacciones, y veamos si son proporcionadas á las culpas. Aquellas eran más ó menos graves en proporción á la gravedad de los pecados y al mismo tiempo contrarias á ellos. Entonces podía decir con verdad Tertuliano, que un penitente es un hombre enojado consigo mismo, cubierto de saco y de ceniza; un hombre que ayuna, que llora, que está en continua oración: hoy para ser penitente, no es necesario refrenar las pasiones, mudar de vida, castigarse con tanta severidad: gracias á la depravación de nuestras costumbres, es bastante acercarse al tribunal de la penitencia, recitar con los labios solamente el

acto de contrición, aceptar la insignificante satisfacción que impone el sacerdote, y recibir su bendición; y con esto se acabó la penitencia.

Si; ya se acabó la penitencia; ya no hay más que penitentes de teatro, porque no se conducen de otro modo en nuestros días que los farsantes; ya no hay más que hipócritas de la penitencia. Aparentan aborrecer el pecado, pero lo aman de todo su corazón; fingien amar á Dios, mas en realidad le aborrecen; manifiestan hacer una confesión, y hacen un sacrilegio: dan á entender que tratan de aplacar la ira del cielo, pero la irritan mucho más; se ostentan como penitentes, y son pecadores. Mirad, cristianos, á Jesucristo crucificado, y no podreis menos de reconocer vuestro error. Ese Señor tan atribulado ni conoció la culpa, ni fué capaz de cometerla; y vosotros, habiendo cometido tantas; pretendéis conseguir su gloria sin participar de sus padecimientos! El mismo dice (Luc. xv. 27), que *no puede seguirle quien no cargue con su cruz*; y vosotros esperáis abompararle huyendo de ella como del mayor enemigo! ¡Ah ignorancia! ¡funesta ignorancia! Entrad pues en cuentas con vosotros mismos, y conocedla que es tanto mayor vuestra miseria, cuanto más os alejais de la penitencia. Resolvedes en favor de ella, que ya no tenéis razón para temer despues de conocerla perfectamente; y que es el único recurso que os queda para conseguir esa felicidad, que es el centro de todos vuestros deseos.

PENITENCIA VERDADERA.

II.

*Facile fructus dignus penitentiae.
Hoc est dignus fructus de penitentia.
(Luc. vi. 8.)*

Por más feliz que sea la suerte del hombre en el estado de la culpa, si toda penitencia fuese verdadera, ó si fuera fácil discernir la penitencia verdadera de la imperfecta y falsa, tuviera el pecador con

que consolarse en su desgracia, porque á lo ménos pudiera mirar la penitencia como un infalible recurso, y como fundamento seguro del sosiego y de la paz. La mayor miseria del pecador es, que estando como lo está, asegurado de la realidad de su culpa, no puede jamás estar absolutamente seguro del valor de su penitencia. Todos los oráculos de la Escritura nos enseñan, que solamente la penitencia verdadera y perfecta salva al hombre; y al contrario, hay otras muchas, las cuales, ó por ser falsas y vanas, ó por ser imperfectas é insuficientes, no le salvan. Si sucede que llegue á engañarse, y que, por no discernir bien, venga en la práctica misma de la penitencia á tomar lo falso por verdadero, y juzgar suficiente lo que es defectuoso; desde ese punto cae en el abismo de los más desventurados pecadores, pues la misma penitencia, que habia de ser su justificación y su salvación, se convierte en causa de su condenación y de su ruina. Veis ahí lo que la ha de hacer temblar, si entiende bien la ley que profesa.

¿Queréis, pues, hermanos míos, severar hoy vuestras conciencias cuanto fuere posible en un punto de tanta importancia, y saber para este fin, qué penitencia es la verdadera, ó por mejor decir, en qué consiste el juicio acertado con que debéis discernir la penitencia verdadera? Pues esto es lo que intento enseñaros, y veis aquí en pocas palabras todo mi designio.

Llamo penitencia verdadera y segura la que el santo precursor S. Juan Bautista predicaba á los pueblos que iban á buscarle en el desierto, cuando les decía: *Haced dignos frutos de penitencia*. No se contentaba con que hiciesen penitencia; sino que, para esperar algo de su penitencia, quería que hiciesen juicio de ella por los frutos. Porque la penitencia no es sólida, ni se admite por descargo en el tribunal de Dios, sino en quanto es eficaz; y puede ser eficaz sino por medio de los frutos que produce? Estos frutos se reducen á tres: la penitencia eficaz es la que quita la causa del pecado, la que remedia los efectos del pecado, la que hace que se sujeto el pecador á los remedios del pecado. Estas son las tres propiedades que os ruego reparéis atentamente, y ellas han de dividir este discurso. Quitar generosamente lo que es causa ó materia del pecado. Reparar enteramente lo que ha sido efecto y consecuencia del pecado. Sujetarse fielmente á lo que debe ser remedio del pecado. Si vuestra penitencia, amados oyentes, se acompaña con estas tres condiciones, podéis fiaros en ella sin incurrir en la nota de temerarios ni presuntuosos; pero una sola de estas condiciones que la falte, hasta para hacerla inútil y aún reprehensible. A. M.

4. Por más estregada que esté despues del pecado y por el pecado la naturaleza del hombre, no es objeto de su amor el pecado como pecado. Se quiere lo que es materia, y causa del pecado, pero en sustancia no es el pecado lo que se quiere; quiero decir, se quiere el deleite que Dios prohíbe, pero no se quiere porque le prohíbe. Se quiere el interés de la usura que es interés injusto; pero no se quiere porque es injusto, sino porque es de conveniencia. Se quiere la venganza que es culpable; pero no porque es culpable, sino porque se juzga que consiste el honor en ella. Digo mas; se quisiera, si fuera posible, separar lo uno de lo otro, y con una precision que fuera muy del gusto de un hombre licencioso, se quisiera que no estuviera prohibido por Dios lo que se ama; se quisiera que no se diese Dios por ofendido del deleite que se solicita en satisfacer la propia pasión: en una palabra, se quisiera poder satisfacer sin pecar. Pero, porque estas dos cosas son inseparables, y en la ocasión en que supongo al pecador, el deseo que tiene de satisfacerse le hace utropellar con el miedo que tiene de pecar; de ahí es que sin amar el pecado, y aún aborreciendo el pecado, con todo eso, peca en esa satisfaccion que se solicita. ¿Por qué? Porque á lo ménos quiere lo que sabe y no puede ignorar que es causa y materia del pecado, y esto basta para hacerle, aunque no quiere, trasgresor y provaricador de la ley de Dios. No es pues precisamente por el aborrecimiento del pecado considerado como pecado, por donde se han de distinguir los pecadores que se han convertido eficazmente, de los que no se han convertido de veras.

Pues ¿por dónde hemos de empezar á hacer en nosotros el juicio de la verdadera penitencia, y de lo que yo llamo ahora detestacion eficaz y sincera del pecado? Hemos de empezar por la separacion actual y efectiva de lo que reconocemos que es en nosotros la causa del pecado. Por renunciar muchas cosas deleitables, en que, segun el concepto de un hombre carnal, consiste la dulzura de la vida; pero son tambien por el mismo caso veneno mortal de nuestras almas y estímulo del pecado. Por huir los objetos que excitán en nuestros corazones aquellos deseos perniciosos que no pueda conciliar la concupiscencia, sin que nazca de ella el pecado. Por la exacta fidelidad en evitar aquellas conversaciones, cuya escandalosa licencia corrompe la pureza de las costumbres, pues de ella se originan las más considerables heridas, y muchas veces las más incurables de nos dá el pecado. Por la severa, pero necesaria y saludable determinacion de negarnos á aquellas compañías y tratós que son para nosotros como los lazos del pecado; á aquellas representaciones y fiestas públicas, cuyo único efecto es commover las pasiones más vivas, y derramar en

la imaginación y en los sentidos las más peligrosas semillas de la maldad; á laeraquellas materias en que muestra curiosidad reprobable tantas veces y tan justamente es castigada con las malignas impresiones que dejan del pecado. En una palabra, por aquella evangélica circuncisión, que no parando en la superficie, ni en la mudanza exterior del hombre, despoja al hombre de lo que está más arraigado en su corazón; y es en el origen del pecado. Si, esto es por lo que el cristiano ha de medir la eficacia y la virtud de su penitencia.

Quitad todas las palabras inútiles, y convertíos solidamente. Vosotros detestáis, así lo decís, vuestro pecado; lo renunciáis, por lo ménos lo juzgáis así. Pero por ventura os engañáis en el testimonio que os dáis; y vuestra presumida contrición nada ménos es delante de Dios que lo que os parece. Por ventura os mueve más la confusión de vuestro pecado que su malicia; más los remedimientos y la inquietud que os causa, que la injuria que habeis hecho á Dios; más las perplexidades en que os pone, que la desgracia de Dios que os ocasiona; si esto es así, esa es contrición puramente humana. Por ventura nace vuestro engano de confundir los auxilios para la penitencia que seáis, con la misma penitencia que no tenéis; los deseos de la conversión que Dios os inspira, con la misma conversión de que estais muy lejos aún; es decir, por ventura creéis que estais ya trocado y convertido, cuando solamente desearis estarlo; si esto es así, es una contrición aparente. Pero ¿queréis salir de esta incertidumbre? ¿Queréis conocer lo que sois? *Tórtela cuerda*. No os contentéis con palabras que son siempre equivocadas y sospechosas; Dios os pide que quiteis la materia y la causa del pecado.

2. También quiere que reparemos sus efectos. Para esto me cito á dos importantes máximas de la Escritura, que han de corregir en nosotros dos de los más claros y más peligrosos abusos á que estamos sujetos, aún cuando queremos volvernos á Dios en el designio y en la planta de conversión que nos trazamos. Primera máxima: Para convertirse á Dios eficazmente no basta hacer penitencia, sino que es preciso hacer frutos dignos de penitencia. ¿Cuáles son estos frutos de penitencia? Véistos aquí: reparar los efectos del pecado con obras directamente contrarias al pecado mismo, según sus diferentes especies. Reparar los efectos de la usurpación, ó de una posesión injusta, con la restitución; reparar los efectos de la maldad ó de la calumnia, restituyendo la honra y la reputación; reparar los efectos de la cólera y de la injuria con la humildad de la satisfacción; reparar los efectos de la enemistad y del odio con la sinceridad de la reconciliación. Véis ahí los frutos dignos, los frutos proporcionados,

los frutos necesarios, los frutos que no son sospechosos de la penitencia. Todo esto es esencial. Frutos dignos de penitencia, porque es necesario, para producirlos, que el pecador haga unos esfuerzos de los cuales solamente es capaz la penitencia verdadera, quiero decir, la penitencia sobrenatural. En efecto, ¿qué otro motivo sino el de una penitencia perfectísima y toda sobrenatural podrá hacer que se resuelva un rico avariento á restituir una hacienda que ha adquirido ó retenido injustamente, sin poder restituirá sin caer del estado en que se halla, y siendo por el mismo caso la restitución cosa más triste y ménos tolerable que la misma muerte? ¿Qué otro motivo podrá obligar á un hombre altivo y soberbio, que consiga de sí el humillarse para satisfacer á los que tiene ofendidos, aunque sea á costa de su soberbia? Y si acaso es él el ofendido, ¿qué otro motivo le persuadirá que abogue el dolor de la injuria que ha recibido, y se reconcilie sinceramente con su enemigo más mortal? Esto, Señor, no puede ser sino obra de vuestras manos, y mudanza tal solo de vos puede venir. La virtud de un hombre no llega á tanto. Es necesario no solamente que venga vuestra gracia á socorrerle, sino la más poderosa de vuestras gracias. Es necesario que esta gracia le haga concebir y dar á luz estas resoluciones heroicas: sin ella, el espíritu estragado del mundo hiciera que abortasen.

Frutos proporcionados. ¿A qué? A la ofensa. De otra suerte la penitencia no solamente fuera falsa, sino odiosa; no solamente reprobada de Dios, sino condenada también del mundo; porque el mismo mundo quiere aquí la proporción. Vos os habeis hecho rico á costa de la vida y del huérano; y juzgáis que habeis satisfecho esa deuda con algunas buenas obras, que ni al huérano ni á la viuda les han de ser de provecho. Vos habeis destruido la reputación de vuestro hermano; y sin que os tenga más costa, os contentáis cumpliendo con él con unos puros obsequios de una caridad ordinaria. Vos, por destruir á vuestro enemigo, habeis exagerado y habeis inventado; y toda vuestra penitencia consiste en llorar delante de Dios y hacer oración. No, no, amados oyentes míos, no va eso como lo pensáis. En el orden inviolable é indispensable que ha establecido Dios, la murmuración no se satisface con la oración, ni la injusticia con la limosna. Para tener delante de Dios el mérito de una penitencia eficaz, es necesario guardar las proporciones dispuestas por el derecho divino; y en lugar de hacerse una penitencia según el gusto y áun según la devoción propia, es necesario hacerse una devoción y una penitencia según las reglas que la conciencia recta prescribe.

Frutos necesarios, porque en vano nos imaginaremos tempera-

mentos, ni medios de composición, ni explicaciones, ni rodeos: á pesar de todos esos rodeos y explicaciones, á pesar de todas esas composiciones y temperamentos; siempre ha de ser preciso venir á parar en la decisión de san Agustín, contra la cual nunca han de prescribir ni la codicia, ni la maldad, ni la anchura de la doctrina, ni la corrupción de los espíritus del mundo. Si pudiendo restituir la hacienda que tenéis á cargo, rehusáis el restituirla, por más muestras que deis de un corazón contrito y arrepentido, contralacéis la penitencia, más no la hacéis. Y si la hacéis verdadera y sinceramente, el pecado no se os perdona sino con la condición precisa de resarcir el daño que habéis hecho.

Segunda máxima: No basta hacer penitencia delante de Dios, es menester hacerla también delante de los hombres. Se hace delante de Dios reconociendo delante de Dios la culpa; pero se hace delante de los hombres satisfaciendo el escándalo del pecado y quitando también á los que se aplican á él. Sin esto no hay buena penitencia. ¿Que no pueda yo, amados oyentes míos, hacer que entendáis toda la extensión y toda la fuerza que hay en este punto de doctrina! Es preciso que la penitencia ponga remedio en el escándalo del pecado. El escándalo que nace del pecado es una parte del pecado; y mientras no se remedia, aunque el pecado cese, ó por decirlo con más claridad, aunque ceséis en cometerle, no queda absolutamente destruido. Es pues necesario que la penitencia, después de haber curado de lo uno, se aplique á lo otro; y porque no puede hacer esto sino á costa del pecador, es necesario, para que la penitencia sea eficaz, que destruya el pecado en la persona del pecador, y llene de confusión al pecador para destruir el pecado. De otra suerte, ¿que buen ejemplo tomará el prójimo de vuestra conversión? Y si es verdad que vuestro pecado tuvo las infelices consecuencias que vos mismo lloráis: si es verdad que al desviaros del buen camino, fuisteis causa de que lo perdiesen tantos; ¿no pide la razón que sirvais para que vuelvan á él? No es justicia que les restituáis lo que les habéis hecho perder, edificándolos con vuestra penitencia, cuando les habéis escandalizado con los desórdenes de vuestra vida? No obstante, casi nunca se discute así en el mundo; pues ¿no está lleno de aquellas almas mundanas, que, juzgando según los deseos de su corazón, piensan que es prudencia reservarse en el estado mismo de su imaginada penitencia todo lo que puede servir para recurso ó para consuelo del amor propio, todos los deleites de la conversión, todo el nacimiento de la prosperidad, toda la ostentación y fausto de la vanidad; en una palabra, todo el exterior del pecado? ¿Es

este el modo con que tantos famosos penitentes se convirtieron? ¿Es este el modo con que caminaron, cuando, movidos del espíritu de Dios, entraron en el camino de la penitencia? ¿No son la humildad, la austeridad y el retiro, el partido que generosamente y á cara descubierta abrazaron? Imitémosles, hermanos míos, para hacer cesar no solamente el mal, sino también todas sus apariencias. De esta suerte haremos que nuestra penitencia sea eficaz, y después de haber cortado la materia y la causa del pecado, después de haber reparado las consecuencias y los efectos del pecado, no nos resta más que sujetarnos á los remedios del pecado.

3. Los Padres consideran al pecado, especialmente cuando se ha convertido en costumbre, como una enfermedad de riesgo con que ha de pelear la penitencia, y contra la cual ha de emplear los remedios más eficaces. Dos suertes de remedios debemos tomar contra el pecado; unos para librarnos de él; otros para castigarnos, por haber caído en él; aquellos para no volver más á pecar, y éstos para satisfacer por el pecado: los primeros son remedios preventivos, y los segundos, si me es lícito hablar así, remedios correctivos. Y con el uso sincero de unos y otros ponámonos en estado, ya que no de quedar absolutamente seguros de nuestra penitencia; por lo ménos de tener una certidumbre moral de ella, y poder creer con fundamento que nos restituye á la gracia de Dios y nos ha de conservar en ella. No hay persona que por las varias experiencias que haya hecho de esta materia, por poca reflexión que al mismo tiempo ó después haya hecho sobre ellas, no haya reconocido lo que puede preservar del pecado, y lo que es á propósito para mantenerle en lo justo. Por más inconsiderado y por más ciego que esté un pecador, no lo está tanto que en el corriente de sus más desenfadadas pasiones no observe, aun á su pesar, sus yerros y sus caídas; y en estas caídas, por graves que sean, no se diga muchas veces secretamente á sí mismo en lo interior de su corazón: si yo me valiera de esta y de aquella cautela, no tuviera el pecado tanto imperio sobre mí, y aun pudiera del todo estar prevenido contra él e impedirle. Pues yo digo, hermanos míos, que la prueba convincente de una conversión sincera es tomar en el camino de Dios estas medidas necesarias para prevenirse, seguir en esto sus consideraciones particulares y sus conocimientos, guardarse á sí mismo fidelidad, oírse á sí mismo, y no omitir nada de cuanto se juzga más eficaz para mantenernos y defendernos.

También lo es la confesión frecuente, porque nos proporciona un socorro pronto y casi siempre indefectible contra los combates más

impetuosos y violentos. El que se arma con ese sacramento está más fuerte en las ocasiones, y en sus resoluciones más firme: cuanto más os desviareis de él, tanto menos fuertes os laicéis, y tanto más os relajáis. Para ir por el camino de la salvación con perseverancia, habéis menester quien os conduzca y os guíe; un hombre que tengais en lugar de Dios, y con sus consejos os inspire firmeza en lo bueno; la obligación de volver á él y darle cuenta de vuestra alma, es como una prisión que detiene vuestras inconstancias y vuestras ligerezas: en una palabra, en ese sagrado tribunal, y entre las manos de sus ministros, ha puesto Dios, por hablar con el Apóstol, las armas de que debemos revestirnos para resistir y estar firmes en el día de la tentación.

Acabemos, y digamos una palabra de la segunda obligación. Para convertirnos efectivamente no basta preservarse del pecado evitando el caer en él, es menester satisfacer por él después de haberle cometido; es menester practicar contra sí mismo aquella justicia vindicativa que ejercerá Dios algún día contra el pecador impenitente. Si el castigo del pecado á que como árbitros y jueces en nuestra causa propia nos condenamos, el cual respecto de nosotros se llama propiamente penitencia; si el castigo del pecado tuviera proporcion con el mismo pecado; si tuviéramos tanto celo que no nos perdonáramos en nada; si á pesar de nuestra delicadeza, todas las veces que nos olvidáramos de nuestras obligaciones, y por cada falta en que caemos, tuviéramos aliento para imponernos una penitencia y para mortificar-nos, me atrevo á decir que no habría vicio que no se arrancase de raíz, ni pasión que no se venciese. Cuando la Iglesia castigaba antiguamente con penas canónicas y proporcionadas á cada especie de pecado, florecía la inocencia, y la penitencia era ejemplar; pero el día de hoy se satisface y se quiere satisfacer á mucho menos costa. ¿Y á qué se sigue de ahí? Que el día de hoy se peca con más desahogo, y se permanece en el pecado con mucho mayor sosiego; que es más rara cosa el apartarse de él, y que casi todas nuestras penitencias son vanas, ó por lo ménos muy sospechosas.

Pues hagamos ahora lo que hacía la Iglesia en los primeros siglos; entremos en los mismos sentimientos, llenémonos del mismo espíritu, conformémonos con sus mismos estilos, acordémonos que si la Iglesia se ha remitido algo en lo que concierne al uso de la penitencia, ha sido sin perjuicio de los derechos de Dios, y que en eso ni ha querido, ni ha podido aflojar un punto; que si ha consentido mudanza en algunas reglas que ella misma había establecido, no ha tocado en la obligación esencial de satisfacer á Dios, que no es de su

jurisdicción. El pecado debe castigarse en esta vida ó en la otra, ó por la venganza de Dios, ó por la penitencia del hombre; no esperamos á que Dios cuide por sí mismo de tomarse toda la satisfacción de él que le es debida. Prevengamos los rigores de su justicia con nuestra penitencia; armémosnos de un santo celo contra nosotros mismos; tomemos por nuestra cuenta los intereses de Dios contra nosotros mismos; vengüemos á Dios á costa de nosotros mismos. En una palabra, amados oyentes míos, quitemos la causa del pecado, reparemos los efectos del pecado, sujetémonos, aunque nos cueste, á los remedios del pecado, y de ese modo nos restituiremos al camino de la salvación y de la gloria que os deseo.

PENITENCIA FALSA.

III.

Nolle juvni ducere cum infidelibus. Qui enim participat justitiam infidelium.
No queráis uniros en yugo con los infieles. Porque, ¿qué tiene que ver la santidad ó justicia con la infidelidad?

(II Cor. vi, 14.)

Nuestras penitencias son engañosas, hipócritas y pasajeras. ¿De qué suelo dimitar eso? De que cuando pensamos ó nos lisonjamos de pensar formalmente en desterrar el pecado, no comenzamos evitando la ocasión del pecado; dícese que el corazón ha cambiado, mientras que las costumbres, la conducta, las relaciones y los pasatiempos son los mismos.

Escuchad y aprended, los que tras largos extravíos os disponéis á volver al sendero de la justicia y os proponéis perseverar en él; yo os digo, que si no evitáis la ocasión del pecado, si el primer paso que dais en el camino de la salvación no os aloja y separa del pecado, vuestra penitencia no es sincera y será transitoria; digo: *A. que es una penitencia que debéis considerar á lo ménos dudosa y sos-*

pechosa, à causa de la cual debéis temblar; 2.ª que es una penitencia frágil é inconstante, en la cual no debéis confiar.

1. Si la ocasion del pecado os gusta, tambien os gusta el pecado; no renunciáis à lo que para vosotros es una disposicion ó preparacion al pecado; luego no renunciáis sincera y verdaderamente al pecado; luego vuestra penitencia no tiene ni puede tener más que las vanas apariencias, la superficialidad y exterioridad de la penitencia cristiana: verdad terrible que apoyo en tres reflexiones sencillas y naturales que espantan, sobre el vacío é insuficiencia, sobre el crimen quizás é hipocrésia sacrilega de esas somi penitencias que pretenden estar en los sentimientos y que no se manifiestan en los acciones. Yo sostengo: 1.ª que son mirraras de lo que se oree las penitencias sobre las cuales tiene derecho à tranquilizarse el penitente; 2.ª que de todas las penitencias dudosas y sospechosas no hay ninguna que lo sea más que la penitencia que no evita la ocasion del pecado; 3.ª que la penitencia que no la evita lleva visiblemente los caracteres de una penitencia falsa.

Lo que pierde, lo que condena à los hombres, es aún más la impenitencia que el pecado. Lo que puebla el infierno es una impenitencia solapada y oculta bajo el velo de la penitencia; penitencia que entrefiende à un alma que no tiene audacia para ser del todo impenitente, ni fuerza para llegar à ser verdaderamente penitente; penitencia capaz de imponer à los demás y de fascinarnos à nosotros mismos, incapaz de satisfacer y aplacar à nuestro Dios, que, penetrando por las apariencias sombrías y austeras en que se envuelve un alma que engaña ó es engañada, descendiendo hasta los últimos y mas recónditos pliegues del corazón, para discernir la falsa de la verdadera penitencia. Dice S. Ambrosio, y con el varios Padres, que muchos de los hombres que se han apartado de las vías del Señor y parecen volver à él, se alejan más por su penitencia aparente que antes por su pecado. Esos santos doctores sostienen, que es más fácil hallar almas que no han conocido el pecado, que hallar almas que lo han abandonado sinceramente; almas que no han de llorar ofensas mortales; que almas que lloran verdaderamente las que han cometido. ¿Qué motivo de sobresalto y de inquietud para un corazón tierno que cometase à amar à Dios y à mirar por su salvacion!

¿Qué es la verdadera penitencia? Es, dice el concilio de Trento, un pesar de haber cometido el pecado y un propósito de evitarlo: *Dolor est de peccato commisso, cum proposito non peccandi de cetero*. Es, dicen los Padres y los teólogos, un pesar verdadero y

sincero, fundado en un conocimiento vivo y penetrante de las grandes ventajas que perdemos por el pecado, y de los males infinitos que son la pena del mismo. ¿Qué es pues el penitente? Comprendámoslo de una vez, y nunca lo olvidemos: el verdadero penitente es un hombre que, lleno de amor à su Dios y vivamente penetrado del temor à sus juicios, considera como el mayor mal el de desagradar à Dios. Esto sentido, preguntemos: ¿Qué amor tendrá à Dios el que no teme el peligro de desagradarle? ¿Qué odio al pecado es el que deja à la ocasion todos los atractivos que nos la hicieron tan grata y que luego nos hicieron amar el pecado? ¿Qué penitencia es la que continúa buscando todo lo que conduce al pecado, todo lo que puede reproducirle? Si tal es la verdadera penitencia, decídmela cuál es la falsa. Los deseos de esta penitencia son débiles, y el amor à ella imperfecto; el odio que ella parece profesar al pecado es estéril é insuficiente. ¿Qué deseos de salvacion, en efecto, son más débiles que los que no impiden esponerla? ¿Qué amor à la virtud es más imperfecto y menguado que el que no nos aparta de las ocasiones peligrosas à la virtud? ¿Qué odio al pecado es más impotente, más vano, más ineludible que el que subsiste y concuerda con el amor à las ocasiones del pecado? Y por consiguiente, ¿qué penitencia más inieira y sospechosa que semejante penitencia?

En efecto, volvamos à la doctrina del santo concilio de Trento. Des son las cualidades esenciales à la penitencia cristiana: el *pesar*, que por un arrepentimiento sincero y verdadero aborrece el pecado; y el *propósito* firme y constante de evitar el pecado. Hé aquí pues mi modo de raciocinar sobre eso. Si vuestro pesar fuese sincero, si vuestro arrepentimiento fuese verdadero, la ocasion del pecado ya no tendría tantos encantos que sedujesen vuestro corazón; si el propósito de conservar la gracia fuese una resolución seria y profundamente impresa en el alma, quantos más atractivos tuviese la ocasion del pecado, tanto más os apresurais à evitarla. Y no digais que el pesar no es menos sincero y real en vosotros, aunque no parezca vivo ni tierno. Yo os contestaré que la penitencia que justifica al pecador es la penitencia que llora el pecado; que un corazón no está bastante penetrado de su pecado, cuando puede negarle sus lágrimas; y que la penitencia es un bautismo de llanto y de copiosas lágrimas: *Pœnitentia, baptismus non sine magna lletibus*.

2. Añado ahora, que la penitencia que no evita la ocasion del pecado es frágil é inconstante. En efecto, ¿con qué podrá contar el penitente que se expone à la ocasion del pecado? ¿Será consigo mismo? ¡Ah! es tan débil, y ha visto tantas veces un triste resultado! ¿Será con Dios?

¿Y cómo obtendrá de él fuerzas para vencer si busca el peligro que le manda evitar? No me detendré, hermanos míos, en describiros la fuerza de la ocasión y la fuerza del hombre; no os demostraré que, debilitado por el vicio de su origen, halla en sí mismo peligros que no puede evitar, obstáculos á su salvacion que le cuesta vencer. Yo no os diré: ¿Qué es la ocasión? Es un escollo funesto en que tarde ó temprano se estrella la prudencia más acrisolada. ¿Qué es el hombre? Es un vaso de arcilla que suele romperse al primer choque. Os digo sí: ¿Qué es el hombre penitente? Es una ciudad tomada por asalto que el enemigo acaba de abandonar, y cuyas brechas no ha tenido tiempo para reparar. Vuestro corazón maledado, afeminado, abierto de todas partes, está expuesto á todos los ataques del inferno. Además de la fragilidad natural al hombre, tenéis la debilidad que os ha dejado el pecado; pues el pecado se presenta temible, sobre todo, cuando parece á veces más difícil no reincidir que librarse de él, particularmente si no se tiene cuidado en evitar las ocasiones. ¿Creeis qué lo que causó el pecado no volverá á causarlo? ¿Creeis que vuestra penitencia resistirá á un peligro en que tantas veces cayó vuestra virtud é inocencia? ¡Ah! si no podéis dominar la inclinacion que os arrastra á la ocasión del pecado, y eso cuando os creéis penitentes, ¿cómo en la ocasión dominareis la inclinacion que os arrastrará al pecado? Quien no puede huir, ¿podrá resistir á cometerlo?

Vosotros confiáis en que la gracia os sostendrá. ¿Acaso no ha declarado Dios que abandonará al hombre presuntuoso que se exponga temerariamente? Escuchad sobre esto al Apóstol: *Impossibile est eos qui semel sunt illuminati, gustaverunt etiam donum celeste... et prolapsi sunt, renovari ad penitentiam* (Heb. vi, 4 et 6). Hay, pues, muchos cristianos que hacen penitencias falsas; pues ¡cuántos hay que apenas levantados recien, por no haberse precaviado contra las ocasiones del pecado! Agrámenlos cuanto queramos; bañémoslos con químicas esperanzas, prometámonos una gracia y una fuerza que no tendremos en el peligro que háyamos buscado, ó que no háyamos evitado; Dios desdeña una esperanza engañosa; y sus palabras se cumplirán.

DIVISIONES.

PENITENCIA.—Habiendo comenzado la predicacion del Evangelio por la predicacion de la penitencia, la penitencia es la primera de las cosas en que debemos pensar.

Las diferentes maneras con que puede hacerse penitencia, nos enseñan que no hay excusas que puedan dispensarnos de ella.

PENITENCIA.—No hay tiempo más á propósito para hacer penitencia que el tiempo de la juventud.

No hay lugares más á propósito para hacer penitencia que los lugares retirados.

No hay personas más á propósito para consultar acerca de la penitencia que las que son concejales por su aversion al pecado.

PENITENCIA.—Los más sabrosos frutos de la penitencia parecen amargos cuando el amor propio los considera.

Los más grandes rigores de la penitencia parecen dulces cuando el amor de la salvacion nos los hace considerar.

PENITENCIA.—Es imposible cuando el amor al pecado la hace diferir.

Es inútil cuando es interrumpida por el pecado.

Es escandalosa cuando haciéndola se comete el pecado.

PENITENCIA.—La penitencia es el remedio actual de los pecadores. La penitencia es la fuerza invencible de los justos.

La penitencia es la emulacion de los perfectos.

PENITENCIA.—El motivo más generoso de la penitencia es el amor de aquel á quien hemos ofendido.

La más exacta medida de la penitencia es el poder que nos dá aquel que nos la pide.

PENITENCIA DE LOS AMBICIOSOS.—Es preciso que satisfagan por las delicadezas de su orgullo, contentándose de todo.

Es preciso que satisfagan por las impaciencias de su orgullo, sufriendo todo.

Es preciso que satisfagan por las resistencias de su orgullo, sometiendo á todo.

PENITENCIA DE LOS IMPÚDICOS.—Sus mortificaciones deben ser frecuentes.

Sus conversaciones deben ser raras.

Sus oraciones deben ser continuas.

PENITENCIA DE LOS RICOS MALOS.—Cuando los ricos malos hacen penitencia, deben ser exactos en sus restituciones.

Quando los ricos malos hacen penitencia, deben ser magníficos en sus limosnas.

Quando los ricos malos hacen penitencia, deben ser modestos en la satisfacción de sus necesidades.

PENITENCIA DE LOS MUNDANOS.—Es necesario que se desprendan de todo lo que les resta del siglo.

Es necesario que empleen el tiempo en obras buenas.

Es necesario que amén tanto el retro como amaron en otro tiempo la sociedad.

PASAJES DE LA SAGRADA ESCRITURA.

Cumque quiescitis Dominum Deum tuum, invenies eum; si tamen toto corde quiescitis, et tota tribulatione animae tuo. Deuter. iv, 29.

Convertimini à viis vestris pessimis. IV Reg. xvii, 15.

Tibi soli peccavi, et malum coram te feci. Psalm. l, 6.

Sacrificium Deo spiritus contributus; cor contritum et humilitatum Deus non despicies. Psalm. l, 19.

Recogitabo tibi omnes annos meos in amaritudine animae meae. Isai. xxxviii, 15.

Redite praevaricatores ad cor. Isai. xlii, 8.

Si penitentiam egerit gens illa à malo suo, quod locutus sum adversus eam; agam et ego penitentiam super malo, quod cogitavi ut facerem ei. Jerem. xvii, 8.

Quando buscaros al Señor Dios tuyo, le hallarás, con tal que le busques de todo corazón, y con el alma plenamente contrita.

Convertíos de vuestras pésimas costumbres.

Contra tí solo he pecado, y he cometido la maldad delante de tus ojos.

El espíritu compungido es el sacrificio más grato para Dios; no despreciarás, oh Dios mío, el corazón contrito y humillado.

Repasaré, oh Dios mío, delante de tí con amargura de mi alma todos los años de mi vida.

Entrad en vosotros mismos, oh praevaricadores.

Si la tal nación hiciere penitencia de sus pecados, por los cuales pronuncie el decreto contra ella, me arrepentiré yo también del mal que pensé hacer contra ella.

Convertimini, et agite penitentiam ab omnibus iniquitatibus vestris, et non erit vobis in ruinam iniquitas. Ezech. xviii, 50.

Numquid voluntatis meae est mors impij, dicit Dominus Deus, et non ut convertatur à viis suis, et vivat? Ezech. xviii, 25.

Convertimini ad me, et revertar ad vos, dicit Dominus exercituum. Malach. iii, 7.

Facite ergo fructus dignos penitentiae. Luc. iii, 8.

Nemo potest venire ad me, nisi Pater, qui misit me, traxerit eum. Joann. vi, 44.

Poenitentini igitur, et convertimini, ut deleantur peccata vestra. Actor. iii, 19.

Ignoras quoniam benignitas Dei ad penitentiam te adducit? Rom. ii, 4.

Quae enim secundum Deum tristitia est, penitentiam in salutem stabilim operatur; oculi autem tristitia mortem operatur. II Cor. vii, 10.

Convertíos y haced penitencia de todas vuestras maldades; y no serán estas causa de vuestra perdicion.

¿Acaso quiero yo la muerte del impío, dice el Señor Dios; y no ántes bien que se convierta de su mal proceder, y viva?

Volveos ya á mí, y yo me volveré á vosotros, dice el Señor de los ejércitos.

Haced dignos frutos de penitencia.

Nadie puede venir á mí, si el Padre que me envió no le atrae.

Haced pues penitencia y convertíos, á fin de que se borren vuestros pecados.

¿No reparas que la bondad de Dios te está llamando á la penitencia?

Puesto que la tristeza que es según Dios, produce una penitencia ó enmienda constante para la salud: cuando la tristeza del siglo causa la muerte.

FIGURAS DE LA SAGRADA ESCRITURA.

La doctrina de la Religión sobre la penitencia como virtud ha sido siempre de que no puede salvarse el pecador sin la penitencia. Esta doctrina es universal: por esto en todos los pueblos, en todas las religiones se ha mirado á la penitencia como inseparable del pecado. No hay más que consultar los diferentes ejemplos de la Historia sagrada. Adán y Eva, despues del pecado, hacen penitencia durante toda su vida (Gen. 3). David, despues de su doble crimen, comienza su larga y dura penitencia confesando su culpabilidad con aquellas palabras:

Peccavi Domino (II REG. 42): sobre cuya conducta dijo S. Ambrosio: *Videtur peccasse David, ut fieret statim exemplum penitentium.* El rey Manasés no tuvo otro remedio en su duro cautiverio que volverse á Dios, y hacer penitencia de sus maldades para alcanzar la libertad y el perdón (II PARALIP. xxxiii, 12): *Egit penitentiam calde coram Deo patrum suorum.* Los Ninivitas no hubieran escapado de un total exterminio, como los Sodomitas, á no haber aplacado á Dios por medio de la penitencia: *Vidit Deus opera eorum, quia conversi sunt de via sua mala* (JON. iii, 10). La Magdalena debió á su contrición perfecta, que es la penitencia más grata á los ojos de Dios, el completo perdón de sus pecados: *Remittuntur ei peccata multa, quoniam dilexit multum* (LUC. vi, 47). El Pródigo merece un abrazo cariñoso de su agraviado padre y un entero olvido de sus extravíos, por la actitud humilde y penitente con que se arroja á sus pies: *Pater, peccavi in caelum et coram te* (LUC. xv, 18). Pedro desde el momento en que su divino Maestro le da una mirada compasiva para hacerle conocer la villanía de su triple negación hasta su muerte, no cesa de llorar con indoleable amargura y de hacer penitencia, logrando no solo el perdón, sino también el consuelo de morir crucificado como su Maestro. Zaqueo merece la bendición de Jesucristo sobre sí y toda su familia por el espíritu de humildad y arrepentimiento con que le hospeda y obsequia: *hodie haec domus salus d. Dei facta est, eo quo et ipse filius sit Abrahæ* (LUC. xix, 9). El buen ladrón tras su arrepentimiento oye el perdón y la promesa del cielo: comienza á vivir para Dios en el momento en que acaba de vivir para el mundo y sus crímenes.

Después de todos estos ejemplos, ¿quién dudará de que la penitencia es necesaria al que ha pecado? Si no nos convenciese la buena suerte de los penitentes que han abrazado la penitencia como único medio de reconciliarse con Dios, tal vez no podríamos cerrar los ojos á los modelos de impenitencia que nos presentan los mismos libros santos, y cuyo fin desastroso hace estremecer. Sabida es la obstinación de Cain, el cual desde que desespera de la misericordia divina con aquellas palabras: *major est iniquitas mea, quam ut veniam merear* (GEN. iv), siente sobre sí todo el peso de la maldición divina, que le hace vivir errante, fugitivo y azorado hasta su muerte. Farao, á quien parece que la misericordia divina llamaba con tantos prodigios, cerró su corazón á todas las gracias, acubando sus días entre las olas vengadoras. Achan muere apedreado por el pueblo de Israel por haber violado el precepto del Señor, hurtando lo que no le era lícito, y escondiendo obstinadamente su hurto; mas descubierto por Josué,

en el acto de entregarlo á la muerte, éste le dice: *quia exturbasti nos, exturbet te Dominus in die hac* (JOSUE vi, 25). Oigamos lo que el Apóstol dice de Esaú: «Ninguno sea fornicario, ni profano como Esaú, que por un *potaje* ó plato de comida vendió su primogenitura: tened entendido que después, por mas que pretendía ser heredero de la bendición, fué deshechado, no pudiendo conseguir que su padre cambiase de resolución, por mas que con lágrimas lo solicitase» (HEB. xii, 16, 17). Amon imitó á su padre Manasés en su impiedad, pero no en su penitencia y arrepentimiento: la sagrada historia concluye su biografía diciendo: *interfeceruntque eum in domo sua* (II PARALIP. xxxiii). Antioco, acosado de mil remordimientos, herido de una enfermedad agudísima y asquerosa, no encontró misericordia, aunque la solicitaba, por ser uno de aquellos pecadores que no piensan en dirigirse á Dios sino cuando ya no pueden pecar más, y acabó desastrosamente (II MACCH. ix). Judas no cuidó de perfeccionarse en la escuela de Jesucristo, perseveró en sus vicios, se obstinó en ellos hasta concebir y llevar á cabo la venta y traición mas horrible, la de su Maestro; pero sin poder gozar del precio de su traición, desesperó y se aborrió: *et projectis argenteis in templo, recessit; et abiens, iugulo se suspendit* (MATTH. xxvii). Finalmente, no puede verse sin un saludable temor la mala muerte de aquel ladrón obstinado, salpicado de aquella divina sangre que lavaba los pecados de todo el mundo; en medio de tanta gracia, de tanta luz y de tanta misericordia, ante el ejemplo de su compañero, muere blasfemando de Jesucristo: *unus autem de his, qui pendebant, latronibus, blasphemavit eum* (LUC. xxiii).

UN TOMA DE NUEVO LEÓN

SENTENCIAS DE LOS SANTOS PADRES.

Ubi emendatio nulla, ibi penitentia necessario vana. Tertull. de Penit. lib. 2.

Serix penitentia nunquam vera. S. Cyprian. serm. de Caena Domini.

Sine aliquo intervallo conjunguntur et lacrima peccatoris, et misericordia Salvatoris. S. Ambros.

Allí donde no aparece ninguna emienda, toda penitencia es falsa.

La verdadera penitencia nunca es tardía.

No hay ningún intervalo entre las lágrimas del pecador y la misericordia del Salvador.

Nunquam est sera conversio: latro de cruce transit ad paradisi-um. S. Hieron. epist. ad Laurentiam.

O felix penitentia! que ad se Dei trahit oculos, et iracundiam Dei sententiam, confesso errore, mutabit. Idem epist. ad Fabiol.

Sola est compunctio cordis qua, sicut ignis, omne animi vitium perurit, abstergit universa mala, et delet. S. Chrys. de compunct. cord. lib. 2.

In actione penitentia non tam considerata est mensura temporis, quam doloris. S. Aug. in Enchirid. 65.

Penitentiam certam non facit, nisi odium peccati, et amor Dei, quando sic penitet, ut tibi amarum sapiat in anima, quod ante dulce fuit in vita. Idem serm. de Temp.

Culpabiliter durus est, qui desolat damnata temporis, mortem amicit, et dolorem peccati lacrymis non ostendit. Idem de vera et fals. penit.

Firmissime, et nullatenus dubita, neminem hic posse penitentiam agere, nisi quem Deus illuminaverit, et gratuita sua miseratione converterit. S. Fulgent. de fide ad Petr.

PENITENCIA (TRIBUNAL DE LA); véase: CONFESION.

PENITENCIA (DISPOSICIONES PARA ACERCARSE AL TRIBUNAL DE LA); consúltense en el tratado Confesion, las instrucciones que llevan por título: Exámen de conciencia;—De la contrición;—Del buen propósito;—Satisfacción, etc.

La verdadera conversión nunca viene tarde: puesto que vemos un ladrón pasar del patíbulo al paraíso.

¡Oh dichosa penitencia, que se atrae las miradas de Dios, y confesando el pecado cambia su sentencia de indignación!

Solo la contrición del corazón es la que, como un fuego, consume todos los vicios del alma, borra y limpia todas sus manchas.

En la penitencia no debemos pararnos tanto en la medida del tiempo, como en la intensidad del dolor.

Solo la verdadera penitencia inspira el odio al pecado y el amor a Dios; de manera que tu arrepentimiento debe convertirte en amargura del corazón, todo lo que antes constituía su delicia.

Es culpablemente insensible quien se lamenta de los desastres del mundo, llora por la muerte de un amigo, y no llora por sus propios pecados.

Creo firmemente, y sin la menor duda, que ningún viador puede hacer penitencia, si Dios no le ilumina y lo convierte por puro efecto de su misericordia.

PENSAMIENTOS MALOS.

Ut vidit cogitationes eorum, dixit eis: Omnes cogitationes la seipsum diximus desolator.

Penetrando Jesús) sus pensamientos, les dijo: Todo reino dividido en partidos contrarios quedará destruido.

(Luc. xi, 17.)

Hay muchísima diferencia, oyentes míos, entre la justicia de los hombres y la de Dios. Los hombres, según la expresión de la Escritura, no ven más que las cosas exteriores y sensibles: *Homo videt ea, que parent.* (I Reg. vi, 17); por esto su justicia, si bien castiga las acciones intenas; despues de haberlas probado y reconocido, deja, sin embargo, impunes los pensamientos por malos y criminales que sean: *Cogitationis punam nemo patiatur.* Pero el Señor, que, como leones en el Evangelio, ve los pensamientos de los hombres, sin que pueda ocultársele uno solo por secreto y oculto que sea, según dice Job: *Nulla te latet cogitatio* (Job. xlii, 2), no solo prohíbe expresamente en los dos últimos mandamientos de su ley los malos deseos, sino que con igual rigor de justicia castiga las acciones malas y los pensamientos pecaminosos, porque en su tribunal la voluntad de hacer no se distingue del hecho mismo: pues escrito está en la Sabiduría, que los malos pensamientos nos hacen enemigos de Dios: *Perversa cogitationes separant a Deo* (Sap. i, 7).

Ello no obstante, los cristianos no suelen haber gran caso de los malos pensamientos, ó porque no creen pecar en ellos, ó porque piensan que á la suma importan una culpa leve. Error gravísimo y deplorable, por cuanto, según nos enseñan los Padres del Concilio Tridentino, los pecados de pensamiento son quizás más peligrosos y hieren al alma más mortalmente que los que se cometen con actos exteriores: *Nonnumquam animam graviter lauciant, et periculosa sunt illi, que in manifesto admittuntur* (SESS. XIV, c. 5 DE POENIT). Por tanto, voy á manifestaros de que modo pecamos con el pensamien-

to, y qué es lo que debemos practicar para no incurrir en esa especie de pecados. Pidamos ántes los auxilios de la gracia. A. M.

1. Es una verdad de fe consignada en las Escrituras y admitida por los santos Padres, que no obstante el pecado de Adán, somos absolutamente dueños de nuestras acciones, de manera, que solo de nosotros depende la elección del bien y del mal: *Ante hominem vita, et mors, bonum et malum quod placuerit ei, dabitur illi* (Ecc. xv. 18). En virtud, pues, de esta libertad, el hombre viene á ser ministro de su salvación ó de su condenación eternas. De donde se infiere que no podemos ofender á Dios con nuestros pecados, si al tiempo de cometerlos, nuestra voluntad con pleno conocimiento y perfecta deliberación no consiente en obrar mal. El mundo, el demonio y la carne son enemigos nuestros, porque nos estimulan de continuo á quebrantar la ley de Dios; pero ni sus engaños ni sus seducciones bastarían para hacernos pecar, si nuestra voluntad no les prestara su concurso; de manera, que nuestra voluntad es la verdadera causa de todos nuestros pecados. Así pues, por más que la perversa concupiscencia, es decir, la rebelión de nuestros sentidos contra nuestra razón, nos suscite ideas impuras; por más que el mundo procure pervertirnos con sus ilícitos placeres; por más que el demonio nos incite á ofender á Dios; todos los movimientos, todas las agitaciones, todos los pensamientos que esos asaltos suscitan en nosotros nos son enteramente inofensivos, si les oponemos la firme voluntad de no pecar; porque la tentación no puede dañarnos sin el consentimiento de la voluntad.

Los malos pensamientos se convierten en pecados de dos maneras. La primera, cuando presentándose á nuestra mente algún objeto contrario á la recta razón y á la ley de Dios, y teniendo por ilícito, nos detenemos y deleitamos voluntariamente en él, lo que se llama *delectación morosa*; cuyo nombre se le da, no porque requiera largo espacio de tiempo para concebirse y gozarse, puesto que puede formarse en un solo momento, sino por cuanto la razón, sin embargo de tener por ilícito aquel objeto, se para voluntariamente en él, en vez de aborrecerlo y desecharlo al punto, como debiera. La otra manera de convertirse el pensamiento malo en pecado, es cuando presentándose á nuestra mente el mismo ilícito objeto, consentimos con la voluntad en quebrantar la ley de Dios y en cometer el pecado, aunque luego quizás no encontremos la oportunidad de satisfacer nuestros deseos, ó nos abstenemos de hacerlo, reflexionando mejor sobre la torpeza de semejante acción y sus funestas consecuencias. Por esto

dice Jesucristo en el Evangelio de S. Mateo, que el que mira á una mujer con deseo de impureza, queda ya manchado en su corazón como si fuese adúltero: *Qui viderit mulierem ad concupiscendam eam, jam machatus est eam in corde suo*. (MATH. v, 28).

Dos son, pues, los modos de pecar con el pensamiento: la *delectación morosa* y el *deseo ilícito*. Para que los entendáis mejor, voy á explicároslos con un ejemplo. Figúraos que habiendo uno recibido una injuria de parte del prójimo, el demonio, ó su propia pasión lo excite á la venganza. Desde luego se presenta á su memoria, no solo la imagen del ofensor, sino también la manera de maltratarlo, ó quizás de quitarle la vida. Si la voluntad, sin embargo de estar bien persuadida de que no es permitida la venganza, se detiene á considerarla y se deleita en ello, comete el pecado de la *delectación morosa*, aún cuando no se resuelva á llevar á cabo la venganza. Pero, si á más de deleitarse en la consideración de aquella perversa idea, consiente y determina matar al ofensor, se hace culpable de *deseo ilícito*, ó incurrir en el gravísimo pecado de homicidio, aunque despues no pueda ó no quiera ejecutarlo; porque la misma malicia tiene el que mal piensa, que el que mal obra, no habiendo entre el mal pensar y el mal obrar otra diferencia, que aquella ordenada continuación que media entre el comenzar y el proseguir. Lo que acabo de decir de la venganza puede aplicarse igualmente al hurto, á la deshonestidad, á la murmuración y á cualquier otro pecado de los que suelen cometerse con actos exteriores.

Mas, aún cuando el deseo malo y la acción pecaminosa tengan, como acabamos de ver, igual malicia, no se ha de inferir de ahí que el pecado consumado con la obra no sea más grave que el de simple deseo; porque no hay duda que pasando al acto externo se prolonga y acrecienta la mala voluntad, y porque la obra exterior causa comúnmente daño ó escándalo á nuestros prójimos. Así, el que amenaza, peca más gravemente que el que solo desea amenazar; el que hurta, es más culpable que el que solo desea hurtar; el que peca con obras deshonestas, es más inícuo que el que solo se deleita en los pensamientos impuros, pudiendo decirse lo mismo de todos los otros vicios. Por lo demás, que los malos pensamientos son á veces pecados gravísimos y los castiga Dios con suma severidad, es indudable, pues nos lo demuestran claramente las divinas Escrituras: ¿Por qué razón Lucifer fue echado del paraíso y precipitado al infierno con tantos otros millones de ángeles? Por haber formado un solo pensamiento inícuo, pretendiendo igualar el poder de Dios. Nada hizo, nada obró; más bastóle alimentar en su corazón tan perverso desiguño

para ser arrojado al abismo de perdición con todos sus secuaces. Oído de boca de Isaias: *Quomodo cecidisti de celo Lucifer, qui mane oriebaris!... qui dicebas in corde tuo*, notado bien, *in corde tuo*, dentro de tu corazón, con solo el pensamiento, *in caelum ascendam, super astra Dei exaltabo solium meum... similis ero Altissimo* (Isa. xiv, 12 et 14). Y ¿por qué causa toda la humana extirpe, excepto ocho personas de la familia de Noé, fue sumergida en las aguas del diluvio universal? Porque haliendo Dios visto que los pensamientos de los hombres eran inclinados al mal, se arrepintió, según nuestro modo de entender, de haberlos criado y resolvió destruirlos con aquel tremendo azote: *Videns Deus, quod cuncta cogitatio cordis intenta esset ad malum omni tempore, penituit eum quod hominem fecisset in terra* (Gen. vi, 5, et seq.) ¡Ay de mí! un sólo pensamiento malo bastó para convertir en demonios tantos millones de ángeles y condenarlos al infierno; la perversidad de los pensamientos provocó á la justicia divina á sumergir todo un mundo, ¿y no temeremos nosotros nuestra eterna perdición si abrigamos en el corazón tan crueles monstruos? Muy acertadamente compara S Gregorio la mente humana con el mar y los pensamientos con las olas, que encrepándose y enfureciéndose de cuando en cuando, acarrear tempestades, naufragios, ruinas y desolación: *Mare mens hominis, et quasi fluctus maris cogitationes mentis* (Líb. XII, MORAL, c. 4, PROPE ET).

2. ¿Como, pues, debemos conducimos en esa terrible batalla con los malos pensamientos? ¿Cómo lo haremos para no caer en la tentación ó en el consentimiento? De un modo muy fácil: oid. ¿Qué hacéis cuando las moscas, las avispas ó otros semejantes animaluchos, se os acercan para morderos? Los ahuyentáis, así que veís que se os aproximan, ¿no es verdad? Si vuelven, los ahuyentáis otra vez, y si tan importunos son, los estáis acechando hasta que los cogáis y los matáis. Pues lo mismo debéis hacer con los malos pensamientos que divagan por vuestra mente. Aborrecidos, despreciados, ahuyentados, que si sois constantes en no consentirlos ni darles acogida, ya os aseguro que al fin llegareis á superarlos y vencerlos. Seguid el ejemplo de Abraham. Mandale el Señor que le ofrezca un sacrificio de muchas víctimas. Inmediatamente el patriarca las mata y las pone encima del altar, á tiempo que una bandada de aves carnívoras asustadas por el olor de los cadáveres, acuden y revolotean al rededor de ellos para devorarlos. Opónese Abraham, y con tenaz empeño, no se cansa de ahuyentarlos, hasta que llegada la noche, baja del cielo un fuego que consume las víctimas: *Apparuit albus fumans, et lampas*

ignis transiens inter divisiones illas (Gen. xv, 17), con lo cual se nos manifiesta la resistencia que debemos oponer á Satanás y á los malos pensamientos, para que no nos arrebaten los afectos de nuestro corazón, que debemos ofrecer en sacrificio al Altísimo.

Advertid empero, hermanos míos, que muchos atribuyen sus malos pensamientos al demonio, cuando en realidad son ellos mismos los que los suscitan. Porque, si bien puede el demonio atizar el fuego de nuestras pasiones é inclinarnos por vía de sugestión al pecado, no le es dado, sin embargo, introducir en nuestro corazón pensamientos ilícitos, si no los atraen á él nuestras afectos; en prueba de lo cual las imágenes impuras se nos presentan á la mente de la misma manera que ántes las hemos contemplado curiosamente con los ojos, y las cosas que miramos de día son el modelo de los pensamientos que se nos suscitan en las tinieblas de la noche. En vano procuramos refrescar nuestros pensamientos, si ántes no ponemos freno á nuestros sentidos. ¿Cómo es posible que los continuos galanteos, las conversaciones amorosas, los juegos deshonestos, los espectáculos inmorales no sean origen de los más perversos pensamientos, cuando los mismos Santos, retirados del mundo, macerados con el ayuno y la penitencia, se veían importunados y asaltados por ellos? Os engañais; es tan imposible obrar licenciosamente y conservar la inocencia del corazón, como imposible es en el orden de la naturaleza que un vaso lleno de fétido licor exhale agradable fragancia, ó que broten flores en un huerto cubierto de espinas y aljofres.

¡Ah! ¡cuán locamente obramos añadiendo leña al fuego, cuando la fatal concupiscencia nos está empujando al mal, y cuando por efecto del pecado del primer padre sentimos todos en nuestro interior aquella lucha tenaz de los sentidos contra la razón, de que se lamentaba el Apóstol! *Video aliam legem in membris meis repugnantem legi mentis meae, et captivantem me in lege peccati* (Rom. vii, 23). Por tanto, el único medio de evitar los malos pensamientos es huir las ocasiones peligrosas y considerar seriamente que la muerte, acaso mucho ántes de lo que imaginamos, nos ha de llevar al tribunal inexorable de Dios para recibir el premio ó el castigo eterno, según nuestros merecimientos; teniendo siempre presente, que el que llena su corazón de santos pensamientos, cierra la entrada á los ilícitos y perniciosos.

Pero, lo que sobre todo debemos hacer, si queremos salir victoriosos de este combate de la carne contra el espíritu, es resistir desde un principio á todo pensamiento ménos puro; porque si, al contrario, lo dejamos crecer, será despues muy difícil, por no decir imposible,

desarraigarlo y extirparlo: á manera de aquellas plantas que cuando tiernas, se arrancan facilmente, pero cuando crecidas y arraigadas cuesta sumo trabajo separarlas del suelo. La primera sugestion es la cabeza de la venenosa serpiente infernal, que quiere introducirse en nuestro corazon: si no resistimos á ella, cuando ménos lo pensamos, queda dueña de él. Resistamos, pues, á las seducciones de los malos pensamientos; guardémosnos de deleitarnos en ellos y de prestarles nuestro consentimiento. Por el contrario, si damos acogida en nuestro corazon á las imágenes impuras, á las ideas deshonestas, á los pensamientos ilícitos, será un milagro de la divina misericordia que en la hora tremenda de la muerte meditemos con provecho las máximas de salvacion eterna; por ser muy natural que en aquellos criticos momentos asalten y preocupen nuestro entendimiento aquellos mismos objetos en que nos deleitamos durante nuestra vida: Finalmente, siguiendo el sabio consejo del Espíritu Santo, cuando nos asalte algun pensamiento pecaminoso, acordémonos de nuestro último fin, pues de esta manera nos será imposible ofender á Dios, que todo lo vé, y no deja nunca de premiar el bien y castigar el mal: *Memorare novissima tua, et in aeternum non peccabis* (Ecc. vii, 40).

DIVISIONES.

PENSAMIENTOS MALOS.—El placer comienza en los malos pensamientos de una ilusion.

El placer que dura en los malos pensamientos es una persecucion.

El consentimiento que el placer nos hace prestar á los malos pensamientos es una muerte.

PENSAMIENTOS MALOS.—Debemos combatir los pensamientos de vanidad por el amor á las humillaciones.

Debemos combatir los pensamientos de impureza por la práctica de ayunos y de abstinencias.

Debemos combatir los pensamientos de desesperacion por la frecuencia de sacramentos.

Véase: MALOS DESEOS.

PERDON DE LAS INJURIAS.

(EL)

Dimitte et dimittentini.
Perdonad, y seréis perdonados:

(LUC. VI, 37.)

No pido á Dios, hermanos míos, en mi anhelo por vuestra salvacion, no le pido otra cosa que vuestra obediencia á este precepto: *dimitte*, perdonad; y la soberana esperanza fundada en esta promesa: *et dimittentini*, y seréis perdonados. Si afirmáis esta caridad y esta esperanza, que supone la fé, alcanzareis la salvacion, porque, en efecto, se os perdonará.

Todo, en el Evangelio, se halla unido por fuerte trabazon; solo existe en él una inspiracion, una verdad; la verdad de Dios, que es caridad y justicia. En este carácter reconozco la obra de Dios. Los sistemas humanos carecen de homogeneidad; cualquiera que sea la lógica de los filósofos separados de la Iglesia, ni pueden, ni se atreven á sacar todas las consecuencias de sus sistemas, porque se verian detenidos en su obra por la reprobacion pública y por su propia conciencia. Pero la obra de Dios es una, como es uno su autor. *Dimitte et dimittentini*: ¿quién no vé en estas palabras la consecuencia de este precepto? Haz á tu prójimo lo que quieres que se haga contigo: ámale como á ti mismo. Amad á vuestros enemigos. ¡Bienaventurados los misericordiosos! ¡Oh Dios mio, perdonad nuestras culpas, como nosotros perdonamos á nuestros deudores! Pero el Evangelio no se limita á expresar el precepto, sino que añade la sancion, la recompensa y la pena. El que perdona alcanzará el perdón; el que no perdona, no será perdonado; y si ántes obtuvo perdón, este mismo le servirá de condenacion. Esto es lo que me propongo demostraros, despues de implorar los auxilios de la gracia: A. M.

4. Quiero ante todo, llamar vuestra atencion sobre este punto: habiéndonos sido, no solo prometido, sino concedido el perdón en el

desarraigarlo y extirparlo: á manera de aquellas plantas que cuando tiernas, se arrancan facilmente, pero cuando crecidas y arraigadas cuesta sumo trabajo separarlas del suelo. La primera sugestion es la cabeza de la venenosa serpiente infernal, que quiere introducirse en nuestro corazon: si no resistimos á ella, cuando ménos lo pensamos, queda dueña de él. Resistamos, pues, á las seducciones de los malos pensamientos; guardémosnos de deleitarnos en ellos y de prestarles nuestro consentimiento. Por el contrario, si damos acogida en nuestro corazon á las imágenes impuras, á las ideas deshonestas, á los pensamientos ilícitos, será un milagro de la divina misericordia que en la hora tremenda de la muerte meditemos con provecho las máximas de salvacion eterna; por ser muy natural que en aquellos criticos momentos asalten y preocupen nuestro entendimiento aquellos mismos objetos en que nos deleitamos durante nuestra vida: Finalmente, siguiendo el sabio consejo del Espíritu Santo, cuando nos asalte algun pensamiento pecaminoso, acordémonos de nuestro último fin, pues de esta manera nos será imposible ofender á Dios, que todo lo vé, y no deja nunca de premiar el bien y castigar el mal: *Memorare novissima tua, et in aeternum non peccabis* (Ecc. vii, 40).

DIVISIONES.

PENSAMIENTOS MALOS.—El placer comienza en los malos pensamientos de una ilusion.

El placer que dura en los malos pensamientos es una persecucion.

El consentimiento que el placer nos hace prestar á los malos pensamientos es una muerte.

PENSAMIENTOS MALOS.—Debemos combatir los pensamientos de vanidad por el amor á las humillaciones.

Debemos combatir los pensamientos de impureza por la práctica de ayunos y de abstinencias.

Debemos combatir los pensamientos de desesperacion por la frecuencia de sacramentos.

Véase: MALOS DESEOS.

PERDON DE LAS INJURIAS.

(EL)

Dimitte et dimittentini.
Perdonad, y seréis perdonados:

(LUC. VI, 37.)

No pido á Dios, hermanos míos, en mi anhelo por vuestra salvacion, no le pido otra cosa que vuestra obediencia á este precepto: *dimitte*, perdonad; y la soberana esperanza fundada en esta promesa: *et dimittentini*, y seréis perdonados. Si afirmáis esta caridad y esta esperanza, que supone la fé, alcanzareis la salvacion, porque, en efecto, se os perdonará.

Todo, en el Evangelio, se halla unido por fuerte trabazon; solo existe en él una inspiracion, una verdad; la verdad de Dios, que es caridad y justicia. En este carácter reconozco la obra de Dios. Los sistemas humanos carecen de homogeneidad; cualquiera que sea la lógica de los filósofos separados de la Iglesia, ni pueden, ni se atreven á sacar todas las consecuencias de sus sistemas, porque se verian detenidos en su obra por la reprobacion pública y por su propia conciencia. Pero la obra de Dios es una, como es uno su autor. *Dimitte et dimittentini*: ¿quién no vé en estas palabras la consecuencia de este precepto? Haz á tu prójimo lo que quieres que se haga contigo: ámale como á ti mismo. Amad á vuestros enemigos. ¡Bienaventurados los misericordiosos! ¡Oh Dios mio, perdonad nuestras culpas, como nosotros perdonamos á nuestros deudores! Pero el Evangelio no se limita á expresar el precepto, sino que añade la sancion, la recompensa y la pena. El que perdona alcanzará el perdon; el que no perdona, no será perdonado; y si ántes obtuvo perdon, este mismo le servirá de condenacion. Esto es lo que me propongo demostraros, despues de implorar los auxilios de la gracia: A. M.

4. Quiero ante todo, llamar vuestra atencion sobre este punto: habiéndonos sido, no solo prometido, sino concedido el perdon en el

Bautismo, nadie puede decir que no le conciernen las palabras de nuestro Evangelio.

Dios, católicos hermanos, se ha comportado con nosotros á la manera que lo hizo el rey de que nos habla la parábola del Evangelio; él nos ha perdonado nuestra deuda; pero, con generosidad tan incomparable, que sirviéndose de nuestro lenguaje y comparando su soberana caridad á la de un buen amo, no ha podido, sin embargo, expresar, por medio de esta figura, toda la realidad del hecho. Prestadme atención:

Siempre que os hablamos de las leyes que os han sido impuestas y de la recompensa que debe servir de premio á vuestra obediencia, cuando os representamos la bondad de Dios bajo esta forma de justicia, suponemos que no perderéis de vista lo que precede á las resoluciones de los hombres, sean buenas ó malas, y que recordareis que la mejor de nuestras acciones sería ineficaz sin el auxilio del cielo, que nos ha sido concedido á todos por la sangre de Jesucristo. El precedente que ha hecho posible nuestra admisión á merecer, es el rescato, la restauración de nuestra naturaleza. Si, pues, Dios quiere empeñarse en favor nuestro y dar, desde entonces, á sus recompensas el carácter de actos de justicia, esta justicia hubo de tener por necesario precedente un acto de bondad infinita, completamente gratuito. He aquí, pues, la primera y principal diferencia; diferencia esencial entre el rey que perdona y Dios. ¿Por qué la caridad de Dios para con nosotros es infinita? ó, mejor dicho ¿por qué lo reconocemos así? Porque no bastaría que quisiera perdonarnos, remitir nuestra falta; más claro, porque siendo Dios, á la vez, justicia y caridad, era preciso que nos rescatase por ésta para satisfacer á aquélla. Y, bien lo sabéis, hermanos míos, el precio del rescato de nuestra alma fue y debió ser la sangre del divino Salvador. Ved, pues, como el rey de la parábola, que solo sacrificó algunos talentos, no puede representar fielmente á este Dios de bondad que se ofrece á sí mismo en sacrificio.

Además, Dios no esperó la petición del hombre para perdonarle su deuda. No aguardó á oír este ruego del siervo: « Señor, ten un poco de paciencia, que yo te lo pagaré todo. » ¡ Ah! el siervo nada podía pagarle, no podía rehabilitarse á sí propio.

Así, pues, queda sentado este punto: en el Bautismo, que significa la aceptación de los méritos de Jesucristo, la de la remisión, somos perdonados por primera vez. Nos encontramos, por consiguiente, en la misma situación que aquel siervo á quien le había sido perdonada su deuda; y si, á nuestra vez, no sabemos perdonar, se nos aplicarán

aquellas palabras de Jesucristo: « El Padre os entregará en manos de los verdugos, si cada uno no perdonare de corazón á su hermano. » Y si fuera permitido agregar algo á esta sentencia del Salvador, diría por mi parte: con mayor razon os tratará el Padre á vosotros de esta manera, puesto que, si esta decisión es justa en el rey, mucho más lo será en Dios, que ha sido infinitamente más generoso.

Dios es nuestro modelo. Pero, ¿cómo imitar al Dios del Antiguo Testamento? ¿Deberemos imitarle también en su justa cólera? No, hermanos míos, porque nosotros no sabemos cuándo es justa nuestra cólera; y si alguna vez podemos discernirlo, si alguna vez nuestra cólera sería una santa indignación, con frecuencia nuestros propios intereses se mezclarían con los intereses de Dios ó del prójimo, y calificaríamos de celo lo que sería un resentimiento del orgullo y del egoísmo. He pronunciado la palabra resentimiento. Ahora bien, yo me ocupo de ella para decirlos que si, en algun caso, es lícito al cristiano la cólera de la indignación, debe ser desprovisto de todo resentimiento, tomando esta expresión en la acepción de ira. Dios, el gran Dios de Israel y de los Patriarcas, castiga, porque conoce la extensión de la falta y hace de la pena una expiación. Nosotros, empero, hermanos míos, debemos perdonar independientemente del arrepentimiento, á menos que tengamos sobre nuestro prójimo una expresa misión de Dios, como la del padre sobre el hijo. Es verdad que, en ciertos casos especiales, se convierte el hombre en juez de su semejante; pero, si condena, jamás debe hacerlo en su nombre: nadie puede ser juez en causa propia.

Dios es nuestro modelo, y, sin embargo, no podemos seguirle en todos sus pasos. Antés de la venida de Jesucristo, esto no hubiera sido una verdadera dificultad, porque es evidente que la imitación se halla subordinada á los medios de que se dispone para imitar, y que éstos dependen de la naturaleza del imitador. El papel del hombre no es el mismo que el de Dios. Pero el Señor que, no nos cansáremos de repetirlo, ha hecho, y hace sin cesar, prodigios de condescendencia en favor nuestro, no ha querido dejarnos la menor duda acerca de la posibilidad de imitarle. Si me atreviera á decirlo, sostendría que Dios nos ha evitado así muchos actos nacidos de los pretextos de la mala fe, y que ha separado de nuestro camino esa piedra de escándalo, que es, « la dificultad de imitar á Dios sin caer en pecado. » Y, ¿cómo lo ha hecho?..... Los Profetas y los Patriarcas nos habian enseñado ya ciertamente á imitar á Dios en lo que quiere le imitemos. Pero, puesto que aquello no era suficiente, ¿qué hizo el Dios de bondad? ¡ Unió á su naturaleza la naturaleza del hombre, se hizo como

nosotros mismos, se hizo nuestro semejante para enseñarnos como debíamos ser nosotros! Por medio de esta misteriosa operación, hizo descender en el hombre la ley de las perfecciones divinas; en su persona nos ha mostrado el Hombre perfecto, de suerte que imitándole, imitamos á Dios, é imitamos al imitador de Dios.

Ahora bien; ¿qué ejemplo nos dió el Hombre perfecto, Jesucristo, que nos mandó perdonar y perdonar siempre? Olvidó por un momento toda su vida y toda su doctrina y recuerdo tan solo su agonía, cuando, colmado de ultrajes y tormentos rogaba por sus verdugos. «Padre, perdónales, porque no saben lo que hacen». Si pues Dios, en sí mismo, no puede ser imitado sin tropezar con mil escollos, hé aquí en Dios al hombre, *Ecce Homo*, hé aquí el hecho, hé aquí la ley!

Dios es nuestro modelo: El ha perdonado como Dios y como hombre, luego nosotros debemos y podemos perdonar.

Preciso es crecer absolutamente de sensibilidad para que el hombre no se sienta favorecido por el beneficio que recibe, por la afección de que es objeto. Ahora bien; ¿qué mayor beneficio puede recibir el hombre que el perdón, que le hace capaz de salvarle, y que realmente le ha salvado ya una vez? Si, pues, su Salvador solo le exige, en recompensa, que oíre con sus semejantes del mismo modo que ha obrado el Señor con él; ¡cuán dulce y fácil debe serle la obediencia!

Para negar el perdón á sus hermanos, sería necesario, no solo desobedecer á Dios, rehusando imitarle, y hallarse desprovisto de la única ambición digna del hombre, se necesitaria, además, no tener corazón y no sentir el aguijón de la caridad, y hasta faltar á la equidad.

Es preciso tener en cuenta, hermanos míos; que, con frecuencia, la injusticia habla en nosotros á nombre de la justicia: uno de los casos más comunes es el que se presenta naturalmente á nuestra imaginación, leyendo la parábola del Evangelio. Mi hermano me debe, luego es justo que me pague. Sin duda, esto es justo, respecto á él, si tiene medios con qué pagar; lo es también respecto á mí, si estoy cierto de su insolventia. Pero lo que no es justo es que me sirva yo del rigor, el cual no hace más que agregar una causa de desánimo profunda á un motivo de desacuerdo ó de generalidad, de irresolución ó de nuestro encogimiento. Ahora bien; si del hecho material pasamos al caso espiritual, si de la deuda pasamos á la ofensa, observaremos que la deuda moral no puede pagarse, porque nadie en el mundo puede hacer que lo ya sucedido no haya tenido lugar. Pero, á fin de comprender exactamente los deberes de justicia que nos impone esta misma insolventia, no olvidemos que Dios entra siempre con nosotros

á la parte en la reivindicación. Fijemos bien nuestra situación. Cuando se nos inflere una injuria, se ofende al mismo tiempo á Dios. No somos, por tanto, nosotros los únicos acreedores. Pero nuestro crédito y consiguientemente, nuestro derecho, no es de la misma naturaleza que el de Dios. Dios reivindica á nombre de la justicia. Nosotros á nombre de la ofensa hecha á nuestra persona, y, aún siendo justa nuestra queja, no será ménos cierto que nos quejamos personalmente por nosotros mismos. Nosotros entablamos una acción civil, y pedimos, permitiéndonos la comparación, daños y perjuicios. Dios, en cambio, juzga el mal en sí mismo, prescindiendo del ofendido; á El solo corresponde apreciarle y castigarle. Si, pues, su justicia se declara satisfecha, si concede gracia, quedamos solos en la demanda. ¡Triste situación! Y observado bien, nosotros no podemos nunca asegurar que Dios persiste en la prosecución de la contienda. Pero como la misericordia de Dios no puede ser injusta, ni aún en la concesión más absoluta de su gracia, se sigue de aquí, que, continuando nosotros en alimentar nuestro resentimiento, nos declaramos contrarios á la justicia divina.

Hay más, todavía; cualquiera que sea la manera que tengamos de mirar el perdón, se le encuentra sólida razón de ser. Si nuestro deudor es insolvente, por sí mismo, esto es, principalmente con relación á la justicia, á Dios; es porque solo Dios puede borrar el pecado. Por lo que respecta al perjuicio material ó moral que nos ha ocasionado, puede repararse; es más, afirmo que ese perjuicio se repara siempre, bien por el culpable mismo, bien por Dios; y cuando no se repara, es porque no debe serlo, con arreglo á justicia. Sin entrar en detalles inútiles, os recordare que, por lo general, el beneficio de ciertas reparaciones le hace partir del perjuicio mismo de la injuria. En tal caso, la deuda desaparece, al ménos de hombre á hombre. O bien si el hombre no repara el daño causado, lo hace Dios frecuentemente en este mundo. Si Dios, representado por su providencia, se ha sustituido, desde entónces, en lugar del deudor, ¿á quién perseguimos? «Pero, se me objetará, el que quiso ofenderme no consiguió realizar su intento, verdad es; ó mejor dicho, aún cuando tuvo mala intención contra mí, y hasta logró causarme un perjuicio momentáneo, su conducta ha resultado, en último caso, en beneficio mio. Si; pero, no es ménos cierto que ha querido dañarme, que persiste en la misma idea, que siente el mal éxito de sus planes; en una palabra, que es mi enemigo. Luego, si la Providencia ha pagado su deuda material reparando el mal, ó impidiendo su realización, su deuda moral, que existe permanente en su intención, le hace siempre deudor mio y me

dá el derecho de perseguirle.» Error, hermanos míos! Desde el momento que os referís á esta deuda, que no es más que el pecado de vuestro hermano, desde que tratáis de ella con ánimo de conservar un derecho contra él, usurpáis el puesto á Dios. Decidme, en fin, ¿qué pedís? ¿Qué vuestro hermano sea castigado? Pero advertid, que no pudiendo vosotros juzgarle, en justicia, no podeis tampoco pedir su castigo. ¿Pedís que se le quiten los medios de dañaros? ¡Ah! esto es otra cosa. Este deseo no es hijo de la ira, ni se opone al perdón, porque pedís á Dios que os libre de ser para el prójimo ocasion de pecar. Por último, decís tambien: renuncio á mi queja; pero estoy prevenido; desconfío; la presencia de este hombre me hace daño... y yo os contesto, hermanos míos; el perdón no impide la prudencia, puede otorgarse el don y no conceder, sin embargo, simpatía. Y por fin, si Dios no acuerda la reparación, ya lo he dicho, es porque no hay lugar á ella, es porque merecéis el mal ó la aflicción, en la cual vuestro prójimo solo ha intervenido como instrumento; instrumento culpable, tal vez, pero esto no os concierne, á menos, sin embargo, que os intereseis por su salvacion. No olvidéis, después de todo, hermanos míos, que las grandes reparaciones no tienen lugar en esta vida, y que vuestro desgraciado hermano, que os habrá causado un perjuicio temporal, os habrá, tal vez, ayudado á ganar, si tenéis caridad y paciencia, bienes inapreciables en calidad y duracion.

Examinémos ahora la preocupación, el sofismo que reviste al resentimiento, á la ira, al espíritu de venganza con el bello nombre de justicia. El error es este: la reparación consiste en sufrir el mal que se ha hecho á otro. Con esto admitís la pena del talion. Esto es absurdo. En la esfera de la justicia absoluta, la pena del talion es demasiado blanda. En nuestra esfera contingente y, sobre todo, con nuestra cordatez de razon, sería muchas veces demasiado fuerte y siempre carecería de garantías de justicia. Considerando la idea en abstracto, ¿quién no advierte que no puede existir igualdad alguna entre el mal causado á un inocente por un criminal y el mismo mal sufrido por éste? Siempre existirá distancia entre el crimen y la inocencia; sólo Dios puede hacerla desaparecer aceptando el arrepentimiento. Pero si descendemos al terreno de la práctica, reconoceremos mejor todavía la injusticia de este principio de pretendida justicia. Porque, en efecto, una de dos; ó el culpable sufre exteriormente tanto como ha hecho sufrir, y, en este caso, sería preciso que existiera paridad de organizaciones y de sensibilidad, para que hubiera igualdad de sufrimientos, lo que no sucede jamás; ó por el contrario, deseamos, en nuestro resentimiento, que el que nos ha lesionado reciba

una lesion proporcional, según su capacidad de sufrimiento y sin tener en cuenta los hechos exteriores; en cuyo caso tambien hay injusticia, porque deberíamos agregar: deseo que sufra á proporcion de su culpa. Necesariamente vendremos siempre á parar á lo mismo, hermanos míos; necesariamente habremos de reconocer que no podemos juzgarnos los unos á los otros.

Si alguno de vosotros no ha comprendido la oportunidad de mis últimas palabras y que relacion tiene la pena del talion con nuestro asunto, que ponga la mano sobre su corazon, que recuerde ciertos movimientos, reprimidos tal vez, así lo creo, pero en fin, ciertos movimientos ocasionados por alguna herida moral, por alguno de esos ataques que sirven para ejercitar nuestra caridad en favor del prójimo; y si, cuando los ha recibido, no se encontraba ya bastante avanzado en el camino espiritual, que diga si no ha deseado, á pesar suyo y sin duda alguna, que el golpe recibido fuera á dar en el corazon de su infame agresor....

Me he esforzado, hermanos míos, por haceros ver como nosotros, imágenes de Dios, debemos perdonar para no descender de nuestra dignidad; como, habiendo sido perdonados á nuestra vez, debemos hallarnos tambien dispuestos á perdonar, á menos de ser absolutamente insensibles, y estar completamente desprovistos de sentimientos de caridad; como, en fin, debemos perdonar en nombre de la justicia. Réstanos examinar como puede el temor, ó mejor dicho, la esperanza, preparar las obras de caridad, disponiéndonos á conceder el perdón que para nosotros mismos deseamos.

2. Dícese con frecuencia: la caridad no se impone. Verdad es; la inteligencia, en manera alguna, la impone al corazon. Razonar no es amar. Pero de aquí se deduce equivocadamente, que la seguridad de otra vida y la idea de castigo y recompensa es ineficaz para transformar el corazon y acrecentar la caridad. La demostracion de tal error exigiría mucho más tiempo del que hoy puedo dedicaros; pero podré hablaros al menos, del caso particular que nos ocupa. Digoos pues; hareis mal de pensar que la esperanza del perdón y el temor de no alcanzarle, no pueden decidiros á perdonar cristianamente, es decir, á perdonar de todo corazon.

A menos de ser almas privilegiadas, no podemos llegar á la perfeccion sino lentamente. De manera, que puede haber grados sucesivos en el perdón que concedemos á otros, que puede haber, y ordinariamente lo hay, progreso en el resultado de nuestros esfuerzos. Los primeros resultados de estos esfuerzos, los primeros grados del perdón pueden obtenerse por la fé, por el temor y por la esperanza, en una

palabra, por la consideración, por la meditación de la amenaza y de la promesa que se lee en el fin del Evangelio de hoy.

Hagamos rápidamente la fisiología del perdón. El perdón es una renuncia voluntaria y sucesiva. El que perdona, renuncia primeramente á la intención de dañar á quien le dañó. En seguida abandona el deseo de verle lastimado por la acción reprobada, sea cualquiera el agente que deba castigarle. Acalla luego el vago deseo de verle castigado en cualquiera forma. Trata después de disminuir la gravedad de su culpa. Luego, le compadece y encomienda á Dios. Lo ama, después. Y por último, esto es heroico y sobrenatural, puede olvidar hasta la herida recibida, de tal manera la ha cicatrizado la caridad; entonces la daga queda perdonada hasta el último óbolo, los títulos del crédito se han hecho pedruzcos, y entregado á las llamas. Si, por el contrario, destruis los efectos del perdón, reconstruyendo pieza sobre pieza el edificio del mal, hallareis sucesivamente el recuerdo, el ligero resentimiento, la maldición, la ira, la venganza. Pues bien, estos últimos elementos, primeros en el orden cronológico, pueden ser destruidos por la fé. Podeis, desde luego, por el temor y la esperanza, renunciar á la venganza personal, porque ésta nos está prohibida. Podeis primero renunciar al hecho. Pero, solo por esto, os disponeis á renunciar al sentimiento; puesto que ya habeis destruido de vuestro corazón el deseo de probar el deplorable placer de la venganza personal. Poneis vuestro asunto en manos de la Providencia y, ya desnaturalizais vuestra mala tendencia, confiando la satisfacción á la justicia de Dios. Viene después la reflexión: la justicia de Dios no se manifiesta según habíais previsto; Dios no puede ser juzgado como vosotros, y, desde entonces, hay peligro inminente. Os sentis dispuestos á apartaros de este negocio; pensais y os decís que la desgracia del malo de nada servirá para vuestra felicidad. Una vez abandonado el juicio, quedais convertidos en simples espectadores y solo se os representa á la vista un pecador digno de compasión, porque el pecado es la mayor desgracia. En tal estado, el alma ofendida se encuentra desembarazada de los obstáculos que se oponían al ejercicio de la caridad, y se perdona de todo corazón.

De manera, que el primer efecto del temor es producir la obediencia á los mandamientos que se refieren á los hechos, á los actos externos. Este es, por lo general el primer paso dado en el camino de la observancia espiritual. Así como llega uno á hacerse insensible violentando su sensibilidad, á la manera, por ejemplo, que el cirujano se habitúa en las operaciones que en principio le eran mas difíciles; así, aunque en sentido contrario, se puede desarrollar la caridad en

el corazón absteniéndose de las acciones que no se conforman con esta virtud y haciendo obras de caridad por la esperanza de la recompensa infinita y por temor al castigo. Ciertamente, repito, que esta no es la caridad perfecta, no es más que el sentimiento; pero es una excelente preparación, excelente bajo dos aspectos: primero, porque se obedece á Dios; segundo, porque es causa que, aún en el orden natural, produce estimabilísimos efectos.

Seame permitido agregar, que siendo el resentimiento un dolor, el perdón no solo tiene su recompensa eterna, sino sus alegrías presentes. Convegamos en que la ira es un tormento. Hay quien dice á nuestro lado: la venganza es el placer de los dioses. Esto está conforme con lo que acabamos de decir, porque los dioses derrocados por Jesucristo, son las potencias del demonio, y cuando el demonio se goza en nosotros, nuestra alma se halla atormentada. La venganza es el placer de los dioses del paganismo; esa es su condenación.

No bajaré de esta sagrada cátedra sin preguntaros antes: ¿cómo pedís? ¿os limitáis á pedir con los labios, ó vuestro espíritu comprende y vuestro corazón siente lo que decís á Dios en la oración dominical? Sabéis perfectamente, hermanos míos, que, si no perdonais, pronunciáis vosotros mismos vuestra propia sentencia. Pensad en esto: habeis declarado ante Dios, que renunciáis á la eterna felicidad si vuestro corazón no se hallaba puro de todo resentimiento: «Perdonad nuestras deudas, así como nosotros perdonamos á nuestros deudores.» ¡Palabras terribles, henchidas de amenazas ó de consuelos! ¡Ah! hermanos míos, yo estoy seguro que vosotros elegireis los consuelos y la dicha eterna, que de vosotros depende conseguir y que yo os deseo. Amen.

PEREZA.

Uigve modo non petitis quidem in nomine suo.

Hasta aquí no habeis pedido nada en mi nombre.

[JOAN. XVI, 24.]

¿Es posible que los apóstoles no hubiesen pedido todavía cosa alguna en nombre de su divino Maestro, cuando estaba ya próximo á

Tomo X. 1

salir del mundo para volver á la gloria del Padre? Él le habia encarecido la necesidad de orar: les habia prometido darles cuanto pidiesen; y habiéndole preguntado de que modo debían hacer sus súplicas á Dios, les habia dictado en pocas palabras una perfecta y eficazísima oración. Pues ¿por qué no pedían? ¿por qué no se aprovechaban de las ventajas que podían obtener por medio de frecuentes y fervorosas oraciones?

Porque eran todavía sencillos ó ignorantes, y no estaban aún bien cimentados en la doctrina del Evangelio. Mas, en cuanto Jesucristo, próximo á subir á los cielos, les reprendió su incredulidad y su dureza de corazón por no haber querido creer á los que le habian visto resucitado, retiráronse al Cenáculo y dedicaron los dias y las noches á la oración: *Omnes erant perseverantes unanimiter in oratione* (Act. i, 14); hasta que, descendiendo sobre ellos el Espíritu Santo con la plenitud de su gracia, salieron á difundir la verdadera fe por todas las regiones del universo.

Mucho más debemos, pues, admirarnos nosotros, de que los cristianos que profesan creer firmemente la verdad del Evangelio y esperar despues de ésta una vida eterna, vivan, sin embargo, tan olvidados de los intereses de su salvacion, que no piensen apenas mas que en las vanidades y locuras del mundo; y si tal vez se dedican al ejercicio de su religion, lo hacen con tanta indiferencia y tibieza, que claramente dan á entender que obran por costumbre y no por deseo de servir á Dios y de merecer su benevolencia. Esa tibieza, esa indiferencia, ese olvido de las cosas de Dios, son en gran parte efecto de la pereza: por tanto, voy á manifestaros en qué consiste este abominable vicio y cuáles son las funestas consecuencias que acarrea, para que lo aborzcáis de corazón y procureis no incurrir en él. Pidamos ántes los auxilios de la gracia. A. M.

1. Santo Tomás dice, que la pereza es una desordenada displicencia y un tedio pernicioso en el obrar: *Accidia importat quoddam tedium operandi*; y que impidiendo al hombre el ejercicio de la virtud, es siempre pecaminosa con respecto á sí misma y con respecto á los pésimos efectos que suele producir: *Est dupliciter mala, et secundum se, et secundum effectum* (2, 2, q. 53, art. 1). Por esto el Espíritu Santo nos advierte, que la negligencia y la lentitud en el obrar han sido siempre una fuente de miserias y desgracias: *Egestatem operata est manus remissa* (Prov. x, 4); pues de poco aprovecha para nuestra salvacion el no obrar mal, si con todo fervor y diligencia no procuramos obrar bien.

El Apóstol llama á la pereza tristeza mundana, y nos asegura que mata al alma: *Saeculi tristitia mortem operatur* (II Cor. vii, 30); lo cual explica el doctor Angélico diciendo: que este vicio, inspirádones una abominable aversion á las cosas divinas, se opone directamente á la caridad y constituye una culpa mortal por naturaleza, por lo que se enumera entre los pecados capitales: *Accidia est tristitia de bono spirituali, in quantum est bonum divinum, unde secundum suum genus accidia est peccatum mortale* (2, 2, q. 53, art. 3); y luego añade: que solo están exentas de culpa grave aquellas repugnancias que nuestra corrompida naturaleza experimenta en obrar bien, sin deliberado y pleno consentimiento de la razon; las cuales son, sin embargo, pecados veniales, si conociéndolos, no las corregimos: *Motus accidia in sola sensualitate quandoque est, propter repugnantiam carnis ad spiritum, et tunc est peccatum veniale*.

El que ama de veras á Dios, le sirve con alegría y valor, y daría gustoso la sangre y la vida por no perder su gracia; porque el verdadero amor no conoce dificultades ni obstáculos. Mas los perezosos, al contrario, se abstienen de hacer bien, por temor de no poder resistir al trabajo de las buenas obras, y no dan un paso en la senda de la virtud, creyendo que en el fin han de salir al paso monstruosas fieras: *Dicit piger: Leo est in via, et leona in itineribus* (Prov. xxvi, 13). Quieren, y no quieren, de manera, que no resolviéndose á poner por obra los lánquidos deseos que les excitan á procurar su salvacion, dejan pasar los dias y los años sin hacer cosa alguna, y mueren al fin los infelices enteramente vacíos de obras buenas: *Desideria occidunt pigrum, noluerunt enim quidquam manus ejus operari; tota die concupiscit, et desiderat* (Prov. xxvi, 21, 25 et seq.).

Suspiraban los israelitas, libertados por la misericordia divina de la esclavitud de Egipto, por llegar á la posesion de la fértil tierra prometida; y sin embargo, desconfiando de la bondad de aquel Dios, que con tantos y tan estupendos prodigios les habia sustraído de la tiranía de Faraon, concibieron un vergonzoso temor de perder la vida á manos de los moradores de la tierra de promision y ver á sus mujeres é hijos reducidos á la esclavitud; de manera, que deseaban más volver á Egipto ó morir en el desierto, que proseguir el comenzado camino. En vano Caleb y Josué les exhortaban á tener valor y á poner toda su confianza en el divino auxilio; pues lejos de dar oídos á aquellos dos generosos campeones, intentaron lapidarlos, por lo cual el Señor justamente irritado les condenó á todos á andar por espacio de cuarenta años errantes y fatigados por aquellas inhospita-

rias soleidades, sin que ni uno solo de ellos llegase á gozar las delicias de aquella tierra tan deseada. ¡Ah! ¡cuántos cristianos, á semejanza de los remisos israelitas, poseídos de una criminal pereza, no quedan excluidos de la posesion del reino de Dios! Unos temen que, quedándose en la Iglesia á oír misa ó hacer alguna práctica de devocion, sufran menoscabo los intereses de su familia; otros revelan que, enviando sus hijos á la doctrina, se mueran de hambre los ganados; éstos se causan é impiden de oír sermones, esotros creen perder la salud si observan los ayunos prescritos por la santa Iglesia; éstos se persuaden que no les quedará tiempo suficiente para descansar si invierten tan solo media hora en rezar el rosario antes de acostarse; aquellos en fin, piensan quedarse sin paz, si dan alguna limosna á los pobres ó á la Iglesia; y el resultado es, que pasando de este modo la vida en un lamentable ocio espiritual, llegan á la hora de la muerte enteramente desprovistos de méritos y con la conciencia cargada de pecados é iniquidades.)

¿Queréis cercioraros de que el tedio, los temores, las excusas y los preámbulos de esos males no reconocen otra causa que una pésima pereza? Observadlos en las fiestas, en los banquetes, en los sarao y diversiones: trasnocharán gustosos, gastarán con profusion, sudarán, se fatigarán sin temor de perder la salud, ni de privarse el sueño, ni de arruinar la casa, ni de que la familia perezca de hambre; pasarán tranquilamente del galanteo á la crapula, del juego al baile sin atender al rigor de la estación, ni á la distancia, fragosidad ó mal estado de los caminos: llenos de aliento, valor y resolucion para servir al demonio y seguir los impulsos de su desenfrenada concupiscencia, solo se muestran remisos y desalentados en servir á Dios y procurar la salvacion del alma; corroborando de este modo las palabras del Salmista cuando dice, que sobreabunda en iniquidad el que tiene por difícil y trabajosa la observancia de los divinos mandamientos, de los cuales es el primero amar á Dios de todo corazón, con toda el alma y con todas las fuerzas: *Numquid adhæret tibi sedes iniquitatis, qui fugis laborem in præceptis* (PSALM. cxm, 20).

2. Habiendo resuelto Galba apoderarse de Roma, la sitió con un numerosísimo y poderoso ejército. Estrechado el cerco de manera que no podian los sitiados recibir socorro de parte alguna, habíanse ya plantado las baterías de arietes, examinábase por qué lado seria más conveniente abrir la brecha, y se aguardaba por momentos la hora de asaltar y rendir la ciudad. Los romanos, entre tanto, confusos y atemorizados, defendian los muros con la flor de sus soldados, y los reforzaban con nuevos bastiones y reparos; cuando hé aquí que Neron

manifiesta repentinamente reunir en la gran sala del consejo á los senadores, á los consejeros de Estado y á los más esclarecidos varones de aquella augusta metrópoli. Imposible sería describir la alegría que se apoderó de los romanos, esperando de las deliberaciones de tan ilustre asamblea una medida salvadora proporcionada á la gravedad del conflicto. ¡Vana esperanza! Entra Neron en el consistorio, y volviéndose con alegre y sereno semblante á los congregados, les dice: Os he reunido en este lugar para tributar las debidas gracias á los Dioses, por haber finalmente hallado el modo de concertar las flautas grandes con las pequeñas, de manera que produzcan un sonido armonioso y agradable al oído. Este inesperado discurso dejó tan alónitos á los sabios consejeros, que no supieron que responder. Pues qué! ¿se decian interiormente, ¿es tiempo ahora de pensar en frusterías y vanidades? Los enemigos nos asedian por todos lados, la ciudad está á punto de perecer, ¿y Neron piensa en baños...? ¡Oh necesidad! ¡oh locura! Pues ¿no hacen lo mismo los perezosos en asuntos de mucha mayor importancia? Asediados por las malas ocasiones, dominados por los sentidos, acosados por el tentador, están en peligro de perderse para siempre, en riesgo inminente de ser precipitados á los abismos del infierno, y esto no obstante, viven tan olvidados de los intereses del alma, de la espantosa eternidad, que solo piensan en los placeres y vanidades del mundo. Esclavos de una abominable ociosidad, tienen el corazón lleno de pésimas inclinaciones y enormes vicios, que son las ortigas y las espinas que, segun la expresion del Espíritu Santo, cubren totalmente el campo del hombre perezoso: *Per agrum hominis pigri transiit, et per vineam viri stulti, et ecce totum replacerant urticae, et operuerant superficie ejus spinæ* (Prov. xxiv, 30 et seq.) Es tanto lo que les repugna el bien obrar, y tanta su aversion á la virtud, que no pueden oír hablar de Dios ni de las cosas santas; á semejanza de Félix, presidente de Judea, cuando oyendo predicar á S. Pablo sobre la castidad y el juicio final, aunque sobrecogido de un gran temor, despidió sin embargo al apóstol diciéndole, que lo llamaría en ocasion más oportuna: *Quod nunc attinet, vale, tempore autem opportuno accersam te* (Act. xiv, 25).

Esos, exclama S. Bernardo, están ya en algun modo en el infierno; antes de salir de este mundo: *Hujusmodi autem quodammodo in inferno sunt* (SERM. n, DE ASCEN. DOU.) y la razon es, porque, siendo uno de los efectos de la pereza inspirar rencor y enojo contra las personas virtuosas, que con la pureza de su vida, y con su fervor y diligencia en servir á Dios, reprenden y condenan la insensatez de

los perezosos; éstos no solo dejan de practicar el bien, sino que detestan además toda obra de religión, y aborrecen é insultan á los justos. Ellos quisieran que la ley de Dios no prohibiese el pecado, que la Iglesia no prescribiese el ayuno, ni celebrase las fiestas, ni recomendase la frecuencia de los sacramentos; quisieran que los confesores fuesen mudos, que se suprimiesen los sermones y catecismos; quisieran, en fin, si posible fuera, desterrar del mundo los sacerdotes y hombres pios. Oíd sus discursos, consignados en el libro de la Sabiduría: Persigamos, dicen, al justo, que condena nuestras acciones y reprueba nuestra desobediencia á la ley, poniendo en evidencia los pecados que cometamos y echándonos en cara la disolución y perversidad de nuestras costumbres: *Circumveniamus justum, quoniam tautilis est nobis, et contrarius es operibus nostris, et improperat nobis peccata legis, et diffamat nos in peccata disciplinae nostrae* (Sap. xi, 12). No podemos soportar su vista, porque su vida es muy distinta de la nuestra: *Gracis est nobis etiam ad videndum, quoniam dissimilis est altis vita illius* (Sap. xi, 15). Nos tiene por vanos, necios y frenéticos, y huye de nuestra conversación, repudiándola por escandalosa é inmundada: *Tamquam nugaces astutiam sumus ab illo, et abinet se à viis nostris, tamquam ab immunditia* (Sap. xi, 16).

Mandó el Señor á los hebreos que no dejasen apagar nunca el fuego del altar: *Ignis in altari semper ardebit* (Lev. vi, 12); para darnos á entender, dice el papa S. Gregorio, que no podemos agradar á Dios, si no arde siempre en nuestro corazón el fuego de una ardentísima caridad: *Altare Dei est cor nostrum, in quo jobetur ignis semper ardere, quia necesse est ex illo ad Dominum caritatis flammam indesinenter ascendere* (Lm. xvi moral. c. 7). El Señor aborrece la tibieza, la negligencia y la ociosidad, y rara vez entra en el buen camino el que se ha acostumbrado á mirar con indiferencia el negocio de la salvación; porque como el Espíritu Santo nos advierte, si el temor de la fatiga nos retrasa de trabajar, cuando llegue el día de la cosecha, es decir, la hora de nuestra muerte, seremos pobres y desgraciados y no habrá quien nos de auxilio: *Propter frigus piger arare noluit, mendicabit ergo ætate, et non dabitur illi* (Prov. xx, 4). ¿Quién sabe cuando llegará para nosotros aquella hora terrible! Todos los días vemos como hombres y niños, jóvenes y ancianos, pasan á la eternidad, y no sería extraño que alguno de los que estamos aquí reunidos, dentro de pocos días y quizá de aquí á pocas horas, fuese llamado al tremendo tribunal de Dios; y sería para nosotros la mayor y más irreparable de las desgracias, que no ha-

llando en nosotros el Altísimo obras buenas que recompensar, nos castigase por nuestra pereza, como sucedió á aquel siervo del Evangelio, que fué condenado á las tinieblas por haber tenido enterrado y ocioso el talento, en lugar de negociarlo.

Huyamos, pues, hermanos míos, del abominable vicio de la pereza, y siguiendo el consejo del grande Apóstol, seamos solícitos y fervorosos en servir á Dios: *Sollicitudine non pigri, spiritu ferventes, Domino servientes* (Rom. xii, 11). No debe arredrarnos la dificultad de la empresa. No es difícil ni penoso, no, el vivir bien, antes al contrario, llena el corazón de consuelo, contentamiento y alegría espiritual; porque el yugo de la ley de Dios es suave, é insensible el peso de sus preceptos. El Señor ama á las que le veneran y obedecen con diligencia y buena voluntad: *Hilarem datorem diligit Deus* (II Cor. ix, 7), y después de haberles hecho gustar en esta vida los puros goces de una conciencia tranquila, premia eternamente en la otra con las delicias de su gloria las pocas fatigas y levisimas penas que padecieron por servirle y amarle. En vista de esto, ¿quién podrá ser tibio y perezoso en el ejercicio de la virtud? Practiquémosla constantemente, y seremos eternamente dichosos.

Para ampliar este asunto pueden consultarse los tratados: OCIOSIDAD y TRABAJO.

DIVERGENS.

PEREZA.—A nosotros nos corresponde buscar á Jesucristo, y es preciso que sea Jesucristo quien nos busque á nosotros.

A nosotros nos corresponde pedir gracias á Jesucristo, y es preciso que sea Jesucristo quien nos las ofrezca.

PEREZA.—La pereza es la parálisis del alma pecadora.

Esta parálisis procede del amor propio que nos infunde aversión por todo lo que nos parece penoso.

Un pecador paraltico es un perezo que descansa sobre los demás en los asuntos de su salvación.

PEREZA.—Para curar al pecador de su pereza es preciso que conozca su fuerza.

Para curar al pecador de su pereza es preciso hacerle marchar por el camino de su vocación.

PEREZA.—Nos hace difícil la práctica de la virtud.

Nos hace envejecer en el pecado.
Nos hace perder las ocasiones de las cuales depende nuestra salvación.

PERFECCION CRISTIANA; véase JUSTICIA CRISTIANA.

PERJUROS; véase JURAMENTOS.



PERSECUCIONES.

Ecce passus est hic... in signum cui contradicitor.

Mira, este niño que ves, está destinado... para ser el blanco de las contradicciones.

(Luc. II, 34.)

El Evangelio nos anuncia las persecuciones á que la Iglesia debe estar expuesta durante todo el transcurso de los siglos. Puede mirarse, hermanos míos, esta profecía como una de las pruebas más características, como uno de los monumentos más admirables de la divinidad de nuestra santa religión. Nada hay, en efecto, más extraordinario que esas persecuciones que han herido y todavía hieren á la Iglesia todos los días en medio de nosotros, y que se las puede caracterizar alternativamente bajo este triple punto de vista: persecucion de la fuerza brutal, persecucion de la violencia de la ciencia, persecucion de desprecio. En efecto, una de estas tres persecuciones hierie siempre á la Iglesia de Jesucristo por todas partes y en todos los instantes, en un sentido evidentemente opuesto á la verdad. Esto es lo que voy á demostraros. Pidamos la gracia necesaria. A. M.

1. No hay necesidad de creer, y vosotros lo sabéis desgraciadamente tan bien como yo, que la persecucion de la fuerza, que la persecucion de la violencia fueron el patrimonio de los tres primeros siglos. En aquella época, las persecuciones fueron de una atrocidad tal, que hoy día los incrédulos buscan en esa misma exageracion un argumento contra la veracidad de la historia; miran, esas persecu-

cuciones tan numerosas, tan sangrientas, tan injustas, como de un carácter de imposibilidad que engendra al ménos la duda. Además, esas persecuciones de los tres primeros siglos estan fundadas en motivos tan absurdos, y muchas veces tan ridiculos, que el buen sentido se negaria á creerlos si monumentos y relaciones de la autenticidad más incontestable, no estableciesen los hechos. Si, hermanos míos, los edictos de los emperadores condenaban á los cristianos á muerte, porque los cristianos en sus misterios, en sus reuniones, degollaban niños, se comían su carne y bebían su sangre! Jueces romanos, hombres colocados á la cabeza de la civilizacion y de la ciencia, se atrevieron á escribir esos fallos, sancionándolos con su firma. ¡Esto admira, esto espanta! Es necesaria la ceguedad de todas las pasiones infernales reunidas para conducir á los hombres á acciones tan absurdas y al mismo tiempo tan criminales. Pues bien! esa excesiva ridiculidad de las primeras persecuciones se continua por todas partes; se presentan con el mismo carácter, si bien puede decirse, que nada hay más contradictorio ni más ridiculo al mismo tiempo, que las causas por las que las diversas sociedades han hecho y hacen espíar á los cristianos, persiguiéndolos y condenándolos á muerte; este es el colmo de la ceguedad, y estas persecuciones tienen lugar muchas veces en nombre de Dios. En los primeros tiempos del cristianismo, los emperadores romanos perseguían á los cristianos por los motivos más frívolos, más ridiculos, más odiosos, hasta acusarlos de infamia en sus costumbres. ¡Ellos, que llevaban la pureza hasta el extremo de temer aún la más leve apariencia de mancha! ¡Ellos, cuyas vírgenes y virtudes debían abandonar los más brillantes ejemplos de la dominacion de los sentidos! ¡Acusarlos de atrocidad en sus misterios! ¡Ellos, que habian renunciado hasta el sacrificio de los toros, de las becerras, de las cabras, para no tener más que la victima del Calvario, el Cordero sin mancha! ¡Ya habido y hay siempre contradiccion en las mismas acusaciones, y contradiccion entre las acusaciones y los hechos.

Si no nos engañamos, la persecucion es uno de los caracteres del cristianismo y de la verdad. Y como la verdad procede de Dios para reformar la tierra; es necesariamente y en todas partes opuesta á las pasiones; y mientras haya en la tierra pasiones ó intereses materiales y groseros que salvar, el cristianismo estará en oposicion con el espíritu del mundo; por consiguiente, el cristianismo será siempre perseguido, violentamente perseguido, cuando los pueblos ó los que los dirijan puedan hacerlo con alguna ventaja. Notad tambien la otra contradiccion de las persecuciones que sufre el cristianismo: ya la persecucion tiene lugar por los furores populares; ya por la omipoten-

tencia de los soberanos; si bien puede decirse que son un verdadero caos, un abismo sin fondo, una contradicción perpétua, las causas que se han alegado para la persecución contra los cristianos en todos los siglos. Ese es uno de los caracteres del error.

2. Al lado de la persecución sangrienta está la persecución de la ciencia, que consiste en lo siguiente: pretendidos sabios atacan, combaten las doctrinas católicas con pretendidos descubrimientos científicos, con imaginarios progresos del espíritu humano, con esas armas de la prensa, que tanto poder prestan al ataque, y muchas veces hacen la defensa tan débil y tan insuficiente; porque hay más afán en leer lo que deleita y halaga, que lo que edifica ó instruye. Hay también una contradicción que inspira el más profundo desden hacia todos los adversarios del cristianismo, cualesquiera que sean, y es, que el catolicismo, que cuenta en su seno las más grandes lumbreras del mundo (bastará nombrar á Agustín, Atanasio, Crisóstomo, Orígenes, Jerónimo, Tertuliano, Tomás de Aquino, Bossuet, Pascal, Fenelon y tantos otros); el catolicismo, que cuenta en su seno los hombres más sabios que ha tenido el mundo, los hombres más ilustres, más elocuentes, más enérgicos, ve levantarse ante estos focos de luz á esos niños todavía en el colegio, á esos obreros sin ciencia, y que ni aun siquiera han querido saber jamás lo que hubieran podido aprender; á esas mujeres ligeras ó aturdidas, que no se ocupan más que del tocador y de las fiestas; á esos mercaderes tan ignorantes, que no conocen más que su vara y su libro de cuentas. ¡Vemos á todos esos insensatos atacar la religión en nombre de la ciencia! Nosotros somos hombres preocupados y no tenemos ninguna tradición... El carácter especial del ataque es, que siempre viene de parte del más ignorante y más débil. Cuando el hombre posee una ciencia real y positiva bajo el punto de vista religioso, comienza por callarse y estudiar con más afán. No veréis ataque violento más que en hombres que no tienen sino una mediana ciencia, alterada ó nula; son hombres que no se sirven de los talentos que pueden tener sino para hacer el mal y perder las almas. Ciertamente que la irreligión cuenta en su seno algunos hombres ilustres, pero poco sabios, ó al ménos, si hay sabios entre ellos; son hombres que casi han vuelto al cristianismo, y los más grandes de entre ellos han acabado por adherirse definitivamente á él.

Puede decirse que las persecuciones hechas al cristianismo en nombre de la ciencia han sido siempre pueriles ó despreciables, y sin embargo, son las que más hieren al catolicismo, las que mayor daño le causan y las que más prosélitos reclutan. ¡Cuántas infelices esposas

y cuántos hijos, viendo aquellas á sus maridos, y éstos á sus padres, despreciar la religión, combatir la religión, atacar siempre la religión en nombre de la ciencia, acaban por decir: «Mi marido, mi padre es un hombre instruido; y si no tiene fe es porque la verdadera religión no está probada!» Este género de persecución fué predicho por Jesucristo: el carácter de la verdad es ser siempre combatida por la ciencia humana, porque la verdad espanta á la ciencia humana, le manifiesta su nulidad, destruye una parte de sus pretensiones, su incertidumbre redunda en beneficio de la humanidad; el hombre orgulloso quiere que no haya nada superior á él, pretende analizarlo todo y colocarlo á su mismo nivel. Ved de que modo la persecución de la ciencia hace tanto mal, causa tantos desastres en vuestra posición, arrancando siempre multitud de miserables almas, que no quieren comprender que la ciencia ha dicho su última palabra al catolicismo, y que el catolicismo es la base de todas las ciencias, y que en su seno los sabios más ilustres se han llenado de gloria, humillando sus conocimientos ante la ciencia de Cristo.

5. Y ¿qué diremos de esa persecución de desprecio, que es una especie de invención del infierno? Antes del cristianismo el mundo estaba entregado á falsas religiones: las más absurdas, las más ridiculas, recibían el asentimiento y los homenajes de la tierra. Pues bien; antes del cristianismo estaba consagrado que todos los hombres debían respetar la religión, cualquiera que fuese; y en toda la antigüedad, salvo algunas ligeras excepciones de filósofos libertinos ó insensatos, como por ejemplo la secta de Epicuro, no encontraréis una sola secta filosófica reflexiva, un solo pueblo, una sola reunión de hombres que tomara por principio y por sistema de conducta el menospreciar la religión. Por el contrario, era un principio generalmente aceptado y recibido, que debían respetarse siempre las religiones, puesto que siempre tienen una base respetable. Llega la época del catolicismo, es decir, la verdad; es decir, Dios, que interviene en los negocios del hombre; y en el instante mismo el infierno y las pasiones humanas se esfuerzan por destruir aquel principio de respeto, allí donde precisamente el respeto debía ser absoluto y sin restricción, para llevarlo absolutamente sobre lo que ha sido demostrado como erróneo y falso, sobre lo que como tal ha sido destruido. Parece, hermanos míos, que está admitido en el día, que todas las religiones de la antigüedad, que todos los cultos idólatras tienen derecho á todos los respetos, y que en los tiempos modernos todas las religiones deben ser respetadas, excepto una sola, excepto el catolicismo. En los libros de los incrédulos, en general, no encontraréis puestas en ridículo ni la

religion de Mahoma, ni el protestantismo, ni el judaísmo; pero cuando se trata del catolicismo, no hay críticos bastante desvergonzados ni palabras bastante sarcásticas para ajar sus dogmas, su moral, sus sacramentos, sus ritos, sus asociaciones, sus preces. Parece que todo lo más despreciable que tiene la humanidad, lo más ridículo y malvado se une contra esta religion. la única que es permitido criticar; calumniar y despreciar impunemente. Vereis algunos hombres, en sus libros, en sus conversaciones, saludar con respeto al sacerdote musulmán, y lanzar el insulto á la luz del sacerdote católico. ¡Oh! quede incontestable y probado, que el mundo y el infierno no se unen de este modo contra la Iglesia sino porque la Iglesia posee la verdad, y los hombres creen tener interés en negar la verdad, que los condena. Considerad, hermanos míos, que esa persecucion de desprecio, de que todos los días sois testigos, tiene algo de incomprensible, y para mí es la prueba, el caracter más distintivo de la divinidad del cristianismo.

Pero tomemos, hermanos míos, de nuestras instituciones, para ejemplo del partido que más nos denigra, tomemos, por ejemplo, la confesion. ¡Que de sarcasmos indecentes sobre la confesion! Pues bien; la confesion como sacramento es cierto que no pertenece más que al catolicismo, y solamente en la confesion católica ha dado Dios poder al hombre para absolver los pecados; mas la confesion como institucion moral, como medio de consuelo, era honrada entre los pueblos de la antigüedad. Casi todas las sectas filosóficas de la antigüedad, los egipcios, los griegos, practicaban la confesion; es decir, el despojo de sí mismo, la manifestacion de su alma hecha á un tercero, para ser consolado, para ser dirigido, para ser purificado por el confesor. Toda la antigüedad pagana, sus sabios, sus filósofos, admitian el uso de la confesion, y pedian y desean muchas veces participar de ella como de una gracia; y es probable, y casi cierto, que la mayor parte de los pueblos orientales, ántes de la venida de Jesucristo, conocian la práctica y el uso de la confesion. Pues bien; basta que el catolicismo la haya obedecido, que Jesucristo la haya establecido como un medio de conocer los pecados para dar la absolucion, y que le haya concedido una eficacia real é indubitable, para que haya llegado á hacerse ridícula y vergonzosa. Y de este modo lo que la antigüedad admiraba, la sabiduría de los tiempos modernos desprecia entre los católicos. Lo mismo sucede con todas las demás instituciones católicas. Se respeta el rosario de los turcos y se desprecia el rosario del católico. Todo lo que es católico es necesario despreciarlo, porque es la verdad, porque todo ello viene de Dios: es necesario respetar

todo lo que es de religion falsa, porque es la obra del demonio. ¡Es esto bastante?

Y ¿seréis espíritus tan débiles, que perque se burlan de vosotros y de vuestras prácticas, porque se critican las pruebas de vuestra religion, y hasta porque se os amonaza, renegueis por eso de lo que os honra, y no acepteis esas mismas pruebas de vuestra dignidad? ¡Ah! ¿no veis que se os persigue porque sois del cielo y os volvais al cielo? Seamos fuertes contra la persecucion, sea que trabaje por oscurecer con sofismas la luz católica, sea que critique y blasfeme de nuestras obras. Todo esto está anunciado por Jesucristo, por el mismo Dios. El dia que el catolicismo dejase de poseer y de ser el mismo Dios, cesaria de ser perseguido violentamente, y en cambio tendria derecho al respeto del malvado y del insensato, como las otras religiones falsas. Hermanos míos, consolémonos y esforcémonos, porque si solo el cristianismo es perseguido de este modo, prueba que es divino. Practiquemos sus preceptos, y alcanzareis la felicidad eterna que os deseo.

PERSECUCIONES, véase ADVERSIDADES, AFLICCIONES.

PERSEVERANCIA.

I.

Qui perseveraverit usque in finem, hic salvus erit.
Qui non perseverare hasta el fin, esse se salvum.

(MATT. XXIV. 13.)

Ser incapaz de pecar es propiedad de la naturaleza de Dios; no poder ya caer en pecado, es privilegio de la gloria; no haber nunca ofendido á Dios es felicidad del estado de la inocencia; convertirse despues de haber pecado, es el efecto ordinario de la penitencia; pero haberse convertido para no pecar más, es lo que se llama gracia y don de perseverancia. Entre estos estados el primero, que consiste en ser incapaz de pecar, es el más excelente, pero no le conviene á

religion de Mahoma, ni el protestantismo, ni el judaísmo; pero cuando se trata del catolicismo, no hay críticos bastante desvergonzados ni palabras bastante sarcásticas para ajar sus dogmas, su moral, sus sacramentos, sus ritos, sus asociaciones, sus preces. Parece que todo lo más despreciable que tiene la humanidad, lo más ridículo y malvado se une contra esta religion. la única que es permitido criticar; calumniar y despreciar impunemente. Vereis algunos hombres, en sus libros, en sus conversaciones, saludar con respeto al sacerdote musulmán, y lanzar el insulto á la luz del sacerdote católico. ¡Oh! quede incontestable y probado, que el mundo y el infierno no se unen de este modo contra la Iglesia sino porque la Iglesia posee la verdad, y los hombres creen tener interés en negar la verdad, que los condena. Considerad, hermanos míos, que esa persecucion de desprecio, de que todos los días sois testigos, tiene algo de incomprensible, y para mí es la prueba, el caracter más distintivo de la divinidad del cristianismo.

Pero tomemos, hermanos míos, de nuestras instituciones, para ejemplo del partido que más nos denigra, tomemos, por ejemplo, la confesion. ¡Que de sarcasmos indecentes sobre la confesion! Pues bien; la confesion como sacramento es cierto que no pertenece más que al catolicismo, y solamente en la confesion católica ha dado Dios poder al hombre para absolver los pecados; mas la confesion como institucion moral, como medio de consuelo, era honrada entre los pueblos de la antigüedad. Casi todas las sectas filosóficas de la antigüedad, los egipcios, los griegos, practicaban la confesion; es decir, el despojo de sí mismo, la manifestacion de su alma hecha á un tercero, para ser consolado, para ser dirigido, para ser purificado por el confesor. Toda la antigüedad pagana, sus sabios, sus filósofos, admitian el uso de la confesion, y pedian y desean muchas veces participar de ella como de una gracia; y es probable, y casi cierto, que la mayor parte de los pueblos orientales, antes de la venida de Jesucristo, conocian la práctica y el uso de la confesion. Pues bien; basta que el catolicismo la haya obedecido, que Jesucristo la haya establecido como un medio de conocer los pecados para dar la absolucion, y que le haya concedido una eficacia real é indubitable, para que haya llegado á hacerse ridícula y vergonzosa. Y de este modo lo que la antigüedad admiraba, la sabiduría de los tiempos modernos desprecia entre los católicos. Lo mismo sucede con todas las demás instituciones católicas. Se respeta el rosario de los turcos y se desprecia el rosario del católico. Todo lo que es católico es necesario despreciarlo, porque es la verdad, porque todo ello viene de Dios: es necesario respetar

todo lo que es de religion falsa, porque es la obra del demonio. ¿Es esto bastante?

Y ¿seréis espíritus tan débiles, que porque se burlan de vosotros y de vuestras prácticas, porque se critican las pruebas de vuestra religion, y hasta porque se os amonaza, renegueis por eso de lo que os honra, y no acepteis esas mismas pruebas de vuestra dignidad? ¡Ah! ¿no veis que se os persigue porque sois del cielo y os volvais al cielo? Seamos fuertes contra la persecucion, sea que trabaje por oscurecer con sofismas la luz católica, sea que critique y blasfeme de nuestras obras. Todo esto está anunciado por Jesucristo, por el mismo Dios. El dia que el catolicismo dejase de poseer y de ser el mismo Dios, cesaria de ser perseguido violentamente, y en cambio tendria derecho al respeto del malvado y del insensato, como las otras religiones falsas. Hermanos míos, consolémonos y esforcémonos, porque si solo el cristianismo es perseguido de este modo, prueba que es divino. Practiquemos sus preceptos, y alcanzareis la felicidad eterna que os deseo.

PERSECUCIONES, véase ADVERSIDADES, AFLICCIONES.

PERSEVERANCIA.

I.

Qui perseveraverit usque in finem, hic salvus erit.
 Quiñ perseverare hasta el fin, ese se salvará.

(MATEO. XXIV. 13.)

Ser incapaz de pecar es propiedad de la naturaleza de Dios; no poder ya caer en pecado, es privilegio de la gloria; no haber nunca ofendido á Dios es felicidad del estado de la inocencia; convertirse despues de haber pecado, es el efecto ordinario de la penitencia; pero haberse convertido para no pecar más, es lo que se llama gracia y don de perseverancia. Entre estos estados el primero, que consiste en ser incapaz de pecar, es el más excelente, pero no le conviene á

criatura: el segundo, que es estar libre ya del contagio de la culpa, es el más apetecible, pero está reservado para la otra vida: el tercero, que es no haber jamás pecado, es uno de los más felices, pero desventuradamente hemos caído de tan venturosa suerte: el cuarto, que es haber horado y remediado el daño que nos hizo la culpa, es necesario absolutamente; pero, aunque tenemos en él un gran recurso, no basta para nuestra seguridad: el último, es decir, el de perseverar en la gracia, es nuestra cumplida felicidad, pues, en alguna manera, nos hace participantes de la impecabilidad de Dios, de la inocencia del primer hombre, de la santidad consumada de los bienaventurados en el cielo, y de la bienaventuranza que empiezan á gozar aquellos pecadores de los cuales, según la santa Escritura, se complace el Señor en hacer vasos de misericordia en este mundo. De la perseverancia cristiana quiero hablaros en este discurso; dichoso será si consigo el día de hoy infundiros esfuerzo y firmeza, y hacer por este medio, que os preservéis de recaer en pecado. A este fin me propongo haceros ver: primero, la obligación que tenéis de perseverar en la gracia; segundo, los medios que debeis usar para conseguir esta perseverancia. Para el acierto pidamos los auxilios necesarios. A. M.

1. Con tres poderosas razones estableció la indispensable necesidad en que nos hallamos de perseverar en la gracia que hemos recibido por medio de la participación de los sacramentos. Tomaré la primera del peligro de que hemos salido; la segunda, de los combates á que estamos expuestos en esta vida; y la tercera, del camino que tenemos que andar para arribar á la felicidad de la otra.

En qué peligro no os hallabais, hermanos míos, cuando Dios se dignó visitaros por medio de su gracia? Bien lo sabéis vosotros, y no me toca á mí juzgar de ello, ni tampoco pretendo ponerlos delante de los ojos el triste estado de una alma perdida que se ha alejado de su Dios. Solo os diré, que si os hallasteis en estado de pecado mortal, estuvisteis en peligro evidente de morir como réprobos. ¡Ay, hermanos míos! ¿y podréis pensar en este peligro sin estraneceros y sin tomar todos los medios posibles para evitarlo? El que una vez ha salido libre de un naufragio, con dificultad se querrá embarcar segunda vez y confiar su vida á la inconstancia del mar: el peligro más remoto le mete miedo, y vosotros, á quienes Dios ha sacado del más funesto de todos los naufragios, ¿tendréis á bien exponeros segunda vez á él con alegría y serenidad de corazón? No me digais que la misericordia de Dios es grande, y que él os perdonará la multitud de

vuestros pecados; pues hay ciertos pecadores á quienes la Escritura prohíbe hablar de esa suerte: *Ne dicat misericordia Domini magna est; multitudinis peccatorum meorum miserabitur* (Ecc. v. 6). La misericordia de Dios es grande, y más grande de lo que vosotros podeis pensar; pero eso es para los que le temen y le sirven, y no para los que le menosprecian y reparan poco en atenderle. Estos temerarios deben saber, que no hay cosa que más detenga el curso de la misericordia de Dios sobre nosotros que la frecuente recaída en el pecado: *Quis miserabitur tui Jerusalem; aut quis ibit ad rogandum pro pace tua?* dice el mismo Señor á la ingrata Jerusalem (Jerem. xv. 3). ¿Quién tendrá misericordia de ti? ¿Quién pedirá tu reconciliación y tu paz? Tú habias prometido serme fiel, y no obstante me has abandonado: te he vuelto atrás, me volviste la espalda para correr tras de una vil criatura: *Tu enim me dereliquisti, dicit Dominus, retrorsum abiisti.* ¡Ay, hermanos míos! yo os lo digo con toda la libertad que me permite mi misterio; más valdría no haber conocido jamás el camino de la justicia, que volveros atrás despues de haberlo conocido. Si mejor os hubiera sido no haber abrazado jamás las santas leyes del cristianismo, que abandonarlas y menospreciarlas insolentemente despues de haberlas recibido: *Melius erat illius non cognoscere viam iustitiæ, dicit S. Pedro (II Pet. n. 21), quam post agnitionem retrorsum converti ab eo, quod illis traditum est, sancto mandato.*

Procurad, pues, hermanos míos, no volver á meteros en el peligro de que os habeis librado. Acordaos que ese mismo peligro os advierte, que debeis ser fieles á la gracia y constantes en el servicio de Dios. Si quereis ser mis discípulos, nos dice Jesucristo, *manete in dilectione mea* (Joan. xv. 9): perseverad unidos á mí. Pensad bien esta palabra: *manete*. No basta ser de Jesucristo por algunos dias, es necesario serlo siempre. No basta que le amemos por algun tiempo, es menester que le amemos constantemente y que perseveremos en su amor hasta el fin. Esta misma perseverancia nos es tambien necesaria para salir victoriosos de los combates que tenemos que sufrir en esta vida, y esta es la segunda razon de que me servirá para convenceros de su necesidad.

No ignoráis, hermanos míos, qué esta vida es una tentacion continua, y que tenemos que sostener en ella violentos asultos; y por esta razon pedimos á Dios todos los dias, que no nos deje caer en la tentacion. Es necesario pelear, y pelear con esfuerzo, pues sald se coronará al que pelear legítimamente, como dice el Apóstol (II Tim. n. 3): más advertid, que en la perseverancia consiste todo el suceso de nues-

tros combates; sin ella no logrará victoria el que pelea, ó si la logra, no conseguirá la recompensa. ¿Quién será el que se ha de salvar? ¿Será el que ha peleado? No; pues algunos, despues de haber peleado cierto tiempo, se han perdido miserablemente. ¿Será el que ha corrido? No; pues muchos, despues de haber corrido por los caminos del Señor, allíamante se cansaron y no pudieron arribar á la felicidad eterna. Pues ¿quién será el que se salve? ¡Gran Dios! Vos que sois el único que conoce el número de los escogidos, declaradnos este recóndito secreto de la predestinación. Quien perseverare hasta el fin, dice Jesucristo (MATT. X. 22), éste se salvará: *Qui perseveraverit usque in finem, hic salvus erit*. Ved ahí el que se habrá de salvar.

Apóstol de las gentes, vos decís, escribiendo á vuestro discípulo Timoteo, que os está reservada una corona de justicia, y al parecer os prometéis con seguridad, que el Señor, como justo juez, no os la podrá negar: *Reposita est mihi corona justitiam, quam reddet mihi Dominus justus judex* (II TIM. IV. 8). En todas las demás partes tomabais y hablais de la incertidumbre de vuestra suerte, hasta llegar á decir, que castiguis vuestro cuerpo, y lo reducis á servidumbre, temiendo llegue el caso, *ne forte*, que predicando á los demás, seais vos mismo reprobado (I COR. IX. 27); y aquí vais á entender que estais muy seguro: pues ¿en qué se funda esta seguridad? Sobre la perseverancia en el servicio del Señor: yo me hallo, dice, cerca de mi fin: *Jam delibor, et teneas resolutionis meae instat*. Yo soy como una víctima que ha recibido ya la aspersión para ser inmolada: ya se acerca el tiempo de separarse mi alma de mi cuerpo: ya contengo me restan solo algunos dias de vida; pero ved aquí en qué estriba mi consuelo, y lo que me hace esperar todo lo posible de la misericordia de Dios: yo he peleado varonilmente: *Bonum certamen certavi: cursum consummavi, fidem servavi*. Por esto espero con confianza la corona, que me dará el Señor como justo juez; y no solo á mí, sino tambien á todos los que desean su venida. *In reliquo reposita est mihi corona justitiam quam reddet mihi, Dominus in illa die justus judex; non solum autem mihi, sed iis qui diligunt ad-ventum ejus*. Nosotros, pues, á ejemplo del Apóstol, solo debemos contar sobre la perseverancia final; y como estamos muy distantes de la perfección de un S. Pablo, el camino que nos falta aún por andar para concluir la obra de nuestra salvación, es otra razon que nos obliga á perseverar en la gracia.

La virtud tiene diferentes grados: tiene su principio, su medio y su fin. Vosotros habeis empezado bien; pero ¿os bastará esto? No, hermanos míos: Saul y Judas empezaron bien; mas no habiendo con-

tinuado, fueron reprochados. ¿Habeis acaso comenzado mal? ¿Debereis por eso desesperar de vuestra salud? No, hermanos míos, S. Pablo y S. Agustín habian comenzado mal, pero habiendo acabado bien, se salvaron. ¿Qué quiere decir esto? Que la perseverancia es el promio, la perfección y la consumación de todas nuestras virtudes. Si Dios os ha hecho la gracia de que hayais empezado bien, es necesario continuar. Los justos irán de virtud en virtud, y procurarán siempre adelantarse, hasta que tangán la dicha de ver al Señor en la celestial Sion, como dice el Profeta (PSALM. LXXXIII. 8); pero si el justo llega á alforjar y ser infiel á su Dios, todas sus buenas obras se sepultarán en el olvido: *Justitiam ejus non recordabuntur amplius*. (EZECH. XVII. 24). En fin, si despues de haber empezado mal os hace Dios la gracia de admiraros á su amistad, debéis hacer aún más esfuerzos para perseverar en los sentimientos de penitencia que Dios tuvo á bien inspiraros.

Oíd la respuesta que dió S. Gregorio Magno á una señora, que le supplicaba encarecidamente pidiere á Dios le revelase si se le habian perdonado sus pecados. Padre santo, decia ella, vos teneis mucho valimiento con Dios; haced por medio de vuestras oraciones que yo llegue á saber si me ha perdonado su Majestad, ysi al fin de mi vida habré de ser del número de los bienaventurados. *Rem difficilem, etiam et inutilem postulasti*, le respondió el santo (GREG. I. 43. 6, capít. c. 486): me pedis una cosa difícil, y al mismo tiempo inútil; porque debéis temer siempre y llorar vuestros pecados, mientras estéis en estado de llorarlos. Pero ¿quereis que sin recurrir á revelación, os diga con toda certeza cuál será vuestra suerte por toda la eternidad? Si perseveráis en los buenos sentimientos y santas disposiciones en que os halláis al presente, os salvaréis; mas si cometéis algun pecado mortal, y morís en ese estado, os condenaréis. Debeis, pues, concluir este Padre, temer mientras estéis en esta vida para merecer aquella en donde el gozo durará eternamente. Permittedme, hermanos míos, que os dé el mismo consejo. Por mucho que sea vuestro mérito, temed siempre, y haced todos los esfuerzos para perseverar. Solo la perseverancia puede asegurar vuestra recompensa. Si no perseveráis hasta el fin, todo lo bueno que hubieris hecho es inútil; pero si perseveráis, vuestras más menores acciones, vuestros más ligeros trabajos producirán en vosotros un eterno precio de gloria. Mas ¿qué medios se deberán tomar para perseverar en la gracia? Esto es lo que me resta explicaros.

2. Entre todos los medios que pueden conducirnos á la perseverancia, no encuentro otros más eficaces ni más fáciles de practicar,

que estos tres, á saber: la desconfianza de nosotros mismos, la frecuencia de sacramentos y la oración. El primer medio, pues, que debo proponeros para que perseveréis en la gracia y en la paz del Señor, es que desconfiéis de vosotros mismos; quiero decir, que no os fiéis de vuestras propias fuerzas; que os apartéis de las ocasiones de pecar, de las compañías peligrosas y de todo lo que pueda hacerlos recaer. Esta es la precaución que tomaron los discípulos después de la resurrección del Salvador: temerosos del furor de los judíos, se retiraron á un cuarto apartado del comercio de las gentes, y cerraron las puertas. Pedro, el más animoso de todos, se acuerda que á la voz de una criada había renegado de su divino Maestro: más cuerdo después de su caída, se encierra con los otros en el Cenáculo para no verse otra vez en la ocasión de negarle. En esto se nos dá á entender, que siendo nosotros aún más frágiles que eran entónces los apóstoles, debemos temer y desconfiar enteramente de nuestras fuerzas. La gracia que habéis recibido en los sacramentos, hermanos míos, es un precioso tesoro: mas ¡ay! que llevais este tesoro en unos vasos frágiles. El mundo y los enemigos de vuestra salvación os lo quieren robar, y estais en peligro de perderlo en la primera ocasión. Estad, pues, en vela, vedad sobre vosotros mismos; andad alerta, ocultad bien este tesoro, resguardadlo con la práctica de las buenas obras y de las virtudes conformes á vuestro estado, y acordaos que por esto particularmente está escrito, que el vaso que no está cubierto, cerrado y ligado por el cuello, con facilidad se ensuciará y corromperá: *Vas quod non habuerit operculum, neque ligaturam desuper, erit immundum* (NUM. XIX, 15).

El segundo medio para perseverar en la gracia es la frecuencia de sacramentos. Nosotros somos débiles y frágiles: todos caemos, dice el apóstol Santiago (Jac. II, 2), en muchas faltas: *In multis offendimus omnes*. El verdadero medio de sostenernos es recurrir á los sacramentos que Jesucristo ha dejado en su Iglesia, como remedios necesarios á nuestras enfermedades. ¿Cómo conservareis en vosotros la vida de la gracia, si solo los recibís una ó dos veces al año, si solo os confesáis por las Pascuas de Resurrección y Navidad? Mas yo me hallo, me diréis, oprimido de negocios y ocupaciones, que no me permiten dedicarme con frecuencia á los ejercicios de piedad. Pero eso ¡será motivo suficiente para que os olvidéis de vuestra alma y desechéis los medios que el Señor os ofrece para vuestra santificación? Dad á vuestros negocios el tiempo necesario; pero no os olvidéis del más importante, cual es el de vuestra salvación. Para hacerlos más sensible lo útil que os será la práctica que os aconsejo, per-

mitídmeme sirva de una comparación familiar. Cuando en el invierno os habeis calentado bien, y estais bien vestidos y abrigados, no tenéis frío; pero si estais mucho tiempo sin acercaros al fuego, ¿sentiréis el mismo calor? No, sin duda: el frío se apoderará de vuestros miembros, y si no os calentais, llegareis á helaros. Aplicad esta comparación al uso de los sacramentos. Vuestra alma ha recibido con ellos una nueva vida y un nuevo calor. Pero ¿cómo conservareis este calor y esta vida si no recurris á los mismos medios que los han producido en vosotros, y si no os acercáis á Jesucristo, que vino á la tierra á traer este fuego del cielo, con el cual desea que abrasen nuestros corazones? ¡Oh Filotea! decía S. Francisco de Sales á una alma devota (Istron. v. n. c. 20), ten presente que los cristianos que se condenan, no tendrán que replicar cuando el justo juez les manifieste la poca razón que han tenido para dejarse morir espiritualmente, siéndoles tan fácil mantenerse en sana salud y en la vida del alma, comiendo su cuerpo, que les habia dejado para este fin. ¿Por qué os habeis dejado morir teniendo á vuestra disposición el árbol y el fruto de la vida? Acercaos, pues, á los sacramentos, hermanos míos: ¡será pedirlos demasiado exhortaros á que os confeséis todos los meses? Por lo tocante á la comunión arreglada conformádoos con el consejo de vuestro director y por el fruto que sacareis de ella. Y veis ahí uno de los medios para perseverar en la gracia.

El tercero, con el cual concluiré, sin hacer más que tocarlo, consiste en dedicarse á la oración. La perseverancia es el mayor de todos los dones, el sello de nuestra predestinación y el término de una vida que nos lleva al eterno descanso. Este don de la perseverancia no depende de los méritos del libre albedrío, sino de solo Dios; es necesario pedirselo con instancia, porque Dios no concede la perseverancia sino á la oración perseverante. Animo pues, amados hermanos míos, no desistáis; adelantad cada día más y más en la práctica de la virtud. Caminad por las sendas de la justicia y de la piedad hasta el fin de vuestra vida, y hasta el día en que os presentéis delante de Dios, sin que vuestra carrera se interrumpa por el menor tropiezo. Justos, santificad cada día más y más; no contentéis precisamente con vuestras buenas obras pasadas, ¡cuántos se encuentran que después de haber llorado desde su infancia el yugo del Señor, y haber llegado á viejos con cierta especie de santidad, por un efecto de su orgullo ó de su relajación, no tuvieron la gracia final, sin la cual nadie puede salvarse! Pecadores, no dilateis más la conversión; acordaos que Dios ordinariamente no concede la gracia de la perseverancia sino á aquellos que han tenido una vida santa, y así ya es tiempo de que os

deis al servicio de Dios entera y perfectamente. En fin, cada uno de vosotros procure ser fiel a la gracia. El que mira atrás, dice Jesucristo, después de haber echado la mano á la esteva, no es apto para el reino de Dios: *Nemo mittens manum suam ad aratrum, et respiciens retró, aptus est regno Dei* (LEC. IX, 62). Advertid que el Salvador no dice que será privado del reino de Dios, sino que no es apto para ese reino. Es decir, que entre todos los hombres ninguno es más incapaz de ir al cielo que el que vuelve atrás, como le sucede al que tiene un corazón inconstante en los caminos de la salvación. Guardaos, pues, de esta ligereza: aseguraos en las buenas resoluciones que habeis formado de daros á Dios por toda vuestra vida, que de ese modo el mismo Dios será vuestra recompensa por toda la eternidad: así es lo deseó.

PERSEVERANCIA.

(MOTIVOS Y MEDIOS DE)

II.

Qui autem perseveraverit usque in finem, hic salvus erit.

Pero quien perseverare hasta el fin, este se salvará.

(MATH. X, 32.)

Nuestra alma, como la infiel Jerusalén, ha sido muchas veces libertada del demonio, y otras tantas lo hemos llamado dentro de nosotros. Nos hemos arrepentido mil veces, y mil veces hemos reincidido. Hemos llorado nuestros placeres injustos, y un momento después nuevos placeres han enjugado nuestras lágrimas. Disgustados del mundo y de nosotros mismos, á menudo nos hemos vuelto al Señor, y al día siguiente, disgustados del Señor, el corazón que acabábamos de consagrarle, lo hemos lanzado otra vez al mundo que nos ofrecía nuevos encantos. Hasta aquí nuestras costumbres quizás han pasado por estas tristes alternativas de arrepentimiento y de pecados.

Salgamos de este estado, hermanos míos. Bastante tiempo hemos abusado de las gracias del Señor. Entremos al fin en la senda segura de la perseverancia. Dichoso yo si hoy pudiera fortaleceros, afirmaros y así preservaros de toda reincidencia. Pidámoslo por la intercesión de la Virgen. A. M.

1. Jesús encomienda la perseverancia en varias partes del Evangelio. A un paralítico por él curado, le dice: *Jam noli peccare, ne deterius tibi aliquid contingat* (JOAN. V, 4). Vitupera al que habiendo comenzado á construir un edificio, no ha sabido acabarlo: *Hic homo cepit edificare, et non potuit consummare* (LEC. XIV, 30). Dice formalmente: «que quien pone la mano en el arado y mira atrás, no es apto para el reino de Dios (LEC. XI, 61).» Por último, indica la perseverancia como el medio más eficaz y la señal más cierta de la predestinación: *Qui autem perseveraverit usque in finem, hic salvus erit* (MATH. X, 22).

Observo dos alianzas que Dios contrajo con el pueblo antiguo durante el antiguo Testamento. 1.º En la primera, reúne Moisés al pueblo para proponerle las condiciones con que Dios le recibía en su alianza. El pueblo declara que las acepta, y Moisés les declara de parte de Dios que, como ellos le habían elegido por soberano suyo, él les elegía por herencia suya: *Dominum elegisti hodie ut sit tibi Deus... et Dominus elegit te hodie ut sis ei populus* (DEUT. XXVI, 17, ET 18).

2.º El segundo tratado de alianza tuvo lugar después del cautiverio de Babilonia. Después de mencionar el primero y deplorar su infracción por sus padres, los judíos, vultos del cautiverio, y teniendo en medio de ellos á Esdras, exclamaron: *Super omnibus ergo his nos ipsi percussiones factus, et scribimus, et signant principes nostri, Levites nostri et sacerdotes nostri* (II ESOD. IX, 58). ¿Qué vemos luego en la historia del pueblo de Dios? Vemos que después de violar el primer tratado, el Señor fué aún misericordioso con ellos; pero, habiendo contravenido al segundo, comenzó á despreciarles. Suprimió poco á poco sus mercedes, y no tuvieron ya milagros ni profecías.

Apliquemos esto á nuestro asunto y tratemos del nuevo Testamento con las figuras del antiguo. Sabed, pues, pecadores convertidos, que habeis contraído dos alianzas con Dios criador vuestro por mediación de su hijo Jesucristo: la primera, en el santo bautismo; y la segunda, en el sacramento de la penitencia. La alianza del santo bautismo es la primera y fundamental... y á pesar de que la habeis roto, Dios no os abandona. Ahora viene el segundo tratado, el pacto sagra-

do de la penitencia, que acude al auxilio de la fragilidad humana... Pero tambien por este segundo tratado contraeréis obligaciones más estrechas con Dios, y si volveis á faltar á vuestra palabra, Dios se vengará, y os vereis en peor estado que ántes: *Fixat novissima hominum illius peiora prioribus* (MATT. XII, 45).

Para convenceros de la necesidad de la perseverancia, acordaos de este segundo tratado. Habiéis dado á Jesucristo por fianza de vuestra palabra, pues siendo el mediador, es tambien el depositario y la garantía de las palabras de ambas partes. Es garantía de la de Dios, por la cual promete perdonaros; y lo es de la vuestra, por la cual prometéis emendaros. Ese es el tratado que habéis hecho, y para mayor confirmacion habéis tomado por testigo su Cuerpo y su Sangre que ha sellado la reconciliacion de la santa mesa. Y obtenida semejante gracia, ¿anularéis un acto tan solemne? ¿Os arrepentiréis de vuestra penitencia? ¿Dismentiréis vuestras promesas? ¡Oh ingratitude! Seguid, seguid en adelante los vias de Dios con valor y firmeza.

1.º De ello tenemos la formal promesa de Jesús: *Qui perseveraverit...* Encarga á su amado apóstol que diga al obispo de Esmirna para que en seguida se repita á todos los cristianos: *Esto fidelis usque ad mortem, et dabo tibi coronam vite* (ApoC. II, 10). ¿Estad firmes, nos repite el santo apóstol de parte de su divino Maestro, en la doctrina que desde el principio habéis oido; si os manteneis en lo que oísteis al principio, tambien os mantendréis en el Hijo y en el Padre. Es lo que nos asegura el mismo al prometeros la vida eterna... «En fin, hijitos míos, permaneced en él, para que cuando venga, estemos confiados, y que al contrario, no nos hallemos confundidos por él en su venida (I. JOANN. II, 24 ET 28).

2.º Tambien es verdad que, por otro motivo, la perseverancia en los ejercicios de una vida cristiana asegura la salvacion, porque es principio de la perseverancia final. Cuando los teólogos hablan de la predestinacion de los santos, nos la hacen concebir como una cadena misteriosa compuesta de muchos eslabones entrelazados unos con otros y sin interrupcion. Por parte de Dios, dicen, esta cadena es una serie de medios, de socorros y gracias que Dios ha preparado para sostener á sus escogidos y hacerles alcanzar la corona de justicia que les está destinada. Así lo enseña S. Agustin. Pero por nuestra parte, esta cadena misteriosa es una serie de actos que se suceden unos á otros, y por donde merecemos esta corona, prestando cada día á Dios la obediencia que le es debida. Todos estos actos, añaden los doctores, son otras tantas partes de la perseverancia total que nos salva, y en esto son todos de igual naturaleza; pero hay uno, y es el

último, con el cual terminan los demás y que constituye la perseverancia final. Aunque este último acto, considerado en sí mismo, no tenga más perfeccion ni más mérito que los otros, sin embargo, por ser el último, corona todos los demás y consume nuestra felicidad. Del fin, pues, depende la suerte y el discarnimiento de los hombres en la otra vida.

¿Y por dónde se llega á la perseverancia final, sinó por la perseverancia cotidiana, por la perseverancia empenada, que es la de la vida? Pues sin principio no hay fin, y todo fin tiene una relacion esencial con su principio. De aquí que para perseverar en la muerte, esto es, para tener la perseverancia final, debemos comenzar perseverando en la vida, toda vez que la perseverancia de la muerte es el termino y la consumacion de la perseverancia de la vida. Con rason, pues, hemos dicho, que la perseverancia en los ejercicios de una vida cristiana es la via que nos lleva al reino eterno. La perseverancia final subeings que es una gracia especial. Dios no nos la debe, pero la concede siempre á quien con la perseverancia de su conducta procura merecerla.

2. Los medios de perseverar son los siguientes: Debemos sentir vivamente nuestra flaqueza, acordarnos de nuestros extravios, de nuestras efimeras convicciones, de nuestras reincidencias... tener siempre á la vista, como el Apóstol, nuestra pasada flaqueza.

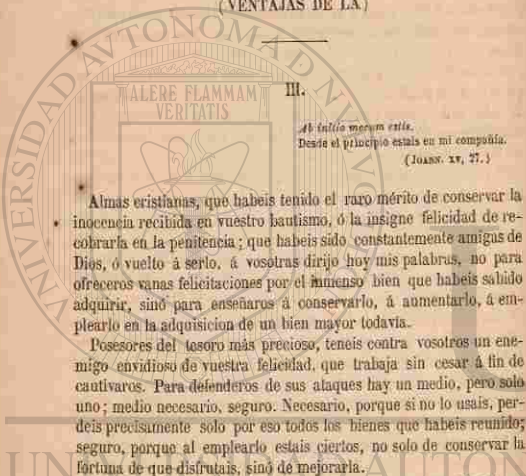
Debemos huir de las ocasiones. Siempre estamos próximos á que rer lo que no siempre hemos aborrecido, lo que no aborrecemos sinó por fuerza y como á pesar nuestro. Apartad pues de vosotros las ocasiones en que habéis sucumbido, y permanecereis firmes en vuestros propósitos.

Es menester, en fin, obrar siempre para perseverar en el bien. Nuestra vida es una vida de acciones, esfuerzos, luchas, y no de especulacion. Nunca es permitido descansar en el camino de la salvacion eterna.

Véase: INCONSTANCIA.

PERSEVERANCIA.

(VENTAJAS DE LA)



Almas cristianas, que habeis tenido el raro mérito de conservar la inocencia recibida en vuestro bautismo, ó la insigne felicidad de recobrarla en la penitencia; que habeis sido constantemente amigos de Dios, ó vuelto á serlo, á vosotros dirijo hoy mis palabras, no para ofreceros vanas felicitaciones por el inmenso bien que habeis sabido adquirir, sino para enseñaros á conservarlo, á aumentarlo, á emplearlo en la adquisición de un bien mayor todavía.

Poseedores del tesoro más precioso, tenéis contra vosotros un enemigo envidioso de vuestra felicidad, que trabaja sin cesar á fin de cultivaros. Para defenderos de sus ataques hay un medio, pero solo uno; medio necesario, seguro. Necesario, porque si no lo usáis, perdeis precisamente solo por eso todos los bienes que habeis reunido; seguro, porque al emplearlo estais ciertos, no solo de conservar la fortuna de que disfrutais, sino de mejorarla.

Este medio es sencillo, y consiste en continuar como habeis comenzado; en seguir, á ejemplo de los apóstoles, á Jesús, desde el principio hasta el fin: *Ab initio mecum estis*; en no sacudir jamás vuestra preciosa inocencia, y en no apartaros mas de la senda de justicia en que tuvisteis la dicha de entrar, en perseverar hasta el fin. De las ventajas de la perseverancia voy á hablaros. Pidamos ántes la gracia necesaria: A. M.

1. Es una verdad de fé, que el justo que cesa de perseverar cesa de ser justo, y que todos los méritos atesorados en el curso de la vida más santa se desvanecen por un solo pecado mortal. Dios habia encargado á su Profeta que lo anunciase al mundo. Declárale, lo dice,

que si confiado en su justicia, un santo, el mismo que habria merecido que yo le revelase que hay en él la vida de la gracia, llega á cometer un pecado, todas sus acciones virtuosas serán olvidadas, y morirá en la iniquidad con que se ha manchado: *Et non erunt in memoria iustitio ejus quas fecit* (EZECH. III, 20). Maldito el que no persevera en la fiel observancia de todas las palabras de esta ley, habia dicho ántes Moisés, y todo el pueblo respondió adhiriéndose: *Maledictus qui non permanet in sermonibus legis hujus* (DEUTER. XXVII, 26).

Nuestro divino Legislador no se limita á recordar esta máxima, sino que ántes la amplia, declarando que por el pecado, no solo degenera el hombre de su estado, sino que cae en un estado peor que nunca: *Fruet novissima hominis illius pejora prioribus* (MATH. XII, 45).

El príncipe de sus apóstoles nos dice esta doctrina amenazadora: «Mejor les fuera (á esos hombres), dice, no haber conocido el camino de la justicia, que, despues de conocido, volver atrás y abandonar la ley santa que se les habia dado: cumpliéndose en ellos lo que suele significarse por aquel refrán verdadero: Volvióse el perro á comer lo que vomitó; y la marrana lavada á revolcarse en el cieno (II PETR. II, 21 ET 22).»

«Vosotros habiais comenzado bien vuestra carrera, dice el grande Apóstol á los Galatas: ¿quién os ha estorbado de obedecer á la verdad (GAL. V, 7)?» Y nosotros lo repetimos despues de él á los que de las vías de la salvación han pasado á las de la perdición. ¿Cuánto habeis perdido al perder la gracia! ¿Qué de ejercicios de piedad, qué de obras de caridad, qué de actos de mortificación, qué de sacrificios ofrecidos, qué de trabajos sufridos, qué de plegarias hechas, qué de sacramentos recibidos, qué de méritos de todo género habeis destruido con el pecado! ¿Insensatos! en un instante habeis disipado todas las riquezas espirituales que habiais atesorado en el curso de vuestra vida.

Que solo por falta de perseverancia haya perdido un cristiano la fiabilidad de hacer algo para salvarse, eso es lo que debe penetrarnos de la mas amarga compasión. Pero tal es la ley del cielo: ya no hay mérito para quien no tiene ya el de la perseverancia. Seamos pues fieles á Dios, á fin de conservar intactos los tesoros de méritos que hemos adquirido hasta aquí con tanto trabajo, derramando tantos sudores y lágrimas.

Y sédmolos para que nuestra alma disfrute de paz y seguridad. Nada turba más al alma cristiana en esta vida que la incertidumbre de su salvación, y medita temblando sobre aquellas palabras de la

Escritura: *Nescit homo, utrum amore an odio dignus sit* (Ecc., ix, 1). A fin de tranquilizarla y darle la calma necesaria para que trabaje con fruto por su salvación, Dios la ha dejado una señal de predestinación, y esta señal, la única en que ella puede confiar, es la *perseverancia*.

Que la perseverancia sea una prueba de predestinación, se funda en tres cosas ciertas: 1.ª en la promesa de Dios; 2.ª en la conducta de Dios; 3.ª en la equidad de Dios.

1.ª PROMESA DE DIOS. *Qui perseveravit usque in finem, hic salvus erit* (MATT., x, 22).

2.ª CONDUCTA DE DIOS. Dios concede la perseverancia final á los que han perseverado constantemente en su servicio. Sé que no podemos merecer el don supremo de la perseverancia final, de un mérito perfecto, de un mérito de justicia, de un mérito que nos dé derecho á exigirlo, ó si queréis que me expreso con la escuela, de un mérito de *condignidad*. Así lo han reconocido todos los Padres de la Iglesia. Pero, además de ese mérito hay otro, un mérito de conveniencia, un mérito de *congruidad*, dicen los teólogos, un mérito fundado en la misericordia y en la pura liberalidad de Dios: es decir, que viendo Dios al hombre ocupado por su parte en mantenerse en la gracia, y para ello violentarse, mortificar sus pasiones, resistir y luchar, se siente recíprocamente movido por tal constancia á dispensarle sus más singulares favores, y en particular el don de la perseverancia final, por ser la muestra de la mayor distinción y de la elección más especial que Dios puede hacer en el orden de la salvación. Y yo pensando que al entenderlo así, podemos merecer este excelente don.

Dios, en todo rigor, no nos debe este don; pero podemos decir que el mismo se lo debe, que lo debe á su veracidad, ya que en las Escrituras se comprometió á salvar á los que perseveran. El Señor, dice el Profeta con santa confianza, me dará según mi justicia. Buscad, nos dice el Eclesiástico, á quien ha permanecido firme en los preceptos del Señor, y á quien el Señor haya abandonado. Dios, pues, concede la perseverancia final á los que han tenido la perseverancia cotidiana. Tal es su conducta.

3.ª FORTUNA DE DIOS. Dios nos ha asegurado que su justicia recompensará á los que perseveren hasta el fin: *Esto fidelis usque ad mortem, et dabo tibi coronam vitæ* (Apo., ii, 40). Apoyada en esos tres motivos, el alma se mantiene en la seguridad y el sosiego con respecto á su salvación. Digámoslo pues con verdad, que la perseverancia es para el alma cristiana una prenda de seguridad y de dicha.

2. Pero se nos opone una dificultad: se nos dice que la perseverancia es difícil, que sobrepuja las fuerzas. ¿Quién puede consumir su vida en la práctica no interrumpida de las privaciones, de las mortificaciones, de las penas de toda clase?

Decís que la perseverancia es difícil; pero considerad el bien infinito que os asegura, los males inmensos de que os preserva...

Decís que la perseverancia es difícil; pero ¿no os sería aún más difícil la conversión?

Decís que la perseverancia es difícil; pero ¿os lisonjeáis de no hallar en las vías del vicio dificultad alguna, pena alguna?

Decís que la perseverancia es difícil; no es difícil perseverar, sino comenzar...

Decís que la perseverancia es difícil. Alzad los ojos, y ved el auxilio que se os prepara arriba...

Decís que la perseverancia es difícil. ¿Y cómo lo sabéis, si para practicarla nunca habeis querido tomaros la menor molestia?

Toda obra es difícil, ¿y no habría de serlo la salvación, que es la obra más importante? ¿Queréis que la perseverancia os sea fácil? Emplead en ella las dos cosas que la son esencialmente necesarias: la gracia de Dios y vuestra correspondencia. Para ello tenéis dos medios tanto más infalibles, cuanto que descurrido mismo os los presta con reiterada insistencia: la *oración* y la *vigilancia*.

DIVISIONES.

PERSEVERANCIA.—Nadie puede salvarse si no persevera en su creencia.

Nadie puede salvarse si no persevera en las buenas obras.

Nadie puede salvarse si no persevera en su vocación.

PERSEVERANCIA.—Debemos pedir la perseverancia en el principio de nuestra conversión.

Debemos merecer la perseverancia por la exactitud de nuestra fidelidad.

Debemos temer el perder la gracia de la perseverancia cuando se entibia nuestra caridad.

PERSEVERANCIA.—La facilidad de recaer en el pecado es el mayor obstáculo de la perseverancia.

El hábito que se contrae de obrar el bien es la mejor disposición para la perseverancia.

La gracia que Dios otorga á los escogidos abreviando su vida, les impide perder la gracia de la perseverancia.

PASAJES DE LA SAGRADA ESCRITURA.

Statuit super petram pedes meos, et dirigit gressus meos. Psalm. xxix, 5.

Querite Dominum, et confirmamini: querite faciem ejus semper. Psalm. civ, 4.

Super custodiam meam stabo, et sicut gradum super munitiones. Habac. ii, 4.

Qui autem perseveraverit usque in finem, hic salvus erit. Matth. x, 22.

Vos estis qui permansistis mecum in tentationibus meis. Luc. xxii, 28.

Bona certamen certavi, cursum consummavi, fidem servavi: in reliquo reposita est mihi corona justitiæ. II Tim. iv, 7, 8.

Participes enim Christi effecti sumus: si tamen intinuit sibi tantum ejus usque ad finem firmum retineamus. Hebr. iii, 14.

Qui vicerit, faciam illum columnam in templo Dei mei, et foras non egredietur amplius: et scribam super eum nomen Dei mei. Apoc. iii, 12.

Asentó mis piés sobre piedra, dando firmeza á mis pasos.

Buscad al Señor, y permaneced firmes: buscad incessantemente su rostro.

Yo estaré alerta haciendo mi centinela, y estaré firme sobre el muro.

Pero quien perseverare hasta el fin, este se salvará.

Vosotros sois los que constantemente habeis perseverado conmigo en mis tribulaciones.

Combatido he con valor, he concluido la carrera, he guardado la fé: nada me resta sino aguardar la corona de justicia.

Puesto que venimos á ser participantes de Cristo; con tal que conservemos invariablemente hasta el fin el principio del nuevo ser suyo que ha puesto en nosotros.

Al que venciere, yo le haré columna en el templo de mi Dios, de donde no saldrá jamás fuera; y escribiré sobre él el nombre de mi Dios.

FIGURAS DE LA SAGRADA ESCRITURA.

El primer modelo de perseverancia que nos presentan los sagrados Libros es el patriarca Noé, en quien los santos Padres reconocen esta

virtud de dos maneras: primera en la virtud y justicia; segunda en la constancia con que prosiguió y concluyó el arca. á pesar de los dicterios y burlas de los hombres descreídos de su tiempo.

El castigo de la mujer de Lot tuvo por origen su inconstancia, y el poco aprecio que hizo del aviso del ángel: *respicensque uxor ejus post se, versa est in statum salis* (Gen. xix); sobre lo cual dice S. Agustín (IN PSALM. LXXVI); *in via posita retrorsum respexit, ibi remansit, facta est statua salis, ut illius contemplatione condiantur homines, ne retro respiciant.*

Después que Moisés hubo escrito la ley del Señor en un volumen, á fin de excitar al pueblo á la perseverancia en el cumplimiento de la misma, mandó á los levitas que colocaran dicho volumen al lado del arca del Señor: *Tollite librum istum, et ponite eum in latere arca fœderis Domini Dei nostri, ut sila contra te in testimonium* (DEUT. xxx).

Admiremos é imitemos la perseverancia de Job, el cual burlado y reconvenido injustamente por su mujer, contesta: *Quasi una de stultis mulieribus loquuta es. Si bona suscepimus de manu Dei, mala quare nos suscipiamus? Vivit Dominus... quia donec superest habitus in me... non loquentur labia mea iniquitatem, nec lingua mea meditabitur mendaciam* (II-27).

De mucha edificación puede tambien servirnos la perseverancia de David en la oracion. S. Gregorio dice, hablando de este profeta: *David non ait: clamo, sed clamavi de profundo; dans in hoc perseverantia documentum, ut si primo non exaudir, ab oratione non desicias: imo precibus et clamore insistas* (S. Greg. in 6 Psalm. penitent).

Tobías sufrió con resignacion las pruebas con que quiso Dios acrisolar su alma, y perseveró constantemente en el bien hasta la muerte.

Éanse en el libro segundo de Esdras, vi, la constancia con que el piadoso Nehemias llevó á cabo la reconstruccion del templo, de la ciudad, de sus murallas y de su pueblo, á pesar de los enemigos que le rodeaban y de las intrigas que contra él se urdian. Es uno de los más nobles y admirables modelos de perseverancia que nos presentan los Libros santos.

La perseverancia, en fin, obtiene para la Cananea la salud de su hija (Matth. xv); obra un milagro para saciar á aquellas turbas que no querian apartarse del Salvador (Idem, ibid.); eleva unos pobres pescadores á la más sublime dignidad (Idem, xix, 27), diciendo á este propósito S. Jerónimo: *Non queruntur in christianis initia, sed finis et perseverantia. Paulus male cepit, sed bene finivit: Ju-*

de laudantur exordia, sed finis prodicione damnatur (Lib. 4 contr. Jovin.): á S. Pablo le mereció la corona: *Quis fortior Paulus? Quis beatorum? Ille tamen vas electionis dominice non ante sibi coronam vindicavit, quam certamen omne consummaretur, ideoque ait: bonum certamen certavi* (S. Ambr. Exhort. at Virg.).

SENTENCIAS DE LOS SANTOS PADRES.

Nos est magnum inchoare quod bonum est, sed consummare, hoc solum perfectum est. S. Aug. Serm. 80 ad Fratres.

Salus perseverantibus promittitur, præmium perseverantibus datur: Beati qui custodiunt iudicium, et faciunt justitiam in omni tempore. Non enim est beatus qui bonum fecit, sed qui bonum inextinguibiliter facit. San Isidor. Hisp. lib. 4 Synod.

Bonam vitam ego puto, mala pati, et bona facere, et sic perseverare usque ad mortem. San Bern. Serm. in vigil. SS. Petr. et Paul.

Perseverantia impetrat quod vult. Si enim homo perseveranter petenti datur ex tædio, multo magis Deus qui sine tædio largissime donat quod petit, perseveranter petenti donat ex amicitia. S. Laur. Just. de ling. vita, cap. 2.

Multi sequuntur Jesum usque ad fractionem panis, sed pauci usque ad bibendum calicem passionis. Imit. Christi, lib. 2, cap. 11.

No es gran cosa comenzar bien; mas lo perfecto consiste en acabar bien.

Prométese la gracia á los que perseveran, mas el premio se dá á los que han perseverado: *Bienaventurados los que observan la ley, y practican en todo tiempo la virtud.* Así que no es dichoso el que practicó el bien, sino el que lo practica hasta el fin.

Yo llamo buena vida la del que sufre el mal y practica el bien, con tal que así perseveré hasta la muerte.

La perseverancia lo obtiene todo... Si el hombre dá al que le pide de continuo para librarse de su importunidad, mucho más fácilmente dará Dios sus gracias al que pide con perseverancia por amistad, no por cansado de nuestros ruegos, pues es generoso en sus dones.

Muchos siguen á Jesús hasta la distribución del pan ó de sus gracias, pero muy pocos son los que quieren beber con el cáliz de su Pasión.

PIEDAD.

Approxat gratia Dei Salvatoris nostri omnibus hominibus, ut pietatem in hoc seculo.

La gracia del Dios Salvador nuestra ha iluminado á todos los hombres para que vivamos piadosamente en este siglo.

(Tir. II, 11 y 12.)

La piedad cristiana es una virtud que proviene de nuestras relaciones con Dios: Dios es á la vez el principio y el objeto de la piedad; por consiguiente, la piedad es un deber, y este deber consiste en volver á Dios lo que le pertenece, en darle lo que le es debido. Un filósofo antiguo ha dicho: «La piedad no es otra cosa que la justicia para con los dioses.» Es decir, que así como tenemos obligaciones para con los hombres, y á medida que nos dan, debemos corresponderles, del mismo modo tenemos obligaciones para con Dios de quien tanto hemos recibido, y el cual nos ha colmado de tantos beneficios. Es piadoso, pues, quien dá á Dios lo que le pertenece; y por el contrario, no lo es el que desprecia este deber, ni se inquieta en manera alguna de lo que Dios le ha dado, y de lo que debe volverle en correspondencia. Ya veis pues, como contrariamente á las máximas del mundo, la piedad no es de ningún modo un lujo de moral, una especie de benevolencia y de virtud de que uno puede privarse sin pecar, que uno puede menospreciar sin grave omisión. Siendo la piedad una justicia para con Dios, es evidente que el que no cumple ningún deber de piedad, es injusto para con Dios, su principio, su padre, su bienhechor, el que le ha hecho lo que es, el que lo conserva todos los instantes, y sin el cual no podría subsistir. Siempre y en todas partes la justicia es la base de toda virtud: no hay virtud, por sublime que sea, sin la justicia que lo sirve de fundamento; y, antes de usar de la perfección, debe comenzarse por lo que es necesario y realizar lo que es rigurosamente equitativo; luego la piedad no es otra cosa que justicia.

¿De qué modo llenaremos este deber para con Dios, ó como podemos dar á Dios lo que le pertenece? De dos maneras: primero, tri-

butándole homenajes, porque es nuestro soberano y Señor, puesto que él nos ha criado; y es nuestro criador; y luego, ya que este solo homenaje no le basta, cumpliendo su ley, observando sus preceptos y realizando en todo su palabra. Así, en primer lugar, debemos posturarnos ante su divina presencia, reconociéndole como nuestro superior y como nuestro padre, reconociéndole como nuestro principio, nuestro todo, pues que es nuestro principio al mismo tiempo que nuestro término; en segundo lugar, no debemos contentarnos con esta manifestación de respeto, de veneración, de adoración, ni ser solamente, como dice el Apóstol: *audientes de la ley: Estote autem factores verbi, et non auditores tantum.* A nuestra adoración, es preciso unir la práctica de los mandamientos de Dios y la observación de su palabra. Esto es lo que voy á demostraros. Ayudáme á implorar los auxilios de la gracia. A. M.

1. El homenaje que debemos á Dios, se traduce por lo que se llama culto. Así, el culto interior ó exterior es una parte necesaria, esencial de la piedad. Mas, ¿cuál es ahora el culto con que debemos honrar á Dios? De qué manera, bajo qué forma, por medio de qué ceremonias, por qué prácticas debemos honrarlo? ¿Qué día? ¿En qué época? ¿Por cuánto tiempo? ¿Qué debemos decir? ¿Qué debemos practicar? ¡Oh! qué de cuestiones se agolpan! ¿y cómo resolverías? Aquí es, hermanos míos, donde se manifiesta el don de piedad, el espíritu de piedad que Dios ha puesto en nosotros por medio de sus sacramentos y que éstos deben desenvolver. Ese espíritu de piedad que debe ser cultivado, se apoya necesariamente sobre la ciencia, como la ciencia se apoya sobre la fe, como la fe se apoya sobre la palabra anunciada, y por consiguiente, sobre el Evangelio, que no es otra cosa que el anuncio de la buena nueva.

Es preciso pues, para que sepamos bien como podemos y debemos honrar á Dios, de un lado, cuál es el culto que debemos tribuárle, y que se nos comuníque la ciencia de este mismo culto; y como el culto tiene por objeto verdades sobrenaturales, es preciso que el mismo Dios venga á decirnos y nos diga expresamente cuál es el culto que le es más agradable, cuáles son las ceremonias que deben cumplirse, cuáles son las prácticas que debemos cumplir. Solo con esta condición podremos fijarnos sobre el objeto de nuestro culto, sobre la manera como debemos tribuárle, sobre el método que debemos seguir. Así, por poco que aceptémos la palabra de Dios y practiquemos lo que la misma nos imponga, con sinceridad, con toda nuestra alma, con todo el calor de nuestro corazón, en una palabra, con espíritu de

verdadera piedad, de piedad cristianna, es preciso, como veis, que Dios nos haya puesto en el corazón como una alma nueva, como un don particular, que nos haga capaces de cumplir lo que él exige de nosotros para que sea honrado como quiere. Véase donde se encuentra la necesidad, ó al menos la utilidad de la piedad. Yo supongo que para saber el culto que debemos tribuár á Dios, nos veamos reducidos á nuestra propia razón, á una ciencia puramente humana; ¿qué sucederá? La razón humana inventará toda suerte de cultos. Si consultamos los pueblos más instruidos y los más civilizados del paganismo, si los consideramos en la práctica de sus religiones, en la práctica del politeísmo; si, por otra parte, observamos las poblaciones salvajes, en todas partes en fin donde hay un culto, en todas partes donde hay una religion, encontraremos, hermanos míos, las prácticas más monstruosas, las más extravagantes, las más singulares, las más terribles, las más crueles, las más espantosas, las más ridiculas ó las más contradictorias; ¡y todo esto se emplea para honrar á Dios! ¡Y vemos que cada pueblo, sea de salvajes, sea de civilizados, sea de bárbaros, afirma que él solo posee la mejor religion, la única manera de honrar á Dios! ¡Ah! ¿quién decidirá, quién determinará cuál es el que tiene ó no razon? ¿Por quien nos resolveremos en medio de estas contradicciones, de estas oposiciones, de estas extravagancias de religiones diversas y de cultos puramente humanos? Si despues de esto volvemos nuestra vista á los sábios del mundo, si preguntamos á las escuelas de los filósofos antiguos ó modernos, encontramos otra cosa. Se nos dice que no es necesario otro culto, otro homenaje que el del pensamiento, que el de la voluntad, y no tendríamos que ir muy lejos para encontrar sábios modernos que se imaginan ser piadosos, porque hablan alguna vez de Dios. Otros creen ser piadosos porque son sensibles á los encantos de la naturaleza, al grande espectáculo que presenta; entonces se forman religiones singulares, píasadas á su capricho, cultos á su manera, religiones románticas. Se vá sobre la encumbrada cima de una montaña para contemplar desde allí el horizonte y ver á Dios en la inmensidad y sobre todo en las nubes; se vá al borde del mar para oír el murmullo de las olas y escuchar los acéntenos, los quejumbrosos sonidos de esa grande alma del mundo que se agita en medio de la masa húmeda; se vá á las selvas, á lo más espeso de los montes, y allí se escuchan ecos vagos y misteriosos; y porque se experimenta alguna emocion, porque la imaginacion está más ó menos excitada, porque se siente cierta impresion, se imagina uno ser religioso, se imagina tener altas aspiraciones, sentimientos elevados! En aquellos momentos en

que uno se exalta á sí mismo, se cree un héroe de virtud, y qué sería capaz de los mayores sacrificios, de los más grandes esfuerzos enérgicos por el bien. ¡Oh! no, hermanos míos, esas son ilusiones de la imaginación, esa es una especie de fantasmagoría que se combina con una especie de misticismo, de iluminismo, un poco de racionalismo y mucha imaginación, y detrás de todo esto mucha sensibilidad ó mejor dicho, sensualidad. Es definitiva, todas estas pretendidas religiones se reducen á algunas impresiones pasajeras, á algunas impresiones fugaces, á algunos cuadros de historia que brillan un momento y que se descoloran muy pronto, y se acoba por caer en la aridez de la vida real, encontrándose con toda su debilidad, la mezquindad de su razón, la miseria de su imaginación, la impotencia de sus sentidos, y se encuentra incapaz de todo bien y de toda virtud. ¿Por qué? es que uno está refacido á sí mismo, es que todo esto es un producto de nuestra propia razón, de nuestra imaginación, de la ciencia humana, y no una inspiración de lo alto, un socorro de Dios, que por su íntima comunicación nos invade de su luz, nos penetra de su gracia, dándonos así, no solamente sentimientos ó sensaciones del momento, sino también verdaderos y profundos deseos de hacer el bien y la fuerza para realizarlo.

Pues bien; si consulto todas las filosofías, encuentro que se hacen piadosos de una manera muy gratuita y muy sencilla. No hacer nada por Dios, no ocuparse siquiera de él, no rogarlo jamás, no tributarle ningún culto, ningún homenaje, no inquietarse de los deberes que tenemos para con él, y solamente no ser opuesto á las cosas religiosas, respetarlas y tolerarlas en otro, hablar algunas veces de ellas, como de paso, en medio de los círculos del mundo, y aún en el seno de las academias; pronunciar algunas palabras en favor de Dios, tener este valor, llegar hasta pronunciar el nombre Providencia: ved á lo que se llama piedad: ved á lo que se llama religión, y ved en fin á lo que uno se halla reducido, siempre que no tiene otras lecciones para saber lo que debe hacer que las de su propia razón, las de la razón humana. Es preciso, por consiguiente, como veis, que el mismo Dios nos lo revele; y esta es la razón por qué tenemos la revelación desde el principio del mundo: la revelación se perpetúa, y la revelación es la fuente y origen de esa ciencia divina que os he manifestado. De esa revelación sacamos todas las instrucciones necesarias para saber cuál es el mejor modo de honrar á Dios, cuál es el culto que puede serle más agradable, y lo que debemos practicar para profesar la verdadera religión.

Dios, pues, nos lo ha enseñado y todos los días nos lo está enseñan-

do por medio de un gran profetario que estableció en el mundo para la enseñanza de las cosas divinas, de las cosas de la eternidad, es decir, por medio de la Iglesia; y al mismo tiempo que nos dice lo que debemos practicar, nos pone en el corazón los medios de practicarlo, y nos dispensa los dones sobrenaturales de su espíritu que nos hacen capaces de comprender, no solamente lo que nos recomienda, sus preceptos, sino también de cumplirlos. Así la Iglesia os dice: «Para ser piadosos, debéis tributar á Dios vuestros homenajes: tributar vuestros homenajes á Dios, es practicar el culto. Ahora bien; ¿cuáles son las cosas más esenciales al culto? Tres, y en tanto no las cumpláis, no seréis realmente cristianos, cristianos de hecho y no de nombre como hay muchos en el mundo.» La Iglesia os dice en primer lugar: Para tributar homenajes á Dios es preciso que oreis: orar es entrar en relaciones con él por el fondo de vuestro corazón, por todas vuestras facultades, por vuestras mismas palabras, que son la expresión de lo que tenéis en el corazón. Mas ¿de qué modo debemos orar? El mismo Dios nos lo dice, y nos pone en la boca las palabras que debemos pronunciar. Jesucristo dijo á sus apóstoles: «No hay necesidad de hacer oraciones largas, sino cuando queráis orar, recogeros, entrad en vosotros mismos y colocados en presencia de Dios vuestro Padre.» Dichas estas palabras, les enseñó la oración por excelencia, la oración dominical, que contiene todo lo que podemos pedir á Dios, y al mismo tiempo todos los homenajes que debemos tributarlo. La oración dominical se divide en dos partes: en la primera tributamos homenaje á Dios de todas maneras; en la segunda le pedimos todo aquello de que tenemos necesidad. Pues bien, hijos míos, decía Jesucristo: cuando oreis hablad así, recitad estas palabras. Mas ¿de qué modo las recitaremos? ¡Ah! las más de las veces las pronunciamos como los paganos, sin inteligencia, sin conocimiento, sin prestar atención, por hábito, por rutina. ¿Caeis por ventura que ser está el santo espíritu de piedad? No! Veis, pues, que independientemente de las palabras que se nos han enseñado, es preciso también que un don enteramente particular nos sea puesto en el corazón, que nos sea dada una gracia, para que pronunciamos estas palabras como deben pronunciarse. Hay una distancia inmensa entre una oración bien hecha y una oración mal hecha: el abismo entre el cielo y la tierra. Las palabras que salen verdaderamente de vuestro corazón, que son la expresión de él, semejantes á un fuego ligero, tienden á subir; van hasta el trono mismo de Dios con el calor de vuestra alma, y allí son recibidas, como dice el Apocalipsis, en incensarios de oro, que los ángeles, colocados continuamente ante el trono del Corbero, tienen

en sus manos; y el universo se llena del delicioso perfume que exhala esas fervientes oraciones. Una oración sin espíritu, una oración rezada sin atención, no es otra cosa que una letra muerta: la letra mata, el espíritu solo vivifica. Es preciso, por consiguiente, que tengamos la fe en el corazón. ¿Y quién sino Dios os dará esta fe divina? El os la ha dado por el bautismo, él os la ha dado por el sacramento de la Confirmación; él os la ha dado confiriéndoos el don de piedad, que os hace, no efectivamente piadosos en el momento mismo, sino que os hace capaces de serlo, de obrar de un modo agradable á Dios, de amarlo sobre todas las cosas, y entregárosle enteramente á él. Ya veis como hay muchas maneras de ser uno piadoso en el cristianismo, según que este fondo permanece estéril como un gérmen sotocado que no tiene luz, ni sol, ni riego, ó que semejante al gérmen vivificado que ha recibido la luz, el calor y el riego, se desarrolla y crece en vuestros corazones.

Dios nos ha revelado que hay un día que le está particularmente consagrado; este es el séptimo día. La Escritura nos enseña, que Dios descansó de sus obras después de haber creado el mundo, y que á ejemplo del divino Criador, nosotros también debemos descansar de nuestras obras materiales, de nuestras obras mecánicas, de nuestras obras terrenales. Dios quiere que en ese día eleveis particularmente vuestras almas hácia él. Ese día le está consagrado; de modo, que no solamente deberéis cesar en vuestro trabajo manual, sino también, dando á vuestro cuerpo el reposo y descanso que le es necesario, os entregareis á la comunicación de una vida más elevada que Dios dá por los Sacramentos de su Iglesia y por todas las ceremonias que en ella tienen lugar, por todos los medios divinos y humanos que el cielo emplea para comunicarse con la tierra. Ved la razón porque Dios quiere que santifiqueis el domingo, no que lo paséis en la ociosidad, y por consiguiente en todos los desórdenes á que la ociosidad arrastra, sino que lo paséis en un estado de descanso material y de descanso espiritual, es decir, que descanséis de nuevo en él, y que en este día solemnemente comencéis ya á conocer los secretos de la vida de la eternidad en donde no vivireis más que de él, en donde vuestra alma unida á Dios participará de su gloria y de su felicidad.

Os poneis en comunicación con Dios, si estáis bastante puros para esto, por medio de lo que hay en él de más íntimo, de más profundo, por su carne adorable que recibís en vuestro cuerpo, y por su sangre divina que absorbéis. Ved la tercera condición de la piedad. ¿Comprendéis el sentido de esta comunión: *Cum unio*, con Dios, unio íntima, unio sustancial? No es solamente en la oración, no es sola-

mente por la virtud, no es solamente por sus gracias por lo que os poneis en comunicación con Dios, sino que es también por una unio sustancial. Es el mismo Dios el que viene á vosotros; y esa vida nueva que habéis recibido, esa vida divina necesita sangre para desarrollarse, y por eso se os ha concedido la sangre de Dios; es la carne misma de Dios, el cuerpo de que está revestido, que viene á asimilarse con vuestro cuerpo, para que ya en la tierra comencéis á vivir de la vida de Dios y participéis de su felicidad y de su virtud. Ved en lo que consiste la comunión; ved también la razón porque la Iglesia os recomienda que vengáis á sentaros en la Mesa santa, al menos una vez al año, que os sumerjáis una vez al año en este océano de vida, que toméis este alimento sagrado, que os unáis, no solamente á Dios, sino también á la sangre de Jesucristo que anima su cuerpo espiritual, su cuerpo místico, que es la Iglesia, de la que os habéis hecho miembro por medio del bautismo. Bien sabéis, cuando en un cuerpo material y vivo, la sangre que emana del corazón no vá á las extremidades, cuando hay en él un solo órgano que cesa de ser alimentado, bien sabéis que este órgano va á morir; pues bien, la Iglesia es un grande cuerpo, el cuerpo místico de Jesucristo, su cuerpo eterno; vosotros sois los miembros, vosotros sois los órganos; Jesucristo es el corazón, y su sangre que se forma en este corazón divino, se extiende por todas las partes del organismo. Si por desgracia hay en él algun órgano que no es alimentado, fortificado, este órgano se seca, no recibe la vida; ¡muere! Ved la razón porque la Iglesia quiere que, al menos una vez al año, vayáis á recibir la sangre de Jesucristo, á fin de que seáis vivificados, recreados, reinstalados en el gremio de la Iglesia, y como replantados sobre ese tronco eterno, que es el tronco del árbol de la vida. Cuando así no lo hacéis, os separáis de Dios, os priváis de la vida; ¿Qué sucede, pues, á vuestra alma cuando no participáis de la sangre de Jesucristo? Se separa de sí misma, ¡ah! ¡se excomulga por su propio hecho, cesáis de ser cristianos!

2. Ved lo que la Iglesia os enseña para que seáis verdaderamente piadosos como debe serlo todo cristiano. Hay muchos católicos que no tienen la verdadera piedad; los hay que oran aún con fervor, y que santifican el domingo; pero que no comulgan, que se retiran del sagrado banquete. ¿Y por qué?... ¡Ah! ¿Por qué?... Porque para acercarse á Jesucristo es preciso ser puro, y ellos no quieren serlo! ¿Por qué? Porque para saciarse de la sangre de Jesucristo, es preciso estar vacío de las cosas humanas, y no quieren saciarse; se aman las cosas del mundo y uno quiere gozar de lo que posee. Se quiere gozar de Dios, y se quiere gozar del mundo; se quiere servir á dos

señores; en este caso no se sirve verdaderamente á ninguno, se desprecia á los dos. El mundo dice que sois devoto, y la Iglesia no os reconoce ni aún por cristiano.

Acordaos pues, de esta verdad: no tenéis verdaderamente piedad, sino en tanto que tributais á Dios el culto que se le debe, tal como Dios lo enseñó y la Iglesia lo practica. Así pues, á la erucion, unid la santificación del Domingo; á la santificación del domingo, unid la comunión, al menos una vez al año; y para acercaros al que es la pureza misma, purificad vuestro corazón. ¿Cómo queréis que el espíritu de piedad resida en un corazón impuro ó poseído de pasiones puramente mundanas, ó agitado por las cosas perecederas de aquí bajo y los placeres prohibidos, ó cuando ménos sospechosos? ¿Y qué es pues lo que os retiene por tanto tiempo? ¿Tan penoso es purificar su alma? Por el contrario, es mucho más sensible, es mucho más penoso llevar en su corazón, en su conciencia, una carga largo tiempo acumulada, y que cada día se hace más pesada. ¡Oh! satisfaced pues la necesidad de vuestras almas; desechad ese miserable temor que os inspira el respeto humano, y, solve todo, pasad por encima de esos pensamientos más ó ménos secretos, profundos y multiplicados que os atan, que os sujetan á viciosos hábitos que no tendríais atrevimiento para confesar en presencia de los hombres, ni con mucha más razón en presencia de Dios. En eso consiste todo el mal. Es que uno está enfermo y no quiere curarse: se ama el mal, se le acaricia, se le alimenta, es una serpiente que se tiene en el fondo del corazón, y á la cual se le dá voluntariamente de comer; ¡ah! y lo que se le dá, es su alma, su vida y algunas veces su eternidad!

Mas todo esto, hermanos míos, no basta: para ser piadoso, segun el Espíritu Santo lo enseñó y lo quiere, hemos de tributar el culto como la Iglesia exige. Cristianos que me escucháis, que sois los observadores fieles de las prácticas de la Iglesia, que oráis, que santificáis el domingo, que os confesáis y comuniquéis; todo esto es bueno! ¡muy bueno! vais á la fuente de la vida y sacáis de ella preciosos y abundantes tesoros. Mas pensadlo bien; todo esto no basta para agradar á Dios: Dios no quiere solamente que se le ruegue, que se le honre, que se le tributen homenajes y que se le dirijan oraciones; quiere también que se ejecute su ley y que se cumplan sus mandamientos. La ley, hermanos míos, comprende dos partes: el precepto y el consejo. Así pues, para ser verdaderamente piadoso, como dice el texto que os he citado, no basta observar la ley, es preciso también realizarla y practicarla; es preciso entrar francamente, por su conducta de todos los días, en la práctica de los mandamientos de Dios.

aplicarlos y observarlos hasta en sus últimas prescripciones. No hay un ápice de la ley, de la palabra sagrada, que no encuentre un día su cumplimiento: «el cielo y la tierra pasarán, y mi palabra no pasará!» La verdadera piedad se reconoce en el cumplimiento de todos los deberes que imponen todas las condiciones y todas las circunstancias, pues para cumplir sus deberes es preciso imponerse sacrificios, es preciso combatirse á sí mismo, es preciso luchar contra sus pasiones, contra sus inclinaciones más vivas, contra sus insinios más ardientes; entónces es cuando se manifiesta en la conducta esa fuerza que vá á tomarse en el sagrado banquete. Pero ¡ah! si recibiendo tantos beneficios no los aplicamos, si no nos aprovechamos de ellos para la práctica de nuestra vida, llegamos á ser un motivo de escándalo para los hombres mundanos que no comprenden como no somos mejores con tantos socorros como tenemos para serlo! El medio más eficaz para convertirlos, no es tanto predicarles el bien, como darles ejemplo.

Sed cristianos de veras; que la palabra de Dios brille, no solamente en vuestros discursos, sino también en toda vuestra persona; sed la ley de Dios encarnada, realizada. Seamos sinceros, puros, rectos y honrados; no pactemos jamás con la iniquidad; desechemos valerosamente todo aquello que no tenga más que semejanza con la moral; estemos dispuestos á cumplir todos los sacrificios para salvar nuestra conciencia y sostener la ley de Dios: esta es la verdadera piedad. Mas si Dios os concede la gracia de ir más lejos; si os permite cumplir la ley no solamente en su precepto, sino también en su palabra de consejo; si, después de haber observado la ley en todas sus partes, y cumplido todos los mandamientos, queréis todavía haceros más perfectos; ¡oh! entónces encontrareis en las palabras de Jesucristo con que satisfacer vuestro noble ardor y sostener vuestro sublime y escurzado valor; Jesucristo vendrá á vosotros con todas sus gracias, y os concederá esa virtud, esa santa virtud de caridad que es la perfección de la ley; y entónces, como el mismo Jesucristo nos enseñó, y la Iglesia nos lo dice, nos amaremos los unos á los otros como él mismo nos amó; pues llegó hasta el punto de dar su vida por rescatarnos. «Solo ama bien, dice, quien dá su vida por la persona á quien ama.» Ved el complemento de la piedad; ved en donde ella es coronada, en donde se manifiesta con todo el brillo de su gloria.

¡Oh hermanos míos! por ese Verbo divino que habeis recibido, por esa semilla del cielo que ha sido implantada en vosotros por el bautismo y desarrollada por el sacramento de la Comunión, os conju-

ro, os suplico que no deis languidecer, que no deis secar, que no deis morir la piedad. Es la semilla del cielo que, como la semilla de la tierra, necesita riego, necesita agua saludable, luz que la caliente y aire puro que la vivifique. Cultivad, pues, preciosamente el divino germen que habeis recibido por la oracion y por la meditacion de la palabra de Dios, por la santificacion del domingo, por el cumplimiento de todas las practicas que la Iglesia os impone, y sobre todo, por la purificacion de vuestra alma. ¡Oh! esto es, cristianos, lo que quita las malas yerbas, lo que arranca las espinas. Vosotros, hermanos míos, sabeis que el buen grano cae algunas veces en medio de la maleza; en medio de las zarzas, y entonces las zarzas crecen alrededor de él, sus traen su jugo, y bien pronto este buen grano se deseca y muere. Así pues, hermanos míos, quitad de vuestros corazones todas las espinas, toda la maleza; limpiad el terreno, puesto que ya sabeis la manera como debéis hacerlo. La semilla del cielo necesita ser abonada con el abono del cielo, y el abono del cielo es la sangre de Jesucristo, es un cuerpo adorable. En fin, hermanos míos, para completar este cultivo, es preciso observar la ley de Dios hasta en sus preceptos mas minuciosos, y sobre todo, ejercer la santa caridad de la que Jesucristo nos dió el ejemplo. Ved, cristianos, lo que es el espíritu de piedad, cuyo germen floreis en vosotros mismos el cual no os ha hecho piosos tan pronto como lo habeis recibido, sino que os ha hecho capaces de serlo como Dios quiere que lo seais. Ved tambien los medios por los cuales podeis cultivarlo, desarrollarlo en vosotros para vuestra felicidad en este mundo y para vuestra gloria en el otro. Así sea.

DIVISIONES.

PIEDAD.—El espíritu de piedad es el que consagra las acciones del cristiano.

La verdadera piedad consiste en estar penetrado de las verdades de nuestra religion.

Nuestro acrecentamiento en la gracia es el acrecentamiento de nuestra piedad.

PIEDAD.—Exige que tomemos á pechos todo cuanto se refiere á la gloria de Dios.

Exige que tomemos á pechos todo cuanto se refiere á la salvacion del prójimo.

Exige que tomemos á pechos todo cuanto se refiere á nuestra propia santificacion.

FALSA PIEDAD; véase: DEVOCION VERDADERA Y FALSA.

PLACERES.

(AMOR Á LOS)

Homo quidam habuit duos filios, et dixit adolescentiori ex illis patri: da michi partem hereditatis que me conuenit.

Un hombre tenia dos hijos, y el mas mozo á los dos dijo á su padre: padre, dame la parte de la herencia que me toca.

(Luc. xv, 11.)

Después de nuestra antigua desobediencia, parece que Dios ha querido retirar del mundo toda la alegría verdadera que habia esparcido en él durante la inocencia de los primeros años; de tal modo; que lo que halaga ahora nuestros sentidos no es sino una diversion peligrosa, y una ilusion poco duradera. El Sabio lo comprendió perfectamente, cuando dijo estas palabras: *Risus dolore miscebitur, et extrema gaudii luctus occupat* (Prov. xi, 15). «Las risas estarán mezcladas de amargura, y las alegrías concluirán por lamentos.» El hablar así de los placeres, es conocer el mundo; y aquel gran hombre ha notado bien, primero, que esos placeres no son puros, puesto que están mezclados de dolores; y segundo, que pasan demasiado pronto, puesto que les sigue tan de cerca la tristeza. Con efecto, es indudable que no gozamos en este mundo de una alegría pura y sin mezcla. La felicidad de los hombres del mundo está compuesta de tantas partes, que siempre falta alguna; y el dolor tiene demasiado imperio en la vida humana para dejarnos gozar por largo tiempo de reposo. He aquí lo que nos enseña la parábola del Hijo pródigo. Este, para dar un curso más libre á sus pasiones, renuncia á las comodidades y dulzuras de la casa paterna, y compra á tan alto precio su des-

graciada libertad. Al placer de gozar de sus bienes, se siguió su completa disipación. Sus excesos, sus desarríos, la vida voluptuosa que abrazó, le reducen á la servidumbre, al hambre y á la desesperación. Por eso vuestros, cristianos, que sus alegrías se convierten bien pronto en una profunda tristeza. Pero, aún hay otro cambio no ménos notable: el Hijo pródigo, reconociendo sus faltas por sus repetidas desgracias, vuelve por fin á la casa paterna, arrepentido de todos sus desórdenes; y recibido en ella con amor, recobra por sus lágrimas y sollozos lo que sus locas alegrías le habían hecho perder. ¡Extrañas vicisitudes! Sumido por sus desordenados placeres en un abismo de dolores, vuelve á entrar por su mismo dolor en la tranquila posesión de una alegría perfecta. Tal es el milagro de la penitencia; y lo que me mueve, cristianos, á demostraros hoy, en el extravío y el arrepentimiento de aquel Pródigo, estas dos importantes verdades: los placeres son fuentes de dolor; y los dolores, fuentes fecundas de nuevos placeres. Hé aquí la división de mi discurso, y el objeto de vuestra atención. Pidámos antes los auxilios de la gracia. A. M.

1. El Evangelio nos manifiesta que para seguir á Jesucristo, es preciso renunciarse á sí mismo, y llevar su cruz todos los días: *Tolle crucem suam quotidie* (Luc. ix, 25); no algunas horas, no algunos días, no algunos meses, no algunos años, sino todos los días. Y no es solo á los religiosos y á los solitarios á quienes Jesucristo habla así, sino que sus palabras se dirigen á todos los cristianos sin distinción. No ignoro, cristianos, que habrá algunos aquí que murmuren contra la severidad del Evangelio. Quieren que Dios nos prohiba lo que hace daño al prójimo; pero no pueden comprender que sea una virtud el privarse de los placeres; y los límites que se nos prescriben en este punto, les parecen insostenibles. Pero si no sentise mejor á la dignidad de esta cátedra el suponer inadmisibles las máximas del Evangelio que el probarlas por razonamientos, con qué facilidad podría hacerlos ver que era absolutamente necesario que Dios arrojase por sus santas leyes todos los puntos de nuestra conducta: que él, que nos ha prescrito el uso que debemos hacer de nuestros bienes, no podía desentender enseñarnos el que debemos hacer de nuestros sentidos; que si, teniendo en cuenta la debilidad de los sentidos, les ha dado algunos placeres, también, para honrar la razón, era preciso ponerles límites, y no entregar por completo el cuerpo del hombre á la vergüenza del entendimiento. Con efecto, no debe admirarnos el que Jesucristo nos mande perseguir en nosotros mismos el amor de los placeres, puesto que éstos, aparentando ser amigos nuestros, nos

causan grandes males. Estos peligrosos consejeros, ¿á dónde no nos conducen con sus fisonías? ¿Qué vergüenza, qué infamia, qué ruina en las fortunas, qué desórden en las almas, qué enfermedades hasta en los mismos cuerpos no han sido introducidas por el amor desordenado de los placeres? ¿No estamos viendo todos los días mas casus arruinados por la sensualidad que por las desgracias, mas familias divididas y turbadas en su reposo por los placeres que por los enemigos más hábiles; mas hombres viendo todos los días mas casus muertos por los placeres que por la violencia y los combates? Los tiranos ¿inventaron jamás tormentos más insostenibles que los que hacen sufrir los placeres á cuantos se entregan á ellos? Los placeres son los que han ocasionado en el mundo males desconocidos al género humano; y los médicos nos enseñan, de común acuerdo, que estas funestas complicaciones de síntomas y de enfermedades que desconciertan su arte, confunden su experiencia y desmientan con tanta frecuencia sus antiguos aforismos, traen su origen de los placeres. ¿Quién no ve, pues, claramente cuán justo era obligarnos á ser sus perseguidores, puesto que son ellos mismos, en tantas ocasiones, los más crueles perseguidores de la vida humana?

Pero prescindamos de los males que causan los placeres á nuestros cuerpos y á nuestras fortunas, y hablemos de los que ocasionan á nuestras almas, y cuyo curso es inevitable. La fuente de todos estos males es: que los placeres nos alejan de Dios, tanto, que si nuestro corazón no nos dice que hemos sido criados para servirle, no hay palabras que puedan curar nuestra ceguedad. Ahora bien, hermanos míos; Dios es espíritu, y solo por el espíritu podemos obtenerle. ¿Quién no ve, pues, que cuanto más caminamos por la región de los sentidos, más nos alejamos de nuestra tierra natal, y más nos extrañamos en un país extraño? El ejemplo del Hijo pródigo nos lo dá bien á conocer; y no sin razón está escrito en nuestro Evangelio, que al salir de la casa de sus padres, amarró á países remotos: *Peripra profectus est in regionem longinquam* (Luc. xv, 13). El hijo desnaturalizado, y el siervo fugitivo que deja por sus placeres el servicio de su Señor, hace dos viajes extraños: aleja su corazón de Dios, y además aleja de Dios su pensamiento. Nada aparta tanto nuestro corazón del Señor como una ciega adhesión á los placeres sensuales; pues si las demás pasiones pueden arrastrarle, ésta es la que le obliga y le entrega enteramente á ellos. Dios no habita ya en tu corazón, hombre sensual: el ídolo á quien ofreces incienso, es el Dios á quien adoras. Pero no tardarás en dar otro paso. Si Dios no habita en tu corazón, bien pronto no hablará tampoco en tu entendimiento.

Tu memoria, demasiado complaciente con ese corazón ingrato, borrará bien pronto por sí misma la imagen del Señor de tu recuerdo. Con efecto, ¿no vemos nosotros mismos, que los placeres ocupan de tal modo el entendimiento, que las santas verdades de Dios y sus justos juicios no tienen en él cabida? *Auferuntur judicia tua á facie ejus* (Psalm. ix. 27). Dios, alejado de nuestro corazón; Dios, alejado de nuestra mente; ¡oh desgraciada ausencia! ¡oh funesto viaje! ¿En dónde estás, oh Pródigo? ¿cuánto te has alejado de tu patria! ¡y en qué region tan oculta has escogido tu morada!

Pero el amor de los placeres, no contento con habernos apartado de Dios, nos impide volver á él por una conversión verdadera; voy á demostrarlo. Para convertirse, es preciso primero resolverse á ello, fijar el ánimo en algo, y tomar algun género de vida; ahora bien, sucede que la afición á los atractivos sensibles nos pone en una disposición contraria. Porque, demasiado impacientes para poder detenernos en ellos mucho tiempo, venos por experiencia que todo el placer de los sentidos consiste en la variedad, y por esta razón nos dice la Escritura, que la concupiscencia es inconstante: *Inconstantia concupiscentia* (Sap. v. 1, 42), puesto que en ninguna de las cosas sensibles hay situación, por agradable que sea, que el tiempo no haga fastidiosa é insupportable. Quiera su afición, por consiguiente, á lo sensible, necesariamente ha de cambiar de objeto en objeto, y engañarse, por decirlo así, cambiando de sitio; por eso la concupiscencia, esto es, el amor de los placeres, está siempre mudando de objeto, porque todo su ardor se extingue si continúa con uno mismo, y solo la variedad es la que puede reanimarla.

Para convertirse se necesita cierta gravedad. Los que viven en los placeres y presuman que nuestra vida no es más que un juego, están acostumbrados á reírse de todo, y nada miran con seriedad; pero cuando necesitan tomar una resolución, esas almas, acostumbradas por largo tiempo á correr de aquí para allí, por donde quiera que ven el campo descubierta, á seguir sus antojos y caprichos, y á dejarse llevar sin resistencia hácia los objetos agradables, no pueden fijarse absolutamente en nada. La constancia, la severa regularidad de la virtud les dá miedo, porque no ven en ella esas delicias, esos dulces cambios, esa variedad que alegra los sentidos, esas agradables excursiones, en las cuales se figuran que caminan con libertad. Por eso gozan y dejan cien veces los placeres, rompen y se reconcilian bien pronto con ellos. De aquí provienen esas dilaciones diarias, ese mañana que no llega jamás, esa ocasión que falta siempre, esos negocios que nunca concluyen, pero cuya conclusión estamos siempre

esperando. ¡Oh alma inconstante! ¿andrás siempre errante de uno en otro objeto, sin detenerte nunca en un bien real y verdadero? ¿Qué has adquirido de cierto con ese movimiento eterno, y que te queda de todos esos placeres, sino el volver de ellos disgustado del bien, aficionado al mal, el cuerpo fatigado y el espíritu vacío? ¿Puede ocurrirte algo más digno de lástima?

Por aquí podeis comprender cuál es la cantidad en que nos surmergen los gozes sensuales; por qué el Pródigo de la parábola, no solo se extravió, sino que llegó á ser esclavo; y ved aquí en lo que consiste nuestra servidumbre, en que á pesar de que pasamos de un objeto á otro, como acabo de decir, con una variedad infinita, permanecemos siempre quietos en las cosas sensibles. Y ¿qué es lo que mantiene cautivos nuestros sentidos, sino la maldita alianza del placer con la costumbre? Porque si la costumbre tiene por sí sola tanta fuerza para cautivarlos, juntos el placer y la costumbre, ¿qué cadenas no formarán? El placer nos hace agradable el vicio, la costumbre le hace en cierto modo necesario. El placer nos conduce á una prisión; la costumbre, dice S. Agustín, nos cierra con fierros cambiados, y no nos deja ninguna salida: *Inclusionem reseruit difficultate victorum; et quasi muro impossibilitatis erecto portisque clausis, quæ evadat non invenit* (IX Ps. cxi, v. 3, 4, cap. 1296).

En tal estado, si nos queda algun conocimiento de lo que somos, ¿qué piedad no debemos tener de nuestra miseria! Porque, si pudiésemos detener el curso rápido de los placeres, y alterarles, por decirlo así, á nosotros, tanto como á nosotros nos atraen ellos, tal vez nuestra ceguera podría tener alguna excusa. Pero, ¿no es una fatididad que amemos tanto á esos falsos amigos que nos abandonan tan pronto; que tengan ellos tal fuerza para arrastrarnos, y nosotros tan poca para detenerlos, que seamos tan fieles á esos ombineros, y que sin embargo, sea tan precipitada su fuga? Abrid, pues, los ojos; ¡oh pecadores! Ved el precipicio á cuyo borde os habeis dormido, mirad las olas y las tempestades en medio de las cuales os creéis seguros; finalmente, considerad las desgracias y la servidumbre en que vivis contentos! ¡Ah! tal vez os sería útil que Dios os dispertase con algun golpe de su mano, ú os avisara por medio de alguna aflicción! Pero lejos de mí, hermanos míos, semejantes votos; por el contrario, yo os suplico que no obliguéis al Todopoderoso á que os haga abrir los ojos enviándoos alguna calamidad; guardaos, pues, vosotros mismos de su justa ira; temed el porvenir, y el funesto cambio con que os amenaza Jesucristo; y, siquiera por miedo de que vuestra alegría

no se trueque en llanto, buscada, como el Pródigo, en la penitencia, una tristeza que se torne en alegría.

2. Se lee en la historia santa, en el primer libro de Esdras, que cuando aquel gran profeta reedificó el templo de Jerusalem, que el ejército asirio había destruido, uniendo el triste recuerdo de su ruina á la alegría de su restablecimiento, una parte del pueblo llenaba los aires de lágrimas acedentes, y la otra parte elevaba al cielo cantos de regocijo, de tal modo, que no se podían distinguir los gemidos de los frutos de alegría: *Non poterat quisquam agnoscere vocem clamoris latantium, et vocem festi populi* (I Esdr. iii, 45.) Pues bien, esta mezcla misteriosa de dolor y de júbilo es una imagen muy natural de lo que sucede en la penitencia. El alma desprovista de la gracia ve el templo de Dios arruinado en ella. Por eso llora, gime y no quiere recibir consuelos; mas, en medio de sus dolores, y mientras derrama un torrente de lágrimas, vé que el Espíritu Santo, conmovido por sus gemidos y lamentos, empieza á reedificar esa casa santa, levanta el arruinado altar, y devuelve por fin el primitivo honor á su conciencia, en la cual quiere establecer su morada; de manera que encuentre en el nuevo santuario un retiro seguro en el cual pueda vivir dichosa y tranquila, bajo la pacífica protección de Dios que ha de habitar en ella. ¿Qué os parece á vosotros, cristianos, de esta santa tristeza? Un alma, á quien sus dolores reparacionan semejante gracia ¿no querrá mejor alligarse por sus pecados, que vivir con el mundo? Corred, pues, lágrimas de la penitencia; corred como un torrente, gotas bienaventuradas; limpiad esta conciencia sucia; lavad ese corazón profano, y «dadnos esa alegría divina» que es el fruto de la justicia y de la inocencia: *Redde mihi lachrimas salutaris tui* (PSALM. L, 45).

En efecto, sería un error extraño y demasiado indigno de un hombre, creer que vivimos sin placer, por quererle trasportar del cuerpo al espíritu, de la parte terreste y mortal á la parte divina é incorruptible. No en vano, cristianos, Jesucristo vino á nosotros de aquel paraíso de debidas, en el que abundan las alegrías verdaderas. Él nos trajo de aquel lugar de paz y de dicha eterna, un principio de la gloria en el beneficio de la gracia, un ensayo de las miras de Dios en la fe, una prenda y una parte de la felicidad en la esperanza; finalmente, un placer casto y celestial, dimanado del desprecio de los placeres sensuales. Y ¿qué es lo que puede enseñarnos á gozar ese placer sublime; placer siempre igual, siempre uniforme; que nace, no de la turbación del alma sino de su tranquilidad; no de su enfermedad, sino de su salud; no de sus pasiones, sino de su deber; no

del fervor inquieto y siempre variable de sus deseos, sino de la rectitud inalterable de su conciencia; placer por consiguiente verdadero, que no agita la voluntad, sino que la calma; que no sorprende la razón, sino que la ilumina; que no agrada los sentidos en su superficie, sino que eleva el corazón á Dios por su centro? Solo la penitencia es la que puede abrir nuestro corazón á estas alegrías divinas. Ninguno es digno de ser admitido á gozar estos castos y verdaderos placeres, si no ha llorado antes el tiempo que ha gastado en los placeres falsos; y el Hijo pródigo no gozará de las tiernas caricias de su padre, ni de la abundancia de su casa, ni de las delicias de su mesa, si no hubiera llorado con amargura su corrupción, sus extravíos, sus disolutas alegrías. Lloremos, pues, nuestros pasados errores; porque ¿qué otra cosa hemos de llorar en adelante sino las faltas que hemos cometido? Examinemos atentamente por qué Dios y la naturaleza han pasado en nuestros oraciones esta fuente amarga de tristeza de placer, y veremos que sin duda ha sido para que nos aflijamos, no tanto por nuestras desgracias, como por nuestras faltas. Los males, siempre que nos suceden, llevan consigo una especie de consuelo. Esto es una necesidad, y es preciso conformarse con ella; pero nada hay que agrave la tristeza de un hombre tanto, como el que la desgracia le suceda por su causa. No podríamos consolarnos nunca de las faltas que hemos cometido, si no pudiéramos repararlas y borrarlas llorando. Si habeis perdido una persona querida, aunque florecis hasta el fin del mundo, no la hareis salir del sepulcro, y vuestros dolores no reanimarán sus frías cenizas. Pero si os afligís santamente por la pérdida de vuestra alma, la sacareis de esa tumba infecta en que la han arrojado sus iniquidades, y vuestras lágrimas labrarán vuestra dicha.

Pero cuando gozaréis con mayor utilidad de los frutos de ese dolor saludable, será en la hora de la muerte. Consideremos, por un momento, las disposiciones de un hombre que muere despues de haber vivido entre los placeres. Entonces, si le queda algun sentimiento, no puede evitar pesares extremados; porque entonces, ó lamentará el haberse abandonado á esos placeres, ó llorará la necesidad de perderlos y de dejarlos para siempre. ¿Qué dolores el uno y el otro! aquél es el fundamento de la penitencia, y éste la renovación de todos los crímenes. No podemos evitar uno de los dos, hermanos míos; ¿cuál de ellos vencerá en aquel último día? Eso es lo que no podemos saber; pero, si he de deciros mi opinion, creo que ha de ser el segundo. Tal vez pensaréis, hermanos míos, que cuando la muerte nos lo arrebató todo, nos resolvimos facilmente á dejarlo todo, y que no

nos es difícil desprendernos de lo que vamos á perder. Pero si pudie-
seis penetrar en lo interior de los corazones, veriais que más bien
debe temerse lo contrario. En efecto; es natural en el hombre el re-
doblar sus esfuerzos para retener el bien que se le escapa. Si, her-
manos míos; cuando nos arrancan lo que amamos, esta violencia ir-
rita nuestros deseos; y haciendo el alma entónces un postrer esfuer-
zo para correr en pos del bien que le roban, se causa ella á sí misma
esa pasión que nosotros llamamos sentimiento y disgusto.

¿Quién no temerá, pues, cristianos, que nuestra alma fugitiva, se
acuerde de repente en aquel último día de lo que más le agradó en el
mundo, que nuestro último suspiro sea un gemido secreto por per-
der tantos placeres, y que ese amargo sentimiento de abandonarlo
todo, confirme, por decirlo así, con otro acto, el último de la vida,
todo lo que hicimos durante la misma vida? ¡Oh sentimiento funesto
y deplorable, que renueva en un momento todos los crímenes que
borra toda la contrición de la penitencia, y que entrega nuestra alma
maldita y cautiva á una continuación eterna de sentimientos furiosos
y desesperados, que no tendrán jamás consuelo ni remedio! Por el
contrario, un hombre de bien, á quien los dolores de la penitencia
han separado de buena fe de las alegrías sensuales, no tendrá nada
que perder en ese día; el abandono de los placeres ha quitado ya la
costumbre de ellos al cuerpo; y habiendo hace ya largo tiempo, ó
desafiado, ó roto esos lazos delicados que le unian á ellos, tendrá po-
co trabajo en separarse de cuanto les pertenece. Ese hombre aparta-
do del siglo, que ha puesto todas sus esperanzas en la vida futura, al
ver que se acerca su muerte, no la llama ni cruel ni inexorable;
por el contrario, le tiende los brazos y le señala el mismo el sitio
donde debe darle el último golpe. ¡Oh muerte! le dice con faz serena,
tú no me harás ningún mal, tú no me quitarás nada que me sea que-
rido. Vas á separarme de este cuerpo mortal; pues bien, gracias te
 doy. ¡Oh muerte! por ello; toda mi vida he trabajado para hacer lo
 mismo. Todo el tiempo que me ha durado, he procurado mortificar
 mis apetitos sensuales; tu auxilio ¡oh muerte! me será necesario para
 arrancarlos de raíz y por eso, lejos de interrumpir el curso de mis de-
 signios, tú no has hecho más que dar la última mano á la obra que
 yo he principiado. Tú no destruyes lo que pretendes destruir, sino
 que lo concluyes. Acáta, pues; oh muerte favorable! y llévame pre-
 nto al seno de Aquel á quien amo, y cuya posesion es deseo.

DIVISIONES.

PLACERES.—Los placeres del mundo turban el gozo de la Iglesia
por inocentes que parezcan.

Los placeres del mundo son para los que viven en el mundo como
si nunca debiesen morir.

Los placeres del mundo no son para los que hacen profesión de
imitar á Jesucristo.

PLACERES.—Los placeres desasosiegan cuando son buscados con
ardor.

Los placeres embriagan cuando se saborean con pasión.

Los placeres embrutecen cuando uno se sacia de ellos.

PLACERES.—La necesidad que tenemos de cambiar de placeres
muestra, que los placeres de esta vida son placeres imaginarios.

El temor que á los santos infundian los placeres muestra, que los
placeres de esta vida son placeres peligrosos.

El disgusto y á veces el dolor que sigue de ordinario á los placeres
muestra, que el resultado de los placeres de esta vida es hacer á los
hombres miserables.

PLACERES.—El amor de los placeres nos hace rechazar nuestra
conversion.

El recuerdo de los placeres turba nuestra penitencia.

La fuga de los placeres facilita nuestra salvacion.

PLACERES; véase: DESHONESTIDAD, IMPUREZA, LUGURIA y
SENSUALISMO.

PLAGAS; véase: AFLICCIONES y CALAMIDADES PÚBLICAS. ®

POBRES.

(SU DIGNIDAD EN LA IGLESIA.)

Erunt novissimi primi, et primi novissimi.
Los últimos serán los primeros, y los primeros los últimos.

(MATT. xx, 16.)

Aunque el Salvador del mundo ha dicho, que los primeros serán los últimos y los últimos los primeros, y esto no tenga su entero cumplimiento sino en la resurrección general, en la que los justos que el mundo había despreciado, o comparán los primeros, pues, al paso que los malos y los impios que han reinado en la tierra, serán vergonzosamente relegados á las tinieblas exteriores, sin embargo, este admirable trastorno de condiciones humanas ya ha principiado en esta vida, y vemos sus primeras señales en la institución de la Iglesia. Esta ciudad maravillosa, cuyos cimientos ha echado el mismo Dios, tiene sus leyes y su política para gobernarse. Pero como Jesucristo su fundador, ha venido al mundo para destruir el orden que en él había establecido el orgullo, hé ahí porque su política es diametralmente opuesta á la del siglo; y observo esta oposición principalmente en tres cosas. Primero, en el mundo los ricos disfrutan todas sus ventajas y ocupan los principales puestos; en el reino de Jesucristo la preeminencia pertenece á los pobres, que son los primogénitos de su Iglesia, y sus verdaderos hijos. Segundo, en el mundo los pobres dependen de los ricos, y parecen haber nacido solo para servirlos; en la santa Iglesia, por el contrario, no son admitidos los ricos sino con la condición de servir á los pobres. Tercero, en el mundo las gracias y los privilegios son para los poderosos y los ricos; los pobres no tienen más parte en ellos que la que les quieren ceder; al paso que en la Iglesia de Jesucristo las gracias y las bendiciones son para los pobres, y los ricos no pueden conseguir privilegio ni gracia alguna sino por medio de aquellos. Así, pues, las palabras del Evangelio que he escogido por texto, se cumplen ya desde la presente vida: «los últimos son los primeros, y los primeros son los últimos.»

puesto que los pobres, que son los últimos en el mundo, son los primeros en la Iglesia; los ricos, que se imaginan que todo se les debe, y que tienen á sus piés á los pobres, no entran en la Iglesia sino para servirles; y las gracias del nuevo Testamento corresponden de derecho á los pobres, y los ricos no las reciben sino por sus manos. Verdades ciertamente importantes, y que os deben enseñar, ¡oh ricos del siglo! lo que debéis hacer con los pobres; esto es, honrar su condición, socorrer sus necesidades, participar de sus privilegios. Esto es lo que me propongo explicaros con el auxilio de la gracia. A. M.

4. El docto y elocuente S. Juan Crisóstomo, nos propone una excelente idea para conocer las ventajas de la pobreza sobre las riquezas. Para esto nos pinta dos ciudades, compuesta la una solo de ricos, y la otra de pobres, y examina despues cuál de las dos es más poderosa. Si consultamos á la mayor parte de los hombres sobre esta proposición, no dudo, cristianos, que se dará la preferencia á la de los ricos; pero S. Juan Crisóstomo se decide por fa de los pobres; y se funda en que la ciudad de los ricos tendría mucha pompa, mucho esplendor; pero carecería de fuerza y de bases seguras. La abundancia, enemiga del trabajo, incapaz de contenerse, y por consiguiente siempre entregada á la voluptuosidad, corrompería todos los ánimos, y afeminaría el valor con el lujo, con el orgullo y con la ociosidad. Así, las artes serian abandonadas; apenas se cultivaría la tierra, se olvidarian las obras laboriosas, por las cuales se conserva el género humano; y esta unidad pomposa, sin necesidad de más enemigos, caería, en fin, por sí misma, arruinada bajo el peso de su opulencia. Al contrario, en la otra ciudad en que no hubiese más que pobres, la necesidad industriosa, fecunda en inventos y madre de las artes provechosas, aplicaría los espíritus por la necesidad, les aguijonearía con el estudio, les daría un vigor varonil con el ejercicio de la paciencia, y no ahorrando fatigas, acabaría grandes obras, que exigen necesariamente un gran trabajo.

Pero, hablando verdaderamente de las cosas, nosotros sabemos que la distinción de estas dos ciudades no es más que una ficción agradable. Las ciudades, que son cuerpos políticos, exigen, igualmente que los naturales, el temperamento y la mezcla; de modo que, segun la política humana, la ciudad de los pobres de S. Juan Crisóstomo solo puede subsistir en nuestra imaginación. Solo al Salvador y á la política del cielo corresponde construir una ciudad que verdaderamente fuese la ciudad de los pobres. Esta ciudad es la santa Iglesia; y si me preguntais, cristianos, por qué la llamo ciudad de los pobres, os

contestaré: porque la Iglesia en su primer plan no ha sido edificada sino para los pobres, y ellos son los verdaderos ciudadanos de esta bienaventurada ciudad, que la Escritura ha distinguido con el nombre de ciudad de Dios. Aunque tal vez esta doctrina os parezca extraña, no por eso deja de ser verdadera; y para convenceros de ello, notad, si os place, que hay una diferencia entre la Sinagoga y la Iglesia, y consiste en que Dios ha prometido á la Sinagoga bendiciones temporales, al paso que Jesucristo promete aflicciones; y por este maravilloso cambio, los últimos se han hecho los primeros, y los primeros los últimos; porque los ricos, que eran los primeros en la Sinagoga, no ocupan ya ningún rango en la Iglesia, y los pobres y los indigentes son sus verdaderos ciudadanos.

Aunque esta diferente conducta de Dios en la antigua y nueva alianza se funde en grandes razones, que sería prolijo enumerar, podemos decir de paso: que complaciéndose Dios en el viejo Testamento en manifestarse con un aparato majestuoso, convenia que la Sinagoga, su esposa, se ostentase con señales de grandeza exterior; y, por el contrario, que en el nuevo, en el cual Dios ha ocultado todo su poder bajo una forma humilde, la Iglesia, su cuerpo místico, debía ser una imagen de su humildad, y aparecer con la señal de un voluntario abtimiento. ¿Qué otra razon puede haber para que este mismo Dios humillado, queriendo, dice, llenar su casa: *ut impleatur domus mea* (Luc. xiv, 25), ordene á sus servidores que vayan á buscar á todos los necesitados? Con éstos quiere llenar la casa; no quiere ver nada que no sea débil, porque no quiere ver nada que no lleve su carácter, esto es, la cruz y la enfermedad. La Iglesia de Jesucristo es, pues, verdaderamente la ciudad de los pobres. Los ricos, no temo decirlo, en calidad de ricos, porque es preciso hablar correctamente, no son permitidos allí sino por tolerancia; y en su fundacion, si los ricos eran recibidos en ella, así que entraban se despojaban de sus bienes y los ponian á los pies de los apóstoles, á fin de venir á la Iglesia, que era la ciudad de los pobres, con el carácter de la pobreza.

Yo podria tambien, hermanos míos, establecer la preeminencia de los pobres con otras razones convincentes, por las cuales reconocierais que estos son los verdaderos hijos de la Iglesia y que para ellos principalmente se ha edificado esta ciudad espiritual. Pero más vale sacar alguna instruccion, y recoger algun fruto de esta saludable doctrina. Ella nos debe enseñar á respetar á los pobres y á los indigentes, como á nuestros primogénitos en la familia de Jesucristo, y como aquellos á quienes su Padre celestial ha elegido para ser los ciu-

dadanos de su Iglesia, como aquellos que, llevando sus señales más seguras, son tambien los miembros más preciosos. El apóstol Santiago nos enseña esta moral: «Oíd, nos dice, amados hermanos míos: ¿no es cierto que Dios ha escogido los pobres á fin de que fuesen ricos en la fe, y los herederos del reino que ha prometido á los que le amant?» «Y á pesar de esto, prosigue, aún osais despreciar á los pobres!» El apóstol, como veis, quiere hacernos considerar en este lugar la eminente dignidad de los pobres, y la prerogativa de su vocacion que he tratado de esplicaros. Dios, dice, los ha escogido especialmente para ser ricos segun la fe, y los herederos de su reino; de lo que se infiere, que es una ceguera deplorable no honrar á los que Dios mismo ha honrado tanto con la gracia de preeminencia que les da en su Iglesia.

Hermanos míos, revestidos de estos sentimientos apostólicos, y mirad con respeto á los pobres. Meditad seriamente en la caridad de nuestro Señor; que si los honores del siglo os ponen en una situacion elevada respecto de ellos, el carácter de Jesucristo que ellos tienen el honor de llevar, les eleva sobre vosotros. Honrad, sirviéndoles, la misteriosa conducta de la Providencia divina, que les señala los primeros puestos en la Iglesia, con la prerogativa de que los ricos no son recibidos en ella sino para servirles.

2. Tal es la segunda verdad que he ofrecido explicar, y que sigue tan evidentemente á la que dejo sentada, que no será necesario extenderme mucho en demostrarla. Y ciertamente, cristianos, como llevo dicho, Jesús, que no promete en su Evangelio más que aflicciones y cruces, no necesita á los ricos en su santa Iglesia. Y ¿para qué quereis que los necesite? ¿Acaso para erigirle templos magníficos, ó para adornar sus altares de oro y pedería? No os figureis que tenga necesidad de esta pompa; la recibe de mano de los hombres solamente como señal de su piedad, como homenaje de su religion. Pero lejos de exigir estos gastos, ¿no veis, al contrario, que nada es más comun ni de más bajo precio que lo que necesita para su culto? El pide solo el agua natural para regenerar á sus hijos y un poco de pan y vino para consagrar sus misterios, en los cuales reside el origen de todas las gracias. Nunca ha estado mejor servido que cuando se le sacrificaba en las catacumbas y en los calabozos, y cuando la humildad y la fe constituan todo el adorno de los templos. En otro tiempo, en la antigua ley, exigía la pompa en su servicio: pero la sencillez que afecta, si puedo hablar de esta suerte, en el culto de la nueva alianza es para manifestar á los ricos del mundo, que no necesita de ellos ni de sus tesoros sino para el servicio de los pobres.

Para los pobres, amados oyentes, declamamos que los necesita, é implora su socorro, Jesús no necesita de nada, y Jesús necesita de todo: Jesús no necesita de nada según su poder; pero Jesús necesita de todo según su compasión. Esta misma misericordia, que ha obligado á Jesús inocente á cargar con todos los crímenes, obliga todavía á Jesús, por diosito que sea, á cargar con todas las miserias. Porque como el más inocente es el que ha llevado más pecados, así también el más abundante es el que lleva más necesidades. Aquí tiene hambre, allí sed, en una parte gime encadenado, en otra está abrumado de males; él sufre al mismo tiempo el frío y el calor, y los extremos contrarios. Pobre verdaderamente, y el más pobre de todos los pobres; porque todos los demás pobres no sufren más que por ellos mismos; y acaso Jesucristo parece por toda la universalidad de los pobres: *Unus tantummodo Christus est qui in omnium pauperum universitate mendicat* (SALVIAN. ADV. AVAR. LIB. IV, SCM. 4, p. 504). Las necesidades, pues, las necesidades apremiantes de sus pobres miembros son las que le obligan á obedecer en favor de los ricos.

Los necesitados no quisieran ver en su Iglesia más que á los que llevan su señal, los pobres, los indigentes, los afligidos, los miserables. Pero si no hay en ella más que desgraciados, ¿quién socorrerá á los desgraciados? ¿qué será de los pobres por los cuales él sufre, y cuyas necesidades experimenta? Él podría enviarles sus santos ángeles; pero más justo es que sean asistidos por hombres, que son sus semejantes. Venid, pues, oh ricos, á la Iglesia; la puerta, en fin, la tenéis franca; pero si os ha abierto en favor de los pobres, y con la condición de socorrerlos. Por amor á sus hijos, Dios permite la entrada á esos extranjeros. ¡Contemplad el milagro de la pobreza! Si; los ricos eran extranjeros; pero el servicio de los pobres les naturaliza, y los sirve para purgar el contagio que adquieren con el contacto de sus riquezas. Por consiguiente; oh ricos del siglo! tomad cuantos títulos soberbios os plazca: los podéis llevar en el mundo; en la Iglesia de Jesucristo no sois más que servidores de los pobres. No os ofenda este título: el patriarca Abraham se honró con él; Abraham, que tenía muchos criados y una numerosa familia, cuidaba, sin embargo, como si fuese obligatorio, de servir á los necesitados. Así que se acercan á su casa, él mismo los salo al encuentro; él mismo vá á elegir entre su rebaño el ganado más joven y más escogido; él mismo se toma el trabajo de servirles á la mesa (GENES. XVII, 2). ¿De qué hace este año por servir á los pobres? De que este padre de los creyentes veía ya en su espíritu el rango que debían ocupar en la Iglesia; él considera ya á Jesucristo en ellos; olvida su dignidad á vista de la

de los pobres, y enseña con su ejemplo á los ricos la obligación que tienen de servirles.

Pero ¿qué servicio debemos prestarles? ¿en qué podemos auxiliárlas? El apóstol S. Pablo ordena á los fieles: que los unos lleven las cargas de los otros: *Alter alterius onera portate* (GALAT. VI, 2). Los pobres tienen su carga, y los ricos también la suya. Los pobres tienen su carga; ¿quién lo ignora? Cuando los vemos sudar y angustiarse, ¿no conocemos que tan grandes miserias son un fardo muy pesado que los fatiga excesivamente? Pero aún cuando los ricos caminen cómodamente y al parecer no les molesta el peso, ¿sabeis que también tienen su carga. Y ¿cuál es la carga de los ricos? ¿Podría creerlo, cristiano? sus propias riquezas. ¿Cuál es la de los pobres? la necesidad. ¿Cuál es la de los ricos? la abundancia. El fardo de los pobres, consiste en no tener lo necesario; el de los ricos en poseer más de lo necesario. Ahora bien; ¿es un fardo inómodo el tener demasiados bienes? ¡Ah! bien sé que en el fondo de su corazón los mundanos desean un fardo de esa naturaleza. Pero que contengan estos deseos inconsiderados. Si las injustas preocupaciones del siglo los impiden concebir en este mundo cuánto pesa la abundancia, cuando lleguen á aquel país en que será arriesgado el haber sido demasiado ricos, cuando comparezcan ante aquel tribunal donde habrá que dar cuenta, no solo de los talentos empleados, sino también de los guardados, y responder á aquel juez inexorable, no solo del gusto, sino también de la distribución y del empleo; entonces, hermanos míos, entonces reconocerán que las riquezas son un peso grave y se arrepentirán en vano de no haberse siquiera aliviado de él.

Pero no esperemos esta hora fatal, y mientras sea tiempo, practiquemos este consejo de S. Pablo: *Alter alterius onera portate*: Llevaos vuestros fardos los unos á los otros. Ricos, llevad el fardo del pobre, socorred sus necesidades, ayudadle á soportar las aflicciones bajo cuyo peso gime; pero sabed que descargándole de ellas, trabajáis en descargar vuestro peso; cuando vosotros le dais, disminuís su carga, y él disminuye la vuestra; vosotros lleváis la necesidad que á él le oprime; él lleva la abundancia que á vosotros os abruma. Entregaos mutuamente vuestros fardos, á fin de que las cargas sean iguales: *Ut fiat equalitas*, dice S. Pablo (II COR. VIII, 44). Penetraos, hermanos míos, de esta idea; si vosotros no lleváis el fardo de los pobres, el vuestro os rendirá; el peso de vuestras riquezas mal distribuidas os precipitará en el abismo; así como si repartis con los pobres el peso de su pobreza, tomando parte en su miseria, merecéis juntamente participar también de sus privilegios.

3. Sin esta participación de los privilegios de los pobres, no hay salvación alguna para los ricos; y fácilmente podré convencerlos de ello, insistiendo siempre en los mismos principios. Porque si es cierto, como dejo dicho, que la Iglesia es la ciudad de los pobres, si éstos ocupan en ella los primeros puestos, si es para ellos para quienes principalmente esta ciudad bienaventurada ha sido construida, fácil es concluir que los privilegios los pertenecen. En todos los reinos, en todos los imperios existen privilegiados; esto es, personas eminentes que tienen derechos extraordinarios; y el origen de estos privilegios, consiste en que están más próximos, por su nacimiento ó por sus empleos, á la persona del príncipe. Es propio de la majestad, del estado y de la grandeza del soberano, que el resplandor de su corona se refleje en cierto modo en los que á él están más inmediatos. Puesto que sabemos por las santas letras, que la Iglesia es un reino tan bien ordenado, no dudéis, hermanos míos, que ella tiene igualmente sus privilegiados. Y ¿de dónde se tomarán estos privilegiados, sino de la sociedad con su príncipe, esto es, con Jesucristo? Si hemos de mirar al Salvador, cristianos, no basquemos en los ricos los privilegios de la santa Iglesia. La corona de nuestro monarca es una corona de espinas; los rayos que despiden son las aflicciones y los padecimientos. En los pobres y en los que padecen, es donde reside la majestad del reino espiritual. Siendo el mismo Jesús pobre é indigente, natural era que formase sociedad con sus semejantes, y que distribuyese sus favores entre sus compañeros de fortuna.

No se desprecie más la pobreza, ni se la trate de grosera y despreciable. Verdad es que nació de la hez del pueblo; pero habiéndose unido á ella el Rey de la gloria, la ha ennoblecido con esta afianza, concediendo después á los pobres todos los privilegios de su imperio. Promete el reino de los cielos á los pobres, el consuelo á los que lloran, alimento á los que tienen hambre, alegría eterna á los que padecen. Si todos los derechos, si todas las gracias, si todos los privilegios del Evangelio pertenecen á los pobres de Jesucristo, oh ricos, ¿qué os resta, y qué parte tendréis en su reino? Él no habla de vosotros en su Evangelio sino para amenazar vuestro orgullo: *Va vobis divitibus* (Luc. vi, 24). ¡Desdichados de vosotros! oh ricos! ¿Quién no temblaría al oír esta sentencia? ¿Quién no sería sobrecojido de pavor? Contra esta terrible maldición, hé aquí la única esperanza, el único remedio. Es verdad que dichos privilegios pertenecen á los pobres; pero podréis obtenerlos de éstos, recibirlos de sus manos, y merecer las gracias del cielo. ¿Queréis que sean perdonadas vuestras iniquidades? Redimidlas por medio de la limosna: *Pecata tua*

elemosynis redime (DAN. iv, 24). ¿Esperais de Dios misericordia? Buscadla en las manos de los pobres, ejerciéndola con ellos: *Beati misericordes* (MATT. v, 7). ¡Bienaventurados los misericordiosos! ¿Queréis, en fin, entrar en el Reino? Las puertas, dice Jesucristo, os serán abiertas, siempre que los pobres os introduzcan: «Procuraos, dice, amigos que os reciban en los tabernáculos eternos (LUC. xvi, 9)». Así la gracia, la misericordia, el perdón de los pecados, el Reino mismo están en sus manos; y los ricos no pueden entrar en él, si los pobres no los acompañan.

¡Oh pobres, cuán ricos sois! y vosotros, ¡oh ricos, cuán pobres! Si solo atendeis á vuestros propios bienes, seréis privados para siempre de los bienes del nuevo Testamento, y no os quedará por toda herencia más que el *Va* terrible del Evangelio: *Va vobis divitibus!* ¡Ay de vosotros, oh ricos, porque habéis ya recibido vuestro consuelo! ¡Ah! para detener este rayo, para libraros felizmente de esta maldición inevitable, acogeos bajo el mando de la pobreza; comunicaos con los pobres; dad, y recibiréis; dad los bienes temporales, y recibiréis las bendiciones espirituales; participad de las miserias de los alligidos, y Dios os concederá parte de sus privilegios, os perdonará vuestros pecados, os dispensará sus gracias, y os hará no día participantes de su gloria, que os deseo.

POBRES DE LA PARROQUIA.

*Quicumque potum desiderat nisi ex melleis
vitis colligam apud frigide tantum, in ma-
nibus discipuli, amen, dico vobis non perdet
mercedem suam.*

— Cualquiera que quisiere de beber á uno de estos que procuraba un vaso de agua fresco solamente por causa de ser discipulo mio, os doy mi palabra, que no perderá su recompensa.

(MATT. x, 42.)

La caridad fué el grande espectáculo que ofreció al mundo el cristianismo desde los primeros dias de su establecimiento en la tierra. Sus enemigos, admirados, se vieron obligados á confesar, que habia

algo sobrenatural y divino en una religion que podia unir á los hombres de un modo tan perfecto y tan nuevo.

Lo que sobre todo les causaba más admiracion, era la inagotable abnegacion de los cristianos, su actividad en socorrer todos los infortunios, sus santas privaciones y sus limosnas; caridad tan desinteresada, que no solo la ejercian con sus hermanos, sino que la extendian á sus enemigos y aun á sus perseguidores.

Con esas santas obras, carísimos hermanos, emprendidas con peligro de su vida y al través del contagio de la muerte, lograron nuestros padres desarmar á sus verdugos y convertir á sus enemigos. Continuemos la tradicion de sus admirables ejemplos. Ejercemos la caridad en torno nuestro, derramen nuestras manos la limosna con abundancia en el seno de todos los pobres de Jesucristo, pero en particular para los que habitan cerca de nosotros, que en tantos conceptos son nuestros hermanos.

Por ellos hablo en este dia, por nuestros amados pobres, por los que sufren en esta parroquia. Al efecto os expondré *los motivos que deben impulsaros á hacer limosna*, y en seguida *recurriré los preceptos con que muchos procuran dispensarse de hacerla*. Pidamos ántes los auxilios de la gracia. A. M.

1. Entre los motivos que deben inducirnos á socorrer á los pobres hay tres principales, que voy á desenvolver en este discurso.

Necesitase nada ménos que los artificios del argumento más falso ó la aplicación del entendimiento á las consideraciones más egoístas para resistir á los sentimientos de humanidad, para reprimir el arranque instintivo que nos lleva á ser útiles á nuestros semejantes. Permitted, pues, que entre en algunos pormenores sobre un motivo tan apto para excitar vuestra compasion.

Seguidme á la morada del pobre, á ese gran teatro de dolor en que la humanidad aparece en lucha con toda clase de desdichas. ¿Qué vereis? Vereis á sáres dolientes, tristemente tendidos en un poco de paja negra y húmeda, aguardando con ansiedad las migajas que caen de la mesa del rico. ¿Qué más veis? A un pobre obrero que se ganaba el sustento con el sudor de su frente, que mantenía con un trabajo duro y sin tregua á su numerosa familia; mas ¡ay! la enfermedad ha venido á poner término á sus jornales, y su mujer, cargada de hijos, no puede ya velar á un tiempo á la cuna del hijo y á la cacerera del padre!

Si ese cuadro no conmueve vuestro corazon, volved los ojos á los pobres mismos y admirad su abnegacion. Ved cómo se socorren mu-

tuamente; ved al anciano que han recogido y asisten en sus achaques; ved al huérfano que un pobre obrero no ha temido agregar á sus hijos; ved á la pobre mujer que conserva con escrupulosa solicitud algunas gotas de leche para el niño abandonado.

Y vosotros, ricos, ¿dejariais sobreponeros por los pobres en generosidad y sacrificios?...

No solo hemos de socorrer á los pobres por un motivo de humanidad, sino por un motivo de religion, que es superior. En efecto, la religion no se contenta con aconsejar su práctica, sino que la impone á todos como un precepto riguroso. Está escrito en la Sagrada Escritura: «Cuando recogiereis vuestras mieses, no recojais las espigas que hubieren caido; los granos que caen en tierra, los dejareis para los pobres; yo el Señor soy quien os lo ordena.» Y notad que este precepto está repetido en todas las páginas del antiguo Testamento, en el que hasta está puesto en accion de la manera más distinta, como en el ejemplo de Ruth y de Noemí, y en el de Tobias, pobre y cautivo, que socorria á sus hermanos en la tierra del destierro, partiendo con ellos su pan y bendiciendo al Señor, á pesar de la ceguera que le atacó en medio de sus buenas obras!

Pero es sobre todo en el Evangelio donde se os encomienda altamente la limosna. ¿Para qué citaros todos los textos y todas las palabras que os hacen de ella un precepto? ¿Quién no ha leído la historia del mal rico, de la pobre mujer que deposita su escasa limosna en el cepillo colocado á la entrada del templo? Pudiera multiplicar estas citas, pero seria preciso citar el Evangelio entero, porque el Evangelio es una solemne manifestacion de aquella hermosa sentencia: **Dios es caridad!** Es pues un precepto formal y riguroso que nos impone Jesucristo.

Aquí quiero hablar de vuestro interés espiritual. En este concepto, la limosna hecha con los sentimientos que constituyen su práctica, os producirá méritos delante de Dios y os evitara castigos infinitamente más espantosos y más terribles. A vosotros, justos, os permitirá adelantarse más en el camino de la salvacion, y á vosotros, pecadores, esa caridad destruirá hasta en su raiz vuestras malas inclinaciones: será la plegaria más elocuente que podeis elevar á Dios en medio de vuestras culpas, como será tambien la condicion más indispensable para obtener el perdón.

Y luego, ¿no teneis que reprocharos alguna injusticia? Yo quiero que vuestra conciencia nada os reproche; pero ¿la habeis sondeado bien? Dad mucho, si mucho teneis; dad poco, si teneis poco; pero dad siempre, puesto que á este precio podeis adquirir el cielo; ¡qué

digo el cielo á Dios mismo, y no os sorprenda esta expresion que tomo de un padre de la Iglesia, pues el cielo es lo mismo que la posesion de Dios.

2. Examinemos ahora, y lo más brevemente posible, los diversos pretextos que nos apartan de la limosna. Reduzcámos á tres esos pretextos y resúmalos con estas palabras: 1.º *pretexto de la impotencia*; 2.º *pretexto de la precaucion*; 3.º *pretexto de la soberbia y de la avaricia*.

Muchos dicen que son pobres, que nada les sobra, que necesitan sus rentas para educar á sus hijos, pagar á sus criados, cumplir con sus acreedores, y guardar en el mundo el rango en que les ha colocado la Providencia. ¿Quién es hablar así? Sin duda son artesanos, pobres obreros. Yo les preguntaré si el Evangelio les dispensa de ser compasivos y caritativos con los que son aún más pobres que ellos? Hermanos, les diré, si tenéis poco, dad poco; pero dad á lo ménos alguna cosa; pues en fin, ¿tan difícil es tomar de vuestro salario la más insignificante moneda para darla al que nada posee en el mundo? ¿Qué pensar de semejantes palabras, cuando satisfacen apetitos desordenados, cuando se les va gastar en un solo día el producto de toda una semana de trabajo en orgías en que el hombre se olvida de que está hecho á imagen de Dios?

¿Y vosotros, ricos, diréis que nada os sobra? Este pretexto es tan contrario á la justicia como á los sentimientos de la naturaleza. Vosotros queréis, decís, precaeros para los malos dias; pero ¿habéis pensado en aquellas palabras del Señor: No os inquiete el dia de mañana; ved á las aves del cielo: han carecido nunca de sustento sus hijuelos? Y si quiera fuese razonable vuestro pretexto de precaucion, tampoco os dispensara de hacer limosna. En efecto, el oro y la plata que con tanto trabajo habéis ganado, y de que con tanta inquietud disfrutáis, ¿lo llevaréis con vosotros al sepulcro?

El último pretexto de soberbia y avaricia es el más odioso y más injusto. Conviene uno en que tiene riquezas, pero quiere exceder á todos los demás, quiere ocupar el primer puesto. Nosotros diremos pues á cuantos quieren salir de su condicion: queréis haberos ricos y no hacéis limosna; sois cristianos é ignorais que derramar es recoger mucho, que sembrar poco es privarse de una cosecha abundante; y os sucederá lo que á otros muchos á quienes su prosperidad volviera arrogantes: vereis desvanecerse vuestra fortuna, porque habeis sido duros y despiadados con vuestros hermanos y Dios no la ha bendecido.

¡Dios mio! tú, que tienes en tus manos poderosas el corazon del

rico y el del pobre, derrama en éste la paciencia y la resignacion; pero mueve tambien el del primero á compasion y generosidad. Así sea sobre todo en esta parroquia, en la que todos los que hacerlo pueden han abierto ya sus benéficas manos á los necesitados. Hoy, empero, os pedimos una nueva prueba, carísimos hermanos, y sea brillante. Sed los amigos y los padres de los niños, sed la providencia del huérfano, del enfermo, de la viuda, del pobre, en fin; y Dios, que premia el vaso de agua, premiará al céntuplo los débiles sacrificios que os hayais impuesto.

DIVISIONES.

POBRES PREDESTINADOS.—Lo son los que se abandonan á la Providencia sin vivir en la ociosidad.

Lo son los que se despojan de sus bienes para seguir á Jesucristo con mayor libertad.

POBRES REPROBADOS.—Lo son aquellos que tomen más las miserias del tiempo que las miserias de la eternidad.

Lo son aquellos que remedian su pobreza apelando á actos criminales.

POBREZA Y RIQUEZA.

Beati pauperes spiritu.

Monasterium de los pobres de espíritu.

(MATEO. V. 3.)

En el siglo XIV, carísimos hermanos, cierta persona principal llamó á su lecho de muerte á su único y amado hijo. Según la costumbre de aquellos tiempos altamente cristianos, le dirigió algunas tiernas y supremas recomendaciones; y la historia nos ha conservado, entre otras palabras, las que voy á ofrecer á vuestras meditaciones: «Querido hijo, huye de la avaricia como de la enfermedad más mortal, y no te desdées de aliviar á tus hermanos enfermos, cualquiera

que sea su mal.» Tales son las palabras que oyó el piadoso joven, cuyo nombre ha llegado hasta nosotros bendecido por las generaciones católicas.

El protector ilustre de aquella parroquia vendió cuanto poseía y lo dió á los pobres: á través descalzo los Alpes y fué á visitar los sepulcros de los santos Apóstoles; pero en medio de los gozes de su piedad resonó un grito siniestro en todo el Estado eclesiástico: «La peste se ha declarado en Cesena, en Aquapendente, en Rimini!» Declárase también en la ciudad santa, y pronto extiende el azote sus estragos sobre toda la Italia. Entonces el piadoso peregrino, con sus veinte años y su infatigable celo, vá á cumplir la segunda parte de lo que le encargara su padre. En las ricas llanuras del Languedoc se habia desprendido de su opulenta herencia, y bajo el hermoso cielo de Italia desempeñó la segunda instrucción de su padre, sirviendo con suma solicitud á los pobres enfermos.

Viósele noche y día recorriendo los hospitales, cargándose sobre los hombros á los apesados. Extenuado de fatiga, pero no de valor, excitó el celo de sus hermanos, y halla en su fervor apostólico fuerzas sobrehumanas. No parece sino que el joven S. Roque es el ángel visible enviado de Dios para el consuelo de toda una provincia, de todo un pueblo.

¿Qué bendiciones temporales recogió S. Roque de su magnanimidad, de su celo y de los prodigios de su caridad? La calumnia y la persecución. Restituido al país de sus abuelos, fué desconocido por un tutor, que habia conservado algunos restos de su patrimonio de que no habia podido disponer cuando vendió sus bienes. Fué encerrado en un calabozo como un espiá, y allí murió antes de recobrar, no su hacienda, sino su nombre, su última fortuna. Hasta que Dios hubo vuelto por la fama de su siervo con milagros de primer orden, no dió la posteridad agradecida á su memoria lo que sus contemporáneos negarán á su persona; y entonces, no solo en Francia, no solo en toda Europa, sino en toda la cristiandad, fué invocado como á quien habia tenido el privilegio en días muy calamitosos de parar los golpes de la cólera de Dios cuando herian naciones culpables. En todas partes hay asociaciones caritativas consagradas al servicio de los enfermos y particularmente al de los apesados, las cuales reclaman los sufragios y se inspiran con los recuerdos de aquel santo varón.

Bienaventurados los pobres! hermanos míos; al nombre de bienaventuranza, se dilatan los ánimos; ¡es tan rara la dicha! ¡Cuán placentero es pronunciar tal palabra! Pero al nombre de pobreza el co-

razon se oprime, y solo Dios puede reunir dos ideas tan opuestas al parecer como estas: la felicidad suprema, y la dura pobreza. La pobreza, hermanos míos, será la única heredera del cielo; es imposible entrar en el reino celestial si no se ha tenido la pobreza evangélica. ¿Con qué condiciones podrá la riqueza aspirar á la beatitud de la pobreza? ¿Con qué condiciones también podrá la pobreza librarse de la maldición de la riqueza y alcanzar la beatitud que le fué prometida?

Eso es lo que vamos á examinar en el doble paralelo de la riqueza mundana y cristiana, y de la pobreza mundana y cristiana. A. M.

1. La riqueza real no podrá reclamar el privilegio y la recompensa de la pobreza evangélica mientras no esté exenta de la tiranía del oro, de la tiranía de las pasiones, cuyo principal ministro es el oro, y mientras no se santifique con el digno uso de los dones de la Providencia. Hace mucho tiempo, carísimos hermanos, que se declama contra las riquezas. Un hombre de mucho talento, el soberbio detractor de la verdadera riqueza, de la riqueza espiritual, la gracia de Jesucristo, gracia cuyo poder libra la beatitud eterna, el andaz Pelagio, condenata, no solo el mal uso de la riqueza, si que también la riqueza misma. En sus escritos han ido á buscar los utopistas de otro tiempo, si algunos de ellos tuvieron bastante erudición para consultar los escritos de Pelagio, esas declamaciones pomposas que atestiguan el odio y la envidia de los pobres contra los ricos, y que sublevan unas contra otras las diferentes partes del cuerpo social. En tiempo de Pelagio esos errores fueran impugnados por los doctores de la Iglesia, á cuya cabeza se halla S. Agustín, que indicó las consecuencias posibles de tan insensata doctrina.

Siempre habrá pobres entre vosotros, dijo nuestro Señor Jesucristo. Está en el orden de la Providencia que haya ricos. Si se predicaran doctrinas subversivas de todo orden, si se despertaran esas malas pasiones que, como agua estancada, duermen en el fondo del corazón de los que se llaman desheredados de todo, después de renunciar á la herencia celestial, ¿qué sería de las bellas artes? ¿qué de las ciencias y de la literatura? ¿qué del comercio, de la industria y de todos sus portentos? ¿qué de esta civilización tan adelantada? ¿y qué sería, sobre todo, de las desgraciadas víctimas de esas declamaciones criminales?... Nada pues condenable ni reprehensible tiene en sí la riqueza. Si así no fuera, Dios no hubiera oído con elogio á nuestro patriarca Abraham, grande entre todos los orientales, que poseía inmensos bienes; si así no fuera, el Verbo encarnado no hubiera querido contar con las más precisas circunstancias la tierna historia del padre del

Hijo pródigo, que tenía una rica habitación y numerosos servidores, que podía aún tener en reserva el anillo y los vestidos preciosos, cuidadosamente guardados como para esperar el regreso del Pródigo. El Verbo de Dios hizo del padre de aquel hijo el tipo del Padre que está en los cielos. Y el que contó la historia del Rico malvado, el que denigró y condenó la insensibilidad de aquel hombre maldito, del mal Rico, hubiera colmado de bendiciones al buen Rico de la parábola.

Por lo demás, hermanos míos, una de las primeras leyes del Evangelio es la limosna. Es preciso que el corazón de los hombres, regenerado por la gracia de Jesucristo, halle un suplemento á la sensibilidad natural. Yo desconfío de la sensibilidad natural, y para ello tengo mis razones. Cuarenta siglos ha tenido para dar sus pruebas, y durante este tiempo, ¿dónde está el huérfano que ella ha recogido, dónde el pobre que ha visitado, dónde la primera piedra de un hospital por ella puesta, dónde sus asilos, dónde sus creaciones? El Hijo de Dios hizo de la limosna una ley evangélica. ¿Y cómo han entendido este precepto la santa Iglesia y todas las almas cristianas? La limosna supone la riqueza. ¿Qué queréis que dé el pobre? el tesoro de su buen corazón, un vaso de agua, un óbolo. Basta eso para socorrer á nuestros enfermos siempre más numerosos y las miserias de que rebosan las viejas sociedades, amenazando destruirlas si el sentido religioso, si el sentido cristiano desaparece, si cesa un momento de ser el alma de nuestra sociedad? ¡Ah! carísimos hermanos, necesario es pues que haya ricos para tender una mano caritativa á los pobres.

No quiera Dios que amengüe yo la energía de los tan repetidos textos evangélicos con la más extraña y aún con la más sacrilega de las interpretaciones. No quiera Dios que trate yo de quitar de la frente del mal Rico la marca de ignominia y de oprobio que el Hijo de Dios quiso que se le imprimiera, como en la frente de Cain, el primer homicida, el primer fratricida. No quiera Dios que no me acuerde yo de aquella palabra espantosa que la misma verdad eterna pronunció: Mammon, *Mammóna*. ¿Quién era Mammon? Era una diosa de Siria, la diosa de la fortuna. Y Mammon había reemplazado á Baal, y Mammon había reemplazado al becerro de oro. Y el Hijo de Dios sabía que en los países vecinos de los lugares santos, y en los mismos lugares santos, en la Siria, la Fortuna cruel, la Fortuna de corazón de hierro, tenía sus altares y su estatua. El Hijo de Dios la llamó Mammon de injusticia, *Mammóna iniquitatus* (Luc. xvi. 9.) Ved ahí, pues, lo que el Hijo de Dios condena: es una riqueza injustamente poseída, la riqueza cuyo origen ha sido la injusticia. Decidme, cristianos: ¿no es particularmente en nuestros días cuando

merece Mammon la sangrienta calificación de fortuna injusta? En vano dice en sus oráculos el Espíritu Santo: El que se enriquece rápidamente es un ladrón; en vano hay maldiciones para los que, hallando que la fortuna no corre, quieren precipitar su carro á merced de una impaciente, de una increíble avida. Una codicia desenfundada se rie del anatema: *Mammóna iniquitatis!* Vivimos en una época en que podemos hacer harto tristemente la distinción de la probidad humana y de la delicadeza de la conciencia. ¿Cuales son las quejas que de todas partes oímos? Decidme: ¿quién de vosotros quisiera confiar su patrimonio, sus legítimos ahorros, á uno de esos hombres, que no tienen ningún principio religioso, que ya no tienen conciencia cristiana? ¡Ah! mil veces lo habeis visto; desgraciados de los que se dejan seducir del exterior de ese honor tan cortés, tan solícito, tan lleno de atenciones, y del cual tanto se habla en el mundo! ¡Desgraciados de los que caéis en tales lazos! En un día vereis devorados todos los ahorros de vuestra vida; vereis la ruina en vuestra casa; y en vez del digno, del noble patrimonio que destinabais á la colocación de vuestra hija, á la educación de vuestro hijo, ya no tendréis más que la ruina y la miseria. Mirareis en torno vuestro y direis: ¡Ah! si lo hubiese sabido ántes, hubiera distinguido la probidad maniana del honor cristiano. Y el honor del cristiano es la conciencia; aquello no era más que su simulacro: *Mammóna iniquitatis!*

Pero dejémos á un lado esa avaricia, carísimos hermanos; eso no os concierne. Dejemos á un lado las consideraciones que han desarrollado los moralistas de todas épocas; no hablemos de las cruces perplejidades de que es presa el avaro. De día qué de inquietudes y de noche ¡qué de sueños devoradores! cuanto más posee el avaro, tanto más quiere tener. Es el desgraciado que bebe, que bebe abundantemente, que cree apagar su sed, y que solo consigue irritarla. Digamos, empero, que en general no se va en pos del oro por lo que es en sí mismo, sino por los gozes que proporciona. En efecto, un día quiso el Hijo de Dios que Satanás le trasladase á la cumbre de un monte. Mostróle todos los reinos del mundo, nos dice el Evangelio, con la magnificencia que los todos, con su prestigio y sus grandezas; y esas son, hermanos míos, las obcecaciones de la fortuna: Prostrámete ante mí, y al instante te doy todos estos bienes. Alórame, dice también Satanás á sus miserables esclavos: deja á los demás esas ocupaciones que se dividen el círculo de la vida humana, las vigiliias laboriosas, los trabajos incansables, y si es verdad, según el pensamiento de un grande hombre, que un inexorable fastidio constituye el fondo de la vida humana, ¡ah! procura á lo ménos libarte de este fastidio! ¿Ves

la languidez que vá á necerte suavemente; ¿véis el reposo que te promete? Los demás se apresurarán á servirte, y tú, subyugado por el encanto de mis sonrisas, permanecerás con los brazos cruzados; muellmente sentado al banquete de la vida. Eso es lo que te daré. Yo satisfaré tus instintos de indolencia: *hec omnia tibi dabo*.

Lo mismo que las virtudes, todas las pasiones se encadenan. ¿Qué más, dice el Mammon de iniquidad? Halaga el sensualismo. En nuestra época predica el lujo de la abundancia; niega las maravillas de la vida sencilla y frugal de nuestros padres. Nosotros, dice, necesitamos lo recreativo; necesitamos que las sensaciones sean vivas, y que antes de dejarlas amortiguar, se desplieguen prodigiosamente todos los recursos del ingenio humano en el servicio de nuestras suntuosas mesas. Si el gusto se estraga, el oro lo remedia. Si es preciso, se pondrá á los dos mundos á contribucion. Ved ahí pues la glorificación de la materia, á la cual vá unida la idea del oro, porque el oro es su instrumento, su ministro. Mammon dice á las jóvenes: No penséis más que en el fausto; lo soñéis sino con las galas ruinosas, con el lujo tocador. Dice al voluptuoso: solo yo poseo la copa de la voluptuosidad. Vende, compra esa alma, compra esa conciencia aún perfumada con la inocencia y santidad virginales; tal vez sea crecido su precio, pero con algunas monedas de oro lograrás tu fin. Y de ese modo, carísimos hermanos, el Mammon de iniquidad ciega, ofusca á todos los hombres de todas edades y condiciones; de ese modo suele conducir á una espantosa catástrofe. No en vano se le llama Mammon de injusticia. A la víctima del juego que va á jugar sobre el verde tapete una fortuna, una hacienda entera, no le dirá: Basta, detente! ¡Oh! no, no; diviértete, aunque tu esposa y tus hijos no coman luego más que el pan de las lágrimas. Ya no hay lugar para Dios en una vida como esa. ¿Queréis la prueba de ello? decía un santo Padre; id á preguntar á ese hombre si prefiere permanecer siempre con su fortuna en la tierra, á ir al cielo, á la patria del cristiano. No será dudosa la respuesta: no quiero cielo, no quiero Dios; estoy satisfecho con la fortuna y con los goces que proporciono, por más bienes que sean. Eso es todo lo que pido. Así se ha consumado la injusticia con el prójimo, con la familia, con Dios mismo.

Grato es y consolador, carísimos hermanos, oponer á ese cuadro el de las almas escogidas que no tienen más hermoso título, y sé que aquí las hay, que no tienen más hermoso título que ser tesoreros de los pobres, mayordomos de la Providencia, plenipotenciarios de Dios. ¡Oh! si la vida necesita ocupaciones, esa es la más santa y noble ocupacion. Una cristiana decía últimamente: ¡Ah! las señoras de la

caridad no tienen más que un pesar, el de no tener las manos bastante llenas para derramar con santa profusion los socorros que reclaman las infinitas miserias que hay en la tierra. Decidme, señoras: ¿cuál es la gala, cuál es la corona que puede compararse con esos goces del corazon, con esas bendiciones del pobre, cuando se conmueven deliciosamente las fibras de sensibilidad de que Dios ha dotado vuestros corazones; cuando la enternecida voz de esas victimas resignadas del infortunio murmura, no un agradecimiento ordinario, sino un himno de accion de gracias, pues la desgracia agradecida suplica al mismo cielo que pague su deuda! ¡Oh dulces lágrimas de la caridad! Pero eso aún no basta.

Con la sensibilidad natural, fuera de la religion, pudiera decirse: Nosotros tambien conocemos esos dulces goces, esos puros deleites. Aprended las glorias de la caridad, instrutos de toda su parte divina cerca de esas fervorosas cristianas, que no tienen horas mejores en su vida que las que consagran al alivio del infortunio. ¿A quién pues habeis afiado, señoras de la caridad? Apelo á vuestra memoria: al divino Bethlehemita le habeis tendido sobre la paja de su pesebre cuando habeis dado el vestido y el alimento sustancial al pobre niño, al pobre huérfano. ¡Oh! apelo á vuestra memoria: al augusto obrero de Nazareth le habeis socorrido vosotras mismas, cuando habeis penetrado en el humilde albergue del obrero ¡ay! que ya no tenia trabajo; bajo este obrero habeis sabido reconocer á quien ha fabricado el mundo, y á quien ha manejado la sierra y el cepillo. ¡Oh! apelo á vuestra memoria: ¿qué bendicion de Dios ha llovido sobre vuestro corazon cuando, como S. Roque, á la cabecera de los enfermos, muchas veces abandonada, habeis podido verter el bálsamo del consuelo terrestre y el bálsamo mejor de los consuelos que hrolaban de vuestro corazon para reanimar el corazon de una parálitica que la adversidad habia ya lacerado y abatido! ¡Oh! era á nuestro Salvador, al Dios de gloria á quien veiais en aquel pobre lecho, crucificado, y á la vez rey de la tierra y del cielo!

2. Hay malos pobres, es verdad. Triste es decirlo, pero cumple confesarlo; hay pobres que perderán la corona de la pobreza. Ellos son doblemente infelices, pues privados de los bienes de la tierra, serían tambien de las riquezas eternas que hubieran sido la recompensa de su paciencia y resignacion. Todos sus deseos y proyectos, todos sus esfuerzos obtendrán este único resultado: su miseria se agravará, su flaga se exacerbará de dia en dia. En vez de participar de las bendiciones de la pobreza, no conocen más que los rugidos de la envidia y la desesperacion del odio, y se preparan tesoros de cólera y de mal-

diciones eternas. Hay pobres, cumple también decirlo, que corresponden con negra ingratitud á los beneficios de que se les colma. Si algun sacerdote muere sin dejar un real; si ha hecho de antemano sus herederos y legatarios universales á los pobres; ¿sabéis lo que dicen ciertas gentes obcecadas por prevenencias infernales? «Ha hecho lo que debía; no hemos de agradecerle.» No hay duda, hermanos míos, que la caridad de Jesús no espera vencer la insensibilidad de esos pobres; pero la caridad de Jesús no desmaya. Nuestro Señor nos ha dicho que éramos felices cuando bendecíamos y se nos maldecía, cuando nuestra alma estaba llena de ternura y solo se nos pagaba con la injectiva y el ultraje. ¡No! no! la caridad divina no desmayará! No sucade así con las creaciones filantrópicas de beneficencia. Allí se renuncia á toda ilusión; y al ver á los malos pobres, no se sabe conservar la firmeza propia de las obras del Evangelio; pero nada venosá á la caridad de Jesús: *Aqua multa non potuerunt extinguere charitatem* (Cant. vii, 7); las aguas del odio y de la ingratitud no podrán apagarla. ¿Por qué? Porque al lado de esos pobres los hay muy respetables, los hay que representan así la gracia como la pobreza de nuestro Señor. Si fuese posible mostrarnos la resignación que á veces hemos contemplado con placer en el corazón de una pobre madre de familia, que distribuía con mano liberal el pan cotidiano á sus hijos, mientras ella se lo escaseaba á sí misma, mientras que para ella contaba, no solo los pedazos, sino los bocados, ese solo cuadro bastaría para sosteneros en el camino de la generosidad y del sacrificio.

Esa es la santa pobreza. Y ella ha sido santificada. Si; hubo un día que fué la consagración de la pobreza. Dios la amó, Dios se hizo pobre. Como sabía que la inmensa mayoría de los hombres no había de ser rica; como sabía que la pobreza sería verdaderamente la suerte del mayor número, amó la pobreza; amóla al nacer, amóla viviendo de su trabajo manual. Cuando en los mismos días de su predicación prodigaba á los demás los milagros de su largueza, quiso experimentar la misma necesidad. Por eso decía: Las aves tienen su nido, los animales de los bosques sus madrigueras, y el Hijo del hombre no tiene una piedra donde descansar su cabeza. Amó la pobreza en la cruz, teniendo por lecho de muerte dos tablas de madera. Amóla al espirar en aquella horrorosa desnudez, despues de sufrir el tormento de la sed y de beber hiel y vinagre. Amóla despues de su muerte; no quiso, como su padre Abraham, tener un sepulcro en los campos de Efron, no; bastóle un sepulcro prestado. De modo que vivió y murió en el seno de la pobreza.

Así, pues, cristianos, es cierto que solo la pobreza será la heredera del cielo. Vosotros los que sois ricos, combatid la tentación de la riqueza, imponeos privaciones: es una buena caridad. Cambiad esos tesoros de iniquidad en un precioso depósito. Y vosotros, los que estais cerca de la pobreza, y vosotros pobres, carísimos hermanos míos, fieles imitadores de la pobreza divina, gozad de la pobreza que un célebre autor italiano caracterizó con tanta verdad: *paupertas contenta*, la pobreza contenta. El avaro á quien despojan de su fortuna, se entrega á la desesperación; por el contrario, el hombre que permanece indiferente á todo, ménos á la voluntad de Dios, acepta bienes y males.

Siento no poder deciros algunas palabras de la perfección de la pobreza, de aquella que se desprende de todo para seguir á Jesús despojado de todo. Sin embargo, hubiera tenido cuidado de no exagerar la significación de esos consejos evangélicos. Hay deberes de estado y de posición; y la máxima: «Vended lo que tenéis y dadlo á los pobres,» no puede convenir á todas las situaciones; eso es evidente y por sí solo se explica. Pero á todos os dirijo el oráculo de Jesucristo: ¡Bienaventurados los pobres! Reptámoslo. ¡Bienaventurados los pobres! Bienaventurados, el corazón se dilata; los pobres, el corazón se oprime. Pero se dilata de nuevo al ver prometido el reino á los pobres, porque ellos son quienes obtendrán el reino de Dios. ¡Así lo alcancen vosotros!

DIVISIONES.

POBREZA.—Desde que Jesucristo se hizo pobre, no es prudente considerar la pobreza como una desgracia.

Desde que Jesucristo escogió á los pobres para hacerlos apóstoles suyos, no hay que considerar el estado de pobreza como un estado de infamia.

POBREZA.—Se atrae la indignación de Dios cuando se reduce á los demás á la pobreza para hacerse uno rico.

Se atrae las bendiciones de Dios cuando se deja de ser rico para sacar á los demás de la pobreza.

Se muestra que el amor que se tiene á Dios es un amor puro cuando se ama la pobreza.

POBREZA.—No hay hombre alguno que no tenga necesidad de la pobreza.

No hay cristiano alguno que no deba sus riquezas á la pobreza de Jesucristo.

POBREZA.—Los hombres abusan de la pobreza cuando ella les hace perder todo sentimiento de piedad.

Los hombres abusan de la pobreza cuando ella no es remedio para su vanidad.

POBREZA.—La pobreza voluntaria de los religiosos debe persuadir á los pobres, que la pobreza es una gracia.

La pobreza que los malos ricos sufren en su abundancia debe enseñar á los pobres, que las riquezas no son siempre un remedio para la pobreza.

La pobreza de los caritativos debe consolar á los pobres cuando ven que los ricos se hacen pobres para santificarse.

PASAJES DE LA SAGRADA ESCRITURA.

Dominus pauperem facit et ditat, humiliat, et subleuat. I Reg. ii, 7.

Desiderium pauperum exaudivit Dominus. Psalm. x, 17.

Melius est modicum justo, super divitias peccatorum multas. Psalm. xxxvi, 16.

Memento paupertatis in tempore abundantie, et necessitatum paupertatis in die divitiarum. Eccli. xviii, 23.

Ego excoeci te, elegi te in camino paupertatis. Isai. xlviii, 10.

Beati pauperum spiritus: quoniam ipsorum est regnum colorum. Matth. v, 3.

Nolite possidere aurum, neque argentum, neque pecuniam in zonis vestris. Idem. x, 9.

Filius hominis non habet ubi caput reclinet. Idem. viii, 20.

Si vis perfectus esse, vade,

El Señor es el que empobrec y enriquece; el que abate y ensalza.

Atendió el Señor al deseo de los pobres.

Más sirve al justo una medianía, que las muchas riquezas al pecador.

Acuérdate de la pobreza en el tiempo de la abundancia, y de las miserias de la pobreza en tiempo de las riquezas.

Mira: yo te he acrisolado con el fuego de las tribulaciones, he hecho prueba de ti en la fragua de la pobreza.

Bienaventurados los pobres de espíritu; porque de ellos es el reino de los cielos.

No lleveis oro, ni plata, ni dinero alguno en vuestros bolsillos.

El Hijo del hombre no tiene sobre qué reclinar la cabeza.

Si quieres ser perfecto, anda

vende, que habes, et da pauperibus. Idem. xix, 21

Qui non renuntiat omnibus, que possidet, non potest meus esse discipulus. Luc. xiv, 33.

Habentes alimenta, et quibus tegamur, hic contenti simus. I Timoth. vi, 8.

Nonne Deus elegit pauperes in hoc mundo, divites in fide, et heredes regni, quod reprobavit Deus diligentibus se? Jacob. ii, 5.

Scio tribulationem tuam, et paupertatem tuam, sed dicebat. Apocal. ii, 9.

y vende cuanto tienes, y dáselo á los pobres.

Cualquiera que no renuncia todo lo que posee, no puede ser mi discípulo.

Teniendo que comer y con que cubrirnos, contentémosnos con esto.

¿No es verdad que Dios eligió á los pobres en este mundo, para hacerlos ricos en la fé, y herederos del reino, que tiene prometido á los que le aman?

Sé tu tribulación y tu pobreza, si bien eres rico en gracia y santidad.

Para las figuras de la Sagrada Escritura, véase, RIQUEZAS.

SENTENCIAS DE LOS SANTOS PADRES.

Paupertas ordine prima est, et quasi parens aliarum omnium virtutum. S. Ambros. lib. 5 in Luc.

Parva dimissimus, et grandia possidemus, centuplicato favore promissa Christi redemptur. S. Hieron. Ep. ad Pamach.

Egere, non turpe quidem, aut aliquid probrosum fuerit, sed paupertatem generose non ferre. S. Basil. Hom. de Ira.

Sacra paupertas commodissimum virtutis organum. S. Gregor. Nazian. Ep. ad Helen.

Nihil opulentius eo, qui paupertatem sponte diligit, et cum alacritate suscipit. S. Chrysost. in Epist. ad Hebr.

La pobreza está puesta en primer lugar, porque es como la madre de todas las otras virtudes.

Poco es lo que hemos aludonado por los grandes bienes que ya poseemos: ya se nos dá el ciento por uno prometido por Cristo.

No es pecado ni deshonra alguna el ser pobre, sinó el no sufrir la pobreza con generoso desprendimiento.

La santa pobreza es un medio muy fácil para adquirir la virtud.

Ninguno hay tan rico, como el que elige voluntariamente la pobreza, y la soporta con alegría.

Pauper semper securus est, et omni metu vacat. Idem, Hom. 30 in Matth.

Non tibi displiceat paupertas tua, nihil ea potes ditius invenire. S. Aug. de verb. Apost. serm. 20.

Vis nosse quam dives sit paupertas? Caelum emit. Idem, in Psalm. 76.

Qui nihil habet in mundo quod diligit, nihil est in mundo quod peritescat. S. Gregor. Hom. 4, in Evang.

Ut rerum facultates instrumenta sunt omnium vitiorum, sic harum abdicatio gubernatrix est, nutritrixque omnium virtutum. Idem, lib. 21 Moral. cap. 12.

Nisi ex toto corde et affectu pauper es, paupertas ipsa non virtus, sed miseria iudicanda est. S. Caesar. Arglat. Hom. 23.

Semper dives est christiana paupertas, nec pavet in isto mundo indigentia laborare, cui donatum est, in omnium rerum Domino omnia possidere. S. Leo, Sermon. 4 Quadrag.

Miserabiliores sumus omnibus hominibus nos monachi, si pro exiguis tanta patimur detrimenta. S. Bernard, ad Monach.

Véase: RIQUEZA.

El pobre, como que siempre está seguro, vive sin miedo alguno.

No lo avergüences de tu pobreza, porque nada encontrarás más precioso que ella.

¿Quieres saber si es rica la pobreza? Tanto, que compra el cielo.

El que no está apegado á ningún bien de este mundo, tampoco tiene motivo de temer nada de él.

Así como los bienes temporales suelen fomentar todos los vicios, así la renuncia de los mismos modera y fomenta todas las virtudes.

Si no eres pobre de corazón y de voluntad, tu pobreza, más bien que virtud, será verdadera miseria.

La pobreza cristiana siempre es rica, nunca teme padecer miseria en este mundo, teniendo el privilegio de poseerlo todo, poseyendo al Señor de todo lo criado.

Nosotros monjes seríamos más miserables que todos los seglares, si nos turbáramos por la pérdida de esas frioleras.

POLÍTICA.

Collegerunt pontifices et pharisaei eum.

Los principes de los sacerdotes y los fariseos juntaron consejo.

(JOAN. XI, v. 47.)

La resurrección de Lázaro fué el milagro más señalado que obró Jesucristo durante su vida mortal, porque debía ser para los judíos la prueba más auténtica de su misión del Salvador, pues constituía un testimonio sin réplica de su santidad y de la verdad de su doctrina. Jesús habla y ordena, y al instante un muerto de cuatro días que exhalaba ya hedor cadavérico, resucita y sale del sepulcro. El pueblo lo presencia: sus mismos enemigos no se atreven á contradecirlo; y muchos de los que han sido testigos del prodigio, creen en Jesucristo. No es por lo tanto extraño que los maestros y caudillos de los judíos se reunieran en consejo, y era tan justo como prudente que examinasen si los milagros, que todos los días obraba Jesús, correspondían á las señales con que los profetas habían dado á conocer al verdadero Mesías en cuyo caso habían de resolverse á seguirle y venerarle. Pero ¿proceden de esta suerte los miembros del Sanedrín? No; se declaran al contrario contra Cristo, precisamente porque hace muchos milagros. Aunque reconocen su divinidad, por cuanto confiesan que hace muchos milagros, en vez de venerarle como á su Mesías, resuelven quitarle la vida. Se ve, pues, que no discurren como teólogos, sino como falsos políticos. El pueblo sigue á Jesús, le venera y aplaude; y como los escribas y fariseos saben muy bien que va decreciendo la reputación de que gozan en proporción al acrecentamiento de la fama del Salvador, por eso se desientan á darle la muerte. ¿Qué hacemos? exclaman: ¿qué descuido, qué obardía, qué estolidez es la nuestra? Este hombre obra ruidosos milagros; luego es preciso quitarle la vida: *Expedit ut moriatur.* No dicen que merece la muerte, sino que les conviene que muera. Sin embargo, procuran encubrir su iniquidad bajo el velo del bien público. Si le dejamos libre, dicen, todos creerán en este hombre, y vendrán los romanos á destruir nuestra ciudad y nuestra gente. Pero ¿qué temor había de ins-

pirar á los romanos el hombre que no tenia casa ni hogar, que brillaba por su modestia y sus virtudes, que habia huido cuando el pueblo trató de proclamarle rey, y enseñaba que debía pagarse el tributo al César? No, no era el bien público lo que guiaba á aquellos falsos políticos, sino que trataban de satisfacer su envidia y encono contra el que les reprendía sus iniquidades, y evitar todo suceso que pudiese turbar los gozes que su posición y su hipocresía les proporcionaban. Era una política falsa la del Sinedrín; política que atrajo sobre Jerusalén y su gente los mismos males que fingian querer ahuyentar. Los romanos hicieron expiar á los judíos su crimen de deicidio, destruyeron á Jerusalén, y como instrumentos de Dios, realizaron las profecías. Esto me proporciona la ocasion de hablarlos de los falsos políticos, y demostraros que cuando, á pretexto de evitar males, se separan de la ley de Dios, atraen sobre sí los males que querian evitar. Pidamos ántes los auxilios de la gracia. A. M.

4. Los falsos políticos acostumbran ocultar sus iniquidades y sus vicios bajo el velo del bien público. En todos tiempos y lugares bastó el ser justos y buenos para acurrirse las iras de los perversos. ¿Cuántos ejemplos de esto no nos ofrece la Sagrada Escritura? Cain persiguió á Abel porque era justo, y por el mismo motivo, los sodomitas persiguieron á Lot, Estú á Jacob, á José sus hermanos, Faraon á Moisés, Saul á David, Jezabel á Elías, y Manasés á Isaias. El sagrado libro de la Sabiduría pone en boca de los malos estas palabras: Conspíremos contra el justo, porque es contrario á nuestras obras, y nos echa en cara los pecados que cometemos contra la ley: *Circumveniamus justum, quoniam contrarius est operibus nostris, et impropriet nobis peccata legis* (Cap. n, 12). Ved ahí el motivo del odio y encono que los escribas y fariseos abrigaban en su corazón contra Jesús. Era el justo por excelencia, y revelables y reprendibles además sus iniquidades; por eso resolvieron quitarle la vida. Si el Salvador hubiese dejado tranquila su conciencia, si no les hubiese reprendido sus vicios, no lo habrían perseguido con tanto encono.

Pero como los falsos políticos procuran siempre ocultar lo que hay de nefando en sus pensamientos, los escribas y fariseos alegaban el pretexto de que convenia sacrificar á Jesús para librar del furor de los romanos al pueblo y la ciudad, si le hubieran reconocido por rey. Quiero haceros notar el doble sentido en que se verificaron estas palabras del Sinedrín, para que os convenzáis de que los proyectos de la política, cuando falta á la religion, salen siempre fallidos. No abriga la política un solo pensamiento contra Dios que no se vuelva ó

realice contra ella propia, y hasta en favor de Dios, sea directa, sea indirectamente. Los judíos, no reconociendo por Mesías á Jesús, protestaron de que lo hacían por alejar de ellos la ruina; pues bien, su ruina fué causada precisamente por haberle crucificado. Los romanos rodearon la ciudad de Jerusalén con un valladar para que ni los de dentro pudieran salir, ni entrar los de fuera, y despues de haberla reducido á la mayor angustia por medio del hambre, de la peste y de otras tribulaciones, fué de tal suerte destruida, que pueda decirse no quedó allí piedra sobre piedra. En vano quiso Tito reservar el templo, que era el asombro del mundo; el fuego devorador lo consumió todo; y aquel majestnoso edificio quedó arrasado hasta sus cimientos. Sus robustas puertas, sus espaciosos patios, todo desapareció sin dejar huella alguna. Noventa y tres mil prisioneros y un millon y cien mil muertos en el tiempo que duró el cerco, fueron los frutos de la victoria de los romanos, ó más bien las víctimas de la cólera del Señor. Adriano acabó de exterminar á los judíos: arrojados de su país y esclavos por todo el universo, no tienen templo, ni altar, ni sacrificio, ni patria. El deicidio atrajo sobre ellos la ruina que trataban de ahuyentar: así se engaña la prevision humana; así cae en sus propios lazos la falsa política. Pero las palabras de los judíos, no solo se verificaron contra ellos al lanzarse contra su ciudad los ejércitos romanos, sino que se cumplieron tambien en otro sentido. Roma cristiana ha absorbido á Jerusalén, y la Iglesia ha absorbido á la Sinagoga. Los romanos se hicieron dueños del mundo, no por la fuerza de las armas, sino por la eficacia de la cruz y la influencia de la fé. ¿Pensaban en esto, ni en lo que ántes he indicado, los judíos que se rennieron en consejo para matar á Jesús, su pretexto de que irían los romanos á destruir la ciudad y al pueblo si como rey lo reconocían? Ved pues como los cálculos de la política salieron fallidos porque eran contra Dios.

Y lo que sucedió á los judíos sucede á todos los falsos políticos. ¿Cuántos ejemplos de esto no nos presenta la historia? Jeroboam, rey de las diez tribus que formaron el reino de Israel, prohibió al pueblo que fuese á Jerusalén á adorar á Dios, por temor de que adhiriéndose al templo y á la ciudad santa, se sometiese otra vez á Roboam, su rey. Introdujo Jeroboam el cisma religioso en las diez tribus, levantando altares en Dan y Bethel, persuadido que el cisma religioso aseguraria el cisma político. Esta determinación pudo parecer prudente á los falsos políticos; pero causó la ruina de toda la familia de Jeroboam. El profeta Ahias habia dicho á la mujer de Jeroboam: «Yo tengo comision de darte una mala nueva. Esto dice el Señor Dios de

Israel: Jeroboam, yo te ensalcé de en medio del pueblo; yo dividí el reino de la casa de David, y te le di á ti; mas tú no has sido como mi siervo David, que guardó mis mandamientos, y me siguió con todo su corazón, haciendo lo que era agradable á mis ojos; sino que has obrado peor que todos cuantos te han precedido, y te forjaste dioses ajenos para provocarme á ira, y á mí me has desechado y vuelto las espaldas. Por tanto, yo voy á llover desastres sobre la casa de Jeroboam, y la destruiré y barreré los rezagos de su familia, como suele barverse la basura, hasta que no quede rastro (III Rec. xiv, 6 et seq.) Baasa cumplió esta profecía: «exterminó toda la familia de Jeroboam; no dejó con vida ni una sola persona de su linaje y le extirpó enteramente (III Rec. xv, 29), y Jeroboam quiso cumplir con la política faltándole á la religión; ¿cómo no habían pues de salir fallidos sus proyectos?

La historia profana nos presenta también innumerables testimonios que confirman esta verdad. Empecemos por el imperio romano. Sus políticos juzgaren qué con persecuciones violentas la Iglesia quedaría vencida y sepultada en sus ruinas. Los cesáres y los magnates, los magistrados y los sábios, se encaonaron con ardiente furia contra los cristianos, y la sangre de los fieles corrió á torrentes; pero al mismo tiempo se multiplicaban los discípulos de Jesucristo, se desmoronaban en todas partes los altares de los ídolos, emudecían los oráculos, y la cruz se engrandecía en todas las naciones. Los falsos políticos del imperio habían creído que podrían ahogar en sangre á la Iglesia, y el imperio fué el que se ahogó en la sangre de los mártires. No hay proyectos contra Dios. Los falsos políticos podrán figurarse que triunfan; pero su triunfo no durará más que un día, y les dará por fin un resultado contrario á lo que se proponían.

Después del tenaz empeño del imperio romano en acabar con la Iglesia, el protestantismo ha sido la conspiración más vasta y también que se ha formado contra ella. Sus adalides halagaron á los príncipes temporales con la perspectiva de un aumento de poder; lisonjearon á otros con el deleite, ofreciéndoles placeres hasta la embriaguez; y sedujeron á los pueblos con la esperanza de que se harían dueños de los bienes de la Iglesia. Todo estaba tan hábilmente combinado, que parecía que no quedaba al catolicismo otro recurso que abandonar la Europa á sus propios extravíos y buscar un refugio en el nuevo mundo. Sin embargo, todo sucedió de un modo muy diverso de lo que esperaban los fautores del protestantismo. Los reyes que, ansiosos de acrecentar su poder, le prestaron su apoyo, labraron para sí ó para sus sucesores la más horrible ruina. Bien pronto los tronos

hambolearon; torrentes de sangre inondaron la tierra; y la anarquía tocó contra el orden social; los reyes fueron proscritos ó inmolados sobre los altares del nuevo culto; y los pueblos que buscaron su libertad haciéndose enemigos de la Iglesia, solo encontraron al fin la esclavitud. En cambio el combate hizo brillar al catolicismo con todo su esplendor, y se acerca ya el momento en que triunfe y adquiera para los pueblos la fuerza de cosa juzgada. Todos sus dogmas han sido atacados, pero todos han sido defendidos y fortalecidos; y existen contestaciones tan irrefutables para todos los argumentos, que es imposible encontrar hoy uno contra la Iglesia que no le haya sido rebatido por las lumbreras más brillantes del saber humano en Europa.

En el siglo pasado apareció un nuevo error, hijo legítimo del protestantismo, y enemigo solapado de la religión. Hablo de ese monstruo que apareció con el bello nombre de filosofía y de razón humana. Se llamó racionalista, y ocultó su fealdad en Francia con un nombre halagüeño. Los falsos políticos que habían resuelto acabar con la religión, se declararon en su favor, y contaron con todos los medios para triunfar. Decían que los tronos sostenían la religión, y los tronos perdieron su prestigio; decían que el sacerdocio sostenía los dogmas porque era rico, y el sacerdocio se vió precisado á pedir limosna; alegaban la fuerza de la costumbre, el ascendiente de la autoridad, las ilusiones de la imaginación, y todo esto desapareció. Las probabilidades de la victoria estaban todas en favor suyo y todo conspiraba contra su rival. ¿Qué más podían desear? Y sin embargo, ¿qué sucedió? Los falsos políticos que apoyaron al filosofismo enjeron cubiertos de ignominia y acompañados de execraciones, y la Iglesia salió de aquella prueba terrible más pura y vigorosa. Lo que parecía no tener otro objeto que la destrucción del entulicismo, tendrá por resultado la ruina de su enemigo el protestantismo.

2. No se forjen vanas ilusiones los falsos políticos. Todos cuantos insten para crucificar á Jesucristo, se crucificarán á sí propios y no procederán nunca contra Dios sin que les llegue la expiación. El orden público solo se sostiene con los eternos principios de moderación y justicia; y como la depositaria de estos principios es la Iglesia, si se persigue la religión, si se desprecian aquellos principios, viene irremediabilmente el desorden, y tras él, el castigo; y la Iglesia sigue siendo la Iglesia, y Cristo siendo Cristo. Cristo y su Iglesia permanecen constantes, inmóviles y fijos; y cuando los falsos políticos piensan que Jesús estaba bien encerrado ya en el sepulcro, al volver los ojos, le vieron resucitado y glorioso. No tendrá nunca la falsa política un pensamiento contra Dios que no se vuelva contra sí misma, y has-

la en favor de Dios. La sabiduría de este mundo, dice el Apóstol, no es más que necedad; porque apartándose de Dios, todos los cálculos salen fallidos. Algunas veces nos parece que Dios deja triunfar á la falsa política, como pareció en un principio que había triunfado el Sane drin; pero esto consiste en que no ha llegado la hora de que se realicen sus eternos designios. Estad seguros, sin embargo, de que cuando llega el momento de llevarlos á efecto, brilla su poder como el sol tras una deshecha tempestad, y la falsa política queda entonces confundida.

No nos separemos pues nunca de la ley de Dios. Llamados al goce de una felicidad que consiste en mirarnos á Dios, verle, y gozarle, nada debemos hacer que pueda ser un obstáculo para alcanzar esta dicha.

Todo camino que conduzca á un abismo es horrible, aunque esté cubierto de flores y ofrezca á uno y otro lado deslumbradoras perspectivas; y á un abismo conduce el camino que nos aconseja seguir la falsa política. Nuestra patria es el cielo; allí pues hemos de tener fijas siempre nuestras miradas. No nos conviene en manera alguna desagradar al soberano Juez que ha de decidir si somos ó no dignos de obtener la eterna felicidad, sino que, por el contrario, lo que nos interesa más que todo, lo que ha de ser constante objeto de nuestros deseos y término de nuestros sacrificios, es, agradarle y tenerle propicio, aunque para ello sea necesario romper abiertamente con el mundo. ¿Qué adelantartamos volviendo las espaldas á Dios por seguir las máximas de una falsa política? Todo lo que ella podría prometernos es mentira é ilusión, y cuando se volvieran contra nosotros nuestros pensamientos contra Dios, no podría ofrecernos alivio alguno.

Haced, Dios mío, que nadie de cuantos me escuchan se aparte de vuestra santa ley; que todos abominen las máximas de la falsa política. Hacednos á todos dóciles á vuestras inspiraciones y agradecidos á vuestros beneficios. Sin vos no somos más que ruinas; pero con vos somos dichosos. Practicando la virtud, ahuyentamos de nosotros los males y procuramos el bien público; pero si con pretexto de evitar males nos separásemos de vuestra santa ley, atraeríamos sobre nosotros los que quisiéramos evitar. Auxiliádnos para hacer siempre lo que nos mandáis, para amaros y adoraros, y de este modo logremos gozaros en la gloria, que á todos deseo.

PORCIÚNCULA, véase INDULGENCIA DE LA PORCIÚNCULA.

POSTRIMERÍAS Ó NOVÍSIMOS, véase MUERTE, JUICIO, INFIERNO y GLORIA.

PONTIFICADO SUPREMO

DE LA IGLESIA.

Super hanc petram edificabo Ecclesiam meam.

Sobre esta piedra edificaré mi Iglesia.

(MATTH. XVI, 18.)

Sencillez y estabilidad son los dos caracteres con que sella Dios sus obras. Ninguna más divina que la constitucion de su Iglesia; ninguna por consiguiente está tan sellada de ambos caracteres. *Edificaré mi Iglesia sobre esta piedra*, tales son las palabras del Salvador. ¿Qué es esta Iglesia, y quién es esta Piedra?

La Iglesia no es otra cosa que la congregacion visible de todos los fieles cristianos, segun los doctores y teólogos, por la cual habiendo tomado nuestra naturaleza humana el Hijo de Dios, lo hizo todo, y lo padeció todo: *pro qua Filius Dei, hominis natura suscepta, euncta et fecit, et pertulit*. La Iglesia, explican otros, es la congregacion de todos los que profesan la fe y doctrina de Cristo, regida en la tierra por el que él ha establecido su Vicario, y Cabeza de toda ella. Así estaba ya profetizada: *Erit in novissimis diebus mons in vertice montium, et fluent ad eum omnes gentes*. Habrá luego un monte cuyas faldas estarán asentadas sobre las cimas de los demás montes, y vendrán á él todas las gentes. ¡Alogoría magnífica!

Y así es que un célebre teólogo moderno define en su catecismo á la Iglesia: La congregacion de todos los fieles y de todos los pastores que están sometidos al romano Pontífice, obediéndole como á vicario de Cristo y cabeza visible de la Iglesia. Los montes son los prelados, que, en virtud de la jerarquía divina, se levantan sobre las llanuras de la tierra, que son los fieles; y el monte colocado sobre la cima de todos los demás montes es el romano Pontífice, al cual acuden de todas partes, subiendo hasta él por medio de los otros montes. *Mons in vertice montium, ad eum omnes gentes*.

¿Quién es esta Piedra, fundamento de la Iglesia toda? *Super hanc petram edificabo*. No podía dejarnos el Maestro divino con

la en favor de Dios. La sabiduría de este mundo, dice el Apóstol, no es más que necedad; porque apartándose de Dios, todos los cálculos salen fallidos. Algunas veces nos parece que Dios deja triunfar á la falsa política, como pareció en un principio que había triunfado el Sane drin; pero esto consiste en que no ha llegado la hora de que se realicen sus eternos designios. Estad seguros, sin embargo, de que cuando llega el momento de llevarlos á efecto, brilla su poder como el sol tras una deshecha tempestad, y la falsa política queda entonces confundida.

No nos separemos pues nunca de la ley de Dios. Llamados al goce de una felicidad que consiste en mirarnos á Dios, verle, y gozarle, nada debemos hacer que pueda ser un obstáculo para alcanzar esta dicha.

Todo camino que conduzca á un abismo es horrible, aunque esté cubierto de flores y ofrezca á uno y otro lado deslumbradoras perspectivas; y á un abismo conduce el camino que nos aconseja seguir la falsa política. Nuestra patria es el cielo; allí pues hemos de tener fijas siempre nuestras miradas. No nos conviene en manera alguna desagradar al soberano Juez que ha de decidir si somos ó no dignos de obtener la eterna felicidad, sino que, por el contrario, lo que nos interesa más que todo, lo que ha de ser constante objeto de nuestros deseos y término de nuestros sacrificios, es, agradarle y tenerle propicio, aunque para ello sea necesario romper abiertamente con el mundo. ¿Qué adelantartamos volviendo las espaldas á Dios por seguir las máximas de una falsa política? Todo lo que ella podría prometernos es mentira é ilusión, y cuando se volvieran contra nosotros nuestros pensamientos contra Dios, no podría ofrecernos alivio alguno.

Haced, Dios mío, que nadie de cuantos me escuchan se aparte de vuestra santa ley; que todos abominen las máximas de la falsa política. Hacednos á todos dóciles á vuestras inspiraciones y agradecidos á vuestros beneficios. Sin vos no somos más que ruinas; pero con vos somos dichosos. Practicando la virtud, ahuyentamos de nosotros los males y procuramos el bien público; pero si con pretexto de evitar males nos separásemos de vuestra santa ley, atraeríamos sobre nosotros los que quisiéramos evitar. Auxiliádnos para hacer siempre lo que nos mandáis, para amaros y adoraros, y de este modo logremos gozaros en la gloria, que á todos deseo.

PORCIÚNCULA, véase INDULGENCIA DE LA PORCIÚNCULA.

POSTRIMERÍAS Ó NOVÍSIMOS, véase MUERTE, JUICIO, INFIERNO y GLORIA.

PONTIFICADO SUPREMO

DE LA IGLESIA.

Super hanc petram edificabo Ecclesiam meam.

Sobre esta piedra edificaré mi Iglesia.

(MATTH. XVI, 18.)

Sencillez y estabilidad son los dos caracteres con que sella Dios sus obras. Ninguna más divina que la constitucion de su Iglesia; ninguna por consiguiente está tan sellada de ambos caracteres. *Edificari mi Iglesia sobre esta piedra*, tales son las palabras del Salvador. ¿Qué es esta Iglesia, y quién es esta *Piedra*?

La Iglesia no es otra cosa que la congregacion visible de todos los fieles cristianos, segun los doctores y teólogos, por la cual habiendo tomado nuestra naturaleza humana el Hijo de Dios, lo hizo todo, y lo padeció todo: *pro qua Filius Dei, hominis natura suscepta, euncta et fecit, et pertulit*. La Iglesia, explican otros, es la congregacion de todos los que profesan la fe y doctrina de Cristo, regida en la tierra por el que él ha establecido su Vicario, y Cabeza de toda ella. Así estaba ya profetizado: *Erit in novissimis diebus mons in vertice montium, et fluent ad eum omnes gentes*. Habrá luego un monte cuyas faldas estarán asentadas sobre las cimas de los demás montes, y vendrán á él todas las gentes. ¡Alogoría magnífica!

Y así es que un célebre teólogo moderno define en su catecismo á la Iglesia: La congregacion de todos los fieles y de todos los pastores que están sometidos al romano Pontífice, obediéndole como á vicario de Cristo y cabeza visible de la Iglesia. Los montes son los prelados, que, en virtud de la jerarquía divina, se levantan sobre las llanuras de la tierra, que son los fieles; y el monte colocado sobre la cima de todos los demás montes es el romano Pontífice, al cual acuden de todas partes, subiendo hasta él por medio de los otros montes. *Mons in vertice montium, ad eum omnes gentes*.

¿Quién es esta *Piedra*, fundamento de la Iglesia toda? *Super hanc petram edificabo*. No podía dejarnos el Maestro divino con

la menor duda acerca de quién había de ser esta *Piedra*. Dirígese en una ocasión solemne á Simeon, hijo de Jonás, uno de sus discípulos. «Hallábase éste con todos los demás en compañía de Jesús en territorio de Cesarea de Filipo, é iban todos de camino. El Bautista había sido degollado algunos meses antes. Su vida asombrosa había hecho creer á muchos que era el Mesías, á pesar de haber confesado públicamente, y muy repetidas veces, que el Mesías era Jesús, del cual él era Precursor; según lo tenían anunciado los Profetas. Todo el pueblo de Judea y de los países del contorno, sabedores de que el Mesías debía llegar por aquel tiempo, estaba conmovido en extremo, dividido en bandos y opiniones sobre si el Mesías era el Bautista, ó si lo era Jesús, cuyos milagros eran más y más numerosos despues de la muerte de Juan.»

En circunstancias tales, pregunta en general á todos sus discípulos: «¿Quién dicen las gentes que es el Hijo del hombre? Entre los discípulos, varios respondieron: algunos dicen que Juan Bautista, otros Elias, otros en fin Jeremías, ó alguno de los profetas que ha resucitado.» Pero vosotros, replicates Jesús, ¿quién decís que soy yo?—Y Simón, hijo de Jonás, tomando la palabra, dijo; Tú eres el Cristo, el Mesías, el Hijo de Dios vivo. «Y Jesús le respondió diciendo: Bienaventurado eres, Simón hijo de Jonás, porque no te ha revelado eso la carne, sangre ni hombre alguno, sino mi Padre que está en los cielos. Y yo te digo que tú eres Pedro, y sobre esta Piedra edificaré mi Iglesia, sin que todo el poder del Infierno pueda prevalecer contra ella. Y á tí te daré las llaves del reino de los cielos, y todo lo que atares sobre la tierra, atado quedará también en los cielos; y todo cuanto desatares sobre la tierra, será desatado en los cielos.» Luego la *Piedra* sobre que había de fundar Cristo su Iglesia es Pedro.

Pero la Iglesia había de durar hasta la consumación de los siglos; porque su misión, no siendo otra que la de recibir en su seno á todos los que compongan y compusieren el humano linaje, para hacerles hijos de Cristo y herederos de su gloria, es claro que tenía que sobrevivir á ésta. Y esta perennidad se muestra evidentemente en aquellas palabras: *Bece ego vobiscum cum omnibus diebus usque ad consumationem seculi*. La Iglesia, pues, no muere, y durará tanto como el mundo; luego, tampoco puede morir la piedra sobre que está fundada. Ahora bien: Pedro, como hombre, tenía que morir, y en efecto murió en Roma: luego los sucesores de su dignidad son esta Piedra firme, perenne, que ha de ir sirviendo de fundamento á la Iglesia hasta la consumación de los siglos. Y así es dogma de fe católica, que el Pontífice romano, como sucesor único y legítimo de las pre-

rogativas de Pedro, es Vicario de Cristo en la tierra, cabeza visible de la Iglesia, su Piedra fundamental visible.

Pero si el romano Pontífice es Piedra fundamental visible de la Iglesia, ¿cómo es que se le compara por el Profeta á un monte colocado sobre la cima de los demás montes, que en sentido alegórico son los Apóstoles y los Obispos sus sucesores? El Profeta no puede ir contra lo que dice Cristo, cuyo Espíritu inspiraba á los profetas. Por consiguiente, la Santa Sede es, por una parte, piedra fundamental visible de la Iglesia, y por otra, un monte sublime colocado sobre la cima de los demás montes: es no solo la base visible y exterior fundamento de la Iglesia, sino su corona, su alteza, su dignidad, el punto culminante, el más visible, el dominante de toda la Iglesia. Y ved, señores, trazado el plan de nuestro discurso: el romano Pontífice, piedra fundamental visible de la Iglesia de Cristo, primera parte: el romano Pontífice, monte sublime colocado sobre las cimas de los demás montes, segunda parte.

Para el acierto, imploremos los auxilios de la divina gracia. A. M.

A. Antes de pasar al fondo del asunto de este nuestro discurso, hay que notar, señores, que en la Iglesia de Cristo hay dos caracteres distintos; uno invisible, místico, puramente espiritual; y el otro visible, social, exterior. Respecto del primero hay un gobierno interno, el gobierno de las almas, consideradas individualmente, y respecto de su santificación. Todo esto es obra del Espíritu Santo y del dominio exclusivo de la gracia. Esta se comunica á las almas por medio de los sacramentos que son conductos ordinarios de la gracia, y por otros medios, ya ordinarios, ya extraordinarios de que se valió el Espíritu Santo para el gobierno interior de las almas. La Iglesia, considerada como sociedad de los espíritus, como sociedad invisible, tiene por piedra fundamental á Cristo solo: *Lapis angularis qui facit utraque unum*.

Bajo de este respecto, los sacramentos obran sus efectos *ex opere operato*, como enseñan los teólogos, y una vez conferidos válidamente, la gracia se comunica directamente, y sin dependencia de las personas de sus ministros. En esta región la Jerarquía eclesiástica consta de tres grados, ministros, presbíteros y Obispos. Los Obispos tienen todos el mismo carácter episcopal, y el carácter episcopal de un simple Obispo auxiliar, ó *in partibus*, es igual, absolutamente igual al del romano Pontífice, Obispo de Roma. El carácter de Orden, como el del Bautismo ó Confirmación, son indelebiles, y ningún poder humano los puede borrar ó aniquilar. Los demás sacramentos, así como éstos, una vez conferidos válidamente y recibidos debidamente, producen

tambien su efecto, sin que ningún poder humano lo pueda anular, ó suponer no avenido. Cuando el Espíritu Santo comunica sus dones á las almas, esta comunicacion no puede invalidarse de modo alguno por ninguna autoridad humana. En una palabra, el gobierno interior de las almas pertenece exclusivamente á Dios.

Ahora bien; este gobierno interior es en la Iglesia como la sávia, como el jugo en los árboles; esto es, su vida, su accion, su interior constitucion, en una palabra, el alma de su cuerpo. No tratamos pues, señores, en este momento de este gobierno divino interior, invisible. Lo que es objeto de nuestro discurso es el gobierno exterior, visible, de la Iglesia considerada como sociedad, como congregacion visible de todos los que profesan la fe y doctrina de Cristo, regida por su Vicario en la tierra. Bajo de este respecto, decimos que el romano Pontífice es la Piedra fundamental visible de la Iglesia de Cristo. *Super hanc Petram edificabo Ecclesiam meam.* Tened bien entendido, señores, que no me limito á decir que el romano Pontífice es el primado de honor y jurisdiccion, que es cabeza visible de la Iglesia, que es el príncipe de los Pastores, el Obispo y pastor universal y una machedumbre de otros títulos que le dan los santos Padres.

Nosotros creemos que la calidad y carácter divino de Piedra fundamental visible de la Iglesia, tiene una significacion mucho más profunda que todo eso; pues que es nuestro intento probar con la mayor evidencia, que así como no puede haber edificio sin fundamentos, tampoco puede haber Iglesia visible de Cristo sin la Piedra fundamental visible instituida por Él mismo. Vamos alegando razones. Y en primer lugar, consideremos la Iglesia como sociedad visible, instituida por Cristo para santificacion de los hombres. ¿Qué es una sociedad visible? No es otra cosa que la reunion de muchos individuos con un mismo objeto. Cada uno de estos individuos por sí solo no puede constituir sociedad; ni aún muchos individuos constituyen sociedad si entre ellos no hay un lazo comun que los haga un *todo*, compuesto de muchas partes. Por consiguiente, lo que constituye sociedad, no es el mayor ó menor número de individuos; al modo que no formará edificio alguno un monton, ó si se quiere una masa tan enorme de piedras como un monte, aglomeradas unas sobre otras sin plan, simetria ni orden alguno. Habrá, si se quiere, un monton de piedras, que tendrá dos ó tres millones de ellas, mas no podrá decirse haya edificio alguno. Empero, para que una aglomeracion de individuos se pueda llamar sociedad, es necesario haya entre ellos un lazo y una trabazon tal, que se correlacionen para for-

mar un todo compacto, único. Este lazo y trabazon no puede realizarse sin el orden; luego el orden es la base, el fundamento de la sociedad.

Este orden supone un fin al cual tienden todas las partes del gran *todo* llamado sociedad, y el orden no tiene otro objeto que hacer que cada una de ellas marche de consuno con las demás al mismo fin. Pero el orden tiene necesidad de ser visible, de ser independiente de cada uno de los miembros, de serles superior, de estar, en una palabra, personificado en una institucion formada ó sacada de la naturaleza misma de los miembros de la sociedad. Esta institucion tiene que ser independiente de cada uno de los miembros, porque ninguno considerado aisladamente puede tener derecho á arrogarse ningun ascendiente sobre los demás. Los miembros de la sociedad pierden, por decirlo así, su personalidad individual en favor del orden social, para que pueda haber sociedad; por manera, que la institucion que personifica el orden es como el punto céntrico donde se reúnen todas las personalidades sociales, donde están representadas todas estas personalidades para hacerlas descender y fluir á todos los miembros ó individuos del cuerpo. De esta manera hay en el gran *todo* un flujo y reflujo de personalidades que es, como la sávia en el árbol, lo que constituye la vida social de cada uno de los miembros, y del gran *todo*. De aquí resulta el orden, que es la base y fuente de la armonía; por manera, que así como los diversos tonos y notas musicales forman el concierto armónico empleados segun el plan ó reglas de la música, los diversos individuos forman el concierto social por medio del orden que los dirige. Es necesario pues, segun esto, que haya una correlacion de identidad final entre los miembros entre sí, entre los miembros y el gran *todo* social. Este gran *todo* social ha de estar como el orden que lo constituye, personificado en una institucion suprema que sea el centro de todas las personalidades sociales, que sea la que dé actividad al flujo y reflujo de estas personalidades, que sea el corazon de vaya á parar ese flujo, y de donde parta el reflujo á todos los individuos del gran *todo*.

Estais viendo, señores, que con solo considerar la Iglesia como sociedad visible, resulta de toda necesidad la existencia de una institucion suprema que, no sólo sea cabeza, sino corazon de la Iglesia; que no sólo sea corazon, sino fundamento visible de la Iglesia considerada como sociedad visible. Esta institucion suprema es el Pontificado romano; y como si no bastara la sola razon para hacer ver lo que necesariamente ha de ser en la Iglesia, su Fundador divino lo enseñó en términos evidentes, inequívocos, diciendo: *Super hanc Petram edificabo Ecclesiam meam.* Pero me diréis, señores, que

si las razones antecedentes son concluyentes respecto de una sociedad humana, no pueden serlo quizás respecto de la Iglesia, cuya constitución es tan distinta. Conviene en que la constitución de la Iglesia es en efecto distinta de la de las demás sociedades; pero distinta, no diversa, ni menos opuesta. La Iglesia es una verdadera sociedad, y sus miembros son hombres, cuya naturaleza no cambia en la Iglesia, sino que se perfecciona y se constituye en su verdadero estado y objeto para que los cría Dios. Es la Iglesia una sociedad, y una sociedad visible; y sus miembros son exclusivamente los hombres descendientes de Adán, que tienen que ser gobernados como tales, aunque con un fin mucho más noble. Y esa misma nobleza del fin hace que la sociedad de la Iglesia visible tiene que ser regida por las leyes de una sociedad perfecta; y que lo que no puede tener lugar frecuentemente en las sociedades humanas, es de rigor en la Iglesia. Y en efecto, la Iglesia es la sociedad más extensa y vasta del mundo, pues que lo abraza todo, del Oriente al Occidente, del Aquilon al Mediodía. Están llamados á ser miembros de la Iglesia el Europeo y el Indio, el Persa y el Chino ó Japonés; el Africano y el Ruso; el Americano del Estrecho de Bering y el del Magallanes; todos los pueblos cultos ó ignorantes, isleños ó continentales, de toda raza, color é idioma; pues que todos, todos nacen de Adán, han sido redimidos por Cristo y son llamados á ser miembros de la Iglesia, bajo pena eterna de condenación. Todos los hombres pasados, presentes y venideros han sido llamados á ser miembros de la Iglesia. Ahora bien; si en algun caso es necesaria la armonía y el orden en su grado perfectísimo en una sociedad, es precisamente cuando su naturaleza misma la hace tan extensa como el mundo, y más durable que el tiempo mismo, pues que la Iglesia le ha de sobrevivir. La universalidad misma de la Iglesia hace que la institución suprema que personifique el orden, la armonía, el vínculo entre todos sus infinitos miembros, esparcidos por todo el mundo, lleve en sí misma en grado perfectísimo todos esos caracteres, que hacen que la Iglesia sea una, un todo uno, compuesto de infinitas partes unidas estrechamente entre sí y con su cabeza; y tal es el romano Pontífice, piedra fundamental de la Iglesia.

Además, y esto es concluyente en sumo grado; la Iglesia es una, la unidad es su carácter más especial. *Ut unum sint, sicut et nos unum sumus.* Y esta unidad no es sólo respecto de la fe y de la caridad, no solo respecto del régimen interior, de la region de lo invisible, sino de la sociedad visible, del régimen exterior de la Iglesia. Para mantener pues en la unidad á una congregación que tiene por límites la del espacio, y por duración la del tiempo, es nece-

saria la unidad en el mando, en la dirección, en el objeto final del orden y armonía. Como no hay sino una Iglesia visible, no puede haber sino un fundamento visible; y nadie hasta ahora ha dado en la extravagancia de asestar un mismo y solo edificio en dos cimientos distintos. Unidad de fábrica, unidad de cimientos; unidad de Iglesia, unidad de piedra fundamental de ella. De aquí es que el argumento más fuerte que se saca para probar la necesidad del primado en la Iglesia, es la necesidad de un centro de unidad, á cuyo centro converjan todos los radios del circulo, así como todos los rayos del sol que iluminan no solo nuestra atmósfera, sino esas infinitas esferas del universo que salen del solo centro solar. El romano Pontífice es este centro de unidad; y como la unidad es el fundamento de todo lazo social, y lo que constituye una verdadera sociedad, es también la piedra fundamental visible de la Iglesia de Cristo.

La naturaleza misma del poder que Jesucristo ha dejado á su Iglesia exige también que la institución suprema que la dirija sea una, sólida, y que sirva de único y sólido fundamento de ella. Desde luego es una jurisdicción para cuyo ejercicio le está, si no prohibida, al menos juzgada como no necesaria la coercición externa, la violencia armada, la espada, en fin, del poder temporal. Todo se hace en la Iglesia por espontaneidad y sumisión voluntaria. *Arma militum nostra non sunt carnalia, sed spiritualia.* La excomunión, la deposición, la suspensión, el entredicho, la negación justa de ciertos sacramentos ó gracias eclesiásticas á los indignos, son en verdad armas terribles y de infinita mayor consecuencia que las multas, confiscaciones, calabozos y cadalsos del poder temporal. Mas á pesar de ello, influyen mucho menos sobre el hombre grosero y material. Por la misma razon de no tener tanta acción coercitiva, respecto del cuerpo, estas armas espirituales de la Iglesia, es necesario que la autoridad ó jurisdicción que las impone sea más una, esté más dotada del carácter de unidad que ninguna otra autoridad temporal. Porque esta unidad es el ascendiente más capaz de subyugar los espíritus libres y amantes que ven en ella un sello divino que sanciona del modo más auténtico su jurisdicción. En las autoridades temporales la fuerza es el sólo ascendiente capaz de sujetar las pasiones groseras del hombre. Ahora bien; la unidad en jurisdicción tan extensa é ilimitada como la de la Iglesia, supone necesariamente un centro hacia el cual todo converja y del cual todo salga; un fundamento único sobre el que esté levantado el edificio; y ese fundamento es la Piedra sobre que Cristo ha fundado su Iglesia: *Et super hanc Petram edificabo Ecclesiam meam.*

La Iglesia es además el templo de las virtudes: entre éstas, las que más expresan el *alma social* son la obediencia, la caridad, el celo. Estas virtudes no pueden ejercerse sin una saludable dependencia de la institución suprema que las da su valor, moderando su ejercicio de tal modo, que no sean actos extraños al cuerpo social, sino que representen al vivo el orden, la armonía y unidad del gran *todo*. Lo mismo decimos de la santidad, otro de los caracteres de la Iglesia que abraza el ejercicio de todas las virtudes. Para que estas virtudes sean realmente virtudes y no actos de amor propio ó de alguna individualidad egoísta, es necesario se practiquen concertadamente y con referencia al cuerpo entero de la Iglesia; al gran *uno*, *et sint unum*. Todo esto no puede verificarse sin que esté fundado sobre un cimiento único, sólido, inalterable; y por esto ha constituido Cristo su Iglesia sobre una sola piedra fundamental, en la cual escriben todas las virtudes para que de ella tomen su valor y criterio.

Concluyamos, en fin, las razones de necesidad y congruencia de ser el romano Pontífice la piedra fundamental visible de la Iglesia de Cristo, con una sociedad de la perfecta correspondencia que ha de mediar entre la Iglesia invisible y la visible, ó mejor, las dos regiones ó órdenes de esta misma Iglesia, invisible la una, y visible la otra. En la invisible se comprende todo el sistema sacramental, y la economía de la gracia; en la visible, la jurisdicción ó gobierno exterior. A la simple luz de la razón se concibe, que la recta y oportuna administración de sacramentos requiere el mayor orden y armonía, la mayor unidad posible en el gobierno de la Iglesia. Y con efecto, sin una justa y estrecha dependencia de los sacerdotes á los preladados, sin una deferencia oportuna y justa de éstos para con aquéllos, sin una justa y estrecha sumisión de éstos con el Pontífice romano, sin una oportuna deferencia respetuosa; aunque de superioridad, de éste para con aquélla, como poder suponerse la recta y oportuna predicación del Evangelio y doctrina católica, la recta y debida celebración del culto, el reparto de las limosnas, el cuidado de los pobres y desvalidos, las misiones evangélicas, el pasto espiritual, la administración de los sacramentos y en especial los de la Penitencia, Comunión, Orden y Matrimonio, que tan grande influencia ejercen sobre todo el cuerpo de la Iglesia?

Sería dilatarnos sobrado el detenernos en hacer ver la imposibilidad de la recta y oportuna administración de cada uno de estos sacramentos y funciones sagradas, sin una trabazón estrechísima entre los miembros de la Iglesia unos con otros, y sin una dependencia absoluta de todos ellos con el romano Pontífice. Basta ochar una ojeada

por todas las iglesias ó comuniones disidentes del catolicismo, y se verá cuánta contradicción se observa en casi todas ellas en puntos gravísimos sobre culto, sacramentos y jurisdicción: se verá además que en el cisma griego, armenio y ruso, aunque el dogma está salvado casi en todas sus partes, hay empero acerca de la jurisdicción y disciplina eclesiástica diferencias tan notables, que muchas de ellas atacan abiertamente muchas verdades fundamentales sobre el régimen divino de la Iglesia. Entre los antiguos herejes, si bien la disciplina exterior de la Iglesia parecía conservar en la mayoría de las sectas aquella santa rigidez primitiva del cristianismo, se veían atacados puntos dogmáticos, y herida de muerte la unidad de la Iglesia.

En las sectas protestantes, los errores acerca de los sacramentos son tantos y de tanta monta, que apenas si queda salvo el solo sacramento del Bautismo. Y los herejes están tan opuestos entre sí en puntos muy capitales, que solo se ve en ellos de común el odio enarrazado contra el catolicismo. ¿Y de dónde procede tamaño desorden? ¿De la sola corrupción de los sectarios? No; esta ha sido, no causa, sino efecto de su violenta separación del romano Pontífice.

La predicación evangélica, el culto, la limosna, la continencia, los sacramentos, la caridad, la obediencia y celo, por no contar todas las demás virtudes, son otras tantas pilares ó columnas que sostienen la divina fábrica de la Iglesia. ¿Y cómo la pudieran sostener sino estuviesen cimentadas sobre el solo fundamento que Dios ha establecido? Toda columna puesta fuera de este fundamento se desploma; y solo pueden sostenerse y mantenerse eternamente en pie las que estén fundadas sobre el fundamento visible que Dios ha establecido, el romano Pontífice, piedra fundamental visible de la Iglesia de Cristo. *Et super hanc petram aedificabo Ecclesiam meam.*

Pasemos al segundo punto, que os hemos prometido, á saber: que el romano Pontífice es el monte sublime colocado sobre las cimas de todos los demás montes.

2. Al hablaros, señores, del Pontífice romano, considerado como la montaña sublime situada sobre los montes mismos de la Iglesia, no hago sino personificar á ésta en aquel; porque, en efecto, tratar del romano Pontífice es tratar de la Iglesia misma en su carácter más visible. Y esto mismo nos enseña el cardenal Belarmino diciéndonos: «Sabeis de qué se trata cuando se habla del romano Pontífice?—Se trata nada ménos que del cristianismo.» (*Bellarmin., de summo Pontif.*) Es pues muy consiguiente apliquemos al Pontífice lo que las sagradas Letras y santos Padres dicen de la Iglesia.

Hemos hecho ver, señores, en nuestra primera parte, que el fun-

damento visible de ésta es el romano Pontífice. Pero en esta fábrica divina, no solo hay fundamentos, sino elevación, majestad, cumbre ó cabeza. Analicemos la sagrada alegoría bajo este punto de vista. ¿Qué es un monte respecto de sus valles, respecto de las llanuras en que descansan sus faldas?—No sólo es una elevación que indica superioridad, es además el depósito de las aguas que han de regar y fertilizar los valles y llanuras; es lo que atrae las nubes del cielo que envían ó dejan despendir de su seno sobre el árida tierra de los campos del llano el rocío que mantiene frescas y lozanas las plantas, puro y saludablemente fresco el ambiente; es lo que hace descender y caer por todo el espacio de los campos el aire que purifica, anima y fortalece todo lo que aspira y respira. Eso mismo hacen los órdenes gerárquicos de la Iglesia. La gracia y los dones del cielo vienen de lo alto á lo fondo, de arriba abajo, de las alturas á las llanuras. Así lo tiene dispuesto la divina Providencia para que todo se haga ordenada y convenientemente.

Como las llanuras, y valles, y honduras, y tierras bajas que representan al pueblo fiel son de una extensión y anchadumbre ilimitada, indefinida, el divino Fundador de la Iglesia, que es al propio tiempo el Criador del mundo, ha dispuesto que en el universo místico y espiritual de la Iglesia todo se haga con cierta semejanza de lo que se vé en la creación del universo material, del mundo físico en que habitamos; esto es, ha dispuesto que hay número considerable de montes y cordilleras, de lomas y montañas, dispuestas todas de trecho en trecho para oportuna provisión de la tierra; y que á semejanza de esto haya en la Iglesia ministros, sacerdotes y obispos con mayor ó menor jurisdicción respectiva, para la conveniente administración y dispensación de gracias, sacramentos, predicación y doctrina entre todos los fieles. Y nótese de paso, que para que los que ejercen el cargo de pastores en la Iglesia de Dios no se engrían, Dios permite y hace frecuentemente más fértiles en virtudes y gracias los valles y llanuras que las montañas, lomas y montes. Esto debe animarnos, considerando que si el Señor nos otorga mayor dignidad que á vosotros, vosotros recibís frecuentemente más mercedes que nosotros, y que al paso que hay valles fertilísimos, no faltan montes estériles. En todo esto no excediémos los secretos de Dios, sino que cada uno se resigue al lugar en que Dios le coloca, seguro de que á ninguno excluye de su magnanimidad y larguezas. Pero el Señor ha querido que en su Iglesia visible los montes ó jerarquías reciban directamente del cielo el poder sacramental inherente al orden; más en el gobierno de la Iglesia quiere que reciban su jurisdicción divinamente insti-

tuida por manos y con dependencia del romano Pontífice; por manera que el supremo Pontificado sea ese monte sublime colocado sobre los demás montes, y del cual ó por medio del cual reciban las aguas del cielo, esto es, su jurisdicción, y señalamiento de territorio, circunstancia necesaria para evitar confusión en una sociedad divinamente instituida para que sea una en muchos miembros, como la esencia de Dios es una en distintas Personas.

Mas lo que constituye la sublimidad de la sagrada alegoría es el imponente espectáculo que presenta una inmensa y majestuosísima montaña, cuyas faldas están asentadas por Dios mismo sobre las cimas de los montes mismos, cubriendo la tierra, cobijándola toda en su seno inmensa, no allanando ni rebajando los montes, sino protegiéndola en su altura con el divino poder que se le ha dado, y no permitiendo que las honrras se levanten, sino que subsistan lujos de las faldas de los montes, y que por las elevaciones de éstos, como por místicas graderías, se vayan levantando en espíritu de caridad y humildad hasta ella, y de ella hasta su divino Fundador, Cristo. Todo esto es sublime, todo divinamente ordenado para mantener integras las prerrogativas de la jerarquía, los deberes y derechos de todos los fieles de Cristo cada uno en su orden. Así es como se presenta hermosa, suave, majestuosa esa ciudad divina colocada sobre el monte, *ciuitas supra montem posita*, esa Jerusalem terrestre en la cual todo va ordenado, en que las alturas fecundizan los llanos y valles, en que éstos llenan de gozo con sus frondosas praderías, abundantes frutos y vistosas flores á los montes místicos que se complacen en ellas, y de la cual sube hasta lo más encumbrado del Olimpo divino el celestial perfume de santidad, alabanza, gozo y deleitosa armonía.

Et fluent ad eam omnes gentes, dice el sagrado Texto; y cómo es posible no acudir todas las gentes á ciudad tan hermosa, tan fragante y compasada? ¿Y cómo pueden dejar de ver en ella esa ciudad fabricada por manos mismas del Altísimo? *Fundavit eam Altissimus*. ¿Y cómo hallándose es este árido, seco, ardoroso y descominado desierto del mundo, *in terra deserta, in via et iniquosa*, no ha de suspirar por subir á esta deliciosa montaña coronada de cedros y plátanos, vestida de esmaltes de flores, y cuyas faldas son verjeles aromáticos y frondosos? ¡Ah, católicos! y cuán á propósito nos dice S. Pablo: *Non accessitis ad trattabilem montem, et accessibilem ignem, et turbinem, et caliginem, et procellam...* No os habeis acercado vosotros á monte sensible ó terrestre, ni á fuego encendido, ni á torbellinos, ni á nubes negras, ni á tempestades, ni

á sonido de trompetas, ó estruendo de voces tan espantosas, que los que las oyeron pifieron por merced á Dios que no se les hablase más sino por medio de Moisés... Llegais vosotros al monte de Sion, á la ciudad de Dios vivo, á la celestial Jerusalem, al coro de muchos millares de ángeles, á la Iglesia de los primogénitos que están alistados en el cielo, á Dios, juez de todos, á los espíritus de los justos perfectos, y á Jesús mediador de la nueva Alianza, cuyo sangre derramada en aspersión divina, habla mejor que la de Abel. *Accessistis ad montem Sion, et civitatem Dei viventis, Jerusalem celestem... Ecclesiam primitivorum... et ad inultatorem Testamenti novi Jerum...* (AN HEIN. XII, 18 y 24). Esta es, católicos, la ciudad fundada sobre los Apóstoles y Profetas, verdaderos montes de Dios, *super fundamentum Apostolorum et Prophetarum*. Esta es la ciudad fundada sobre Pedro, sublime montaña colocada sobre los montes. *Et super hanc Petram edificabo Ecclesiam meam*. A esta montaña más elevada y visible que las demás, vendrían todas las gentes, porque su inmensa elevación, cuya cima se esconde en los cielos, la hace visible á todos, la hace superior á toda, la aproxima más que todo á su Fundador divino; y que si no es por medio de ella, Cristo no recibe á sus fieles.

Creemos haber explicado suficientemente la sagrada alegoría, y hecho ver que el romano Pontificado, no solo es piedra fundamental visible de la Iglesia de Cristo, sino que es esa montaña sublime colocada sobre los montes mismos de la Iglesia. En confirmación de cuanto llevamos expuesto sobre el Pontificado supremo, ya sea considerado como piedra fundamental de la Iglesia, ya como sublime montaña fundada sobre los montes mismos de la Iglesia, stanos permitido alegar por conclusión algunos testimonios de los santos Padres y de la tradición universal acerca de nuestro grave asunto.

Gran consuelo es para el predicador evangélico hallarse embarazado en la elección de testimonios irrecusables á favor del asunto de que trata. Por mi parte os confieso que mi embarazo es tanto mayor, cuanto que no hay santo Padre ni hecho alguno trascendental en la historia de la Iglesia que no contenga un testimonio auténtico en favor del primado universal de honor y de jurisdicción del romano Pontífice en la Iglesia.

Ved, entre infinitos, algunos títulos con que los santos Padres llaman y caracterizan al sumo Pontífice.

«El romano Pontífice es el obispo elevado á la cumbre del apostolado.» San Cipriano. «El Padre de los padres.» (Concilio de Calcedonia. Ses. II).

«El soberano Pontífice de los obispos.» (El mismo Concilio.) «El Vicario de Jesucristo, el Confirmador de los cristianos.» (Epístola del concilio de Cartago.) «El Pastor de todos los pastores.» San Jerónimo. (IX PLEFAT. EVANG. AD DAM.) «El Pontífice llamado á la plenitud del poder.» (Epístola del concilio Calcedonense á Teodoro.) «La boca misma de Jesucristo.» (San Juan Crisóstomo. HOM. II. S. OUVENS.) «Todo cuanto se ha dado á los obispos por Jesucristo ha sido dado por medio de Pedro, dice S. Leon; para que de él como primer y cabeza de los Apóstoles se derramaran los dones por todo el universo.»

Si de los tan irrefragables é inequívocos testimonios de que tan abundante se muestra la tradición veneranda de la Iglesia, pasamos á los hechos históricos, veremos que, desde S. Pedro, hasta su presente sucesor el papa Pío IX, la cátedra apostólica de Roma ha sido el tribunal definitivo y sin apelación á donde han acudido no solo los simples fieles y sacerdotes, sino los obispos ya aisladamente, ya reunidos en concilios.

Desde luego, como nota S. Juan Crisóstomo: «El Pontífice de Roma es el heredero de la dignidad de Pedro, á quien Pablo mismo honró de un modo particular durante su vida. *Yo he venido*, dice el Apóstol de las gentes, *á visitar á Pedro*. Fue Pablo á Jerusalem de propósito para ver á Pedro, no á Santiago, á pesar de ser tan glorioso apóstol, y obispo de esta ciudad. Y aunque este discípulo ilustre del Salvador residiese en ella, no es á él á quien se propone ir á ver Pablo: Pablo tenía que ver á Pedro, como tiene que ir á verse una cosa maravillosa y que ha de ser buscada; y fué á verlo durante quince dias. *Mansi apud eum diebus quindecim*, para conocerlo más y más á fondo como mayor y más anciano que él: no seguramente para ser enseñado, pues que Cristo mismo le enebaba por expresa revelación, sino para dar ejemplo á los siglos futuros, y á fin de que quedase para siempre sentado que, sea quien quiera, aun cuando fuera un S. Pablo, es menester ver á Pedro. (JOANN. CHRYS. IN EPIST. AD GAL. CAP. 1.)»

El ejemplo de Pablo, el de los demás Apóstoles que se reúnen en Jerusalem bajo la presidencia de Pedro, ha sido constantemente seguido en la Iglesia. Ningun concilio general se ha celebrado nunca sin la anterioridad expresa y aprobación expresa del romano Pontífice; ningun concilio nacional ni provincial se ha celebrado sin tácito consentimiento del Romano Pontífice; y ningun canon ha tenido nunca fuerza de ley eclesiástica sin confirmación del Pontífice supremo.

Cuando han acontecido altercados ó graves dudas en puntos dog-

máticos ó de disciplina, tales como la de la celebracion de la Pascua, la rebautizacion de los bautizados por los herejes, la condenacion de Ario, de Manes, de Donato, de Prisciliano, de Eutiques, de Nestorio, de los Monotelitas, de Focio, de todos los herejes hasta los Protestantes, los Jansenistas, los Pistoyanos, y en nuestros dias Lamennais y los errores revolucionarios en materia de Religion, la cátedra de Pedro, el Pontífice romano ha sido siempre el juez nato que ha dirimido las controversias. *Roma loquuta est, causa finita est. ¿Habla Roma?—Se acabó!*

Tal es la divisa católica; y eso mismo hemos visto en la decision dogmática del misterio de la Inmaculada Concepcion de Maria, por Su Santidad reinante, Pio IX. En todo se ve, señores, el exacto cumplimiento de la profecía de Isaias: *Et erit mors in vertice montium, et fluent ad eum omnes gentes.* Todos miramos á esta montaña santa; todos acudimos á nuestro Padre; todos tendemos á él nuestros brazos en nuestras necesidades, á él abrimos nuestro corazón, hacia él dirigimos nuestros suspiros, á él clamamos nuestras almas. En él se fundan nuestras esperanzas, en él ponemos nuestra confianza, cuando en los puntos lejanos del horizonte divisamos negras nubes que amenazan tormenta. Y en medio de las borrascas de esta vida, miramos á él como nuestro norte, ¡Padre santo! Padre santo! exclamamos; y seguros de que en el momento mismo recibimos su bendición sagrada, la tempestad se calma, los enemigos huyen, nuestra alma queda en paz y nuestro corazón en inefable bonanza. ¡Dendito sea el Padre de nuestro Señor Jesucristo que nos ha deparado un consuelo superior á todo consuelo, y que nos asegura un refugio tan seguro en tiempo de nuestra tribulación!

¡Oh santa Iglesia Romana! mientras conserváremos nosotros la palabra, la usaremos para alabarte; y mientras latiere en nuestro seno un corazón, será para amarte. Tú serás el principio de nuestros regocijos, el cántico de nuestras alabanzas, el asunto de nuestras glorias, el objeto privilegiado de nuestro amor. Fáltenos ántes la respiracion, y péguese primero nuestra lengua al paladar, si no fuéremos hasta el último aliento tus fieles y amantes hijos.

¡Oh Padre santo! á ti llamamos desde lejanas tierras, porque las distancias del espacio no pueden escondernos la montaña sublime en que fundó el Altísimo tu paternal trono. A ti llamamos, hijos sedientos de la bendicion de su Padre; y tú nos la puedes enviar desde esta tu augusta cumbre: eres Padre, y no puedes olvidar á tus hijos; eres Pastor supremo, y todos somos ovejas de tu redil. Bendicenos, Padre santo, y acógenos en tu paternal seno, para presentarnos ante el

acatamiento del omnipotente Señor, que tan grande te ha hecho para gloria suya y dicha nuestra.

PREDESTINACION.

L.

*Oves mee meam audient.
Mis ovejas oyes mi voz.*

(JOAN. 10, 27.)

El célebre Alejandro, considerando un dia la gran prosperidad de su imperio; viendo unida á sus dominios la corona de Persia, vencido el rey Darío, extendidas sus conquistas hasta los remotos confines de la India, sojuzgado el mar, muda la tierra ante la grandeza de sus hazañas; en una palabra, viendo colocado su trono en lo más eminente de la rueda de la fortuna, súbitamente, acometido de una triste melancolía, exclamó: ¡Ah! ¡quién me diera un clavo! *Suspiro clavum.* ¿Para qué queréis ese clavo, señor? le preguntó uno de sus cortesanos. Y respondió el afligido Alejandro: Para clavar la voluble rueda de mi fortuna. Sé que es traidora é inconstante; que se complace en ensalzar y humillar sucesivamente á los monarcas, y por lo tanto, temo mucho que á la hora méenos pensada borraré la aureola de mi gloria y me precipite hasta una profundidad igual á la altura á que hoy me veo elevado. Ahora pues, ¿quién de vosotros, oyentes míos, al pensar en la rueda de su futura eternidad, no exclamará, como el contristado Macedonio, *suspiro clavum?* ¿Quién, al considerar los inexcrutables decretos de su predestinacion, no deseará un clavo con que sujetar en su inerte movimiento la fortuna de un reino eterno? Esta terrible reflexion avanzó hondos suspiros y amargas lágrimas á hombres tales como S. Bernardo, S. Gregorio y S. Juan Crisóstomo; juzgad, pues, oyentes míos, con cuánta más razon debe llenar de pavor á otros corazones menos santos. Sin embargo, no debéis desalentaros por esto, toda vez que, por la misericordia divina, tenemos dos poderosos medios bastantes por sí solos para

máticos ó de disciplina, tales como la de la celebracion de la Pascua, la rebautizacion de los bautizados por los herejes, la condenacion de Ario, de Manes, de Donato, de Prisciliano, de Eutiques, de Nestorio, de los Monotelitas, de Focio, de todos los herejes hasta los Protestantes, los Jansenistas, los Pistoyanos, y en nuestros dias Lamennais y los errores revolucionarios en materia de Religion, la cátedra de Pedro, el Pontífice romano ha sido siempre el juez nato que ha dirimido las controversias. *Roma loquuta est, causa finita est. ¿Habla Roma?—Se acaba!*

Tal es la divisa católica; y eso mismo hemos visto en la decision dogmática del misterio de la Inmaculada Concepcion de Maria, por Su Santidad reinante, Pio IX. En todo se ve, señores, el exacto cumplimiento de la profecía de Isaias: *Et erit mox in vertice montium, et fluent ad eum omnes gentes.* Todos miramos á esta montaña santa; todos acudimos á nuestro Padre; todos tendemos á él nuestros brazos en nuestras necesidades, á él abrimos nuestro corazón, hacia él dirigimos nuestros suspiros, á él clamamos nuestras almas. En él se fundan nuestras esperanzas, en él ponemos nuestra confianza, cuando en los puntos lejanos del horizonte divisamos negras nubes que amenazan tormenta. Y en medio de las borrascas de esta vida, miramos á él como nuestro norte, ¡Padre santo! Padre santo! exclamamos; y seguros de que en el momento mismo recibimos su bendición sagrada, la tempestad se calma, los enemigos huyen, nuestra alma queda en paz y nuestro corazón en inefable bonanza. ¡Dendito sea el Padre de nuestro Señor Jesucristo que nos ha deparado un consuelo superior á todo consuelo, y que nos asegura un refugio tan seguro en tiempo de nuestra tribulación!

¡Oh santa Iglesia Romana! mientras conserváremos nosotros la palabra, la usaremos para alabarte; y mientras latiere en nuestro seno un corazón, será para amarte. Tú serás el principio de nuestros regocijos, el cántico de nuestras alabanzas, el asunto de nuestras glorias, el objeto privilegiado de nuestro amor. Fáltenos ántes la respiracion, y péguese primero nuestra lengua al paladar, si no fuéremos hasta el último aliento tus fieles y amantes hijos.

¡Oh Padre santo! á ti llamamos desde lejanas tierras, porque las distancias del espacio no pueden escondernos la montaña sublime en que fundó el Altísimo tu paternal trono. A ti llamamos, hijos sedientos de la bendicion de su Padre; y tú nos la puedes enviar desde esta tu augusta cumbre: eres Padre, y no puedes olvidar á tus hijos; eres Pastor supremo, y todos somos ovejas de tu redil. Bendicenos, Padre santo, y acógenos en tu paternal seno, para presentarnos ante el

acatamiento del omnipotente Señor, que tan grande te ha hecho para gloria suya y dicha nuestra.

PREDESTINACION.

I.

*Oves mee meam audient.
Mis ovejas oyes mi voz.*

(JOAN. x. 27.)

El célebre Alejandro, considerando un dia la gran prosperidad de su imperio; viendo unida á sus dominios la corona de Persia, vencido el rey Darío, extendidas sus conquistas hasta los remotos confines de la India, sojuzgado el mar, muda la tierra ante la grandeza de sus hazañas; en una palabra, viendo colocado su trono en lo más eminente de la rueda de la fortuna, súbitamente, acometido de una triste melancolía, exclamó: ¡Ah! ¡quién me diera un clavo! *Suspiro clavum.* ¿Para qué queréis ese clavo, señor? le preguntó uno de sus cortesanos. Y respondió el afligido Alejandro: Para clavar la voluble rueda de mi fortuna. Sé que es traidora é inconstante; que se complace en ensalzar y humillar sucesivamente á los monarcas, y por lo tanto, temo mucho que á la hora méenos pensada borraré la aureola de mi gloria y me precipite hasta una profundidad igual á la altura á que hoy me veo elevado. Ahora pues, ¿quién de vosotros, oyentes míos, al pensar en la rueda de su futura eternidad, no exclamará, como el contristado Macedonio, *suspiro clavum?* ¿Quién, al considerar los inexcrutables decretos de su predestinacion, no deseará un clavo con que sujetar en su inerte movimiento la fortuna de un reino eterno? Esta terrible reflexion avanzó hondos suspiros y amargas lágrimas á hombres tales como S. Bernardo, S. Gregorio y S. Juan Crisóstomo; juzgad, pues, oyentes míos, con cuánta más razon debe llenar de pavor á otros corazones menos santos. Sin embargo, no debéis desalentaros por esto, toda vez que, por la misericordia divina, tenemos dos poderosos medios bastantes por sí solos para

fortalecer nuestras esperanzas, desvanecer nuestras dudas y calmar nuestros temores. Estos dos medios son: la bondad de Dios y la libertad del hombre. Ambas hacen depender de nuestra elección el ser ó no predestinados, el pertenecer ó no al número de las ovejas escogidas de que nos habla el Evangelio. Una y otra serán objeto del presente discurso. Pidámos antes los auxilios de la gracia. A. M.

1. La predestinacion, hermanos míos, segun la famosa definicion de S. Agustín, adoptada por todos los teólogos, es *una presciencia y una preparacion eficaces de los beneficios de Dios, por cuyo medio han de salvarse ciertamente los que se salvarán*. De consiguiente no sé como podemos temer por nuestra salvacion, toda vez que esta depende de Dios mismo, que nos predestina. ¿No es nuestro Dios sumamente bueno y sumamente misericordioso? ¿Como, pues, ha de querer nuestra condenacion? ¿Qué motivos tenemos para desconfiar de él? ¿Nos ha hecho algun agravio? ¿Nos ha causado algun daño? ¿No nos ha colmado, por el contrario, de gracias y beneficios? Es nuestro Criador; y un artífice, por insensible que sea, no puede ménos de sentir la destruccion de su obra preflucta: es nuestro Padre, y no hay padre tan inhumano que no deplore la pérdida de un hijo. ¿Y es posible que Dios quiera la perdicion de un alma, noble obra de sus manos, hija de su gracia, redimida con los dolores y angustias de una acerbísima cruz? ¡Ah! con solo pensarlo se hace un inmenso agravio á su amor. Esto equivaldría á decir, que el Padre celestial es ménos pródigo y amoroso que cualquier padre terreno.

Y á la verdad, oyentes carísimos, ¿podríamos temer por nuestra predestinacion si esta dependiese totalmente de nosotros? Ciertamente que no, porque siendo innato en el hombre el amor de sí mismo, no podría dejar de amar su mayor bien, que es su salvacion eterna. Esto supuesto, no dualo en afirmar que debemos estar más seguros de nuestra salvacion, dependiendo, como depende, de Dios, que si dependiera de nosotros mismos. La razon es porque Dios nos ama muchísimo más que nosotros mismos; pues al paso que nosotros por nuestra salvacion no sabemos resolvernos á practicar un ayuno, una mortificacion, una saludable penitencia, Dios ha dado su sangre y su vida por salvarnos. Luego es cierto que nos ama más que nosotros mismos. Aún hay más: supongamos que Dios, antes de darnos el ser, hubiese puesto á nuestra elección los bienes á que podríamos aspirar; ¿quién se hubiera atrevido á decirle: quiero por herencia un paraíso, por reparadora de mis iniquidades la sangre de un Dios cru-

cificado, por alimento de mi espíritu la carne de este mismo Dios sacramentado? ¿Quién, repito, se hubiera atrevido á pedir tanto? Nadie en verdad, y sin embargo, todo esto nos lo ha dado Dios sin habersele siquiera pedido: luego Dios nos ama más que nosotros mismos: luego nuestra suerte está más asegurada en sus brazos que en las nuestras propias: luego, si no tendríamos que temer por nuestra predestinacion, dado caso que dependiese enteramente de nosotros, mucho ménos debemos temer por ella ahora que depende de Dios.

Por otra parte; cómo podemos dudar que Dios quiera la salvacion de los hombres, sabiendo que murió por todos ellos en un patíbulo, y que nos ha dado á todos tantos medios poderosos de alcanzar una feliz inmortalidad, tales como los sacramentos, las oraciones, los ritos de la Iglesia, los ejercicios piadosos y otros muchos que seria difícil enumerar? ¿Quién puede quejarse de no haber recibido de Dios las luces, inspiraciones y gracias necesarias para vivir, no solo como cristiano, sino también como santo? Si alguno se encuentra en este caso, dígalo, desmientame, y no le replicaré. Reconozcarnos, oyentes míos, nuestra miseria, cerremos los oídos á la voz engañosa de las pasiones; y si algun temor nos asalta al pensar en la predestinacion, veremos que la causa de este temor está en nosotros mismos y no en Dios, que es fuente inagotable de bondad y amor. Dios ha abierto en el paraíso, no una, sino doce puertas, que miran á todos lados para que puedan entrar más facilmente por ellas todos los pueblos y las gentes todas de cualquiera edad, sexo y condicion que sean. Además, así como ha puesto en el firmamento varias elises de estrellas, unas mayores, otras menores, unas más brillantes, otras más opacas; así tambien ha preparado en el cielo diversos órdenes de asientos, para que los que no puedan brillar en él con las regias virtudes de los Fernandos y Loises, brillen á lo ménos con los méritos de la santidad militar, como los Martinis y Guillelmos, ó con la gloria de la santidad cristiana, como los Tomasés y Buenaventuras, ó á manera de pequeñas estrellas, como todos los demás justos. De lo dicho se infiere que no debemos desconfiar de nuestra predestinacion, toda vez que podemos contar con los auxilios de un Dios todopoderoso que nos ama con predileccion. Este buen Dios nos tiene desde el cielo la mano para salvarnos; aferrémonos á su amorosa diestra, aprovechémos de sus divinas gracias, y nada temamos.

Por lo demás, oyentes míos, no hallo palabras bastantes para condenar la conducta de muchos cristianos pusilánimes y perezosos que á todas horas exclaman: ¡Ay de mí! ¿qual será mi suerte en la otra vida? ¿pertenece al número de los escogidos ó al de los réprobos?

Y entre tanto nada hacen para ser predestinados; no corrigen un vicio, no practican una virtud, ni se imponen la menor mortificación para alcanzar la vida eterna. Temed ménos, diré á esos tales, temed ménos, y obrad más; esto es lo que importa. Esto es lo que importa, repito, tanto más, cuanto que Dios, para que podamos ganar meritoriamente la vida eterna, nos ha dado una libertad plenísima de bien ó mal obrar. ¡Oh! qué gran consuelo, qué esperanza tan grande adquiere el hombre piadoso, cuando dice: Yo, si quiero, puedo salvarme, pues nada me obliga á condenarme. Dios ha puesto á nuestra libre elección el bien ó el mal, la vida ó la muerte, la salvación ó la condenación eternas. Tal es, hermanos míos, nuestra condicion. Dos caminos se presentan en frente de nosotros: el de la virtud, que conduce á la santificación, y el del vicio, á cuyo extremo hallan cuantos le siguen una segura ruina. En nuestra mano está el escoger cualquiera de ambos. En los dias festivos, por ejemplo, tenemos dos modos de ocupar el tiempo; dedicándolo á obras y ejercicios piadosos, ó á las diversiones y devaneos mundanos. Libres somos de hacer lo uno ó lo otro. Podríamos, por medio de una confesion general, por la restitucion de unos bienes mal adquiridos, por el mejoramiento de nuestras costumbres; estar siempre preparados para la hora de la muerte; y podemos tambien hacer todo lo contrario, podemos continuar viviendo en el pecado, con riesgo inminente de condenarnos, si por desgracia llegamos á morir de muerte repentina. ¿Quién nos impide la elección de uno de estos dos medios? Nadie, en verdad. De aquí es, que la presciencia que Dios tiene de la suerte futura de los hombres es diversa, segun la diversidad de las obras de los hombres mismos: pues el entendimiento de Dios es un purísimo espejo en que se pintan los objetos tales como se le ponen delante. Obrad bien, y vuestra alma se presentará en la mente divina con todos los caracteres de la predestinacion: obrad mal, y esa misma alma se presentará á los ojos de Dios como un abortido del infierno. De consiguiente, no debemos abrigar temor alguno con respecto á la divina predestinacion, y mucho ménos debemos acusar á la Providencia divina; porque así como no puede atribuirse al espejo la fealdad de los objetos deformes que en él se reflejan, sino á los mismos objetos reflejados; así tampoco puede atribuirse á Dios la reprobacion de los pecados, sino á los hombres mismos, que obran como réprobos.

2. Luego, me diréis, ¿podrá un criminal y obstinado pecador, un usurero, un lujurioso, por ejemplo, hacer de manera que llegue á ser predestinado? Si, hermanos míos, sin duda alguna. Obre bien, coopere á la gracia de Dios, y se salvará. Por duro y frio que sea su

corazon, hiéralo con los golpes de una fervorosa contricion, y le hará despedir llamas de caridad. Póstrese á los pies de un confesor, arripiéndose verdaderamente de sus pecados, obedezca á las inspiraciones del cielo y á los impulsos del Espíritu Santo, y será contado en el numero de los escogidos. Mas en esto precisamente consiste la dificultad, me dirá alguno de vosotros, en corresponder á las inspiraciones divinas. De buena gana cooperará yo á los auxilios de Dios, si me concediese alguna de aquellas gracias eficaces que ha otorgado á los santos y á otros justos. Atrevidos censores de la divinidad, vosotros no podéis negar que habeis recibido de Dios la gracia necesaria para salvaros; decís que esta gracia, en vez de seros eficaz, comó á los santos, es inútil ó infructuosa. Convento en ello; pero, ¿quién tiene la culpa de esto? ¿acaso Dios? no ciertamente. Toda la culpa es vuestra, porque abusando de los medios saludables que Dios os ha dispensado, los convertís en vuestro mayor demérito. Muchos y muchos otros se han hecho santos con medios mucho ménos que los que vosotros habeis recibido del cielo. ¿Quién tiene, pues, la culpa, repito, de que no seais santos, ni justos? ¿Dios, que no os auxilia, ó vosotros mismos, que con vuestra mala correspondencia haceis inútiles ó inútiles las divinas gracias? ¿Cómo podéis quejarnos de la Providencia? ¡Ah! ¡con cuánta razon podría hoy el Salvador increpar á muchas ciudades cristianas, como en otro tiempo increpó á otras ciudades ingratas á sus beneficios! ¿Con cuánta razon pudiera decirles: Cuántos otros pueblos se hubieran enmendado, cuántas ciudades gentiles se hubieran convertido, si tambien tenido tantos medios de santificación, es decir, tantos predicadores, tantos confesores, tantos sacramentos, tantos milagros, como tenemos nosotros, á Dios gracias, en nuestras grandes poblaciones! ¿Quisierais tal vez que Dios os llevase al paraíso milagrosamente y como por fuerza? ¿Quisierais que os levantase al cielo cogiendovos por los cabellos, como lo hizo el ángel con Habaque? Esto es imposible. Dios quiere darnos la gloria eterna como merced y como premio; por eso nos deja en libertad de aprovecharnos ó no de su amorosa bondad. No quiere hacerlo todo en la grande obra de nuestra salvacion; quiere que nosotros hagamos tambien algo por nuestra parte. Presiad gustosos vuestra cooperacion á la voluntad de Dios; sed justos, piadosos, caritativos y devotos, y podreis desechar todo temor con respecto á vuestra salvacion. Porque ésta depende de la voluntad de Dios y de la del hombre; y ni de la una ni de la otra tenemos nada que temer. No tenemos que temer de la divina voluntad, porque siendo Dios bondad infinita, siendo nuestro Padre, un Padre que nos ama ternísimamente

y más que nosotros mismos; el Padre que tiene abiertas para todos las puertas del paraíso, y nos dá á todos los medios necesarios para entrar en él, no solo puede, sino que desea y quiere salvarnos. Tampoco tenemos que temer de la voluntad del hombre, porque siendo éste libre, sin que le imponga necesidad alguna la presciencia de Dios, y estando en su mano el que la divina gracia sea eficaz para consigo mismo, nada le falta para poder llevar libremente á cabo la obra de su salvacion. De lo dicho se infiere, por una consecuencia indeclinable, que tenemos un medio sencillísimo é inflexible para no temer por nuestra predestinacion: este medio consiste en *obrar bien*.

Es propension muy antigua de la humana curiosidad la de olvidar lo presente por indagar lo venidero, y la de desatender lo que es esencial é intesoico á la humana naturaleza, por atender á lo que le ha de venir de fuera. Empero, la curiosidad de los hombres nunca es tan justa como cuando tratan de presagiar lo que se refiere á la futura eternidad. A este importantísimo asunto se han dedicado con grande ahinco muchos doctores de la Iglesia, los cuales han hallado diversos y seguros indicios para conocer si un hombre es ó no predestinado, tales como la devocion de María, la frecuentacion de los sacramentos, la paciencia en los trabajos, la aficion á oír la palabra de Dios, y otras semejantes. Pero, en cuanto á mí, ninguno me ha parecido tan excelente como el que nos revela el grande Agustín con estas sencillas palabras: ¿Quieres ser del número de los predestinados? sé del número de los pocos. ¿Quiénes son en este mundo los pocos? Cierta dia presentóse un hombre al divino Maestro y le preguntó: Señor, ¿es verdad que son pocos los que se salvan? Y entonces, el Señor, volviéndose con semblante severo á los circunstantes: Mirad lo que haceis, que la puerta del paraíso es muy angosta, y por esto no pueden entrar por ella los muchos, sino los pocos. Ahora, pues, según las palabras de Jesucristo, ¿quiénes son los pocos? los que van por el camino estrecho, por la puerta angosta. ¿Y los muchos? los que andan por el camino ancho y espacioso.

El invicto Gedeon hallábase junto á la fuente de Harad con diez mil soldados para dar batalla á los Madianitas, cuando se le apareció el Señor, y le dijo: Gedeon, las tropas que llevas bajo tus banderas son más numerosas de lo que conviene para la gloria de tus armas. Quiero que peles con pocos, para que la victoria que alcances sobre los Madianitas se atribuya toda, como es justo, al poder de mi brazo divino. Lleva todo tu ejército á beber al río, y allí verás cuáles son los soldados que yo elijo. Verás que los unos para beber se echarán

al suelo, mientras que los otros, doblando la rodilla sobre la arena, se llevarán el agua á la boca con la mano. Despide á todos aquéllos, y quedate con éstos, los cuales te bastarán para derrotar á los Madianitas. Cumplió Gedeon puntualmente cuanto el Señor le ordenaba, y vió que los que bebían con la mano, es decir los escogidos de Dios, no eran más que trescientos: *Fuit autem multitudo eorum, qui manu ad os projiciente lambuerant aquas, trecente viri* (Jen. vi, 6); y que todos los demás se echaban al suelo para beber: *omnis autem reliqua multitudo flevit poplite, biberant*. Páreceme, oyentes míos, que cuantos viven en la tierra son otros tantos hombres sedientos que acuden al río de los placeres transitorios; con la diferencia, sin embargo, de que los unos, que son los más, se tienden para beber de ellos hasta más no poder, sean licitos ó ilícitos; al paso que los otros, que son poquitos, beben únicamente de los licitos, y lo que hasta tan solo para apagar la sed con un moderado refrigerio. Ahora bien, ¿queréis pertenecer al número de los escogidos de Dios? ¿Queréis ser predestinados? Sed de los pocos: Amen.

PREDESTINACION.

II.

Quis mecum non peribit in eternum, et non rapit eum quisquam de manu mea, Mis ovejas no se perderán jamás, y ninguno las arrebatara de mis manos.

(JOHN. 1, 27.)

Ved aquí, hermanos míos, en estas profundas palabras del Salvador, encerrado el arcano impenetrable de la predestinacion de los santos y la sentencia infalible dada por el juez de la verdad á favor de los escogidos, que son las ovejas dichasas que propiamente pertenecen al rebaño de este soberano pastor. No es posible que perezan porque están escritas en el libro de la vida, y no pueden borrarse sus nombres, pues que están grabados con caracteres de bronce, con pluma de hierro y punzon de diamante. Dichosos aquellos á quienes

cupo la suerte venturosa de ser elegidos para la herencia de los cielos! Ellos conseguirán infaliblemente su afortunado destino y se sentarán algún día en la mesa de Dios como hijos de adopción y herederos de sus promesas. Nadie podrá estorbarlos la consecución de su felicidad, porque el Señor que conoce á los suyos vela sobre su custodia, y su voluntad soberana á que nada se resiste, ha determinado salvarlos por un firme e invariable propósito que no admite alteración ni mudanza. Esta constante y resuelta voluntad de Dios, de que fonde la eterna salud de los elegidos, si es motivo de acción de gracias en los bienaventurados que ya habitan en la patria, es al mismo tiempo causa de zozobra y de congoja en los viadores que aún no han llegado á la seguridad del puerto; porque inmediatamente nace de esta doctrina aquella duda inapeable que tanto conturba á todos: ¿si será del número de los felices que Dios escogió para sí, ó de los desdichados que excluyó de su reino? ¿Si en sus decretos altísimos me habrá mirado como vaso de honor ó me baldrá despreciado como vaso de contumelia? ¿Si perteneceré á las ovejas de la derecha ó á los cabritos de la izquierda? ¿Si seré trigo, escogido para el cielo ó paja futil que se ha de arrojarse á las llamas? ¿Si seré predestinado ó seré eternamente réprobo? Porque esto es cierto que nadie entrará en las bodas del Cordero sino aquel á quien llamó el padre de familias, y si éste no le ha llamado, no tendrá asiento en la mesa de los ángeles.

No paran aquí los discursos del entendimiento humano, sino que pasando á sondear este piélagó inmenso y este obscuro abismo de la predestinacion eterna, y viendo que la voluntad de Dios ni puede mudar sus resoluciones, ni menos frustrarse en sus designios, se forma un argumento al parecer ineluctable, pero que conduce á lastimosas consecuencias. Si Dios me ha predestinado, infaliblemente me salvaré, de cualquier modo que viva; y si no me predestinó, jamás me podré salvar, aunque haga cuanto pueda, porque en su poderosa mano está la suerte de mi destino. Esta razon tan decantada de los enemigos de la fé y que no deja de inquietar á los mismos fieles, es la única dificultad que ocurre en este profundo misterio y que mil veces ha turbado el sosiego de muchas almas. Yo emprendo con gusto tratar esta materia delicada para consolar á los tímidos y alentar las esperanzas de todos. Para esto establezco dos proposiciones que harán la division del discurso. La primera, es que Dios quiere que todos se salven, y por consiguiente el que se condena, por su culpa se condena; la segunda, que para salvarse nada más se necesita que el cumplimiento de la ley, y por consiguiente el que cumple la

ley, infaliblemente se salva. Dios quiere salvarnos: si cooperamos á su voluntad, lograremos la eterna salud; y ved ahí el enigma de la predestinacion facilmente descifrado. A. M.

4. No podemos dudar, ó malos míos, que Dios es bueno, si no dudando de su mismo ser, y como dice S. Agustin, sin ponerle á pleito su misma esencia. No podemos dudar que nos amó desde la eternidad con una caridad perpétua, que es el Dios de nuestra salud, el padre de las misericordias y de toda consolacion. El quiere que todos se salven y vengan al conocimiento de la verdad, como dice el Apóstol. Jesucristo ofreció al Padre eterno el precio de su sangre por todos los hombres que traen el origen de Adán; él está pulsando al corazón y tocando sin cesar á la puerta del alma para entrar y morar en ella por gracia. Cada cual ponga la mano en su pecho y dígame cómo se ha portado Dios con él en todos los tiempos y momentos de su vida: ¿Cuántos llamamientos ha tenido! ¿Cuántas inspiraciones secretas para volver sobre sí! ¿Cuántos remordimientos y estímulos en su conciencia por más rota y estragada que ahora sea! ¿Cuántas veces en el mismo ardor del delirio se levantaba una voz de reprehension que amargaba los placeres más dulces. Y todos estos auxilios ¿no eran ordenados por Dios para la salud y para la salvacion? Si esto se niega, se ha de negar la fé á todas las escrituras.

Si Dios nos dispuso aquella copia de gracias que por sus altos juicios ha negado á infinitos, es para nuestra salvacion; si Dios nos ha traído á su conocimiento y á la fé de sus promesas, es para nuestra salvacion; si nos ha reengendrado en espíritu y nos ha hecho entrar en su Iglesia y en la sociedad de sus santos, es para nuestra salvacion; si nos ha puesto ministros de los altares que nos diesen noticia de su ley y de sus preceptos y nos enseñasen las sendas que guían á la vida, es para nuestra salvacion; si nos ha dejado en los sacramentos medicinas á nuestras dolencias, fuentes de reconciliacion en que lavásemos las manchas de nuestros pecados, es para nuestra salvacion; si bajó del cielo, nació con pobreza, vivió con trabajos, murió con ignominia, y está todavía con los brazos abiertos pendiente de un madero, es para nuestra salvacion: porque no es dable que aquel Dios, que es la suma bondad, nos llamara, rogara, solicitara y concediera tantos medios de salud sino con una voluntad sincera de salvarnos; porque no es posible que Dios, se humanara, padeciera y muriera por nosotros sino con ánimo de salvarnos. Dios omnipotente quiere que todos se salven sin excepcion de personas, y así como no hay hombre alguno cuya naturaleza no haya sido asumida por él en

la Encarnacion, así ninguno hay por quien no haya padecido. Y ¿acaso podremos dudar de su bondad en vista de tantas demostraciones de amor? Supuesta pues esta voluntad en Dios de salvar á todos los hombres, no estéril, infecunda, ni ociosa, sino activa, sincera y verdadera, siguese que el no salvarse muchos es por propia voluntad y eleccion: síguese que es inexcusable en el tribunal del divino juez cualquiera que no obra rectamente con pretexto de no estar predestinado. Dios puso al hombre, dice el Espíritu Santo, en manos de su consejo para que eligiera entre lo bueno y lo malo, entre la vida y la muerte, y lo que gustare se le dará. El albedrio en nada es ofende por los decretos de Dios, porque este es el modo admirable de la sabiduria infinita, concordar sus determinaciones irrevocables con nuestra voluntad electiva.

Siendo pues el hombre dueño de sus acciones, se le imputa justamente la transgresion de la ley, porque en su mano estuvo el no traspassarla. No pienses, dice Agustino, hombre insensato, que Dios castiga sin culpa ni mérito que es cruel con los pecadores; ellos son los crueles consigo mismos y Dios se queja con razon de su conducta, porque pudiendo obrar bien y darle gusto, nada más piensan que en injurjarle y ofenderle con su proceder inícuo. El lascivo se entrega á los gustos de la carne sin que nadie le precise; el ladrón quita lo ajeno por su propia voluntad; el calumniador muerde la fama del prójimo solamente por su antojo y por su gusto; el reincidente ó consuetudinario persevera en la culpa porque no hace de su parte el menor esfuerzo para romper la cadena con que está gustosamente aprisionado; el jugador arruina su casa y pierde su alma porque el mismo busca la piedra de su perdicion y de su ruina. Pues si todos estos se condenan eternamente, por su culpa se condenan. Fuera una blasfemia horrenda echar á Dios la culpa de su eterna perdicion. Por ventura ha sido Dios autor de sus maldades y delitos? ¿Acaso un Dios de infinita bondad puede complacerse en lo mismo que abomina? ¿Acaso hay iniquidad en Dios como arguye el Apóstol? Esto sí que no es posible; antes bien protesta por boca del profeta Oseas, que el dió auxilios á Israel, y si se perdió, por su culpa se perdió? *Perditio tua est tibi, contrivendo in me auxilium tuum.* Pues si Dios quiere que nos salvemos y para eso nos ofrece sus gracias, solo se necesita para salvarnos cooperar á su voluntad y observar su santa ley.

2. Dios es fiel á sus palabras y no puede negarse á sí mismo, como dice el Apóstol; y pues él nos asegura que observando sus preceptos lograremos la eterna felicidad, nada más nos incumbe que la ob-

servancia. A aquel mancebo del Evangelio que preguntó á Jesucristo qué haria para salvarse, solo le respondió el Salvador: Si quieres entrar en la vida, guarda los mandamientos: *Si vis ad vitam ingredi, serva mandata.* Al Paralítico de la piscina le dió el Salvador la salud solamente con aceptarla; al Leproso le curó la enfermedad asquerosa que padecía, porque dijo queria verse libre de aquel molesto accidente; á la Samaritana, á la Magdalena y á todos los pecadores no les ha pedido jamás otra cosa que una sincera detestacion de sus culpas y una verdadera conversion al sumo bien. Pues si para la salvacion nada más se requiere que la voluntad de salvarse, siguese que este negocio es el de más facil solución, pues está en nuestra mano y pende de nuestro arbitrio. Si para ser ricos y poderosos bastase el quererlo ser, pocos habria necesitados ni pobres; y si para obtener una dignidad ó colocacion honrosa nada más se nos pidiera que el deseo de lograrla, poco tiempo se gastaria en memoriales y pretensiones.

He dicho que la salvacion está en vuestra voluntad, porque así me lo enseña san Agustín: *Vide si labor est, ubi velle satis est.* Pero no ha de ser una voluntad estécil que no tiene de voluntad más que el nombre: no pretendamos hacer con Dios lo que hizo Job con Amasa, que dándole un estrecho abrazo en demostracion de su afecto al mismo tiempo le pasó el pecho con una daga. Yo sé que todos quieren salvarse, porque el deseo de ser feliz es natural al corazón humano como enseñan filósofos y teólogos y lo acredita la experiencia; pero no basta quererlo como todos lo quieren. Esta es una voluntad indeterminada, vaga y general, con proyectos en el aire sin descender á los medios. De los mayores pecadores ninguno hay que no quisiera salvarse; pero con una voluntad fría, débil y perezosa, con una voluntad ineffecta y sin accion. Los avaros y usureros quieren salvarse; pero que no les hablen de restituicion ni les toquen sus intereses: los murmuradores y maldicientes quieren salvarse; pero no volver la fama ni poner un candado en la lengua: los voluptuosos y lascivos quieren salvarse; pero no dejar las torpezas y el cieno del delito: los galanteadores y pisaverdes quieren salvarse; pero nada ménos que dar de mano á sus amorios y tratos licenciosos: las señoras mundanas quieren salvarse; pero no renunciar sus profanidades ni abstenerse de sus libertades, inocencias y desnuéces en que se estrellan infinitos: los más abandonados y libertinos quieren salvarse; pero no entrar por la puerta estrecha de la penitencia y mortificación de las pasiones. Pues ¿qué voluntad es esta? Esto no es quererlo de veras; esta es una voluntad irrisoria, una pura veleidad que

repugna con el fin. El que quiere remedio en una grave dolencia no se porta con esta languidez, ni el que lleva entre manos un pleito de mucha consideración se abandona á un descaño tan lamentable. Pilatos queria libertar á Cristo, y Herodes queria poner en salvo al Bautista; pero ni el uno ni el otro se podrán justificar diciendo: yo lo queria: fue voluntad infructuosa, lánguida, desmayada y por el mismo hecho convencida de falsa. El infierno está lleno de estas voluntades estériles, sin que por eso se les admita la excusa que quisieron la salud.

Sin embargo que esta doctrina es punitiva y no admite réplica, hay una casta de hombres que pasan plaza de sábios en el juicio del mundo, pero que en realidad no son más que destructores de la piedad y espíritu cristiano, encaprichados con fútiles ruidos y argumentos diabólicos. Consideran á los predestinados como unos hombres atados de pies y manos que no pueden dejar de obrar bien, é igualmente á los réprobos con una fuerza irresistible que los inclina al mal. Esta pretendida necesidad tan decantada es pretexto de que se valen para derramarse por toda especie de vicios; pues si están predestinados, de cualquier modo se salvarán, y si no lo están, de todos modos se han de condenar. Desentrañemos, hermanos, este absurdo seguido de la mala inteligencia de la predestinacion, y veamos si convenceremos á estos monstruos que tanto daño ocasionan con sus delirios. Mirad los inconvenientes seguidos á esta perversa doctrina. Se destruye la libertad del hombre, se hace á Dios autor de su perdicion y de su desgracia, se le quita al Señor la voluntad sincera de salvar las obras de sus manos, y se le hace un Dios tirano y cruel que gusta y se complace de afligir las criaturas; se vuelve imposible la observancia de la ley y se pone culpa y pena en lo que no se puede evitar. ¿Qué ilaciones tan monstruosas! Si esta doctrina subsistiera, ¿para qué se le habia de intimar al hombre el cumplimiento de unos preceptos cuya observancia no está en su mano? ¿Para qué las quejas de Dios contra los pecadores que rehusan oír su voz? ¿Para qué los ministros evangélicos que persuaden la virtud? ¿Para qué las leyes, correcciones y castigos que sirven de diques á la maldad? ¿Para qué la educacion de los padres en orden á las costumbres de los hijos? ¿Para qué los monasterios y los desiertos como asilos contra la depravacion del siglo? ¿Para qué la leccion de libros santos que fomentan el espíritu? Si los predestinados no pueden dejar de obrar bien, ni los réprobos de obrar mal; siquese que ni lo malo puede dañar á los unos, ni lo bueno aprovechar á los otros, y por tanto, que no es menester divorciarse de mundo, ni privarse de concurrencias peligrosas, ni mortificar la

carne; ni ocuparse en honestos y piadosos ejercicios, ni remover la piedra del escándalo, ni cortar las ocasiones de la culpa y el pecado; porque si la predestinacion infiere necesidad, ha de Jozgar su efecto en cualquiera circunstancia; y si no hay en Dios voluntad de salvar eficaz y absoluta, es preciso que obren mal los que están excluidos del reino.

En estos escollos dan los dogmatizadores con su perversa doctrina opuesta diametralmente á la bondad de Dios, é injuriosa á la dignidad del hombre. Pues yo digo que es falso lo uno y lo otro: es falso que la predestinacion infiera necesidad; y es tambien falso que tenga efecto en cualquiera circunstancia. El hombre queda enteramente libre y dueño de sus acciones, aun supuesta la predestinacion, y la predestinacion no se cumple si las obras no son rectas. Si el predestinado no obrara bien, jamás entraria en el cielo; y si el réprobo no obrara mal, no padeceria infierno. Castigo mi cuerpo y le reduzco á servidumbre, decia el Apóstol, no sea que predicando á otros me haga yo réprobo. Bien sabia san Pablo la firmeza de la predestinacion; pues ¿para qué mortifica su cuerpo y le trata como esclavo? Bien sabia san Pedro la eficacia de los decretos divinos, y no obstante amonesta que hagamos cierta nuestra vocacion y eleccion por la práctica de las buenas obras. Pero ¿para qué me causo en refutar un error cuya inutilidad se convence por las mismas medidas que tomamos en otros negocios de menor importancia? Sin embargo que sé, estar decretado por Dios que tengo ó no tengo de morir de esta grave enfermedad, por eso no dejo de poner los medios para escapar del peligro. Ya está determinado en los consejos eternos si tú has de ser rico ó pobre; pero eso no quita que pongas tu industria para enriquecerte. Pues, hermanos, la paridad es perfecta sin que claudique por parte alguna. Como está determinado lo uno, lo está juntamente lo otro; pues si lo segundo no quita que se pongan los medios para la consecucion del fin, antes bien es necesario; igualmente convence por lo primero. La observancia de los mandamientos, el cumplimiento de la ley, la reforma de costumbres, la negacion de sí mismo, la pureza de corazón y las demás virtudes cristianas, son tan necesarias para conseguir la vida eterna, como el camino para llegar al término del viaje; y querer salvarse sin méritos ni virtudes, es una valiente paradoja y una engañosa ilusion. Dejad pues de devanaros los sesos ni quebraros la cabeza en averiguar qué dispuso Dios ab eterno de vosotros, y estad seguros que segun fuere lo que sembrareis, tal será el fruto que cogereis; que el que siembra en la carne, de la carne cogerá la corrupcion, y el que siembra en espíritu, del espíritu cogerá la vida

eterna. Cuando no hubiese más que uno predestinado, ese serías tú si obraras bien; y cuando no hubiese más que uno reprobado, también lo serías obrando mal. Confíemos pues, amados míos, en la misericordia de Dios, que es el autor de nuestra salvación; pero apliquemos nuestra voluntad á la suya, pues, según sentencia de Agustino, el que nos crió sin nosotros no nos salvará sin nosotros.

¡Oh Dios mío! cuando gozaré con seguridad de vuestra vista y posesion y se acabarán estos temores que me truen turbado y afligido? No dudo que vos queréis que me salve, pues este ha sido el fin de mi creación; pero mis fuerzas son débiles si vos no les dais firmeza con vuestra gracia: Limpiad mi corazón, dirigid mis intenciones, rectificad mis afectos y haced que os sirva dignamente en esta vida, que es el medio para veros en la otra.



DIVISIONES.

PREDESTINACION.—Los pecadores dan señales de su predestinacion cuando vuelven á levantarse con ventaja.

Los penitentes dan señales de su predestinacion cuando satisfacen con humildad.

Los justos dan señales de su predestinacion cuando perseveran con amor.

PREDESTINACION.—El buen uso que hacemos de nuestra fe es la señal más visible de nuestra predestinacion.

La fidelidad que guardamos en nuestro estado es la mayor seguridad de nuestra salvacion.

La abundancia de nuestras buenas obras es el más seguro presagio de nuestro galardón.

PREDESTINADOS.—Se conoce á los cristianos que son predestinados por la docilidad con que se dejan guiar.

Se conoce á los cristianos que son predestinados por su paciencia cuando son inmolados.

PREDESTINADOS.—Lo son aquellos que rompen la union que tienen con las criaturas cuando es contraria á la union que deben tener con su cabeza.

Lo son aquellos á quienes Jesucristo da las señales mas visibles de su proteccion paternal.

Lo son aquellos que no sucumben á la violencia de sus enemigos cuando estos pretenden separarlos de aquel que los protege.

PREDESTINADOS; véase: ESCOGIDOS.

PREDICACION; véase: PALABRA DE DIOS.

PREDICADOR

(SUS OBRAS NO PUEDEN PERJUDICAR A SU DOCTRINA.)

*Super cathedram Moysi sederunt scribæ
et pharisæi. Omnia ergo quæcumque dixerint
vobis servate et facite.*

Los escribas y fariseos están sentados en la cátedra de Moisés. Practicad, pues, y haced lo que os dijeren; pero no arreglés vuestra conducta por la suya.

(Matth. xxiii; 2 y 3.)

¡En qué diferentes estados, Dios mío, se ofrece hoy á mi vista vuestra majestad adorable! ¡Cuán diferentes son los afectos que producen en mi alma las especies que ocultan vuestra sustancia, y la imagen que me recuerda vuestras ignominias! Yo no sé ciertamente á donde dirija mis ojos, ni en qué pueda fijar con preferencia mi consideracion. Si miro á ese glorioso tabernáculo, por el mismo velo que oculta vuestra gloria, paréceme que veo salir los rayos de vuestra majestad, cuyo brillo me deslumbró; si á esa figura lastimosa, apenas alcanza mi fe á persuadirme de vuestra divinidad, viéndola tan abatida. Aquél me llena de confianza, porque ¿qué no debo esperar de un Dios, que determina unirse tan estrechamente conmigo, que me alimenta con la sustancia de su divinidad? Esta me llena de terror y sobresalto, porque estando cargado de pecados propios, ¿qué no deberé temer de aquella justicia inexorable que con tanto rigor castigó los ajenos en su inocente Hijo? El primero, como que

eterna. Cuando no hubiese más que uno predestinado, ese serías tú si obraras bien; y cuando no hubiese más que uno reprobado, también lo serías obrando mal. Confíemos pues, amados míos, en la misericordia de Dios, que es el autor de nuestra salvación; pero apliquemos nuestra voluntad á la suya, pues, según sentencia de Agustino, el que nos crió sin nosotros no nos salvará sin nosotros.

¡Oh Dios mío! cuando gozaré con seguridad de vuestra vista y posesion y se acabarán estos temores que me truen turbado y afligido? No dudo que vos queréis que me salve, pues este ha sido el fin de mi creación; pero mis fuerzas son débiles si vos no les dais firmeza con vuestra gracia: Limpiad mi corazón, dirigid mis intenciones, rectificad mis afectos y haced que os sirva dignamente en esta vida, que es el medio para veros en la otra.

DIVISIONES.

PREDESTINACION.—Los pecadores dan señales de su predestinacion cuando vuelven á levantarse con ventaja.

Los penitentes dan señales de su predestinacion cuando satisfacen con humildad.

Los justos dan señales de su predestinacion cuando perseveran con amor.

PREDESTINACION.—El buen uso que hacemos de nuestra fe es la señal más visible de nuestra predestinacion.

La fidelidad que guardamos en nuestro estado es la mayor seguridad de nuestra salvacion.

La abundancia de nuestras buenas obras es el más seguro presagio de nuestro galardón.

PREDESTINADOS.—Se conoce á los cristianos que son predestinados por la docilidad con que se dejan guiar.

Se conoce á los cristianos que son predestinados por su paciencia cuando son inmolados.

PREDESTINADOS.—Lo son aquellos que rompen la union que tienen con las criaturas cuando es contraria á la union que deben tener con su cabeza.

Lo son aquellos á quienes Jesucristo da las señales mas visibles de su proteccion paternal.

Lo son aquellos que no sucumben á la violencia de sus enemigos cuando estos pretenden separarlos de aquel que los protege.

PREDESTINADOS; véase: ESCOGIDOS.

PREDICACION; véase: PALABRA DE DIOS.

PREDICADOR

(SUS OBRAS NO PUEDEN PERJUDICAR A SU DOCTRINA.)

Super cathedram Moysi sederunt scribæ et pharisæi. Omnia ergo quæcumque dixerint vobis servate et facite.

Los escribas y fariseos están sentados en la cátedra de Moisés. Practicad, pues, y haced lo que os dijeren; pero no arregléis vuestra conducta por la suya.

(Matth. xxiii; 2 y 3.)

¡En qué diferentes estados, Dios mío, se ofrece hoy á mi vista vuestra majestad adorable! ¡Cuán diferentes son los afectos que producen en mi alma las especies que ocultan vuestra sustancia, y la imagen que me recuerda vuestras ignominias! Yo no sé ciertamente á donde dirija mis ojos, ni en qué pueda fijar con preferencia mi consideracion. Si miro á ese glorioso tabernáculo, por el mismo velo que oculta vuestra gloria, paréceme que veo salir los rayos de vuestra majestad, cuyo brillo me deslumbró; si á esa figura lastimosa, apenas alcanza mi fe á persuadirme de vuestra divinidad, viéndola tan abatida. Aquél me llena de confianza, porque ¿qué no debo esperar de un Dios, que determina unirse tan estrechamente conmigo, que me alimenta con la sustancia de su divinidad? Esta me llena de terror y sobresalto, porque estando cargado de pecados propios, ¿qué no deberé temer de aquella justicia inexorable que con tanto rigor castigó los ajenos en su inocente Hijo? El primero, como que

fomenta mi soberbia, recordándome la elevada potestad de sus ministros, que sin duda alguna es mayor que la de los emperadores, mayor que la de todos los ángeles, mayor, si me es permitido decirlo, que la de vuestra misma Madre: la segunda reprime mi orgullo, me confunde, me aterra con la consideración de las penas que merezco por mis delitos, tanto más enormes, cuanto mayor es la sanidad de mi ministerio.

Ministerio terrible! ministerio que siendo una continuación del de Jesucristo, requiere una santidad semejante á la suya! Pero ¡ay! una triste experiencia demuestra que la excelencia de este ministerio sacerdotal ni destruye la naturaleza, ni disminuye las pasiones del hombre, y que en él, aunque sea llamado el sacerdote á un estado de perfección, no siempre corresponde, antes por desgracia, no faltan algunos que, olvidados de sus deberes, enseñan, predicán, exhortan á los fieles, á imitación de los soberbios y supersticiosos fariseos, al cumplimiento de las obligaciones cristianas, que olvidan, desprecian y violan ellos mismos, como si no estuvieran sujetos á las mismas leyes. ¡Fatal y lamentable escándalo! Pero escándalo, que aunque promueva, no autoriza ni excusa los pecados de los simples fieles, como nos lo enseña Jesucristo en el Evangelio de este día. Aunque nuestros sacerdotes sean tan criminales como los escribas, no por eso hemos de despreciar, ni menos reprobar su doctrina, antes bien debemos separarla de sus obras, si queremos conocer que éstas pueden ser propias del hombre, cuando aquélla debe mirarse siempre como del mismo Dios.

Esta lección del divino Maestro pienso yo repetiros hoy, sin que sea mi designio hacer mi apología ni la del clero. Penetrado de un amargo dolor, supongo que los sacerdotes somos defectuosos, que acaso seremos criminales, y aunque por la misericordia de Dios no tanto como propala una insolente maldición, pero la muy suficiente, al menos por mi parte, para abrigar con fundamento los temores que agitan al Apóstol (I an. cor. c. ix, 27) de ser juzgado por Dios indigno de premio, después de haber enseñado á otros el camino de la salud. Defiendo solo nuestra doctrina, ó por mejor decir, la vuestra, sapientísimo y divino Maestro; de quien espero las luces, la energía y la gracia que exigen la gloria de vuestro nombre y al interés de vuestra Religión. Así lo espera y os lo ruega mi auditorio, que os presenta sus súplicas por conducto de vuestra Madre amantísima. A. M.

A. En todos tiempos y países se ha considerado á los sacerdotes,

como el órgano destinado por los dioses para manifestar á los mortales su voluntad. De aquí la veneración y respeto que les han tributado los pueblos, y la determinación de constituirlos en varias naciones jueces árbitros de todos los negocios de importancia. Los etíopes, los egipcios, los atenienses, los francos, los descendientes de Rómulo, todos hacían el mayor aprecio y estimación de sus sacerdotes; en un todo parecían estar pendientes de sus labios; tan solo en ellos creían hallarse depositada la verdad y la sabiduría, y obedecían ciegamente sus palabras, considerándolas como palabras de los dioses. Los sacerdotes eran por lo común los que dictaban leyes á los pueblos: los sacerdotes juzgaban en todas las causas de alguna gravedad: los sacerdotes daban la investidura, y deponían á los consules y á los reyes. A tal extremo llegó en algunas partes la sumisión y deferencia á los sacerdotes, que con solo decir uno de ellos, aunque fuera al rey, que no era la voluntad de los dioses que viviera, al punto se condenaba el mismo á la muerte, queriendo más, dice un historiador, morir obedeciendo al sacerdote, que vivir negándose á creer en sus palabras. Esta persuasión parece una máxima universal grabada en el corazón del hombre por el autor de la naturaleza. Por ella trahucian en el sacerdote una excelente cualidad que le hacía muy superior á todos los demás hombres; veían un no sé qué de divino, que debía resultar de su frecuente comunicación con los dioses, por lo que tenían por infalibles todas sus resoluciones. Por eso el filósofo Platon juzgó que no podría ser perfecta su república, si no se vinculaba al sacerdocio la suprema potestad; y el grande Alejandro, habiéndolo preguntado un privado suyo la razón de por qué había dispensado tantos honores y gracias al sumo sacerdote, contra quien venía tan irritado, le respondió: *non hunc adoravi, sed Deum, cujus sacerdotio fungitur*: lo he hecho precisamente por respeto al Dios, de quien es ministro.

Este concepto tenían formado de sus sacerdotes los ídólatras, que engañados por sus mismos ardides, se persuadían á que eran los conductos de que se valían los dioses para hablarles, descubrir sus pensamientos y manifestar su voluntad. Los cristianos, que sabemos y confesamos sin el menor recelo, que el único verdadero Dios ha constituido en la Iglesia sus ministros, para que promulguen su ley, hagan saber su divina voluntad y enseñen á los demás el modo de adorarle, servirle, merecer y gozar eternamente de su presencia; los cristianos, que conocemos y estamos bien persuadidos de que Jesucristo es quien habla por boca de sus sacerdotes, que les ha prometido su compañía y asistencia hasta la consumación de los si-

glos, para que en ningún tiempo salga de sus libros doctrina que no vaya marcada con el sello de la verdad (MATT. c. XXVIII, 20); los cristianos, para quienes es una verdad inconcusa, que oyendo á los sacerdotes, oímos al mismo Jesucristo, y que despreciamos á Jesucristo, cuando despreciamos las instrucciones que ellos, como ministros suyos, nos dan (LUC. c. x, 16); los cristianos, á quienes repetidas veces dice el Apóstol, que la doctrina de los sacerdotes es la del mismo Dios, y que como tal, y no como palabras humanas, hemos de recibirla y apreciarla; los cristianos, que creemos firmemente estas verdades; ¿qué juicio deberemos formar de nuestros sacerdotes?

No es mi ánimo formar una disertación propia de las aulas en que, valiéndome de los repetidos testimonios de la Escritura sagrada, de los Concilios y de los santos Padres, demuestre la verdad de la revelación, ni la autoridad de la Iglesia católica, para decidir las cuestiones pertenecientes al dogma y á la moral; esto parecería indicar que recelo de la sinceridad de nuestra creencia; tampoco trato de persuadirlos, que la doctrina que recibimos de los sacerdotes es la misma que han enseñado Jesucristo y sus apóstoles: semejante intento sería suponer demasiado escasos de instrucción en la historia principal de nuestra religión sacrosanta. Consúltense todos los siglos, todas las Iglesias, todos los pastores; no hallaremos alteración alguna sustancial entre las verdades que nos enseñan y las virtudes que nos recomiendan. Si alguno por desgracia declina de esta trillada senda, en la misma separación, tan solo en la novedad, descubre ó manifiesta las señales del error. El que de tal modo se condujere, no enseñaría al pueblo cristiano desde la cátedra del Espíritu santo, sino desde el lugar de la herejía y de la pestilencia. No; los sacerdotes de Jesucristo no aspiran al dominio despótico que ejercen sobre los pueblos los sacerdotes idólatras, no dictan leyes, no se suponen con derecho á disponer de la vida de los fieles, ni á distribuir á su arbitrio los cetros y coronas. Pero se creen autorizados para enseñar por todo el universo las verdades y misterios, á cuya creencia se hallan obligados todos los hombres, y las virtudes que no pueden ménos de practicar, si aspiran á una felicidad verdadera. Este derecho les compete por su misión; y cualquiera que en estos asuntos pretenda negarles el asenso, positivamente desobedece al Señor que los ha enviado con este objeto. Por eso decía Dios á los hebreos por Moisés (DEUT. c. XVII, 9, 10, 11, et 12), que en las dudas de consideración consultaran al sacerdote, cuya respuesta debían tener por una verdad infalible, y considerarla como sentencia definitiva; que de ella no había apelación; que con ella debían quietarse; en fin, que no se apartaran,

ni dieran un solo paso á la izquierda ni á la derecha del camino que aquél les mostrase. Que si alguno tenía la insolencia de resistir al imperio del sacerdote, fuera castigado de muerte, para que á su vista temiera lo restante del pueblo, ninguno se dejara dominar de la soberbia y se arrancara de raíz el mal del pueblo de Israel. Cuasi en las mismas palabras y con la misma pena lo tenía ya decretado en el Exodo. Honra, teme á tu Dios, dice tres veces á su hijo en un mismo capítulo el Eclesiástico, y reverencia y obedece á sus sacerdotes (ECCLE. c. VII, 51, 52, et 55).

Acaso parecerá extraño que Dios inculque tan repetidas veces este precepto, y ordene un castigo tan severo contra sus infractores; pero ¿quién duda que el desprecio y ofensa que se hace al ministro ó embajador de algun soberano, se dirige, se refiere en el soberano mismo á quien representa? Y aunque hubiera alguno que pudiera dudar una cosa tan manifiesta, el mismo Dios asegura por el profeta Zacarías (ZACHAR. c. III, 8), que se le hiere á él en la pupila del ojo con solo tocar á uno de sus sacerdotes. Y Jesucristo dice expresamente en el Evangelio á los apóstoles, y en su persona á todos sus sucesores en el sacerdocio (según indiqué antes): *el que á vosotros oye á mí me oye, y el que á vosotros desprecia, me desprecia á mí y á mi eterno Padre que me ha enviado*. De esta autoridad creo inferir con algun fundamento, que así como el eterno Padre envió á su Hijo, así ha enviado éste á sus sacerdotes por maestros de los demás hombres; y que del mismo modo que la doctrina que enseñaba y predicaba Jesucristo, no era suya sino del Padre que le había enviado, así la que predicaban los sacerdotes, no es de los sacerdotes, sino de Jesucristo, de quien tienen la misión. Este divino fundador de la Iglesia ya dejó señalados quienes eran los que debían enseñar á los otros, destruyendo con esta determinación las falsas sentencias de aquellos, que habían de enseñar un día que á todos y cada uno de los fieles compete ó es permitido entender á su modo las verdades de la Religión. Estaba bien persuadido de que un cuerpo que todo fuera ojos, sería un monstruo de poca utilidad que acaso podría ocasionar muchos perjuicios; que indefectiblemente reinaría una entera confusión, un completo trastorno en la sociedad, en que todos estuviesen autorizados para mandar y ninguno tuviera obligación de obedecer, del mismo modo que en el cuerpo, en que todos los miembros quisieran dirigir y ninguno recibir las impresiones del principal. Los delirios, los absurdos, las contradicciones que se vieron precisados á admitir los herejes, apenas adoptaron esta soberbia y detestable máxima, son la más evidente prueba de lo que Jesucristo predijo.

2. Ciertamente á ningún hombre sensato puede ocurrir duda alguna en este asunto; mas si se ofreciera, sólo necesitaríamos para desvanecerla, echar mano del Evangelio de Jesucristo en este día. ¿Cómo hemos de creer, dicen algunos, más bien incitados por la perversidad de su corazón que por las dudas de su entendimiento, cómo hemos de creer y prestar obediencia á lo que exigen de nosotros los sacerdotes, si ellos mismos patentizan en sus obras la falsedad de su doctrina? ¿si no practican lo que mandan practicar á los demás? *dicunt et non faciunt*. ¿Cómo han de persuadirnos que es divina, y por tanto obligatoria, la ley que predicán, siendo ellos los primeros, los más constantes, los más obstinados en violarla? Si no creen sus propias palabras, ¿cómo pretenden que las creamos nosotros? Y si efectivamente asienten á lo que dicen, ¿cómo conciliar la monstruosa contradicción entre la doctrina y las costumbres de todos ó la mayor parte de ellos?

Vuelvo á decir, que no es mi ánimo por ahora hacer la apología de nuestros sacerdotes. Aunque lo resista la piedad cristiana, quiero suponer ciertos todos los excesos que se les atribuyen; y me abstendré además de criticar la conducta de los que con tanto encarnizamiento se ocupan en difundir entre los fieles semejantes ideas. Supongo más bien, que no hallando cosa que reformar en sus costumbres, los incita á procurar la reforma de las nuestras en fervor de su caridad, semejante ó tal vez superior á la del Apóstol; que el celo de la honra del Señor les arranque una confesión, por medio de la cual, dándose toda la publicidad posible á nuestros desórdenes, conseguirán avergonzarnos y decidimos á variar de conducta. Yo, en nombre de todos los ministros del Señor, no puedo menos de agradecer su buena intención; y en recompensa les daré este consejo, á fin de que su celo sea más eficaz y el fruto más seguro: *obsecra el sacerdote que os exhorta á que busquéis en el Evangelio de Jesucristo el orden y método con que debéis advertir á vuestro hermano sus defectos, si queréis ganarle para Dios*.

Nada importa que el sacerdote no acomode su conducta á lo que os enseña. La doctrina de Jesucristo y de su Iglesia, recibe por ventura su verdad de los lábios del sacerdote que la anuncia? La que éste predica, es la palabra de Dios, que aunque se comunique por el órgano del mismo Lucifer, no dejará de ser verdadera. El pecador más endurecido, el hereje más obstinado, el impío más incrédulo, pueden efectivamente dar al hombre por medio de los sacramentos, la gracia, las virtudes y aun la gloria, porque aquéllos no reciben su virtud de la disposición del ministro que los confiere, sino de Je-

sucristo, que los ha instituido. Del mismo modo la divina palabra no perderá el carácter de divina, por ser un hombre quien la profiere; no dejará de ser santa, porque salga de una boca pecadora; será siempre una verdad infalible, por más que la desmienta con sus obras el que la publica. ¿Qué boca más detestable, qué labios más impuros que los del pontífice Caiás? Y sin embargo, cuando estaba proyectando el más enorme de todos los crímenes, hablaba en nombre del Señor, porque hablaba todavía como sacerdote. Jesucristo veía mejor que nosotros la hipocresía, la superstición, la soberbia, el odio, todos los vicios de que eran esclavos los doctores de la ley mosaica, y á pesar de eso, exhorta y manda expresamente á los judíos, que detestando sus obras, obedezcan sin réplica las leyes que les dicten desde la Cátedra de la verdad. Continuando la suposición hecha anteriormente, digo, que tal vez seremos más criminales que ellos los sacerdotes de la nueva ley; pero es indudable que ejercemos un ministerio más elevado, ocupamos una Cátedra no ménos santa, habíamos á nombre de un Dios, que por su misma boca nos ha declarado su voluntad y promulgado su ley. No se dirá con razon que como los orgullosos fariseos imponemos al pueblo preceptos duros, cargas insoportables de que tratamos de excluirnos nosotros. La ley es una para todos; aun es más severa para los sacerdotes. No tratamos de eludir su cumplimiento con interpretaciones arbitrarias; no disimulamos la ley que condena nuestros desórdenes. Ningun sacerdote por muy avaro que se le suponga, ha dicho ni dirá jamás desde la sagrada Cátedra, que la avaricia es una virtud ó que no es un vicio detestable. Ninguno, por más que tenga la desgracia de sucumbir á la vergonzosa pasión de la lujuria, dejará de condenar este vicio brutal, como indigno del hombre, como repugnante á su naturaleza. Ninguno, aunque sea el más indolente, preconizará una vez siquiera la pereza como verdadera virtud. Lo mismo digo de los demás vicios, que sería superfluo enumerar, pues los indicados son suficientes á manifestar la sinceridad con que condenamos en público las mismas obras en que nos ejercitamos, que es una prueba inequívoca de la verdad de nuestras palabras y de la divinidad de nuestra doctrina.

¡Infeliz, mil y mil veces desdichado, el que con cualquier pretexto desprecia ó se resiste á creer la doctrina que el Dios omnipotente le comunica por nuestros labios! ¡Desventurado el que no reciba los documentos de los ministros, destinados por el Señor para enseñar á los hombres su divina ley! Seguro es, dice Jesucristo (Luc. c. xvi, 31), que no cederá á la evidencia de los milagros; aunque resucitarán los muertos para desengañarle, no admitirá el desengaño. Y

¿cómo podría excusarse este miserable, en el tribunal de la divina justicia, con el ejemplo que el sacerdote le dió en su conducta pecaminosa? Confieso de buena fe, que serian más eficaces las exhortaciones á la virtud, si nuestras obras fueran en todo conformes á nuestras palabras; que este es nuestro deber, puesto que nos llama Dios á un estado de mayor perfeccion, y que por eso mismo seremos altamente responsables al Juez supremo de los escándalos con que inutilizamos muchas veces el fruto de la predicacion; pero, repito, que nada de esto puede disculpar á los simples fieles que se entregan á los desórdenes. El sacerdote podrá descubrir en sus obras que es, como todos los demás hombres, hijo de un pecador; mas en su doctrina se conduce como un ministro del Dios de la verdad. Sus obras podrán ser obras de muerte; pero sus palabras son palabras de vida eterna. Sus obras podrán ser motivo de escándalo; pero su voz en la sagrada Cátedra se dirigirá exclusivamente á la edificacion de los fieles. En este lugar santo harán ver cuán detestables y dignas de execracion son sus propias acciones, á nadie llamarán á la imitacion de sus extravíos; dirán, si, á todos, fundados en las palabras del Evangelio: vivid como yo os mandó, no como yo vivo: mis obras son mías, mis preceptos, mi doctrina, mis exhortaciones son de Dios. El pecado no deja de serlo, porque yo le cometa, y aunque todos los ángeles del cielo vieran á enseñaros lo contrario, no deberiais creerlos.

Las culpas pues de los sacerdotes no deben impedir que los fieles reciban con sumision y docilidad sus instrucciones. Así lo hacen los que procuran imitar á su divino Maestro. Estos, echando un denso velo sobre los pecados ajenos, ó recordándolos solo para llevarlos, se persuaden de que en los lábios del sacerdote reside la verdad y la sabiduría; que por sus palabras se manifiestan los preceptos de la ley y que por su boca les habla el Dios omnipotente, absoluto dueño de todas sus potencias y talentos. El soberbio, por el contrario, aunque sea un prodigio de virtud el que le habla, se resiste á dar asenso á sus expresiones, sin examinarlas primero con toda escurupulosidad en el tribunal de su razon; y si no se conforman con sus luces ó con sus deseos, se vale de cualquier pretexto para desearlas, para imponerlas, y aún para profirir contra ellas mil dicerios, por más que se le asegure ser palabras de su Dios.

Alejad, Señor, de nosotros el espíritu de la soberbia. Ya que tanto os habeis humillado por nuestro amor, como lo manifiestan ese adorable sacramento y ese madero infame, hacednos humildes y mansos de corazón: infundid á vuestros sacerdotes los auxilios sobrenatura-

los que necesitan, para desempeñar dignamente los altos deberes de su ministerio, y á los fieles la docilidad indispensable para que se dejen dirigir por el camino de vuestros mandamientos. De este modo se persuadirán los cristianos de que no es un pecador, como yo, el que les habla, sino vos mismo, que sois el Santo de los santos, el Dios de la santidad, el Unigénito del eterno Padre, el que les dice por tantas bocas cuantas son las heridas que abrieron en vuestro cuerpo sacratísimo los azotes, que vos habeis sido quien ha instituido en la Iglesia los sacerdotes, para que promulguen vuestra ley y les declaren vuestra voluntad; y despreciando la conducta escandalosa de éstos, obedecerán sus exhortaciones y se encaminarán por la senda que ellos les describen, al término feliz de la bienaventuranza. Amen.

PREMIOS (*Distribucion de*); véase: ESCUELAS.

PRENSA.

(LA LICENCIOSA É IMPIA)

Contulerunt libros, et combusserunt.
Hicieron un monton de sus libros, y los quemaron.

(Act. xix, 19.)

La misión de la prensa, así como la misión de la palabra y de la escritura, debiera servir para la propagacion de la verdad; como les dijo el Señor á sus discípulos: *Evangelizate ergo, docete omnes gentes*: id est con la celeridad del relámpago á llevar la verdad á todas las regiones de la tierra. Misión sublime, que tenia por objeto la union de las inteligencias, formar un pueblo de hermanos unidos en una caridad divina de todos los pueblos; mas el espíritu del mal consideró qué partido sacar de este medio propagador. Este espíritu maligno la dirigió tambien estas mismas palabras: *Evangelizate ergo, docete omnes gentes*: sírveme y lleva el error á todos los ángulos del globo; y la prensa ha sido tan dócil, que ha cumplido exactamente con esta mi-

sion devastadora y de ruina. Hé aquí, hermanos míos, los males de que nos es preciso hoy ocuparnos. Voy á demostrarlos los males que ocasiona la prensa y su remedio. Pidamos antes la gracia: A. M.

4. Al hablar de los males causados por la prensa nos limitamos sobre todo á nuestra época, comprensiva á un siglo anterior á nosotros, dando sin embargo un golpe de vista, aunque rápido, sobre los que han precedido. Hace ya cien años se oyó un grito lúgubre, y en nuestros días se oye otro grito pestilencial, que celebra la destrucion y la ruina extendidas por todas partes. El grito primero anunciaba su principio, y el segundo la victoria funesta. Aquel que primero pronunció la palabra, se le llama y se le ha llamado siempre filósofo, no obstante que no era digno de tal nombre; y al que ha dicho la última, yo no sé cómo llamarle. El primer grito que se oía en el mundo decía: aniquilemos y destruyamos al infame; y hlo quienes con criminales voces repetían lo mismo que gritaba la impiedad. Decía el segundo: Dios es el mal; y de ellos y por ellos se vieron por todas partes nebulosadas la relajacion y la ruina.

Me concentro, hermanos míos, á esta última expresion: Dios es el mal. Aquel que la dijo, sabe cuánto hay de verdad desesperada en tan infernal expresion. Es lógica; ciertamente es la conclusion de los tristes años que la han precedido. Si; este hombre dijo bien, y yo, como él, lo repito de lo alto de esta cátedra en esta época desventurada: Dios, ¿es el mal que ha sido enseñado, cantado, preconizado y adorado? ¿El mal? ¿Dios es el mal! ¿A quién han consagrado los altares, han ofrecido culto y sacrificios? ¿Al mal! Dios es el mal; y el mal está en el placer, en la independencia, en la sociedad y en todo país. Por otra parte; ¿quién ha sido desterrado, despreciado, condenado y maltratado de todos modos? Es Dios, en las familias y en las instituciones sociales. No hay gloria tan necesaria, fiesta tan sagrada ni institucion tan sólida que no hayan sido atacadas, lo mismo que, bajo cualquier nombre que sea, la autoridad temporal, y siempre es Dios á quien atacan, en lugar de atacar y oponerse al mal. Hé ahí las ruinas lúgubres que podremos á vuestra vista. ¿Y qué vemos como consecuencia de estas doctrinas? La Europa ha entrado en el período y era de revoluciones; y cuántos saldrá de ellas? Sus hermosas provincias han sido regadas con rios de sangre: en medio de una fiebre industrial jamás más violenta, y en que se preconizan los grandes sentimientos de humanidad y filantropía, se ve un pauperismo espantoso que desgarrá de más en más las entrañas de la sociedad. Hé aquí cual es nuestra época; y seguramente debía ser así. Cuando

el mal está en las ideas, y la ruina en las doctrinas, necesario es que se vea en los hechos. Está marcada la prensa con caracteres inocentes, en apariencia. ¡Ay! no; lo está con sangre, en las ruinas y revoluciones de los pueblos.

¡Ah, hermanos míos! si nuestro ojo fuere sencillo, nuestro cuerpo estará iluminado; y si lo que debe ser luz en nosotros, es tinieblas, como dijo Jesucristo, siempre estaremos en ellas. Entiendo el bien general, y la verdad que aún se conserva y domina en un pueblo, á pesar de que clandestinamente se ataca la verdad por las malas doctrinas que se propalan en muchos libros que circulan de mano en mano; y si estos libros, que corren pública y ostensiblemente en el país, son leídos por el artesano como por el magistrado, y en la cabaña como en los palacios, indudablemente se ofuscan los entendimientos, los corazones se corrompen, las buenas costumbres se alteran y pervierten, y con facilidad caeremos al último grado de decadencia. Me pongo delante de vosotros, hermanos míos, si puedo hablar así, como procurador del país, señalando y presentando á vuestra razon y rectitud de justicia este crimen de la prensa impia y licenciosa, crimen que puede llamarse de lesa-nacion; aún no es bastante: crimen de lesa-humanidad, y dotado de un poder inmenso.

¿Quién puede detener los desastres de la prensa impia cubierta del triste poder de perpetuidad? Hay hombres que hace ya diez y nueve siglos han presentado á la humanidad una copa emponzoñada, y esta copa mortal los mismos hombres la han pasado de mano en mano y de generacion en generacion. Y ¿cuándo cesará este desastre, la ruina y destrucion? Aún tré más lejos, hermanos míos, y si me es posible os pondré á la vista el crimen de los autores ímpios con lo que tiene de enormidad, y como jueces imparciales, vereis y decidireis si hay en ellos alguna circunstancia que pueda serles indulgentes.

Si en este delito no halláramos cosa que le agrava, acaso halláramos alguna excusa; mas es un crimen cuyos efectos y funestas consecuencias se han previsto. Estos hombres han meditado su obra muy anticipadamente, y algunos dijeron terminantemente: «estamos cansados de oír que doce hombres solos establecieron la Religion católica» y demostraremos que uno solo basta para aniquilarla; otro continuaba: «yo soy un gran destructor, y dejo á mis sucesores los instrumentos de ruina.» Su discípulo, contemplando los horrores de la revolucion, decía: «él es quien lo ha hecho todo, y aunque no vío cuanto hizo, nosotros vemos su obra y cuanto ha hecho.» Otro decía: «muy pronto se resolverán con terrible y dura realidad todas esas ideas y doctrinas.» Ved ahí, pues, estos hombres que contemplan como su ma-

yor felicidad, que no puede venir sino del abismo del infierno, la ruina y aniquilamiento que ellos mismos acumulan. En el espectáculo del atroz incendio de Roma, en el que se complacía el emperador Nerón, apenas se encuentran palabras para expresar el horror de tanta inhumanidad; y ¿qué es ese crimen comparándole con el de estos hombres impíos, que no solo incendian una ciudad, destruyen un pueblo, sino que comprenden y abrazan todo el género humano al través de los siglos?

Hay más; no solo este crimen está previsto, sino también meditado y reflexionado con madurez. Estos hombres dijeron: preciso nos es perseguir; veamos la historia de las persecuciones; y leen la de los primeros mártires. Los procónsules y emperadores engañados, no hicieron otra cosa que aumentar el cristianismo derramando la sangre de los cristianos. *Sapienter opprimamus eum* (Exod. i, 10); conviene ser más prudentes, y sustituir á la persecucion del tormento y del acero, la persecucion de libros y doctrinas; cuyos efectos serán tanto más seguros, cuanto sus medios de propagarse no se percibirán tanto: substituyamos al acero y tormento el sofisma, y luego vereis sus resultados. Y ¿de qué modo han obrado? Demostraré esta prudencia y sabiduría del infierno. Han principiado abrigándose bajo la principal gloria de la verdad y doctrina católica, á la que con homenajes simulados y fingidos han mutilado, diciendo al mismo tiempo: nada más hermoso, ni nada más grande que el cristianismo; es el primero que se ha lanzado en la senda de la verdad, y el que vemos como el principio de los siglos: ha hecho su tiempo; como quien dice: hasta aquí llegó; ahora nosotros, inclinándonos delante de él levantaremos la cabeza y ocuparemos la supremacía que tiene en el mundo: *Sapienter opprimamus eum*. Procedamos alterando las cosas, y sepáramos mezclar el error con la verdad; ataquemos; mas con un plan bien combinado. No ataquemos la religion en sí misma, sino en sus ministros y los defectos que tengan á la faz del público: procuremos confundir la religion y el ministro que la predica y enseña: hagamos ver los abusos, y que éstos son la ley y la regla. Así nos fortaleceremos más que atacando en sí misma la religion. Ved aquí cómo estos hombres malvados se han conducido desde su origen, y cuya conducta siempre es la misma. ¡Ay, hermanos míos! bien podríamos decir con san Hilario, cuando hablaba de los herejes de su tiempo: «Renovad los tormentos y los cadalsos, y cesad esta persecucion tan triste y tan cruelmente astuta, que, lisonjeando, mata.»

Ahi está su crimen diabólico; pero es indispensable oírlos: ¿y qué podrán decir en su defensa? Dicen: «con esta prensa impía y la li-

bertad que disputamos, nosotros no atacamos la ley.» ¡No atacáis la ley! Desde lo alto de este púlpito os digo que mentís, y os doy en cara con vuestra insensatez. ¿No estamos en un terreno movable de opiniones humanas? ¡Ah!; ¡Y no atacáis la ley! ¿No hay, pues, la divina y eterna ley, superior á toda otra ley, y contra la cual jamás puede suscribirse? ¡No atacáis la ley! Ella es la que os condena, porque es eterna, habla siempre que otros callan, y cuando perecen otros. ¡No atacáis la ley! Mas destruis toda la moral, confundís la virtud con el defecto, convertís los deberes en problemas, y la opinion de los hombres en principios. ¡Y no atacáis la ley, cuando á la justicia con que obramos la llamais venganza, al celo de la verdad decís intolerancia, y á vuestra indiferencia la nombráis imparcialidad! Siempre que se trata de las obligaciones, queis aparentar moderacion, y no la conocéis cuando se trata de placeres y deleites.

De cuanto hay sobre la tierra habeis hecho una opinion; y así, para vosotros, el juramento, la blasfemia, la autoridad y la propiedad son una opinion; ante la cual todo el mundo se ha alarmado y está dispuesto á removerse. ¡Y es así! Siempre que se toca nuestro egoismo (es verdad, sus derechos son sagrados) sabo removerse y mostrarse fuerte y poderoso. Permitidme carismos, lamentar este desorden. Cuando á solo Dios se ataca, y no hay sino la moral que se persigue, en general, permanecemos pacíficos, como si haciendo la guerra á Dios, y atacando su moral, no se atacaran vuestros derechos! ¿Queréis pues ver todas las conclusiones que se tocan muy de cerca unas á otras, hasta que al fin se llega al desquicio que indispensablemente se ingiere en vuestras familias, en vuestros intereses y en vuestro alrededor?

Ved ahí el crimen de tales hombres, que todavía dirán: cuando atacamos la religion, nosotros no atacamos la sociedad. ¡Ay, hermanos míos! ¿Puede haber, y lo repito, puede haber jamás sociedad sin religion? Es así como pensaba Lacedemonia, cuando en medio de sus solennas audiencias proscribía al pueblo reunido las poetas de Arquiloco como capaces de preparar su ruina? Si; atacáis la sociedad. ¿No es así cómo se explica la ruina de Roma, que siendo tan fuerte y poderosa contra los enemigos exteriores, se halló tan débil contra los novadores y los sofistas de aquel tiempo? El Capitolio, minado hasta los fundamentos por el ateísmo impune, cayó por sí mismo; y como esa gran ciudad no supo dominarse á sí misma, se vió desaparecer la señora de las naciones. ¡No atacáis la sociedad! Mas ¿no habeis leído estas palabras tan célebres y tristes al mismo tiempo, dichas por un rey desgraciado, quien visitando la Biblioteca

real de París, y apercibiendo las obras de dos escritores cuyas doctrinas tanto se preconizaban entonces, exclamó: «He ahí los que han perdido mi reino?» Napoleón dijo: «Yo, ni nadie, es capaz de gobernar á hombres que lean estos libros.» Se opuso al grave mal, que por segunda vez amenazaba inundar toda la Francia; y durante el imperio, prohibió muy severamente el imprimir las obras á que aludo aquí, prohibición que fué respetada. ¿Cómo, después de esto, decir: nosotros no atacamos el país! En fin, dirán aún estos hombres: tenemos la libertad de escribir, y no pueden oponerse á que usemos de ella. ¡Ah! ¿Teneis la libertad? Pero también tomamos nosotros la nuestra. ¿Qué es la libertad en su verdadera acepción? Respetar los derechos de los otros; y me parece que tenemos derecho de no ser inundados por vuestros torrentes devastadores é impetuosos, ni á ser emponzoñados con el fósforo que nos presentáis, y tenemos siempre derecho de defendernos para no caer bajo el hierro mortal que teneis en vuestra mano. ¿Teneis la libertad de escribir, y quereis tambien la del pensar y de decirlo todo? Dios, pues, del medio de la sociedad, y retiraos al fondo más enmarañado de las selvas silvestres en donde ejercáis esta libertad, pues que no teneis derecho de ofender la de los demás. Y ¿qué tendrán que responder á estas verdades? Ved aquí, hermanos carísimos, aquellas cisternas de que habla el Profeta que no pueden contener sus aguas: *Foderunt sibi cisternas, cisternas dissipatas, quæ continere non valent aquas* (Jer. II, 13).

¿Con qué nombre los distinguiremos? Aquí vacilo, hermanos míos; vacilo sí; pero, sin embargo, no puedo impedir de servirme de las páginas sagradas. Juan Bautista y Jesucristo no se deliegan: *Prophetae nuperorum* (Matth. XXI, 27). *Sinites sepulchris calceatis* (In. XII, 24): «Raza de víboras; sepulcros blanqueados,» decían en su tiempo á los fariseos, de quienes los crimenes jamás ignararon á los de los autores de la prensa impía y licenciosa; á los cuales tambien aplicaré aquellas palabras del apóstol san Judas: *Nubes sine aqua*: «nubes sin agua cargadas de terremotos y tempestades;» *fluctus feri maris*: «mar alborotada y de naufragios;» *sidera errantia*: «astros errantes» que alucinan á quien los consulta. Pero hay un nombre que yo recomiendo: *arbores bis mortuus eradicaus*: «árboles ya arrancados por la palabra de Dios, dos veces muertos, á la verdad y á la virtud.» ¿Qué juzgais vosotros de ellos? Vuestro es el derecho de pronunciar la sentencia; ¿quereis dar la de san Judas, quereis decir vosotros: *Quibus procella tenerarum servata est in æternum* (Jer. XXII, 23). «Que para siempre sean sumergidos en el abismo de tinieblas y de infelicidades?» No; no es esta la senten-

cia que pronunciaréis, sino que vivan para que se reparen los males que han ocasionado hasta el presente, y que vivan para que se retracten de todos los errores que han sugerido, y pidan perdón á Dios, al cielo y á las criaturas; no obstante que jamás sabrán hasta que punto ha subido su crimen detestable, ni la perniciosa influencia sobre un pueblo inocente, aunque con inclinaciones reprehensibles. ¡Ah, hermanos! ¿habeis bajado al abismo de desgracias en donde están y se encuentran estos perversos de quienes os he hablado ya otras veces? ¿Y los habeis preguntado cuál es la causa que les ha conducido al error y al crimen? Pues bien; yo lo he hecho. Si; he interpelado á muchos de estos infelices, y casi todos han señalado por causa de su mal un libro impto que los ha seducido. Así, pues, no dudamos decir que los autores de la prensa impía y licenciosa han abierto al pueblo las mazmorras de la corrupción.

Puede ser no sea posible pasar más adelante sobre la triste tendencia que sigue el pueblo tras de sus corruptores. Me comprenderéis. Llamando un día el Señor al profeta Ezequiel, le dijo: «Oye y mira, y tu verás terribles abominaciones.» *Foce parietem et videbis abominatíones magnas*. «Mira el profeta, y ve los blasfemadores en el lugar santo. Mira todavía; y verás mayores abominaciones: «*Videbis abominatíones majores*. Mira el profeta, y ve los que hacen desprecio y se burlan del santuario y del altar. «Mira aún, le dice el Señor, y verás abominaciones más grandes:» *Et videbis abominatíones pressimas*. «No mirado, responde Ezequiel, y he visto mujeres enternecidas por las desgracias de los héroes fantásticos:» *Et ecce mulieres plangentis Adomíem* (Ezeq. viii, 6, 8). El Señor se calla. «He ahí, dice, la abominación de la desolacion y el colmo de la desgracia de Judas.» ¿No es este, hermanos míos, el grado de infelicidad á que hemos llegado? ¿Y qué vemos nosotros mismos en nuestra época? La imaginacion extraviada, y el corazón lloro de fuerzas por la lectura de estos libros. El mayor de los males consiste en que se desvia del camino recto, y abandona su alma, su inteligencia y su corazón á las ilusiones y desarreglo de estos hombres sin fe ni principios, y sometidos á la fantástica inclinacion de los sentidos y de la sofistería.

¿Qué remedio se aplicará para cicatrizar la profunda llaga que se ha abierto? Podemos aplicar el remedio y ser curados con el poder que da la religion, la rectitud de la inteligencia, una voluntad firme y por la autoridad de la familia católica.

¿Por la rectitud de la inteligencia? Justamente, el objeto de tales libros es de alucinar á los que los leen. Para los autores sofistas la

vida no es sino una esfera de imaginacion y sentimientos exaltados, y así desconocen el continuo combate de lucha que hay en el mundo. Cuando á pesar suyo se ven rodeados por las circunstancias de una vida positiva en la que se halla lo que es, pero no lo que se imaginan y quisieran, se entristecen y andan cavilosos; no hallando inteligencias como ellos mismos aparecen, desaparecen desconsolados, al ver que han recibido del cielo un alma que no se presta al solismo. Si el entendimiento da en lo falso y el corazón se desvirtua, no son capaces de aguanfar, y mucho ménos de buscar aquel nutritivo sério y sólido que se halla en la doctrina de la verdad.

Paso ahora á la autoridad de la familia; y como siempre, hermanos míos, permítidme que sea claro y sencillo en este momento. El más cruel enemigo de una familia son los malos libros. El primer y armonía en una familia consiste en el afecto y relacion íntimas que recíprocamente se mantienen entre los padres y los hijos. El amor y cariño paternal se comunica á los hijos, que sin obstáculo y dificultad responden con igual afecto, acompañado del respeto verdaderamente filial; mas, si por desgracia un mal libro se admite, ó recibe, en el momento se conocerán sus efectos, y diremos la pobre madre quejarse de que su hijo ya no la tiene cariño. ¡Ah! pobre madre que se engaña, pues aún conserva la ternura filial en su corazón. Decis que no tiene más sentimiento; es verdad, hay en él un tesoro de sentimiento, pero no es para vosotros. ¿Por qué? Por que le ha fijado en séres, pinturas y caracteres imaginarios. No os ama porque se lo estorba el libro que tiene y lee á escondidas. Por esto decia una jóven hace poco tiempo: he abandonado estas lecturas, porque á medida que las leía, yo misma conoci no tenia tanto amor á mis padres. Hubo otro jóven que rodeado de sus padres y de todos los suyos que á porta se esmeraban en darle pruebas de ternura, aunque de diez y siete años de edad, se mantuvo frío como el mármol, sin dar muestra de la menor sensacion; de cuya escena fui yo testigo. Le dije: al ménos deciad alguna palabra tierna que pueda consolar á vuestra madre, que la está esperando. Nada: no contesta ni una sola palabra. Mira, vuelve las espaldas, y se sale del aposento sin proferir un suspiro que pudiera llegar al corazón de una madre. Quise seguirle é informarme de este jóven tan original. En efecto, á poco tiempo le hallé apoyado contra un árbol con un romance ilustrado en la mano, y que enfermado y lloroso leia una página mojada de sus lágrimas. ¡Cómo! insensato, le dije: hé aquí pues, la causa de la frialdad que tiene helado vuestro corazón. ¡Cómo! el tesoro con que Dios ha adornado vuestra alma, el amor con que el mismo se

ha dado para vos y para vuestros padres y familia, ¿lo sacrificais á la nada, á las bagatelas, sueños y desvarios, que como viento se pasean sin poder fijarse? Y separándoos de mí sin responder, continuó su lectura. Si; la autoridad de la familia es impotente contra la propagacion de los malos libros, Pero ¡qué responsabilidad para vosotros, padres de familia, si voluntariamente permitis libros semejantes en las manos de vuestros hijos; si los invitais á que os los lean en vuestras diarias y largas veladas! ¡Ah! nada añado, sino que así, como he dicho, la autoridad paternal es impotente. Nos queda, pues, el poder de la religion.

Pero, hermanos míos, ¿qué cosa son nuestros cánticos solemnes y divinos comparados con esos cánticos voluptuosos y disolutos por los cuales tanto se apasionan? Una sola palabra de un sacerdote cantada en el templo del Señor bastaria para mover los corazones con dulzura; pero no, hoy es necesario otra cosa. Y qué, ¿el poder de la religion? ¿A dónde se va á buscar su estudio? No sucede, como hace algun tiempo, buscarle en los libros sérios, llenos de verdades cristianas y sana doctrina. Se buscan, sí, libros religiosos, pero superficiales, que se acomodan á la ligereza del carácter y gusto, y á la flaqueza del corazón humano. Preguntad á los encargados de las bibliotecas parroquiales que libros les piden, y cuales son los que más circulan; y os dirán que los de menor utilidad, los ménos sérios y los más vagos. Cuando se les quiere dar alguno que interese, responden: se lo agradezco, es muy sério y demasiado; y esto se repite con mucha frecuencia desgraciadamente. Esto es, hermanos, lo que más caracteriza el grave mal de nuestra época.

¿Cuál podrá ser su remedio? Quisiera explicar mi opinion, pero me harin muy difuso para esta tarde. El remedio, y no hay otro, un apostolado. Conventra que en presencia de Dios tomeis la firme resolucion de restablecer la prensa en su verdadera mision, y como nosotros, haceros propagadores de los buenos y sanos libros. Ante todo desterrad del medio de vosotros la iniquidad. Si teneis algun libro pestilencial, arrojadlo al fuego. Esperamos que si á alguno le falta esta resolucion, tomará algun dia un buen libro, y en él hallará el gérmen de la gracia que santifica, la conversion y la salud de su alma.

PREPARACION PARA LA MUERTE; véase: MUERTE.

PRESENCIA DE DIOS; véase: DIOS.

PRESUNCION DE SALVARSE

SIN MÉRITOS.

Quién hubiera creído, hermanos míos, que á tal punto pudiese llegar la perversidad de los hombres? ¡Oprimir á los inocentes, derramar la sangre de los justos, perseguir á los apóstoles, martirizar á los santos, y con la más injusta presunción considerar como otros tantos actos de obsequio y veneración para con Dios, las ignominias, los insultos y ultrajes cometidos en la persona de sus más fieles servidores é íntimos amigos! Observad á Saulo: no solo contemplaba sereno el martirio de Esteban, sino que guardaba solícito los vestidos de los verdugos, para que éstos pudiesen lanzar las piedras con más holgura y furia mayor; de manera, que lapidaba al protomártir con las manos de todos sus perseguidores, ayudándoles en su bárbara tarea. Y sin embargo, con este exceso de crueldad, creía honrar á Dios y salir á la defensa de su santa ley. Así tambien los príncipes de los sacerdotes y las turbas del pueblo hebreo conspiraban contra los apóstoles, los cargaban de cadenas, los encerraban en oscuras prisiones y les hacían morir en afrentosos patibulos, persuadiéndose que cuanto más aborrecían y perseguían á los discípulos del Nazareno, más fieles y agradecidos se mostraban á Dios.

Pero, por pérfida y desahilable que fuera la conducta de esos malvados, todavía no lo fué tanto, con dolor lo digo, como lo es la de muchos cristianos. Con efecto, los judíos estaban en la persuasión de que servían y glorificaban á Dios, porque cegados por su malicia, se figuraban que persiguiendo á la nueva Iglesia, extirparían una falsa secta que intentaba sembrar el error, el sacrilegio y la idolatría por todo el universo; y así, tomando el odio por celo, eran crueles cuando pensaban ser santos. Empero los cristianos, que saben que obran mal,

ó conocen á lo ménos que no hacen cosa que sea del agrado de Dios, y á pesar de esto, confían alcanzar la gloria eterna, no sé, en verdad, como podrán excusar su temeraria y criminal confianza. Oídme, hermanos míos, con atención, y os convencereis de que el que confía salvarse sin méritos ofende gravemente á Dios y labra su eterna condenación. Pidamos ántes los auxilios de la gracia. A. M.

1. Algunos herejes, mal avenidos con la pureza y santidad de la doctrina católica, y ansiosos de romper el dique que ésta opone á los impulsos de la concupiscencia y á la corriente de las malas pasiones; sentaron por principio que los hombres, para ser justos, no necesitan sino creer firmemente que la divina misericordia les ha perdonado sus pecados, y que la fe por sí sola basta para alcanzar la gloria, habiendo el Redentor con su pasión y muerte satisfecho por los pecados de todos los hombres, y abierto de par en par á todos los fieles las cerradas puertas del reino de Dios. Segun este principio, los cristianos, con tal que tengan verdadera fe, pueden dispensarse de observar los divinos mandamientos y vivir y obrar á su antojo sin temor de castigo alguno. Contra tan execrable blasfemia claman con voz clarísima en mil diversos lugares las sagradas Escrituras. El apóstol Santiago nos dice, que la fe, si no va acompañada de obras buenas, es una fe muerta é inútil: *Fides sine operibus mortua est* (JAC. II, 26); y S. Pedro añade, que las buenas obras son las que han de decidir el gran negocio de nuestra salvación: *Satogite ut per bona opera certum vestram vocationem, et electionem fariatis* (II PETR. II, 10). Por otra parte, el grande Apóstol, que ya en otro lugar habia declarado que sin la caridad, último fin de los divinos preceptos, y con la cual servimos á Dios y auxiliamos al prójimo, de nada aprovecha la fe, aunque sea tan grande que alcance á hacer milagros y á mudar de sitio las montañas; nos recomienda igualmente la práctica frecuente de obras buenas: *Abundantes in opere Domini semper* (I CON. XV, 48); y en el Evangelio mismo se nos dice, que Dios dará á cada uno el premio ó el castigo, segun sus obras: *Reddet unicuique secundum opera ejus* (MAT. XVI, 27). Por último la santa Iglesia, en el Concilio de Trento, define que la divina gracia se conserva y aumenta con las buenas obras, y condena á los que niegan que éstas sean merecedoras de eterno premio cuando van acompañadas de la perseverancia.

San Agustin se admira de que haya no pocos cristianos tan temerarios, que pequen desenfameadamente y esperan ser perdonados sin hacer obras de penitencia, creyendo que una vez han sido admitidos

en el gremio de la Iglesia ya no pueden condenarse; sin reflexionar que Jesucristo, verdad infaltable y eterna, nos dice en el Evangelio, que entre los llamados serán muy pocos los escogidos: *Quandam sibi licentiam acquirunt peccandi, et sine penitencia expectant veniam, quia credunt, quoniam christiani sunt, non posse damnari.... non verentes multos esse vocatos, sed paucos electos* (AUCT. LIB. DE VERA ET FALSA DOCTR. CAP. VI. INTER OPERA D. AUG. T. 4). David nos exhorta á tener confianza en Dios, y á esperar en su misericordia infuida; pero al mismo tiempo nos excita á practicar obras buenas: *Spera in Domino, et fac bonitatem* (PSALM. XXXVI. 5), pues, el eterno descanso solo está reservado para aquellos que en la presente vida se afanan en resistir al enemigo y en servir fielmente á Dios.

Pues qué! ¿por ventura Dios para ser feliz necesita llenar los ámbitos del paraíso de pecadores y perezosos? ¿ó se le seguirá algun daño ó perjuicio de que una gran multitud de malvados corran desenfrenados á un abismo de perdition? No, por cierto. El Altísimo goza en sí mismo esencialmente de la más perfecta felicidad; y por lo que toca á lo exterior, reporta honra y gloria, así de la santidad de los buenos, como de la perversidad de los malos; pues si en el cielo brilla su infinita misericordia en la recompensa de los justos, triunfa en el infierno su justicia con el castigo de los pecadores; y por esto nos dice en las Escrituras, que se reirá y se molará cuando los réprobos, por no haber querido oír las amorosas amonestaciones de su clemencia, serán condenados por toda la eternidad: *In interitu vestro ridebo et subsannabo* (PROV. T. 26). Dios no ha querido que sepamos el día y la hora de nuestra muerte, para que con la esperanza de alcanzar el perdón no aumentemos el cúmulo de nuestros pecados; y los enfermos y los muertos de quienes hablan los evangelistas fueron curados ó resucitados una sola vez por el Salvador, para que temiéramos incurrir de nuevo en el pecado después de habernos reconciliado con Dios.

Todos cuantos profesamos la doctrina del Evangelio, somos otros tantos negociantes destinados á ganar la felicidad eterna con la perfecta observancia de los mandamientos divinos. Por otra parte, es indudable que, como dice el Apóstol, en el divino tribunal cada uno recibirá el premio á proporcion de lo que se haya afanado en servir á Dios: *Unusquisque propter mercedem accipiet secundum suum laborem* (I Cor. III. 8). Por tanto, el que vive ocioso, y mucho más el que vive inicuaente, y no procura acumular por medio de las buenas obras un gran caudal de méritos, en vano presume alcanzar el premio de manos de la divina misericordia.

2. El Espíritu Santo, por boca de Job, nos recuerda que el hombre nace para trabajar: *Homo nascitur ad laborem* (JOB. V. 7). Y esto es tan cierto, como que hasta el mismo Adán, en el estado de inocencia debía trabajar, habiéndole puesto Dios en el Paraíso para que lo labrase; *ut operaretur illum* (GEN. XI. 43); aunque su trabajo debía servir, no para fatigarle y afligirle, sino para fortalecerle y excitarle á prestar el debido tributo de amor y alabanza á su benéfico Criador. De aquí es, que el que no emplea todas sus fuerzas en servir á Dios, en vez de merecer la recompensa de los justos, atrae sobre sí la eterna maldición, á semejanza de aquel siervo, que por haber tenido ocioso y sin empleo el talento que su Señor le había dado, fué reprendido severamente y condenado á las tinieblas.

Las acciones humanas son, segun en expresion del Apóstol, las semillas de aquellos frutos que debemos recoger en la otra vida: *Que seminaverit homo, hæc et metet* (PAL. VI. 8). ¡Y cuán triste cosecha harán, ay de mí, aquellos temerarios que tienen la loca presunción de salvarse sin méritos! Decid, hombres insensatos; la crápula, el juego, las blasfemias, la murmuracion, los amores ilícitos, las palabras obscenas; el odio, la venganza, el engaño, la seducción, la profanacion de las fiestas; la desobediencia á la Iglesia, el desprecio de los sacerdotes, los escándalos, la mala educacion de los hijos, la aversion á la palabra de Dios, la negligencia en bien obrar, ¿serán semillas capaces de dar frutos de vida eterna, ó serán más bien zarzas y abrojos propios para atizar el fuego en que arden los condenados? Tened entendido que, el que en vida siembra vicios, obscurnidades ó impurezas, en la hora de la muerte solo recoge podredumbre y corrupcion, pues, segun dice el mismo Apóstol, los frutos del reino de Dios solo los coge el que, como verdadero discípulo de Jesucristo, siembra acciones santas y virtuosas: *Qui seminat in carne sua, de carne et metet corruptionem; qui autem seminat in spiritu, de spiritu metet vitam æternam* (GAL. VI. 8).

Desengañémonos: si nos deleita la grandeza, el esplendor y la preciosidad del premio de los justos, es menester que no nos repugne ni atormento el trabajo de servir á Dios, pues sabemos por las santas Escrituras, que para alcanzar la corona de la justicia es necesario pelear con valor y fidelidad. Del contrario, vivir mal, y pensar que se ha de morir santamente; ofender á Dios, y alimentar la esperanza de alcanzar la gloria, es una esperanza infiel y digna de eterna maldición.

Al considerar la necia preocupacion de los que viviendo pésimamente y amontonando pecado sobre pecado, tienen, sin embargo, la

neceja presuncion de salvarse; me parece que veo unos viajeros que caminando, por ejemplo, de Milán hácia Paris, dicen que van directamente á Roma. Locos serian en verdad los que así pensáran, pues claro está, que cuanto más se acerca uno á los países del Norte, más se aparta de los de Mediodia. No obstante, esto es precisamente lo que sucede en nuestro caso. Las malas obras, como la fe y la razon nos lo enseñan, conducen directamente al infierno, que está en el más profundo centro del universo; de consiguiente ¿cómo ha de ser posible que obrando mal pueda llegar al Paraiso, estando, como está, muy por encima de la tierra, de los astros y de todos los cielos? Para que no incurramos en tan craso y funesto error, nos dice el Apóstol en el capítulo sexto de su primera Epístola á los Corintios, que ni los que se revuelven en el fango de los placeres sensuales, ni los que se entregan á la embriaguez y á la crápala, ni los que vulneran con la maledicencia la honra del prójimo, ni los que se apoderan injustamente de los bienes ajenos, ni los que dejan de prestar el debido culto al Altísimo, y, para decirlo de una vez, ninguno de los infenos, llegará á poseer el reino de Dios. Ni cómo han de llegar á la excelcitud del Paraiso los que, siguiendo la corriente de los vicios y de las malas pasiones, corren á precipitarse en los abismos del infierno?

La presuncion de salvarse sin méritos se cuenta en el número de los pecados que se oponen directamente al Espíritu Santo. Y sabeis por qué? Porque la creencia de que Dios nos ha de premiar sin que hagamos cosa alguna por su amor, es un pecado de suma y notoria malicia y enteramente contrario á la bondad eterna. En Dios, la misericordia y la justicia son inseparables, de manera, que no puede ser misericordioso sin ser justo, ni justo sin ser misericordioso. De donde se infiere, que cuando el hombre, movido de una temeraria presuncion, abusa de la divina misericordia, corre necesariamente al infierno, por cuanto Dios, como infinitamente justo, no puede menos de castigarlo.

Despojados, pues, de toda temeraria presuncion, y llenos del santo temor de Dios, dediquemonos con ardo á la práctica de las buenas obras. Observémos fielmente los divinos mandamientos, cremos con fervor, frecuentemos los sacramentos, oigamos la palabra de Dios, seamos caritativos para con el prójimo, aborrezcamos el pecado, y entónces podremos confiar en la divina bondad y esperar firmemente el logro de nuestra salvacion; porque, como dice el Apóstol, no es posible que Dios, en su justicia, olvide nuestras buenas obras, ni deje de recompensarnos por ellas: *Non enim injustus Deus, ut obliviscatur operis vestri* (HEBR. vi. 10). Pero, al mismo tiempo, temblemos

ante esa misma justicia de Dios, que humilla y confunde á aquellos orgullosos que, no haciendo ninguna obra buena, ú obrando quizá pésimamente, tienen sin embargo la necia presuncion de salvarse: *Prasumetes de se, et de sua virtute gloriantes, humilias* (JER. vi. 15). La gloria eterna es un gran bien, es el premio que Dios nos tiene prometido y que Jesucristo nos ha comprado con su sangre; pero en vano esperamos alcanzarlo, sinó procuramos merecerlo con nuestras buenas obras.

PROBIDAD; véase: HOMBRE DE BIEN;—HONRADEZ.

PROCESIONES.

Turbæ quæ procedebant, et quæ sequebantur, clamabant, dicentes: Hosanna filio David.

Y las gentes que iban delante, y las que iban detrás, clamaban, diciendo: Hosanna al Hijo de David.

(MATH. XXI. 9.)

Dignas serian, por cierto, de eterna alabanza las turbas de Jerusalem, que al dirigirse Jesucristo á esta ciudad, lo recibieron con las demostraciones más honoríficas y festivas que pudieran hacerse á un monarca ó á un general victorioso, tendiendo por el camino sus vestidos, llevándo ramos en las manos y prorumpiendo en aclamaciones de alegría y regocijo; si no supiéramos por el relato de los cuatro evangelistas, que á los pocos dias, trocado en menosprecio el respeto, en escarnio el acatamiento, en ira y saña el amor, gritaron frenéticamente pidiendo la muerte de aquel mismo Redentor, á quien poco antes aclamaban como Hijo de David, como enviado del cielo, y como verdadero Mesias.

No me detendré ahora á ponderar la abominable ingratitud del pueblo hebreo, de quien se muestran fieles imitadores aquellos desagradecidos cristianos, que despues de haber abrazado la fe de Jesucristo, y reconocido por su Dios, muy lejos de observar su santa

ley, y de vivir según las máximas de su doctrina, reniegan de él con su depravada conducta, y añadiendo pecado sobre pecado, lo crucifican de nuevo bárbaramente, como decía el Apóstol. Mas poniendo mi consideración en el venerable rito de la santa Iglesia, que representándonos hoy día la entrada triunfante del Verbo encarnado en Jerusalem, lleva en triunfo las palmas y los ramos santificados; os hablaré de las sagradas procesiones del cristianismo, manifestándose por qué razón se instituyeron, y cómo debemos asistir á ellas para sacar de su asistencia el fruto que se propone la santa Iglesia. Pidámos antes los auxilios de la gracia. A. M.

4. El cardenal Lambertini, que ascendido después por la misericordia de Dios al supremo gobierno del cristianismo, tomó el nombre de Benedicto XIV, prueba con varios y auténticos documentos, que las sagradas procesiones estuvieron en uso en la Iglesia católica desde sus primeros tiempos; y el Ritual romano, confirmando asimismo su remota antigüedad, nos recuerda que fueron instituidas para excitar la piedad de los fieles, para conservar la memoria de los beneficios de Dios, y darle gracias por sus favores ó para implorar sus divinos auxilios: *Vel ad excitandam fidelium pietatem, vel ad commemoranda ei beneficia, etque gratias agendas, vel ad divinum auxilium implorandum* (Tit. de Processionibus).

De ellas unas son constantes y ordinarias, es decir, que se celebran en determinados días del año, como la de las vetas en el día de la Purificación de la Virgen María, la de las palmas en el domingo de Ramos, la de las letanías en la fiesta de san Marcos y en el triduo de las rogativas, y la del santísimo Sacramento en el jueves y viernes santo, en el día y octava del Corpus Domini. Otras son extraordinarias, y se hacen cuando se lleva el santísimo Viático á los enfermos; cuando se trasladan las imágenes ó las reliquias de Jesucristo, de la Virgen María ó de los Santos; cuando se llevan los muertos á la sepultura; y por último, cuando se dan gracias á Dios por algun particular favor, ó se implora su auxilio en casos de guerra, hambre, peste ó otra pública calamidad.

Tampoco faltan ejemplos de procesiones ordenadas por Dios durante el antiguo Testamento, como la partida de Abráhan y toda su familia de Caldea, el viaje de los israelitas desde Egipto á la Tierra de promisión, y las frecuentes y solennes traslaciones del Arca y del Tabernáculo. Además, el apóstol san Juan, en el Apocalipsis, nos dice haber visto en el cielo solemnísimas procesiones formadas, unas de todos los órdenes de bienaventurados, que cubiertos de blancas vesti-

duras y llevando palmas triunfales en las manos, cantaban himnos de alabanza al Altísimo: y otras de una gran multitud de vírgenes que, al son de armoniosas cítaras, seguían al ángel de Dios, entonando alegres y triunfales cánticos.

2. Según el instituto de la santa Iglesia, en las sagradas procesiones ha de llevarse siempre delante la cruz, los seglares deben ir separados del clero, y con mucha más razón los hombres de las mujeres. Los que las acompañan han de caminar de dos en dos, con modestia, gravedad y devoción; de manera que absteniéndose de reír, de hablar, de mirar á uno y otro lado con curiosidad, y de toda otra descompostura, convienen al pueblo á tomar parte en aquellas sagradas funciones, y muestren creer con viva fe los divinos misterios que representan las procesiones eclesiásticas, ó esperar con firme esperanza lo que piden al Señor.

Serian muy largas de referir las señaladísimas gracias que se han alcanzado de Dios por medio de las devotas procesiones públicas. Basta recordar que la ciudad de Bolonia se libró de la peste á favor de una procesion; y que innumerasimas otras ciudades celebran procesiones votivas instituidas á imitación de la que celebró S. Carlos Borromeo, cuando para librar á la ciudad de Milan de aquel terrible azote, llevó procesionalmente la cruz con los pies descalzos y una soga al cuello, implorando la misericordia de Dios en favor de su grey.

Precede siempre la cruz en las sagradas procesiones para denotar que somos discípulos de Jesucristo, y que siguiendo sus huellas, esperamos firmemente llegar al reino de Dios. Este rito se observa constantemente, por depender de la vigilancia de los párrocos y sacerdotes, quienes, fieles guardadores de los preceptos de la Iglesia, llevan delante el signo de nuestra redención al modo que los capitanes levantan las enseñas militares, detrás de las cuales marchan ordenadas sus tropas. Ojalá se observaran con igual puntualidad las otras reglas, cuya observancia depende del pueblo, como son el andar de dos en dos, el no mezclarse las mujeres con los hombres, y el observar mientras pasan las procesiones, el silencio, la gravedad y la compostura convenientes!

La costumbre de andar de dos en dos no es caprichosa ni arbitraria, pues fué imitada de Jesucristo, que, como dice S. Lucas, enviaba delante en esta forma á sus discípulos adonde quiera que se proponía ir: *Mittit illos binos ante faciem suam, in omnes civitates, et locum quo erat ipse venturus* (Luc. x, 4); la Iglesia conserva muy sabiamente esta costumbre para fomentar la fraternal union entre los fieles. Parece, pues, que todos deberían respetarla y observarla. Mas

quién no ve y no deplora juntamente la confusión que reina en muchas procesiones, en que á pesar de los ruegos y advertencias de los que tienen el encargo de ordenarlas, se ponen en lugar y disposición distintos de los que les corresponden?

Pero no son estos los únicos ni los peores abusos que se cometen en las procesiones. No hay palabras bastantes para condenar la sacrilega irreverencia, la voluntaria distracción, la charla continua, y los ademanes descompuestos de muchos asistentes, que con su escandalosa actitud muestran bien á las claras que asisten á esas santas funciones más por costumbre, vanidad ó capricho, que para meditar los divinos misterios que en ellas se nos representan, para obsequiar al Señor y á los Santos, ó implorar la misericordia y aplacar la justa cólera de Dios; sin reflexionar que en tiempo de David, mientras se llevaba procesionalmente el Arca del testamento, Oza, por un solo acto de irreverencia, fué castigado muriendo repentinamente al pie de la misma Arca.

Cuando se lleva el santísimo Sacramento á los enfermos, á tal punto llega la negligencia de los fieles, que por más que se toque la campana, apenas se encuentra quien se ofrezca á llevar las luces y demás sagrados utensilios necesarios al objeto. ¡Singular y monstruosa extravagancia! Cuando pasa un charlatan ó un farsante, acudis todos presurosos á presenciar sus locuras; mas tratándose de acompañar al Dios del universo, que se digna visitar á los pobres enfermos para consolarlos con su divina presencia, alimentarles con su cuerpo y sangre preciosísimos, y dárles fuerza para emprender el terrible viaje del tiempo á la eternidad, os excusáis de hacerlo, pretextando vuestras ocupaciones, la distancia de la casa del enfermo y otras razones igualmente especiosas. Pues yo temo mucho, y quizás no me engaño, que muchos cristianos mueren sin tener la dicha de recibir los santísimos Sacramentos, en justo castigo de la negligencia que mostraron dejando de acompañar al augustísimo Viático cuando se llevaba á los demás enfermos.

Dos ó más clases de procesiones hay que, por lo común, suelen llevar muy poco acompañamiento, y son las de las Rogativas y las que se disponen para el entierro de los difuntos. Confieso en verdad, que no he podido nunca llegar á comprender la causa del escaso ó ningún concurso de fieles que se nota en las procesiones de S. Marcos y del triduo que precede á la fiesta de la Ascension. Se cantan las letanías, en las cuales despues de haber implorado la misericordia de las tres personas de la santísima Trinidad, se invoca á la gran Madre de Dios, á los Angeles del paraíso y á todos los coros de los Santos para

que intercedan con Dios por nosotros. Se pide al Altísimo que nos libre de toda suerte de males y desgracias, en particular del pecado y de sus funestas consecuencias, de la muerte repentina, de las tentaciones del demonio, de los rayos y tempestades. Se ruega por la tranquilidad de la Iglesia, por la paz y concordia entre los príncipes cristianos, la perseverancia en el servicio de Dios, y porque abunden los frutos de la tierra en proporcion á nuestras necesidades. Se bendicen los campos, y despues de la procesion se celebra el santo sacrificio de la Misa. Por tanto, los que dejan de asistir á estas procesiones han de confesar una de dos, ó que no piensan necesitar para nada los auxilios de Dios, ó que no creen que los cultos y oraciones de la Iglesia sean suficientes para alcanzarlos.

En cuanto á las procesiones de entierro, el Espíritu Santo dice, que mejor es ir á la casa del luto, que á la casa del festivo: *Melius est ire ad domum luctus, quam ad domum convivii* (ECCLES. vii, 5); pues en aquella, añade, se recuerda el paradero de todos los hombres, y el que vive considera lo que le ha de suceder: *In illa enim finis cunctorum admo nitur hominum, et vivens cogitat quod futurum sit* (ECCLES. vii, 5). Los sumos Pontífices han concedido numerosas indulgencias á las congregaciones del Santísimo Sacramento, del Rosario y del Cármen, para excitar á los fieles á tomar parte en una obra tan excelente de caridad; mas á pesar de esto, vemos con dolor que cuando todos acuden á la Iglesia para contemplar la pompa y aparato exterior de los funerales, las más veces anda la cruz acompañada tan solo del sacerdote y los ministros que llevan las luces y el agua bendita, siendo muy raros los que siguen el fúnebre rogando á Dios por el alma del difunto, mientras los sacerdotes rezan las oraciones.

Preciso es confesar que los hebreos eran más diligentes que los cristianos de nuestros tiempos en el ejercicio de esta obra de piedad, pues loemos en el Evangelio, que cuando Jesucristo resucitó al hijo único de la viuda de Naím, acompañábase á la sepultura una gran multitud de gente: *Turba civitatis multa cum illa* (Luc. vii, 42). Y la misma Sagrada Escritura nos dice que cuando murió Samuel, el pueblo todo de Israel se reunió para llorarle y darle sepultura: *Congregatus est universus Israel, et plangerunt eum, et sepelierunt* (I Reg. xxv, 4). Pero ¿qué digo los hebreos? Los mismos bárbaros del Africa, de la China y del Japon, pueden echarnos en cara nuestra negligencia en este punto, si como refieren los viajeros, concurren á millares á los funerales, acompañando con oraciones y ceremonias, aunque vanas, sus difuntos á la última morada.

Procurad, pues, amados hermanos, asistir á las sagradas procesiones, de las cuales, como nos lo asegura la Iglesia, podemos reportar muchas y saludables gracias, si las acompañamos con verdadero espíritu de religion: *Salutare christiane pietatis fructus eas pie exsequentes á Deo consequuntur* (RR. Rom. III. 10. 11.). Meditemos con devocion los misterios que representan. Así, al llevar hoy las palmas en las manos, acordémosnos de la entrada que hizo Jesucristo en Jerusalem para triunfar con su muerte del pecado y del infierno, y guardémosnos de volverle las espaldas, como lo hicieron los malvados judíos, despues de haberlo aclamado por verdadero. Hijo de David y Redentor del universo. Cuando veamos ir delante la santa cruz, recordemos que somos discípulos del Hijo de Dios humanado, y que si seguimos sus pasos, llegaremos á gozar eternamente las delicias de su gloria. Imitando los ordenados coros de Angeles y Santos del paraíso, andemos con el orden y la separacion, con la gravedad y devocion que nos manda la santa Iglesia, uniendo nuestras oraciones á las suyas, y guardándonos de causar el menor escándalo con nuestra falta de modestia y compostura. Pero, sobre todo, cuando se lleve públicamente el santísimo Sacramento á los enfermos en forma de Viático, ó en las solemnes procesiones instituidas, como declaran los Padres del concilio Tridentino, para triunfo de la verdad contra el infernal monstruo de la herejía, ayudamos todos á acompañar con viva fe, con profunda humildad y caridad ardentísima al Verbo eterno revestido de nuestra carne, á cuya presencia tiemblan los Angeles, y los Serafines se cubren el rostro por reverencia; y supliquémosle de todo corazón que no permita que salgamos de este mundo sin ser antes corroborados y fortalecidos con aquel pan celestial y suavísimo, verdadera fuente de todos los bienes, á fin de que, despues de nuestra muerte, podamos ir á contemplar por toda la eternidad el divino semblante de aquel Señor, á quien, bajo el velo de las especies eucarísticas, adoramos ahora y acompañamos en el Sacramento, que, como dice S. Ambrosio, es remedio eficazísimo de todos los males: *Medicina est calente, et venerabile sacramentum* (LIB. V. DE SACRAM. CAP. 4.).

DIVISIONES.

PROCESIONES.—La Iglesia nos enseña por la procesiones, que todos nuestros pasos deben encaminarse á Jesucristo.

La Iglesia nos enseña juntándonos en las procesiones, que allí donde está Dios, allí debemos guiarnos los unos á los otros.

La Iglesia nos enseña cantando en las procesiones, que nunca debemos estar más regocijados que cuando nos dirigimos á Dios.

PROCESIONES.—Se abusa de las procesiones cuando se asiste á ellas por un motivo de vanidad.

Se abusa de las procesiones cuando se asiste á ellas como se asistiría á una diversion.

Se abusa de las procesiones cuando se asiste á ellas con un espíritu disipado.

PRÓDIGO; véase: HIJO PRÓDIGO.

PROFECÍAS.

Et fundam Spiritum meum super omnem carnem: et prophetaunt illi vestri, et filii vestri.

Descenderá mi Espíritu divino sobre toda clase de hombres: y profetizarán vuestros hijos y vuestras hijas.

(JOH. II, 28.)

Debiendo hablaros de las profecías, creo conveniente explicar primero, lo que por esta palabra entendemos. La profecía es una predicción, cuyo objeto es el anuncio de las cosas futuras. La declaración hecha en nombre de Dios de las cosas pasadas ó presentes, pero secretas, se llama revelación.

No toda predicción es una profecía; la astronomía predice, y el médico, el físico, el político predicen. La profecía es la prevision cierta y la predicción de las cosas futuras cuyo conocimiento no puede adquirirse por las causas naturales. Las profecías son una prueba palpable de la verdad de nuestra santa religion; nada tiene, pues de extraño que los ímptos los hayan atacado con encarnizamiento, hasta negar su posibilidad. Nosotros vamos á defenderlas, y á responder á las objeciones que contra ellas se hacen. Pidamos ántes los auxilios de la gracia: A. M.

Procurad, pues, amados hermanos, asistir á las sagradas procesiones, de las cuales, como nos lo asegura la Iglesia, podemos reportar muchas y saludables gracias, si las acompañamos con verdadero espíritu de religion: *Salvatez christiane pietatis fructus eas pie exsequentes á Deo consequuntur* (RR. Rom. IIII. 100). Meditemos con devocion los misterios que representan. Así, al llevar hoy las palmas en las manos, acordémosnos de la entrada que hizo Jesucristo en Jerusalem para triunfar con su muerte del pecado y del infierno, y guardémosnos de volverle las espaldas, como lo hicieron los malvados judíos, despues de haberlo aclamado por verdadero. Hijo de David y Redentor del universo. Cuando veamos ir delante la santa cruz, recordemos que somos discípulos del Hijo de Dios humanado, y que si seguimos sus pasos, llegaremos á gozar eternamente las delicias de su gloria. Imitando los ordenados coros de Angeles y Santos del paraíso, andemos con el orden y la separacion, con la gravedad y devocion que nos manda la santa Iglesia, uniendo nuestras oraciones á las suyas, y guardándonos de causar el menor escándalo con nuestra falta de modestia y compostura. Pero, sobre todo, cuando se lleve públicamente el santísimo Sacramento á los enfermos en forma de Viático, ó en las solemnes procesiones instituidas, como declaran los Padres del concilio Tridentino, para triunfo de la verdad contra el infernal monstruo de la herejía, ayudamos todos á acompañar con viva fe, con profunda humildad y caridad ardentísima al Verbo eterno revestido de nuestra carne, á cuya presencia tiemblan los Angeles, y los Serafines se cubren el rostro por reverencia; y supliquémosle de todo corazón que no permita que salgamos de este mundo sin ser antes corroborados y fortalecidos con aquel pan celestial y suavísimo, verdadera fuente de todos los bienes, á fin de que, despues de nuestra muerte, podamos ir á contemplar por toda la eternidad el divino semblante de aquel Señor, á quien, bajo el velo de las especies eucarísticas, adoramos ahora y acompañamos en el Sacramento, que, como dice S. Ambrosio, es remedio eficazísimo de todos los males: *Medicina est calente, et venerabile sacramentum* (LIB. V DE SACRAM. CAP. 4).

DIVISIONES.

PROCESIONES.—La Iglesia nos enseña por la procesiones, que todos nuestros pasos deben encaminarse á Jesucristo.

La Iglesia nos enseña juntándonos en las procesiones, que allí donde está Dios, allí debemos guiarnos los unos á los otros.

La Iglesia nos enseña cantando en las procesiones, que nunca debemos estar más regocijados que cuando nos dirigimos á Dios.

PROCESIONES.—Se abusa de las procesiones cuando se asiste á ellas por un motivo de vanidad.

Se abusa de las procesiones cuando se asiste á ellas como se asistiría á una diversion.

Se abusa de las procesiones cuando se asiste á ellas con un espíritu disipado.

PRÓDIGO; véase: HIJO PRÓDIGO.

PROFECÍAS.

Et fundam Spiritum meum super omnem carnem: et prophetaunt illi vestri, et filii vestri.

Descendará mi Espíritu divino sobre toda clase de hombres: y profetizarán vuestros hijos y vuestras hijas.

(JOH. II, 28.)

Debiendo hablaros de las profecías, creo conveniente explicar primero, lo que por esta palabra entendemos. La profecía es una predicción, cuyo objeto es el anuncio de las cosas futuras. La declaración hecha en nombre de Dios de las cosas pasadas ó presentes, pero secretas, se llama revelación.

No toda predicción es una profecía; la astronomía predice, y el médico, el físico, el político predicen. La profecía es la prevision cierta y la predicción de las cosas futuras cuyo conocimiento no puede adquirirse por las causas naturales. Las profecías son una prueba palpable de la verdad de nuestra santa religion; nada tiene, pues de extraño que los ímptos los hayan atacado con encarnizamiento, hasta negar su posibilidad. Nosotros vamos á defenderlas, y á responder á las objeciones que contra ellas se hacen. Pidamos ántes los auxilios de la gracia: A. M.

1. Para negar la posibilidad de la profecía, es preciso sostener: 1.º que Dios no prevé todos los acontecimientos, 2.º, ó que no puede ponerlos en conocimiento del hombre; cosas ambas absurdas, pues la presciencia de Dios es inmensa é ilimitada, sus medios de comunicación con el hombre. La profecía es una palabra de Dios destinada á dar á conocer al hombre unas verdades á que por sí misma no alcanza su razón, y que, sin embargo, son necesarias al cumplimiento de su destino. La palabra es un poder inmaterial, y por consiguiente nada se opone á que la tenga Dios, puesto que como Dios es inmaterial, todo lo inmaterial puede convenirle. Además, ¿qué es la palabra sino la facultad de iniciación, la facultad de comunicación de las ideas propias á otro? ¿Y cómo querriais que Dios careciese de poder de iniciación, de poder de comunicación? Evidentemente, decir que Dios, que estableció todas las relaciones de los seres, no es susceptible de tener relaciones inmatrimales con ellos, y por consiguiente hablarles, es decir algo absolutamente ininteligible á la mente.

La profecía excluye todos los conocimientos naturales. Por consiguiente es de un orden superior, y solo puede proceder de Dios. Es un género de milagro que solo él puede obrar; ya por sí mismo, ya por aquellos á quienes dá la facultad de obrarlo. Por otra parte, es evidente que excede á todo poder humano, no solo dirigir los acontecimientos lejanos, sino aún á prevenir las causas necesarias ó accidentales que en el curso de los siglos podrán influir de varios modos en las futuras eventualidades. De estos principios emanan dos consecuencias: 1.º La profecía es la palabra de Dios, como el milagro es su obra. 2.º La profecía merece nuestro asentimiento.

Siendo de suyo la profecía una cosa sobrenatural, forma parte del orden sobrenatural de la Providencia. Todo este orden, y por consiguiente la profecía, se refiere á la salvación del hombre y á la verdadera religion, que es su medio. No puede pues la profecía tener otro objeto, sea directo ó indirecto. Efectivamente, en nuestros sagrados libros vemos que todas las profecías se refieren al objeto espiritual como á su fin, sea inmediato ó mediato. Las más se refieren á la venida del Mesías; las que se refieren al orden temporal sirven para probar, con su cumplimiento más próximo, las verdades de las demás profecías relativas á la religion.

La profecía es un hecho divino, tanto como un milagro. Su autor es y no puede ser más que Dios. Desde que se comprueba y se reconoce por verdadera á su cumplimiento, viene á ser un testimonio fundamental de la divinidad de la religion en cuyo favor se ha hecho. La filosofía no puede desechar esta conclusion. Las profecías forman

parte de las partes más importantes de la Sagrada Escritura; establecen la verdad de la religion, pues solo Dios conoce el porvenir.

2. Las profecías tienen sus caracteres, y éstos son negativos unos y positivos otros. Los caracteres negativos son los que muestran la falsedad de una profecía. Los positivos son los que muestran su verdad y su indisputable procedencia de Dios. Tres son los caracteres negativos: 1.º En nombre de Dios. El primer carácter necesario para que una predicción se considere procedente de Dios, es que quien la anuncia declare que la publica en nombre de Dios, y que es su enviado. Ya se conoce que eso es una nota negativa, pues es muy posible que alguno se llame falsamente ministro de la Divinidad. 2.º SANTIIDAD DEL PROFETA. También es una señal puramente negativa, pues el carácter moral de un hombre no puede conocerse bastante para formar una prueba demostrativa de su veracidad. 3.º PUREZA DE LA DOCTRINA EN CUYO FAVOR SE HACE LA PROFECÍA. Esta nota no es más positiva que las precedentes; puede suceder que un impostor predique la doctrina más pura. La sana doctrina y las malas costumbres no son inconciliables. Se puede decir la verdad sobre un punto y engañar sobre otro.

Tres son los caracteres positivos: 1.º LOS MILAGROS OBRADOS POR LOS PROFETAS. El milagro es el sello de la Divinidad, la credencial que el Omnipotente dá á sus enviados. A quien quiera que anunciándose como profeta obra milagros, por tal debe tomarse. Dios no favorece la impostura. 2.º PROFECÍAS DE SUCEOS PRÓXIMOS EXACTAMENTE REALIZADOS. Los que creen el cumplimiento actual de éstas no pueden dudar del cumplimiento futuro de aquellas. Están seguros de que Dios, que ha hecho cumplir las unas, sabrá efectuar las otras. «Los profetas, dice Pascal, hicieron profecías particulares entre las del Mesías; á fin de que éstas no careciesen de pruebas, y de que aquellas no careciesen de fruto (Pess. n. xxiii, x. 13.) y 5.º La última señal de la profecía, y la más decisiva, es su cumplimiento; pero es preciso que este cumplimiento no haya podido tener lugar por casualidad ni prevenerse naturalmente. Este carácter es positivo al par que negativo. Por una parte es evidente, que un acontecimiento que solo Dios ha previsto, solo él puede haberlo predicho; y por otra es también evidente, que una predicción que no se realiza no proviene de Dios, quien no ha podido engañarse ni engañar.

De cuanto acabamos de exponer resulta, que la profecía forma una prueba sólida de la religion, cuando se está cierto de cuatro cosas: 1.º De que la predicción se ha hecho antes del suceso. 2.º De que el suceso ha correspondido exactamente. 3.º De que el suceso no había

de preverse por causas naturales al predecirse. 4.º De que el concurso del suceso con su prediccion no puede ser efecto de la simple casualidad.

3. Escuchemos ahora las objeciones que nos opone la impiedad. Voltaire ha dicho: No puede saberse el porvenir, porque no puede saberse lo que no es (FILOSOFIA DE LA HISTORIA, C. XXI, ORACULOS). Se le contestará, que un astrónomo puede prever con certeza los eclipses que aún no son. ¿Acaso el porvenir es un libro cerrado para Dios? El paganismo ha tenido tambien sus profetas; los arúspices, los augures, los oráculos,* las profecías, ¿todo eso no se parece? No. Argumentar así es decir: se han publicado falsos principios morales, falsos argumentos, falsas historias; luego no hay verdaderos principios, verdaderos argumentos, verdaderas historias. Se han visto falsas profecías, luego no las hay verdaderas. Debe decirse lo contrario: porque ha habido verdaderas profecías, se han hallado las falsas, pues la impostura solo procura contrahacer la verdad. En todo esto el punto esencial es examinar si esas diversas profecías llevan iguales caracteres, y discernir así las verdaderas de las falsas. Es evidente que los oráculos paganos solo hicieron predicciones equivocadas y engañosas. Así lo confiesan los sabios.

—El demonio puede hacer profecías; luego podemos ser engañados. Aquí diremos, como respecto de los milagros, que si el demonio puede hacerlas, solo es por un permiso particular de Dios, y Dios nunca permitirá que el demonio llegue á engañarnos. Dios no autoriza prodigios para acreditar la mentira. En su veracidad, bondad y justicia, impide que el error se establezca en su nombre. Aceptemos, pues, las verdaderas profecías; aprovechémonos de ellas, pues se refieren á nuestra salvacion.

PROFESION RELIGIOSA; véase: RELIGIOSA.

PROFETAS FALSOS.

*Attendite á falsis prophetis.
Guardaos de los falsos profetas.*

(MATT. VII, 15.)

Hermanos míos, es un carácter muy respetable el del profeta. No hay misión más santa que la suya: es el mensajero del cielo, encargado de anunciar sus verdades á la tierra. Tales fueron Daniel, Isaías y muchos otros, tan distinguidos por sus virtudes como por sus oráculos. Esos hombres, enviados de parte de Dios y á quienes Dios inspiraba, son dignos de nuestros homenajes, y su palabra merece ser acogida con tanto reconocimiento como respeto. Acordaos, hermanos míos, de cuánta consideracion los rodeaba el pueblo de Dios, y de que trabajos era afligido cuando despreciaba sus avisos. Así pues, respetemos y obedezcamos al ungido del Señor que viene á instruirnos en su nombre. Pero desconfiemos tambien de aquellos que, afectando un carácter que no tienen, una misión que no han recibido, quieren constituirse en vuestros preceptores y en vuestros guías; tal es el precepto del Salvador; y si fuese observado, la sociedad no tendría que deplorar tantos males. Hoy quiero, pues, exhortaros á huir de los falsos profetas; quiera el cielo que os aprovecheis de esta instruccion. Pidamos esta gracia por la intercesion de la Virgen. A. M.

4. El espíritu del mal, desde el instante que perdió á nuestros primeros padres, no ha cesado de tender sus lazos al linaje humano. Ha tenido siempre mensajeros de hisonja y de corrupcion; de ahí todos esos titulos que, bajo diversos nombres, bajo diversos espíritus, han trabajado y todavia trabajan en seducir á las almas con sus escritos, con sus palabras, con sus consejos y con sus ejemplos. Se anuncian á los pueblos como profetas de la verdad, de la virtud y de la dicha, mientras que no llevan consigo más que tinieblas, vicio y miseria. Su ciencia es tan falsa como perverso su genio; ó más bien, no poseen sino la ciencia y el genio del mal. Ministros de Satanás en la tierra, prosiguen en ella su obra de perdicion, y se dicen oráculos de Dios y amigos de los hombres; Desgraciado del que los escucha!

Y á pesar de esto, la multitud corre tras de ellos; basta creerse profetas para atraerse sus miradas y sus aplausos. Se veneran, y son conducidos en triunfo como gloria de su nacion y luz de su siglo: bajo este aspecto, los tiempos modernos no son más prudentes que los tiempos antiguos. ¡Qué admiración la prodigada á ciertos nombres! ¡Qué atractivo en ciertos hombres que, mejor estudiados, no inspirarían más que desvío y horror! Hay en ellos sin duda una apariencia de grandeza que impone: su audacia puede considerarse como fortaleza; su genio y su ciencia tienen poderosos encantos, y, por otra parte, se consiente tan fácilmente en dejarse engañar, puesto que la vanidad queda satisfecha! En la vida pública y privada es casi siempre el orgullo quien decide nuestras simpatías y nuestra elección por un partido cualquiera. Lejos de mí, hermanos míos, el pensamiento de negar toda sinceridad! Hay afecciones y convicciones profundas. ¡Si! hay corazoncs nobles que no nivelan sus servicios al éxito de su causa, que saben combatir y morir por ella, por desgraciada que sea. Pero es también cierto que las cualidades más ó menos brillantes del jefe deciden de la moralidad de su causa, más bien que el color de su bandera. Para hacerse discípulo de una escuela, la elocuencia del maestro, y no su doctrina, es lo que se examina. Que cada uno se pregunte los motivos secretos de su afección á tal ó cual partido, á tal ó cual doctrina. Decidnos por qué colocais en vuestras bibliotecas tales ó cuales obras de política, de filosofía y de literatura; ¿no es muchas veces más bien por consideracion al nombre de sus autores que á su doctrina? Tal libro, tal novela ha salido á luz con un nombre ensalzado, con razon ó sin ella; es un nombre que ha adquirido nombrada, y esto basta para que se tenga el honor de ser su discípulo y su partidario. Es un profeta el que se levanta lanzando sus profecías á través de la multitud, y todos acogen con avidéz sus hojas volantes, inquietándose poco del espíritu que las ha inspirado. ¡Cosa extraña! lo que más debe interesar al hombre es precisamente lo que ménos estudia. El, tan desconfiado por naturaleza, nunca es ménos suspicaz que cuando con más motivo debiera serlo, dejándose arrastrar por las apariencias en vez de buscar la realidad. Si se le presenta una luz la sigue con tal que sea brillante, sin examinar si es pura y duradera. Se abre un camino; sus hordas están floridas, y se arroja en él sin inquirir el objeto. Se presenta un hombre explicándose con deslumbradoras palabras, y lo aclama sin preguntar de parte de quien viene. Acordaos del consejo del Sábio, y medita bien vuestros pensamientos y vuestras obras ántes de producirlos. Medita bien, hermanos míos, sobre los hombres que atraen vuestras simpatías, ántes

de aceptar su palabra y entregaros á ella. Guardaos de todo atractivo, de toda precipitacion: el temor es el principio de la sabiduría, dice el Salmista; y Jesús, recomendando la sencillez de la paloma, quiere al mismo tiempo la prudencia de la serpiente. Tal es el medio de prevenir toda decepcion y todo atractivo.

Es muy culpable, hermanos míos, esa tolerancia que nada excluye y que todo lo admite; es muy peligrosa esa curiosidad de verlo todo, de verlo y de conocerlo. «Hijo mio, dice el Sábio en los *Proverbios*, no te acompañes con los pecadores, desvía tu pié de sus senderos. Santo con los santos, te pervertirás con los pecadores.» Ved también hermanos míos, con que instancias recomienda el mismo Dios á su pueblo no emparentar con los infieles, y con cuántas precauciones los rodea para impedir toda comunicacion con ellos, porque exponiéndose al peligro, se acaba por perecer en él; así es como Eva se dejó arrastrar por la seducción de la serpiente; así es como Dina, hija de Jacob, perdió su honor entre las hijas de Siquem, á quienes habia querido ver. Así es también como se pierden todas las almas. No se quisiera hacer el mal: se atiende á su lé, á su inocencia y á su probidad; pero la confianza, el aprecio y la amistad dilatan el corazon; nos acostumbramos á ver y oír lo que en un principio no quisieramos nosotros mismos hacer ni decir, y poco á poco nos parece el mal ménos odioso y ménos culpable. Por otra parte, la corrupcion de nuestra naturaleza nos hace más apetecible el vicio que la virtud. Y luego considerad á cuántos lances pesados puede exponernos la temeridad de un espíritu curioso, ligero, poco previsor, sin consejo y sin prudencia. No digais pues que las conveniencias sociales os precisen á frecuentar á tal hombre y tal sociedad; que la moda, á pesar de sus caprichos, tiene sus exigencias imperiosas, y que es necesario someteros á ellas. Huid de todo lo que puede acarrear la menor ofensa á las santas leyes del pudor, de la piedad y de la justicia. Contad con vuestras fuerzas, y estad por lo mismo persuadidos de que el menor esfuerzo basta para humillaros. Huid de esas corruptoras lecturas que poco á poco vierten el veneno en vuestro espíritu y en vuestro corazon; huid de esas conversaciones que, bajo formas graciosas y espirituales, derraman el sarcasmo, la blasfemia y la maldicia sobre las personas y las cosas más respetables; huid de esos espectáculos donde la pasion no se adorna con apariencias honestas sino para seduciros mejor; guardaos de los falsos profetas: *Attende á falsis prophetis.*

2. Pero ¿es posible, hermanos míos, reconocer siempre á los falsos profetas? ¡Son tantas las voces que se levantan á través del

mundo y nos llaman, tantas las doctrinas que se propanan, tantos los partidos que dividen la sociedad, tantas las pasiones que nos atrien y nos excitan! Escuchad al Salvador: «Guardaos de los falsos profetas, que vienen á vosotros cubiertos con pieles de ovejas, pero que en el interior son lobos rabiosos.» Fisonomía dulce y corazón cruel, tales son los rasgos con que el Salvador los caracteriza; y en efecto, tales fueron siempre, y tales son ahora. Recordad con que lisonjeras palabras sedujo la antigua serpiente á Eva, y en qué desgracia la precipitó. Los falsos profetas no han degenerado de su padre; preguntad á la historia, y en todas partes y en todas épocas los encontrareis los mismos, cualquiera que sea el teatro en que hayan vivido. Hombres políticos comenzaron por llamarse libertadores del pueblo; oídles deplorar su miseria, su humillacion, y prometerle libertad, gloria y felicidad. Por medio de su brazo y su reinado debía desaparecer el infortunio, la riqueza debía correr como río inagotable al seno de ese pueblo, de quien se decian protectores y sinceros amigos. En el mundo religioso usan de la misma maseledumbre en sus formas exteriores, de la misma santidad en sus palabras; vienen á volver á la religion su verdadero espíritu, á restablecer el dogma en toda su pureza, y su moral es infinitamente dulce. En la vida literaria su palabra no es ménos seductora; ellos mismos se constituyen en oráculos de buen gusto; no aman más que lo cierto, lo bello y lo bueno. Siempre, finalmente, los encontrareis revestidos de la piel del cordero, así el fin de que se crea en su inocencia. Esa dulzura, esa maseledumbre es una máscara y un lazo. Esperad todavía algunos días, dejadles que se insinúen en el espíritu y corazón de los crédulos; dejadles engrosar el número de adeptos, y vereis tambien multiplicarse el número de las victimas. Así comenzaron los tiranos que han oprimido á los pueblos, los herejes que han abandonado la Iglesia, y esos famosos escritores que han corrompido las naciones. Sus frutos los dan bien á conocer. «No se pueden coger uvas de los espinos ni higos de las zarzas», dice el Salvador. Y ved en efecto con cuántos males han inundado la tierra esos hombres; ved que espantoso cuadro nos presenta la historia! Libertadores del pueblo, se hicieron sus verdugos; reformadores de la Iglesia, han destruido su santuario; oráculos del buen gusto, han corrompido todas las fuentes. Los primeros han manifestado el arte de oprimir á las naciones, los segundos han enseñado á no creer, á no practicar nada, y los otros á no avergonzarse de nada. Ved los frutos que han producido: ruinas y desolacion.

¿Quereis pues, hermanos míos, juzgar á un hombre? Examinad

si sus obras son justas y buenas, edificantes y útiles. No os dejéis seducir por vanas palabras, por lisonjeras y magníficas que sean; antes de seguir á ese hombre, considerad cuál es el fin á que aspira. ¿Quereis juzgar su doctrina? No os atengais ni al genio ni al talento que la distingue; estudiad el camino que traza y las consecuencias buenas ó malas que de ella se desprenden. ¿Quereis juzgar una producción literaria ó una lectura cualquiera? Pensad en los efectos que ordinariamente produce y en los que producirá en vosotros ó en aquellos que os están confiados. «En todo cuanto hagáis mirad al fin», dice el Sábio. ¿Qué importa que un veneno esté dispuesto con arte? No por esto dejará ménos de ser veneno. El enemigo más peligroso es aquel que, lejos de atacaros abiertamente, se insinúa diestramente en vosotros, os tiende los lazos más secretos; el que os atrae á ellos con engañosas palabras, os hiera sin que lo sintáis, y os asesina con la misma mano que os acaricia.

Pero hay, hermanos míos, otros falsos profetas, no ménos peligrosos que los demás, de los que es preciso guardarse tambien, y á quienes reconocereis por los mismos rasgos con que los pinta el Salvador: tales son las pasiones. Tambien éstas se revisten desde luego de la piel del cordero para convertirse bien pronto en lobos rabiosos. Su voz es dulce, pero bien amargos y bien tristes son los frutos que producen. El orgullo os dirá que es magnífico elevarse y alcanzar honores, vencer á sus rivales, dominar á sus semejantes, recibir sus homenajes y sus adalaciones. El deseo ostentará ante vuestra vista vastos dominios, magníficos palacios, brillantes comitivas, y todas las pompas del lujo. La sensualidad os contará los encantos de los placeres y de las voluptuosidades del mundo. Todos, en fin, os dirán que la razon del hombre es soberana, y que, habiendo nacido el hombre para la felicidad, no puede imponérsele una vida austera y mortificada. Así es que, predicando al hombre una entera independencia, rompen todos los lazos de la fe, y por medio de promesas de felicidad, le precipitan en un abismo de males. ¿Qué necesidad hay de repetir aquí lo que la experiencia dice todos los días? Guardaos de los falsos profetas, que no os lisonjean más que para engañaros, que no acarician vuestro corazón más que para desgarrarlo en seguida; sofocad las inspiraciones de una naturaleza corrompida; desconfiad de toda palabra dulce, de toda promesa seductora. Vosotros, los que frecuentais el mundo, convenceos de que no es más que un círculo que lisonjea vuestro orgullo y vuestros gustos; la sociedad no se distingue más que por el brillo del lujo, por el buen tono y por el espíritu de los que la componen. Decid: ¿qué se han hecho esa mo-

destia, esa reserva, esa severidad de costumbres y de lenguaje con que en algun tiempo os distinguiais? Un falso profeta os ha seducido y os ha perdido; él es quien ha extinguido vuestra piedad. Una voz se dirige á la virtuosa jóven, anunciándola alegría y felicidad si quiere seguirla; que tenga la desgracia de creerla, y bien pronto sus pesares le probarán lo que valen los profetas de un mundo seductor. El mundo os lisonjea, prometiéndoos bienes imaginarios, y sus promesas no son más que profecías de pena y de dolor. La religion, por el contrario, severa en apariencia, no manifiesta más que austeridad, pero sus profecías son todas de felicidad. Sus frutos son tan diferentes como sus palabras. Que ellas, hermanos míos, sean la regla de vuestra eleccion, y la medida con la cual vosotros mismos podais juzgaros.

«Todo árbol que no produce buenos frutos, continúa el Salvador, debe ser cortado y arrojado al fuego.» Sentencia terrible de la justicia divina, que se olvida con demasiada frecuencia. Si vosotros la tuvierais presente en vuestras tentaciones, seriais más fuertes, y os parecerian ménos seductores esos pasajeros y criminales placeres, á los cuales sacrificais en vuestra ceguedad vuestros eternos destinos. Entonces tambien vuestra vida seria ménos pobre y más fecunda; esa actividad que consumis en quiméricos proyectos y en obras culpables, la emplearais en la virtud. ¿Qué habeis hecho hasta el presente? ¿Cuales son los frutos de vuestros pasados dias? El Señor os ha colocado aquí bajo como una planta de predileccion; os ha puesto en un terreno fértil, en su Iglesia; os ha calentado con su sol, y ha hecho llover sobre vosotros los más abundantes rocíos de sus gracias; semejante al árbol de que habla el Salmista, y que, plantado á la orilla de las aguas, adornado siempre de verdor y de flores, dá sus frutos en sazón, vuestra vida debió tambien elevarse santa, bella y fecunda, adornada de los dones de la justicia y enriquecida de méritos; y sin embargo, ¡estais pobres! «Mi viña, dice el Señor, nada bueno ha producido: *Expectavi ut faceret uvas, et fecit labruscas.*» No habeis sido más que una planta parásita, sin perfume y sin utilidad. «Os he enviado, dice Jesús á sus discípulos, para que traerais frutos, y frutos duraderos.» Tal es tambien la mision del hombre aquí bajo; el que no la llene será echado al fuego, como árbol maldito. «Para salvarse no basta, dice el Salvador, gritar: ¡Señor! Señor! Es decir, que la piedad que dá la salvacion no es la que se limita á la oracion, piedad toda de sentimiento, pero perezosa y estéril. Abusan de ella aquellos que creen que la religion no consiste sino en algunas prácticas y en la asistencia á los divinos officios. Esa fide-

dad es infinitamente laudable; dichosas las almas que se complacen en conversar con el Señor, en frecuentar sus templos, en adornar sus altares y en cantar sus alabanzas! Dichosas las almas que desean beber en las fuentes de la gracia! Pero la fe, hermanos míos, sin las obras, es, dice el Apóstol, una fé muerta: para conseguir la vida eterna son necesarias obras conformes á la fé, obras de justicia, obras de caridad. Es necesario cumplir con los deberes de su vocacion, con las obligaciones de su profesion y de su estado; es necesario hacer la voluntad del Padre celestial. Los ayunos y las austeridades son de ningun valor para aquel que, practicándolas, continúa quebrantando los mandamientos de Dios y de su Iglesia. «El que me ame, dice Jesús, cumplirá mis mandamientos.» La verdadera piedad, la que abre la puerta de los cielos, es la piedad activa y afectuosa, la piedad laboriosa y fecunda, que dirigiendo todas sus miradas al cielo, señala sus huellas en la tierra con frutos de virtud. Esta piedad es la que debéis pedir; esta piedad es la que os deseo, para que seais dignos de la eterna gloria.

PROGRESO ESPIRITUAL.

Fidimus stellam ejus in Oriente, et ventum adorare eum.

Vimos su estrella en Oriente, y hemos venido con el fin de adorarlo.

(MATEO, II, 7.)

No sin un particular designio de la sabiduría infinita, que desde lo alto de los cielos vela sin cesar por la felicidad de los hombres, apareció en el firmamento una estrella desconocida, cuya extraordinaria brillantez llamó la atención de los sibilos de Oriente. La gracia de Dios, dice S. Leon, obró de una manera especial en la produccion de este milagro, pues quiso que el nacimiento del Mesías se anunciara á todas las regiones de la tierra, y que por un fenómeno singular, llegase primero á noticia de los gentiles que de la ingrata Jerusalem. No me detendré á manifestaros, hermanos míos, las imponderables riquezas de esta gracia, que llama á los Magos á la cuna de Jesucristo.

to: pero si os encareceré la necesidad de meditar é imitar en cuanto podais la suma fidelidad y la prontísima obediencia con que, como nos lo atestigua el Evangelio, aquellos santos varones respondieron al llamamiento celestial.

Si el Espíritu Santo fallara sobre nuestra conducta ¿daria acerca de ella igual testimonio? ¿Diria por ventura de nosotros: Entendieron lo que el Señor les mandaba, y lo ejecutaron sin exámen, ni razonamiento, ni demora alguna? ¡Ah! ¿dónde está el alma fiel que cumple con semejante prontitud la voluntad de su Dios? Por vergonzoso que sea, preciso es confesar que rara vez abrimos los ojos á la gracia de Dios, aunque se nos manifieste del modo más evidente.

Sin querer penetrar en lo secreto de las conciencias, bien puede afirmarse, que hay entre nosotros no pocos á quienes la gracia de Dios solicita y apremia desde muchos años, diciéndoles: Pecadores, renunciad al pecado; justos, seguid el camino de la perfeccion. ¿Y cuál ha sido, hermanos míos, el resultado de tan repetidas y urgentes sollicitaciones?... No me atrevo á decirlo.

¡Ah! sacáramos de una vez la pereza é indiferencia que nos dominan, no sea que el ejemplo de los Magos, en vez de contribuir á nuestra perfeccion espiritual, acreciente, por el contrario, nuestra culpabilidad y atraiga sobre nosotros los tremendos castigos de la justicia divina. Infiliamos á aquellos santos varones, yendo como ellos, llenos de fe y de amor ardiente, al encuentro de nuestro Dios, caminando sin cesar por el sendero de la virtud, y haciendo continuos progresos en la perfeccion de nuestra alma. A este fin, aprovechemos los dias de vida, breves quizás, que la divina Providencia se digne otorgarnos. Las razones más poderosas, los sentimientos más nobles, la justicia, el deber, el amor, la gratitud, todo, en fin, nos induce á ello; pero principalmente la gloria de Dios, primer punto, y nuestro propio interés, segundo punto. La demostracion de estas dos importantes verdades será el objeto del presente discurso. Pílamos los auxilios de la gracia. A. M.

1. Por poco que se considere el alto fin para el cual Dios nos ha criado, se conocerá que la virtud por sí sola nos basta para alcanzarlo; porque nuestra alma no adquiere gloria ni mérito alguno á los ojos de su autor, sino en cuanto se consagra á la práctica de la virtud, único medio por el cual podemos volver algun dia al seno de Dios; de manera que, si (lo que no puedo pensar sin horrorizarme) si llegásemos, digo, á perder para siempre esa felicidad infinita, seria seguramente por culpa nuestra y á consecuencia de nuestros pecados.

Si de esta consideracion pasamos al objeto que Dios se propuso al formarnos á imagen suya, nos reconocemos aún más estrechamente obligados á la práctica de la virtud. En efecto, prescindamos del temor que deben causarnos las penas tremendas preparadas para castigo de los pecadores; sea el amor único móvil de nuestras almas, y hallaremos un nuevo y más poderoso motivo para progresar continuamente en nuestra perfeccion espiritual. Este motivo consiste en que no podemos hacer nada más agradable á los ojos de Dios que ese continuo progreso, pues con él, al paso que prestamos homenaje á sus divinas perfecciones, secundamos sus altos designios con respecto á nosotros mismos. Estas importantes verdades deben llenar de fervor y aliento á toda alma cristiana; ¡ojalá que ellas, hermanos míos, nos inspiren un amor á la virtud que nada sea capaz de disminuir ó entibiar!

Dios, ser infinitamente perfecto, es sin duda muy superior á los honores y obsequios que nuestra debilidad nos permite tributarle; mas, sin embargo, como criaturas inteligentes, como obras de sus divinas manos, nuestra misio en la tierra es glorificar su nombre. La gratitud nos obliga á prestarle aquellos honores que están al alcance de nuestros débiles medios, y por tanto, debemos procurar con el mayor ahinco ser virtuosos; aún más, progresar continuamente en las virtudes cristianas, puesto que Dios desea este progreso, lo espera de nosotros por lo que interesa á su gloria, nos lo pide con instancia y quiere que se lo manifiestemos con demostraciones sensibles. Abraham estaba consagrado al servicio de Dios; su constante sollicitud en ofrecerle sacrificios, en observar y extender su culto, lo habian, en cierto modo, preparado á recibir los favores de que estaba colmado; mas, á pesar de esto, aún debia hacer mayores progresos en la virtud, segun se lo ordenó el Señor mismo diciéndole, que fuese perfecto; *Esto perfectus*. Tranquilo en el seno de su patria, honrado de propios y extraños, lleno de paz interior, porque todavía no habia llegado para él la hora de la prueba, honraba al Dios del cielo y de la tierra con el ofrecimiento voluntario de los bienes creados: empero, era preciso que se ausentase de su patria para que su virtud se acrecentara á medida de sus penas, para que con un sacrificio heroico se hiciera más y más digno de los beneficios y de la amistad de Dios. Anda en mi presencia, le dice este Dios, ansioso de la gloria que podia proporcionarle ese fiel siervo; anda en mi presencia, con cuyas palabras parece que le diga: Quiero que me des una prueba singular de fidelidad, pues no me basta que seas medianamente virtuoso; por tanto, si me adoras verdaderamente con sumision de espíritu y sinceridad

de corazón, procura imitar en tu conducta el cuadro de mis perfecciones, mi sublimidad en tus proyectos, mi misericordia en tus relaciones con el prójimo, mi justicia en tu exactitud en dar á cada uno lo suyo, mi poder en tus combates contra las pasiones, mi longanimidad en tu paciencia en las adversidades; del contrario, no serías digno de mí, y por más que mis perfecciones te admirasen, no les tributarias el homenaje de tu afecto. Yo ambiciono, yo exijo de ti este homenaje; anda, pues, sin cansarte nunca. *Andaba.* Anda según el espíritu: fortalecido ya en la lucha con el mundo y la carne, aspira á la regularidad, y de la regularidad pasa al ejercicio de una piedad robusta y ardiente; de aquí pasa, aún más adelante, vive santamente, sé perfecto. *Andaba.* Veré tus esfuerzos, y los secundaré; tu emulación, y la aprobaré; tu valor, y lo sostendré; tus progresos, y los coronaré con un testimonio patente de mi justicia y de mi amor.

Lo que Dios en los antiguos tiempos dió á entender á Abraham, lo ha repetido á cada uno de nosotros en ciertas épocas de particular fervor de que todos podemos fácilmente acordarnos. Glorifiquemos, pues, y demos gracias á su bondad, por habernos llamado en determinadas ocasiones con su gracia y sus inspiraciones, manifestando con esto cuán vivamente desea nuestra eterna felicidad. Para responder á esos repetidos llamamientos de Dios es menester que hagamos algunos progresos, que demos algunos pasos en el camino espiritual: es necesario que pasemos sucesivamente de la tibieza al fervor, de la indiferencia al amor, del egoísmo á la abnegación, del vicio á la virtud, de la virtud á la perfección. Tal es el lenguaje que oímos interiormente, sobre todo en los preciosos momentos de la comunión, en que el mismo Jesucristo nos dice: sed perfectos, así como nuestro Padre celestial es perfecto. Este Dios Salvador, cuando habla de esta suerte á nuestro corazón, no ignora ciertamente cuán débiles somos; conoce nuestra oposición al bien, la inconstancia de nuestra voluntad, las ilusiones de nuestro entendimiento, nuestro amor al reposo, nuestra tibieza en lo que concierne á su servicio; sabe que somos hoy diligentes y fervorosos, mañana remisos é indiferentes; hoy fieles en los movimientos de su gracia, mañana sordos á sus reiteradas inspiraciones; sabe que hoy estamos firmemente resueltos á no cometer falta alguna premeditada, y mañana cometeremos sin reparo innumerables pecados so pretexto de que son leves; sabe, en fin, que hoy somos fieles observadores de nuestros deberes, y mañana los infringiremos á la primera ocasión que se nos presente y que quizá nosotros mismos buscaremos. Jesucristo conoce muy bien esa extraña disposición de nuestras almas, cuando nos dice: sed perfe-

tos; mas, sin embargo, no cesa de inculcarnos esa máxima, para inducirnos á superar los obstáculos que se nos presentan al paso, á caminar continuamente por el camino de la virtud, á contar nuestras victorias por el número de nuestras tentaciones, á adquirir por último la divina caridad, que perfecciona todas las virtudes, para que seamos dignos hijos del Padre celestial, para que lleguemos á parecernos á él cuando una criatura puede parecerse á su Criador, para que reproduzamos en nosotros mismos, aunque muy imperfectamente, su imagen, á fin de que seamos dignos de gozarle y glorificarle eternamente.

¡Ah! si comprendiésemos toda la fuerza de ese precepto; seríamos tan indiferentes é insensibles á los santos atractivos de la virtud? Después de tantos años que oímos hablar de Dios, de la gracia, y de los grandes auxilios que ésta nos suministra, ¿no deberíamos ya haber reformado nuestra vida con arreglo á un plan de virtud y santidad? ¿no deberíamos haber caminado por el sendero de nuestra santa vocación á la luz radiante de la fe? ¿no deberíamos haber buscado y puesto por obra todos los medios de agradar al Señor? ¿no deberíamos, en fin, haber producido á sus ojos toda suerte de frutos de obras buenas, como lo aconsejaba el Apóstol á los Colosenses? No creáis, empero, amados hermanos, que trate de elevar hasta una altura inaccesible para vosotros el grado de virtud á que debéis aspirar. No os diré más que lo que se dió á S. Juan para que lo transmitiese y explicase á los fieles todos, lo mismo á los que vivían en medio del tumulto del mundo, que á los que permanecían en el silencio y en la quietud del retiro: El que es justo, sea aún más justo: *Qui justus est, justifi-etur adhuc.* Esas son las palabras que oyó el discípulo amado; palabras que cada uno de vosotros debe aplicar-se á sí propio; palabras que nos revelan la gloria y el placer que Dios reporta de nuestro progreso espiritual; palabras que nos obligan á todos á trabajar sin tregua, á caminar sin descanso hacia la perfección, que es el fin que el mismo Dios ha propuesto al hombre.

Dios quiere que seáis santos, nos dice el Apóstol: *Voluntas Dei sanctificatio contra.* He aquí la explicación de esto. Dios, por su naturaleza, contiene en sí el principio de toda belleza, de toda grandeza, de toda justicia y de toda perfección. Esencialmente santo en sus operaciones, no puede amar, ni desear, ni aprobar, ni querer cosa alguna torpe ó impura. De aquí es que si se digna poner su amor y su complacencia en alguna vil criatura, y comunicarse particularmente á ella; si alguna vez lleva su bondad hasta el punto de morar en ella con una dulcísima é inefable intimidad, es porque ha

observado en aquella criatura una belleza, una bondad, una pureza de alma, que él ama como emanación de su naturaleza ó como precioso efecto de su gracia: por esto puso su complacencia en Jesucristo, porque vió en él todo el esplendor de su sustancia; por esto se comunicó á los santos, porque vió brillar en ellos su propia imagen. De aquí se infiere que Dios solo ama á la virtud, que la virtud es lo único que ama en nosotros; de donde se sigue, que solo exige de nosotros la virtud, y que nos la exige en un grado proporcionado á la gracia que se digna dispensarnos.

¡Cómo! Dios mío, ¿el precepto que nos habeis impuesto de aspirar á la santidad, es decir, de extinguir poco á poco en nosotros el germen del pecado, de abogar la concupiscencia que es su pernicioso fruto, de subyugar nuestras pasiones, de corregir nuestras costumbres viciosas, de cambiar el objeto de nuestros sensuales deseos, de vigilar nuestro corazón para preservarlo de toda sorpresa ó seducción, de observar vuestra ley, de seguir vuestros consejos, de usar de vuestros dones como de otros tantos medios de santificación, santificación que, si queremos, puede ser cada día más perfecta; ¡cómo! repito, el precepto de hacernos santos, la voluntad expresa que nos habeis manifestado de que lleguemos á serlo, no tiene otro origen que el grande amor que nos profesais, y el deseo ardiente que tenéis de procurarnos por medio de la posesion de vos mismo la eterna felicidad? ¡Y nosotros, Dios mío, no amamos en vos esa voluntad tan sumamente benévola? y la encontramos dura, onerosa y difícil de practicar, y tan quizá nos atrevemos á considerarla cual uno de aquellos preceptos cuya dureza revela el carácter severo de quien los dicta, cuando, por el contrario, no es más que un efecto de amor, del amor de un Dios-Padre! ¡Ah! rectifiquemos, hermanos míos, nuestros falsos y temerarios juicios; aprendamos á conocer la bondad de Dios hasta en sus mismos mandatos. Reconozcamos al fin que si nos manda progresar en la virtud, si quiere que nos pongamos en aquella disposición de espíritu y de voluntad que conduce á la santificación, es por nuestro propio bien, porque no hay nada más agradable para él, ni más necesario para nosotros.

2. En efecto, no hay nada para nosotros más necesario que el progreso en la virtud. Prueba de eso son los muchos años que han transcurrido inútilmente desde que tenemos uso de razón, y que han dejado en pos de nosotros un vacío tan horroroso; las muchas gracias que se nos han otorgado, y que han resultado infructuosas por causa de nuestra negligencia; los muchos méritos que hemos dejado de adquirir, no obstante la inspiración divina que con suave violen-

cia nos instaba á enriquecer con ellos nuestra alma; las numerosas ocasiones de hacer bien que hemos desaprovechado; los muchos ejemplos edificantes que hemos visto con indiferencia, cuando todo nos inducía á imitarlos; los repelidos avisos de la fé, confirmados por una frecuentísima y á veces terrible experiencia, por los cuales se nos advierte que el tiempo que tenemos para merecer es poco, que la duración de nuestra vida es incierta, que un instante puede decidir de nuestra suerte, y que por lo tanto importa muchísimo que nos desliguemos sin intermisión al cumplimiento de nuestros deberes cristianos.

Estas razones que acabo de indicar someramente, bastarán sin duda para probar de una manera incontestable esa necesidad. O somos justos, ó somos pecadores; en ambos casos tenemos que mejorar ó que reparar: el mejoramiento es obra del fervor, la reparación es obra del dolor; de manera, que siempre y en todos casos tenemos motivos poderosos que nos estimulan á adelantar en el camino espiritual, á progresar en la virtud. Mas á esos motivos generales se añaden otros dos, capaces por el temor que inspiran, de impresionar vivamente á toda alma que no mire con absoluta indiferencia los bienes ó intereses de la eternidad. Si no progresamos en la virtud, nos exponemos á ver secarse para nosotros la fuente de las divinas gracias: tal es el primer motivo.—Muchas veces vemos, sin advertirlo, en un estado de tibieza que pone en el mayor peligro nuestra salvación eterna: tal es el segundo motivo.

Dios nada debe á su criatura, y lo que ésta recibe de él es un puro don de su liberalidad. Esto no obstante, ¿rehusa Dios auxiliar nuestra debilidad? Muy al contrario, tiene siempre abiertos los tesoros de su misericordia para todos aquellos que, convencidos de su insuficiencia, invocan su poderosa protección. ¿Por ventura se niega á oír nuestros ruegos ó á satisfacer nuestros justos deseos? Lejos de esto, siendo, como es, esencialmente bueno, se goza en dispensar sus favores; y si alguna vez nos castiga, es contra su voluntad, pues nos ama con todo el amor de padre. ¿Rehusa comunicarse cuando por medio de respetuosos homenajes una criatura fiel llama á las puertas de su corazón? ¡Ah! entonces es cuando olvida en cierto modo lo que él es, para hacerla entrar en la dulcísima posesion de sí mismo. ¿Luego, direis, Dios á nadie niega su amor ni sus beneficios, y todos pueden contar con su bondad? Si, hermanos míos, desde el momento que correspondemos á sus deseos, secundamos sus designios, recibimos con fruto sus visitas y le otorgamos nuestro amor, podemos poner en él toda nuestra confianza. Pero ¿podemos tener esta con-

fianza cuando no procuramos progresar en la virtud? No. ¿Sabéis por qué? Porque el que permanece inmóvil en el camino espiritual manifiesta una pureza indigna de un cristiano, una negligencia criminal, un menosprecio imperdonable á las bondades y beneficios divinos. ¿Es conveniente, es justo que Dios se dé á nosotros, cuando descubre en nuestra alma esa pereza, esa negligencia, esa indiferencia absoluta á todo, cuando se refiere á su honra y á su servicio? ¿Debe por ventura violentarnos, contrariar nuestras inclinaciones, exigir á viva fuerza nuestros homenajes? No; porque de esta manera destruiría nuestra libertad. Entonces ¿debe continuar prodigándonos sus favores, y exponiendo por lo tanto á la indiferencia, al menosprecio y á la profanación el precio de la sangre y de la muerte de su Hijo unigénito? No, no; lo que entonces debe hacer, lo que hace comúnmente, es apartar de nosotros sus ojos y privarnos de sus divinas gracias.

Entonces sucede con nuestras almas lo que con las montañas de Gelboé, sobre las cuales ni la lluvia ni el rocío del cielo derraman sus favorables influencias. No creáis, hermanos míos, que hablo por meras conjeturas; pues cuando acabo de decirlos sobre el modo de proceder de Dios para con las almas tibias y perezosas, lo véis confirmado con repetidos ejemplos en las santas Escrituras. En ellas vemos que el Señor manda á Josué que despida la mayor parte de los que se presentan á pelear bajo sus órdenes. ¿Y cual es la causa de su exclusión? La disposición interior y actual de esos combatientes: hombres afebinados y poco aguerridos dice el Señor, acostumbrados y adionados al reposo, en vez de avanzar con valor, retrocederán al primer encuentro; la ambición de gloria personal, más bien que la gloria de mi nombre; el vano deseo de distinguirse á los ojos de la nación, los mueve á reunirse bajo tus banderas; no los admitas en tus huestes. Ved aquí, oyentes míos, el retrato de aquellas almas, que, si bien algunas veces se proponen seguir las huellas del Dios de toda virtud, dominadas por la pereza no dan un solo paso en la senda de la perfección.

En otra ocasión semejante á la anterior, el Señor prueba admirablemente la verdad de lo que estoy diciendo. Los israelitas sucumben en una batalla, de cuyo éxito depende su honra, siendo un puñado de hombres la causa de esta derrota que llena de oprobio á todo Israel. Vais á ver de qué manera explica la Escritura este ignominioso suceso. ¡Ah! dice, esos hombres no eran de aquellos fuertes de Israel, que intrépidos en el combate, avanzan sin cesar, ponen siempre su valor al nivel de los peligros que les amenazan, cuentan sus victorias

por el número de sus batallas, y no dejan enfriar el ardor que les alienta hasta despues de haber superado los últimos obstáculos: nada, en fin, anunciaba en ellos aquel santo ardimiento que pide á sus campeones el Dios de los ejércitos. Hé aquí, amados hermanos, la fiel pintura de aquellas almas que, despues de haber practicado algunas buenas obras, despues de haber conseguido algunas victorias contra sus pasiones, confiando demasiado en sus primeros triunfos, dan oídos á las insidiosas sugerencias de la pereza, y se quedan ociosos cuando deberían redoblar su actividad y ardor. Así, por no haber dado algunos pasos más en el sendero de la virtud, Dios permite que sucumban en una ocasion decisiva, manifestándoles con esto que las abandona á su propia negligencia.

En el Evangelio hallamos tambien confirmada esta misma verdad por boca de Jesucristo. Ved de qué manera procede el Señor, figurado en la parábola de los Talentos. Próximo á ausentarse, llama á sus siervos, y reparte entre ellos ocho talentos de plata, mandándoles que los negocien y acrecienten durante su ausencia. Uno de los siervos mantiene ociosa é improductiva la cantidad que se le ha dado, enterrándola en el suelo. ¿Cual será su suerte? ¡Ah! hermanos míos, tiemblo al repetir la terrible sentencia que contra él fulmina Jesucristo: *Quítadle el talento, dice; porque á quien no tiene, quítárselo aún aquello que parece que tiene*; como si dijese: El que no se aproveche de las primeras gracias que Dios le concede para que por su medio adquiera otras, para que progrese de continuo y sobresalga en la piedad, para que ponga, en fin, el sello á la obra de su perfección, á este tal, quítesele su talento, es decir, las gracias particulares que se le habian otorgado y las que se pensaba otorgarle. Despues de este tremendo ejemplo ¿habrá quien se atreva á decir, que es indiferente el progresar en la virtud? ¿No deberemos concluir más bien, que es importantísimo, que es necesario que crezcamos constantemente en méritos, en piedad y en amor delante de Dios? Si en esta parte somos renisios ¿sabéis cual será nuestro castigo? Ese fatal letargo que la pereza produce en el alma, la tibieza; porque es tan imposible que una embarracion suba sin auxilio de remos contra la corriente de un rio, como que nuestra alma deje de preparar su ruina si se detiene en el camino de la virtud. Y si bien puede suceder que en tal estado, continúe por algun tiempo gozando de la divina protección, esto no obstante, no puede negarse que corre apresuradamente á su perdición, que se acerca y casi toca á ella.

En efecto, aunque el desprecio de todo progreso espiritual, lo que

yo llamo tibieza, no iguala en la maldicia al pecado mortal, sin embargo, ese desprecio produce las más funestas consecuencias: disminuye la afición á las cosas del cielo, aminora la intensidad del afecto para con Dios; y amortigua insensiblemente, si no lo apaga del todo, el fuego de la divina caridad. Heas sublimes de la fe, reflexiones salo lables, serios pensamientos, fervorosas aspiraciones, retiro interior, oraciones afectuosas, lecturas provechosas, circunspección en el hablar, orden en las acciones cotidianas, delicadeza de conciencia; todo desaparece. Entregado á las cosas exteriores, puede decirse que el hombre ya no se pertenece á sí mismo: á tal extremo conduce la tibieza, ó sea el menosprecio con que solemos mirar cuanto se refiere á nuestro progreso espiritual. Y ese daño, ese daño inmenso que la negligencia causa á nuestra alma ¿es á lo ménos bastante sensible para atemorizarnos? ¿lo vemos siquiera? No por cierto; y esta es nuestra mayor desgracia. Vivimos en la mayor seguridad, en la confianza más absoluta; siguiendo el sendero trazado por las costumbres generales y por nuestros propios hábitos, hacemos hoy lo mismo que ayer, y haremos mañana lo mismo que hoy; giramos siempre dentro de un mismo círculo de intereses y afectos; cultivamos las mismas relaciones, nos dedicamos á los mismos negocios, practicamos los mismos ejercicios de piedad y religión, procedemos en todo con igual uniformidad, sin considerar que si nuestras acciones son malas, debemos corregirlas, y si son buenas, debemos procurar que sean aún mejores, más perfectas y más santas.

Esa vida uniforme, esa constante reproducción de obras comunes ó idénticas es un sueño, un letargo funesto que paraliza las fuerzas de nuestro espíritu. ¿Cuándo será que despertemos de él y nos digamos interiormente: ya es tiempo, ya es tiempo en verdad, de pasar del mal al bien, de lo bueno á lo mejor, de lo mejor á lo perfecto? Todo me recuerda y advierte que esta vida es para mí una cosa transitoria, que llegará la hora de la muerte, y entonces las buenas obras serán mi único patrimonio. Ahora bien, ¿qué caudal de obras buenas he acumulado para que me sirva de mérito en aquella hora suprema? No tengo más que los frutos del vicio, que me amenazan con una próxima maldición; carezco de virtudes, de aquellas virtudes dignas de la corona de justicia con que se premian los esfuerzos, la perseverancia y los progresos del alma verdaderamente cristiana: por tanto me expongo á comparecer ante el tribunal de Dios con las manos vacías, como el siervo perezoso del Evangelio. Voy, pues, á mudar de vida: lo digo con resolución y para no retractarme jamás, oh Dios mío, mediante el auxilio de vuestra gracia. Aunque me vea

precisado á repetir unos mismos actos por razon del estado en que os habeis dignado colocarme, los practicaré de manera que concurren á vuestra mayor gloria y á mi mayor perfeccion. Me propongo ser en adelante cada vez más celoso en vuestro servicio, más caritativo para con el prójimo y más atento en vigilar los movimientos de mi corazón. Esto es lo que deseo, lo que me propongo y lo que os pido.

Lleemos á cabo, hermanos míos, estas cristianas resoluciones, acrecentemos continuamente el caudal de nuestras virtudes, y entonces el manantial de las divinas gracias, lejos de agotarse, se hará más y más copioso para nosotros; y si á pesar de nuestros buenos propósitos, cometemos todavía algunas faltas, éstas no serán bastantes á desalentarnos, pues merecerán la indulgencia de Dios, que perdona á los que de veras le aman. ¡Ojalá que estas salutables reflexiones contribuyan á alentarnos con la firme esperanza de poseer despues de la presente vida los bienes de la eternidad! Amén.

PRÓJIMO; véase: AMOR AL PRÓJIMO, y CARIDAD.

PROMESAS DE DIOS Y DEL MUNDO; véase: BANDERAS (las dos banderas) y MUNDO.

PROPAGACION DE LA FE; véase: FE.

PROPIEDAD.

(EL DERECHO DE)

I.

*Invidiosus nullus, cui crescere para, donec
operetur in terra de qua sumpsit ea.*

*Mediante el suor de la rostro comerás el
pan, hasta que vuelvas á la tierra de que
fuiste llamado.*

(Gen. III, 19.)

Estas palabras, mis queridos hermanos, á la vez que proclaman la ley del castigo y de la expiación, consagran la ley no ménos respe-

yo llamo tibieza, no iguala en la maldicia al pecado mortal, sin embargo, ese desprecio produce las más funestas consecuencias: disminuye la afición á las cosas del cielo, aminora la intensidad del afecto para con Dios; y amortigua insensiblemente, si no lo apaga del todo, el fuego de la divina caridad. Heas sublimes de la fe, reflexiones salo lables, serios pensamientos, fervorosas aspiraciones, retiro interior, oraciones afectuosas, lecturas provechosas, circunspección en el hablar, orden en las acciones cotidianas, delicadeza de conciencia; todo desaparece. Entregado á las cosas exteriores, puede decirse que el hombre ya no se pertenece á sí mismo: á tal extremo conduce la tibieza, ó sea el menosprecio con que solemos mirar cuanto se refiere á nuestro progreso espiritual. Y ese daño, ese daño inmenso que la negligencia causa á nuestra alma ¿es á lo ménos bastante sensible para atemorizarnos? ¿lo vemos siquiera? No por cierto; y esta es nuestra mayor desgracia. Vivimos en la mayor seguridad, en la confianza más absoluta; siguiendo el sendero trazado por las costumbres generales y por nuestros propios hábitos, hacemos hoy lo mismo que ayer, y haremos mañana lo mismo que hoy; giramos siempre dentro de un mismo círculo de intereses y afectos; cultivamos las mismas relaciones, nos dedicamos á los mismos negocios, practicamos los mismos ejercicios de piedad y religión, procedemos en todo con igual uniformidad, sin considerar que si nuestras acciones son malas, debemos corregirlas, y si son buenas, debemos procurar que sean aún mejores, más perfectas y más santas.

Esa vida uniforme, esa constante reproducción de obras comunes ó idénticas es un sueño, un letargo funesto que paraliza las fuerzas de nuestro espíritu. ¿Cuándo será que despertemos de él y nos digamos interiormente: ya es tiempo, ya es tiempo en verdad, de pasar del mal al bien, de lo bueno á lo mejor, de lo mejor á lo perfecto? Todo me recuerda y advierte que esta vida es para mí una cosa transitoria, que llegará la hora de la muerte, y entonces las buenas obras serán mi único patrimonio. Ahora bien, ¿qué caudal de obras buenas he acumulado para que me sirva de mérito en aquella hora suprema? No tengo más que los frutos del vicio, que me amenazan con una próxima maldición; carezco de virtudes, de aquellas virtudes dignas de la corona de justicia con que se premian los esfuerzos, la perseverancia y los progresos del alma verdaderamente cristiana: por tanto me expongo á comparecer ante el tribunal de Dios con las manos vacías, como el siervo perezoso del Evangelio. Voy, pues, á mudar de vida: lo digo con resolución y para no retractarme jamás, oh Dios mío, mediante el auxilio de vuestra gracia. Aunque me vea

precisado á repetir unos mismos actos por razon del estado en que os habeis dignado colocarme, los practicaré de manera que concurren á vuestra mayor gloria y á mi mayor perfeccion. Me propongo ser en adelante cada vez más celoso en vuestro servicio, más caritativo para con el prójimo y más atento en vigilar los movimientos de mi corazón. Esto es lo que deseo, lo que me propongo y lo que os pido.

Lleemos á cabo, hermanos míos, estas cristianas resoluciones, acrecentemos continuamente el caudal de nuestras virtudes, y entónces el manantial de las divinas gracias, lejos de agotarse, se hará más y más copioso para nosotros; y si á pesar de nuestros buenos propósitos, cometemos todavía algunas faltas, éstas no serán bastantes á desalentarnos, pues merecerán la indulgencia de Dios, que perdona á los que de veras le aman. ¡Ojalá que estas salutables reflexiones contribuyan á alentarnos con la firme esperanza de poseer despues de la presente vida los bienes de la eternidad! Amén.

PRÓJIMO; véase: AMOR AL PRÓJIMO, y CARIDAD.

PROMESAS DE DIOS Y DEL MUNDO; véase: BANDERAS (*las dos banderas*) y MUNDO.

PROPAGACION DE LA FE; véase: FE.

PROPIEDAD.

(EL DERECHO DE)

I.

*Invidiosus nullus, cui crescere para, donec
operariis in terris de qua sumpsit ea.*

*Mediante el suor de la rostro comerás el
pan, hasta que vuelvas á la tierra de que
fuiste llamado.*

(Gen. III, 19.)

Estas palabras, mis queridos hermanos, á la vez que proclaman la ley del castigo y de la expiación, consagran la ley no ménos respe-

table del trabajo; y por el trabajo la ley de la propiedad. Tu vertebrás en el surco tus sudores laboriosos; palabras que parecen decir: observarás el doloroso precepto del trabajo, que es tu castigo y tu rehabilitación; tu prueba y tu gloria; tu pena y tu nobleza; y á trueque de ese trabajo, de esa fatiga, de esos sudores santificados, recogerás tu pan, el pan de tu mujer y el de tus hijos. Ese pan será tuyo, tú lo poseerás como un bien sagrado, como una propiedad santamente adquirida por el trabajo y legitimada por el trabajo; una propiedad á la cual tienes perfecto derecho; derecho pleno, de hacer que los demás la reconozcan por tuya, de defenderla, mejorarla y transmitirla á tus descendientes.

Así pues, hermanos míos, ved como lo duro y severo que esas palabras encierran para nuestros oídos, queda mitigado por su significación clara, evidente, incontestable y lógica. En la actividad aseguran el descanso, en el trabajo una garantía, una santa emulación en la cosecha, el regocijo en la hora de la muerte, dándonos, por fin, el derecho de legar á nuestros hijos, con el pan, el surco, el campo y la cabaña; el campo y la cabaña en donde hemos laboriosamente sembrado, multiplicado y conservado el pan. El amor al trabajo, afirmando la legitimidad de la posesión, funda de esta manera la propiedad.

Mas ¡ay! el pecado había entrado en el mundo. El hombre caído se dejó corromper por las pasiones, que bien pronto se apoderaron de él. La pereza, el egoísmo, la envidia, la voluptuosidad, neogidas y escuchadas por la primera familia, pasaron como herencia á las familias siguientes, y declararon en todo tiempo una guerra sangrienta y obstinada á las dos supremas leyes impuestas por la justicia y la misericordia eterna, á la ley del trabajo, y á la ley ó al derecho de propiedad.

La guerra existe todavía, y existirá siempre. A veces quedan vencidos y desarmados los brazos de la explotación y del pillage, pero nunca serán encadenados. ¡Ah! el géneo del mal subsistirá hasta el fin de los tiempos como una sangrienta y perpétua amenaza contra el orden, la seguridad, la paz y la felicidad, tanto de las familias como de los Estados.

Después de las espantosas convulsiones que hemos presenciado, y á pesar de la aparente calma de que hoy disfrutamos, ¿no creéis, hermanos míos, muy del caso predisponer á todos los hombres á que reconozcan el derecho y el deber; no estimáis muy del caso ilustrarles acerca de ese principio tutelar de los imperios, que todos los pueblos, en sus idiomas y sus leyes, han llamado el derecho de *propiedad*?

¿Acaso habrías olvidado las osadas tentativas que sembraron el espanto por do quiera? Harte sabéis lo que todavía se repite en voz muy alta. Hé aquí, hermanos míos, lo que me inspira la idea de hablaros hoy del principio de propiedad. En la primera reflexión os demostraré por qué se ataca la propiedad; en la segunda os enseñaré el modo de defenderla. Pidamos ántes las luces del Espíritu Santo por la intercesión de María Santísima. A. M.

1. El error, que desde el origen del mundo ha combatido el derecho tutelar de la propiedad y ha procurado anonadar su noción en todas las almas, ha tomado, según los tiempos y los pueblos, diferentes formas, y se ha servido de un lenguaje distinto que estuviera en relación con las pasiones y preocupaciones del momento. Hasta ha cambiado de nombre, y usurpado el privilegio del progreso; pero bajo los diferentes nombres que ha tomado, bajo sus variables fórmulas, hallaréis por do quier, y siempre, el mismo pensamiento, la misma pretensión, la misma voluntad; y vereis que ora en nombre de la fuerza del despotismo, ora por medio de la anarquía ó de la tiranía de leyes injustas, ha persistido siempre en el horrible proyecto de apoderarse del bien ajeno, de su campo, su casa, sus animales, sus parques, unas veces para repartirlos entre todos, otras para establecer el dominio universal del Estado, y hasta para convertirlo en arrendamiento á favor de brazos sin trabajo, de obreros sin bienes, y, lo diré? de ociosos ó viciosos sin pan y sin vestidos. El comunismo ó el socialismo, tal es la palabra genérica que reasume sin ambages, pinta con claridad estos perjudiciales errores, y expresa en un solo nombre las varias formas de que se ha servido en el curso de los siglos, para diseminarlos y arraigarlos en medio de pueblos engañados.

¿En qué consiste, pues, el comunismo?

¿Es una doctrina? No, seguramente. Una doctrina no tiene razón de ser, no tiene fuerza, autoridad, influencia ni vida, á no encerrar en sí la verdad, ó parte de ella: en este caso, se atrae á algunos que se declaran á favor suyo, excita el entusiasmo ó inflama á corazones de sentimientos generosos que la le inspira. Ahora bien: ¿qué verdad, ó qué fracción de verdad nos presenta el comunismo? Ninguna. Fórmula quejas, profere amenazas, pero no enseña nada; de suerte, que los mismos que lo predicán, no tienen pretensión alguna de que se le considere como doctrina. Nadie ignora, además, que no sería posible creer en esta doctrina, puesto que para apreciarla en toda su monstruosidad, basta interrogar á nuestros instintos como á

nuestra razón; á nuestra vida individual lo mismo que á la vida de los pueblos; en una palabra, á la conciencia, la filosofía, y la historia.

En efecto, el instinto invencible del hombre, tan respetable en sí; pero que hacen más respetable é indestructible el amor paternal, la responsabilidad, y las solitudes de la familia, dice en alta voz, que el producto del trabajo es sagrado é inviolable; que pertenece todo entero al trabajador y á sus hijos. Todo el mundo, en nombre de la conciencia humana, profetiza la ruina de la familia, la destrucción de todo afecto al trabajo, si en nombre del Estado ó del pueblo, se arropase algún día á alguien el producto de su trabajo. La indiferencia y la apatía emborriarían enlónes los corazones, la perza condenaría los brazos á un descenso estéril, y los hijos de ese pueblo maldito, hechos mendigos hambrientos, infamarían al Estado la creación de nuevos recursos para mantenerse y alzarse. Tales son las consecuencias lógicas, los resultados inevitables que la conciencia y el instinto de la familia aseguran de antemano á la aplicación de ese terrible error, si la Providencia permitiera algún día que se realizase.

Los pueblos han contestado, á ese grito de la conciencia humana, y todos, desde el origen de los tiempos, se han abrigado bajo la ley tutelar y protectora de la propiedad; ley escrita al frente de todas las civilizaciones, que han mirado siempre la distinción de mio y tuyo como el fundamento sólido del porvenir. Bajo este respecto, la opinión de los legisladores tanto sagrados como profanos es unánime; todos hablan el mismo lenguaje, y el historiador que busca en el pasado ilustres testimonios á favor del derecho de propiedad, puede invocar sucesivamente á Moisés y á Solón, á Numa, á Licurgo, á San Pedro y á San Pablo.

Ya sé que se cita á los espartanos, y que algunos, fundándose en ciertas prácticas, quieren hacer de la Lacedemonia el precursor y el prototipo de los pueblos comunistas. Pero toda su historia protesta contra esa falsa interpretación de sus leyes, y sin duda hubieran arrojado vergonzosamente de su territorio á quien les hubiese dicho: Estais obligados á dividir vuestras comidas y vuestros bienes con los ilotas. No, lo repito, los espartanos, bien que alteraron algun tanto el principio de propiedad, no lo negaron nunca.

Tal es, pues, el comunismo: no tiene punto de partida formal; no presenta ninguna verdad ni siquiera una fracción de ella; no derrama ninguna luz, ni se apoya en sentimiento alguno que le hagan vivir en la memoria de los hombres; y como no se manifiesta sino

por amenazas sangrientas y gritos de muerte, desde la cuna de las sociedades humanas ha sido condenado por la conciencia indignada del hombre, por el instinto de familia, por la razón escrita de los pueblos, y lo ha sido lo mismo bajo la tienda de las tribus nómadas, que en el seno de la risueña Atenas, y en las graves asambleas del foro de la capital del mundo. ¡Ah! para combatir é infamar ese error feroz y funesto, se han reunido en un mismo y vivo sentimiento la indignación más legítima, la conciencia, la filosofía y la historia. Digámoslo en una palabra; el comunismo, ha sido, es y será siempre el espanto de todas las naciones.

Y sin embargo, ese monstruo vive, turba y agita el mundo. ¿Qué misterio es este? ¿Se dirá que es efecto de una gran locura? No; porque se pueden suponer dos, tres, ciento, novecientos cerebros desorganizados; pero no es posible que esta plaga moral se extienda por contagio á miles de hombres. Ahora bien: el comunismo es anunciado, difundido, vulgarizado por millares de hombres de todas razas, lenguas y países; ha inspirado á célebres oradores en las tribunas nacionales; ha guiado la pluma de escritores serios, y de reconocido talento; ha cautivado las pasiones de numerosas masas que batían palmas y aplaudían con entusiasmo al oír las revelaciones de los ministros y predicadores de tan horrible error. Pregunto otra vez: ¿qué misterio es este?—Hélo aquí: el comunismo, no cabe duda, es absurdo por sí mismo; pero contiene algo racional, algo motivado, que fomenta poderosamente su rápida difusión y prepara su triunfo. Este algo consiste en los bienes que promete, en los goces que asegura, en los sueños que inspira, en la fiebre, en fin, que comunica; fiebre de ambición, de envidia, de cólera, de destrucción, de desesperación y de venganza. Hé ahí el secreto de su fuerza y de su persistencia. Exultad, sí, á esos corazones engañados, interrogad á esas conciencias alucinadas, descendid al fondo de esas almas impacientes que propagan la idea del comunismo, y en ellos descubriréis los caracteres de un delirio calenturiento, de una enfermedad moral, cuyos progresos, por desgracia, ván todos los días en aumento, á pesar de los paliativos con que se le combate, y á despecho de las lecciones amargas y sangrientas que les da la Providencia.

¿Es acaso la propiedad misma, como se la acusa, la que pone las armas en las manos impacientes por destruirla? Escuchad, y luego juzgareis.

La propiedad, en su noción verdadera y elemental, ha dejado de ser comprendida, lo mismo por los que la atacan que por los que la

defienden. Hoy por hoy, ricos y pobres, hombres de órjen y comunistas, todos, ó casi todos, abusan de la propiedad.

Me explicaré: Generalmente se cree que la propiedad dá y conserva el derecho al goce exclusivo, absoluto, sin participacion, sin beneficios, sin amor y sin misericordia; que ha sido establecida únicamente para procurar á sus dueños todos los goces, soñados por su imaginacion, y buscados con ardor, sin cuidarse de los pobres y de los hambrientos y abandonados. En otros términos, se pretende, que el derecho y el objeto de la propiedad, consisten, ante todo, en procurar las satisfacciones y los goces inherentes á la posesion. ¡Error! ¡hermanos míos, error profundo y completo! Porque si la propiedad es ese derecho brutal al goce absoluto, ciego y sordo para los otros, decidme, ¿qué será entonces de la pobreza, su término opuesto? Para ser lógico y consecuente hemos de afirmar que la pobreza es el derecho de padecer.—Pero quien dice derecho, dice ventaja, bien, riqueza, y sería por cierto una irrision insolente elevar á axioma: *que la pobreza es el derecho de padecer.* ¡Qué es, pues, entonces? Porque, al fin, la definicion de la propiedad lleva consigo la definicion de la pobreza. ¡Será preciso, por lo tanto, considerar la pobreza como el derecho de padecer? ¡Justos cielos! ¡qué blasfemia! ¡qué lábios se atreverían á proferirla? ¡Cómo! ¿Dios habría criado á unos hombres tan solo para gozar, y á otros para sufrir; á unos para poseer sin caridad, sin limosna, y á otros para gemir sin alivio, sin simpatía, sin merecer la compasion de nadie? ¿Dios habría predestinado á aquellos á la opulencia incommunicable, y á los otros á la miseria perpétua, y los habría puesto frente á frente como dos ejércitos enemigos, irreconciliables, y para siempre hostiles? No; Dios no ha hecho dos castas semejantes, no ha dado en herencia á los unos las lágrimas y las privaciones, ni ha reconocido en los otros el derecho homicida del egoismo; Dios no ha establecido la sociedad humana sobre una base tan injusta, ni ha echado en medio de los hombres una levadura de discordias, de odios y de guerras sangrientas; nó, Dios nó lo ha hecho, ni pudo hacerlo, porque no ha dicho ni pudo decir, *que la propiedad es un derecho brutal, absoluto, ciego y sordo:* máxima paradójica é impía, cuyo corolario lógico y fatal, pero no menos paradójico é impío sería este: *La pobreza es el derecho de padecer, el deber de sufrir.*

Vosotros, amados hermanos míos, comprendéis sin duda todo lo que tiene de desastrosa la nocion que acabo de explicar, nocion que eterniza la envidia, el odio, la amargura y la guerra de aquel que

nada tiene contra el que posee: nocion que desarma al rico en frente de la expoliacion. Porque, decidme, ¿con qué discursos convencionales al miserable, al expoliador, que apelará á la fuerza abierta, ó á la fuerza hipócrita de leyes odiosas para arrebatarnos vuestros bienes? ¿Invocaríais contra él los principios tutelares de la propiedad? Pero estos principios ¿no serían entonces emitidos por el egoismo y el culto del goce absoluto? Los miserables, pues, podrían contestaros: nosotros somos más numerosos que vosotros; nos constituiremos legisladores, y, en nombre de la ley, lo transformaremos todo en provecho nuestro y abrogaremos, si es necesario, las leyes que habeis confeccionado para defender vuestra riqueza. ¿Les recordareis las leyes tan suaves, tan verdaderas, tan puras del Santo Evangelio? ¡Ah! ellos tomarán el libro divino, os leerán sus sagradas páginas, y, en nombre de Jesús os probarán hasta la evidencia, que el Salvador de los hombres nunca ha reconocido en la propiedad el derecho exclusivo, absoluto, sin caridad, sin amor, sin hacer participantes á los otros de los goces que la propiedad asegura.

2. Jesucristo nos dá la nocion verdadera de la propiedad, y con ella nos ofrece los medios de defenderla. ¿Cual es, segun las sagradas Escrituras, la idea verdadera, la idea aplicable de la propiedad? Yo leo en San Juan: «Quién tiene la sustancia de este mundo, y viendo á su hermano en necesidad, cierra las entrañas para no compadecerse de él: ¿cómo es posible que resida en él la caridad de Dios?» (I. Ep. c. m. 17).

Ved por donde, segun el apóstol, y os suplico que os fijéis en esta expresion significativa, la propiedad es *la sustancia de este mundo*, sobre la cual está establecido y vive el mundo, es decir, la sociedad toda entera, los ricos y los pobres, los grandes y los pequeños. Esta palabra, *sustancia*, San Pablo la empleó tambien cuando dijo, *que la fé es la sustancia de las cosas que esperamos.* Esas palabras contienen toda la doctrina de ambos apóstoles sobre el misterio de la vida del alma y de la vida del cuerpo. Si; el hombre se sostiene con dos sustancias, la una, que es la vida, la fuerza de su alma; la otra, que es la vida, la fuerza de su cuerpo; la una, que dá la vida eterna del alma; la otra, que sostiene la vida temporal del cuerpo. En otros términos, la fé y la propiedad, hé aqui las dos columnas inquebrantables de la sociedad cristiana, las dos riquezas, las dos fuerzas necesarias al cristiano. Y la primera consecuencia, en lo que concierne á la propiedad, es esta: El hombre que se alimenta de la doctrina cristiana ha de considerar la propiedad, cuyos productos debe arreglar y distribuir, como un tesoro que la divina Providencia

ha confiado á sus manos fieles, y del qual, en nombre de la justicia y de la caridad, debe hacer participantes juntamente con su familia y los suyos, á sus hermanos que gimen en el dolor y en la pobreza. El cristiano rico, dueño legítimo de sus bienes delante de la ley, la sociedad y la religion, siempre deseará de todo corazón socorrer á los pobres, que le bendecirán como el arrendatario de la Providencia, y merecerá la caridad fecunda, comprenderán las condiciones sublimes y respetables de la propiedad. La segunda consecuencia será la reconciliación del pobre con el rico, la union estrecha y fraternal que reinará entre ellos y confundirá sus vidas. El goce nada tendrá de exclusivo, de duro, de cruel ni de absoluto; en el banquete de la vida se sentirá el que posee y el que nada tiene; por manera, que si en la frente del primero brilla la virtud de la caridad tierna y fraternal, en la frente del segundo se verá pintado el más vivo y verdadero reconocimiento, y en ambos se oscurecerá la fé en un mismo Dios, en un mismo Padre, quien, desde su trono de gloria, bendice al rico que da, y al pobre que recibe.

Pues bien; yo me atrevo á afirmar con toda la autoridad de mi sagrado ministerio, que esa idea cristiana de la propiedad, esa aplicación afectuosa de los bienes que procura, la pone por su propia virtud al abrigo de todo ataque, levanta entre ella y sus adversarios un muro que éstos no podrían jamás derribar; porque, en fin, ¿qué lado débil puede ofrecer el cristiano rico, que acaricia al pobre, le consuela, le alimenta y le abraza? En verdad, no acierto á verlo. ¿Qué puede enviciar el pobre al cristiano rico, que libre y espontáneamente le hace oficios de padre y de bienhechor? Lo ignoro. ¿Será el placer? El placer! Pero el cristiano, por rico que sea, ha dejado acaso de ser hijo de Adán, hijo de esta raza que *gime*, dice San Pablo, y *no cesa de sufrir como en los dolores de parto*? No está sometido á las penas del cuerpo y del espíritu, inseparables de la condición humana? ¿Por ventura la enfermedad respeta su morada? La muerte, corriendo las cortinas de seda que protegen la cuna de su hijo, ¿no le arrebatada cada día el más caro de todos los bienes, por quien sacrificaría gustoso cuanto posee? El placer del rico! ¡Oh! escuchad sus suspiros, oíd sus lamentos, y confesad, que en su vida, como en la del pobre, los placeres son excepciones pasajeras y muy raras, reemplazados siempre por angustias, alarmas, amarguras, que velan sin tregua ni descanso en la cabecera de su cama.

Además, su vida es laboriosa y consagrada toda entera al cuidado de aquellos que adiva. Por la mañana distribuye las horas, y con tierna solicitud señala el tiempo que ha dedicar á los expósitos, á las salas

de asilo, á las juntas de beneficencia, á las visitas de enfermos, etc. Su actividad se extiende á todo, y la caridad le transforma en obrero ocupadísimo, afectuoso, infatigable.

Finalmente, es necesario decirlo todo: el rico verdaderamente cristiano siente el aguijón de la penitencia y de la mortificación; como verdadero discípulo de Cristo, castiga su cuerpo y huye del mundo, de sus goces y placeres. A las magnificencias del teatro prefiere la pompa de las ceremonias religiosas; á los bailes voluptuosos y lascivos sustituye las reuniones de familia, las lecturas piadosas, las inocentes recreaciones.

¿Por qué, pues, envidiarle sus bienes, sus campos y su casa? ¿Sería, acaso, hermano mio, porque tú careces de casa, de rentas, de riquezas? Pues bien, escucha esta última relexion, y dá gracias á N. S. Jesucristo, porque salvando la propiedad, ha salvado al mismo tiempo, regenerado y glorificado tu pobreza. Si; N. S. Jesucristo ha salvado en el pobre, no solo la dignidad de hombre, levantándolo hasta él, sino su vida corporal y la de sus hijos, inspirando en medio de su pueblo la virtud de la caridad, que el Apóstol llama la más grande de todas las virtudes: *major autem charitas*.

Cumpléranse los tiempos; la obra de la redención se acerca: el *Verbo eterno va á hacerse carne*. ¿Dónde descenderá? En el palacio de los césares de Roma, ó en Atenas, la graciosa capital de Grecia, patria de las artes, cuna de los grandes hombres, y reina del mundo por el génio? No, hermanos míos, sino en la Judea; en un establo de Belen nace el Salvador del mundo; pobres pañales cubren apenas su desnudez; animales y pastores son sus cortesanos. Mes tarde, comerá el pan con el sudor de su frente; padecerá frío, hambre y sed, y no tendrá dónde reclinar la cabeza. El Hijo de Dios, á su venida, encuentra al pobre abafado, humillado, sacrificado en los circos y en los coliseos; vé sus espaldas magulladas por el látigo; le halla anonadado bajo los desdenes de un menosprecio general; y se hace pobre y el más pobre de los pobres para glorificar la pobreza, y hacer que los hombres, prosternados á sus pies, la veneren en su persona. ¡Ah! desde este admirable misterio se ha visto á los hombres más grandes entre los grandes, humillar el orgullo de sus diademas delante de los pobres amigos de Jesucristo, lavarles los pies, y servirles en la mesa por sus propias manos. Se ha visto á los príncipes de la ciencia renunciar á la gloria del mundo, y ocultar bajo los girones de una pobreza voluntaria los magníficos descubrimientos de su génio. Se ha visto en Asis, al rico Francisco despre-

ciar sus bienes, abrazar con pasión la pobreza, comunicar el fuego celestial que arda en su corazón á millones de discípulos, quienes, á imitación suya, han cantado de un polo á otro, y por espacio de seis siglos, cánticos de amor á la santa pobreza. Tal es la dignidad del pobre entre los verdaderos cristianos; su pobreza es un título de nobleza, una especie de filiación divina, un misterioso parentesco con Cristo, Rey de los reyes. Decidme, pues; ¿qué puede envidiar al rico el pobre tan elevado por Dios?

Con su dignidad personal Jesucristo quiso además asegurar al pobre el pan de cada día, que pide al Padre que está en los cielos, con las mismas palabras con que el Salvador le enseñó á pedirle. Desde hace diez y ocho siglos la caridad cristiana se lo asegura bajo mil formas, diferentes. Del tiempo de los apóstoles datan las fundaciones de hospitales, las coledas á domicilio, las congregaciones de caridad, las ropas para los necesitados, las sopas gratitas para los obreros sin trabajo, las cajas de ahorros y de socorros mútuos, instituciones esparcidas en el mundo que lo envuelven como vasta red. La Providencia, que vela sobre el pobre, parece que ha impreso por sí misma el sello de duración á esas instituciones de caridad, puesto que han resistido á la invasión de los bárbaros, atravesado los siglos del feudalismo, afirmado las instituciones gigantescas de la Edad media y de nuestros días, hasta convertirse en instituciones sociales y públicas, que forman la única esperanza de las almas inquietas por lo porvenir. Los corazones y las almas, por largo tiempo separados sobre cuestiones graves, vendrán al fin á encontrarse en el terreno neutral de la caridad cristiana. El amor á los pobres, reúne los elementos dispersos de una nueva coalición, cuya misión de reconstruir y salvar las familias y las casas de los desgraciados es invocada por do quiera como el único y supremo medio de salvación. ¡Santa coalición de las almas, que constituye la vida, la potencia y la energía del mundo! ¡Santa coalición, que enjuga las lágrimas de los que lloran, abriga bajo los techos de la caridad á los desgraciados sin asilo, y con el pan de cada día, enciende en las almas las luces divinas que disipan todas las neblinas, los dulces sentimientos de amor que apresuran la reconciliación tan vivamente deseada! ¡Santa coalición, cuya cadena magestuosa se extiende desde el Calvario hasta el umbral de la puerta de cada iglesia, dando al sacerdote el derecho de decir á los enemigos de la propiedad: Vosotros pedís á favor del pobre respeto y pan; pues bien, entrad en el templo, y allí, en aquel altar, contemplad la santa víctima que fundó en la tierra y sostendrá hasta el fin de los tiempos las dos

grandes escuelas abiertas á las generaciones humanas: la escuela del respeto y la de la caridad.

Tal vez se nos contestará; reconocemos de buen grado que el Evangelio manda honrar al pobre y practicar en su favor la virtud inagotable de la caridad. Pero el caso es, que las riquezas frecuentemente echan á perder las almas y endurecen los corazones; y si quereis prestar oídos á las quejas y agravios de los pobres que se levantan en torno vuestro, os convencereis de que no todos los ricos son cristianos.

Indudablemente existe ese escándalo; es uno de aquellos escándalos que según Jesucristo habrá siempre en el mundo; es la decadencia, la concupiscencia que pesa sobre la debilidad del hombre, turban su espíritu, extravían sus sentidos y quebrantan su voluntad; pero, tenedlo entendido, ese escándalo no debilita la bella y consoladora doctrina de la Iglesia sobre la propiedad y la pobreza. Me parece haber probado, que Jesucristo proporcionó á los ricos el medio de salvar la propiedad, haciéndola bendecir del pobre; y que si los ricos cumplieren con los deberes que les impone el catolicismo, la sociedad no sería más que una gran familia, cuyos hijos se mancomunarian para orar, gemir, regocijarse y consolarse mutuamente. Esto nos basta; querer exigir más de una religión que no posee otras armas que la persuasión, la verdad, y el amor, sería desconocer el espíritu del cristianismo, y echarle en cara como un crimen lo que constituye su gloria; nó; no recurry nunca á la violencia ni á la fuerza para gobernar las almas, sino aguardar con paciencia á que los pueblos, para su felicidad, escuchen sus ruegos.

En cuanto al rico, olvidado de sus deberes sagrados, además de la justicia eterna, que no desfilará siempre, vé que le aguarda en su lecho de muerte con este terrible anatema: Vé, maldito, tuve hambre, y no me diste de comer; tuve sed, y no me diste de beber; estuve desnudo, y no me cubriste; estuve encadenado, y no me consolaste; enfermo y moribundo, y no me visitaste; vé, maldito, á las llamas vengadoras del infierno; el mal rico, digo, vé que la inexorable justicia de Dios empieza ya á castigarle acá bajo con las inquietudes, las angustias, los remordimientos que le destrujan, le torturan y le envenenan en sus momentáneos y egoístas gozos.

Mas hemos de decirlo todo, si quereamos que los hechos no acusen nuestro silencio. A Dios gracias, todavía es considerable el número de ricos que son verdaderos cristianos. Si la gratitud y los homenajes merecidos no los designasen todos los días á la estimación general, los ataques apasionados contra sus limosnas lo demost

rían claramente. ¡Ah! el espíritu del mal no se equivoca: ha visto que los actos libres, inteligentes, espontáneos, generosos de estos ricos mantenían la concordia entre el rico y el pobre, y ha inspirado esa extraña repulsión, esa celosa influencia, cuya última consecuencia ha sido hacer que el Estado administrara, regentara, organizara los socorros y las limosnas de la caridad de los hijos de Dios. ¡Oh, cruel habilidad de los enemigos de la cruz! Sabiendo que el Estado, cuerpo abstracto, no puede exigir ni recibir ningún reconocimiento, que los protegidos no están obligados á ninguno de los nobles sentimientos que dilatan el corazón por la generosidad del que dá, y la gratitud del que recibe, han tratado de herir la limosna individual que mantiene relaciones afectuosas entre el rico y el pobre; han designado á las iras populares la mano, que dando con santo pendor y tierna delicadeza, es la única que consuela sin humillar. ¡Oh cristianos ricos, levantaos! no permitais esta guerra fratricida, y por medio de vuestras limosnas haced reinar entre nosotros el amor, la concordia y la paz. Si la riqueza se hace cristiana, la sociedad le deberá una vez más su reposo y la estabilidad del orden; por el contrario, si persevera en las tradiciones egoístas de la antigüedad pagana, y no comprendiendo sus verdaderos intereses, rehúsa oír la verdad, vendrá un diluvio de males... Pero no; una nueva arca flotará sobre las olas tumultuosas, y esta arca abrigará en su seno al nuevo Noé, á la santa familia predestinada á distribuir el oro y los beneficios de la caridad.

¡Ricos segun el corazón de Dios! sed desde este día esa familia protectora, transmitid á las futuras generaciones la idea cristiana de la propiedad; y los que vean vuestras virtudes y vuestro desprendimiento, señalándoos á vosotros y á los pobres que habreis asistido, dirán: ¡Mirad, como se aman! Así sea.

PROPIEDAD.

(DERECHO DE)

II.

*Non Fortibus factes.
No hurtaras.*

(Exod. xx, 15.)

La propiedad es una de las bases de la sociedad; sin embargo, se trata de destruirla en nombre del interés del genero humano. Es preciso, se va diciendo, poner un término á la desigualdad que reina en el mundo, en la repartición de bienes. Hay hombres que se mueren de tedio en la abundancia, y que despues de haber saciado sus pasiones, no saben qué hacer con lo que les sobra, mientras que muchos otros desfallecen en la miseria, y más frecuentemente en la inacción. ¿No es esto un abuso horrible? ¿Puede tolerarse por más tiempo que los unos lo tengan todo, y los otros deban contentarse con tender la mano y reanir, con el nombre de limosna, la migaja que quiera dejar caer el rico de su mesa y de su lujo? Es preciso destruir esta fuente viva de toda injusticia, y de toda miseria. Esto es lo que algunos van repitiendo; y es preciso defender y justificar la propiedad. Vamos pues á demostrar que las sagradas Escrituras consagran el derecho de propiedad, y á combatir las objeciones de los que quisieran destruirla. Pidamos ántes los auxilios de la gracia. A. M.

1. El Sinaí arde, tiembla bajo el peso de las grandezas que sombream y cubren su cima: ruidos misteriosos y solemnes anuncian la presencia del Señor de los cielos. Dios habla. Óigole condenar la idolatría, el falso testimonio, el adulterio, la fornicación, el homicidio... y la propiedad, ¿pues? La propiedad, carísimos hermanos, lejos de condenarla, la toma bajo su protección, y prohíbe que á ella se toque con un mandamiento expreso: *No hurtarás, no codiciarás la casa de tu prójimo, ni desearás su mujer, ni esclavo ni*

esclava, ni buey ni asno, ni cosa alguna de las que le pertenecen (Exod. xx, 15 et 17).

Y así consagra para siempre el derecho de propiedad. Este divino oráculo muestra que este derecho anterior es obra del mismo Dios, y que no lo puso en los instintos, en el ánimo, en el corazón, en las facultades, en los brazos y bajo los pies del hombre, hasta después de ponerlo en los invariables decretos de su providencia: *No hurtarás...*

Pero hay más, hermanos míos, no solo se prohíbe aquí el robo, si que también el deseo del bien ajeno. Cuando se trata de una simple convención de los hombres, arbitraria, variable, no se prohíbe pensar en cambiarla, ni desear, á lo ménos, en lo íntimo del alma, que haga lugar á otras combinaciones, á otros sistemas. Pues bien! Dios defiende la propiedad aún contra los deseos más ocultos: *non concupisces*; y por eso son condenados todos los que alimentan en su corazón una injusta codicia, ó provocan é inflaman la ajena.

Pero ¿quizás ha revocado el Salvador los decretos del Sinaí, del mismo modo que ha revocado las tolerancias mosaicas sobre la poligamia y el divorcio? ¿Quizás tenía en realidad por objeto la unión de los hombres bajo el régimen de la posesión común, ó á lo ménos repartida por igual? Truena contra los ricos, y para los pobres no tiene más que palabras afectuosas. Vive en común con sus apóstoles, y deja tras sí inspiraciones que originan la comunidad de los primeros cristianos y nuestras innumerables comunidades religiosas. Tal es la obediencia; vamos á la respuesta.

Nó, Jesucristo nada ha cambiado de la propiedad, nada del derecho, nada de las teorías, nada siquiera, en su vida, de las aplicaciones de la propiedad. Nó, no ha modificado el precepto general del Sinaí, que la consagra con la prohibición del robo y del deseo del bien ajeno. *No ha venido á destruir la doctrina de la ley, sino á darle su cumplimiento* (MATT. v, 17); *guardad los mandamientos* (MATT. xix, 17). Es la base de la moral cristiana, como lo era de la moral antigua. ¿Propone Jesús alguna innovación que sepaís, en el órden material? ¿Conocéis de él un plan, un designio, una palabra de reforma relativa á los asuntos terrenos? Nada de eso hallais en el Evangelio, donde precisamente leéis lo contrario. En la parábola de los talentos, el amo confía sumas desiguales á sus servidores, recompensa al que ha ganado más y castiga al que no ha hecho valer lo poco que se le confió (MATT. xv, 14, 30). En la parábola de la viña se llama á los trabajadores al trabajo á horas diferentes, y el amo les paga á todos igualmente, diciendo á los unos

que les dá lo justo y convenido (MATT. xx, 15), haciendo comprender que dá lo mismo á los demás, no porque hayan trabajado con más capacidad ó más ardor, sino por pura condescendencia y para recompensar su docilidad en responder al primer llamamiento (MATT. xx, 14).

Una mujer derramaba perfumes sobre sus piés, y Judas murmuró: *¿Por qué no se ha vendido este perfume para limosna de los pobres* (JOAN. xii, 5)? Respondió Jesús: *En cuanto á los pobres, los tenéis siempre con vosotros; pero á mí no me tendréis siempre* (JOAN. xii, 8). El texto dice *tenéis*; pero el sentido futuro es evidente, como bastante lo indica la voz *siempre*.

Nada por otra parte lo prueba mejor que los elogios y las reconvenções que Jesús dirigirá á todas las naciones reunidas en el día del juicio. Sus bendiciones y sus maldiciones tendrán por objeto principal los cuidados caritativos dispensados á los pobres. Habrá pues pobres hasta el fin. Si siempre ha de haber pobres, no es posible ninguna igualdad de bienes. Limosna pues y propiedad; que la limosna solo se hace de nuestros bienes, y aún de lo superfluo de estos bienes.

Después de eso, cuando oís que el Salvador truena contra los ricos, ¿creéis que condena en ellos la riqueza y aún la simple propiedad? Eso fuera una contradicción manifiesta con lo que acabamos de ver; por eso solo condena los gozes sensuales ó la vara insensibilidad del rico (LUC. xvi, 20, et seq). Verdad es que vive en la indigencia; pero le vemos sentado á la mesa de los ricos Simon y Zaqueo (MATT. xvi, 6.—LUC. xix, 2). Predica la confraternidad de los corazones, pero no la comunidad de bienes. Dice á todo el género humano: *Guardad los mandamientos*; por consiguiente poseed, si podéis, los bienes de la tierra, pero justa y caritativamente. Dice á las almas recogidas: *¿Queréis ser perfectas? Despojadas de todo en favor de los pobres*; esto es, sed pobres á ejemplo mio, no por necesidad, sino por amor.

Si lo permitiesen los límites de esta instrucción, pasando de los textos del Evangelio á los escritos de los Apóstoles que lo sellaron con su sangre, ¿qué abundancia de testimonios no hallaríamos en favor de la propiedad en los lábios de los mismos que á ella renunciaron? San Pablo excluye del reino de los cielos á los ladrones (I Cor. vi, 10). Proclama la *legitimidad del salario* (I Tim. v, 18.—Jac. v, 4). Encomienda á los esclavos que respeten el bien de sus amos (Coloss. iii, 22 et 25). Ordena á los padres que *ateoren para sus hijos*. (II Cor. xii, 14). ¿Quién pues sostendrá aún que el Evangelio y los apóstoles han condenado la propiedad?

2. Pero los primeros cristianos, se dice, pusieron sus bienes en común! Entendámonos. Aquí solo se trata de los de Jerusalén; pues los de Antioquía, Corinto, Atenas, Esmirna, Tesalónica, Efeso, Roma, Asia, las Galias, África; en una palabra, todos los neófitos del Evangelio que formaron la cristianidad de bienes, sinó que se conformaron sobre esta punta con las leyes del tiempo y de su país.

Los de Jerusalén ofrecieron en verdad algun tiempo el hermoso espectáculo de la comunidad, pero su asociación, tal como quisiéramos verla reproducirse á millares y durar siempre, si fuese posible este prodigio, se fundaba en el espíritu de fe, en la caridad, en la humildad, en la penitencia, y no en la orgullosa proclamación de los derechos de la capacidad, en la satisfacción de las necesidades individuales, en la necesidad de gozar de esta vida, en el interés personal, en fin, oculto en el fondo de una comunidad, en donde se espera subir de la pobreza á la riqueza y de la condicion más humilde á la dominación y al mando.

Otro tanto diremos de las comunidades religiosas, libres asociaciones de fe y devoción. Ellas reconocen el derecho de propiedad y lo practican bajo una forma general, es verdad, pero no ménos real. Las posesiones de una Orden no pertenecen á otra Orden.

En ellas á la pobreza voluntaria se añaden otras clases de abnegación que sostiene la primera: la obediencia y la castidad. Ahora bien, pretender sustituir esas prodigiosas instituciones con una comunidad cualquiera, sin el principio de abnegación, excitando por el contrario, la sed de gozes materiales y exaltando la independencia de los ánimos, es desconocer el corazón humano. Respetemos, pues, la propiedad, y contribuiremos al bien de la sociedad y de la religión.

PROSPERIDADES TEMPORALES.

(PELIGRO DE LAS)

Prosperitas aultorum perdet illon.
Aquelto en que sus negocios ponca su felicidad, sera sa ruina.

(Pov. 1, 32.)

No conocen la religion los que quieren gozar de reposo y tranquilidad antes de los trabajos y sufrimientos. Fue preciso que Cristo padeciese para que de este mundo entrase en su gloria. Este fué el camino de la cabeza, y el mismo debe ser el de los miembros. Es preciso que los cristianos padezcan acá en la tierra, si quieren participar algun dia de la gloria del Señor; no podemos entrar en la morada de las delicias que nos están prometidas, sinó por la puerta de los trabajos.

Por eso parece que solamente tiene anatemas la religion para los que reciben su consuelo en esta vida. En todas partes llama la Escritura desgraciados á los que rien y están hartos; solamente ofrece las consoladoras promesas á los que padecen acá en la tierra; asegura que este mundo está entregado á los impíos como su posesion y herencia; que la recompensa de los santos en la tierra son las lágrimas y las aflicciones: finalmente, que su reino no es de este mundo. No quiero decir con esto que no sea posible la salvacion en todos los estados, ó que la religion condene las distinciones del nacimiento, de la fortuna, del estado y de la autoridad, establecidas por el mismo Dios, y tan necesarias para la subordinacion de los pueblos y tranquilidad de los imperios. Los reyes fueron llamados al establo de Belen del mismo molo que los pastores: La Iglesia tuvo en sus principios fieles en la casa del César: *Qui de Cesaris domo sunt*, (Philip. iv, 22), como en la tienda de Simon el curtidor. Pero preciso es confesar, que los favores temporales que en el órden de la santidad deben servir de medios para la salvacion, muchas veces sirven de instrumentos de perdicion y de vicio.

El hombre abusa de los beneficios de Dios, y nada es tan peligro-

2. Pero los primeros cristianos, se dice, pusieron sus bienes en común! Entendámonos. Aquí solo se trata de los de Jerusalén; pues los de Antioquía, Corinto, Atenas, Esmirna, Tesalónica, Efeso, Roma, Asia, las Galias, África; en una palabra, todos los neófitos del Evangelio que formaron la cristianidad de bienes, sinó que se conformaron sobre esta punta con las leyes del tiempo y de su país.

Los de Jerusalén ofrecieron en verdad algun tiempo el hermoso espectáculo de la comunidad, pero su asociación, tal como quisiéramos verla reproducirse á millares y durar siempre, si fuese posible este prodigio, se fundaba en el espíritu de fe, en la caridad, en la humildad, en la penitencia, y no en la orgullosa proclamación de los derechos de la capacidad, en la satisfacción de las necesidades individuales, en la necesidad de gozar de esta vida, en el interés personal, en fin, oculto en el fondo de una comunidad, en donde se espera subir de la pobreza á la riqueza y de la condicion más humilde á la dominación y al mando.

Otro tanto diremos de las comunidades religiosas, libres asociaciones de fe y devoción. Ellas reconocen el derecho de propiedad y lo practican bajo una forma general, es verdad, pero no ménos real. Las posesiones de una Orden no pertenecen á otra Orden.

En ellas á la pobreza voluntaria se añaden otras clases de abnegación que sostiene la primera: la obediencia y la castidad. Ahora bien, pretender sustituir esas prodigiosas instituciones con una comunidad cualquiera, sin el principio de abnegación, excitando por el contrario, la sed de goce materiales y exaltando la independencia de los ánimos, es desconocer el corazón humano. Respetemos, pues, la propiedad, y contribuiremos al bien de la sociedad y de la religión.

PROSPERIDADES TEMPORALES.

(PELIGRO DE LAS)

Prosperitas aultorum perdet illon.
Aquelto en que sus alicios ponca su felicidad, sera sa ruina.

(Pov. 1, 32.)

No conocen la religion los que quieren gozar de reposo y tranquilidad antes de los trabajos y sufrimientos. Fue preciso que Cristo padeciese para que de este mundo entrase en su gloria. Este fué el camino de la cabeza, y el mismo debe ser el de los miembros. Es preciso que los cristianos padezcan acá en la tierra, si quieren participar algun dia de la gloria del Señor; no podemos entrar en la morada de las delicias que nos están prometidas, sinó por la puerta de los trabajos.

Por eso parece que solamente tiene anatemas la religion para los que reciben su consuelo en esta vida. En todas partes llama la Escritura desgraciados á los que rien y están hartos; solamente ofrece las consoladoras promesas á los que padecen acá en la tierra; asegura que este mundo está entregado á los impios como su posesion y herencia; que la recompensa de los santos en la tierra son las lágrimas y las aflicciones: finalmente, que su reino no es de este mundo. No quiero decir con esto que no sea posible la salvacion en todos los estados, ó que la religion condene las distinciones del nacimiento, de la fortuna, del estado y de la autoridad, establecidas por el mismo Dios, y tan necesarias para la subordinacion de los pueblos y tranquilidad de los imperios. Los reyes fueron llamados al establo de Belen del mismo molo que los pastores: La Iglesia tuvo en sus principios fieles en la casa del César: *Qui de Cesaris domo sunt*, (Philip. iv, 22), como en la tienda de Simon el curtidor. Pero preciso es confesar, que los favores temporales que en el órden de la santidad deben servir de medios para la salvacion, muchas veces sirven de instrumentos de perdicion y de vicio.

El hombre abusa de los beneficios de Dios, y nada es tan peligro-

so como la abundancia de bienes temporales. De estos peligros voy á ocuparme en el presente discurso: quiero demostrar á aquellos á quienes todo les sale bien y parece que nada tienen que desear en la tierra, que si su estado parece digno de envidia segun el mundo, es terrible á los ojos de la fe; primeramente, porque en él son casi inevitables las caídas; en segundo lugar, porque en él es casi imposible la penitencia. En este estado todo favorece á las pasiones y todo aparta las gracias; y en él no descubre la fe otra cosa más que ocasiones de pecado y obstáculos para la conversión. Explicaré estas dos importantes verdades. Pidámos antes los auxilios de la gracia. A. M. *VERE FLAMMAM VERITATIS*

1. El mundo es más de temer cuando nos halaga que cuando nos maltrata; y los favores que nos lo hacen amable son más terribles que los reveses que hacen que lo despreciamos. Ya se consideren las prosperidades temporales respecto de la impresion que hacen en el corazón para corromperle, ó de las facilidades que proporcionan á las pasiones cuando el corazón está ya corrompido, es preciso confesar que la salvacion es tan difícil en este estado de felicidad y de abundancia, que el alma justa debe mirar las prosperidades temporales como regalos que Dios regularmente ofrece á los hombres en su indignacion.

Dije: ya sea que se consideren respecto de las impresiones que hacen en el corazón para corromperle; porque, primeramente, una alma cristiana debe vivir como extranjería en la tierra; su origen, su habitacion, su esperanza, su nobleza y su corona están en el cielo. Su corazón debe estar en donde está su tesoro; si deja de suspirar un instante por su patria, deja de pertenecer al siglo futuro, y á la Iglesia de los primogénitos; si está contenta con su destierro, no es digna de la herencia. Toda su piedad en la tierra consiste en sus deseos, su mérito en su inquietud, y no debe hallar más consuelo que en su esperanza. Pero esta disposicion, tan esencial á la fe, se borra por la primera impresion que hace en el corazón la prosperidad, y es una impresion de apego á la tierra. Y á la verdad, es fácil de comprender cuán bien puede una alma afligida vivir como peregrina en la tierra. Porque ¿cómo puede tener apego á unas criaturas que la han abandonado? Tampoco puede costarla mucho trabajo el apartar sus afectos de un mundo que la niega sus favores, ni el mirarse como extranjería en un lugar en donde nada posee. Por el contrario, entónces son más suaves los pensamientos de la fe; nada consuela con tanta solidez sus desgracias, como el poder decirse á sí misma que

este mundo no es su patria; que la única pérdida que puede padecer una alma cristiana es la de la gracia; que importa poco el perder ó poseer lo que no se puede conservar siempre; y que estándonos prohibido el fijar nuestro corazón en la tierra, el estado que ménos nos une á ella debe parecernos el más digno de ser deseado. Pero estos pensamientos que inspiran todas las cosas en el estado de la afliccion, nos los borran en el de prosperidad, porque es muy difícil el que nos desagrade un lugar en que todo nos lisonjea, el mirar como destierro una tierra de delicias, el no ser de este mundo cuando parece que el solamente fué hecho para nosotros. Aquel necio del Evangelio, viéndose con riquezas para muchos años, convidaba á su alma á que descansase: *Anima mea, requiesce.* (Luc. xii, 19) Ahora bien, el verdadero cristiano no se aficiona á la tierra, no busca sosiego en las criaturas. Es hijo de las promesas, hombre del siglo futuro, ciudadano del cielo; por eso suspira por los bienes eternos. El que no siente tristeza de vivir distante de su patria, distante del cielo, pierde el derecho y el privilegio de ciudadano de los santos.

La segunda impresion que hace la prosperidad en los corazones, es el amor desordenado á nosotros mismos. La fe nos enseña que somos aborrecibles, porque no hay cosa alguna amable sinó el buen orden, y nosotros hemos salido de él; no hay cosa ninguna amable sinó la verdad y la justicia, y nosotros nos hemos apartado de ellas; no hay cosa alguna amable sinó la obra de Dios, y nosotros somos obra del pecado; debemos, pues, aborrecernos á nosotros mismos, porque sinó seremos injustos, y haremos contradiccion á los más claros testimonios de nuestra conciencia. Porque en la realidad, por más que nos desvanecemos con los respetos que nos tributan, bien conocemos que no somos dignos de ser amados. ¡Ah! hay tantos instantes en que somos molestos á nosotros mismos, en que todo lo que hay en nosotros nos enaña, en que apenas nos podemos sufrir, y así necesitamos de diversiones y entretenimientos que nos aparten de la vista interior que nos humilla con nuestros propios defectos, y nos impide el que nos consideramos á nosotros mismos. El mundo llama molestia á este estado, pero esta molestia es el hombre manifestado á sí mismo, que no puede sufrir ni un solo instante la vista de su propia miseria. Señal infalible de que somos aborrecibles y que el amarse á sí mismo es un desórden: quiero decir, amarse siendo pecador y viviendo en la corrupcion de la naturaleza. Pero toda vuestra vida, ¡oh vosotros á quienes se dirige este discurso! toda vuestra vida no es más que un continuo querer agradaros á vosotros mismos;

por eso todo lo que os dá gusto, lo que os lisonjea, lo que puede alimentar la vida de los sentidos, os parece cosa tan necesaria, que no podéis vivir sin ella; parece que todo se hizo para vosotros, que todo vive para vosotros, que todo subsiste para vosotros, y que todo lo que no dice relación á vosotros es nada; si hay para vosotros alguna divinidad, no puede ser otra más que vosotros mismos. Porque os pregunto; ¿qué mas hicieron por Dios los mayores santos, que lo que haceis vosotros por vosotros mismos? Dios era el único objeto y el único fin de todas sus acciones; ¿no lo sois tambien vosotros mismos de las vuestras? Pasad más adelante con la comparación, y vereis que más os miráis vosotros, como vuestro ídolo y vuestra divinidad, que miran los que aman é invocan al Señor como á su Dios.

La tercera impresión que hace la prosperidad en el corazón es la soberbia. La prosperidad, dice el Profeta, los exime de los trabajos y de las miserias comunes á los demás hombres, y por eso se apodera de su corazón una secreta soberbia: *In labore hominum non sunt... ideo tenuit eas superbia* (PSALM. CXXI, 5, 6). Por eso el primer consejo que el Apóstol encarga á Timoteo dé á los grandes es el que no se ensorberzcan: *Non sublimé sapere* (I Tim. vi, 17). Por otra parte, en lo exterior todo confirma á los grandes en esta peligrosa idea. Sus vicios son aplaudidos, se oulta lo corto de sus talentos con el artificio de las alabanzas, se justifica su soberbia con los magníficos nombres de grandezas de ánimo y elevación de pensamientos; en ellos se estudian todas sus acciones, y todo se dirige á persuadirlos que están hechos de distinta masa que los demás hombres. De estos emponzonados discursos se forma siempre un género de idea de propia estimación, que nunca se borra, y corrompe el corazón para siempre. Heróles, entre las aclamaciones de un pueblo bárbaro, no podía tenerse por un Dios bajado á la tierra para hablar á los hombres; esta alabanza era demasiado necia para ser creída; pero con todo eso oye con gusto unos aplausos que parece le tributan honores divinos; su corazón se deja arrastrar de ellos, y aunque no ofusquen su entendimiento, con todo eso no desprecia como blasfemia los títulos y elogios que solamente son debidos al Rey inmutable de los siglos.

Estos son los primeros peligros de la prosperidad, sacados de las impresiones que hace en el corazón para corromperle. Pero me parece que no son menos de temer las facilidades que ofrece á las pasiones cuando el corazón está ya corrompido. Porque primeramente, del apego á las cosas de la tierra nacen como de una funesta raíz aquellos infinitos é insaciables deseos de que habla S. Pablo, que

matan al alma; esto es, miráis la tierra como á vuestra patria, no pensais más que en engrandeceros en ella, y ocupar en ella algun gran puesto, y quisierais vosotros solos poseerla toda entera; añadís, dice un Profeta, la heredad de vuestros vecinos á la de vuestros padres; pasáis los límites que la moderación de vuestros mayores habia puesto con tanta prudencia á vuestras riquezas y á vuestra fortuna; llamais las tierras con vuestros propios nombres, y parece que apenas puede bastar todo el universo á la extensión de vuestros proyectos; obligais muchas veces á un Naboth á que os ceda su heredad y la inocente sucesion de sus padres; juzgais que todo lo que os acomoda os pertenece; formais derechos incontrastables, de los que son muy dudosos; y obligais á la equidad á que ceda al poder. En segundo lugar; del amor á nuestro propio cuerpo, que es la segunda impresión que hace en los corazones la prosperidad, nacen todas aquellas ignominiosas pasiones que deshonran en nosotros el templo de Dios. ¿Quién ignora que la prosperidad proporciona mil caminos á este vergonzoso vicio! Finalmente, de la soberbia, que es la última impresión que hace en nuestros corazones la prosperidad, nacen los deseos ambiciosos, las emulaciones, las perfidias, los rencores, las venganzas, y todas las pasiones que ella favorece. Luego que veais que la ambicion se ha apoderado de un corazón hasta cierto punto, no hay cosa, por injusta é indigna que sea, que no debais esperar de él: arruinará á sus competidores, se levantará sobre las ruinas de la religion y de la conciencia, será traidor, disimulado, pérfido, y todo ménos cristiano.

Pero ¿qué fruto debemos sacar de estas importantes verdades? ¿Deberemos acaso renunciar los bienes y los títulos que hemos heredado de nuestros mayores, y salir del estado en que nos colocó la Providencia? No, católicos; pero primeramente, nos debemos decir á nosotros mismos, que aunque poseamos todo lo que puede servir de felicidad á los sentidos, no por eso nos es licito el satisfacerlos, y que el grado de nuestra inocencia y no el de nuestra fortuna, es el que ha de decidir del derecho que tenemos, aun á los más licitos placeres. En segundo lugar, debemos conocer que todo lo que nos ensalza á la vista de los hombres nada añade á lo que en realidad somos en la presencia de Dios; que á su vista no tendremos más títulos que nuestras virtudes; y que quedando sepultado con nosotros en el sepulcro todo el fasto y todas las dignidades que nos rodean, quedaremos aturdidos al vernos solos en su terrible tribunal. Finalmente, debemos mirar los reinos del mundo y toda su gloria como un espectáculo que solamente nos presenta el tentador desde lejos: Esto

es un aspecto falso. Solamente con esta distancia puede engañar á los sentidos y á la razón este vano conjunto de gloria y de grandeza; pero apenas le tocais cuando cesa el encanto, muda de cara el objeto y nada hallais en él de cuanto os habia prometido el error de la imaginacion. Estas son las ideas de la fe en orden á las prosperidades temporales. Ya habeis visto como éstas sirven de ocasion al pecado; ahora es preciso manifestaros como tambien son obstáculos para la penitencia.

2. Un estado en que las gracias especiales son más raras, en que la concupiscencia pone en el corazón mil obstáculos á las santas inspiraciones, en que aún las dificultades exteriores para la salvacion son de tal naturaleza que regularmente no se pueden vencer sinó con iguales auxilios de la gracia; un estado como este es sin duda un grande obstáculo para la penitencia. Pues estas son las tres razones en que fundo mi segunda proposicion acerca del peligro de las prosperidades temporales.

En este estado son más raras las gracias especiales. Registrad las Escrituras santas, y hallareis repetida en ellas muchas veces esta terrible verdad. En todas partes se lee que el Señor solamente gusta de conversar con los pequeños y sencillos; que mira desde lejos á los que su nacimiento ó su soberbia ensalta sobre los demás. En todas partes se ve quebrado el arco de los poderosos, y revestidos de fortaleza los flacos. No porque en Dios haya acepcion de personas: la gracia de Jesucristo abraza todos los estados; el Señor nunca falta á sus criaturas, y un David, un Ezequías, una Esther, una Judith y un S. Luis prueban que en el estado de elevacion podemos ser aún más ricos en dones de la gracia que en bienes de la fortuna. Pero primeramente, el orden de la providencia parece pide que haya una especie de compensacion en esta desigualdad de fortunas y de condiciones que se halla entre los hombres, y que en la confusion que hay en la tierra, en donde casi siempre se halla ensalzado el pecador, al mismo tiempo que el justo gime oprimido en la oscuridad y abatimiento, puede descubrir en ella la fe un orden secreto y un modo de igualdad, que justifique en el espíritu del fiel la providencia de Dios, y la sabiduría de sus consejos en la dispensacion de las cosas humanas. El terrible secreto de esta divina compensacion consiste, en que las riquezas de la gracia son como herencia y patrimonio del pobre y del afligido, al mismo tiempo que el hombre feliz goza de los favores de la tierra como recompensa y patrimonio propio suyo.

En segundo lugar; en la prosperidad no son tan abundantes las gracias, porque, como dice S. Agustin, los favores temporales son

recompensa que la justicia divina concede regularmente á algunas virtudes naturales de los pecadores, para tener más derecho de excluirlas para siempre de las promesas de la gracia. Acaso por razon de un buen natural suis sincero, afable, fiel en vuestras palabras, equitativo en vuestros juicios, amigo fiel, enemigo de la violencia y de la injusticia; estas virtudes, destituidas absolutamente de caridad, obra de la naturaleza, é inútiles para la eternidad, son útiles para el mundo presente; con ellas se mantiene la paz de los Estados, la tranquilidad de las familias, la buena fe de los comercios y el orden de la sociedad: Dios, pues, halla en el mundo con que recompensar unas virtudes puramente mundanas; proporciona favores temporales á unos justos temporales, por decirlo así; porque este Juez equitativo ninguna virtud deja sin recompensa, como tampoco ningún delito sin castigo. Pero estas recompensas son terribles á los ojos de la fe; son como unas exclusiones de aquella gracia que forma los santos y unos favores que dispensa Dios en su indignacion.

Finalmente, en el estado de prosperidad no son tan abundantes las gracias, porque muy pocas veces no es este estado el que Dios nos habia preparado en su misericordia, y solamente permito que seamos colocados en él para conformarse con nuestros depravados deseos; y en vez de pedirle su gracia que debilite nuestras pasiones, y los dones eternos, nunca le ha dirigido nuestro corazón súplicas y deseos sino para la tierra y para los bienes y gloria que estima el mundo.

Digo, en segundo lugar, que la prosperidad es obstáculo para la penitencia, porque pone en el corazón infinitas oposiciones á las gracias de conversion que pudiera Dios conceder á los grandes y felices de la tierra; segunda razon, y los motivos en que la fundo son los siguientes. Primeramente, pudiera decirse que uno de los medios más eficaces de que Dios se vale para atraer á si un pecador, es la instruccion y el celo de los ministros de la penitencia; que le hablan en el sagrado tribunal con toda la sinceridad que Dios les inspira; pero algunos grandes van al tribunal de la penitencia muy pagados de su entonamiento, y si el ministro santo no habla segun el estilo del mundo, si no atiende á las preocupaciones ajenas al puesto y al nacimiento, si les anuncia las mismas verdades que al comun de los fieles, si les señala las mismas obligaciones, si les pronostica las mismas desgracias y las mismas penas, si halla en sus pasiones la misma enormidad, si les aconseja los mismos remedios, tratan su celo de simpleza, y sus talentos no son más que una ignorancia del mundo y de sus costumbres; no le juzgan á propósito para guiar á la salvacion á las personas de cierta clase; parece que para ellos hay

otro Evangelio distinto de el del pueblo. Luego la gracia de la penitencia halla infinitos obstáculos en los corazones de los grandes y felices del mundo; pero aún los halla más invencibles fuera de su corazón.

El retiró os sería necesario, pero vuestra clase y vuestra posición os tienen en medio de los tumultos del mundo y de los negocios. Las mortificaciones serían el único remedio que podría expiar vuestras pasadas culpas; pero las delicadezas de vuestra educación, ó los respetos de vuestra autoridad ó las impiden. El huir de los honores serviría de expiación á los pasados excesos de vuestra ambición; pero para mantener la grandeza de vuestro nombre es preciso que aspireis á nuevas gracias. La oración sostendría vuestros débiles deseos de penitencia; pero las ocupaciones de vuestra fortuna, ó no os dejan tiempo para ella, ó hacen que perdais la costumbre. La prosperidad que os facilita todos los caminos del pecado, os cierra todos los de la penitencia.

Este es, pues, el fruto de este discurso. Nacisteis en la abundancia; pues pensad que los favores temporales no están prometidos á los cristianos; que si la Providencia los ha derramado sobre vosotros, no es más que para proporcionaros el mérito de despreciarlos, y ocasiones de ejercitar la misericordia, dando con liberalidad lo que gratuitamente, habeis recibido. Pensad que pues se aumentan los peligros con la fortuna, tenéis necesidad de más vigilancia, de más oración, y de más precauciones que los que nacen en un estado infeliz. Pensad, finalmente, que todos los objetos agradables que os proporciona la prosperidad, no deben serviros más que de continuas ocasiones de negaros á ellos; que más os sirven de lazo y tentación, que de utilidad; y que si no tenéis que padecer, y gozais de toda vuestra prosperidad, habeis recibido todo vuestro premio, y no estais en el orden de Dios. ¿Os afligis en las pérdidas y desgracias? Acordaos de que las recompensas temporales no son dignas de los que sirven al Rey inmortal de los siglos. Acordaos de que es felicidad el perder lo que no es lícito amar, y lo que sería preciso despreciar si aún se poseyera. Acordaos, finalmente, que las aflicciones han sido siempre el sello y la recompensa de los justos; que no se puede llegar á la gloria de los santos sino por la cruz. Meditad estas verdades de tanto consuelo, y en cualquiera estado que os haya colocado la Providencia, de felicidad ó de aflicción, de favor ó de desgracia, *pasad de tal modo por las cosas temporales, que no perdais las eternas. Amen.*

DIVISIONES.

PROSPERIDAD.—Cuando ciega por la sensualidad, no hay mal que no haga á los hombres.

Quando es ilustrada por la fe, no hay bien que no haga á los hombres.

PROSPERIDAD.—Quando el hombre nace en la prosperidad, hay motivo de temer que su educación sea anticristiana.

Quando el hombre encuentra la prosperidad en el estado que ha abrazado, hay motivo de temer que se olvide de su vocación.

Quando la prosperidad del hombre no comienza hasta su ancianidad, hay motivo de temer que le sirva de obstáculo para prepararse á la muerte.

PROSPERIDAD.—Los hombres de bien no desean la prosperidad sino para el bien de la religion.

Los hombres de bien no disfrutan de la prosperidad sino para retirar de la adversidad á los demás.

Los hombres de bien son agradecidos quando se hallan en la prosperidad.

PROSPERIDAD.—El mundo pierde su autoridad en la prosperidad de los hombres de bien.

La Iglesia encuentra su perfeccion en la prosperidad de los hombres de bien.

PROSPERIDAD.—Los hombres de bien no aman la prosperidad sino porque les deja tiempo y libertad de practicar buenas obras.

Los hombres de bien no aman la prosperidad sino porque les dá facultad de socorrer al prójimo.

Los hombres de bien no aman la prosperidad sino porque ella les proporciona medios de triunfar de los malos.

PROSPERIDAD.—La Iglesia mira la prosperidad de los malos con desprecio, porque sabe que no es siempre la recompensa de la virtud.

La Iglesia mira la prosperidad de los malos con dolor, porque éstos se sirven de ella para corromper á los débiles.

PROSPERIDAD.—Hace que los malos no piensen sino en el tiempo presente.

Hace que olviden á Dios.
Hace que menosprecien á la religion.

PROSPERIDAD.—Da á los malos facilidades para realizar sus malos designios.

Les alienta para obrar el mal por la impunidad de sus mayores pecados.

Les incita á procurarse reputacion en los crímenes por los aplausos que les granjea.

PROSPERIDAD.—Inclina á los malos á la sensualidad.

Les alienta de la penitencia.

Les induce á solicitar dispensas inmotivadas.

PROSPERIDAD.—Hace que los malos miren á los santos como gente inútil.

Les hace mirar á los licenciosos como personas necesarias.

PROSPERIDAD DE LOS PECADORES Y AFLICIONES DE LOS JUSTOS; véase: PROVIDENCIA.

PROSPERIDAD; véase: FELICIDAD.

PROVIDENCIA.

DIRECCIÓN GENERAL D

*Tua autem, Pater, providentia gubernas.
Mas tu providencia, óh Padre, lleva el timón.*

(SAL. XIV. 3.)

Hermandos míos, Alejandro de Macedonia era todavía jóven y habia conquistado ya la mayor parte del mundo conocido. Entónces empezó á inquietarse, y se decía á sí mismo: «¿Qué haré luego que haya conquistado todo el universo? ¿En qué pasará el tiempo?» Muchos

siglos despues se referian estas palabras á Augusto, y Augusto se admiraba. «No concibo, decía, cómo un hombre tan grande como Alejandro, no vió que habia cuando ménos, tanto trabajo ó tanta gloria en administrar y regir bien un estado, como en fundarlo y constituirlo.» La observacion era juiciosa; pues que en efecto, no hasta fundar un estado, sinó que es preciso darle leyes sabias, una organizacion fuerte, impedirle una impulsión duradera y dotarlo con elementos de estabilidad y prosperidad. Así pues, no habiendo tenido Alejandro tiempo de gobernar su imperio con sus poderosas manes, y darle esa impulsión tan necesaria, sus estados se desmembraron, y el cuerpo del conquistador no estaba todavía inhumado cuando ya los generales se disputaban las provincias conquistadas.

Ahora bien, hermandos míos, hay un fundador de imperios más antiguo, más grande que Alejandro, que Ciro y que Nemrod: este fundador es Dios; su imperio el cielo y la tierra. *Dominus fundavit terram, stabilivit celos.* «Dios fundó la tierra, estableció los cielos. (Paov. m. 19).» Si pues un conquistador vigila por la suerte del imperio que ha formado, con mucha más razon debe Dios cuidar, desde lo alto de los cielos, de este imperio que él mismo fundó, porque es el Dios sábio: *Dominus sapientia fundavit terram (Ibid).*

La Providencia divina, debe pues gobernar este mundo y ocuparse de él incesantemente y con gran solicitud. Hoy, hermandos míos, os hablaré de este atributo de Dios, y demostraré al mismo tiempo cuán consoladora y racional es la creencia católica, principalmente cuando se la opone á errores que la han combatido. Pidamos ántes los auxilios de la gracia: A. M.

1. ¿Qué es lo que enseña el dogma católico? Enseña, hermandos míos, que Dios, desde la eternidad, llevaba en su inteligencia infinita el plan que debia realizar un día; luego que hubo llegado el momento, de su buen grado, de su autoridad absoluta y sin ser violentado en nada, realizó su plan y formó todos los seres que constituyen el universo; mas como es sábio, porque es inteligente, debia proponerse un fin, pues no obraba á la casualidad y sin saber lo que hacia. Así pues, todos los seres que formó, caminan universalmente hácia un objeto fijo y determinado; pero no pueden marchar solos, porque toda criatura contiene en sí una grande flaqueza, y los seres criados, muy léjos de poder marchar hácia un término tan excelente como el de la manifestacion de Dios y glorificacion de los seres inteligentes, no podrian dar un sólo paso, ejecutar un solo movimiento por sí mismos si la accion de Dios no influyera incesantemente sobre ellos. Luego

Hace que olviden á Dios.
Hace que menosprecien á la religion.

PROSPERIDAD.—Da á los malos facilidades para realizar sus malos designios.

Les alienta para obrar el mal por la impunidad de sus mayores pecados.

Les incita á procurarse reputacion en los crímenes por los aplausos que les granjea.

PROSPERIDAD.—Inclina á los malos á la sensualidad.

Les alienta de la penitencia.

Les induce á solicitar dispensas inmotivadas.

PROSPERIDAD.—Hace que los malos miren á los santos como gente inútil.

Les hace mirar á los licenciosos como personas necesarias.

PROSPERIDAD DE LOS PECADORES Y AFLICIONES DE LOS JUSTOS; véase: PROVIDENCIA.

PROSPERIDAD; véase: FELICIDAD.

PROVIDENCIA.

DIRECCIÓN GENERAL D

*Tua autem, Pater, providentia gubernas.
Mas tu providencia, óh Padre, lleva el timón.*

(SAL. XIV. 3.)

Hermandos míos, Alejandro de Macedonia era todavía joven y habia conquistado ya la mayor parte del mundo conocido. Entónces empezó á inquietarse, y se decía á sí mismo: «¿Qué haré luego que haya conquistado todo el universo? ¿En qué pasará el tiempo?» Muchos

siglos despues se referian estas palabras á Augusto, y Augusto se admiraba. «No concibo, decía, cómo un hombre tan grande como Alejandro, no vió que habia cuando ménos, tanto trabajo ó tanta gloria en administrar y regir bien un estado, como en fundarlo y constituirlo.» La observacion era juiciosa; pues que en efecto, no hasta fundar un estado, sino que es preciso darle leyes sabias, una organizacion fuerte, impedirle una impulsión duradera y dotarlo con elementos de estabilidad y prosperidad. Así pues, no habiendo tenido Alejandro tiempo de gobernar su imperio con sus poderosas manes, y darle esa impulsión tan necesaria, sus estados se desmembraron, y el cuerpo del conquistador no estaba todavía inhumado cuando ya los generales se disputaban las provincias conquistadas.

Ahora bien, hermandos míos, hay un fundador de imperios más antiguo, más grande que Alejandro, que Ciro y que Nemrod: este fundador es Dios; su imperio el cielo y la tierra. *Dominus fundavit terram, stabilivit celos.* «Dios fundó la tierra, estableció los cielos. (Paov. m. 19).» Si pues un conquistador vigila por la suerte del imperio que ha formado, con mucha más razon debe Dios cuidar, desde lo alto de los cielos, de este imperio que él mismo fundó, porque es el Dios sabio: *Dominus sapientia fundavit terram (Ibid).*

La Providencia divina, debe pues gobernar este mundo y ocuparse de él incesantemente y con gran solicitud. Hoy, hermandos míos, os hablaré de este atributo de Dios, y demostraré al mismo tiempo cuán consoladora y racional es la creencia católica, principalmente cuando se la opone á errores que la han combatido. Pidamos ántes los auxilios de la gracia: A. M.

1. ¿Qué es lo que enseña el dogma católico? Enseña, hermandos míos, que Dios, desde la eternidad, llevaba en su inteligencia infinita el plan que debia realizar un día; luego que hubo llegado el momento, de su buen grado, de su autoridad absoluta y sin ser violentado en nada, realizó su plan y formó todos los seres que constituyen el universo; mas como es sabio, porque es inteligente, debia proponerse un fin, pues no obraba á la casualidad y sin saber lo que hacia. Así pues, todos los seres que formó, caminan universalmente hácia un objeto fijo y determinado; pero no pueden marchar solos, porque toda criatura contiene en sí una grande flaqueza, y los seres criados, muy lejos de poder marchar hácia un término tan excelente como el de la manifestacion de Dios y glorificacion de los seres inteligentes, no podrian dar un sólo paso, ejecutar un solo movimiento por sí mismos si la accion de Dios no influyera incesantemente sobre ellos. Luego

Dios obra sobre los seres, los dirige hácia un fin; y esa acción de Dios, ese gobierno es lo que designamos con el nombre de Providencia: es decir, que Dios, por su providencia, rige el universo y conduce todos los seres al fin para que los ha destinado; y como todos los seres vienen de Dios, como todos tienen un fin, sígnese que la Providencia divina se extiende á todos en general. Dios fué quien estableció leyes fijas é invariables, según las cuales los astros que están sobre nosotros giran con perfecta armonía; Dios fué quien fijó al océano sus insuperables límites, y quien le dijo: Llegarás hasta allí, pero no pasarás más lejos; Dios hace que las estaciones se sucedan con orden perfecto; Dios es quien tiene en su mano los huracanes, las tempestades, la piedra, el rayo; quien las envía cuando quiere, quien las refrena y dirige, quien hace de ellas sus más dóciles servidores; Dios en fin, quien dió á la tierra su fecundidad, á la fiera de las selvas su sangrienta presa, al pájaro de los cielos el grano que le alimenta, al lirio de los valles su vestidura más brillante que el manto real de Salomón cuando éste se ostentaba en toda su gloria y esplendor. Pero el hombre es principalmente sobre quien la Providencia divina dirige sus paternales miradas; el linaje humano, sobre todo, es la grande preocupación de Dios. Aparte los crímenes de la tierra, exceptuando el mal que Dios condena, prohíbe, reprueba y anatematiza, nada sucede entre los hombres sin orden y concurso de Dios. Si los imperios se fundan, si se hunden estrepitosamente, si pasan á otras manos, Dios es quien preside estos cambios; si la prosperidad, la paz y la abundancia reinan en la superficie del globo, Dios es quien recompensa las varoniles virtudes de las naciones. Si, por el contrario, pesan sobre nosotros el azote y las calamidades, si algunas veces temblamos de espanto, Dios es quien extiende entonces su brazo para castigar los crímenes de la tierra. La Providencia alcanza á todo: ella es quien derrama sobre nuestra vida los bienes, los males y los dolores, y quien nos conduce á nuestro término por caminos que no conocemos y que muchas veces parecen alejarnos. Nada sucede en este mundo sin la orden de Dios; si la hoja se desprende del árbol, si la flor se marchita en su tallo, si el pájaro cae sobre la tierra, es por permiso del Padre celestial. Esa providencia divina se extiende á todo: así abraza al ángel del cielo como al grano de arena; al astro brillante como á la flor de la pradera; á los imperios más vastos como á la frágil morada del pájaro.

2. Tal es el dogma católico; y digo, que este dogma es perfectamente racional y consolador. Es racional: en efecto, ¿qué cosa más sencilla que ver á Dios ocuparse de la obra de sus manos y regir el

estado que fundó él mismo? ¿Podemos acaso concebir otra cosa? ¿No es este un punto perfectamente claro y que no necesita demostración? Así que, un filósofo pagano decía que concebía mejor un ateo, un hombre que no cree en Dios, que no un hombre que, habiendo admitido la existencia divina, no crea en la Providencia: porque el que no cree en Dios, decía, niega de una vez por todas un Ser Supremo; mas el que cree en Dios y no cree en su Providencia, ese hace á Dios injusto, crnel, bárbaro; hace á Dios el enemigo jurado de la naturaleza. A pesar pues de esto, hermanos míos, se han encontrado hombres que han combatido este dogma sagrado, que han osado sostener que Dios había dejado caer de su poderosa mano las riendas del universo, que había entregado su obra á la caprichosa casualidad, que la había dejado correr en el círculo de la fatalidad. Estas inicuas doctrinas fueron sostenidas en la antigüedad, y lo son todavía en nuestros días. Es muy difícil, por no decir imposible, lanzar una injuria más atroz á la faz del Omnipotente. En efecto, hermanos míos, es concebible que Dios, después de haber formado tan gran número de criaturas, todas más bellas, más nobles las unas que las otras, haya dicho á las obras de sus manos: Ahora sea de vosotros lo que quiera, ya no me mezclo en vuestra suerte; camina de ruina en ruina en el desorden, espira en las convulsiones de la anarquía, llenad el espacio con vuestros crímenes y de vuestros delirios: poco me importa! os rechazo desdenosamente, no quiero velar sobre vosotros!...

Ciro fundó un inmenso imperio, y le dió leyes tan sábias, una organización tan fuerte, que no sólo durante la vida del héroe disfrutaron todos sus estados de una prosperidad perfecta, de una paz duradera, si que también por espacio de muchos siglos, no tuvieron sus sucesores que hacer otra cosa sino conservar lo que él había hecho. Pues bien, si aquel grande hombre á quien la sagrada Escritura tributó alabanzas justamente merecidas, después de haber constituido su imperio, dirigiéndose á sus súbditos les hubiera dicho: he fundado un magnífico reino, he juntado la Media, la Persia, la Babilonia, el Asia Menor, pocos hombres han reinado sobre tantos pueblos; más ahora, degollaos, devoraos los unos á los otros; que las llamas arrasen vuestras ciudades, que las bandas de malhechores erucen el país, que el hambre os desuele, á vosotros, á vuestras mujeres, á vuestros hijos..... poco me importa; vuelvo á entrar en mi palacio, voy á disfrutar allí de un descanso que nada turbará, y os prohibo que vengais á importunarme con vuestros gritos y lamentos! Si el conquistador Ciro hubiese tenido un lenguaje semejante, en

lugar de recibir las alabanzas de todo el género humano, hubiera sido su horror; los pueblos hubieran cubierto de todo su tumba, y la posteridad le hubiera impreso justamente el sello de una eterna condenación. ¿Y por qué, hermanos míos? porque no habría tenido providencia, porque no habría velado sobre su obra, porque la habría abandonado á la casualidad. Y si un hombre por no tener providencia es el horror del género humano, el hombre que no había creado esos pueblos y sin el cual se podía pasar; ¿cómo puede suponerse que Dios abandone la obra de sus manos, deje tantas criaturas tan nobles que tienen necesidad de él y no pueden pasarse sin él, que no han pedido su creación, y cuyo único crimen consiste en ser débiles, desgraciadas y estar desprovistas de todo? ¿Y por qué, razón no ha Dios de gobernar el mundo? ¿Por qué no ha de extender su providencia universal sobre todos los seres? ¿Por ventura es esto indigno de él? ¿Temeremos que se deshonre? En efecto, hermanos míos, eso es lo que se ha alegado. Se ha dicho: es indigno de Dios aplicar su infinita inteligencia á semejantes minuciosidades; que Dios se contemple á sí mismo, que goce de espectáculo de sus infinitas perfecciones! Véase lo que es digno de la magestad suprema; pero no se nos diga que se ocupa de un grano de arena como el que habitamos, ni de una partícula de tierra como nosotros. Este es el lenguaje que se ha usado, no sé si ha sido sincero, porque es difícil reconocer el lenguaje de la inteligencia; pero se vé en él la inspiración de las malas pasiones, el interés del hombre perverso; pues si no hubiera Providencia, ya concebís que las malas pasiones tendrían el campo libre, todos los crímenes quedarían consagrados, se soltarían todas las riendas á la casualidad, todas las barreras serían destruidas. Es, pues, más que probable que los que han negado la Providencia según los impulsos de sus malas pasiones, los movimientos corrompidos que tenían lugar en el interior de su alma; y si lo han hecho con sinceridad, si han creído en lo que decían, es preciso confesar que sus palabras tenían bien poco fundamento; porque ¿cómo quereis que sea indigno de Dios gobernar el mundo, siendo así que Dios lo hizo, siendo así que, durante toda la eternidad, llevaba en su pensamiento el plan de este universo y tenía presente en los siglos de los siglos hasta un grano de arena, la yerba más pequeña, fijándoles su puesto en el plan universal, en la gerarquía de los seres? Lo que si fuera indigno de Dios sería el abandonar su obra, porque en este caso no tendría lealtad; sería cruel y le fallaría hasta la equidad, que de tiempo en tiempo encontramos en el más cruel de los padres de familia.

Dios se deshonraría, se dice, aplicando su inteligencia infinita á cosas tan pequeñas é insignificantes. ¿Cómo no se vé que esa Providencia universal es la más alta gloria de Dios, en lo que nos revela la inteligencia infinita que puede abarcarlo todo, al ángel, al hombre, á la flor, sin turbar su reposo? Y cuando un hombre mortal, al frente de una vasta administración, necesita ayuda, socorro, cuando lo es indispensable una multitud de agentes subalternos bajo su dirección, ¿es esto una gloria para él? ¿No! es la peneia de su debilidad é impotencia. Cuando, por casualidad, encontramos un hombre que, elevándose á una alta region por su génio, puede dirigir todavía sobre los menores detalles una mirada poderosa, nos admiramos con justo título. Y ¿por qué Dios se deshonraría ocupándose del insecto que se cobija entre la yerba? No, hermanos míos, su gloria infinita se cifra en extender su Providencia sobre todos los seres, y abrazarlos á todos sin excepcion.

Además, hermanos míos, todo cuanto pasa á nuestros ojos ¿no revela claramente la Providencia de Dios? ¿Tiene el mundo trazas de marchar á la casualidad? ¿Y giran á la ventura todos esos globos? ¿No marchan en un órden bastante bello? ¿Y no se suceden las estaciones con admirable regularidad? ¿Acaso no vemos todos los días el cumplimiento de esta palabra; *A peris tibi manum tuam: et implet omnia animal benedictione*. Señor, abres tu mano, y colmas de bendiciones á todos los vivientes? (Sal. cxvii, 16). Si quisiéramos entrar en detalles, marcharíamos de prodigio en prodigio; lo poco que los hombres han visto, lo han hacinado en inmensos volúmenes, y al recorrerlos, se hendece, se alaba, se afirma á la Providencia eterna, se llena uno de admiración. Y el hombre mismo ¿tiene acaso visos de un niño abandonado, el hombre sobre quien se derraman todos los días torrentes de bendiciones? Ah! hermanos míos, no necesitó llevaros más alto en las regiones de la metafísica; os volveréis á vuestras casas, y ántes de gozar de vuestro descanso, cogereis el pan que sirve para conservar vuestra vida mortal en este mundo. ¿No sabéis, pues, que Dios, para darnos esta truxo de pan vulgar, ha removido el cielo y la tierra, ha hecho circular innumerables astros, ha hecho fluir todos los días su sol? ¿No sabéis que ha pedido al océano sus vapores, y enviado los vientos para distribuirlos, para derramarlos sobre la tierra desecada? ¿No sabéis que sometió al dominio del hombre animales terribles; que dió al sol sus maravillosas propiedades; que, luego, prohibió á las tempestades, á la piedra, al granizo, al insecto venir á devorar las cosechas que sirven para alimento del hombre; que, en fin, para transformar el trigo en sabroso

pan, puso á nuestra disposicion todos los elementos, el agua, el fuego y el aire, en una palabra, puso en movimiento el universo entero? Y sin embargo, ¿qué es un trozo de pan en comparacion de lo que Dios nos dá todos los dias? No podemos pues ménos de exclamar en vista de tantos prodigios: ¡Oh Señor! sí; vuestra Providencia es la que gobierna; así lo sentimos, así lo vemos todos los dias, y ha sido preciso ahogar la voz de la conciencia, extinguir las luces de la evidencia, para formular esa doctrina impía, esa doctrina salvaje que sostiene que Dios abandonó el mundo, que no se cuida de lo que pasa en él, que dejó entregados á su propia debilidad á todos los seres que colocó en el espacio.

3. Hé aquí, hermanos míos, la doctrina racional, la doctrina verdadera y pura; la Providencia se extiende sobre todos nosotros. Mas no sólo es racional, es también consoladora. Seré breve. No cabe duda, hermanos míos, que el que niega la Providencia, tiene una libertad ilimitada para obrar como quiera, si no es contenido por sus semejantes: consagra todas las inmoralesidades, justifica, más ó ménos, todos los crímenes; no tienen nada que temer, porque, en su concepto, Dios no vela sobre el mundo, no recompensará la virtud ni castigará el mal. Mas también el que niega la Providencia profesa una doctrina bien triste y desconsoladora. Si posee los dones de la fortuna, si ha reunido en torno suyo cierto número de elementos de felicidad, ese hombre puede decirse: «No hay duda que hoy me ha sido favorable la suerte, he reunido con que pasar felizmente mi existencia; mas puesto que todo marcha á la casualidad, ó bien, todo gira en el círculo de la fatalidad, ¿quién me responderá que mañana, sin que sea culpa mía, sin que lo haya merecido, quién me responde que no seré aplastado bajo los pies del hierro del destino, como un insecto bajo las ruedas de un carro? ¿Quién me garantiza que no será el juguete de la caprichosa casualidad, como la hoja que los vientos se disputan? Y entónces, en el seno de la desgracia, ¿quién me dirigirá, hacia quién subirán mis amargas quejas? ¿Quién escuchará mis desesperados gritos? ¿Será por ventura Dios? Mas ese desapinado Dios abandonó desdenosamente su obra. ¿Será el destino? ¡Ah! el destino está sordo y ciego, y no responde á los gritos de los desgraciados, sino para descargarles golpes más terribles. ¿Será la casualidad quien me escuche? No, la casualidad se ríe de nuestras angustias; son sus pasatiempos... Entónces, ¿hacia quién elevaré las manos y el grito de mi alma? ¿A quién invocaré? ¿Trataré de luchar? ¡Ah! no es posible luchar contra esos inexorables autores de mis males, que son más poderosos que yo. Luego viviendo bajo ese

gobierno tiránico, cruel é inicuo, aunque sea rico y feliz, me atormenta la inquietud, porque nadie puede responderme de un solo día, siendo así que todo marcha á la casualidad y que el destino se burla de los hombres; si soy desgraciado, una inconsolable desesperacion será mi único patrimonio. Este, hermanos míos, es el lenguaje lógico; y dudo que el que ha negado la Providencia pueda dirigirse á sí mismo una palabra más consoladora: esa es su perspectiva, esa es su herencia en la tierra.

Por el contrario, el cristiano que cree en la Providencia, cuando considera á Dios como á su padre que vela sobre sus destinos, ¡oh! entónces, qué de pensamientos los más dulces y consoladores tienen lugar en el fondo de su alma! El universo, se dice á sí mismo el cristiano, es el imperio de Dios; y si Dios se ocupa de todos los seres, aún de los más ínfimos, qué no hará por el hombre, que es su imagen, por el hombre que brilla ya por sus gloriosas prerogativas! Si el universo es el imperio de Dios, el género humano es su familia y los hombres son sus hijos; entónces, ¿qué no hará Dios por los hijos que ama y á quienes tanto ha glorificado ya en este mundo? Lleno el cristiano de estos pensamientos, si llegan á descargar sobre él golpes terribles, no hay duda que los siente, y derrama algunas veces amargas lágrimas, porque es sensible y sabe lo que es padecer; lo experimenta, y á veces no deja esto de ser una cosa amarga; mas también su pensamiento y sus dolores se remontan á los cielos. Si se le arrebató un hijo, se dirige á Dios en medio de sus lágrimas y le dice: «Padre, vos me lo habíais dado; vos sabíais, con cuanto amor fijaba en él mi mirada y mi pensamiento, y que proyectos tenía formados para él en el porvenir. Vos me lo habéis quitado porque temíais que la malicia del mundo corrompiese su inocencia; vos habéis hecho de él un ángel.» Si se le son arrebatados un padre, una madre queridos, cuando todavía esperaba tenerlos mucho tiempo delante de sus ojos, el cristiano llora en su interior, y dice: «Señor, estaban ya preparados para el cielo, los habéis hecho desaparecer; sin duda habéis querido que, desde lo alto de los cielos me rodeen de una protección más poderosa. Llorando, bendigo vuestra mano.» Si los dones de la fortuna son arrebatados al cristiano, se dice: «¡Dios mío! esto me es sensible, es cierto, no lo oculto; pero veo que reclamais de mí virtudes más fuertes, más sólidas. Queréis Señor, que viva en la adversidad, en el desprecio de las cosas de la tierra, que mis afecciones se dirijan más directamente hacia los cielos. Me resigno, porque veo el porvenir delante de mí; veo que vos sois inteligencia infinita, que tenéis vuestros designios; pues bien, los sigo, me abandono á ellos.»

Si la tempestad rugo, si ve que el horizonte político se carga de amenazadoras nubes, teme, ruega á Dios se sirva alejar las desgracias; mas á pesar de todo, cuando ha hecho cuanto ha podido para conjurar la tempestad, no se abandona á una pusilánime desesperacion, se dice á sí mismo: «Dios es quien gobierna el mundo, Dios que tiene en sus manos todas las soluciones, nada marcha á la casualidad; si somos castigados, es porque nuestros crímenes han gritado muy alto, han subido hasta los pies del trono de Dios!...» Y el cristiano, con frente siempre serena, marcha al encuentro del peligro; y aún cuando el rayo le alcance exclama: «*Etiám si occiderit me, in ipso sperabo.* Señor, aún cuando vos me matéis, siempre esperaré en vos, porque vos sois mi padre, porque vos sois mi Dios, porque vos tenéis vuestros designios, que yo adoro y me abandono á ellos.»

¡Pues bien! hermanos míos, esa fe viva y práctica de la Providencia divina, nos reanima en el interior de nuestros corazones. Es cierto que vivimos en tiempos sobre los cuales no podemos contar; ignoramos los acontecimientos que se sucederán ante nosotros. De aquí á algún tiempo, quizás tengan lugar sucesos bien desgraciados. No olvidemos jamás que Dios es quien gobierna el mundo; si somos rigurosamente castigados, acordémosnos que cuando la justicia divina descarga sus golpes aquí bajo, no hace otra cosa que preparar el camino á la misericordia. Retengamos sobre todo esta expresión, que todos los cabellos de nuestra cabeza están contados, que ni uno solo caerá sin orden y permiso del Padre celestial; y esta expresión, si la retenéis en vuestros corazones, si la necesitáis, será poderosa para consolaros, y más poderosa para tranquilizaros que cien mil hombres armados.

PROVIDENCIA.

(SOLUCIÓN DE LAS DIFICULTADES DE LA)

*Vna autem, Pater, providentia gubernat.
Mas la providencia, oh Padre, lleva el timón.*
(SALM. xlv, 3.)

Hermanos míos, ya sabéis que existe una Providencia. Creemos en la Providencia porque nos parece imposible no creer en ella, puesto que no podemos figurarnos que Dios haya producido criaturas para abandonarlas desdenosamente; criaturas que no pueden vivir sin su incesante socorro. Creemos en la Providencia porque la vemos derramar constantemente sus beneficios en nuestro rededor, alimentar á todos los seres, y mantener una armonía general, que tanto nos admira y que constituye el encanto del universo. Somos apasionados á esa creencia porque nos complacemos en vivir bajo un régimen ilustrado, justo y lleno de solicitud por todas nuestras necesidades; y detestamos el error contrario, porque sería odioso vivir bajo el brutal y ciego régimen de la fatalidad ó del capricho de la casualidad.

Mas, hermanos míos, ¿hemos estado penetrados siempre de un profundo respeto por la Providencia? ¿No se han formado jamás en el interior de nuestros corazones y en nuestros labios culpables murmuraciones contra el gobierno divino? Aunque aprobamos la conducta general de Dios sobre el mundo, ¿no hemos vituperado con voz temeraria ciertos detalles que nos parecían perjudiciales á nosotros mismos? Guardémosnos, hermanos míos, de hablar nunca de la divina Providencia sinó con respeto soberano. Es posible que no comprendamos perfectamente ciertas cosas, que muchos detalles parezcan extraordinarios y hasta injustos á nuestra débil inteligencia; mas no nos admiremos de no comprender el mecanismo de todos los resortes de una administración tan complicada, ni explicar el juego de todas las ruedas del gobierno divino. Voy á exponeros hoy, y refutar bre-

vamente, algunas de las objeciones que se hacen ó repiten contra la Providencia. Pidamos los auxilios de la gracia. A. M.

1. Entre los detractores de la Providencia, no todos han disputado que exista. Los hay que han dicho: «sería demasiado atrevimiento negar la Providencia divina; no podemos ir tan allá, pero es preciso confesar que somete nuestra fe á una terrible prueba! ¿Por qué tantos males como pesan sobre el desventurado linaje humano? ¿Por qué ha de verse el hombre sujeto á una prueba tan cruel? ¿Por qué vemos los bienes y las riquezas prodigados á seres culpables, á seres sin corazón, sin entrañas ni dignidad, que merecerían ser la escoria y deshecho de la sociedad, y que sin embargo son los que la dirigen? ¿Por qué vemos, con tanta frecuencia seres generosos, seres puros y santos, mujeres virtuosas, á cuyos pies debiera postrarse el mundo, por qué, repito, los vemos sepultados en males, desgracias y contratiempos tan crueles y tan constantes, relegados al fondo de una pobre habitación, donde ni siquiera tienen unos miserables harapos con que cubrir sus abridos miembros? ¿Seres angélicos, seres santos! Y esto durante una larga carrera. Si; creemos en la Providencia, creemos en ella con todo nuestro corazón; más para conservar firmes en nosotros esa fe, es preciso que nos cubramos muchas veces los ojos, es preciso que cerremos nuestros oídos para no escuchar las quejas, los llantos, los dolorosos gemidos que llegan de todos los puntos del mundo. ¿Y qué otra cosa es esto que una Providencia que se complace en concluir á todos los hombres á la vida eterna, y que durante tantos siglos ha dejado á los desgraciados sumidos en las tinieblas del error? ¿Cómo explicar todo esto?»

Tales son, hermanos míos, las quejas que frecuentemente se repiten. Pues bien, nada más culpable que esas murmuraciones, ese descontento de los hombres cuya inteligencia es tan débil. Nosotros creemos que existe un Dios soberanamente bueno, soberanamente justo: ahora bien, yo os pregunto: ¿por qué no nos atenemos á eso? Sabemos que ama á todos los hombres, que vela sobre el universo; ¿qué más pues queremos? ¿Por qué alarmarnos, por qué fatigarnos, por qué torturar nuestra imaginación para encontrar en todas partes vicios de administración? Hay cosas que son superiores á nuestras luces, que no podemos explicar bien; no es extraño, hermanos míos, ¿qué se infiere de aquí? En primer lugar, que no poseemos la ciencia del universo. Para vituperar una cosa, es preciso conocerla; si no se la conoce, nadie debe pronunciarse contra ella. Existe un gobierno, una Providencia universal; y quién es el que puede lisonjearse de

poseer la ciencia del mundo, la ciencia del universo? Quién es el que no temblaría si Dios le dijese: Vamos á ver, gobierna tú en mi lugar! ¿Por qué pues vituperarle quien no conoce la ciencia del gobierno universal? ¿Un niño de diez años tendrá los conocimientos necesarios para gobernar un reino? No; pues bien, sería en extremo reprehensible si quisiera censurar, criticar las leyes, las ordenanzas. Que su hermano parta un día para ir á defender la patria, ¿hay cosa más bella y más racional? Y sin embargo, el niño gritará, se quejará; y si se le dice que su hermano parte por orden del jefe del Estado, el jefe del Estado no será á sus ojos más que un vil tirano, un sér odioso, el perseguidor de su familia. Que este mismo niño vea otro día que su padre toma de sus cortas rentas algunas monedas de oro para ir á depositarlas en las arcas del Estado; ¿no le parecerá esto una atroz injusticia y se irritará en el interior de su corazón, contra la avaricia del Estado, que de este modo le arrebatada el oro, del que ya está harto? Y lo mismo creerá de todos los demás detalles de la administración. ¿Por qué razón ese niño encontrará que censurar? Porque no posee la ciencia del gobierno de un reino. Los que han estudiado y conocen esta ciencia, encuentran todas esas medidas perfectamente legítimas, racionales y necesarias. Cuando criticamos, hermanos míos, lo que no comprendemos, lo que no conocemos, incurrimos constantemente en groseras equivocaciones. Alejandro era un grande hombre; pues bien, Alejandro se complacía en visitar algunas veces el obrador de Apelles, el pintor más célebre de la antigüedad; Alejandro quería razonar sobre la pintura, juzgar los cuadros del gran maestro; hablaba de ellos como si él mismo fuera uno de los más hábiles pintores; y los discípulos de Apelles se apartaban y se cubrían el rostro con las manos para reírse más libremente. Pues bien, cuando nosotros juzgamos á la Providencia, cuando la criticamos, los ángeles se reírían si nuestras murmuraciones y nuestras censuras no fuesen sacrilegios contra la divina magestad. ¿Encontramos en la Providencia muchas cosas que censurar! ¿Qué se infiere de esto? Se infiere que no creemos jamás las cosas sino exclusivamente. Tomar un detalle que tiene su razón de sér, su utilidad, su belleza en un plan general; tomar este detalle aisladamente y juzgarlo como si fuera una cosa completa, es el punto de vista más falso, es el medio de caer en constantes errores. ¿Deberá censurarse un cuadro por que haya en él algunos tonos oscuros, algunos rasgos irregulares que son una belleza de primer orden en el lugar que ocupan? ¿Habrá motivos para encontrar horrible un paisaje porque al lado de todas las magnificencias de la naturaleza se perciban en

lontananza algunas rocas con profundas hendiduras: crestas irregulares coronadas de nieve? ¿Quién no vé que esto podría estar allí para producir un magnífico contraste? Y bien, el universo, el mundo es un conjunto, es una vasta epopeya, cuyo poeta es Dios; es un inmenso cuadro que Dios ha compuesto por sí mismo: todo se relaciona allí; todo está eslabonado, y nosotros no tenemos sino una inteligencia muy débil, cuando juzgamos, cuando nos concretamos á un detalle imperfecto, que se refiere, que está ligado á todo lo demás, que encuentra la razon de su existencia en el conjunto del plan general. Y esta es la razon porque nuestros juicios son enteramente falsos. Los ángeles, las inteligencias de los bienaventurados que ven el conjunto del cuadro, encuentran admirable lo que á nosotros nos parece tan chocante, tan violento. Pero en fin, entremos en algunos detalles.

Se dice en primer lugar: «¿Por qué ha de haber tantos males como pesan sobre los hombres? ¿por qué ese conjunto de miserias que nos rodean? Si Dios es un buen padre, si tiene entrañas compasivas, ¿por qué serás tan débiles, padecéis constantemente á te sus propios ojos? ¿por qué no aligera en algo el peso que tienen que sobrelevar á Dios, hermanos míos, aborrece el mal soberánamente, detesta el pecado; pero en cuanto á las penalidades temporales, á las calamidades y miserias de la vida, él es quien las envía: la santa Escritura nos lo enseña en estas palabras: *Bona, et mala, vita et mors, paupertas et honestas á Deo exiit.* (Psal. xi, 14). Los bienes y los males, la pobreza y la riqueza, la muerte y la vida provienen de Dios. Los males vienen pues, y caen sobre el hombre desde la mano de Dios; pero tendremos por esto razon para rebelarnos contra la Providencia y declararla injusta? No, hermanos míos. ¿Por qué? Porque la inmensa mayoría de los males que nos afligen, no caen sobre nosotros sino porque nos los atraemos por nuestros crímenes. Quitad del mundo los vicios, los crímenes, las criminales pasiones; desterrad también el libertinaje, la ambicion, el egoismo y las demás pasiones culpables, y de un solo golpe quitareis la gran mayoría de los males. ¿Qué quedará? Quitais desde luego muchas enfermedades, la miseria, el pauperismo, las guerras, los ódios y las discordias. Quedarán los azotes naturales, la peste, el hambre, los terremotos, las inundaciones; pero aún estos azotes son en su mayor parte golpes que Dios dirige sobre el linaje humano, cuando está irritado contra él. Quitad pues del mundo los vicios y los crímenes, y desterrarais también una gran parte de esos azotes naturales. ¿Qué queda? La vejez con sus achaques, cierto número de enfermedades inseparables de nuestra fragil existencia, y una porcion de males considerables

para impedirle que se adhiera demasiado á la tierra, sino que, por el contrario, lleve su frente elevada siempre hacia el cielo. Desterrad los vicios, desterrad las pasiones, y sin duda que la tierra no será un Eden; pero no es ménos cierto que comparada con lo que es al presente, sería un jardín de delicias. Y si esa multitud de calamidades, ese pauperismo, esas miserias, si tantos dolores como pesan sobre nuestros hermanos, no nos han herido sino porque los hemos atraído sobre nosotros, ¿por qué los cristianos nos hemos de sublevar contra la Providencia? No tenemos derecho para ello. El desgraciado que arrastra sus cadenas y su peso, sin duda que se halla sometido á este duro tratamiento por orden del príncipe ó por disposicion de las leyes, pero no tiene derecho para quejarse, porque él mismo es quien se ha atraído sobre sí este duro castigo. Así, pues, Dios es quien nos hiere, Dios quien nos envía los males; pero es porque los solicitamos, porque atraemos los golpes de su venganza. Nuestra es la falta. ¿Por qué el mundo es tan perverso, por qué las sociedades son tan corrompidas y el humano linaje se encuentra maldado de los pies á la cabeza? Esto es lo que debemos decirnos cuando vemos que hay tantos males en el mundo, y entónces sofocaremos muchas culpables murmuraciones, que es lo que nos dice la Escritura: *Unde bella et lites in vobis* (Psal. xi, 14). ¿De dónde provienen todas las guerras, todas las discordias y los males de toda clase?... *Ex concupiscentiis vestris...* ¿Acaso no proviene de vuestros vicios y de vuestras pasiones? Si; porque no hay vicio ni pasion, por débil que sea, que no engendre en vuestro alrededor muchas miserias, muchos dolores, muchos padecimientos. No, no es Dios quien formó ese primer plan, nosotros somos quienes lo hemos creado, nosotros somos quienes por nuestros vicios arrancamos las calamidades de la mano de Dios. Vosotros sabéis que el primer designio de Dios nos era bastante favorable, la suerte que nos habia dado en el Paraiso terrenal era bastante hermosa para que pudiéramos decir como consecuencia, que si somos desgraciados al presente, es porque hemos merecido lo que mas y más merecemos cada dia.

Mas si los hombres, continúan diciendo los detractores de la Providencia, por su culpable conducta se atraen sobre sí los males que diariamente les afligen, ¿por qué no están mejor repartidos en el mundo? ¿por qué los serás más viles están naufragando en las riquezas, son inmensos en todas partes, y á fuerza de intrigas deprimen y huellan la virtud? ¿por qué hay tantos hombres que se pavonean cuando deberian estar cubiertos de oprobio? Reconocemos, continúan esos mismos detractores, que las riquezas y el honor caen algunas veces

en manos bien púras; hay ricos que son la providencia de los pobres, los amigos del género humano: á esos, los bendecimos y damos gracias á Dios por haber puesto en sus frentes la aureola de la riqueza; mas; ¿cuántos hay excesivamente duros, cuántos, cuyas miradas nos ofuscan y nos hacen dudar de la Providencia! ¿Por qué, pues, están esos colmados de bienes, si el bien es una recompensa? Hermanos míos, cuando Dios ve un hombre que camina en el mal, hace cuanto puede para conducirle, para atraerlo á sí; le envía padecimientos, calamidades, castigos, y descarga á su alrededor terribles golpes. Cuando ve que un hombre se obstina en el mal, que quiere perderse, entonces Dios se inclina para observar muy de cerca la conducta de aquel hombre, y ya reconociendo acá y allá, en los años de su vida pasada, algunas obras buenas, algunos pensamientos más puros, algunos actos de benevolencia; y como Dios no quiere retardar su pago, le dice: puesto que no quieres mi reino, puesto que hay en tu vida algunas parcelitas de virtud, ahí tienes el oro, ahí tienes los honores, toma, esa es tu recompensa; no será esto por mucho tiempo, porque tampoco tus virtudes han sido de larga duración! ¿Qué tenéis que decir á esto? ¿Acaso esos hombres no han merecido las riquezas? No hagamos nunca al hombre peor de lo que es en realidad. Si ha practicado algunos actos de virtud, ¿por qué no ha de tener una recompensa cualquiera? ¿Acaso esta recompensa es demasiado grande? ¡Oh! no, hermanos míos, es bien poca cosa; esos hombres son aquellos de quienes se dice en la Sagrada Escritura: «Recibieron su recompensa, *Receperunt mercedem suam* (MATII. VI, 2); y añade S. Agustín: *Vani vanam*; hombre vano, recompensa vana.

Mas por qué, continúan replicando los adversarios de la Providencia, hay justos tan cruelmente oprimidos, que pasan sus días en las lágrimas, que la desgracia persigue con inexplicable encarnizamiento, y que apenas tienen algunas horas un poco más luminosas, un poco más tranquilas en esa larga noche que es la vida para ellos? Nuestro Señor Jesucristo decía á los judíos: «¿quién de vosotros me convencerá de pecado? Pues bien, hermanos míos, ¿quién es el hombre que puede decir otro tanto? ¿Qué hombre hay justo en este mundo? El que así pudiera creerlo, que se levante. ¿Estais bien seguros que aquellos á quienes vosotros tomáis por justos, no tienen nada que expiar? ¿No ha tenido nunca lugar en sus almas nada que fuera culpable? Y si el ojo de Dios mira más de cerca su conducta, ¿creéis acaso que no descubra en ella nada de vilipendable? La Sagrada Escritura nos lo dice: «Todos cometemos muchas faltas; *Neque enim est homo, qui non peccet* (II, PRAE. VI, 36), no hay

hombre que no peque. Entonces, pues, ¿qué tenéis que decir si esas faltas, yo quiero suponerlas muy poco considerables, si esas faltas las castiga Dios en este mundo, para manifestar luego toda su bondad y ternura cuando entremos en la eternidad? ¿Qué hay en esto de extraordinario? Y yo supongo que sean justos, es decir, que no hayan cometido jamás sino faltas muy leves, inseparables de la fragilidad humana. ¿Es bien seguro, que si Dios les diera riquezas, si los colmase de honores, conservarían su virtud? por ventura, ¿no se han visto marchitarse muchas virtudes al viento de la prosperidad, desaparecer en el gran día? Y los dolores y los pesares, la pobreza y la miseria, ¿no son algunas veces un bálsamo que impide á la corrupción penetrar en la virtud? Si Dios les enviase la riqueza, tal vez á vuelta de algunos años, todas estas admirables virtudes habrían ya desaparecido de su corazón, para no dejar, como suele acaecer, más que egoísmo y libertinaje. Dejad pues que Dios los conserve en un estado de abatimiento y humillación; no los priveis de lo que es su salvación, su más rica fortuna, su garantía, su salvaguardia. Suponiendo que hechos ricos hubieran perseverado en sus virtudes, ¿tendrían ese heroísmo, ese esplendor de que se revisten en el seno del dolor? ¡Ah! si hubierais visto, durante los tres primeros siglos de la Iglesia, como aquellas vírgenes tan puras, aquellos venerables pontífices, aquellos hombres irreprochables marchaban á la hoguera y subían al suplicio, exasperados hubierais arrancado aquellas víctimas á los horribles tormentos. Pues bien, los hubierais obligado á descender de su trono, hubierais hecho pedazos su corona, ya que lo que al presente les corona en el cielo, son precisamente los dolores, los males de que hubierais querido sustraerlos por un impulso de compasión mal entendida. Además, los verdaderos justos no se quejan de que Dios los pruebe. ¿Os parece una quimera el que un ser humano estime los padecimientos? No, hermanos míos, no es una quimera, es una gran realidad, es una santa realidad. Las almas que han deseado el sufrimiento, que lo han amado, que han suspirado por él, esas almas no se quejan de la prueba, no se quejan de la humillación; piden á Dios que las conserve en este estado durante toda su vida mortal, y cuando llegue el tiempo de abandonar este mundo y entrar en la eternidad, lo que tienen de más precioso en sus manos y sobre su frente, son precisamente los sufrimientos que nos han escudriñado, hasta el punto de excitar en nuestros corazones murmuraciones culpables. Así pues, dejemos á la Providencia obrar y gobernar el mundo; no tenemos derecho de criticarla, no tenemos conocimientos suficientes para juzgar un gobierno tan vasto.

2. Pero se ha hecho también otra objeción mucho más terrible, que ha sido contestada largo tiempo, y que se puede sin embargo destruir en pocas palabras. Esta objeción, que se dirige contra la Providencia sobrenatural de Dios, se reduce á decir: Dios es una Providencia sobrenatural, quiere pues salvar á todos los hombres, quiere conducirlos á su bienaventurado fin. Sin embargo, si examinamos los tiempos que precedieron á Nuestro Señor Jesucristo, vemos casi toda la superficie de la tierra entregada á la idolatría, abismada en las tinieblas; hasta en nuestros días hay multitud de pueblos que no han conocido la verdad. ¿Cómo pueden salvarse esos desgraciados? ¿Cómo pueden llegar á la salud? ¿Dónde está pues la Providencia, siendo así que la Providencia es el acto continuo en virtud del cual Dios conduce todos los seres hacia su fin?—No es necesario que nosotros veamos los resortes de la Providencia, que los veamos funcionar á nuestros ojos; tenemos ciertos principios: Dios quiere que todos los hombres se salven; luego cuando Dios quiere un fin, quiere también los medios; de donde se sigue que dá á todos sin excepción el medio para salvarse, el medio de llegar á la salud eterna. No lo comprendemos, hermanos míos; hasta que Dios comprenda como se ejecuta su Providencia; nosotros no tenemos necesidad de comprenderla. Mas en fin, todos los hombres tienen los medios de conseguir la salvación eterna. ¿Qué era preciso á los que no eran hebreos para salvarse? ¿qué es lo que Dios les pedía? ¿les pedía imposibles? ¿les pedía lo que reclama de nosotros? No, hermanos míos; lo primero que necesitaban, era ejecutar, cumplir fielmente la ley natural. Los judíos tuvieron la ley de Moisés, nosotros tenemos la ley de Cristo; y los que no eran hebreos tenían la ley natural. Para ejecutar y cumplir fielmente la ley natural, después del pecado del primer hombre, se necesita la gracia de Dios: ahora bien, ¿quién se atreverá á decir que Dios no dió la gracia á los que no eran hebreos? ¿Era acaso difícil á Dios hacer que la gracia descendiera á torrentes al corazón de aquellos hombres diseminados sobre la superficie del globo, siendo así que el mismo Dios nos repite incesantemente que quiere la salvación de todos? ¿Hay cosa más sencilla que crear, y estamos obligados á creerlo, que aquellos hombres tenían en el fondo de su alma y recibían constantemente del cielo gracias naturales y superabundantes para cumplir perfectamente sus obligaciones? y nos complacemos en creer, que un gran número de ellos fueron fieles. ¿Qué más les faltaba? Les faltaba creer en ciertas verdades, pero no en todo lo que es objeto de nuestra fe; pero no, al menos de una manera explícita, en todo lo que los judíos estaban obligados á creer bajo

la ley mosaica. ¿Cuál era su símbolo? Debían creer en Dios, remunerador de la virtud y vengador del vicio; debían creer en la redención, con una fe implícita, en la redención, por los medios que la Providencia juzgase á propósito emplear. Tal era su símbolo. Para creer en este símbolo tan sencillo, para creer en él con fe sobrenatural, necesitaban de la gracia de Dios, que jamás les fué negada. El hombre falta muchas veces á la gracia, la gracia de Dios no nos falta jamás cuando queremos emplearla. Además de la gracia interior, necesitaban la manifestación de ciertas verdades tan sencillas como poco numerosas. Ahora bien; ¿les fueron manifestadas suficientemente estas verdades? Si, hermanos míos, muy suficientemente. En un principio, hasta la vocación de Abraham, es decir, durante más de dos mil años, el verdadero Dios era universalmente conocido: no había idolatría; las primitivas verdades se conservaban en toda su pureza nativa; había muchos vicios, mucha inmoralidad; el diluvio pasó sobre el mundo culpable; pero no creemos que hubiese errores. Aquellos hombres llevaban la verdadera fe en sus corazones. Esto es tan cierto, que en el momento del diluvio, sin otra predicación que la voz de las grandes aguas, hubo gran número de ellos que se convirtieron, pidieron perdón á Dios y se salvaron. Esto es lo que nos enseña el apóstol S. Pedro, cuando dice, que el alma de Cristo, en los días que precedieron á su resurrección, descendió al Limbo para consolar á los que habían hecho penitencia antes de la consumación de aquella gran catástrofe.

Así pues, hasta la vocación de Abraham, es decir, durante más de dos mil años, la verdad reinó en todo el mundo; el verdadero Dios era conocido, su culto estaba en vigor por todas partes. ¿Qué dificultad había para que aquellos hombres se salvaran? Sin duda que no tenían tantas gracias como nosotros, pero Dios no les pedía tampoco tanto como exige de nosotros los cristianos. El error hizo su invasión un poco más tarde; abandonó Dios á los que no eran hebreos? Toma á Abraham, lo hace depositario de sus dogmas, que era esencial conocer, y que formaban la constitución del pueblo judío. El pueblo judío no fué un pueblo particular, sobre el cual deramó Dios sus favores especiales, únicamente en beneficio suyo; el pueblo judío fué el gran preceptor del mundo, el archivero del género humano. Notad también que pasó muchos años en Egipto, y ¿por qué? Porque el Egipto era el asilo de la sabiduría, porque en todos los siglos, debían verse á los sabios que brillaban en las naciones, venir á instruirse en la sabiduría de los egipcios. En efecto, todos los filósofos fueron sucesivamente á beber á aquella fuente; es

porque Dios quiso, que durante muchos siglos, los egipcios estuviesen en contacto continuo con los judíos, á fin de que los primeros recibiesen una impresión inefable de la verdad, y la retuviesen hasta el fin. Entonces los judíos, en medio de los más brillantes prodigios, vinieron á tomar una posición única, se establecieron en los confines de Europa, del Africa y del Asia, para que la verdad pudiera brillar desde allí y alumbrar á todo el universo; hicieron alianza con los pueblos más poderosos, con los sirios, con los fenicios, que eran los grandes navegantes, que dirigían sus flotas á los puertos que habían construído en todas partes. Los judíos pues, les seguían en sus expediciones, y mientras que aquellos trasportaban el oro y la púrpura, los judíos llevaban la verdad á todos los puntos del mundo; y cuando un pueblo comenzaba á cerrar sus ojos á la verdad sagrada, los judíos la hacían resplandecer ante él. Hicieron alianza con los babilonios, los medos, los persas, señores sucesivamente de aquel vasto territorio del Asia, en donde se habían reunido todas las familias del mundo. Los judíos hicieron alianza, no solamente con estos pueblos, sino también con los griegos, á quienes llamaban sus hermanos; con los romanos, quienes los rodeaban de una poderosa protección. Mas cuando Dios vió que el mal tomaba incremento, tomó sucesivamente el reino de Israel y el de Judá, y lo dispersó por toda el Asia. Allí, este pueblo extraordinario excitaba la admiración de todos; su culto aparte, sus leyes, sus ceremonias, sus libros, en los que se contenían las verdades sagradas, fijaban las miradas del pueblo; y todos los hombres de buena voluntad veían la verdad ante sus ojos; así que, era venerado en todas partes, ocupaba los primeros puestos en la corte de los reyes: los judíos estaban á la cabeza de los sibilos; y aquellos poderosos conquistadores, de quienes se habla en la Sagrada Escritura y la historia profana, publicaban muchas veces, después de haber admirado las grandes maravillas de que eran testigos, publicaban un edicto dirigido á todos los pueblos, en que se recomendaba el culto y conocimiento del verdadero Dios. Los judíos penetraban siempre cada vez más, porque el error penetraba también, y era preciso tener continuamente abierto un libro ante los ojos de los pueblos gentiles para que pudiesen leer en él la verdad. Los judíos fueron pues hasta las extremidades del mundo, penetraron en las últimas fracciones de las tribus nómadas; tuvieron también un templo en Alejandría y escuelas públicas. ¿Por qué así? porque era preciso oponer un dique al error; porque era preciso contrabalancear; porque era preciso, además de las tradiciones primitivas, que la verdad estuviese bajo la vista y la mano del hombre. Así notamos

en el libro del apóstol S. Lucas, que cuando los judíos acudieron á Jerusalem para celebrar la Pascua, acudieron, no de las comarcas vecinas, no de las fronteras, sino de todas las extremidades del mundo. Los judíos, pues, los gentiles, además de las tradiciones primitivas, además de las luces de su razón y la afluencia continua de la gracia, tenían en todas partes la verdad necesaria ante sus ojos. ¿Quién les impedía creer? ¿Quién puede expresar el número de los que se abhirieron á las santas verdades, en virtud de la gracia que tenían en su alma? Y si ciertas naciones de nuestros días, como en los tiempos antiguos, han parecido ménas favorecidas, ¿quién nos impide creer que el auxilio interior fué de tal modo abundante que ha podido suplir á lo que les faltaba en punto á la enseñanza exterior? Por que Dios no es avaro de su gracia, es prodigo, la derrama con abundancia, y todo hombre que sale de esta vida para sufrir su condenación, puede decirse á sí mismo: Si he caminado mal, si he caído, es por mi culpa, por mi grandísima culpa.

Dejemos pues á la Providencia sobrenatural de Dios. Quiere salvar á todos los hombres, dá á los unos más, á los otros ménos. Pedia ménos á los gentiles, pedía más á los judíos, pide mucho más á los cristianos: á los gentiles había dado ménos, á los judíos más; á nosotros mucho más; y así tenemos que dar cuenta de mucho. No nos inquietemos inútilmente por la suerte de aquellos que no nos están contados; procuremos sólo de que no se realice en nosotros esta palabra de la Escritura: «Vendrán muchos del Oriente y Occidente que se sentarán á la mesa del festín, mientras que los hijos del reino serán lanzados fuera.» Esto es lo que desgraciadamente sucede á muchos cristianos: quizá, cuando estaban en el mundo, se indignaron contra la Providencia, que había abandonado á los gentiles, que había desamparado á las pobres poblaciones bárbaras; y cuando comparezcan ante Dios, cuando se celebre el gran juicio universal, quedarán admirados al ver que la venganza de Dios recae sobre ellos, por haber abusado de las abundantes luces del cristianismo, en el mal han vivido, mientras que esos pobres pueblos, perdidos en las extremidades del universo, y que parecían abandonados de la Providencia divina, subirán y marcharán á sentarse en el seno de Abraham, de Isaac y de Jacob.

Nosotros seremos grandemente responsables ante Dios. Los gentiles tuvieron sus deberes que cumplir; si los cumplieron, han sido recompensados, ó bien, si los han violado, han sido justamente castigados. Hermanos míos, pensemos solamente en los deberes que nosotros tenemos; son muy graves; Dios hace lucir sobre nosotros

muchas luces, nos dá torrentes de gracia, y así tendremos que darle una terrible cuenta. Aprovechémonos pues de sus gracias y socorros á fin de que el día que nos llame á comparecer á su presencia, podamos decirle con confianza, los unos: «Señor, vos me habeis dado cinco talentos, y he ganado otros cinco;» los otros: «Señor, vos me habeis dado dos talentos y he ganado otros dos;» y los que hayan sido ménos favorecidos: «Señor, no he recibido más que un talento y he ganado otro.» Y el Señor les dirá: Buenos y fieles servidores, habeis hecho producir á los talentos que os confié en partes desiguales; venid á reinar conmigo en esta ciudad eterna, cuyas murallas son de jusepe, cuya luz es la luz del cordero, cuya armonía es la de los coros celestiales. Esta gracia os deseo á todos.



PROVIDENCIA,

(ACCION DE LA)

III.

Accepti Jesus panes, et cum gratias egisset, distribuit discumbentibus.

Jesus tomó los panes, y despues de haber dado gracias á su eterno Padre, repartiólos entre los que estaban sentados.

(JOHNS. VI, 11.)

No podemos considerar sin asombro la prodigiosa multiplicacion de los panes, ese milagro particular de la Providencia.

¿Cómo podemos cerrar los ojos á los continuos milagros de la Providencia, en medio de los cuales vivimos y por los cuales subsistimos? Estamos tan acostumbrados, y este uso común nos vuelve tan insensibles á ellos, que los unos, por impiedad, osan disputar á Dios el gobierno del mundo, y los otros, por debilidad, osan desconfiar de su auxilio, pasmados unos y otros de los desórdenes escandalosos que cada día están viendo. Lo que á los unos sirve de razon para dudar, y

á los otros para murmurar de la Providencia, sirven á mi de conviccion para adorarla y defenderla.

Esta ley sabia, la cual nunca se aparta de Dios, está comprendida en estas palabras de S. Agustin: *Dominus habet curam tui, securus esto, nusquam tibi deest; tu illi non deesse.* Tenemos un Dios que cuida de nosotros, y que no nos faltará si no le faltamos. El pueblo que, atento á las lecciones de Jesucristo, le seguia por los desiertos y por los campos, ¿faltaba á Dios? Y este Dios, fiel en sus promesas, que empleaba hasta los milagros para socorrer á sus hijos, ¿faltaba á su pueblo?

Establezcamos pues en este discurso dos verdades para consuelo de los afligidos y para confusion de los ímpios. La primera, que *la Providencia no nos falta; y la segunda, que somos nosotros quienes faltamos á la Providencia.* A. M.

1. ¿Qué es la Providencia? Paganos y cristianos, todos convendrán en que es una razon superior que conduce todas las cosas á su fin, por medios proporcionados á su estado y naturaleza: *Attingit à fine usque ad finem fortiter, et disponit omnia suaviter* (Sap. viii, 1). Signese de aquí, que la Providencia debe proveer á las necesidades de los hombres en general; esta es la que yo llamo *Providencia universal*. Tambien debe proveer la Providencia á las necesidades de los hombres en particular, y esta es la que yo llamo *Providencia particular*. Además, siendo el alma lo más noble de nosotros, la Providencia ha debido atender á ella por el interés de su inmortalidad.

La Providencia universal se extiende á todo, arregla los intereses generales y los particulares, pero rige con leyes generales. Vedlo en el ejemplo de la multiplicacion de los panes. Los discípulos quieren despedir á la muchedumbre, pero la divina Providencia sabe que ésta tiene hambre y pregunta á los discípulos si tienen víveres. Ellos sólo se cuidaban de sus necesidades particulares, pero el Señor atiende á las necesidades generales. Por más cariñoso que sea con sus discípulos, les olvida en esta ocasion en provecho común, y les quita las provisiones, por más copias que sean, para socorrer con ellas al pueblo indigente.

El hombre en su egoismo lo reduce todo á sí; Dios, por el contrario, sigue en estas leyes este principio: *El bien público debe prevalecer contra el particular.* ¿Murmurais de la desigualdad de las condiciones? ¡Ah! esta situacion, que parece chocante, es necesaria. En la igualdad de poder, todos se negarian uno á otro obediencia; en

la igualdad de bienes, todos se negarían al servicio y socorro mutuo. Esta sabiduría universal, pues, mantiene, las diversas partes del género humano en la unión y en la acción, con la subordinación mutua. ¿Murmuráis del crecido número de criaturas molestas y perjudiciales que Dios ha derramado en el universo y que parecen afezar la hermosura de su obra? Estas criaturas son más útiles de lo que creéis y cada una de ellas alaba á Dios á su manera. ¿Murmuráis de la conducta desigual de Dios en la distribución de los castigos y en la economía de su justicia? La gran sabiduría de Dios consiste en dejar al hombre toda su libertad, y en reservar su justicia para otra vida. Castiga ó premia alguna vez en este mundo; pero no guarda ninguna uniformidad, y esto es sabiduría. *Pauca in hoc saeculo puniens, ne divina Providentia non esse credatur; multa servans ultimo examini, ut futurum judicium commendetur*; así se expresa S. Agustín.

Por Providencia eterna entendemos la acción de Dios sobre las criaturas, por el interés de su salvación eterna. Esta acción de Dios es noble y digna de él, pues si en todo busca su gloria, más quiere hacer santos que reyes: *Quirite primum regnum Dei, et justitiam ejus; et haec omnia adjicientur vobis* (MATTH. VI, 33). Hé aquí los escándalos del mundo con respecto á esta Providencia: ¿Por qué prosperan los malos y gimen los justos? La respuesta está en esta verdad consoladora: Cuanto se hace en el mundo se hace únicamente en provecho de los escogidos. 1.º Para purificar la virtud y hacerla digna de ser coronada en el cielo, han de mediar, según la fe, luchas, dificultades, persecuciones. Las tribulaciones del justo son pues útiles. Por otra parte, el justo es siempre imperfecto, y por eso habrá de sufrir los males de esta vida. 2.º El malo ha tenido actos meritorios en su vida, y como estos actos merecen premio, lo tendrán en las prosperidades de este mundo. No siendo dignos de la vida eterna, es bien que tengan los bienes de esta. Así fueron recompensados los romanos, dice S. Agustín; así fueron premiados tantos hombres ilustres, pero enemigos de Dios. La Providencia, pues, no falta al hombre; nosotros somos los que faltamos á ella, y faltamos principalmente de cuatro maneras.

2. Primeramente lo faltamos con nuestra codicia. Dios se ha encargado de atender á nuestras necesidades; pero ¿se ha obligado á satisfacer todos nuestros deseos, á saciar nuestra codicia? Este es empero el motivo de nuestras quejas, al ver que Dios no condesciende á todos nuestros designios, á los planes de riqueza y placeres que nos traen nuestras pasiones. Estos excesos no son nuestras verdaderas

necesidades, sino necesidades imaginarias, incompatibles con el bien común del universo, que debe ser objeto de la Providencia universal. En vez de saciar vuestra ambición, Dios debe templarla.

La segunda oposición es la de la ociosidad. La Providencia no tiene ojos para los que no velan con ella. Es preciso obrar con Dios, si queremos que Dios obre con nosotros. Así lo han hecho los santos, y tal es también el ejemplo de Jesucristo. No fué la sola espada de Dios la que venció á los medianías, sino la espada de Dios y la de Gedeon: *Gladius Domini et Gedeonis*. Trabajo, fuente de grandeza y elevación para las familias; ociosidad, causa de decadencia y ruina. Efecto de la Providencia de Dios. ¿Que hacen empero los ociosos? *Desideria occidunt pigrum... Tota die concupiscit et desiderat* (PROV. XXI, 23, 26). Pero cualesquiera que sean sus deseos, no los verán satisfechos, porque está puesto en orden que el ocioso permanezca en su nulidad, y que no queriendo hacer nada, nada sea.

La tercera oposición son las malas costumbres. Los paganos imputaban á los cristianos las desgracias ocasionadas por las invasiones de los bárbaros. S. Agustín les respondía que debían imputarlas al desarreglo de sus costumbres, al desprecio por la antigua disciplina, á la licencia de los soldados, á la avaricia de los magistrados, á la ambición de los grandes, á su desunión. Lo mismo os digo, pecadores: vosotros imputais á la Providencia el desorden de vuestros negocios; imputadlo á vosotros mismos y á vuestros desórdenes. El desfilarlo os ha llevado á la indigencia, el libertinaje á la enfermedad, la soberbia, la alivéz y la insolencia al abandono de todos vuestros amigos. Aunque no hubiese Dios, ni Providencia, vuestra conducta, vuestras acciones os reducirían á ese punto.

La última oposición es nuestra impaciencia. Hé aquí uno de los hermosos títulos de Dios: *Altissimus est enim patiens reuditor* (ECL. X, 4). Nosotros vemos el presente no más, y eso es lo que nos vuelve impacientes. Aguardad, y se os hará justicia, y todo volverá al orden. Judith aguarda la ocasión oportuna, y el pueblo de Dios está salvado. Job aguarda; José aguarda en su cárcel, y de ella sale virrey de Egipto. «Quien levante la voz contra su padre ó contra su madre, sea castigado de muerte (EXOD. XXI, 17).» Esta ley, dice San Juan Crisóstomo, se dio en el antiguo Testamento, esto es, en una época en que Dios no exigía de los hombres que se aplicasen á la perfección, y en que les encubría aún su divinidad... Si pues aún en aquel tiempo creyó Dios conveniente pronunciar semejante anatema, en él incurrer los hombres de hoy que viven en un tiempo en que la verdad se ha descubierta del todo; en él incurrer, repito, cuando no

temen levantar una voz impía, no solo contra su padre ó su madre, segun la carne, sino contra Dios mismo, su padre celestial (HOMILIA II, SOBRE LA PROVIDENCIA). No nos quejemos pues de la Providencia; quejémonos de nosotros mismos, que faltamos á ella; y en lo sucesivo aprovechemos sus beneficios si queremos ser, como os lo deseo, eternamente dichosos.

DIVISIONES.

PROVIDENCIA.—Hay que fiar en la Providencia divina. Hay que desconfiar de la providencia humana. Hay que tener la providencia cristiana.

PROVIDENCIA.—La obligación en que nos hallamos de poner nuestra vida corporal en manos de la Providencia, no disculpa nuestra ociosidad.

La obligación en que nos hallamos de poner nuestra vida espiritual en manos de la Providencia, no excusa nuestra temeridad.

PROVIDENCIA.—Manifestamos que reconocemos una Providencia cuando estamos tranquilos en nuestra necesidad.

Manifestamos que aguardamos algo de la Providencia cuando somos moderados en nuestro comercio.

Manifestamos que servimos á la Providencia cuando somos magníficos en nuestra liberalidad.

PROVIDENCIA.—Todos los cristianos deben abandonarse al arbitrio de la Providencia en las prácticas de la religion.

Todos los pobres deben merecer las gracias de la Providencia por sus obras de piedad.

Todos los ricos deben secundar los designios de la Providencia con obras de misericordia.

PASAJES DE LA SAGRADA ESCRITURA.

Quis preparat corvo escam | ¿Quién prepara al cuervo su
suam, quando pulli ejus clamant ad Deum vagantes, eo | alimento, cuando sus pollitos le-
vantan sus graznidos hácia Dios,

quod non habeant cibos? Job. xxxviii, 41.

Junior fui, etenim senui: et non vidi justum derelictum, nec semen ejus querens panem. Psalm. xxxvi, 25.

Domínus regit me, et nihil mihi deerit. Ps. xlii, 1.

Jacta super Domínum curam tuam, et ipse te enutriet. Psalm. liv, 23.

Puillum et magnum ipse fecit, et equaliter cura est illi de omnibus. Sap. vi, 8.

Attingit á fine usque ad finem fortiter, et disponit omnia suaviter. Idem. viii, 1.

Non est alius Deus quám tu, cui cura est de omnibus. Idem. xii, 45.

Idco dico vobis, ne solliciti sitis animae vestrae quid manducetis, neque corpori vestro quid induamini. Matth. vi, 23.

Respicite volatilia caeli, quoniam non serunt, neque metunt, neque congregant in horrea: et Pater vester caelestis pascit illa. Idem, ibid. 26.

Nolite ergo solliciti esse, dicentes: quid manducabimus, aut quid bibemus, aut quo operiemur? Idem, ibid. 31.

yendo de un lado á otro *del nido*, por no tener nada que comer?

Jóven fui, y ya soy viejo: mas nunca he visto desamparado al justo, ni á sus hijos mendigando el pan.

El Señor me pastoreá, nada me fallará.

Arroja en el seno del Señor tus ansiedades, y él te sustentará.

Al pequeño y al grande él mismo los hizo, y de todos cuida igualmente.

Abarca fuertemente de un cabo á otro todas las cosas, y las ordena todas con suavidad.

No hay otro Dios sino tú, que de todas las cosas tienes cuidado.

En razon de esto os digo, no os acongojeis por el cuidado de hallar que comer para sustentar vuestra vida, ó de donde sacareis vestidos para cubrir vuestro cuerpo.

Mirad las aves del cielo, cómo no siembran ni siegan, ni tienen graneros; y vuestro Padre celestial las alimenta.

Así que no vayais diciendo acongojados: ¿Dónde hallaremos que comer y beber? ¿Dónde hallaremos con que vestiros?

FIGURAS DE LA SAGRADA ESCRITURA.

Todo lo que hay en el mundo desde su creacion nos prueba de un modo irrecusable la providencia con que Dios todo lo gobierna,

conserva y dispone. Interminable sería nuestro trabajo, si pretendiéramos citar aquí todos los ejemplos de la providencia de Dios que nos ofrecen los libros santos; por esto escogeremos los más principales para que sirvan de alguna utilidad al orador.

Dios no se limitó á formar á Adán y Eva, sino que les dió el orden de multiplicarse, de sujetar á su imperio todos los animales: les dió una ley, de cuya observancia dependió siempre la felicidad, como la desgracia de su violación.

Decidido á purificar la tierra de un sin número de iniquidades por medio del diluvio universal, manifestó una providencia verdaderamente paternal y no ménos milagrosa con Noé y su familia, salvándolos de la común ruina (Gen. 7, 8, 9).

Desoso de manifestar su misericordia al pueblo de Israel oprimido por los egipcios, le libra de la esclavitud, lo alimenta y desleña con una solitaria que solo puede compararse, segun dice Dios, á la de una gallina que cubria sus hijuelos debajo de sus alas (MATT. XXII).

La misma providencia habia manifestado respecto á Abraham, llevándole á un país extranjero, prosperando sus bienes, defendiéndole de sus enemigos y vinculando á su descendencia las más grandes promesas.

No halla ménos la providencia divina sobre Isaac, Jacob, José, David, Tobías y otros justos, en cuyo favor, cuando fué necesario, obró Dios los más estupendos milagros, para que jamás pudiera decirse que uno solo de los que habian esperado en Dios hubiese sido abandonado.

SENTENCIAS DE LOS SANTOS PADRES.

Deus in cunctis sufficit, nec potest esse perspicacia previcator. Tertull.

Si enim est Deus, utique providens est: alterum sine altero, nec esse processus, nec intelligi potest. Lactant. De ira Dei.

Quis de providentia dubitet, cum cunctis cunctis terrarumque, sic disposita, sic temperata esse universa, ut non modo ad put-

Dios todo lo abarca, y no puede ser fallo de prevision.

Si existe un Dios, necesariamente debe ser provido, porque lo uno sin lo otro no puede ser, ni aún concebirse.

¿Quién puede dudar de la providencia de Dios, al ver que en el cielo y en la tierra todo está dispuesto y armonizado de tal mane-

chritudinem ornatumque mirabilem, sed ad usum quoque hominum, caterorumque viventium commoditatem optime conveniant? Idem Instit. div. cap. 1.

Sic (Deus) unumquemque nostrum tanquam solam curas, et sic omnes, tanquam singulos. S. Aug. lib. 5 Conf. cap. 11.

Nulla creatura est, que non velit nolit, divino providentia serviat. Idem in Epist. ad Galat.

Majus miraculum est gubernatio totius mundi, quam saturatio quinque millium hominum de quinque panibus. Idem Tract. 24 in Joann.

Mirò modo fit, ut quod sine voluntate Dei agitur, voluntati Dei contrarium non sit, quia ejus consilio militant etiam, que ejus consilio repugnant. S. Gregor. lib. 6 Moral.

Véase: VIRTUD.

ra, que no sólo sirve para el embellecimiento, sino también para utilidad del hombre y conveniencia de todos los demás seres animados.

Así (Dios) cuida de cualquiera de nosotros, como si solo cuidases de él; y así atiendes á todos, como si fuese solo uno.

No hay criatura que, quiera ó no quiera, no sirva á los designios de la Providencia.

Mayor milagro es gobernar á todo el mundo que saciar con cinco panes á cinco mil hombres.

Sucede prodigiosamente que lo que se hace contra la voluntad de Dios contribuye al cumplimiento de sus designios, sirviendo á su providencia aquello mismo que parece oponersele.

PRUDENCIA.

Prudentiam voca sapiens tuam.
Llama única tuya á la prudencia.

(Prov. vii, 4.)

No hay cosa más aplaudida que la prudencia; pero tampoco hay cosa ménos practicada, y hasta ménos entendida que esta virtud. Son

conserva y dispone. Interminable sería nuestro trabajo, si pretendiéramos citar aquí todos los ejemplos de la providencia de Dios que nos ofrecen los libros santos; por esto escogeremos los más principales para que sirvan de alguna utilidad al orador.

Dios no se limitó á formar á Adán y Eva, sino que les dió el orden de multiplicarse, de sujetar á su imperio todos los animales: les dió una ley, de cuya observancia dependió siempre la felicidad, como la desgracia de su violación.

Decidido á purificar la tierra de un sin número de iniquidades por medio del diluvio universal, manifestó una providencia verdaderamente paternal y no ménos milagrosa con Noé y su familia, salvándolos de la común ruina (Gen. 7, 8, 9).

Deseso de manifestar su misericordia al pueblo de Israel oprimido por los egipcios, le libra de la esclavitud, lo alimenta y desleña con una solitaria que solo puede compararse, segun dice Dios, á la de una gallina que cubria sus hijuelos debajo de sus alas (MATT. XXII).

La misma providencia habia manifestado respecto á Abraham, llevándole á un país extranjero, prosperando sus bienes, defendiéndole de sus enemigos y vinculando á su descendencia las más grandes promesas.

No halla ménos la providencia divina sobre Isaac, Jacob, José, David, Tobías y otros justos, en cuyo favor, cuando fué necesario, obró Dios los más estupendos milagros, para que jamás pudiera decirse que uno solo de los que habian esperado en Dios hubiese sido abandonado.

SENTENCIAS DE LOS SANTOS PADRES.

Deus in cunctis sufficit, nec potest esse perspicacia previcator. Tertull.

Si enim est Deus, utique providens est: alterum sine altero, nec esse processus, nec intelligi potest. Lactant. De ira Dei.

Quis de providentia dubitet, cum cunctis cunctis terrarumque, sic disposita, sic temperata esse universa, ut non modo ad put-

Dios todo lo abarca, y no puede ser fallo de prevision.

Si existe un Dios, necesariamente debe ser provido, porque lo uno sin lo otro no puede ser, ni aún concebirse.

¿Quién puede dudar de la providencia de Dios, al ver que en el cielo y en la tierra todo está dispuesto y armonizado de tal mane-

chritudinem ornatumque mirabilem, sed ad usum quoque hominum, caterorumque viventium commoditatem optime conveniant? Idem Instit. div. cap. 1.

Sic (Deus) unumquemque nostrum tanquam solam curas, et sic omnes, tanquam singulos. S. Aug. lib. 5 Conf. cap. 11.

Nulla creatura est, que non velit nolit, divino providentia serviat. Idem in Epist. ad Galat.

Majus miraculum est gubernatio totius mundi, quam saturatio quinque millium hominum de quinque panibus. Idem Tract. 24 in Joann.

Mirò modo fit, ut quod sine voluntate Dei agitur, voluntati Dei contrarium non sit, quia ejus consilio militant etiam, que ejus consilio repugnant. S. Gregor. lib. 6 Moral.

Véase: VIRTUD.

ra, que no sólo sirve para el embellecimiento, sino también para utilidad del hombre y conveniencia de todos los demás seres animados.

Así (Dios) cuidas de cualquiera de nosotros, como si solo cuidases de él; y así atiendes á todos, como si fuese solo uno.

No hay criatura que, quiera ó no quiera, no sirva á los designios de la Providencia.

Mayor milagro es gobernar á todo el mundo que saciar con cinco panes á cinco mil hombres.

Sucede prodigiosamente que lo que se hace contra la voluntad de Dios contribuye al cumplimiento de sus designios, sirviendo á su providencia aquello mismo que parece oponersele.

PRUDENCIA.



Prudentiam voca virtutem tuam.
Llama única tuya á la prudencia.

(PHOT. VII, 4.)

No hay cosa más aplaudida que la prudencia; pero tampoco hay cosa ménos practicada, y hasta ménos entendida que esta virtud. Son

muchos los que la definen; pero ¿cuán pocos se atienen á su definición! Esta virtud dispone y ordena bien las cosas que se han de practicar para conseguir algun fin bueno; muestra los medios convenientes y todas las circunstancias, esto es, el tiempo, el lugar, el modo y otras cosas semejantes, para que la obra sea bien hecha, en todo y por todo, por cuya razon se le dá á esta virtud el nombre de maestra de las otras virtudes, y viene á ser como los ojos para el cuerpo, la sal para los manjares y el sol para el mundo.

Si la prudencia toda virtud es átega, como lo acreditan los dos vicios que la combaten, á saber, la inconsideracion y la sagacidad, la astucia ó la prudencia carnal. El inconsiderado se determina ó resuelve á las acciones de repente, sin considerar los medios que convienen para lograr el fin; y el astuto se dirige con tanta sagacidad al fin de lo que desea, que todo lo encamina ó dirige á su propio interés, sin reparar en la bondad del fin, ni en la honestidad de los medios, atropellando y quebrantando la ley de Dios por su provecho temporal; mas la verdadera prudencia enmienda estos extremos, haciendo que el inconsiderado se detenga y medite los medios, y refrenando al astuto para que dirija su sagacidad por la senda cristiana; de lo cual resulta que, evitados estos extremos viciosos, adopta un término medio, la prudencia, para que las obras salgan rectas y vayan dirigidas á Dios.

Voy á ocuparme en este discurso de la necesidad de la prudencia, y á demostraros que no solo es el elemento más necesario de gobierno en el régimen de las naciones, sino la virtud de todos los sexos, edades y de todos los dias. Pidamos ántes los auxilios de la gracia. A. M.

A. Pocos son los hombres que, en teoria, no conozcan algunos buenos principios para gobernar á los pueblos, ó á sus respectivas familias, ó para gobernarse á si propios. Pero ¿de qué sirven los principios universales cuando falta en oportuna aplicacion á los casos prácticos de la vida y del gobierno? La experiencia nos enseña que son muy pocos los que se gobiernan bien á si mismos, ó á la nacion ó familia que les está encomendada, porque les falta la prudencia que aplica el conocimiento ó los principios universales á los casos particulares.

La vida individual, la vida doméstica y la vida social son vidas prácticas, que tienden á la realizacion ó logro de un fin, y se ven obligadas, por lo tanto, á buscar los medios que á él conduzcan, á juzgarlos y á ponerlos en practica, que son los tres actos de la pru-

dencia. En la direccion del individuo, lo mismo que en la de la familia ó de los pueblos, existe siempre un fin hácia el cual van encaminadas nuestras acciones y virtudes: buscar los medios para llegar á este fin, juzgarlos ó discernirlos y ejecutarlos, hé aquí lo que hace la prudencia, de modo que esta virtud ayuda á todas las virtudes, en todas obras, y á todas las prepara el camino. La prudencia pues tiene que presidir y dirigir al gobierno de si mismo, al de la familia y al de la sociedad, porque de nada aprovecharian los principios universales si el individuo, el padre de familia ó el jefe de la sociedad no conociesen tambien los objetos ó casos particulares á que aquellos deben aplicarse, y los medios por los cuales ha de realizarse esta aplicacion.

Si la prudencia es la que debe gobernar, donde más lata sea la esfera en que obra el gobierno, y más elevados sus fines, á mayor altura debe estar el trono de la prudencia. A los príncipes y supremos gobernantes no puede faltarles esta virtud sin exponerse ellos á muchos peligros, y exponer á los pueblos que gobiernan. Adquiere la prudencia, dice el Espíritu Santo, pues vale más que el dinero: *Acquire prudentiam, quia pretiosior est argento*. (Prov. xvi. 16). El Señor se apareció á Salomon. luego que éste subió al trono, y le dijo: Pideme lo que quieras. El ilustre hijo de David, viendo cuán numeroso era el pueblo que tenia que gobernar, y conociendo que era demasiado jóven, pidió la prudencia necesaria para hacer justicia; y esta peticion agradó de tal manera á Dios, que no solo le concedió la verdadera prudencia, sino que le otorgó tambien lo que no le habia pedido, esto es, las riquezas y la gloria, elevándole con estos dones sobre cuantos monarcas le habian precedido. Bien pronto se le ofreció una ocasion en que pudo dar un insigne testimonio de la prudencia que se le habia concedido: presentáronsele dos mujeres que disputaban entre si sobre quien era la verdadera madre del niño que una de ellas llevaba en sus brazos. Tratándose de una cuestion de hecho en que no intervenian más que dos personas con pretensiones y razones opuestas, era difícil juzgar con acierto; pero Salomon, despues de haberlas oido con atencion profunda, mandó que el niño fuese dividido con la espada, y se diese una mitad á cada una de aquellas mujeres. No sea mio ni tuyo, sino dividase, dijo la una. Pero la otra exclamó: Por Dios no lo hagais así; ántes bien deseale todo entero, pero vivo, y no le mateis. El rey, excitando el cariño maternal, logró saber cual era la verdadera madre, y el pueblo se llenó de respetuoso temor hácia Salomon, al ver la prudencia que Dios le habia comunicado.

Roboam, hijo de Salomon, nos presenta un ejemplo enteramente opuesto. Apenas subió al trono el nuevo monarca, suplicó el pueblo que se dignase disminuir las cargas que le había impuesto su padre. Roboam consultó primero á los ancianos, en quienes de ordinario se encuentra la verdadera prudencia, ya porque el conocimiento práctico que tienen del mundo y de la diversidad de sus objetos y relaciones, les facilita sobremañera el camino, así para hallar los medios que conducen á un fin, como para juzgarlos y ejecutarlos; ya porque las pasiones, que son las que corrompen la prudencia, se hallan muy amortiguadas en los hombres de edad madura, lo cual les hace doblemente aptos para ser buenos consejeros de los príncipes. Despues quiso aconsejarse con algunos jóvenes, compañeros suyos de edad y de distracciones, y despreciando el sábio consejo de los ancianos, aceptó el de los jóvenes, y dió al pueblo una respuesta insultante, que ocasionó el cisma ó la separacion de las diez tribus, según Dios lo había anunciado. No olviden estos ejemplos los que gobiernan, y reflexionen que siendo ellos los que tienen que aplicar los principios generales á objetos tan diferentes, á intereses tan opuestos y en circunstancias tan diversas, no podrian ménos de causar grandes é irreparables daños á los pueblos, si les faltase la prudencia.

Y esta prudencia debe ser verdadera, una prudencia cristiana, la prudencia que hace bueno al que la tiene, para que él pueda hacer buenos y felices á los demás. Es imposible que sean buenos los gobiernos cuando los gobernantes carecen de verdadera virtud; porque en almas malévolas no entra el Espíritu Santo, y por consiguiente no puede albergarse en ellas el don de consejo que corresponde á la prudencia cristiana, cuando, por el contrario, en las almas virtuosas penetra y se comunica suavemente, iluminando sus tinieblas y haciendo que sean seguros todos sus pasos. Los que ansiais felicidad, los que clamais por civilizacion, los que deseais gobiernos benéficos y paternales, sed sinceramente católicos, y haced que lo sean tambien vuestros gobernantes, pues de esta suerte forzosamente tendreis que mostraros agradecidos á la Iglesia, aunque no sea más que por el bien que proporciona á los pueblos al exigir á los gobernantes que sean cristianamente prudentes. Sin esta prudencia es imposible gobernar bien. Aún cuando se conozcan los principios generales de la ciencia política ó social, faltará el acierto al hacer de ellos la conveniente aplicacion, y de esto resultarán infinitos males. En el gobierno de los pueblos la virtud es un elemento más indispensable aún que la ciencia. Cuando el corazon de los que gobiernan está purifica-

do por la gracia, el Espíritu Santo derrama sobre él las luces necesarias para juzgar bien en la tierra, y conducir los pueblos por la suave senda de una libertad sin licencia y sin exageraciones, y de una felicidad sin engaños, en cuanto es posible conseguirla en la tierra. La felicidad se encuentra únicamente siguiendo el camino de la religion, y cualquier otro camino es falso ó tortuoso, y puede conducirnos á la ruina y á la muerte.

Hé aqui porque es siempre funesto el gobierno de los ímpios y pecadores. Fáltales, así á unos como á otros, la verdadera prudencia, la prudencia que hace bueno al que la tiene, y hace buena su obra; llenos de orgullo, desoyen el buen consejo; con su precipitacion obran por ímpetu de pasion ó de voluntad; con su inconsideracion desatienden ó desprecian los antecedentes de que resulta el juicio, y con su inconstancia dejan de ejecutar lo que se les ha aconsejado y han juzgado tambien ellos mismos. El Espíritu Santo dice, que el camino de los ímpios está lleno de tinieblas, y que no advierten donde van á caer: *Via impiorum tenebrosa, neciunt ubi currunt* (Prov. iv. 19). Y con estos vicios tan opuestos á la virtud de la prudencia, cómo no ha de ser funesto para los pueblos el gobierno de los pecadores y de los ímpios? Con razon ha dicho igualmente el Espíritu Santo, que el reinado de los ímpios es la ruina de los hombres: *Regnantibus impiis ruina hominum* (Prov. xxviii. 12); y que el pueblo tendrá que gemir cuando los ímpios tomen el mando: *Cum impiis sumperint principatus, gemet populus* (Prov. xxix. 2). Por eso debemos pedir con instancia á Dios que no permita que carezcan de virtudes los que recibieron la mision de gobernar á las naciones.

2. Hablemos ahora de los jefes de la sociedad doméstica. Tambien el gobierno de la familia debe estar presidido y dirigido por la prudencia cristiana. El jefe de una familia es principalmente feliz ó desgraciado, por las pequeñas escenas que pasan en torno suyo en el interior del hogar doméstico. Un hombre oscuro que encuentra en su casa el bienestar y la paz, cuya sola presencia esparce la alegría á la vista de su esposa y de sus hijos, á quien todos se esfuerzan en complacer por medio de amables agasajos y de pruebas de afecto, es más feliz que el magnate influyente, cuyo aspecto apaga el placer de los criados, á quien su esposa profesa un rencor sordo, pero violento, por sus vicios, y sus hijos le desprecian á pesar suyo. Para que la paz y la dicha reinen en la familia, es preciso que la prudencia se deje ver en medio de ella, dando resplandor con su rectitud. Si el jefe de la sociedad doméstica arregla su vida y costumbres segun las máximas de la ley de Dios, y dirige todas sus obras segun las reglas

de la fe y de la religión; si aconseja y manda todo lo que se ordena á la observancia de la virtud, y reflexiona los medios conducentes á este fin; si dá á sus suyos lecciones de piedad, los trata con dulzura, lamenta sus flaquezas y los sufre pacientemente, los corrige con amabilidad, y les enseña á consagrar todas sus obras á Dios, y á buscarle con toda la rectitud de sus intenciones, será respetado, querido y amado como el ángel tutelar de la familia. Y por el contrario, si el fin que se propone solo mira á lo carnal y terreno; si en vez de formar á los suyos en la piedad se contenta con educarlos con las máximas y según el espíritu del mundo; si no les dá más lecciones y doctrinas que las que tienden á enseñar el modo de medrar en el mundo, ni les corrige otras faltas que las que pueden perjudicarlos en el trato social, cerrando los ojos respecto de todo lo demás, y perdonándoles todos los defectos y vicios, se verá despreciado y experimentará grandes disgustos. El Espíritu Santo ha dicho que con la prudencia se consolida la casa: *Domus prudentia robabitur*. (Prov. xvii, 5); la imprudencia, por el contrario, trae consigo la ruina y la muerte.

Finalmente, es necesaria la prudencia cristiana para la dirección del individuo. Nuestras luces son muy limitadas, nuestra destreza muy corta, é insuficientes todas nuestras fuerzas para triunfar de tantos enemigos que nos asallan de continuo. Es menester elección, prevision y discernimiento; es menester no perder jamás de vista la regla de las costumbres, la brevedad de la vida y la inmutabilidad de nuestro último fin; es menester conocer la vanidad, descubrir la falsa brillantez, comprender la nada de esos bienes criados que nos encantan; y ¿quién puede hacer esto sino la prudencia, que es la única que sabe representar los objetos como verdaderamente son, y tomar con su justa precisión las medidas? Por eso el Crisostomo la llama antorcha del alma, reina de los pensamientos, y modelo de las cosas buenas y honestas. La senda del hombre prudente es como la luz del sol que va en aumento hasta el medio día, y, por el contrario, el camino del imprudente está lleno de tinieblas. Sin prudencia no hay honradez, ni virtud, ni mérito, y todo anda desconcertado y envuelto en confusión.

Al ponderar la necesidad de la prudencia, la hemos llamado siempre prudencia cristiana, porque es la única verdadera. La única que puede hacer nuestra fortuna para el tiempo y para la eternidad. Existe también una prudencia falsa que yerra los fines, desacierta los medios y tiende constantemente á alucinarlos. ¡Cosa extraña! toda la vida se está estudiando, toda se pasa en una continua agitación,

toda se consume en llegar cada cual á sus fines, y de todo se echa mano, de artificios, sutilezas, enredos, disimulaciones, para crearse cada cual su fortuna. No es más que prudencia humana, prudencia de la carne, que cada día se complace Dios en confundir por muertes imprevistas, por esas desgracias no esperadas, por esas súbitas revoluciones, que en un instante desvanecen los vastos proyectos de fortuna. ¡Qué dignos son de lástima los que se dejan arrastrar de semejante guía! ¡Qué necedad es contar tan solo con su crédito, con el poder de sus amigos, con el favor de sus protectores y con los arbitrios de su habilidad y de su industria! Si el Señor no interviene en nuestros proyectos, si no es el único fin y el móvil principal de todas nuestras empresas, si él mismo no labra nuestra fortuna, de nada sirven todas nuestras diligencias y medidas.

Dichoso pues el hombre que es rico en prudencia cristiana: *Beatus homo qui affecit prudentia*. El posee el arte de aprovecharse igualmente de los bienes y de los males de esta vida. Consiga ó no lo que pretende, cuando obra según la prudencia cristiana, logra la aprobación de Dios, que lleva cuenta fiel de todos nuestros deseos y esfuerzos. Tal vez los hijos del siglo se reirán del que tiene esta prudencia, porque ignora esas sutilezas del ingenio humano que hacen burla de los corazones sencillos; porque ignora esas delicadas máximas de refinada política, que tal vez se adelantan á registrar é investigar lo futuro, mirándose de la rectitud y de la sencillez de una conciencia timorata; porque no conoce esas bajezas que son propias de una alma esclava de sus pasiones, y todos esos artificios con que se pretende hacer fortuna, y abrigar la vanidad de que sea considerada como obra de su propia industria; pero ¿qué importa? Sabe que sigue una guía segura; sabe que Dios reprobaba y confunde la prudencia mundana; sabe que atesora méritos para la vida eterna; y de esta suerte vive tranquilo y contento. Ríase en buena hora el mundo de su rectitud y buena fe, de su franqueza y de su sinceridad; trate de imbecilidad la delicadeza de su conciencia, ó cuando ménos de apocamiento de espíritu, que ya llegará el día en que se vea que esos ánimos apocados, esos que creyeron simples obraron según el espíritu de Dios, que solos ellos fueron prudentes y discretos á sus divinos ojos, y que cuantos siguieron otra prudencia distinta de la cristiana, fueron unos insensatos dignos de compasión.

Amenos pues la verdadera prudencia. Guardémosla bien de seguir las débiles y oscurecidas luces del propio dictamen, y de formar juicio de las cosas por las desaceitadas máximas del mundo. Consullemos siempre las de Jesucristo, las del Evangelio y las de la fe.

Desconfiemos especialmente de nuestro propio parecer, de nuestro imaginario buen juicio, y de nuestra inteligencia, porque todo lo ciegan la pasión, el amor propio y el interés, y por eso es tantas veces el entendimiento juguete y burla del corazón. Nunca nos fiemos de esa prudencia que, con los especiosos pretextos de gratitud, de urbanidad, de atención y de necesidad, favorece siempre á la pasión y al amor propio, pero á costa de la virtud y de la salvación. Siempre que tratemos de resolvernos á algun negocio de consecuencia y de importancia, principiemos por consultarlo con Dios y pedirle que nos ilumine, y examinemos despues con madurez todas las circunstancias y todas las razones, pero discurriendo siempre sin apartar la mente de nuestro último fin. Consideremos que debemos dar cuenta á Dios del negocio que vamos á emprender, y mirémosle como si viviésemos que comparecer al instante delante del Juez soberano; y de esta suerte seremos siempre prudentes, huiremos del vicio, y practicaremos las virtudes que han de conducirnos á la gloria, que á todos os deseo.

PRUDENCIA DE LOS HIJOS DEL SIGLO.

Filius hujus saeculi prudentiores Abitavit in generatione sua sunt.
Los hijos de este siglo son en sus negocios más sagaces que los hijos de la luz.

(LUC. XVI. 8.)

En la parábola del mayordomo infiel hace nuestro divino Salvador algunas reflexiones que, bien meditadas, no puedan ménos de redundar en provecho de nuestras almas.

Observa en esta parábola nuestro Señor, que los hijos del siglo son mucho más prudentes é ingeniosos en sus negocios que los hijos de la luz; y nos exhorta á emplear nuestros bienes y nuestras riquezas en granjearnos amigos para el cielo. Sobre esta doctrina, hermanos míos, roelamo en este momento que fijéis toda vuestra atención. Advertid primeramente, que el Señor no pretende alabar la conducta

del mayordomo infiel, presentándole como modelo; no elogia la infidelidad, sino que hace resaltar la prudencia y solamente como término de comparación. Si esa prudencia puede en los negocios del mundo conciliarse con la improbidad, no sucede otro tanto en los negocios espirituales y en el importante de la salvación. Sed prudentes y sagaces para ganar el cielo; solo así os granjearéis alabanzas sin medida.

El administrador de que nos habla el Evangelio tenía una maña, que no era recomendable, pero que debe avergonzár á la desidia de un hijo de Dios. Vosotros ya comprendéis que el divino Salvador por la expresión de hijos del siglo é hijos de Dios, quiso representarnos á los que tienen fe y obran de una manera conforme á ella, que son los hijos de la luz; y á los que, por el contrario, no tienen fe y solo viven segun el espíritu del mundo, que son los hijos del siglo. Muy ajeno es de Dios el querer aprobar la conducta de los hijos del siglo en lo que ella tiene de artificioso. Era una manifiesta injusticia la que cometiera el mayordomo infiel, perjudicando los intereses de su amo para asegurarse en su desgracia una buena posición; y una mala acción siempre es ilícita; mas preciso es confesar que su plan tenía mucho de diestro, y que fueron ingeniosas las precauciones que tomó, único título bajo el cual se nos recomiendan. «¿Qué haré, pues mi amo me quita la administración de sus bienes? Yo no soy bueno para cavar, y para mendigar no tengo cara; pero ya sé lo que he de hacer para que cuando sea removido de mi mayordomía halle yo personas que me reciban en su casa;» y empezó á negociar con la hacienda de su propio dueño.—«¿Cuánto debes tú á mi amo?» preguntó á cada uno de los deudores.—«Cien barriles de aceite.—Pues siéntate y escribe cincuenta.—¿Y tú?—Cien cargas de trigo.—Poma tu obligación y escribe ochenta.»—Y así fué haciendo con los demás deudores de su principal.

Nuestro divino Salvador observa con este motivo, que los hijos del siglo son más diestros y previsores en el arreglo de sus negocios del mundo que los fieles en sus intereses espirituales; y en la solicitud de que siempre deberán estar unitados para ganar el cielo. Ea pues, hermanos míos, examinemos cual es la conducta de los hijos del siglo, ya que nos es lícito hacerlo, puesto que el mismo Jesucristo señor nuestro nos autoriza á ello por medio de esta parábola. Pidamos ántes los auxilios de la gracia. A. M.

1. ¿Cuál es la conducta de los hijos del siglo? Pensar siempre en los medios que deben emplear para el feliz éxito de sus proyectos;

aplicarse continuamente en el estudio de sus intereses y de sus especulaciones, desde la aurora al ponerse el sol, durante el día y durante la noche; apurar todos los medios para obtener beneficios y procurarse comodidades, no solo buscando esos medios con afán, sino poniéndolos en continua práctica. Observad bien, hermanos míos, lo que pasa en el mundo. ¿Cuándo hay tregua ni reposo en el mundo? ¿Cuándo cesa siquiera por un instante esa actividad impulsada de la resuelta deliberación de crearse una fortuna? Se buscan recursos y se persevera en la aplicación de ellos arrojando casi siempre sacrificios inmensos cuya sola idea estremece; porque se sacrifica el sosiego, el tiempo, la vida, y aún la vida de los hijos si es necesario; y ¡oh colmo de coquedad! sacrifiense hasta el alma, la cosa de más precio, esa alma que nunca debiera dejar de ser y que en realidad es el verdadero tesoro del hombre!

Sin embargo ¿quién se acuerda de ella en el mundo? Decidme, ¿cuántos son los mercaderes que en sus transacciones mercantiles dicen para consigo: «Es necesario que piense en mi alma; es necesario que ante todas cosas piense en su salvación; si pierdo mi alma, ¿qué me importa ganar todos los tesoros del universo?» ¿Cuán pocos se dicen también: «No solo debo observar las reglas del honor, de la prudencia y de la economía, sino también las del Evangelio; de consiguiente veamos qué lucro me es lícito, qué resultado me parece legítimo, por qué medios he de llegar á determinada posición, cuáles entre estos medios han sido siempre sancionados por la prudencia, aprobados por la conciencia y autorizados por la Iglesia! Si, hermanos míos, la Iglesia es la que debe ordenar la conducta de los hombres, cualesquiera que sean sus profesiones; y ellos deben preguntarse: «¿Dónde están las reglas que la Iglesia ha establecido?» Pero estas reglas no se conocen, porque jamás se han estudiado; concócese sí la ciencia de la especulación, no la de la salvación, no lo que enseñan los doctores y santos Padres en orden al lucro legítimo. Hé ahí la causa, hermanos míos, de esas innumerables y diarias injusticias, de esos agravios que se imputan hoy al comercio de buena fe y á toda clase de negocios. Ya se vé: cómo todos los hacen! cómo ha degenerado ya en costumbre! si no lo hacemos aquí, lo harán los demás allá; sigamos pues la corriente general... Así se nos responde, hermanos míos; pero también así se sacrifica, como he dicho, no solo la salud, la vida, y hasta la salud de los hijos, sino también el alma; todo ello por no haber estudiado los medios de permanecer constantemente en los caminos de la justicia y equidad cristianas.

¿Qué diré después de esto, hermanos míos, acerca de la conducta

de los que con toda intención se permiten toda clase de palpables y manifiestas injusticias? Bien les grita su conciencia: «Esto no es lícito! — ¿Qué le hace con tal que yo gane? ¿qué importa con tal que yo haga mi negocio?» Bien conocen que aquello es una iniquidad, que aquellos intereses son del prójimo, que aquella fortuna es mal adquirida; mas ¿qué importa! La transmitirán á sus hijos, los cuales, poseyéndola, la acrecentarán tal vez por iguales vías, haciéndose reos del mismo pecado que su padre. ¡Euhorabuena! olvidemos escrúpulos, con tal que tengamos representación en el mundo: alosoremos y seamos potentados, porque únicamente son respetados y honrados aquellos que poseen una brillante fortuna y ostentan boato.

La pintura que aquí os he delineado no más, es demasiado cierta, y nadie negará que sobran por desgracia en la sociedad abundantes copias de esos tipos, pudiendo cada cual hacer observaciones hasta en la propia familia, y sacar por decirlo así enseñanzas prácticas de lo que cada día se está presenciando. De ahí viene, hermanos míos, la desolación de nuestro siglo, desolación funesta que nos ha de acorrear necesariamente los más terribles males! ¡Oh Dios mío! si la sociedad volviese á ser cristiana, si practicara de nuevo aquellas leyes tan santas y previsoras que traen la paz á las conciencias y que están escritas en el libro de la vida! ¡Ah! si así fuese, hermanos míos, ¿cuánta más tranquilidad se gozaría, cuánto menos agitados nos traerían las cuestiones políticas, cuánto más apacibles, cuánto más sufridos, cuánto más pacientes seríamos todos! En una palabra, ¿cuántas más virtudes se practicarían, haciéndose verdaderamente feliz la sociedad humana! Sin embargo, no es así.

2. He dicho, hermanos míos, que la conducta de los hijos del siglo era una conducta prudente; pero ya habreis comprendido que no puedo aprobar la de los que apabo de indicaros, y os habreis dicho interiormente que están en mal camino, puesto que he añadido, y vosotros habreis confesado conmigo, que pierden su alma por salvar los bienes temporales. ¿Por qué, pues, nuestro divino Maestro nos dijo, que estudiásemos su conducta? ¿Sabeis por qué? Para ponerlos en contraposición á esa falsa prudencia del siglo, á ese espíritu de injusticia que todo lo sacrifica, y porque el Salvador no lo considera más que en su conducta exterior. No juzga el acto moral, sino el proceder de la inteligencia, y por lo mismo nos dice: «Hijos de la luz!; cuidado que algun día no se os condene por la misma conducta de los hijos de las tinieblas!» No podríamos efectivamente todos nosotros (porque yo no hablo aquí más que á los buenos cristianos) no podríamos, repito, hallar en semejante conducta algun motivo de

emulación? ¿Por qué no hemos de hacernos este raciocinio? «Ya que en el mundo se manifiesta tanto afán y tanto ingenio en materia de intereses, ¿por qué yo, cristiano, no seré solícito en estudiar la ley de Dios que nos dirige á proporcionarnos el interés más apetecible, la conquista del cielo? Si en el mundo se persevera tanto, ¿por qué yo no he de consagrar todos los días de mi existencia á ganar la eternidad y salvar mi alma? Si los hombres del siglo saben imponerse tantos sacrificios por años bienes precederlos, ¿por qué no he de hacerlos yo, ¡oh Dios mío! para seros fiel y granjear el verdadero bien cuya posesión me habeis asegurado con el precio de vuestra sangre?»

Del apóstol S. Pablo leo un pasaje que puede de lleno aplicarse á la reflexión que acabo de haceros: «Employed, nos dice, en la penitencia y en la adquisición del cielo todos esos medios que habeis empleado para cometer la iniquidad.» De esta suerte, hermanos míos, puede sacarse del mal una ocasión para el bien, una ocasión para la virtud; por eso yo quisiera que instruídos por la conducta de los hijos del siglo, por la conducta de los malos, por la conducta de aquellos que no tienen fé, pudiéramos decirnos: «Señor, yo estudiaré tu ley, yo estudiaré mis deberes; luego yo practicaré estos deberes con perseverancia, cuesteme lo que me costare; yo lucharé con valor hasta morir si fuese necesario; pues ¿de qué le sirve al hombre ganar el universo si pierde su alma?»

¡Oh, amados oyentes! quisiera tener más tiempo para descender á algunos particularios; quisiera, por ejemplo, examinar la conducta del mundo con relación á las diversas circunstancias que generalmente ocurren en la sociedad: ved sino los cuidados para la educación de la infancia, para un matrimonio, para el resultado de un negocio, para asegurarse una posición y un porvenir. ¿Qué no hace una madre, una madre mundana, en punto á la felicidad temporal de su hijo? ¿Cómo cuida de ese hijo, qué de precauciones no toma para que no reciba daño, cómo le pone en manos de una buena nodriza ó de un celoso ayo? ¿Cómo todos los días tiene á la vista la criada y el mismo niño? ¿Cómo se incomoda, cómo se irrita, si esa criada no ha llenado perfectamente su deber! En una palabra, ¿cómo esa mujer animada por el amor maternal, cómo, digo, se toma mil cuidados, mil inquietudes para preservar á su hijo de todo malestar físico con el fin de procurarle todas las complacencias compatibles con su edad! Ahora bien: yo quisiera que una mujer cristiana se dijese: «He aquí mi modelo, he aquí lo que yo debo imitar, por el alma de mi hijo, para dirigir su espíritu, para formar su corazón.» Y de la mis-

ma manera que se procura cuidadosamente buscar á la aya que ha de criar al débil niño desde que empieza á andar, quisiera yo que se eligiese al preceptor ó preceptora á quien se entrega el alma de ese niño, y que no se confiara á tal ó cual persona indistintamente tan solo porque goza de gran reputación, porque en su establecimiento hay niños que pertenecen á la alta sociedad; porque por otra parte se tiene un cuidado perfecto de todas las cosas temporales; pero del alma, de la educación religiosa de los niños, del buen ejemplo que debe dárseles, del cuidado que debe tenerse de su salvación desde la edad más tierna, con el fin de preparar poco á poco al niño y de conducirlo hasta el último escalón del orden moral, ¡ah! de esto nadie se ocupa. Y ¿qué diremos del matrimonio...? ¿Qué de desvelos, qué de sacrificios, hasta del honor, hechos á la piedad, á la religión, para colocar bien á los hijos! De esto resultan, hermanos míos, tantos matrimonios que nos ofrecen el espectáculo más desolador, tantos matrimonios en los cuales reina la impiedad, y con ella las divisiones, la ira y los desórdenes. Y ¿por qué esto? Es porque no se ha pensado en el matrimonio de una manera cristiana. Se sabe muy bien, como nos enseña la Sagrada Escritura en los *Proverbios*; se sabe muy bien de dónde provienen la casa y la dote; esto proviene de los padres; pero ¿de quién procede la mujer prudente, de quien viene el hombre honrado? Solo de Dios. Así lo dice el Espíritu Santo. Y sin embargo, nadie consulta á este Dios que dá las mujeres buenas, á este Dios que proporciona los hombres capaces de dirigir por el camino de la vida á la mujer cristianamente educada, que va á verse lanzada en medio de la irreligion y del desentreno.

Lo mismo sucede en casi todas las circunstancias de la vida. Dioses, cautos, perseverantes y aún arrojados cuando se trata de la fortuna ó de la felicidad presente; muchas veces somos indolentes, fríos y cobardes con relación á nuestros intereses más estables y á nuestros peligros más terribles, la eternidad del premio ó del castigo! Y no obstante que poseemos la fe que nos merece el privilegio de ser llamados *hijos de la luz*, llevamos en nosotros á ese hombre del siglo que deliramos echar muy lejos, para no convertirnos en *hijos de las tinieblas*. Dios nos ha concedido inteligencia, sagacidad, prudencia, cautela y prevision; á todos, á todos ha otorgado igualmente estos dones; pero solamente aquellos que hicieren buen uso de los mismos serán felices en la eternidad. Este uso se nos señala y aconseja en el Evangelio; de consiguiente no podemos pretextar ignorancia; luego, si el Señor, habiéndonos dado con la luz de la ley nueva, la regla de nuestros deberes, nos ha manifestado al pro-

pio tiempo las recompensas prometidas, ciertamente seríamos unos insensatos en emplear estos dones, nuestra prudencia y nuestra sagacidad en edificar sobre arena, en vez de concentrar todas las fuerzas de nuestro corazón y de nuestra inteligencia para conseguir el fin prometido por el mismo Dios, que es la conquista de una eternidad feliz, que á todos os deseo, amen.

Véase: MAYORDOMO INFIEL.



PRUDENCIA DE LA SALVACION.

*Dícese sólo en prudencia.
Aprecíese donde está la prudencia.*

(Baruch, III, 41.)

El asunto de la salvación es de tal consecuencia, que mereco todas nuestras reflexiones; y la prudencia cristiana consiste en dirigir bien este grande asunto; en no arriesgarle jamás voluntariamente en cosa alguna; en juzgar de todos los demás negocios, medirlos, y arreglarlos según la relación que tienen con éste; y en fin, en no despreciar medio alguno para conseguir buen éxito, sino emplear siempre á este fin, en cuanto sea posible, los más propios, los más seguros y los más eficaces. A esto llamo yo prudencia de la salvación; y si esta expresión no es enteramente justa, lo que quiero hacer os comprender no es ni ménos cierto ni ménos importante. Pues intento, hermanos míos, haceros reconocer y llorar aquí vuestra ceguera, y la de otros muchos, que verifican muy bien con su conducta lo que el Hijo de Dios nos dice en el Evangelio: *Que los hijos del siglo son más hábiles, en cuanto á sus negocios temporales, que los hijos de la luz en cuanto á su eterna salvación* (Luc. XII, 8). Pidamos ántes los auxilios de la gracia. A. M.

1. Sin la prudencia de la salvación no hay propiamente verdadera prudencia. Es un lenguaje muy frecuente, y que la corrupción

del mundo ha hecho común, cuando se ve á un hombre que se adelanta en el mundo y que dirige felizmente hasta el fin sus proyectos y negocios, pero que en cuanto á lo demás parece haber abandonado el asunto de su salvación; es lenguaje, digo, muy común decir de él, aunque lamentándose de su suerte: «Es verdad que este hombre tiene espíritu y excelentes cualidades, pero no tiene piedad. Es hombre de juicio, ilustrado y cuerdo, pero en lo que mira á las cosas de Dios es insensible. Exceptuando este solo punto, es un hombre de una prudencia consumada, el talento más despejado de toda su familia, y es un génio raro.» De este modo se habla, y de este modo se juzga; pero yo digo, que hablar así es abusar de los términos, y que juzgar de este modo es oponerse á los primeros principios de la verdadera prudencia, y añado, que en el instante que un hombre cristiano abandona el cuidado de su salvación, entendiendo las cosas según se debe, no tiene ya ni conducta, ni juicio, ni espíritu, ni consejo. Expresiones muy fuertes son éstas, pero con un poco de reflexión vereis prontamente la verdad de ellas.

Con efecto, ¿hay juicio y conducta, reconociendo en calidad de cristiano una eterna felicidad, que es la salvación; una felicidad para la que habeis sido criado, y que Dios os ha señalado como vuestro último fin; una felicidad superior á cualquiera otro bien imaginable, ó que sola ella es el soberano bien, y compendio de todos los bienes; hay, digo, la menor señal de sabiduría y prudencia en creer por la fe este reino celestial á que Dios os llama, y esta bienaventuranza tan grande que os promete, y jamás atender á ella en cuanto hacéis, no tomar algunas precauciones para asegurarosla, y vivir tranquila y habitualmente en un próximo peligro de quedar excluido de ella sin el menor recurso? ¿Qué es en sí la prudencia, según todos los maestros de la moral? Es el orden de los medios al fin; esto es, la prudencia consiste en proponernos un fin, digno de nosotros, y en buscar despues los medios más propios para llegar á conseguirle. Nada, pues, de esto hacéis en la vida que tenéis, y en el profundo olvido de vuestra salvación, en que habeis ya consumido la mayor parte de vuestros años.

Tal vez me direis, que en todos vuestros pasos y en todos los cuidados que os ocupan, tenéis un fin que es, por ejemplo, el de enriqueceros, el de elevaros y engrandeceros; de establecer en el mundo vuestra fortuna, vuestra reputación y vuestro nombre; pero advertid, que no sólo he dicho que consiste la prudencia en proponernos un fin, sino que he añadido debía ser un fin digno de nosotros, un fin que nos convenga, y deba ser nuestro fin. Llegar, pues, á ser

rico, grande ó distinguido en el mundo, no puede ser vuestro fin, ni debe serlo, pues hay otro más noble, aunque más distante, á donde estais destinados. ¿Qué diriais vosotros de un príncipe, que por el derecho de su nacimiento puede aspirar á la más rica corona, y que sin poner el menor cuidado en adquirirla, cibe todas sus pretensiones á poseer un corto rincón de tierra, y por esto se consume en vigiliias y trabajos? Aunque en todos sus trabajos y en todas las diligencias que tuviese, tuviese un fin, que fuese la posesion de ese miserable dominio, y aunque por su vigilancia y destreza llegase á conseguirlo, y se proporcionase la ventaja deseada, ¿le tendriais por un hombre sábio? ¿Aplaudiriais su habilidad y modo de obrar? ¿No tratariais más bien, por el contrario, sus frívolos designios y felices sucesos como locuras y extravagancias? Aplicad, pues, esta figura á un cristiano, que en todo cuanto intenta y ejecuta, solo tiene por fin la vida presente, sin pensar en su salvacion, y hallareis que es bastantemente justo el paralelo.

No es esto decir, que os esté precisamente prohibido, ni que sea absolutamente contra la prudencia tener por fin los bienes presentes, cuidar de vuestros negocios temporales, solicitar estableceros en en el mundo, manteneros en él, y aún adelantaros en cuanto os puede ser conveniente, segun vuestro nacimiento y vuestro estado; ni es tampoco absolutamente contra la prudencia tener por fin el honor de vuestra casa, la prosperidad de vuestra familia, la fortuna de vuestros hijos, y la ejecución de vuestros proyectos. Todo esto nada tiene en sí mismo que contradiga á la verdadera prudencia, con tal que hagais bien la diferencia de dos clases de fines, y que pongais entre uno y otro la debida subordinacion. Hay, pues, un fin próximo y particular, y hay un fin último y general. El fin próximo y particular es (si quereis sea así) ganar un pleito, adquirir unas tierras, conservar una herencia; hacer buen uso y emplear bien el dinero, manejar bien tal proyecto, obtener algun empleo, proporcionarse un matrimonio, tener ciertas ganancias y utilidades; y en una palabra, todo lo que uno se propone con respecto á esta vida, y en todo lo que se dividen los varios ejercicios de ella. Pero el fin último y general es otra vida distinta de esta, es una vida eterna, y es la salvacion. Esto es lo que debéis mirar, y lo que os interesa, como un punto esencial de vuestra religion. ¿No es, pues, visible é indispensable que el fin último y general debe ser preferido á todos los fines próximos y particulares, y que todos estos aún no se deben considerar sino como medios para llegar al fin general que es el último? Es innegable; y la razon es, porque todos los fines particu-

res solo tienen un tiempo muy corto y son solo unos fines pasajeros, en lugar de que el fin último es el término que nunca pasa, despues del cual nada más hay que pretender ni desear. De aquí debéis sacar la gran regla en el manejo de los negocios humanos, de hacer que siempre presida en ellos la prudencia de la salvacion; esto es, de hacer que siempre tenga parte en ellos esta prudencia de la salvacion, para examinar dos cosas de una suma importancia. La primera, si hay algo en estos negocios humanos y en el modo de portarse en ellos, que sea contrario á la salvacion; la segunda, en qué y cómo estos negocios pueden tambien servir para la salvacion, y referirse á ella. Portarse de otro modo es trastornar el órden que debe haber entre el fin próximo y el último, entre el fin particular y el general, y por consecuencia es pecar contra la prudencia y destruir el principio fundamental de ella.

2. Demos á esto alguna ilustracion, y os pido os apliqueis á comprenderlo bien, pues todo cuanto hay en ello es de suma importancia. Pongo, pues, por primera máxima de la prudencia de la salvacion, que tenga influjo en todo, pero particularmente en todos los negocios humanos; para precaverse de no intentar, solicitar, ni empeñaros en cosa alguna que pueda ser perjudicial á la salvacion. Puede ser que os admire la distincion que hago, queriendo obligaros á consultar la prudencia de la salvacion, y llamarla principalmente en los negocios humanos, como si fuese en ellos más esencial que en todos los demás. Es en ellos con efecto de una grande necesidad; y la prueba es evidente; porque en los negocios humanos hay muchos más peligros que temer y evitar respecto del fin último y de la salvacion. En cuanto á los negocios espirituales, como son la oracion, la limosna, las obras de caridad y penitencia, y todas las devociones y ejercicios cristianos, aunque se necesie consejo y direccion, la necesidad no es tan urgente. Como son obras santas por sí mismas, se está expuesto á menos riesgos, y por esto no se necesita en ellos de tanta precacion.

¿Qué hace esta prudencia celestial? Pone en nuestras manos la balanza del santuario, ó más bien fija continuamente nuestra vista en la ley de Dios, y no nos deja determinar cosa alguna sin que ántes nos háyamos preguntado á nosotros mismos; ¿Se puede hacer esto segun la religion que profeso? ¿Está esto arreglado segun el órden de la caridad? ¿Hay en ello vengança, mala fé, ó injusticia? ¿Lo aconsejaria á otro, ó si otro se portase del mismo modo conmigo, me pareceria bien? ¿Tendré algun remordimiento á la hora de mi muerte por haberlo hecho? Si fuese necesario parecer en este instan-

te en el juicio de Dios, ¿quisiera hacerlo? Haciéndolo ¿temeré sea contrario á mi salvacion? Estas preguntas y saludables reflexiones nos abren los ojos, y nos descubren muchos precipicios, donde como ciegos íbamos á arrojarnos, y estábamos cerca de caer. Porque la prudencia de la salvacion nos afirma en todos estos asuntos, y nos dá en ellos ciertas y seguras decisiones. En todos los negocios del mundo están expuestos y tienen peligro los intereses de Dios, puede en ellos recibir algun perjuicio, y con efecto, le recibe todos los días; su honor puede estar empeñado en ellos, se puede causar detrimento á sus mandamientos; por esto es necesario que la prudencia de la salvacion intervenga en todo lo que nos proponemos y en todo lo que deliberamos, para racificarlo, ó oponerse en cuanto en ello se interesa la causa de Dios y la salvacion de nuestra alma. Ella es tambien la que nos clama interiormente sobre mil asuntos que el mundo aprueba; *Non licet* (MATT. XVI, 4). No lo hagas, que Dios lo condena, eso es otra ambicion, una avaricia, una envidia, un rencor, un disimulo y un engaño, y una sensualidad culpable y blanda. Desde que lo hagas, apelo contra ti, y te cito al tribunal del Todo poderoso que se mira en ello ofendido.

Esto debe desengañarnos de un grande error que reina en la mayor parte de los espiritus, y que es bueno descubrirnos para vuestra instruccion. Es el de ciertas personas que á todo se acomodan, que hacen una especie de division en la vida de los hombres, y se imaginan haber hallado por este medio el arte de conciliar todas las cosas. Estos dicen que en los asuntos de Dios y de la salvacion es necesario obrar segun las máximas de salvacion y de la sabiduria de Dios; pero que en los negocios del mundo no hay otras reglas que seguir, sino las máximas y principios del mundo. Error igualmente injurioso al soberano dominio de Dios, que pernicioso á la salvacion del hombre. Todos los negocios de Dios y de la salvacion no son negocios del mundo; pero todos los negocios del mundo son negocios de la salvacion y de Dios; y porque son de Dios y de la salvacion, estoy obligado á disponerlos todos segun la prudencia de la salvacion y segun los designios de Dios. Decir lo contrario seria una impiedad. ¿Y por qué razon querríamos que la prudencia de la salvacion no tuviese parte en los negocios del mundo, supuesto que queremos que la prudencia del mundo tenga influjo en los asuntos de Dios y de la salvacion? Se pretende que un hombre ó una mujer practiquen la virtud conforme al estado que tienen en el mundo; solicitan que en su devocion atiendan á los enlaces, á las obligaciones y á la decencia que el mundo quiere, y que de este modo arreglen su piedad se-

gun una cierta prudencia del mundo. Así se quiere que sea, y en esto no se procede del todo injustamente, con tal de que no se excedan los límites de ello; pero ¿no seria muy extraño, que al mismo tiempo no se quisiera admitir la prudencia de la salvacion en la conducta y arreglo de los negocios del mundo? La grande dificultad está en saber conciliar las dos ciencias, la de la salvacion y la del mundo. Un hombre del siglo necesita á un mismo tiempo de la una y de la otra, estando obligado por su estado á vivir en el trato y comercio del mundo, y teniendo como cristiano una religion, segun la cual debe ser juzgado por Dios. La ciencia del mundo le es necesaria para cumplir con una multitud de obligaciones á que el mundo le sujeta; y la ciencia de la salvacion aun le es más necesaria para hallarse en estado de dar cuenta á Dios del modo con que ha satisfecho á ella.

La prudencia de la salvacion aun no está contenida toda en esta primera regla de hacer que tenga influjo en todo, para ver si hay algo que se oponga á la salvacion; sino que hay tambien otra máxima igualmente importante, y es la segunda; esto es, emplearla en todos vuestros negocios, y en particular en todos los negocios humanos, para hacerlos tambien útiles á la salvacion, y que sean de provecho ante Dios. Lo que debe ser para vosotros de un gran consuelo, y lo que no podéis grabar, como es justo, en el espíritu, como un principio fundamental de vuestra conducta, es, que los negocios más humanos en sí mismos pueden ser santificados y útiles á la salvacion, siempre que tengais cuidado de referirlos á ella. Preguntáreisme: ¿qué relacion ó enlace pueden tener con la salvacion? Vosotros comprendéis bien que las obras de piedad, como son la oracion, la confesion, la comunión y los ejercicios de mortificacion, son obras saludables, porque tienen inmediatamente á Dios por objeto, y á él inmediatamente se dirigen; pero os parece que respecto de la salvacion todos los negocios del mundo son, cuando más, cuidados indiferentes, y que es mucho no os aparten de vuestro último fin, bien léjos de ser capaces de acercaros y elevaros á él. Esta es la ilusion con que comunmente se dejan preocupar los cristianos del siglo, y en lo que se engañan. Si estais en el mismo error, puedo sacaros de él facilmente. Hay vocaciones diferentes; y todas ellas, si son vocaciones verdaderas, son vocaciones de Dios, pues á él corresponde colocarnos á todos segun quiera, y ordenar todas las cosas segun su voluntad en la sociedad y trato de los hombres. Dios quiere que todos trabajemos y oremos; pero los unos de un modo y los otros de otro, aquellos en el mundo, estos en el estado eclesiástico, muchos en la

profesion religiosa. Está supuesto, los negocios humanos, y aún los más humanos, son, según el orden de Dios, para aquellos que ha destinado en el mundo; y siendo del orden de Dios, son de su voluntad; y siendo de su voluntad, le son agradables en cuanto son dependientes de la voluntad divina y están unidos á ella por la pureza de nuestra intencion; en fin, siendo agradables á Dios, son meritorios ante él, son dignos de sus recompensas, y entónces son santos, pues Dios solo acepta y recompensa en la eternidad lo que es santo. De este modo, pues, comprenderéis, cómo podeis referirlos á Dios, reconociendo en ellos su voluntad, y aplicándoos á ellos por este motivo y con este fin.

Aún no es esto todo. Porque ¿cuántas fatigas no se experimentan en el cuidado de los negocios humanos? ¿Cuántos pesares no hay que tolerar? ¿Cuántos molestos accidentes, cuántos contratiempos y desgracias no hay que padecer? Y ¿en cuántas ocasiones es necesario violentarse, vencerse y dominarse? Alguno en un ministerio, del todo profano en la apariencia, tiene no obstante muchas veces más ocasiones de practicar la paciencia, la dulzura, la moderación, la caridad, la sumisión á las órdenes del cielo, la mortificación de sus deseos y aun la mortificación de sus sentidos, que tienen aun los más austeros religiosos. Todo esto dirigido, purificado y realzado por un motivo sobrenatural y cristiano, puede ser en el juicio de Dios de un precio muy grande. ¿Cuántos otros por el mismo medio, no solo se salvaron, sino que llegaron á conseguir la más sublime santidad?

Esta es á lo que principalmente atiende la prudencia de la salvacion. Procura aprovecharse de todo para la salvacion, porque sabe que todas las cosas, no siendo pecado, pueden servir para ella. En lugar de que los mundanos en ellos de un modo todo natural, y por este motivo dejan perder tesoros de gracias y de méritos con que podrían enriquecerse; y un cristiano iluminado con la prudencia evangélica toma ideas más sublimes, se hace superior á la naturaleza, no pierde á Dios de vista; y trabajando en tiempo y en los negocios de la vida presente, pone siempre su mira en la eternidad. De esta suerte lo que queda inútil en las manos de otros, le vale ciento por uno, y en su estado, por más apartado que parezca del reino de Dios, halla abundantemente medios para adquirirle y con que adelantarse. El ambicioso hace consistir toda su ciencia en no perder ocasion alguna de proporcionarse y aventajarse en los honores del mundo; el rico interesado pone toda la suya en aumentar sus rentas y ampliar sus posesiones y haciendas; pero el perfecto cristiano, tal como de-

beis ser y como mi celo por vosotros me hace desear con eficacia que lo seais, no conoce otra ciencia que la de aspirar, por todos los medios que se le presentan, á una inmortal gloria, y acumular cada dia riquezas que jamás perecerán.

Yo no dejaré, pues, por deber de mi ministerio, de haceros la misma exhortacion que hacia un profeta al pueblo de Israel: *Aprended donde está la prudencia.* (BARUCH. III, 14). Muy temerario seria si intentára enseñaros dónde está la prudencia del mundo, pues en este asunto me daríais instrucciones y me corresponderia consultaros. Pero los más grandes maestros en la ciencia humana y en la del mundo son por lo comun los ménos hábiles en la ciencia de la salvacion. Vosotros, pues, no podeis dudar ya, que esta ciencia de la salvacion es no obstante la verdadera prudencia, y así me atrevo á repetiros que hagais un estudio sério de esta sólida y recta prudencia. Con ella, todas vuestras ocupaciones serán agradables á Dios y atesorareis méritos para el otro mundo; con ella, cada dia alcanzareis nuevas gracias y merecereis despues la gloria eterna, que os deseo.

DIVISIONES.

PRUDENCIA DEL JUSTO.—Debe ser prudente en su temor.
Debe ser prudente en su confianza.
Debe ser prudente en su simplicidad.

PRUDENCIA DEL JUSTO.—Consiste en manifestar lo que hay de saludable en lo que le parece peligroso.
Consiste en manifestar lo que hay de peligroso en lo que le parece saludable.

PRUDENCIA CRISTIANA.—Es necesaria á los que obedecen á fin de que su sumision no vaya hasta el punto de pecar.
Es necesaria á los que mandan para guiar según Dios los diferentes espíritus que dependen de su autoridad.

PRUDENCIA CRISTIANA.—Es la que nos hace preferir el bien espiritual al temporal.
Es la que nos hace emprender el camino más seguro cuando se trata de nuestra salvacion.
Es la que nos impide determinarnos á abrazar un estado con precipitacion.

PRUDENCIA DEL SIGLO.—La prudencia del siglo conduce á todos los vicios, así como la prudencia cristiana conduce á todas las virtudes.

La prudencia del siglo impugna las máximas del Evangelio, así como la prudencia cristiana impugna las máximas del mundo.

PRUDENCIA DEL SIGLO.—Nos suministra pretextos para dispensarnos de todo lo que debemos á Dios.

Nos enseña toda clase de artificios para engañar al prójimo.

PASAJES DE LA SAGRADA ESCRITURA.

Gens absque consilio est, et sine prudentia: utinam saperant, et intelligerent, ac novissima providerent. Deuter. xxxii. 28, 29.

Qui dissipat cogitationes malignorum... qui apprehendit sapientiam in astutia eorum. Job. v. 12, 15.

Ecce timor Domini, ipsa est sapientia: et recedere à mali intelligentia. Idem. xxxvii. 28.

Beatus homo, qui invenit sapientiam, et qui affuit prudentia: melior est acquisitio ejus negotiatione argenti, et auri. Prov. iii. 15.

Ne imitaris prudentem tuum. Idem. ibid. 5.

Cor prudens possidebit scientiam. Idem. xviii. 13.

Non est sapientia, non est prudentia, non est consilium contra Dominum. Idem. xxi. 50.

Vae qui sapientes estis in oculis vestris, et coram vobis-

Gente es esta sin consejo ni prudencia; ¡Ojalá que tuviesen sabiduría é inteligencia, y previesen sus postrimerías!

(Dios) disipa las maquinaciones de los malignos... que prende á los sabios con las mismas redes de ellos.

Mira, la verdadera sabiduría consiste en temer al Señor y honrarle, y la inteligencia en apartarse de lo malo.

Dichoso el hombre que ha adquirido la sabiduría, y es rico en prudencia: cuya adquisición vale más que la de la plata y del oro.

No te apoyes en tu prudencia.

El corazón del varón prudente adquiere la ciencia.

Contra el Señor no hay sabiduría, no hay prudencia, no hay consejo que valga.

¡Ay de vosotros los que os tenéis por sabios en vuestros ojos,

metipsis prudentes. Isai. v. 21.

Sapientes sunt ut faciant mala, bene autem facere nescierunt. Jerem. iv. 22.

Etote prudentes sicut serpentes, et simplices sicut columba. Matth. x. 16.

Filii hujus seculi prudentiores filii lucis in generatione sua sunt. Luc. xvi. 8.

Prudentia carnis mors est. Rom. vii. 6.

Nolite esse prudentes apud cosmeticos. Idem. xii. 16.

Perdam sapientiam sapientum, et prudentiam prudentium reprobo. I Cor. i. 19.

¡y por prudentes allá en vuestro interior!

Para hacer el mal son sabios, mas el bien no saben hacerle.

Habéis de ser prudentes como serpientes, y sencillos como palomas.

Los hijos de este siglo ó amadores del mundo son en sus negocios más sagaces que los hijos de la luz ó del Evangelio.

La sabiduría ó prudencia de la carne es una muerte.

No queráis teneros dentro de vosotros mismos por sabios ó prudentes.

Destruiré la sabiduría de los sabios, y desearé la prudencia de los prudentes.

FIGURAS DE LA SAGRADA ESCRITURA.

Esta virtud resplandece de un modo admirable en todos los actos de la vida de Abraham, pero muy particularmente en la solución de aquella cuestion delicada que surgió entre él y Lot su sobrino, cuyos pastores comenzaban ya unas enemistades con los de Abraham, que tal vez habrían enredado en ellas á sus amos. Mas el prudente Abraham, sin hacer valer su derecho, según aconseja la prudencia mundana, dispuso esta tormenta con aquellas palabras tan mansas como conciliadoras: *ne quero sit jurgium inter me et inter te... fratres enim sumus... recede à me, obsecro: si ad sinistram ieris, ego dexteram tenebo: si tu dexteram elegeris, ego ad sinistram pergam* (Genes. xiii).

Véase el elogio que el Espíritu Santo hace de Job, y se comprenderá que entre sus virtudes sobresalía la de la prudencia: *erat vir ille simplex et rectus, ac timens Deum, et recedens à malo* (Job. i).

El mismo elogio hace de David, cuya prudencia despues de haber mencionado y alabado por tres veces en un solo capítulo, concluye:

prudentialius se gerebat David, quam omnes ceteri Saul, et celebre factum est nomen ejus nominis (I Reg. xviii).

No es ménos patente la prudencia de que apareció adornado Salomon en sus juicios, y ántes que las mujeres extranjeras pervirtiesen su corazón (III Reg in primis cap).

Tampoco podemos pasar por alto la prudencia que manifestó José al intimar á Faraon los siete años de esterilidad y los otros siete de abundancia, y en las medidas que tomó para salvar á Egipto, así que fué nombrado virey (Genes. xli). La de Daniel en confundir á aquellos dos viejos injuriosos y libertar á la inocente Susana, con otros rasgos de su vida no ménos notables (Dan. xii). La de Mardoqueo para salvar al pueblo de Israel de un general exterminio (Esther iv).

Si todos los ejemplos citados nos manifiestan los bellos frutos de la prudencia segun Dios, en cambio los siguientes demuestran que Dios destruye la prudencia del mundo, la cual nada bueno puede dar de sí. Jeroboam, apreciando como un acto de alta política el prohibir que sus súbditos fuesen á Jerusalem á adorar al verdadero Dios, fabricó un templo en su capital, en el cual colocó diferentes ídolos: así arrastró al pueblo al crimen de la idolatría, pero así tambien provocó la ira del Señor de tal manera, que le fué quitado el reino y destruida horriblemente toda su descendencia (III Reg. xiv). Los hermanos de José le vendieron para deshacerse de él eternamente; mas Dios convirtió en utilidad de los mismos este crimen (Genes. xxxvii). La prudencia ó política ambiciosa de Amán fué su ruina (Esther. vi). Aquitofel, al ver sus pérfidos consejos destruidos por Cusi, mejor diremos, por el mismo Dios, se ahorca (II Reg. xxi. 17) Saul, Acab y otros, despreciando los consejos que Dios les daba por boca de sus profetas, y confiando en su falsa política, mueren miserablemente (I Reg. xxi. — III Reg. xxi). La falsa prudencia de los escribas y fariseos les llevó á conjurarse contra Jesucristo por temor, decían ellos, de que se luciese rey, y vinieran los romanos á conquistar de nuevo á Israel; y precisamente con esta falsa política todo lo perdieron, su nacionalidad, sus bienes, su templo, y sus vidas.

SENTENCIAS DE LOS SANTOS PADRES.

Habes prudentiam, cujus est He aquí la prudencia que nos hace llorar sobre las cosas que

sunt. quærere. S. Ambros. in cap. 6, Luc.

Prudentia sine bonitate inutilis est, et simplicitas absque ratione stultitia nominatur. S. Hieron. in Oseam.

Prudentia est virtus, quam si quis rite sectatus fuerit, nunquam ab officio, virtuteque abscedet, nunquam vitiorum pestem incurret. S. Basil. Hom. 12.

Prudentem dico, non scientem et doctum, sed sensatum, et mente acutum, qui potest rerum ponderare naturas, et secundum quod potest rationaliter omnia agere. S. Chrysost. Hom. 5, in Matth.

Hæc est vera sapientia, ut id quod Domino revelante fugiendum esse intellexerimus, cautissima vigilantia fugiamus. S. Aug. de serm. Domini. in Mont.

Prudentia carnis dicitur, cum anima pro magnis bonis temporalia bona concupiscit. Hieron. lib. 85. Quæst. quæst. 6.

Solæ christiani veram sapientiam habent. Abbas. Nilus. in Bibliol. Patr.

Tolle prudentiam, et virtus vitium erit. S. Bern. serm. 49. in Cant.

perecen, y buscar las eternas.

La prudencia sin bondad es malicia, y la bondad ó sencillez sin prudencia se llama estupidez.

La prudencia es una virtud, que ejercitándola como se debe, nunca permite apartarnos del bien y de nuestros deberes, siempre nos preserva de caer en la peste del vicio.

Yo llamo prudente, no al hombre instruido y docto, sino al sensato y reflexivo, que pesa el valor de las cosas, y en todo se porta con la posible rectitud.

La verdadera sabiduría consiste en huir con toda cautela de lo que el Señor nos ha revelado haber de huir.

Se llama prudencia de la carne la de aquel que desea los bienes temporales como si fueran los más sólidos.

Solamente los cristianos poseen la verdadera prudencia y sabiduría.

Despójate de la prudencia, y las virtudes se convertirán en vicios.

PUDOR.

Turbata est in sermone eius.

Se turbó con las palabras de él.

(Luc. 1, 29.)

¡Oh! ¡qué hermoso ejemplo de santa modestia y humildad nos ofrecen estas sencillas palabras del Evangelio! Baja del cielo uno de los primeros arcángeles, entra en el aposento de María, á inclinándose profundamente, la saluda como llena de gracia, le declara que el Altísimo mora en ella y la llama bendita entre todas las mujeres del universo. Empero la Virgen purísima, al oír tan grandes alabanzas de sí misma, en vez de alegrarse, se queda atónita y confusa, pensando de dónde puede venirle esta tan nueva salutación: *Cogitabat qualis esset illa salutatio* (Luc. 1, 29).

Verdad es que, como dice S. Ambrosio, es propio de las doncellas honestas el mostrarse tímidas y vergonzosas, sobre todo en presencia de los hombres: *Trepidare virginum est, et ad omnes viri ingressus pavere, omnes viri aspectu vereri* (Lib. 2 in Lucam). Pero ¡son estos los sentimientos de que se muestran poseídas las doncellas de nuestros días! Esta reflexión, que naturalmente sugieren las precedentes ideas, será el asunto del presente discurso, en el cual me propongo demostrar, que el pudor y la modestia son las dotes que las doncellas han de tener en mayor estima, pues sin ellas se hacen abominables á los ojos de Dios y despreciables en el concepto de los hombres; y que, por lo tanto, conviene que se muestren siempre muy celosas en la conservación de aquellas dos preciosas virtudes, amando el retiro, evitando toda libertad ó descompostura en las palabras y acciones, y aborreciendo el lujo y la vanidad. Pidamos antes los auxilios de la gracia. A. M.

1. El pudor es, según dice S. Ambrosio, el principal fundamento de la virtud de la templanza; porque inspirándonos un gran horror á la vergüenza ó ignominia que nos acarrea las acciones torpes, refrena las pasiones y nos libra de sus peligrosos embates: *Verecundia jacit prima temperantiae fundamenta, in quantum*

scilicet incutit horrorem turpitudinis (Lib. 1 de offic. c. 43). De manera, que el pudor puede considerarse como una arma poderosa contra el vicio, que Dios nos ha suministrado á todos, pero principalmente á las mujeres; pues si no contuviera á éstas el temor de la deshonra que ocasionan los pecados, y sobre todo los de impureza, como más ignominiosos, no habría quien pudiese librarse de su seducción. El rubor que en las ocasiones peligrosas sale al rostro de la mujer, es una especie de estandarte de púrpura, que advierte y llama á las potencias del alma para que acudan en defensa de la inocencia amenazada. Mientras las mujeres conserven el pudor, tendrán tranquila la conciencia, detestarán toda suerte de excesos, aborrecerán el lujo y las vanidades mundanas, amarán la sobriedad y guardarán la honestidad y el decoro propios de su estado.

Supongamos que las doncellas, aborreciendo las ocupaciones de su estado, y ambicionando el trato y la conversacion con las gentes mundanas, mal vigiladas por sus padres, poco ó nada celosas de la honra de sus hijas, escogen libremente sus amistades y relaciones, se acompañan hoy con unos y mañana con otros, frecuentan los bailes y los teatros, y corren continuamente de diversion en diversion. ¿Será entonces posible que se mantengan honestas y recatadas? Muy al contrario, se volverán tan petulantes, desenvueltas y atrevidas, que podrá decirse de ellas lo que el profeta Jeremías decía del pueblo de Israel, esto es, que han perdido el rubor, y que su frente se ha vuelto desvergonzada cual la de una meretriz: *Frons mulieris meretricis facta est tibi, noluiti erubescere* (JEREM. III, 5). ¿Qué diremos, pues, cuando la osadía de las miradas, el descomedimiento de las palabras, la manera immodesta de accionar, reír y bromear dan evidente testimonio de impudencia y libertinaje? Según observa S. Ambrosio, la apariencia exterior de nuestro cuerpo y el uso bien ó mal ordenado de nuestros sentidos son como una voz del alma que de continuo pregona los pensamientos de nuestra mente y las inclinaciones y afectos más secretos de nuestro corazón: *Vox quaedam animi est corpora motus* (Lib. 1 de offic. c. 18).

Desde el momento que las doncellas pierden el amar el retiro y al trabajo, y sacuden el freno del pudor y la modestia, se convierten en esclavas de Satanás, y se exponen á cometer las más abominables obscenidades. En prueba de esto citaré, entre otros muchos ejemplos, aquel célebre caso ocurrido á S. Antonino, arzobispo de Florencia. Pasando un día el santo por una calle apartada y quieta de la ciudad, vió en la ventana de una pobre casa un coro de alegres ángeles que al parecer custodiaban aquella habitación. Maravillado

de este suceso, y deseando saber quién se albergaba en aquella casa, entró, y en el piso superior encontró una santa viuda con tres jóvenes doncellas hijas suyas, vestidas pobremente, pero con el mayor aseo, y trabajando todas asiduamente. Habiéndoles interrogado el santo sobre su vida y costumbres, las doncellas ni siquiera levantaron los ojos de la labor, y la madre respondió por todas: Señor, nosotros hacemos continuamente lo que ahora estáis viendo, trabajar y orar, manteniéndonos con el trabajo de nuestras manos, resignadas á la voluntad de Dios y confiadas en su Providencia, que hasta ahora no nos ha abandonado y esperamos que nunca nos abandonará. Figuraos, oyentes míos, cuál sería la alegría del buen prelado. Parecíale haber hallado el paraíso en la tierra. Abiando la santa vida de aquellas buenas mujeres y exhortándolas á perseverar en ella, dejóles una generosa limosna y salió lleno de la más pura satisfacción. Pero sucedió que, viendo las doncellas que tenían por algun tiempo asegurada la subsistencia, empezaron á trabajar con menos asiduidad. Luego, asomándose de cuando en cuando á la ventana, cosa que nunca hasta entonces habían hecho, se insolentaron contra su madre, se adornaron más de lo acostumbrado, vieron y fueron vistas, y por último llegaron hasta el punto de contraer relaciones ilícitas. Volvió otro día S. Antonio á la misma casa para ver, como él creía, aquel paraíso, mas con grande admiración y horror vió en la ventana, no ya un coro de ángeles, sino una legión de demonios danzando con infernal alborozo, loquiendo entonces la causa de tan horrendo cambio, supo que aquellas jóvenes, ántes tan laboriosas y modestas, habiéndose entregado á la ociosidad y perdido el pudor, habían convertido su casa en un infierno.

2. No sé si, como yo, habreis observado, oyentes míos, que una de las cosas que más contribuyen al envanecimiento y perversión de las doncellas es el lujo en los vestidos y adornos. Mientras visten modestamente, lejos de tener empeño en asistir á los paseos y reuniones, se retraen de ello, de manera, que muchas veces los padres tienen que valerse de su autoridad para llevarlas consigo á las visitas ó á cualquier lugar de mucha concurrencia. Y sin embargo, hay madres tan poco cautas, que para que sus hijas puedan competir con las otras jóvenes y bingan quien las susbe obsequie, se afanan en vestir las y adornarlas de una manera superior á su condicion, sin considerar que tal vez por efecto de ese desorden tendrá la familia que hacer algun ayuno no prescrito por la Iglesia, ó irán los hijos con los vestidos sácios y rotos, ó la parte que en la reparticion de la cosecha corresponde al amo, tendrá que pagar un diezmo de nueva imposicion.

Para convencersa del error en que muchos incurren con respecto á este asunto, conviene advertir que el uso de los vestidos reconoce dos causas: primera el estado de miseria á que nos vemos reducidos por la desobediencia de Adán; y segunda, la necesidad de mostrar por medio de alguna señal exterior y sensible la distincion entre las diversas clases de personas. En tanto que el hombre se mantuvo fiel á Dios, no tuvo necesidad de vestirse, porque la inocencia del paraíso terrenal le servia de vestidura, así como la luz sirva de vestidura al sol. Mas luego que Adán hubo quebrantado el precepto de Dios, se avergonzó de andar desnudo y se cubrió con hojas de árbol. Arrojado en seguida de aquel lugar de delicias y condenado á trabajar para ganarse el sustento, el Señor clementísimo le dió vestidos de pieles. Siendo, pues, la costumbre de vestiros una consecuencia del pecado, decidle ¿no es una gran locura el hacer gala de los vestidos, cuando por el contrario debieran llenarnos de vergüenza y confusion, supuesto que nos recuerdan á cada instante la funesta causa que nos puso en la necesidad de servirnos de ellos? Semejante propósito sólo puede compararse con el que cometeria un hombre, que teniendo el cuerpo lleno de horrendas llagas, en vez de cubrir las con lienzos y vendas comunes, lo hiciese con ricas telas y preciosos brocados, ostentando así neciamente aquel repugnante mal, en vez de avergonzarse de él y de ocultarlo, como debiera, á la vista de los demás hombres.

Pero además del objeto natural que generalmente tienen los vestidos, de evitarnos la vergüenza que á consecuencia del pecado nos causa la desnudez, y de protegernos contra el rigor de las estaciones, tienen tambien, como hemos dicho, otro particular y politico, cual es el de dar á conocer la diversa condicion de los hombres. Por esto los romanos establecieron prudentemente por sus leyes que los ciudadanos y magistrados de la república usaran diversos trajes, segun la categoria y dignidad de cada cual; y por esto tambien dice el Doctor angélico, que el traje de los hombres ha de ser tal, que por él se distinga el estado y condicion social de cada uno de ellos: *Exterior cultus, interiorum quod dicitur est conditionis humanae* (2, 2, qu. 163, art. 1 ad 3). Este buen orden, emperó, que era enteramente trastornado cuando la labradora, por ejemplo, se viste como una ciudadana, la ciudadana como una dama, y la dama como una princesa. Entonces la diversidad de los trajes no sirve ya para distinguir la calidad de las personas; ántes bien, cuando las mujeres del vulgo se presentan vestidas pomposamente y adornadas con un lujo superior al que su condicion les permite, el público concibe desde luego

sinistras sospechas y viene, por fin, á creer que todo aquel boato procede de una infame granjería; de manera que con su loca vanidad, lo único que logran es conquistar la opinión de mujeres escandalosas y disolutas.

La razon que para excusar semejante desórden suelen alegar las madres y las hijas, es, que si éstas no procuran brillar y sobresalir en alguna manera, nadie les hace caso, y tarde ó nunca se les proporciona una colocacion ventajosa. Pero este es un error muy grande, pues nadie ignora que entre los pueblos orientales los hombres se casan las más veces sin conocer ni haber visto á sus mujeres; y aún los chinos tienen la costumbre de oprimir con vendajes los pies de las niñas, para que cuando lleguen á mayor edad, no pudiendo andar facilmente, se retraigan de salir de sus casas. Mas dejando aparte los ejemplos de otros pueblos, fijemos la atención en nuestras propias costumbres, y veremos que entre nosotros, los hombres cuerdos y morigerados buscan por esposas, no á las doncellas presumidas y casquivanas que pasan el tiempo en el ocio de los paseos y diversiones; sino á las que en el retiro del hogar doméstico se disponen á ser algun día buenas madres de familia. Y si las primeras llegan tambien á casarse, sabe Dios á qué precio lo consiguen, pues cuando no pasan por la vergüenza de ser madres ántes que esposas, caen en manos de hombres discolos y desmoralizados, que con sus extravagancias y malos tratos les hacen pagar harto caramente los extravíos de su juventud; porque la justicia divina no permite la felicidad de los matrimonios efectuados á costa del pudor y de la honestidad.

En prueba de esto pudiera citarse innumerables ejemplos á cual más instructivos, los que omitiré, sin embargo, porque estoy cierto de que la experiencia que todos tenéis acerca del particular los hace de todo punto innecesarios. Hay uno, empero, cuya importancia y celebridad no me permiten pasarlo en silencio, toda vez que á él se debe la separacion de la nacion Inglesa del gremio de la Iglesia católica romana. Ana Bolena, dama de la corte de Enrique VIII de Inglaterra, con sus lisonjas y halagos captóse de tal modo el afecto del rey, que éste, para casarse con ella, repudió á la reina su legítima esposa, tia del emperador Carlos V. Ana Bolena llegó así á sentarse en el trono; pero ¡sabéis cual fué el término de tan grande encumbramiento? Al cabo de algun tiempo el apasionado Enrique concibió para con ella un aborrecimiento tal, que la hizo decapitar públicamente por mano del verdugo.

Es menester no preocuparse y reconocer con el Apóstol, que los frutos que cogemos son siempre segun la naturaleza de la semilla

que sembramos: *Quas eminauerit homo, haec et metet.* (GAL. VI, 8). Si para casaros, hermanas mías, poneis en juego la inmodestia, el libertinaje, la corrupcion y la incontinenencia, estad seguras de que, ó no lograreis vuestro objeto, ó os vereis con el tiempo colmadas de sinsabores, tribulaciones y desgracias, que son los frutos acerbiísimos del pecado. Mas si, por el contrario, llenas de santo temor de Dios, sois piadosas, modestas y laboriosas; si procurais sobre todo conservar intacta la noble y preciosa virtud del pudor, os captareis el agrado de los hombres y el amor de Dios, cuya admirable providencia os hará dichosas en esta vida, y muchísimo más aún en la eternidad. No os dé pena el ver que otras doncellas viven con libertad, y concurren á los teatros, bailes y lugares públicos, cubiertas de ricas galas, llamando la atención de todos por su aleanan arrogante é inmodesto. No envidieis, no, su suerte, hermanas mías; pues llegará tiempo en que conoceréis que la mejor dote de las doncellas es la modestia y su más precioso ornamento el pudor, y que si por desgracia llegan á perder estas virtudes, no pueden esperar más que oprobio y condenacion eterna. Por tanto, procurad conservar la honestidad y el decoro propios de vuestro sexo; pues de otro modo es expondríais á empañar la honra de vuestra familia, á perder la felicidad temporal, y lo que es peor, os atraeríais la cólera y los castigos eternos de Dios.

DIVISIONES.

PUDOR.—El pudor comunica circunspeccion á los que siempre han vivido en la inocencia.

El pudor sostiene la modestia de los que viven en la pureza.

El pudor condena la impudencia de los que no se ruborizan de su pecado.

PUDOR.—El pudor de las mujeres casadas dá testimonio de la pureza de su amor.

El pudor de las viudas las obliga á llevar una vida retirada.

El pudor de las vírgenes manifiesta que son dignas de ser esposas de Jesucristo.

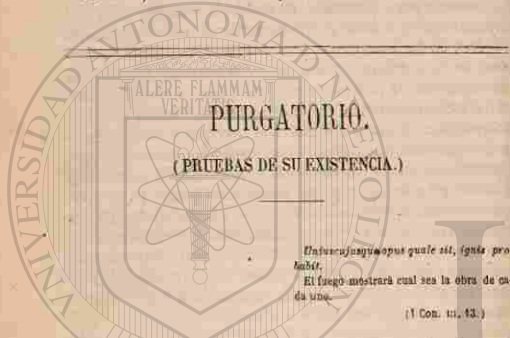
PUDOR.—El pudor de los jóvenes es una de las señales más positivas de su inocencia bautismal.

El pudor de los pecadores es una de las señales más positivas de su disposicion á hacer penitencia.

El poder de los penitentes es una de las señales más positivas de la aversión que tienen al pecado.

Véase: MODESTIA.

PUREZA; véase: CASTIDAD y VIRGINIDAD.



La Iglesia católica fué constituida por Jesucristo, depositaria de las verdades de su fe. Aunque las mas estén consignadas en la Sagrada Escritura, muchas se han confiado á la fidelidad de la tradición. Jesús enseña por boca de su Iglesia y la preserva de todo error, y en esta autoridad fundamos nuestra creencia en el dogma del Purgatorio, no temer porque este principio no se balle á lo ménos indirectamente en la palabra de Dios. Para examinar á fondo las pruebas de esta doctrina es necesario uniría á la práctica católica de la oración por los muertos, pues esta práctica está esencialmente basada en la creencia en el Purgatorio, y sus pruebas tienen entre sí tan íntima relación, que demostrar la una es precisamente demostrar la otra.

Cuatro son las fuentes de que tomaremos pruebas de la existencia del Purgatorio: 1.° de la *Escritura*; 2.° de la *Tradicición*; 3.° de la *Razon*; 4.° de la *Dicha de esta creencia*. Imploremos ántes los auxilios de la gracia: A. M.

1. Judas Macabeo, habiendo recogido en una colecta que mandó

hacer, doce mil dracmas de plata, las envió á Jerusalem, á fin de que se ofreciese un sacrificio por los pecados de estos difuntos, teniendo, como tenía, buenos y religiosos sentimientos acerca de la resurrección. Es pues un sentimiento santo y saludable el rogar por los difuntos, á fin de que sean libres de sus pecados (II Macb. xii, 43, 44 et 46).

Este pasaje prueba que en tiempo de los Macabeos se creía que las oraciones por los difuntos podían aprovecharles. Así es que la creencia de la Iglesia judía y sus prácticas forman un testimonio en apoyo de nuestra doctrina. Nuestro Señor no ha reprobado jamás este uso de los judíos.

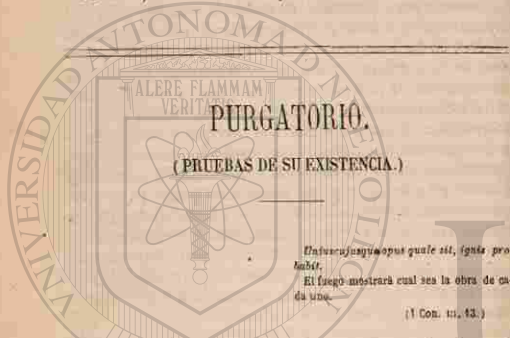
Los judíos han continuado hasta hoy observando esta costumbre, y de seguro no la han tomado de la Iglesia cristiana. En sus libros de oraciones se halla una de fórmula particular por los difuntos. En sus sinagogas hay un cuadro en que están inscritos los nombres de los difuntos, á fin de que se ruegue por ellos durante muchos sábados consecutivos. ¿Por qué son tan fieles los judíos á la práctica de rogar por los muertos? porque no es una mera institución legal, sino una prescripción hecha por Dios mismo. Si estaba tan firmemente establecida esta creencia entre los antiguos judíos como lo está aún entre sus descendientes; si, por otra parte, no la abroga la ley cristiana, que ha sucedido á la ley judía, tenemos derecho á considerarla como una creencia verdadera y legítima, pues si en aquellos tiempos las oraciones eran útiles á los difuntos, mucho más lo serán ahora á causa de los méritos de Jesucristo.

En el nuevo Testamento leemos: «A cualquiera que hablare contra el Hijo del hombre, se le perdonará; pero á quien hablare contra el Espíritu santo, no se le perdonará ni en esta vida, ni en la otra» (MATT. xii, 32). San Agustín, comentando estas palabras, dice: No podría afirmarse que á algunos no se les perdonará ni en esta vida, ni en la otra, sino hubiese algunos que, sinó en esta vida, á lo ménos se les perdonará en la otra. *Porro, non de quibusdam venaciter dicitur quod non eis remittatur, neque in hoc seculo neque in futuro, nisi essent quibus, et si non in isto, tamen remittetur in futuro* (L. 21 de Civ. Dei, c. 24, n. 2). Lejos de disuadir á los judíos de rogar por los difuntos, como lo hubiera hecho Jesús si hubiesen errado, vemos por ese pasaje que les confirma en su creencia. Ved ahí una especie de pecado cuya gravedad es expresada por la declaración de que no será perdonado en la otra vida. ¿No debemos inferir que hay otros pecados que pueden perdonarse? De seguro tenemos derecho á decir que en la otra vida se perdonan pe-

El poder de los penitentes es una de las señales más positivas de la aversión que tienen al pecado.

Véase: MODESTIA.

PUREZA; véase: CASTIDAD y VIRGINIDAD.



La Iglesia católica fué constituida por Jesucristo, depositaria de las verdades de su fe. Aunque las mas estén consignadas en la Sagrada Escritura, muchas se han confiado á la fidelidad de la tradición. Jesús enseña por boca de su Iglesia y la preserva de todo error, y en esta autoridad fundamos nuestra creencia en el dogma del Purgatorio, no temer porque este principio no se balle á lo ménos indirectamente en la palabra de Dios. Para examinar á fondo las pruebas de esta doctrina es necesario uniría á la práctica católica de la oración por los muertos, pues esta práctica está esencialmente basada en la creencia en el Purgatorio, y sus pruebas tienen entre sí tan íntima relación, que demostrar la una es precisamente demostrar la otra.

Cuatro son las fuentes de que tomaremos pruebas de la existencia del Purgatorio: 1.° de la *Escritura*; 2.° de la *Tradición*; 3.° de la *Razon*; 4.° de la *Dicha de esta creencia*. Imploremos ántes los auxilios de la gracia: A. M.

1. Judas Macabeo, habiendo recogido en una colecta que mandó

hacer, doce mil dracmas de plata, las envió á Jerusalem, á fin de que se ofreciese un sacrificio por los pecados de estos difuntos, teniendo, como tenía, buenos y religiosos sentimientos acerca de la resurrección. Es pues un sentimiento santo y saludable el rogar por los difuntos, á fin de que sean libres de sus pecados (II Macb. xii, 43, 44 et 46).

Este pasaje prueba que en tiempo de los Macabeos se creía que las oraciones por los difuntos podían aprovecharles. Así es que la creencia de la Iglesia judía y sus prácticas forman un testimonio en apoyo de nuestra doctrina. Nuestro Señor no ha reprobado jamás este uso de los judíos.

Los judíos han continuado hasta hoy observando esta costumbre, y de seguro no la han tomado de la Iglesia cristiana. En sus libros de oraciones se halla una de fórmula particular por los difuntos. En sus sinagogas hay un cuadro en que están inscritos los nombres de los difuntos, á fin de que se ruegue por ellos durante muchos sábados consecutivos. ¿Por qué son tan fieles los judíos á la práctica de rogar por los muertos? porque no es una mera institución legal, sino una prescripción hecha por Dios mismo. Si estaba tan firmemente establecida esta creencia entre los antiguos judíos como lo está aún entre sus descendientes; si, por otra parte, no la abroga la ley cristiana, que ha sucedido á la ley judía, tenemos derecho á considerarla como una creencia verdadera y legítima, pues si en aquellos tiempos las oraciones eran útiles á los difuntos, mucho más lo serán ahora á causa de los méritos de Jesucristo.

En el nuevo Testamento leemos: «A cualquiera que hablare contra el Hijo del hombre, se le perdonará; pero á quien hablare contra el Espíritu santo, no se le perdonará ni en esta vida, ni en la otra» (MATT. xii, 32). San Agustín, comentando estas palabras, dice: No podría afirmarse que á algunos no se les perdonará ni en esta vida, ni en la otra, sino hubiese algunos que, sinó en esta vida, á lo ménos se les perdonará en la otra. *Porro, non de quibusdam venaciter dicitur quod non eis remittatur, neque in hoc seculo neque in futuro, nisi essent quibus, et si non in isto, tamen remittetur in futuro* (L. 21 de Civ. Dei, c. 24, n. 2). Lejos de disuadir á los judíos de rogar por los difuntos, como lo hubiera hecho Jesús si hubiesen errado, vemos por ese pasaje que les confirma en su creencia. Ved ahí una especie de pecado cuya gravedad es expresada por la declaración de que no será perdonado en la otra vida. ¿No debemos inferir que hay otros pecados que pueden perdonarse? De seguro tenemos derecho á decir que en la otra vida se perdonan pe-

cados, y eso no podrá ser en el cielo, ni en el infierno; luego hemos de admitir otro lugar donde puedan perdonarse.

He aquí un pasaje de S. Pablo sobre el mismo asunto: *Uniuscuiusque opus manifestum erit... uniuscuiusque opus quale sit ignis probabit* (I Coa. iii, 13, 14, 15). Mochos Padres aplican este texto á la doctrina relativa al Purgatorio.

2. Veamos ahora como piensan los Padres acerca de esta dogma. Comencemos por Tertuliano, el más antiguo de los Padres de la Iglesia latina, quien induce á una viuda á rogar por el alma de su difunto marido, á solicitar por él el descanso y la felicidad de participar de la resurrección primera, y á hacer oblaciones por él en el aniversario de su muerte; que si deja de hacerlo, añade, podrá decirse en toda verdad que se ha divorciado de él (DE MONOGAM. c. 10.)

San Cipriano se expresa en estos términos: «Nuestros predecesores dispusieron sabiamente que ninguno de nuestros hermanos al dejar esta vida nombrase por su albacea á un eclesiástico; y que si contravenia á esta prescripción, no se hiciese por el oblation ni se ofreciese sacrificio alguno para el descanso de su alma (Ep. 46, p. 114).» «Falla que seas entregado al fuego que consume estas materias leves,» dice Origenes (HOM. 16 ix Jerem). S. Efrén exclamaba: «Hermanos míos, dispuestos á dejar la tierra, y acompañadme rezando salmos y oraciones...»

Del mismo modo hablan los Concilios. El tercer Concilio de Cartago, el segundo de Cayailon, el cuarto de Letran, el de Florencia y el de Trento tratan especialmente del dogma del purgatorio en ciertos lugares de sus actas.

Las liturgias más antiguas tienen oraciones por los difuntos. En las de Oriente hallamos lugares señalados en que se previene al sacerdote ó al obispo que ruegue por las almas de los fieles difuntos. Las diptecas eran unos cuadros en que estaban inscritos los nombres de los difuntos, para que se hiciese conmemoración de ellos en el sacrificio de la misa y en las oraciones de los fieles.

3. La razón nos demuestra tambien esta verdad. En el cielo no puede entrar cosa sucia, ó contaminada. *Non intrabit in eam aliquid coinquinatum* (Apo. xxi, 27). ¿Qué sucederá pues á quien muere culpable solamente de una falta leve? No podreis suponer que sea condenado á penas eternas; por otra parte, no le es dado entrar en el cielo:— queda el Purgatorio.

La remisión del pecado mortal por la absolución no comprende siempre la de la pena temporal. Quien pues muere sin haber obtenido esta segunda remisión, ¿dónde pagará su deuda sino en un lu-

gar de purificación? Si consulto mi razón, me dice que la justicia suprema no debe dejar impunes las faltas graves, ni castigar eternamente las leves: que repugna á la inalterable santidad recibir y agregar á ella á las almas levemente criminales; y en fin, que no está conforme con la divina sabiduría tratar como á los grandes santos á las almas manchadas siquiera levemente, y como á los grandes pecadores á las almas manchadas de pecados menos graves. Pero en seguida pregunto á la fe, y me contesta, que entre el cielo y el infierno hay un lugar intermedio.

4. El dogma del Purgatorio es para el fiel una verdad práctica que le consuela. Esta enseñanza es digna en el más alto grado de una religión bajada del cielo para secundar los sentimientos más puros del alma. La naturaleza se sublevo á la idea, de que los lazos de afecto que nos unen con esta vida se rompan del todo á la muerte, que ha sido vencida y ha perdido su amargura desde el triunfo de la cruz. La vista de un sepulcro que se cierra sobre los restos de un amigo nos desgarga de dolor, pero nos resta la esperanza y guardamos nuestros vínculos con su alma, que ha volado.

Además; ¿qué dulce consuelo para el moribundo que, conociendo sus imperfecciones, cree que después de espirado el tiempo en que podía merecer, tendrá amigos que intercederán por él! ¿Qué pensamiento consolador tambien para los amigos afligidos que le sobreviven, saber que en vez de inútiles lágrimas tienen en su mano un poderoso medio de aliviar eficazmente á su amigo y probarle su sentimiento, elevando por él al cielo oraciones y súplicas fervorosas! Este pensamiento consuela aún al impío en los primeros momentos de su dolor. La creencia católica en este punto prolonga las más tiernas afecciones más allá de las sombras del sepulcro, y sugiere la grata esperanza de que el auxilio que desde la tierra podemos prestar á nuestros hermanos del Purgatorio nos lo devolverán un día, pues en la mansión de la caridad eterna procurarán por nosotros la que por ellos hubiésemos nosotros procurado, y serán nuestros ángeles custodios como habremos sido sus ángeles libertadores. Creamos, pues, que hay Purgatorio, y rueguemos por los que allí padecen, para que ellos á la vez rueguen por nosotros, y podamos juntos ser un día perfectamente felices.

DIVISIONES.

PURGATORIO.—Las penas que se padecen en el infierno debieran hacernos pensar en el purgatorio para hacernos amar la misericordia de aquel que nos purifica.

Las penas que se padecen en el mundo nos deben hacer pensar en el purgatorio para hacernos temer la justicia de aquel que nos castiga.

PURGATORIO.—Es muy prudente pensar en las almas que están en el purgatorio, para merecer que se piense en nosotros después de nuestra muerte.

Es muy caritativo pensar en las almas que están en el purgatorio, porque allí son extremas las necesidades de nuestro prójimo.

Es muy propio de nuestra justicia pensar en las almas que están en el purgatorio, porque hemos contribuido tal vez á que algunas de ellas permanezcan allí, induciéndolas á cometer faltas que expían en aquella morada.

PURGATORIO.—Nuestras reflexiones sobre la cautividad de las almas que están en el purgatorio, deben infundirnos temor acerca de los más leves abusos que nos permitimos de nuestra libertad.

La certidumbre que tenemos de que basta hacer imperfectamente las buenas obras para merecer el purgatorio, debe inducirnos á procurar la perfección en todo cuanto practicamos.

PURGATORIO.—Las almas que están en el purgatorio son esposas desterradas, que sirvan con agradecimiento á quienes abrevian el tiempo de su destierro.

Las almas que están en el purgatorio son soberanos deudores, que procuren bienes eternos á los que les aflanzan ó caucionan.

PURGATORIO.—La perspectiva del purgatorio nos debe infundir temor acerca de las faltas más leves.

La perspectiva del purgatorio nos debe hacer aceptar las más rigurosas penitencias.

PURGATORIO.—No hay ninguno justo que no esté en peligro de tener que purificarse en el purgatorio.

No hay ninguna miseria de la cual nos sea más fácil librar á nuestro prójimo.

PURGATORIO.—No hay pobres más dignos de nuestras limosnas que las almas que están en el purgatorio.

No hay cautivos cuya libertad nos sea más provechosa.

PURGATORIO.—Cuando se trata de socorrer á las almas que están en el purgatorio, hay que considerar la violencia de los dolores que padecen.

Hay que considerar la impotencia en que se hallan de aliviarse á sí mismas.

Hay que considerar el riesgo que corremos de vernos reducidos á la misma extremidad.

Véase: DIFUNTOS.

PUSILANIMIDAD.

Conturbati et concitilli, estimabant se spiritum videre.

Atorizados y alterados se imaginaban ver á algún espíritu.

(Luc. xxiv. 37.)

¿Qué os pareca, hermanos míos, de esta turbación y de este temor de los Apóstoles? Por mi parte, os digo ingenuamente que, á mi parecer, con semejante temor se muestran muy ignorantes, por no decir muy débiles, en la fé de Jesucristo. En efecto, ellos habían oído de boca de su divino Maestro que llegado que hubiese á Jerusalem, sería entregado á los gentiles, escarnecido, azotado y clavado por ellos en una cruz, y que al tercer día resucitaria de entre los muertos; y esto no obstante, aunque la Magdarena y las otras santas mujeres les dicen, que habiendo ido á visitar el sepulcro de Jesús y halládolo vacío, los ángeles les han dicho que ha resucitado; y por más que los dos discípulos que fueron á Emmaús les aseguran que han caminado en su compañía, que han hablado y sentádose con él á la mesa, y que le han reconocido por su divino Maestro en el modo de hender y partir el pan; ellos, sin darse por convencidos con tales testimonios, todavía dudan y desconfían. Dudan y desconfían de manera, que al verle aparecer en el Cenáculo, y al oírle darles la paz y decirles que nada teman, atorizados y confusos, piensan tener delante de sí

algún ser fantástico: *Conturbati et confertiti, existimabant se spiritum videre.*

Con esto los Apóstoles se muestran, en verdad, más temerosos de incurrir en el mal, que fuertes y animosos para oponerse á él. Aunque, según dice el Sábio, há de llamarse dichoso al hombre que siempre teme: *Beatus homo, qui semper est pavidus* (Prov. xxviii, 14), no debemos olvidar, empero, que en los Salmos se condena al que teme sin tener razón para temer: *Trepidaverunt timore, ubi non erat timor* (PSALM. xlii, 5). Esto supuesto, voy examinar ahora, si ó no nos es lícito y provechoso el vivir en un continuo estado de timidez y pusilanimidad. Pidamos antes la gracia necesaria. A. M.

1. Para resolver con acierto la cuestión que nos hemos propuesto, conviene advertir con Sto. Tomás que el temor y la pusilanimidad son desordenados y pecaminosos cuantas veces nos mueven á evitar aquellos males é incomodidades que, según la recta razón nos dicta, debemos sufrir y tolerar: *Quando appetitus fugit ea, quae ratio dicitur esse sustinenda... tunc inordinatus est, et habet rationem peccati* (2, 2, o. 123, art. 1). Por más que sea natural en nosotros el deseo de conservar la vida, el amor á todas aquellas cosas que conducen á este objeto, como la salud, las riquezas, el sosiego, etc., y de consiguiente el aborrecimiento de todas aquellas otras que le son opuestas; sin embargo, este deseo y este amor han de ser ordenados de manera, que no amemos la vida ni otra cosa alguna como objeto final nuestro, sino únicamente como medios dispuestos y encaminados, al logro de nuestro último fin, que es la vida eterna. (2, 2, o. 126, art. 1).

Así pues, siempre y cuando se trate del honor de Dios, de nuestra salvación ó de la de nuestro prójimo, debemos deschar la timidez y desponer todo temor. De otro modo, si cometamos algún acto contrario á la ley de Dios, ó omitimos algún otro á que estamos obligados por razón de las circunstancias ó de nuestro estado, la timidez, recaendo en materia grave, se convierte en pecado mortal: *Si aliquis propter timorem... sic dispositus est, ut faciat aliquid prohibita, vel prostermittat aliquid, quod est praeceptum in lege divina, talis timor est peccatum mortale* (2, 2, o. 125, art. 5). Por esto los que se dejan dominar de este vil temor son comparados en las divinas Escrituras con los incrédulos, los homicidas, los fornicarios y otros grandes pecadores, destinados al suplicio del fuego eterno: *Timidis, et incredulis, et exaceratis, et homicidis, et fornicatoribus, et veneficis, et idololatriis, et omnibus menda-*

cibus, pars illorum erit in stagno ardenti igne, et sulphure (Aroc. xxi, 8).

De lo dicho se infiere, que el temor no será nunca merecedor de alabanza ó recompensa, si no tiene por objeto hacer el bien ó evitar el mal con respecto á nuestro último fin, que son los dos principales fundamentos sobre que descansa toda la perfección cristiana; y pues cuando se dice que los tímidos son bienaventurados, debe entenderse de aquellos que poseídos del santo temor de Dios, procuran observar fielmente su santa ley, y no de aquellas almas cobardes, que por no perder los bienes de fortuna, la reputación ó la vida, tienen la osadía de ofender al Altísimo: *Beatus vir, qui timet Dominum, in mandatis eius volet nimis* (PSALM. cxl, 1); porque el temor de Dios es el más fácil y seguro medio para no sucumbir bajo el peso de nuestra miseria: *Non est inopia timentibus eum* (PSALM. xxxiii, 10).

2. La pereza y el interés son las dos principales causas del temor mundano, tan vicioso de suyo, y tan aborrecido de los santos. El que por aversión al trabajo y á las penas inherentes á la vida humana, se entrega á la pereza y á la ociosidad, falta á su deber, y como dice el Espíritu Santo, su temor y su pusilanimidad le reducen al mayor extremo de miseria: *Pigrum dejicit timor* (Prov. xviii, 8.) Ved lo que sucede á un padre de familias dominado de esta especie de pusilanimidad. Sabe que sus hijos tratan y se acompañan con malas gentes; ve que su mujer ama la vanidad y no atiende cual debe al buen gobierno de la casa; y esto no obstante, disimula y calla por no disputar é incomodarse. Entretanto la mujer y los hijos, que conocen la blandura y timidez de su marido y padre respectivo, prosiguen en sus devaneos, de manera que al cabo de algún tiempo, el patrimonio se disipa y la casa se arruina. Entónces son las disputas, los gritos y los escándalos. La mujer se convierte en una fiera, los hijos se rebelan abiertamente, y el pobre padre se ve precisado á sufrir de una vez muchos disgustos, por no haber querido sufrir alguno de cuando en cuando, y por no haber tenido valor para oponerse resueltamente á los primeros caprichos y desórdenes de su familia.

Esta fué la causa de la ruina de Adán y de todos sus descendientes. Cuando Eva le convidó á comer del fruto prohibido, debía revestirse de la autoridad que le daba su doble carácter de hombre y de marido, y responderle con entereza: ¡Cómo! ¿es posible que me hagas semejante proposición? Este fruto no se ha de tocar mientras subsista el mandamiento de nuestro Criador. Eres mi mujer, y te amo; más no esperes que lleve nunca mi complacencia para contigo hasta el punto de ofender á Dios. Pero el débil Adán, por temor de

disgustar á su mujer y de turbar la buena armonia que entre ambos mediaba, contempló el fruto, lo tomó, y comió de él: *Deditque viro suo, qui comedit* (GÉNES. III, 6).

El Espíritu Santo nos pinta con los más vivos colores el temor y la ingenuidad de los hombres cobardes y pusilánimes. El perezo, dice, cuantas veces se halla en la necesidad de obrar para cumplir con su deber, ve por todas partes horribles fantasmas, y se siente acometido de un temor mortal. Si, por ejemplo, su deber le ordena remediar algun escándalo, corregir al que yerra ó evitar algun mal próximo á realizarse; si la conciencia le estimula á resarcir algun daño, ó abandonar las malas compañías, ó á evitar una ocasion peligrosa; entóces reflexiona, y dice consigo mismo: Si hago esto, me saldrán al paso fieros leones y leonas furiosas que me despedazarán: *Dicit piger: leo est in via, et leona in itineribus* (PROV. XXVI, 13); y hasta en medio de la plaza vendrán á herirme los puñales homicidas: *In medio platearum occidendus sum* (PROV. XXII, 15); como si los leones discurren libremente por las calles, ó como si los asesinos espigiesen para teatro de sus crímenes, no los sitios más des poblados y solitarios, sino las plazas y los lugares de más concurso.

Pero hay otro vicio que aun más que la pereza, contribuye á inspirarnos aquel temor que nos mueve á ómitir el bien y abrazar el mal: este vicio es el interés. Hay no pocos hombres avaros y crueles, que por temor de volverse pobres se abstienen de hacer limosna, y no darian un pedazo de pan á un pobre que se muriese de hambre. Hay otros, que no entran en la iglesia ni oyen misa mas que en los dias festivos, temiendo que les falte tiempo para cuidar de sus negocios. Vemos muchos padres de familias que nunca ó muy rara vez mandan á sus hijos ó criados á la doctrina para que aprendan las cosas necesarias para su salvacion, porque los tienen ocupados en guardar el ganado y temen que éste se pierda teniendo lo encerrado en los establos por espacio de dos ó tres horas cada dia festivo. Uno escatiman el peso y escasean la medida de los artículos, temerosos de perjudicarse dando lo justo á los compradores. Otros merman la parte de frutos que corresponde á los ams, por temor de que la que á ellos les toca no sufrague para las necesidades de su familia. Muchos y muchos padres ven que sus hijas andan con demasiada libertad y se acompañan con personas que pueden pervertirlas; y sin embargo, por temor de que guardándolas como Dios manda, y como tienen obligacion de hacerlo por razon de su estado, pierdan la ocasion de casarlas ventajosamente, cierran los ojos y permiten cosas que más tarde les hacen derramar amargas lágrimas.

¡Error deplorable! exclama S. Agustín. Por temor de perder alguna comodidad, algun beneficio, unos pocos bienes terrenos, habeis perdido los bienes eternos: *Timuisti perdere terram, et perdisti caelum* (IX PSALM. LI). Tuvisteis miedo de un poco de escarcha, y os vereis sepultados en la nieve: *Qui timent pruina, irruet super eos nix* (JOB. VI, 16); porque es justo, que quien teme los males leves, pasajeros y despreciables de este mundo, padezca los temedios y eternos castigos del cielo, como sucedió á Esaú, que perdió la bendicion y el derecho de primogenitura por temor de morirse de hambre si no compraba á tan caro precio un miserable plato de lentejas: *En moriar, quid mihi proderunt primogenita* (GÉN. XXV, 32).

Los que se dejan sojugar por tan criminal temor merecen ser reprendidos y castigados como aquel siervo infiel de que nos hablan S. Mateo y S. Lucas en el Evangelio. Dídele su señor una cantidad de dinero para que la negociase y acrecentase; mas él, temiendo perderla si por casualidad hacia malos negocios, tomó el necio partido de enterrarla y restituirla íntegra á su señor cuando volvió y le pidió cuentas: *Abiens fodit in terram, et abscondit pecuniam Domini sui* (MATH. XXV, 18); por lo que el señor, dice el doctor Angelico, en castigo de tan vil temor, le condenó á las más terribles penas: *Servus qui acceptam pecuniam Domini sui fodit in terram, nec est operatus eo ea propter quendam pusillanimitatis timorem, puniatur á Domino* (2, 2, q. CXXII, ART. 1). Sé muy bien y confieso, hermanos míos, que mientras permanecemos en este mundo no podemos estar libres de todo temor; porque es muy grande la debilidad de nuestra naturaleza, y son muy graves y frecuentes los peligros que nos amenazan para que podamos vivir en constante y absoluta seguridad. El Apóstol nos dice, que para salvarnos es menester que temamos y temblemos: *Cum metu et tremore vestram salutem operamini* (PHILIP. II, 12); y el Espíritu Santo nos advierte tambien, que si no tememos, no seremos contados entre los justos cuando comparezamos ante el tribunal de Dios, y por consiguiente no nos salvaremos: *Qui sine timore est, non poterit justificari* (ROM. I, 28). Pero ¿se ha de creer por esto, que hemos de vivir continuamente sobrecogidos de terror y espanto, como Cain? No, en ninguna manera. Oid y concluyed.

Bienaventurados son, nos dicen las santas Escrituras, los que temen á Dios y no tienen por qué temer ni atemorizarse: *Qui timet Deum nihil trepidabit, et non pavebit... timentis Dominum beata est anima ejus* (ECL. XXIV, 16 ET SEQ.). Hé aquí, hermanos míos, la consecuencia que yo deduzco de estas palabras: el temor de

Dios hasta para tranquilizar el corazón del hombre, y para que éste no tema ni recese mientras no se aparte del sendero que le trazan el deber y la virtud: de consiguiente, seamos temerosos de Dios y nos veremos libres de toda inquietud, de todo temor y de toda desconfianza. S. Gregorio nos inculca también esta saludable máxima, diciendo: que el corazón humano desprecia tanto más el temor de las cosas terrenas, cuánto más se acostumbra á tener al Altísimo: *Mens nostra tanto valentius terrores rerum temporalium despicit, quanto se auctori earumdem veracius per formidinem subdit* (Ltr. v. Monac. c. 45). El que teme de veras á Dios, perdería gustoso los bienes, la honra y la vida antes que ofenderle; procura observar con la mayor fidelidad sus mandamientos, y busca constantemente el modo de complacerle y agradarle en todas las cosas. Mostraos, pues, vosotros temerosos de Dios, y estad seguros de que ningún otro temor os avasallará. Cuando llegue la ocasión, el corazón de tímido oordero se convertirá en generoso corazón de león. Amonestareis, reprenderéis, y hasta castigareis discretamente, según lo exijan los deberes de vuestro estado. Siendo el temor de Dios la regla de todas vuestras acciones, no seréis pusilánimes, ni temeréis cosa alguna; y aún en la presente vida gozaréis una beatitud anticipada y una verdadera felicidad, según la sentencia del Espíritu Santo: *Qui timet Dominum, nihil trepidabit, et non pavebit... timentis Dominum beata est anima ejus* (EccI. xxxiv, 16 et seq.).

Véase: ESCRÚPILOS.

RACIONALISMO; véase: RELIGION.

RAZON (Para qué se nos ha dado); véase: RELIGION.

RECAIDAS; véase: REINCIDENCIA y PERSEVERANCIA.

RECOMPENSAS.

(EL JUSTO, EN ALGUN MODO RECOMPENSADO AÚN EN ESTA VIDA, Y CASTIGADO EL PECADOR.)

Homo quidam erat dives, qui epulabatur quotidie splendide. Et erat quidam mendicus, cupiens saturari de micis, quae cadebant de mensa divitis, et nemo illi dabat.

Hubo cierto hombre rico, que tenía cada día esplendidos banquetes. Al mismo tiempo vivió un mendigo, que deseaba saciarse con las migajas que caían de la mesa del rico: mas nadie se las daba.

(Ltr. xvi, 49.)

El ignorante que, deteniéndose en la superficie exterior de las personas y cosas que le rodean, no pasa á reconocer el interior, se expone á formar unos juicios muy equivocados de ellas. Deslumbrado por el brillante resplandor del oro, suele compararle á un precio muy subido, como si fuera oro verdadero. ¡Qué deliciosos puntos de vista presentan las campanillas formadas por el agua! ¡Qué colores tan vivos y variados ostentan los globulitos que los muchachos hacen con el agua y el jabón! Mas examinándolos de cerca, al punto conocemos su insignificante mérito; y si llegamos á tocarlos, en el momento desaparecen, dándonos á conocer que no eran otra cosa que un poquito de aire, nada. Si un necio acierta á pasar por el punto en que otro ha perdido una piedra preciosa, y la ve, la desprecia teniéndola por un pedazo de cristal, y como el bruto de la fabula, la pisa, la entierra en el lodo como cosa inútil. Uno, dejado llevar de la dulzura de la miel, la gusta con ansia, sin advertir que está envuelto en ella un veneno mortífero; otro fastidiado del amargo de la quina, la desecha, no obstante ser el remedio más eficaz, el único para conservar la salud y tal vez la vida.

Esta es la pintura más exacta del vicio y de la virtud. El mundo ignorante, que ve retratada en el semblante del pecador una excesiva alegría y en el del justo una mortal tristeza; que observa á aquel festivo, risueño, complaciente, erguido, robusto, y á éste triste, lán-

Dios hasta para tranquilizar el corazón del hombre, y para que éste no tema ni recese mientras no se aparte del sendero que le trazan el deber y la virtud: de consiguiente, seamos temerosos de Dios y nos veremos libres de toda inquietud, de todo temor y de toda desconfianza. S. Gregorio nos inculca también esta saludable máxima, diciendo: que el corazón humano desprecia tanto más el temor de las cosas terrenas, cuanto más se acostumbra á tener al Altísimo: *Mens nostra tanto valentius terrores rerum temporalium despicit, quanto se auctori earumdem veracius per formidinem subdit* (Ltr. v. Monac. c. 45). El que teme de veras á Dios, perdería gustoso los bienes, la honra y la vida antes que ofenderle; procura observar con la mayor fidelidad sus mandamientos, y busca constantemente el modo de complacerle y agradarle en todas las cosas. Mostraos, pues, vosotros temerosos de Dios, y estad seguros de que ningun otro temor os avasallará. Cuando llegue la ocasión, el corazón de tímido oordero se convertirá en generoso corazón de león. Amonestareis, reprenderéis, y hasta castigareis discretamente, según lo exijan los deberes de vuestro estado. Siendo el temor de Dios la regla de todas vuestras acciones, no seréis pusilánimes, ni temereis cosa alguna; y aún en la presente vida gozaréis una beatitud anticipada y una verdadera felicidad, según la sentencia del Espíritu Santo: *Qui timet Dominum, nihil tropidabit, et non pavebit... timentis Dominum beata est anima ejus* (EccI. xxxiv, 16 et seq.).

Véase: ESCRÚPILOS.

RACIONALISMO; véase: RELIGION.

RAZON (Para qué se nos ha dado); véase: RELIGION.

RECAIDAS; véase: REINCIDENCIA y PERSEVERANCIA.

RECOMPENSAS.

(EL JUSTO, EN ALGUN MODO RECOMPENSADO AÚN EN ESTA VIDA, Y CASTIGADO EL PECADOR.)

Homo quidam erat dives, qui epulabatur quotidie splendide. Et erat quidam mendicus, cupiens saturari de micis, quae cadebant de mensa divitis, et nemo illi dabat.

Hubo cierto hombre rico, que tenía cada día esplendidos banquetes. Al mismo tiempo vivió un mendigo, que deseaba saciarse con las migajas que caían de la mesa del rico: mas nadie se las daba.

(Ltr. xvi, 49.)

El ignorante que, deteniéndose en la superficie exterior de las personas y cosas que le rodean, no pasa á reconocer el interior, se expone á formar unos juicios muy equivocados de ellas. Deslumbrado por el brillante resplandor del oro y el opulencia, suele compararle á un precio muy subido, como si fuera oro verdadero. ¡Qué deliciosos puntos de vista presentan las campanillas formadas por el agua! ¡Qué colores tan vivos y variados ostentan los globulitos que los muchachos hacen con el agua y el jabón! Mas examinándolos de cerca, al punto conocemos su insignificante mérito; y si llegamos á tocarlos, en el momento desaparecen, dándonos á conocer que no eran otra cosa que un poquito de aire, nada. Si un necio acierta á pasar por el punto en que otro ha perdido una piedra preciosa, y la ve, la desprecia teniéndola por un pedazo de cristal, y como el bruto de la fabula, la pisa, la entierra en el lodo como cosa inútil. Uno, dejado llevar de la dulzura de la miel, la gusta con ansia, sin advertir que está envuelto en ella un veneno mortífero; otro fastidiado del amargo de la quina, la desecha, no obstante ser el remedio más eficaz, el único para conservar la salud y tal vez la vida.

Esta es la pintura más exacta del vicio y de la virtud. El mundo ignorante, que ve retratada en el semblante del pecador una excesiva alegría y en el del justo una mortal tristeza; que observa á aquel festivo, risueño, complaciente, erguido, robusto, y á éste triste, lán-

guido, macilento, extenuado; que encuentra á aquél en medio de los placeres, en las concurrencias, en los espectáculos, en los paseos, y á éste solo, retirado de la sociedad, cerrados sus ojos á cuantos objetos le ofrece el mundo seductor, privado hasta de las más inocentes diversiones, entregado siempre á la oración, á la práctica de una rigurosa penitencia, de unas austeras mortificaciones; que solo ve, en una palabra, lo que agrada y atrae en el vicio, y lo que presenta de molesto y repugnante la virtud, se resuelve por aquél sin vacilar un momento. Y si tal vez se detiene á reflexionar, es solo con el fin de que sea más glorioso el triunfo del vicio sobre la virtud. Comparemos, dice, á un Baltasar con un Job, un rico con un Lázaro... Ah! es necesario estar ciego para no conocer, que los primeros disfrutaban en este mundo la más completa felicidad, y los segundos eran esclavos de la miseria más extremada. Tales son los juicios y el lenguaje del mundo.

Y ¿cómo es posible que los hombres se decidieran por el partido del vicio, si no hallaran en él algun deleite, alguna satisfacción, algun interés temporal; y que, por el contrario, huyeran de la virtud, siendo tan conforme á su naturaleza, si no vieran como inseparable de su ejercicio una multitud de molestias, de privaciones, de disgustos? Si al través de los placeres descubrieran las penas, la inquietud que lleva en pos de sí la culpa, y por entre lo ausiero de la virtud traslucieran la suma suavidad, las inefables dulzuras que derrama en el alma del justo, no podrían ménos de cambiar de dictámen; pero como, por una parte, se fijan en el exterior de estos dos contrarios, y por otra ven que los Libros santos, los Padres de la Iglesia y los doctores católicos enseñan de acuerdo, que el premio de la virtud y el castigo del crimen están reservados para otra vida, se niegan á creer que aún en esta pueda ser feliz el justo y desgraciado el pecador.

Este error es precisamente el que trato de desvanecer, demostrando al efecto, que los justos, que padecen, son felices en medio de sus padecimientos; y los pecadores son desdichados en el goce de sus placeres. Pidamos los auxilios de la gracia; A. M.

4. Habiendo ántes indicado, que lo que induce al hombre á despreciar el ejercicio de la virtud y entregarse al del crimen, es el fijarse en el exámen exterior de uno y otro, quieró que conozcáis los errores á que semejante imprudencia le conduce, haciéndoos notar despacio lo que opina acerca de los bienes temporales. Ve á los grandes rodeados de una multitud de viles esclavos, ocupados en es-

tudiar sus infames pasiones, para lisonjearlas y prodigarles el incienso de las más humillantes adulaciones: los ve entregarse con entera libertad á todos los placeres y diversiones, gozar todos los regalos y comodidades sin otra regla ni medida que su deseo, sin que nadie se atreva á contradecirles, porque la menor indicacion se consideraría como un atentado contra la excesiva dignidad de su persona; y concluye de aquí, que la grandeza es uno de los mayores bienes que pueden disfrutarse en la tierra, dando fomento en su corazón á la soberbia. Ve que los mismos ó acaso mayores beneficios gozan los ricos; que no hay cosa que no consigan, ni dificultad que no superen las riquezas; que si se desean palacios magníficos, briosos caballos, casas de campo, carrozas, trenes espléndidos, todo está á disposicion del que tiene dinero; que si necesita criados, luego se le presentan los de mayor habilidad; que si se halla enfermo, al punto se hace venir á los más acreditados facultativos, quienes apresuran el viaje para llegar lo más pronto posible, á pesar de hallarse á mucha distancia; que si quiere regalados manjares, no hay pez en el agua, ave en el aire, carnes y frutas en la tierra, que no se presenten á saciar su apetito, su immoderada gula. El mundo entero con todos sus bienes y delicias está obediente á la voz del oro, dicen los mundanos: no hay bien comparable á las riquezas; y hablando de este modo, desean y llaman para sí la vil codicia. Ve los placeres que rodean siempre al hombre carnal, el gusto que toma en las diversiones, aunque sean indecentes, en las conversaciones amorosas, en las canciones lascivas, en el trato familiar con las principales bellezas; cuán satisfecho está de sí mismo al ver correspondido su amor profano; cuánto placer disfruta en presencia de su querida, á quien acompaña en casa, en el paseo, en el baile, en todas partes; ve el gran deleite que resulta del tacto impuro, de la mirada lasciva, del vil adulterio, del estupro vergonzoso, y dice: nadie puede ser feliz sin gozar los placeres de la sensualidad; y con sola esta expresion se atrae el corazón de los deshonestos.

El humo de la gloria mundana, las conveniencias del opulento, el deleite del sensual es lo que ciega á los mundanos, porque no ven más que el exterior de sus objetos. Aquella satisfaccion de que se colma el corazón del vengativo, quando ha tomado una completa venganza, la alegría de ver humillado á su enemigo, el regocijo que le ocasiona el feliz éxito de un litigio, tal vez injusto, el orgullo de que todos le consideran como hombre de prestigio, aún entre los magistrados, por cuya razon nadie se atreve á contradecirle ni á reclamar, aunque agobie á sus semejantes con todo género de injusticias;

la satisfacción de poder decir: nadie como yo; todos se humillan en mi presencia ó inclinan la cabeza con el mayor respeto, es una gloria sin igual. El regocijo de un hombre, á quien favorece la fortuna aumentando su hacienda, proporcionándole cosechas abundantes, dejándolo airoso en todas sus empresas; tomando de aquí ocasión, para suponer que de nadie necesita, cuando de él necesitan todos; que ni los potentados de la tierra, ni el mismo monarca le igualan en comodidades y conveniencias, porque á las que éstos disfrutan reúne él la independencia de toda dominación y la libertad de los pesados cargos del gobierno; ni teme al hielo, ni al agua, ni al pedrisco, ni á una quiebra en sus intereses, porque ésta sería una desgracia de poca momento, pudiendo repararla con los abundantes tesoros que encierran sus arcas. ¿Cómo es posible hallar semejante felicidad sobre la tierra? Un impio Baltasar, señor de un dilatado imperio, rodeado de toda la grandeza de la corte, en medio de los aplausos y adulaciones de sus súbditos y compañeros, habitador de un suntuoso palacio, sentado á una mesa, cubierta de los más exquisitos manjares, de los vinos más generosos, servidos en los vasos de plata y oro que Salomón había mandado fabricar para el servicio y ornamento de su templo; acompañado de las damas más hermosas, más ricas y profanamente vestidas y dispuestas á complacerle, aún en sus más injustos y desastrosos caprichos; en medio de un coro inmenso de músicos, cuyos acéntos armoniosos no tienen más regla que su voluntad; sin enemigos que le inquieten, sin peligros que le asusten, sin sediciones que turben su reposo... ¿he aquí el más perfecto modelo de la felicidad mundana; este es el compendio de cuantos bienes puede gozar el hombre sobre la tierra: esta es la pintura que el mundo hace del pecador.

¿Y cuál es la suerte del justo? Siempre menospreciado, abatido, hollado de todos, hecho el objeto de la irrisión y mofa de los atrevidos, retirado del mundo, enemigo de los placeres, opuesto á toda diversion; siempre triste, macilento siempre, siempre convertido en un esqueleto, sin ojos más que para llorar, sin boca más que para pedir el perdón de sus culpas, sin manos más que para atormentarse, sin vida más que para padecer; un hombre sin honor, que jamás vuelve por su causa, aunque reciba mil ultrajes; sin libertad, que en todo cree ofender á Dios; sin carne ni sangre, que despedaza la una y derrama la otra con la disciplina y el cilicio; semejante á un Hilarión, habitando en el monte como los brutos salvajes y como si no hubiera nacido para la sociedad, enterrado vivo en el cóncavo de una peña sin más compañía que las fieras, sin otro alimento que las

frutas silvestres, sin más bebida que el agua, siempre mortificándose, siempre llorando, siempre lleno de inquietudes y sobresaltos, sin olvidar jamás el juicio que le espera; semejante á un Gerónimo, que figurándose insignificantes las penitencias ordinarias que sufría desnudo en el desierto, como que se propone abrirse el pecho en fuerza de los golpes que se daba con una piedra; semejante á un Pedro de Alcántara, envuelto en un tosco saco, huyendo de las comodidades que hubiera podido disfrutar en el palacio del emperador Carlos V, seco en fuerza de tan continuado ayuno, armado á todas horas de la disciplina, rodeado del cilicio, enemigo del sueño, del descanso y hasta de sí mismo, pues por una especie de barbarie se obligó á no dar jamás á su cuerpo el menor gusto que le pidiera; semejante á Job, privado repentinamente de todos sus ganados, de sus casas, de toda su hacienda, de todos sus hijos, reducido á la última miseria; desnudo, sin cama en que recinarse, cubierto de asquerosas y crueles llagas, lleno de gusanos, sin otra medicina que una teja para raerlos; despreciado de sus criados, abandonado de algunos de sus amigos, insultado de los otros, mofado de su mujer; fastidiado de su vida, abrumado de pesares, de tormentos, de todas las desgracias, destituido de todo humano socorro; semejante al mendigo del Evangelio, cubierto de úlceras extremadamente fétidas, sin más médicos que los perros que iban á lamérlas, aquejado de una hambre cruel que le hacía desear con viva ansia las migajas que caían de la mesa del rico...; este es el retrato del justo: tal es la pintura que hace el mundo de la virtud y santidad.

Si el mundo, que ciego con sus glorias, cierra sus ojos á la impresión de los verdaderos bienes; el mundo insensato, incapaz de conocer los verdaderos bienes del espíritu; el mundo carnal y grosero, á cuya débil penetración se oculta lo que pasa en el interior del hombre; así opina, y quiere á toda costa que opinemos como él. Mas á pesar suyo, á pesar de las contrarias apariencias con que pretende alucinarnos, y de las bellas exterioridades que nos presenta para perdernos, el justo es verdaderamente feliz y el pecador verdaderamente desdichado aún en esta vida. Aquel goza una paz envidiable, una alegría sólida, unas delicias indecibles; éste lleva dentro de sí mismo un enemigo que le persigue, un verdugo que le atormenta, un tirano que le martiriza. No me detendré á manifestaros, que ni todos los pecadores se ven tan favorecidos de la fortuna, ni todos los justos tan perseguidos de la desgracia, como se quiere ponderar. Tampoco hablaré de los punzantes cuidados inherentes por lo regular á la grandeza y al poder, ni de la poca seguridad de los bienes de la

tierra, del trabajo con que se adquieren, de la inquietud con que se conservan, del dolor que ocasiona su pérdida. Si en otra ocasión os ofrecí estos desengaños, como filósofo cristiano, ahora os digo, como ministro del Evangelio, que no pareis la consideración en lo que se ve por defuera, sino que exordineis el interior; que tratéis de examinar el testimonio de la conciencia de cada uno, para que podáis ver la dulce serenidad del justo y la inquietud y turbación del pecador; cuán suavizadas y almiradas, por decirlo así, están las penalidades de aquel, y rociados de cruel amargura los criminales gustos de éste; que no hay delicia comparable con el ejercicio de la virtud ni tormento más agudo que el remordimiento, consecuencia necesaria del pecado.

Al modo que (es reflexión de S. Agustín); al modo que un hombre, fatigado del trabajo de todo el día é inquieto con la idea de una injuria grave que ha recibido, vuelve á casa por la noche, y salen á su encuentro á la puerta su amado consorte con sus hijos, hermosos todos, llenos de alegría y regocijo, que niños le abrazan, le prodigan tiernas caricias y le suplican que entre á gozar el descanso que desea, y á tomar el regalo que le tienen dispuesto, lo que le hace olvidar absolutamente sus pesares y cansancio; así el justo, cuando acosado de persecuciones, de pesares y tormentos, se retira al interior de su alma, le sale al encuentro su conciencia, y como una esposa llena de atractivos y rebosando alegría en su semblante, le estrecha con ternura en su seno y le dice amorosa: alegrate, amigo mio, que vas á recibir el premio de tu sufrimiento; ya te tengo preparado un descanso, una paz, unos regalos deliciosos: ven, amado mio, ven: entra en el jardín de las delicias, y coge aún en esta vida miserable el premio debido á tus virtudes.

Entra con efecto el justo en el interior de su alma y descubre... ¡infeliz de mí, en qué empeño me he comprometido! Mártires gloriosos de Jesucristo, venid, ocupad este lugar y decidme: ¿qué os manifestaba vuestra conciencia, cuando con tanto ahínco solicitabais los tormentos y los sufríais con tan indecible alegría? Apóstol santo, ¿qué era lo que te llenaba de consuelo en las vigílias, en las cárceles, en los trabajos? Inústrs Marco y Marceliano, explicadnos el gozo que experimentabais clavados juntos en un madero. ¡Pobrecito Lázaro! dínos la satisfacción que te resultaba de tus dolores y miseria. Jamás, responden, jamás hemos gozado un placer tan puro, un gozo tan consumado, un banquete tan delicioso y amable.

Así es; nada en el mundo puede compararse con la tranquilidad de una buena conciencia. Ella, dice S. Agustín, arroja el gusano que

molesta en el exterior, no deja sentir las prisiones, las cárceles, la amargura, ningún género de trabajo. *O felix conscientia puritas!* tú conviertes al alma en un paraíso de delicias, donde está plantado el árbol de la vida y de la sabiduría celestial; tú la haces el tú-lamo, la esposa del mismo Dios, el palacio de Jesús, la morada del Espíritu santo. *O felix sanctæ conscientie juvenilitas!* tú haces ver al alma que ella es el lecho feliz, en que descansa y se recrea con su amada esposa el Esposo celestial. Los varones contemplativos se arrebatan de tal modo al querer ponderar la felicidad inmensa que disfruta el justo, que sus palabras más bien parecen despropósitos que razones verdaderas; por lo mismo me abstengo yo de manifestar mis sentimientos en esta parte. Solo diré de paso, que el testimonio de la buena conciencia persuade eficazmente al alma de que todo un Dios es ya suyo; que posee todas las riquezas, el poder, la sabiduría, la salud, la santa amistad, las virtudes, la gloria de Dios; que Dios, como un esposo ciegamente enamorado, la regala, la acaricia, le dá el ósculo suavísimo de su dulce paz, la embriaga en el torrente infinito de sus inmensas delicias. En la tierra, dicen Orígenes y san Agustín, con el Apóstol; en la tierra están ya sentados los justos cerca del trono de la Divinidad, gozando plenamente sus inmortales delicias. Esta gloria, esta felicidad es la que llena de regocijo á los mártires en sus tormentos, á los anacoretas en su retiro, á los confesores en su pobreza, á los penitentes en sus trabajos.

Elevaos, almas justas; pisad esa tierra vil que oprime con su peso al pecador. Venid, bebed, embriagaos con el vino dulcísimo con que os brinda vuestro Dios en pago de vuestra fidelidad. Sabed, pues lo asegura él mismo por el Apóstol (Rom. c. viii, 53), que ni el hambre, ni la sed, ni la enfermedad, ni la persecución, ni la pobreza... nada es capaz de robaros vuestro tesoro, ni de alterar en lo más mínimo vuestra quietud ó turbar vuestro reposo. Insultad con el P. san Basilio á los mandanos, que os menosprecian y dan en rostro con vuestros trabajos; decidles que todas las glorias del mundo son nada; que todos los tesoros de la tierra son estiércol; que todos los deleites del sentido son tormentos amarguísimos en comparación de vuestra gloria, de vuestros tesoros y de vuestros placeres: *O felix conscientia securitas!* Vosotras habeis servido á vuestro Dios, vosotras habeis agradado á vuestro Dios, vosotras sois amigas íntimas de vuestro Dios, vosotras sois amadas esposas de vuestro Dios. Soberbios del mundo, ricos de la tierra, amadores de los deleites, á todos os desafío. Decidme; ¿cuándo alguno de vosotros, ni todos juntos, habeis disfrutado una satisfacción semejante? cuándo habeis experimentado

una alegría tan verdadera? cuándo habeis poseído unos bienes tan sólidos? cuándo habeis gozado una felicidad tan completa? ¡Misera- bles! avergonzados de vuestra insensatez. De vosotros habla el Espíri- tu santo, cuando dice: (I. Cor. c. ii, 14), que *el hombre animal no es capaz de conocer los bienes espirituales con que regala Dios á sus amigos*. Huid llenos de confusión, retiraos cubiertos de igno- minia á presencia de un justo solo. ¿De qué os sirve decir, poseídos de un honchido orgullo: *shaltis ero Altissimo*; que no tenéis igual sobre la tierra, cobrando vuestros ojos hidrópicos en la abundancia del dinero; apropiándoos las palabras del Avariento (Lec. c. xu, 49): *alégrate, alma mía, que ya nada puede faltarte*; ó las de Salo- mon, que *no hay gusto que no hayáis tenido, ni placer que no hayáis probado*? Cuanto más presentes estén á vuestra memoria, tanto más cruelmente os atormentará vuestra conciencia.

2. A los pecadores les sucede, continúa san Agustín, lo que á un hombre rendido en fuerza del trabajo de todo el día, maltratado de unos, injuriado de otros, habiendo perdido aquí los mil y allá los dos mil, casi desesperado se vuelve á su casa, donde creyendo hallar algún reposo, no halla sino mayores inquietudes y disgustos, porque la ve sucia, asquerosa; y su mujer, sin haberle preparado alimento, cama ni comodidad alguna, sale á recibirle hecha una sierpe, prorumpiendo en gritos furiosos, en imprecaciones horribles, y amenazando su vida con una espada que empuña como desespera- da. Este sí que es el retrato perfecto del pecador. Perdiendo la pa- ciencia, la caridad, la templanza, todas las virtudes, apenas acaba de gustar aquel deleite momentáneo, aparente, aquella sombra de placer, cuando tiene su conciencia manchada, asquerosa, fetida, desesperada y armada de un agudo puñal con que le atraviesa sin cesar el corazón, diciéndole: *¿qué has hecho, traidor? Has pecado, has perdido tu Dios, te has declarado enemigo suyo...* ¿Dónde se han ido aquellos bienes que te prometían tus fingidos amigos con el solo objeto de perderte? ¿No ves cómo ahora te desamparan, te abandonan en tu desgracia? ¿qué nada hacen por sacarte del profundo abismo en que te has sumergido? por librarte de los crueles tormentos que padeces? ¡infeliz! te has declarado enemigo de un Dios, que tiene en su mano la vida y la muerte, la salud y la enfermedad, la riqueza y la miseria, la gloria y el infierno. ¡Desventurado! te has rebelado contra un Dios justo, que sabe mandar á la tierra que se abra y tra- gue á los pecadores como tú; contra un Dios, que sabe enviar fuego del cielo y devorar á los rebeldes como tú; contra un Dios, que sabe disparar rayos abrasadores, que en un solo momento convierten en

pavésas los hombres desalmados como tú; contra un Dios, que sabe inundar el mundo entero para sumergir á los hombres corrompidos como tú.

En vano se fatiga el miserable pecador en sofocar estos crueles re- mordimientos; su conciencia le sigue á todas partes sin dejar de acusarle. Si busca nuevos desahogos á sus pasiones, en ellos mismos le presenta el más horrible precipicio. ¿Quiere complacerse en su grandeza? Luego le manifiesta á Lucifer, arrojado de lo más alto de los cielos á lo más profundo del abismo. ¿Se ocupa en sus comodida- des? Al punto le recuerda un Baltasar, muerto repentina y desastrosa- mente en la noche de su tan ponderada cena. ¿Trata de recrearse á vista de sus riquezas? En el mismo momento le trae á la memoria la desgracia de Ananias y Safira, por haber ocultado la mitad de su propia hacienda. ¿Va á entregarse de nuevo á sus criminales place- res? Le hace ver la multitud de desdichados, cuya vida terminó en el acto mismo de su pecado. No hay consuelo para el infeliz pecador: acosado en todas partes de tan crueles remordimientos, siempre le parece ver desnuda y pendiente sobre su cuello la vengadora espada de la justicia divina. Un ligero dolor de cabeza se pinta en su imagi- nación como el principio de una enfermedad mortal; la muerte de un pariente, de un amigo, le parece ser el pronóstico de la suya, to- das las tempestades cree venir dirigidas contra su vida, y al estampido del trueno le parece ver encendido el rayo que baja sobre su ca- beza. No halla sosiego ni descanso, porque le es imposible apartarse del cruel verdugo de su conciencia. No hay, dice san Prásero, va- liéndose de las palabras de san Agustín, no hay en el mundo cosa que dé mayor tormento que la conciencia del pecador. Verifícase la profecía de Moisés, de que el pecador experimenta los efectos de la maldición de Dios en casa y fuera de ella, en el pueblo y en el cam- po, en la prosperidad y en la desgracia, en las obras, en las palabras, en los pensamientos, en los deseos. Cuando Judas se proponía gozar el fruto de su codicia, se halla fieramente acometido de su criminal conciencia, que le llena de turbación, le inquieta, le agita, le con- duce á la desesperación, pone en sus manos el lazo para acabar con una vida, mil veces más amarga é insufrible que la muerte á que le con- duce. Job, por el contrario, en medio de su aflicción, Daniel entre las garras de los leones, Isaías aserrado, los niños de Babilonia in- troducidos en el horno, Pedro en la cruz, Andrés en el aspa, Estéban en medio de las piedras, rehosan de placer y de júbilo, se consideran inundados de delicias y completamente felices, viendo que se atraen por estos medios las bendiciones del cielo. El Salvador, después de

haber recibido cuantas injurias y tormentos eran capaces de discurrir las potestades infernales, abandonado de sus propios discípulos y amigos, clavado en la cruz, sin socorro ni alivio humano, gozaba á torrentes las inmensas delicias de la gloria. Entre todos los bienaventurados, aún de los más elevados serafines, no hay ni puede haber uno siquiera tan completamente feliz, como lo era el alma bendita de nuestro Salvador, al mismo tiempo que su cuerpo sufría tan horribles tormentos. Pero ¡oh desgracia! los hombres carnales ven su pasión, no su gloria: observan sus trabajos, no su felicidad; conocen sus tormentos, no sus delicias. No es sensible para ellos perder el bien infinito é incomprensible, y se desesperan y prorumpen en blasfemias contra el cielo, con solo ver en peligro la salud, las comodidades, los bienes mezquinos del cuerpo. Como jamás han gustado las dulzuras ni experimentado la tranquilidad, que el bien verdadero produce en el alma del justo, no advierten su falta. Se acojonan, se dejan dominar por el furor á vista de las tribulaciones que en el día los persiguen, y no acaban de persuadirse á que sus pecados son la causa: se resisten á creer que en estas y otras mas lamentables circunstancias el justo no se altera ni se asusta, ántes bien goza la alegría, la felicidad, la gloria compatible con el estado de peregrinación en que vive.

Abrid, Señor, los ojos de nuestra alma, para poder persuadirnos de una verdad tan interesante. Haced que resuenen sin cesar en nuestros oídos, aquellas palabras de tanto consuelo que dirigais en otro tiempo á los apóstoles (MARTH. c. xix, 29): *si dejais por mi amor los bienes aparentes de la tierra, recibiréis ciento por cada uno, aún en esta vida*; premio que, según san Gerónimo, consiste en los bienes del espíritu, en las delicias del alma, en la tranquilidad de conciencia; bienes infinitamente más grandes, más dulces, más apetecibles que los del cuerpo. ¡Qué extraño es, cristianos, que corraís tras la sombra de felicidad con que os alucina el mundo, os ciega el demonio, os engaña la carne, si no habeis gustado aquellas celestiales dulzuras? ¡Qué extraño es que aún creáis que Lázaro es infeliz y el Rico dichoso? Si quereis pues poder discurrir con acierto acerca de los bienes y males de esta vida, es necesario que una vez siquiera os pongáis de parte de la virtud. Demasiado tiempo habeis gustado los placeres del vicio, y si continuais del mismo modo, no podreis ser imparciales. Desead al menos participar de los que suponeis males intolerables en el justo; sujetaos á la mortificación; privad á vuestros sentidos del goce de esos falsos placeres; deponed la inclinación por ese lujo que arruina las familias; amad la pobreza de es-

píritu. Solo así os librareis de los tormentos que ahora sufre el Rico, y os hareis acreedores á las delicias que el mendigo Lázaro goza y gozará por una eternidad.

RECONCILIACION.

Si offer manus tuam ad altare, et tibi recordatus fueris quia frater tuus habet aliquid ad te, ne te, vade prius reconciliari fratri tuo: et tunc venies offerre manus tuam.

Si al tiempo de presentar tu ofrenda en el altar, allí te acuerdas que tu hermano tiene alguna queja contra ti, ve primero á reconciliarte con tu hermano; y después volverás á presentar tu ofrenda.

(MARTH. v. 23, 24.)

Ciertamente es notable la maravillosa dulzura que encierra la doctrina de nuestro Salvador Jesús; todas sus palabras respiran un sentimiento particular de humanidad; pero donde más se manifiesta el tierno amor con que mira á nuestra naturaleza, es en los diferentes preceptos que nos dá en su Evangelio, con el objeto de estrechar entre nosotros los lazos de la caridad... Veis con quanto furor se arman los hombres contra sus semejantes; los odios feroces é implacables antipatías que dividen á los pueblos y á las naciones; que por estar separados de los otros por algun rio, ó por algunas montañas, parece que nos olvidamos de que somos de la misma naturaleza; lo cual suscita entre nosotros guerras y disensiones eternas, las cuales suelen ir acompañadas de horribles desolaciones y de una cruel efusión de sangre humana.

Para calmar estos instintos feroces, nos representa nuestro origen; procura despertar en nuestras almas ese sentimiento de tierna compasión hácia nuestros semejantes, que debemos á la naturaleza; nos dice que un hombre no puede ser extraño á los sufrimientos de otro hombre; y que si no hubiésemos dejado pervertirse á nuestras naturales inclinaciones, nunca pudiéramos llegar al punto de olvidarnos

que todos los hombres somos hermanos. «A los ojos de Dios, nos dice, no hay bárbaros, ni griegos, ni romanos, ni escitas (Colos. iii, 2);» y fortificando los sentimientos, hijos de la naturaleza, con las reflexiones más poderosas, nos hace saber á todos, que tenemos una ciudad común en el cielo y una misma sociedad en la tierra, y que todos juntamente no formamos más que una nación, un solo pueblo; que debemos vivir en las mismas costumbres, según el Evangelio, y obedecer al mismo monarca, á Dios; á un mismo legislador, á Jesucristo.

Las injurias que recibimos, hermanos míos, nos lastiman excesivamente: el dolor excita la cólera; la cólera impele á la venganza; el deseo de venganza dá pábulo á irreconciliables enemistades; de aquí las querrelas y los procesos; de aquí las mormuraciones y las calumnias; de aquí las guerras y las batallas; de aquí, en fin, casi todas las desdichas que turban la vida humana. Para cortar de raíz tantos males, dice nuestro amoroso Salvador, quiero que ameís cordialmente á vuestros semejantes; es decir, que vuestra amistad sea tan firme, que ninguna injuria sea capaz de alterarla. Y si algún temerario ha roto la santa alianza que acabo de establecer entre vosotros, que deje el altar, para ir á reconciliarse con su hermano.»

¿Cómo, Señor, cómo habéis podido mandarnos abandonar el servicio de Dios, para cumplir con los deberes humanos? ¿Es decoroso dejar al Criador por la criatura? Esto parece singular, hermanos míos; pero así lo manda el Hijo de Dios. ¿No es esto enseñarnos, que delante de él no hay nada más precioso que la caridad y la paz; que su amor á los hombres es tan extraordinario, que no puede sufrir verlos enemistados; que Dios considera á la caridad como una parte de su culto; y que el presente más agradable á sus ojos es un corazón apacible y sin hiel, un alma santamente reconciliada? Ocupémosnos un poco, hermanos míos, de este importante precepto; nada nos interesa más; pero para hacerlo con fruto, pidamos los auxilios de la gracia. A. M.

1. Todos los fieles deben ofrecer presentes á Dios; pero ningún presente puede ser agradable á sus ojos, si no es ofrecido por la caridad fraternal; sin ella, nada se digna recibir, y por ella, todo lo acepta. La caridad es la mano que le presenta nuestras oraciones; y como esta mano es tan amada de Dios, todo lo que viene por otro conducto le es desagradable. Y para probarlo con razones á cual más poderosas, diré que considero tres cosas en nuestras oraciones, las cuales no pueden existir sin caridad para con nuestros herma-

nos; el principio de nuestras oraciones; aquellos por quienes rogamos, aquel á quien se dirigen nuestras oraciones. En cuanto al principio de nuestras oraciones, ya sabéis, hermanos míos, que ellas no emanan de nosotros; las oraciones de los cristianos tienen un manantial más divino. ¿Qué podemos nosotros dar que nos pertenezca, más que mentira y pecado? El más peligroso efecto de nuestras enfermedades escriba, en que no sabemos reclamar como se debe el auxilio del médico. «No sabemos, dice el apóstol S. Pablo, cómo debemos pedir (Rom. viii, 26).» ¡Miserables! ¿quién nos sacará de este abismo de males, una vez que no sabemos implorar el socorro del Libertador? ¡Ah! exclama el Apóstol (Rom. viii, 26), «el Espíritu dá fuerzas á nuestra debilidad:» y ¿cómo? «rogando por nosotros, dice S. Pablo, con grandes gemidos.» ¡Cómo, hermanos! Ese Espíritu, llamado nuestro parécito, es decir, nuestro consolador, ora dentro de nosotros; él inflama nuestras esperanzas; él nos inspira castos deseos; él forma en nuestros corazones esos piadosos y saludables gemidos que imploran para nosotros la caridad divina. Esta felicidad es debida á nuestra propia miseria, que no pudiendo orar por sí sola, hace que el Espíritu Santo se digno orar dentro de nosotros.

Nuestras oraciones son perfumes, y los perfumes no pueden subir al cielo, si un calor penetrante no los torna en sutil vapor y los eleva por medio de su fuerza. Así que nuestras oraciones serian demasiado pesadas y terrestres, emanando de seres tan sensuales, si ese luego divino, quiera decir, el Espíritu Santo, no las purificase y elevase. El Espíritu Santo es el sello de Dios que aplicado á nuestras oraciones, las hace agradables á su majestad; porque es indudable que no podemos orar sino por nuestro Señor Jesucristo. Por otra parte, no es ménos cierto, que «no podemos nombrar á nuestro Señor Jesús, más que en el Espíritu Santo (1 Cor. xii, 5);» y si no podemos nombrar á Jesús, ménos podremos orar en su nombre: luego nuestras oraciones son nulas, si no nacen del Espíritu Santo.

Examinemos ahora qué Espíritu es este. Es el que ha sido llamado: á Dios del caridad (1 Joh. iv, 8, et 16); es el que derramando su gracia sobre la tierra, nos une á Dios con nudo sagrado; es el que nos une á unos y á otros; el que, por medio de un impulso vivificante, nos hace hermanos y miembros del mismo cuerpo. Ahora bien: si este Espíritu es el que obra en nosotros la caridad, aquel que rompe la union fraternal y no ora en paz y en caridad, no pide por el Espíritu Santo. ¡Oh tú! que empuñabas con enemistades irreconciliables; ¿no tienes nada que rogar á Dios? Y si quieres acudir á él,

¿por qué no lo hacéis según el espíritu del cristianismo? ¿Por ventura no sabes, que el espíritu del cristianismo es el Espíritu Santo? ¿Ignoras también, acaso, que el Espíritu Santo no obra más que por caridad? que si desprecias la caridad, es como si no quisieras orar por el Espíritu Santo? Y si no quieres rogar auxiliado del Espíritu Santo, ¿en nombre de quién lo harás? ¿con qué autoridad te presentarás á la Majestad divina? ¿Tal vez por tus propios méritos? Pero tus propios méritos son la condenación y el infierno. ¿Acaso elegirías algun patrono, que por su propio crédito te facilite el acceso al reino de la gloria? ¿No sabes que «solo puedes acercarte al trono de la misericordia por nuestro Señor Jesucristo (Heb. iv, 16), y que no te es permitido nombrar á Jesús, sino el Espíritu Santo (I Cor. xii, 5)?» El que piense invocar á Dios en otro nombre que el de nuestro Señor Jesucristo, hallará su condenación en su oración misma. El Padre no escucha las oraciones que no han sido dictadas por el Hijo; porque el Padre conoce los sentimientos y las palabras de su Hijo, y no puede dar oídos á lo que la presunción del espíritu humano ha inventado, sino únicamente á lo que la sabiduría de su Cristo le expone.

Oremos, pues, en caridad, hermanos míos, puesto que oramos por el Espíritu Santo; oremos con nuestros hermanos, oremos por nuestros hermanos; y aunque ellos quieran romper con nosotros, guardémosles siempre un amor fraternal por la gracia del Espíritu Santo. Reflexionemos que nuestro Señor Jesús no nos ha enseñado, por decirlo así, á orar en particular, sino á orar en general y por todos. «Padre nuestro, que estás en los cielos,» decimos, oracion que no puede ménos de hacerse en nombre de muchos: cuando oramos de esta suerte, debemos creer que toda la sociedad de nuestros hermanos ora con nosotros, de lo cual se glorian los primeros fieles. Nos presentamos á Dios, decía Tertuliano, en tropa y reunidos: «esta fuerza, esta violencia, este compromiso en que le ponemos, le es agradable: *Hoc vis Deo grata est* (Apoloc. x. 39).» Ved, oh fieles, como las oraciones de los hermanos, es decir, las oraciones de la caridad y la unidad obligan á Dios á acceder á nuestras peticiones. Oid lo que dicen los Hechos de los Apóstoles: «Todos juntos elevaron su voz á Dios (Act. iv, 24).» Y ¿cuál fué el resultado de esta oración? «El lugar en donde se hallaban reunidos tembló, y fueron llenos del Espíritu Santo (Act. iv, 31).» Mirad aquí á Dios cediendo á la súplica de los fieles; al verlos orar juntamente, se ve como obligado á dar una muestra visible de que aquella plegaria le es agradable. A veces nos quejamos de que nuestras oraciones no son oídas; unámonos, cristianos, unámonos todos y oremos juntos; no dudeis que en-

tónces lo serán, y que Dios se verá obligado á ceder á lo que le pedimos.

Pero, cuando hablo de orar juntos, pensemos que lo que nos reúne no es precisamente nuestra permanencia dentro de las paredes del mismo templo, ni tampoco el tener fijos nuestros ojos en el mismo altar. No, no; tenemos vínculos más estrechos: la caridad es quien nos asocia. Cristianos, si abrigáis algun odio en vuestra alma, considerad á quien aborrecéis: ¿queréis orar con él? si no queréis, no podeis orar como fieles; porque orar como fieles es orar por el Espíritu Santo; y como este es el mismo Espíritu que está en nosotros, como él es quien reúne, es indispensable que oremos en sociedad. Si queréis orar con él, ¿cómo le aborrecéis? ¿No hemos demostrado ya claramente, que la caridad es quien nos asocia? Sin ella, no hay concordia, no es posible. Solo por caridad podeis orar con vuestros hermanos; si los aborrecéis ¿cómo habeis de orar en caridad con ellos? Acaso me responderéis, que vuestro odio está limitado á uno solo, y que amais cordialmente á los otros. Pero debeis considerar que la caridad no exceptúa á nadie, como que dimana del Espíritu Santo, que se complace en inspirar á todos los fieles: del mismo modo esta se comunica con profusion á todos ellos. Aun cuando no haya más que un estalón roto, la cadena queda enteramente desunida é interrumpida la comunicacion. Vivamos, pues, en caridad con todos, á fin de orar con todos en caridad; creamos que esta caridad es la causa que obliga á Dios á concedernos sus gracias, y que sin ella, no es posible que nos acerquemos á su trono.

Pero no basta que roguemos con nuestros hermanos; necesario es que oremos por ellos. La oracion dominical nos ofrece la formula, en la cual no rogamus por nosotros únicamente, sino en general por las necesidades de todos los fieles. En vano roguemos con ellos, si no rogamus también por ellos. Porque así como no podemos excluir á nadie de nuestra caridad, así tambien no nos es licito excluir á nadie de nuestras oraciones. Hé aqui porque el apóstol S. Pablo, en su primera epístola á Timoteo, recomienda que «se hagan á Dios súplicas y oraciones, que se lo dirijan peticiones y acciones de gracias por todos los hombres, por los reyes y por todos los superiores en dignidad: *Pro regibus et omnibus qui in sublimitate sunt;*» por todas las clases y todos los estados; «porque, añade, esto es bueno y agradable á Dios nuestro Salvador: *Hoc enim bonum est, et acceptum coram Salvatore nostro Deo* (I Tim. ii, 2, 3).» Pues si Dios admite tan bondadosamente á todos los hombres en la participacion de sus gracias, si tan amablemente acoge á todos los que á él

se presentan, ¡cuán grande temeridad no será arrojar de la comunión de nuestras oraciones á aquellos á quienes Dios se digna hacer entrar en posesion de sus bienes! No hay insolencia semejante á la de un dependiente que se metió á poner límites á la liberalidad de su señor: ¿cómo podéis observar lo mismo que pedis á Dios todos los días, á saber, que «se haga su santa voluntad?» Porque, puesto que su voluntad es hacer bien á todos los hombres, si rogais que se cumpla, forzosamente habeis de querer que todos los hombres sean partícipes de sus dones. Así, pues, es absolutamente necesario que roguemos á Dios por todos, y particularmente por aquellos que están reunidos en la Iglesia, con los cuales quiere el Hijo de Dios que comprendais á todos vuestros enemigos y á aquellos que os persiguen; *Orate pro persecuentibus vos* (1.ª Tim. v. 44). Si vosotros rogais por ellos, ellos no pueden ser enemigos vuestros; y si son vuestros enemigos, no es posible que vosotros roguéis por ellos como es necesario.

Es tan imposible que oréis por aquellos á quienes aborrecéis, como lo es el que améis y deseéis sinceramente bien á aquellos á quienes queréis mal. ¡Oh, Dios eterno! ¡qué indignidad! rogais por los judíos, por los idólatras, por los pecadores más endurecidos y por los enemigos más declarados de Dios; ¡y no queréis rogar por los vuestros! No me digais que orais por todos; porque, puesto que la caridad es solamente la que ruega, no es posible que roguéis por aquellos á quienes odiais. Vuestra intención desmiente vuestras palabras; y aún cuando la boca los nombra, el corazón los excluye; ó, si es que orais por ellos, decidme, ¿qué bienes son los que los deseais? ¿desearis acaso el soberano bien, que es Dios? Si no lo haceis así, vuestro aborrecimiento es ciertamente muy cruel y espantoso; porque, no satisfecho con no perdonar, quiere prohibir á Dios que perdone. Y si las deseais la felicidad eterna, ¿no veis que sois harto ciegos en envidiarles bienes pasajeros y falaces, deseándoles bienes sólidos y permanentes?

2. La causa de las enemistades entre nosotros es la division de bienes, cuya posesion ambicionamos; parece que lo que adquieren los demás es robado á nuestro tesoro. Los bienes eternos se comunican sin division alguna; no producen quejas ni envidia; no admiten enemistades, á causa de que son suficientes para satisfacer á cuantos tienen la fé de esperarlos. Este, hermanos míos, este es el verdadero remedio contra las enemistades y el odio. ¿Qué mal pueden hacerme, mientras yo no deseo más que los bienes divinos? ¿Quién podrá arrebatarme nada? Vosotros me quitais mis bienes temporales, pero yo los desprecio; mis esperanzas son más altas; yo sé bien que ellos no

tienen de bienes más que el nombre, con que los distingue el error de los mortales, y no aspiró á otros bienes que los sólidos. Luego, si solo podéis arrebatarme lo que yo desprecio, claro es que no recibo ofensa alguna de vosotros; me manifestais una mala voluntad, pero inútil; ¿pensais que eso me ofende? No, no: fiado en la bondad de Dios, soy infinitamente superior á vuestra cólera y envidia, y por poco conocimiento que tenga, no puedo menos de reflexionar que una mala voluntad sin efecto, es más digna de compasion que de odio. Ya veis, hermanos míos, como las aversiones que concebimos no disminuan más que de la loca estimacion que hacemos de los bienes corruptibles; y que todas nuestras disensiones estarian terminadas para siempre, si los mirásemos como merecen. Pero acaso me alejo de mi asunto demasiado; volvamos á nuestro presente, y demostremos, que aquel á quien se lo ofrecemos, no pueda recibirlo más que de las almas reconciliadas.

Permitidme, oh fieles, que hable delante de vosotros á ese enemigo irreconciliable, que viene á ofrecer á Dios oraciones que nacen de un alma envenenada por un cruel deseo de venganza. ¿Has vivido tan inocentemente que no hayas tenido jamás necesidad de pedir á Dios el perdón de tus pecados? ¿Tan seguro estás de tí mismo, que puedas decir que ya no tienes necesidad de misericordia? Si reconoces que has recibido de Dios tan señaladas gracias, grande es tu ingratitud al negar una tan leve, que él tiene la bondad de pedirte para tu hermano que te ha ofendido; si todavía esperas de él mercedes, extraña locura es la tuya al oponerte á lo que te propone en favor de tus semejantes. Tú, que no quieres perdonar, ¿no ves que con esa negativa pronuncias tu sentencia? Si crees que es justo perdonar, te condenas á tí propio, diciendo lo que no haces; y si no es razonable que se te obligue á perdonar á tu hermano, ¿cuanto menos razonable será que Dios perdone á su enemigo? Así, digas lo que quieras, tus palabras recaerán sobre tí, y tus propias razones serán tu sentencia. Ponérase cuanto quieras la malicia é ingratitud de tus enemigos; ¡ay! ¿qué será de tí si Dios juzga tus acciones con el mismo rigor! Antes de entrar en un exámen tan severo, hermano mío, amausa tu ira, á fin de que Dios retenga la suya. «Porque te aguarda un juicio sin misericordia si no usas de misericordia (JAC. II. 13).» Pero, habrá para tí gracia y misericordia sin mezcla alguna de rigor, si perdonas sin vacilar. Perdonad, y perdonaré (MATT. VI. 14). ¿Quién de nosotros no querrá comprar el perdón de sus pecados, por el olvido de algunas leves ofensas, que solo á causa de nuestra ignorancia y la ciega temeridad de nuestras inconsideradas pasiones pueden parecernos grandes?

Admírense, hermanos míos, la bondad inefable de Dios, que tanto ama la misericordia; que no contento con perdonar con tanta liberalidad tantos pecados como contra él se cometen, quiere obligar á perdonar á todos los hombres, sirviéndose para este fin del más hermoso artificio que podía haberse inventado. A veces, cuando deseamos obtener una gracia considerable de nuestros amigos, esperamos á que ellos mismos vengan á pedirnos alguna cosa; hé aquí lo que hace ese buen Padre, que ante todo desea que la paz reine entre sus hijos. ¡Ah! dice, se los ha ofendido; yo quiero que perdonen. Bien sé que esto se les resistirá; pero ellos están necesitando de mí todos los días; pronto, pronto será preciso que vengan á pedirme el perdón de sus faltas; esperaré. Perdonad, les diré, si quereis que yo os perdone; seré misericordioso, si tenéis misericordia. ¡Oh bondad suma de Dios, que le haces convertirte en negociador de nuestra mútua reconciliación! ¡Y cuán dignos son de compasión aquellos que refusan tan justas condiciones!

¡Oh Dios! me estremezco, hermanos míos, cuando contemplo á esos falsos cristianos que no quieren perdonar; ellos mismos se están condenando todos los días, cuando dicen en la oración dominical: «Perdona como nosotros perdonamos.» ¡Miserable! tú no perdonas; ¿no es eso lo mismo que si dijese: Señor, no me perdones, así como yo no quiero perdonar? De este modo esa santa oración, en la cual estriba la bendición de los fieles, se convierte en maldición y anatema. Nuestro altar es un altar de paz; el sacrificio que celebramos es la pasión de Jesús. Él murió para que los enemigos se reconcilien; él no pidió á su Padre que le vengase de los suyos; pidióle, por el contrario, que los perdonase. Esa sangre fué derramada para pacificar el cielo y la tierra, no solo á los hombres con Dios, sino á los hombres entre sí y con todas las criaturas. El pecado había encendido la guerra entre los hombres; Jesús, para darles la paz, derramó su purísima sangre. Amémosnos pues unos á otros; perdonémosnos las ofensas; roguemos por los mismos que nos pecan algún mal; de este modo nos serán perdonados nuestros pecados y alcanzaremos la felicidad eterna, que á todos os deseo.

DIVISIONES.

RECONCILIACION.—No hay cosa más rara que una verdadera reconciliación.

No hay cosa más necesaria.

No hay cosa más cristiana.

RECONCILIACION.—Debe hacernos olvidar todas nuestras diferencias como si jamás hubiesen existido.

Debe hacernos diligentes en todos los buenos oficios que estén á nuestro alcance.

RECONCILIACION.—Es sumamente difícil cuando el interés es el que nos divide.

Es absolutamente inútil cuando es violenta.

Es frecuentemente violenta cuando se aplaza para la hora de la muerte.

RECONCILIACION.—Es necesario que sea humilde con nuestros superiores.

Es necesario que sea generosa con nuestros inferiores.

Es necesario que sea sincera con toda clase de personas.

RECONCILIACION; véase: AMOR A LOS ENEMIGOS y PERDON DE LAS INJURIAS.

RECONOCIMIENTO; véase: AGRADECIMIENTO.

RECREO; véase: DIVERSIONES.

REINCIDENCIA EN EL PECADO.

I.

Erat autem quidam homo ibi triginta et octo annos habens in infirmitate sua. Alli estaba un hombre, que treinta y ocho años hacía que se hallaba enfermo.

(JOAN. V, 5.)

De cualquier modo que se mire el pecador, es un objeto de lástima y una imagen horrorosa á los ojos del Señor. El hombre, en estado de gracia y de santidad, es un espejo claro en que se dejan ver los

rasgos de las perfecciones divinas, y no se hallará pincel tan delicado que nos pueda dibujar perfectamente su excelente retrato. Prevenido de dulzuras, lleno de bendiciones, colmado de dones celestiales, es con propiedad el huerto cerrado de los Cantares, á donde no llegan los vientos de la vanidad, ni los aires infectos y corrompidos del siglo, y el paraíso de las delicias que un querubín con espada en mano ha tomado á su custodia, para negar la entrada á cualquier afección terrena que quiera penetrar allí; es la morada del Espíritu Santo, en donde este espíritu de amor descansa como en su trono; y en fin, una alma adornada con la estola ó vestidura nupcial de la gracia es una esposa amable, que se une al Cordero con fuertes lazos de casto amor, y con quien la sabiduría encarnada ha protestado mil veces que tiene sus delicias y complacencias. Pero lo mismo es hacerse prevaricador, lo mismo es perder la rectitud del espíritu, lo mismo es dejarse arrastrar del vil consentimiento al pecado, que perder al punto todos los bienes con que estaba enriquecida, toda la belleza que la hermoseaba, toda la luz que la esclarecía, y quedar reducida á una constitución funesta y á un estado de miseria. A las riquezas sucede una pobreza extremada, á la hermosura una fealdad horrorosa, á las luces miradas del esposo, sinó que la abandona con desprecio, la arroja de casa como una despreciada Agar, y en esta separación ó divorcio espiritualmente entendido consiste su infelicidad y su desdicha. ¡Ojalá que el hombre conociese los grandes males en que se precipita por seguir unos bienes frívolos, y las calamidades y desventuras á que le empuja el pecado! Pero esta es la fatal constitución del pecador que no conoce su miseria sobre ser tan miserable.

Tal es cualquiera pecador que cometió una culpa mortal. La Escritura santa, que no tiene pasaje que no sea para nuestra instrucción, nos representa al hombre caído en la culpa, ya bajo la parábola del Pródigo reducido á vivir con los más viles animales; ya bajo la figura del Ciego de nacimiento, para pintarnos el horror y profundidad de sus tinieblas; ya bajo la imagen del Espíritu sordo y mudo, que no escucha la voz de Dios ni sabe despegar sus labios para alabarle. Es una rama cortada de su tronco, un arroyo distante de su fuente, un hijo desheredado del rico patrimonio de su casa, y un miembro separado de su cuerpo que no exhala sinó gusanos, hedor y podredumbre. Pues, hermanos míos, si cualquier infeliz que ha caído por fragilidad ó por miseria en un pecado mortal ha incurrido en tantas

desgracias; ¿qué podremos decir de aquel que, no solo ha cometido una culpa, sinó que ha multiplicado sus delitos sobre las arenas del mar, añadiendo maldades sobre maldades, unos pecados sobre otros, y está poseído de un hábito de vicio y execración con una costumbre inveterada que le tiene atado de pies y manos? ¿A quien compararemos este infeliz? Yo no hallo imagen tan propia como el Paralítico de la piscina que refiere san Juan. Treinta y ocho años contaba este miserable en su enfermedad sin haberse jamás lavado con las aguas de la fuente saludable: postrado en su carretón, destituido de medios, cansado de padecer, jamás hubiese logrado la salud aunque el ángel diese movimiento á las aguas, si el Salvador no le hubiera mirado con ojos de compasión y piedad. Este enfermo envejecido en su dolencia es el más vivo retrato del pecador de costumbre, que os voy á pintar en este rato para que conozcáis todo su horror. No es posible en breve tiempo manifestar los fatales efectos del hábito vicioso, y por lo mismo refozco una materia tan vasta á un punto capital. A un hombre acostumbrado por repetición de actos á cometer culpas de la misma especie, es menester que Dios le llame con una gracia especial para que deje la pasión. Los pecadores de reincidencia podrán conocer por aquí el peligro en que se hallan; y los que no lo son, el que los amenaza; y á los unos y á los otros podrá aprovechar mi doctrina si Dios le da aquella unción y aquel espíritu que yo deseo para reforma de las costumbres. A. M.

4. Así como en la virtud hay ciertos escalones ó gradas que se han de subir infaliblemente para llegar á la cumbre de la perfección, hay también en el pecado un movimiento y un progreso de desorden que guía al total abandono de la ley, y va por sus pasos contados caminando al complemento y al lleno de la maldad. Ni el justo es perfecto por un acto de justicia, ni el pecador es vicioso por una operación desreglada: el justo multiplica las obras buenas por ser virtuoso, y el pecador para ser vicioso ha de caer repetidas veces en un mismo pecado. ¿Qué suerte más feliz que la del justo, que á fuerza de victorias superó la tiranía de la pasión y se hizo superior á sí mismo? ¿Qué suerte más deplorable que la del pecador, que á fuerza de caídas se rindió finalmente á la pasión que le domina, y se hizo esclavo de un vicio vergonzoso? Porque por más que la naturaleza corrompida en Adán haya transmitido á todos sus descendientes una raíz de iniquidad que nos inclina al pecado y al desorden; por más que nuestras pasiones sean como una carga pesada que nos oprime infelizmente y nos arrastra á la culpa; no dejamos de sentir en la primera caída

grandes remordimientos, suma vergüenza de nuestra flaqueza y una fuerte indignación contra nosotros mismos, al ver que hemos perdido tan vilmente la gracia y hemos dado en tierra con la justicia. Todas estas inquietudes, estas agitaciones, estas zozobras que son frutos del pecado, son también contraveneno contra el pecado mismo, motivos para aborrecerle y como espuelas para levantarnos; porque aún quedan reliquias de la inocencia pasada, y se apetece con ansia un estado en que se experimentaron la tranquilidad, la bonanza y la paz. Los sentimientos de una alma que se deslizó en una ofensa contra Dios, son tan crueles, que ella misma no se puede sufrir, y no es menester más para salir de la miseria en que está, que reflexionar los interiores combates que la afligen y los torcedores ocultos que la despedazan.

Pero sucede, que cae segunda y tercera vez en el mismo delito; ya pieste mucho de su horror el pecado, y si causa confusión, es mucho menos que antes: siguen las recaídas con frecuencia, se repiten las culpas en la misma especie, se engendra facilidad en pecar, se familiariza con el pecado, pasa éste á ser costumbre viciosa, y ved aquí la más funesta situación de un pecador. ¿Qué queda en este hombre que nos dé esperanzas de su conversión? Porque si bien el primer pecado que priva de la gracia le deja sin vida y sin movimiento á los ojos de Dios, con todo eso, aún se puede decir que le queda alguna semilla de vitalidad espiritual, algunas impresiones del Espíritu Santo y alguna facilidad para recobrar la gracia perdida. Aún no está apagada del todo la fe, aún no están borradas del todo las disposiciones para la virtud, ni está del todo obstinado en orden á las eternas verdades. Se puede decir que es un cadáver que há poco tiempo que espiró y conserva todavía no sé que señales de calor, que parece nacen de algunas reliquias de vida; pero, á proporción que el alma persevera muerta y permanece en la culpa, se altera patentemente la organización, se corrompe del todo y no exhala sino hedor y fetidez. En este infeliz estado se padece un total embotamiento en los sentidos: no hay gusto para las cosas del espíritu, está cebado en los placeres de la carne; los ojos no se levantan al cielo, están fijos é inclinados en la tierra, y los oídos cerrados á las saludables amonestaciones y á las inspiraciones divinas; no hay piés para caminar las sendas de la piedad y virtud, ni manos para las obras buenas, ni boca para recibir con fruto el cuerpo de Jesucristo: el corazón está sin movimiento, el alma sin vida, el espíritu enflaquecido, el entendimiento torpe, la voluntad dura, las fuerzas débiles, y tan débiles que apenas quedan algunas.

¿Qué resta en este hombre que nos dé esperanzas de conversión?

Este es un paralítico tan postrado, que un ángel bajado del cielo no es bastante para curarle. Por más que los ministros del santuario trabajen, se esfuercen, den gritos y clamen con la trompeta de Joel, á todo se hace el sordo, todo es en vano: el objeto del vicio se lleva la atención y es el ídolo del alma. Por más que los juicios de Dios se pinten con los más vivos colores, no hacen impresión alguna; se apartan los ojos del cuadro que contrasta, y se inclinan al lienzo que deleita. La profundidad de los abismos infernales, que son la herencia de los pecadores habituales é incorregibles, suele morder y herir algún tanto en el amor propio; pero se echa desde luego un velo á estos pensamientos melancólicos; y apretado el hombre por la fe, ó por decirlo mejor, endurecido por la culpa, más quiere caer en una eterna desdicha que privarse de la pasión que le domina. El reino de los cielos que se nos promete en la celestial Jerusalem, en donde los escogidos han de celebrar sus bodas con el Cordero, se mira como un reino imaginario y fantástico, y se elige de buena gana un paraíso sensual en que se satisfagan los apetitos más sádicos, aunque se pierda aquel riquísimo mayorazgo, que hará felices á los que le posean. Nada mueve el corazón sino el deleite presente: ni lo más dulce de las promesas, ni lo más amargo de las amenazas le hace mudar el sistema de su horror; y habituado al vicio y al desorden, es un diamante que no cede á los golpes del martillo. Cuando el sol se retira de nuestro hemisferio, aún quedan en el aire ciertas ráfagas de luz que forman como un día imperfecto, y según se va retirando, más se vá llegando la noche: del mismo modo, según vá el pecado degenerando en costumbre, se van retirando las influencias del Espíritu Santo, que es principio y raíz de toda luz, crecen y se aumentan las tinieblas en el espíritu, y llega por último una profunda noche y una absoluta ceguedad.

¿Qué queda en este hombre que nos dé esperanzas de conversión? Una naturaleza habituada al pecado, un corazón estragado por la culpa repetida; ¿qué fruto ha de producir que sea digno de vida eterna? Aún teniendo el hombre la gracia de la justificación y el corazón dirigido hácia Dios, no deja de sentir mil estorbos para lo bueno: los objetos halagan, las ocasiones incitan, las conversaciones mueven, la concupiscencia interior que nunca se extingue ni se apaga, da también sus chispas y sus ardores: hay una guerra abierta entre la carne y el espíritu y un combate continuo entre el cuerpo y el alma; de modo, que nos vemos precisados á decir con el Apóstol, que no hacemos el bien que queremos, sino que el mismo mal que aborrecemos nos arrastra casi á despecho nuestro. Tal es el peso de corrup-

cion y este cuerpo de muerte que llevamos á cuestras. Los mismos justos y aún los mayores santos, no están libres de esta carga; mil repugnancias, mil contradicciones les detienen el vuelo de la virtud y la elevacion del espíritu; pues, si esto sucede en el leño verde, en el seco ¿qué será? Un corazón de carne que no tiene freno en sus deseos, que no sabe que cosa es mortificacion, dolor, ni penitencia; que jamás ha tenido ánimo de negarse á ninguno de sus apetitos por criminales ó inominados que hayan sido, antes bien se ha derramado con libertad desbocada por las sendas de todos sus gustos, y ha venido á hacerse el pecado familiar y doméstico; este tal ¿tendrá mucha disposicion en su alma para salir del atolladero á que le ha empujado su viciosa costumbre? ¡Ah! ¿Qué ha de tener? Lo que tiene son unas fuertes cadenas y unos recios cordeles con que le han aprisionado sus mismas iniquidades. Hecho esclavo de la pasion que le tiranía, se halla atado de pies y manos, sin accion ni movimiento para lo bueno; atado por la costumbre, que ha venido á ser como invencible; atado por las pasiones, que cada día se hacen más indomables; atado por los atractivos y dulzura del vicio, que se gusta con frecuencia; atado por una muchedumbre de delitos, que son como una pesada carga que le oprime; atado en el espíritu por los objetos criminales que le ocupan; atado en el corazón por las afecciones carnales de que está lleno; atado en los sentidos por una general sensualidad que los inoficia; atado en el cuerpo por la inclinacion que le arrastra al mal; y atado en el alma por el disgusto y el tedio que concibe para el bien.

Y si á alguno le parece que estas son más exageraciones que realidades, ponga la mano en su pecho, examine su interior, y verá como pasa á la letra cuanto acabo de decir, y que la pintura es natural y sencilla. Si estás dominado de alguna fuerte pasion y has caído en un pecado repetidas veces; es fuerza que confieses este progreso de maldad á que te ha arrastrado la costumbre. En los principios resistias á las tentaciones, concebias horror á la culpa, temias perder la gracia y amistad del Señor, temblabas de sus juicios, y tus primeras caidas te hacian derramar quizás muchas lágrimas de compuncion y dolor; pero te has engolfado en el vicio, te has ido familiarizando con el pecado, te has hecho esclavo de la costumbre, y te ves en un estado de lástima que á tí mismo te causa horror y confusion. Hoy propones la enmienda, y vuelves á lo mismo mañana; das palabras al confesor, y solo duran mientras las das; dentro de pocas horas se quebrantan los propósitos y resoluciones; si te difieren la absolucion por algunos dias, te contienen tal vez como por fuerza; pero, en sacando

la cédula del sacerdote se acabó la vergüenza, vuelves al vómito y no haces más que multiplicar sacrilegios, engañar á Dios y á sus ministros, y arraigarte más en la costumbre maldita. En otro tiempo hacias alguna resistencia, y eso natural feliz, ayudado de la gracia, triunfaba de ordinario de los halagos del vicio; pero ahora tienes muy postradas las fuerzas, muy debilitado el ánimo, muy horda y profunda la herida y muy pujante la tiranía y despotismo de la pasion. Eres como un enfermo muy agravado, á quien la vehemencia de la fiebre ha puesto en estado de delirio. En las primeras accesiones de la calentura sentias los dolores de la enfermedad, los vahidos, y turbacion de la cabeza, la debilidad del estómago, la falta de las fuerzas y del calor, y conociendo su dolencia clamaba por la salud; pero caído en el letargo, nada siente, desprecia y arroja de sí los medicamentos y socorros del arte, es un tronco y un cadáver animado, que tal vez despierta de la nodorra cuando despierta en la eternidad. Así es todo pecador de costumbre. Está como fuera de sí por la vehemencia de la pasion que es una fiebre maligna; un mortal sopor se ha apoderado del corazón causándole un funesto adormecimiento; y como quiera que los primeros deslices le ocasionasen agitacion y remordimiento de espíritu, y clamase por la salud de su alma; pero ya al presente se ha hecho insensible á los golpes más vivos, y cuando sueña despertar de este letargo es cuando se ve delante del supremo juez que le ha de sentenciar según sus obras.

2. ¿Qué estado puede haber más funesto para una alma? ¿Y qué dice este hombre de lo peligroso de su estado? ¡Ah! hermanos, nada piensa, duerme sobre su desgracia. Os parecerá otro Jonás, que en medio del peligro de ser sumergido en las olas no quiere ver el riesgo que le amenaza, y para quitarse el conocimiento se entrega al más pesado sueño: *Deponit se super gravem*. No es porque Dios no le hable al corazón, que por su gran misericordia siempre le está dando voces, sino porque él cierra voluntariamente los ojos á la claridad y resplandor del rayo soberano, semejante á la lechuzca que á la luz del mediodía padece mayores tinieblas; porque la debilidad de sus ojos no puede sufrir la viveza é iluminacion del sol. ¡Ah Dios mio! ¡Delenel! devenad vuestro brazo vengador; ántes la muerte más cruel que una ofensa reiterada; añadid penas á penas, tribulaciones sobre tribulaciones; pero no permitais que añadamos nosotros pecados á pecados. Estos sentimientos deben ser los de todo cristiano: ¿y son éstos los vuestros, amados míos? ¡Ah! Lejos de mirar el vicio como la mayor plaga de la cólera del cielo, os le habeis hecho doméstico y familiar como la cosa más amable á vuestro corazón, y de aquí

nace la repugnancia en dejarle; porque según la máxima del Espíritu Santo, el etíope podrá mudar sus colores y el leopardo sus variedades, pero no podrán hacer bien los hábitos á obrar mal. Tan árdua es la mejora de vida en los pecadores reincidentes y viciosos. No digo yo que sea absolutamente imposible su conversión; pero si me afirmo en que es necesaria una especial gracia de Dios, una gracia triunfadora que venza las grandes dificultades que hay en tales penitencias; es necesaria una luz clarísima del verdadero sol, que ilumine y esclarezca los senos oscuros, las profundas tinieblas del alma; es necesario un fuego celestial vivo y penetrante, que deshaga el hielo y la dureza de estas voluntades empedernidas. Si el pecador de que hablo no fuera más que un copo de nieve, cualquier calorillo fuera bastante para derretirle; mas como tiene la dureza del cristal, ¿cuán difícil es ablandarle!

Apelo á la experiencia diaria que no nos deja dudar de una verdad, fúesla, sí, pero constante. Si corremos estados y condiciones, hallaremos implicados á muchos en mil pecados de diversas especies, que si empezaron á cometerlos algunos años há, lejos de haberse corregido, no han hecho más que añadir estultones á la cadena de la costumbre, y engolfarse cada día más en las olas de la pasión, durmiendo sin embargo muy descuidados sobre el peligro: *Dormiebat sopore gravi*. El primer lugar le ocupan los lujuriosos, vicio el más ignominioso, pero el más frecuente de todos, de cuya infección está apesada la tierra; ¿á cuántos dominados de esta furia habéis visto convertirse de veras, ni dejar de corazón el cieno de este pecado? Empiezan tal vez desde niños á ceharse en la impureza: las compañías malas excitan la curiosidad; el ardor de la sangre aviva el ardor; y las conversaciones libres rompen los diques al pudor y á la vergüenza; y la juventud es fuego que todo lo abrasa, en todo pica y en todo halla sabor; se pasan algunos años en deshonestidad, y cuando se piensa en dejarla, porque al fin la conciencia punza, el infierno amenaza y el sepulcro se acerca, entónces entran los embrazos, y la facilidad y costumbre en el pecado es el más fuerte de todos. Si se hacen algunos esfuerzos para levantarse, son lánguidos é inconstantes; luego se repite la culpa, á la primera tentación se da en tierra con el propósito, y toda la vida no es más que un tejido de caídas y confesiones, de confesiones y caídas, y al fin se duerme sobre el peligro: *Dormiebat sopore gravi*. Con la impureza secreta de cada uno tiene estrechísimo parentesco la que dice complicidad con tercera persona y reina en las amistades que llamamos de galantes; aquellas correspondencias estrechas que vemos conservarse largos tiem-

pos con escándalo de cuantos lo saben y con menoscabo de la propia conciencia. ¿Cuántas resoluciones habrás hecho de separarte de aquella persona que es la ruina de tu alma, y todas han sido inútiles! La frecuencia de las visitas, la intimidad del trato, la llaneza, el cariño y el regalo son fuertes baterías del corazón humano, le ablandan poderosamente como se ablanda la cera próxima del fuego; y así como un río caudaloso no puede detener la corriente ni variar fácilmente el curso de sus aguas, así también el amor arrebatado que se engendra del comercio y la costumbre, no deja la prosecución del objeto, desprecia avisos, inspiraciones y golpes y se duerme sobre el peligro: *Dormiebat sopore gravi*.

Lo mismo pasa con los demás pecados de costumbre. Los jugadores de profesión, cuán tiranizados se ven de este enemigo del juego! Los vereis atropellarlo todo, faltar á las principales y más sagradas obligaciones, acabar la hacienda, vivir de tranpas y enredos: el labrador abandona sus campos, el artesano sus faenas, el estudiante sus libros, y se sigue un horroroso trastorno en la sociedad por causas del juego que induce gravísimos daños. Estos inconvenientes no se ignoran; pero se echan á la espalda y se sigue con el sistema empedado durmiendo sobre el peligro: *Dormiebat sopore gravi*. Los glotonos y golosos caen en iguales atoladeros: como no tienen más Dios que su vientre, á éste sirven con ardor; no se contentan con lo necesario; la gata está en las superfluidades y destemplanzas: no se los oye hablar sino de espléndidos banquetes y comilonas: un ayuno para ellos es el suplicio más cruel, ¿qué mortificación, qué cruz ni qué penitencia puede haber en estos hombres? Y si dan en embriagueces y borracheras, como regularmente dan, ¿quién les curará esta enfermedad hedionda? La vejez que suele ser la edad de los desenganos, no resiste á los excesos del vino; antes vemos con dolor este vicio más arraigado en las ranas de la edad, con mengua del respeto debido á los años. Estos, sí, que podemos decir que duermen sobre el peligro: *Dormiebat sopore gravi*. Los murmuradores y maldicientes no se quedan atrás en los vapores del vicio y de la costumbre: lenguas de víboras, veneno de áspides insanable; acostumbrados á la crítica y censura más rígida y más injusta, no hay acción en el prójimo que no calumnien; diestros en despedazar la fama y el honor de sus hermanos, no perdonan á doncella ni á casada, á súbdito ni á prelado, á seglar ni á eclesiástico, á lego ni á sacerdote, cuya conducta no manchen con la negra tinta de sus torcidas interpretaciones y satíricos discursos. Si se confiesan, no harán de esto el menor escrúpulo, porque la misma relajación los hace dormir tranqui-

los; *Dormiebat sopore gravi*. ¿Qué diré de la avaricia, de aquella sed insaciable de amontonar, gigante entre las pasiones? Tampoco se deja con el tiempo; antes el tiempo la fortalece, y hay infinitos ricos semejantes al del Evangelio, que de buena gana eligen caminar al infierno antes que dar un jarro de agua ni un pedazo de pan á tantos Lázaros mendigos como llegan á sus puertas. Si la hacienda la han juntado con fraudes, con usuras, é injusticias, no hay por eso valor para obligarlos á restituir ni á desprenderse de lo que no es suyo: están ya con el alma en los labios y con el corazón en los tesoros. ¡Infelices! Y qué pasión tan tirana! Los confesores más celosos nada adelantan con tales hombres; han tenido el dinero por ídolo, toda la vida y le tienen también en la muerte dardiendo sobre el peligro: *Dormiebat sopore gravi*. En una palabra ya ha llegado el pecado á habitarse en el alma y estar de asiento en el corazón; ya no hay fuerzas para destronarle. Es un tirano despótico y violento que todo lo avasalla, y solo una gracia poderosísima es capaz de sujetarle. El hombre lascivo en la juventud también lo es en la vejez; la mujer vana en la primavera de sus días floridos del mismo modo sigue en el invierno de su deshojada ancianidad; el iracundo y furioso llevará siempre consigo el furor y la iracundia; y si es cierto que se muere como se vive, ¿cuál será la muerte de los que han vivido esclavos de sus pasiones, sino una muerte infeliz y un término desgraciado? Veán ahora los pecadores de reincidencia y de costumbre envejecida el peligro en que se hallan; y pues que no les queda otro recurso que pedir á Dios su auxilio poderoso para vencerse á sí mismos y salir de tan lastimoso estado, deben clamar continuamente al Señor y decirle de todas veras: ¡Oh Dios mío, padre de las misericordias! en vuestra mano tenéis los corazones de los hombres: poco importa que yo me halle lleno de culpas y de pecados; á vuestra voluntad omnipotente nada se resiste: obrad pues en mí alma una mudanza tan nueva que pueda decirse que es mudanza propia de la diestra del Excelso. De mi parte os prometo seguir vuestras inspiraciones, dar de míno á mi mala vida, dedicaros me á vuestro servicio, aprovecharme de vuestra gracia, que es el único medio para veros y gozaros en la eternidad de la gloria.

REINCIDENCIA EN EL PECADO.

II.

Et sunt novissima hominis illius pejora prioribus.

Y el postrer estado de aquel hombre viene á ser más lastimoso que el primero.

(MARTH. XII, 45.)

¡Qué terrible pintura de la recaída nos presenta el Evangelio, hermanos míos! de aquel pecado tan comun, que ya no asusta las conciencias, y con el que ya está familiarizado casi todo el mundo, pues parece se ha hecho el comun estado de los cristianos! No podemos idear cosa más horrible que la suerte de un hombre poseído del demonio, entregado al furor y á la discrecion de este enemigo del género humano, aunque propiamente hablando, no es más que el infeliz instrumento de su malicia y de su corrupción; pero si se ha de creer á nuestro divino Maestro, es mucho más deplorable el estado de una alma infiel, que después de haber salido de sus primeros desórdenes, después de haber gustado el don celestial, se deja arrastrar de nuevo á los caminos del pecado de donde habia salido, y se vuelve á su vómito. Esta alma no está poseída de un solo demonio, sino que está entregada á otros siete demonios peores que el primero, que se apoderan de ella, y la miran como conquista suya; hacen de ella su morada, y se establecen allí para no volver á salir: *Et intrantes habitant ibi* (MARTH. XI, 45).

Esta última circunstancia es la que nos debe hacer temblar, amados oyentes míos, y la que obliga á decir á nuestro divino Salvador, que el último estado de este hombre es peor que el primero: *Fiant novissima hominis illius pejora prioribus*. Porque nos dá á entender, que la recaída en el pecado es como una señal y un pronóstico de nuestra reprobacion; y que muy rara vez nos volvemos á Dios, cuando después de haberle dejado nos hemos vuelto otra vez á la criatura.

Y si me preguntais, ¿qué es lo que se halla en la recaída que sea

los; *Dormiebat sopore gravi*. ¿Qué diré de la avaricia, de aquella sed insaciable de amontonar, gigante entre las pasiones? Tampoco se deja con el tiempo; antes el tiempo la fortalece, y hay infinitos ricos semejantes al del Evangelio, que de buena gana eligen caminar al infierno antes que dar un jarro de agua ni un pedazo de pan á tantos Lázaros mendigos como llegan á sus puertas. Si la hacienda la han juntado con fraudes, con usuras, é injusticias, no hay por eso valor para obligarlos á restituir ni á desprenderse de lo que no es suyo: están ya con el alma en los labios y con el corazón en los tesoros. ¡Infelices! Y qué pasión tan tirana! Los confesores más celosos nada adelantan con tales hombres; han tenido el dinero por ídolo, toda la vida y le tienen también en la muerte dardiendo sobre el peligro: *Dormiebat sopore gravi*. En una palabra ya ha llegado el pecado á habitarse en el alma y estar de asiento en el corazón; ya no hay fuerzas para destronarle. Es un tirano despótico y violento que todo lo avasalla, y solo una gracia poderosísima es capaz de sujetarle. El hombre lascivo en la juventud también lo es en la vejez; la mujer vana en la primavera de sus días floridos del mismo modo sigue en el invierno de su deshojada ancianidad; el iracundo y furioso llevará siempre consigo el furor y la iracundia; y si es cierto que se muere como se vive, ¿cuál será la muerte de los que han vivido esclavos de sus pasiones, sino una muerte infeliz y un término desgraciado? Veán ahora los pecadores de reincidencia y de costumbre envejecida el peligro en que se hallan; y pues que no les queda otro recurso que pedir á Dios su auxilio poderoso para vencerse á sí mismos y salir de tan lastimoso estado, deben clamar continuamente al Señor y decirle de todas veras: ¡Oh Dios mío, padre de las misericordias! en vuestra mano tenéis los corazones de los hombres: poco importa que yo me halle lleno de culpas y de pecados; á vuestra voluntad omnipotente nada se resiste: obrad pues en mí alma una mudanza tan nueva que pueda decirse que es mudanza propia de la diestra del Excelso. De mi parte os prometo seguir vuestras inspiraciones, dar de mano á mi mala vida, dedicaros me á vuestro servicio, aprovecharme de vuestra gracia, que es el único medio para veros y gozaros en la eternidad de la gloria.

REINCIDENCIA EN EL PECADO.

II.

Et sunt novissima hominis illius pejora prioribus.

Y el postrer estado de aquel hombre viene á ser más lastimoso que el primero.

(MARTH. XII, 45.)

¡Qué terrible pintura de la recaída nos presenta el Evangelio, hermanos míos! de aquel pecado tan comun, que ya no asusta las conciencias, y con el que ya está familiarizado casi todo el mundo, pues parece se ha hecho el comun estado de los cristianos! No podemos idear cosa más horrible que la suerte de un hombre poseído del demonio, entregado al furor y á la discrecion de este enemigo del género humano, aunque propiamente hablando, no es más que el infeliz instrumento de su malicia y de su corrupción; pero si se ha de creer á nuestro divino Maestro, es mucho más deplorable el estado de una alma infiel, que después de haber salido de sus primeros desórdenes, después de haber gustado el don celestial, se deja arrastrar de nuevo á los caminos del pecado de donde habia salido, y se vuelve á su vómito. Esta alma no está poseída de un solo demonio, sino que está entregada á otros siete demonios peores que el primero, que se apoderan de ella, y la miran como conquista suya; hacen de ella su morada, y se establecen allí para no volver á salir: *Et intrantes habitant ibi* (MARTH. XI, 45).

Esta última circunstancia es la que nos debe hacer temblar, amados oyentes míos, y la que obliga á decir á nuestro divino Salvador, que el último estado de este hombre es peor que el primero: *Fiant novissima hominis illius pejora prioribus*. Porque nos dá á entender, que la recaída en el pecado es como una señal y un pronóstico de nuestra reprobacion; y que muy rara vez nos volvemos á Dios, cuando después de haberle dejado nos hemos vuelto otra vez á la criatura.

Y si me preguntais, ¿qué es lo que se halla en la recaída que sea

tan horrible, y por qué es tan difícil levantarse después de haber recaído? Os contestaré: porque es uno de aquellos vicios que no tienen excusa, y del que todo debe temerse. Primeramente, no tiene excusa un pecador que recayó, porque su pecado no es inadvertencia, fragilidad, ni ignorancia, sino la más odiosa ingratitud, la más infame perfidia y el más declarado desprecio. En segundo lugar, todo debe temerse del pecado de recaída, porque comunmente guía á la impenitencia y á un estado fijo y tranquilo de pecado. Espero demostrarlo después de haber pedido los auxilios de la gracia. A. M.

4. Así como el agradecimiento es la obligación más esencial de la criatura para con el Criador, y el respeto de que se muestra más celoso el soberano bienhechor de los hombres; la ingratitud es el vicio más injusto y del que comunmente se muestra más ofendida su bondad. Pues, amados oyentes míos, si después de haberos levantado por la gracia de los sacramentos volvéis á caer y á vivir en vuestros antiguos desórdenes, no solamente sois ingratos, sino que vuestra ingratitud está acompañada de las más abominables circunstancias. Ellas notando conmigo. Primeramente, cuanto mayor es el beneficio, tanto es más abominable la ingratitud con que se olvida. Ahora bien, amados oyentes míos; ¿qué beneficio más señalado que el de vuestra libertad, la que recibisteis cuando movidos del horror de vuestros delitos vinisteis á descubrirlos al pie de los altares, y á prometer á Dios una vida más retirada? Eráis hijos de ira y mostráos de iniquidad: estabais cargados de mil anatemas que debían haceros eternamente enemigos de Dios; no tenais parte en la esperanza de los cristianos; ya estabais juzgados, y vuestra condenacion era indefectible. ¿Podia ser más terrible vuestra desgracia? Pues opond á esta deplorable situacion el estado en que os colocó la gracia de los sacramentos: os hizo hijos de Dios, herederos del cielo y de las futuras promesas, y miembros del mismo Jesucristo; vuestra alma hermo-seada con la justicia se hizo morada del Espíritu Santo; recibisteis la caridad, aquel don que durará eternamente, más precioso que todas las grandezas de la tierra, con cuya posesion gozáis de todos los demás bienes, sin el que nada seriais, aún cuando fuerais monarcas. ¿Qué se puede añadir á la magnificencia de este beneficio? ¿Puede pagarse dignamente, aún cuando se emplee toda la vida en agradecimientos? Pero vosotros, amados oyentes míos, apenas poneis un corto intervalo de tiempo entre el beneficio y la ingratitud. Acordaos, en segundo lugar, del modo con que se os concedió. ¿En qué peligro estabais, alma infiel, cuando Dios movió tu corazón? ¿Ah! bien

lo sabéis; te hallabas en lo profundo del abismo y de la disolucion, dispuesta á caer en el último grado de insensibilidad, de donde es imposible salir, y acaso hubieras perecido sin remedio, si te hubieras negado su gracia en aquellas circunstancias. ¿Qué tiempo escogió para concedértela? Ah! acaso las mismas circunstancias del delito fueron ocasion de algunas vivas reflexiones acerca de la infamia y breve duracion del placer que acababas de preferir á tu Dios, y en aquel fatal momento en que debiera haber arrojado sobre ti todos sus rayos, derramó sobre tu alma un rocío de gracia. ¿Puede haber cosa que más mueva que el beneficio de un enemigo en el mismo tiempo en que se le está ultrajando?

En tercer lugar: no hablo del gran número de delitos que os ha perdonado el Señor: ¿con qué conciencia vinisteis al sagrado tribunal de la penitencia? Allí visteis horrorizarse al ministro de Jesucristo, y aún no podiais sufrir su presencia sin temblar á sus pies, llenos de confusion y de espanto. ¿Cuanto tiempo habia que estabais señalados todos vuestros dias y todos vuestros instantes con las más vergonzosas caidas? Con todo eso, el Señor no quiso entrar en cuentas con vosotros. Mil años, dice el profeta, no son á su vista más que un dia, y la infinidad de pecados de que eráis culpables, no han sido en su presencia más que como un solo pecado, que inmediatamente os perdonó. Desde entónces miró todas vuestras culpas como si nunca las hubierais cometido; su bondad las borró del libro de la muerte donde estaban escritas con caracteres inmortales. Cuanto más se olvidó el Señor de las ofensas, más debiais vosotros conservar la memoria de su bondad, y evitar otras nuevas; y si después de esto volvéis á pecar, vuestra ingratitud es la más abominable.

A la ingratitud añade el pecador la perfidia; quebranta la fé que prometió á un Dios terrible en el lugar santo, á vista de los altares, y de la que fueron testigos todos los celestiales espíritus; quebranta una alianza sellada con lo más sagrado y augusta de la religion, confirmada con la sangre del Cordero, y con las más irrevocables solemnidades; hace traicion á unas promesas juradas en manos del ministro de la reconciliacion, que las habia recibido en nombre de Jesucristo.

Sin duda, amados oyentes míos, que os habeis horrorizado siempre que os han hablado de la perfidia del discípulo que entregó al Salvador; nunca habeis oido el nombre de este monstruo sin horrorizaros; pero aún me parece más infame vuestra recaída: después de los gemidos de la penitencia; porque, á lo ménos, no se lee que Judas hiciese á Jesucristo grandes protestas de fidelidad: de casi todos los

demás discípulos las refiere el Evangelio. Solamente Judas no habla en parte alguna; y á lo ménos, con aquel afectado silencio y con aquella indiferencia nos dispone, como anticipadamente, á su perfidia. Pero vosotros, amados oyentes míos, como si pretendierais entretener á Jesucristo con las más fervorosas exterioridades de fidelidad, le habeis llamado vuestro querido, como la esposa; vuestro libertador, como la hija de Sion; vuestra porcion, vuestra herencia, el Dios de vuestro corazón, como el penitente rey; y con todo eso estos afectos no eran más que preludios de vuestra perfidia. ¡Oh alma infiel! qué vil y qué despreciable te has hecho á su vista, después que has vuelto á tus antiguos caminos!

A la ingratitud y á la perfidia añades también el desprecio. Si vuelvo á edificar lo que habia destruido, dice S. Pablo, me declaro provaricador (Gálat. ii, 18); esto es, transgredir declarado de la ley. ¿Es posible que os hayais de volver á Satanás después de haber gustado y examinado las utilidades que se hallan en el servicio de Jesucristo? ¿después de haber comparado la dulzura y la gloria de su yugo, con la vergüenza y servidumbre del pecado? La comparacion manifiesta la ventaja de uno de los dos extremos que se comparan; comparais el cielo con la tierra, la iniquidad con la justicia, los deleites de los sentidos con los de la gracia, á Jesucristo con Belial, y no obstante, os declarais á favor de este último, y afirmáis que es mayor, más amable y más digno de ser servido que vuestro Dios. ¡Oh Señor! ¡qué ultraje de vuestra gloria, siendo vos, Señor, un Dios á quien ofende toda division, y á quien insulta el igualarlo á las criaturas, aún en el amor y en el respeto! Vos rompisteis mis lazos, ya no me verán más apretar sus funestos nudos. Vos me habeis sacado de las puertas del infierno, no volveré más á bajar allí, temiendo que mi último estado sea peor que el primero. Y á la verdad, hermanos míos, la recaída no solamente es un vicio que no admite excusa, sino que también es un vicio del que no hay mal que no deba temer el pecador, por causa de la impenitencia á que tarde ó temprano le reduce.

2. No hay cosa más cierta, que el que las recaídas vienen por último á parar en un estado fijo y tranquilo de culpa; y no dudareis de esta importante verdad, si queréis hacer conmigo tres reflexiones que claramente la demuestran. La primera, que los medios de salud eterna, que por lo común obran la conversion de otros pecadores, son inútiles para el que recae. La segunda, que aún dado caso que pueda valerse de ellos, Dios se cansa de concedérselos. La tercera, que aún cuando la bondad de Dios no se cansara, la malicia particu-

lar del pecado de recaída, junta con la natural disposicion del corazón humano, ha de conducir necesariamente al pecador á la obstinacion.

En primer lugar: los medios ordinarios de que Dios se vale para convertir á un pecador son las nueve luces con que le favorece; con éstas, como un rayo repentino que sale del seno del mismo Dios, se halla el alma ilustrada acerca de sus obligaciones, de su infidelidad, de la vanidad de las cosas de la tierra y de la realidad de los bienes futuros; entónces, atemorizado el pecador, se indigna contra la torpeza de sus pasados errores, y sigue la verdad que se le presenta. Pero vosotros, amados oyentes míos, vosotros que habeis sido movidos de Dios, si volveis á vuestros primeros caminos, os será inútil en adelante este medio de eterna salud. Porque os pregunto; ¿qué podrán descubrirnos de nuevo la voz de Dios y las verdades de la fe? Habeis visto claramente las santas máximas, las ilusiones del mundo, las verdades terribles de lo porvenir; estas ya no son para vosotros luces nuevas, ó á lo ménos han perdido para vosotros aquel terror y aquel efecto de la novedad, que es tan feliz para otros pecadores: luego ya no os podrán asustar, atemorizar, ni derribar.

El segundo medio de salvacion para los demás pecadores es el gusto de la gracia. Este es un nuevo consuelo que acompaña los principios de la justificacion, y un divino atractivo que lleva tras de sí al corazón. Pero tú, alma infiel, que has experimentado estas santas impresiones, que has dicho al Señor como aquel apóstol: Aquí estamos bien con vos, ¿qué gusto podrá ofrecerte una nueva y santa vida, que ya no le hayas experimentado? Una sola obligacion de piedad cumplida con gusto, un solo deseo amoroso de salvacion triunfa las más veces de la dureza de un pecador; pero tú ¡ah! te has formado un corazón acostumbrado á sentir, á suspirar, á gemir, y después de este á recaer; tienes un alma tierna, que nació con algunos sentimientos de religion que todo lo mueve, pero nunca lo bastante; la obstinacion no será la que te condene, sino una sensibilidad de conciencia que te entretiene y no te corrige. ¡Ah! si supieras cuál es el peligro de tu estado, y lo poco que hay que esperar de tu eterna salud, temerarias. La sentencia de Jesucristo en este particular es terrible. Aquel, dice, que después de haber puesto la mano en el arado mira atrás, no es á propósito para el reino de Dios: *Non est aptus regno Dei* (Luc. ix, 62). No dice Jesucristo, éste pierde el derecho que tenía al reino de Dios, corre peligro de ser excluido de él para siempre, sino que no es á propósito: *Non est aptus*. Esto es, sus inclinaciones, su natural, la disposicion particular de su corazón le hacen inhábil para la eterna salud.

Dios se cansa de seguir los pasos de un pecador que continuamente está recayendo, y de alargarle tantas veces una mano favorable; aquella sensibilidad, que aún le queda á las verdades de eterna salud, se apagará; calmarán aquellos movimientos que no le dejan vivir tranquilo en la culpa; y no se le concederán más aquellas gracias que aún le mueven algunas veces. Ya he dicho otra vez, que no hay cosa que más aparte á Dios de una alma, que cuando el pecador se deleita en reparar continuamente la obra del demonio, y en edificar todos los días de nuevo lo que en él acababa de destruir la gracia. En los libros santos está escrito, que incorra en una maldición eterna aquel que quisiera levantar los muros de Jericó, que habia arruinado el Señor solamente con el ruido de las trompetas de los sacerdotes del Judá. ¡Ah! cuando la sonora palabra del Evangelio, figurada en las trompetas de Judá, puesta en la boca de los ministros santos, ha destruido en un corazón la delinente Jericó que habia edificado el demonio, se indigna la divina misericordia de que el ingrato pecador se atreva á levantarla sobre sus propias ruinas, y regularmente una maldición terrible es la pena de este atentado. Y á la verdad, ¿qué motivo podreis tener para quejáros cuando Dios usa con vosotros de esta justa severidad? ¿No es él el dueño de sus dones? Y por otra parte, ¿no os ha esperado bastante tiempo á penitencia? ¿De qué medios no se ha valido para fijar las eternas inconstancias de vuestro corazón? ¡Ah! ¿no es preciso que tenga también sus tiempos de justicia como de misericordia, y que despues de haber esperado tanto tiempo con bondad, para ver si el árbol cultivado y regado dá fruto, le maldiga finalmente, viendo, cuando vuelve á visitarle, que han sido inútiles todos sus cuidados?

Pero, aún cuando Dios no se retirara del pecador que recae, basta solamente la malicia de la recaída y el carácter del corazón humano para poner al alma en el estado de que hablo. A la verdad, sucede en las recaídas del alma lo que en las del cuerpo; ya os he dicho, y debeis saberlo, que por lo común acaban con una extinción absoluta é irrevocable de la vida; para la primera caída se hallan adivios en la fuerza de la edad y en el vigor del temperamento, y es fácil el repararse; pero si las caídas se repiten, el cuerpo se cansa, la salud se debilita, la naturaleza se arruina, y cualquier golpe casi es mortal. Del mismo modo en la vida cristiana, es fácil levantarse de la primera caída; la fe que aún no está apagada, los movimientos de la gracia que aún se sienten, la salud del alma que no está absolutamente arruinada, todo esto, puede facilitar la conversion del pecador; pero si volveis á caer, ¡ah! poco á poco se apagan las luces, se pier-

de la fuerza del alma, perecen los dones de la gracia, y finalmente recaéis tantas veces, que llegais á caer para nunca más levantaros, y queda como oprimida el alma bajo el peso de la última caída.

Recopilemos, ántes de concluir, amados oyentes míos, estas importantes verdades: el fruto que de ellas debemos sacar es este; estais de pié, cuidad de no caer, acordaos de que llevais en un vaso de tierra el tesoro de la gracia recibida; huid de las apariencias del mal; orad mucho; desconfiad de vosotros mismos; aprended en vuestras pasadas caídas los medios de evitarlas; y sacad bien del mal, á ejemplo del mismo Dios: cuando uno ha sido pecador, es tan fácil el volverse al vicio, y son tan resbaladizos los pasos, que nunca pueden ser excesivas las precauciones para evitar estas desgracias. Pero, si aún vivis en alternativa de gracia y de pecado, declaraos por último; ya habeis balanceado bastante tiempo entre el cielo y la tierra. Si Baal es Dios, adorad á él solo enhorabuena; pero si el Señor es el Dios verdadero, no adoreis á otro más que á él. ¿Para qué son esos esfuerzos que haceis para volveros á él, y esas flaquezas con que os apartais? ¿Para qué éssas continuas variaciones de culpa y de virtud en vuestro corazón? ¿Para qué esos deleites y esas lágrimas? Fijad bien en Dios todas las agitaciones de vuestra alma, para que fundada y radicada en la caridad, no seas ya un hombre temporal, y podais ir algun día á recoger en el cielo la corona de inmortalidad destinada á los que perseveran hasta el fin. Amen.

DIVISIONES SOBRE EL MISMO ASUNTO.

REINCIDENCIA.—Es un efecto de nuestra cobardía.

Es un efecto de nuestra ingratitud.

Es un efecto de nuestra corrupción.

REINCIDENCIA.—La facilidad con que recaemos debe inducirnos á dudar de la sinceridad de nuestra penitencia. ®

El poco cuidado que ponemos en evitar las reincidencias, debe convencernos que no detestamos bastante el pecado.

REINCIDENCIA.—Por ella el pecado se hace más enorme.

Por ella el perdón se hace más difícil.

Por ella la pasión se hace más fuerte.

PASAJES DE LA SAGRADA ESCRITURA SOBRE LAS REINCIDENCIAS.

Appone iniquitatem super iniquitatem eorum, et non intrent in justitiam tuam. Psalm. LXVIII, 28.

Impius, cum in profundum venerit peccatorum, contemnit. Prov. XVIII, 5.

Sicut canis, qui revertitur ad vomitum suum: sic imprudens, qui iterat stultitiam suam. Idem. XXVI, 11.

Homo qui jejunit in peccatis suis, et iterum eadem faciens, quid proficit humiliando se? Eccli. XXXIV, 31.

Quam vilis facta es nimis, iterans vias tuas! Jerem. II, 56.

Super tribus sceleribus Damasci, et super quatuor non convertam eum. Amos. I, 5.

Fiunt novissima hominis illius pejora prioribus. Luc. XI, 26.

Ecece sanus factus es; jam noli peccare, ne deterius tibi aliquid contingat. Joan. V, 14.

Qua secundum Deum tristitia est, penitentiam in salutem stabilem operatur. II Cor. VII, 10.

Si qua destruxi, iterum haec aedifico: praevaricatorem me constituo. Galat. II, 18.

Impossibile est eos, qui semel sunt illuminati, gustaverunt

Tú permitirás que añadan pecados á pecados, y no acierten con tu justicia.

De nada hace ya caso el impío cuando ha caído en el abismo de los pecados.

Como el perro que vuelve á lo que ha vomitado; así es el imprudente que repite ó recae en su necedad.

El hombre que ayuna por sus pecados, y de nuevo los comete, qué provecho saca de su mortificación?

¡Oh, y cómo te has envilecido hasta lo sumo volviendo á tus malos pasos!

Después de tres, cuatro y más maldades que ha cometido Damasco, ya no la convertiré.

El último estado de aquel hombre viene á ser peor que el primero.

Bien ves como has quedado curado; no peques pues en adelante, para que no te suceda alguna cosa peor.

La tristeza que es según Dios, produce una penitencia ó emienda constante para la salud.

Si yo vuelvo á edificar lo mismo que he destruido como inutil; me convengo á mí mismo de prevaricador.

Es moralmente imposible que aquellos que han sido una vez ilu-

etiam denum caeste... et prolapsi sunt: rursus renovari ad penitentiam. Hebr. VI, 4, 6.

Si refugientes coinquinationem mundi... his rursus impietati superantur: facta sunt eis posteriora deteriora prioribus. II Petr. II, 20.

mitados, que así mismo han gustado el don celestial de la Eucaristia... y que después de todo esto han caído; que sean renovados por la penitencia.

Si después de haberse apartado de las asquerosidades del mundo... enredados otra vez en ellos son vencidos; su postrera condición viene á ser peor que la primera.

FIGURAS DE LA SAGRADA ESCRITURA SOBRE EL MISMO ASUNTO.

Algunos Padres han observado que Adán, el primero de todos los pecadores, después de cometido el primer pecado, jamás volvió á coquinarse su alma con ningún pecado mortal. Los que, como él, han perdido su inocencia, deberían imitar tan buen modelo. Dice el sagrado texto, que *Sapientia eduxit illum à delicto suo* (SAP. X), sin que jamás reincidiera en él.

La reincidencia en el pecado lleva consigo castigos más terribles. De esto tenemos un ejemplo en Faraón, cuyos pecados posteriores fueron más ejemplarmente castigados que los primeros que cometió (Exon. VIII).

El demonio tiene con los pecadores la misma conducta que tuvo Faraón con los israelitas, á los cuales ya dejaba marchar al desierto para sacrificar á Dios, pero con la condición, que dejasen en Egipto sus ganados para obligarlos á volver y ponerse de nuevo bajo su esclavitud. Así el demonio no impide á los íntelictes pecadores el que se confiesen y cumplieren cuando urge el precepto; pero les hace conservar todos los afectos, costumbres y ocasiones del mundo, para que luego vuelvan, pecando, á caer bajo su esclavitud.

Pero lo que nos demuestra más claramente la infelicidad del pecador que renuncia en sus pecados es el ejemplo del desventurado Sansón, el cual después de haber probado otras veces sus fuerzas con las de sus enemigos y siguiendo en su pecado, Dios le abandonó, fué preso por ellos y tratado como un animal (Juec. XVI).

Así que Jesucristo hubo curado al paralítico de la piscina, no le encargó de guardarse de la humedad, de los aires nocivos, etc. para que no se repitiera su parálisis, sino que se guardara de volver á pecar, por temor de que experimentara un castigo más riguroso del

que hasta entonces habia sufrido: *Eecce sanus factus es: jam noli peccare, ne deterius tibi aliquid contingat* (JUAN. v). Lección importante para los reincidentes.

PARAJES Ó SENTENCIAS DE LOS SANTOS PADRES SOBRE EL MISMO ASUNTO.

Minor est culpa deliquisse ante, cum necdum nosset disciplinam Dei; nulla est venia ultra delinquere, postquam Deum nosse cepisti. S. Cyprian. de disc. et hab. Virg.

Ubi enondatio nulla, penitentia sine fructu. Tortull. lib. de Penitent. cap. 5.

Nullus quod peccatum esse confessus est, deinceps debet admittere, quia confessio peccati professio est desinendi. S. Hilar. in Psalm. 157.

Non est penitentia saepe petere veniam ab iis qui saepe peccamus. S. Clem. Alexand. Stromat. lib. 2.

Indulgentia ingratus est, qui post veniam peccat, et qui post curam seipsum vulnerat; nec mundari meretur, qui seipsum post gratiam sordidat. S. Chrysost. Hom. 2 de laps. prim. par.

Si á Domino illuminati, et á prima delictorum miseria erepti, rursus ad eandem malignitatem revertimur, gravior puniatio nos profecto expectabit. Item. Hom. 44 in Matth.

Nihil prodest remissio peccatorum, qui scelerate vivere pergit. S. Basil. can. 8 de Penit.

Es en algun modo disculpable el pecar cuando aún no se conoce la ley de Dios; pero es muy difícil el perdón para el que peca, después de haber conocido á Dios.

Cuando no aparece ninguna enmienda, toda penitencia es infructuosa.

Nadie debe volver á cometer lo que ha confesado ser malo, porque la confesión del pecado es la promesa de la enmienda.

No es verdadera penitencia el pedir muchas veces perdón de aquellos pecados que muchas veces repetimos.

Es indigno de la misericordia el que peca después del perdón y renueva sus heridas después de haber sido curado; ni merece ser lavado el que después de limpio vuelve á ensuciarse.

Si después que el Señor nos ha iluminado y arrancado del abismo de los primeros pecados, volvemos á cometerlos, merecemos sin duda un castigo más horrible.

De nada aprovecha el perdón de los pecados al que persevera pecando.

Nemo post centum peccata, nec post mille crimina, de divina misericordia desperet. San August. Sermon. 58 de Temp.

Penitentia illa digna et bona est, quæ peccata peracta deplorat, sic ut deplorato iterum non committat. Idem. Sermon. 41 ad Fratres.

Peccatum, quod penitentia non deletur, maximo pondere aliud trahit. S. Gregor. 3 part. Cura past.

Tales (recidivi) nunquam diluunt gemitendo peccata quia nunquam desinunt peccare post gemitum. S. Fulgent. de pecc. remis.

Isaias ait: Lavamini et mundi estote. Lavatur, et mundus est, qui et proterita plangit, et sendo iterum non committit. S. Isidor. de summ. bono, cap. 6.

Recidere quam incidere deterius est. S. Bernardin. Sermon. 54.

Nadie desespere de la divina misericordia, aunque haya cometido cien ni mil pecados.

Es aceptá y verdadera la penitencia, cuando nos hace doler de tal modo de los pecados, que nos aleja para siempre de cometerlos.

El pecado que no se borra por la penitencia, con su peso nos arrastra á otro.

Estos (los reincidentes) nunca borran sus pecados con todas sus lágrimas, porque después de llorar vuelven á pecar.

Isaias dice: Lavaos y conservaos limpios de vuestras culpas. Aquel pues se lava y queda limpio, que llora sus pecados pasados, y en sus lágrimas no los repite.

Es peor reincidir que pecar.

REINCIDENCIA; véase: PECADO.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA DE BIBLIOTECAS

RELACIONES SOCIALES.

Cum facultas fuerit ad nuptias, non discedis in primo loco.
Cuando fueres convidado á bodas, no te pongas en el primer puesto.

[Luc. xiv. 8.]

Queriendo un doctor de la Iglesia resumir todas las virtudes del cristiano, dijo, que su vida debía ser un compendio del Evangelio, es decir, un Evangelio en práctica. Ahora bien, el Evangelio, este libro no compuesto ni inventado por el hombre, encierra el corazón, el alma y la vida de N. S. Jesucristo; luego, por una consecuencia lógica, el cristiano debe ser otro Jesucristo, *Christianus alter Christus*. Y si ha de reproducir y copiar sus pensamientos, sus sentimientos, hacer revivir sus ejemplos adorables, es evidente que ha de mirar, estudiar y contemplar con amor aquella divina imagen; inspirarse por lo que quiere y siempre en sus acciones y en su espíritu, y recordar sus ejemplos y sus enseñanzas en todas las circunstancias de su vida. El Evangelio de hoy, hermanos míos, nos presenta al Salvador, aceptando con agrado y sencillez la invitación de un Fariseo, que le pidió se dignase aceptar una comida; y en esta ocasión dió, bajo la forma mas amable, importantísima enseñanza á los convidados, que los dejó llenos de asombro. Partegeme, hermanos míos, que volveré en armonía con las intenciones de la Iglesia, aprovechando esta ocasión para deciros algunas palabras acerca de las relaciones de los cristianos con el mundo y las reglas que deben presidirlas. Implémoslas antes la gracia: A. M.

1. Si estudiamos con detención, hermanos míos, la vida privada, la vida íntima del Salvador, vemos desde luego, que lo que principalmente le constituye es la muerte y el martirio de la naturaleza, de sus instintos y de sus tendencias ordinarias; y que con esta mira, escogió por patrimonio la pobreza, la humildad y el trabajo manual y grosero. En el retiro y silencio se dedicó constantemente á combatir, y, en cierta manera, á hacer morir en sí mismo el gusto natural á las

riquezas, honores y placeres. En su vida pública y social su objeto predilecto fué unir á los hombres con Dios, y entre sí por medio de una caridad verdadera y perfecta: Os he dado un gran mandamiento, decía, el de amaros los unos á los otros como yo os he amado: *Eecce mandatum do vobis ut diligatis invicem sicut et ego dilexi vos*. Quiere, hermanos míos, que nos amemos, como él amaba á sus apóstoles y á sus discípulos; como amaba al mundo entero y se complacía en manifestarlo en todas las circunstancias de su vida mortal. Algunos autores de los primeros siglos de la Iglesia muy dignos de fé, nos refieren que cuantas veces volvía fatigado de sus excursiones penosísimas á través de montes y valles, despues de haber consolado á los afligidos, evangelizado á los pobres y sembrado la buena nueva, se rennía con sus apóstoles, dichosos de volver á verle, y tomándolo por la mano, los conducía á algun lugar retirado, donde, abandonándose á las más dulces confidencias, se complacía en abrazarlos, refiriéndoles los gozos y fatigas de sus correrías divinas. Amáthalos como los amigos y los compañeros de sus trabajos, como á los futuros testigos y mártires de su Evangelio; su corazón estaba siempre abierto para ellos, rebosando en sus palabras imponderable ternura. Formados en tan divina escuela, los apóstoles, á su vez, no tuvieron sino entrañas de ternura y de amor para los primeros fieles que engendraron á la fé, comunicándoles el espíritu de unión y de caridad reciproca, por cuyo motivo dijo uno de ellos, que no tenia sino un corazón y una alma: *Erant cor unum et anima una*.

En efecto, hermanos míos; ¿cabe imaginar un cuadro más bello que el que nos ofrecen las primeras familias cristianas? Pues bien, nosotros descendemos de ellas en línea recta, y somos los herederos de tan bellas tradiciones y generosos sentimientos. Cúmplenos, pues, hacer revivir entre nosotros ese espíritu de fraternidad cristiana y de caridad que constituía la dicha y el gozo de aquellas grandes sociedades; hemos de procurar que el mismo espíritu sea el verdadero vínculo de nuestras relaciones. El hombre, como se ha dicho muy bien, es un ser social y religioso; todos somos llamados á vivir en sociedad: tal es nuestra vocación ordinaria, normal y providencial. Nuestros instintos naturales, todas nuestras fuerzas vitales nos llevan á tratar con los otros hombres, y sentimos una profunda aversión por el aislamiento y el silencio absoluto. Nuestra naturaleza rebaza con energía una soledad forzosa, y es cosa ya admitida hoy por todo el mundo, que emantos sistemas tienden á aislar el hombre, á secuestrarle y confinarle lejos de todo contacto con sus semejantes,

es contrario á su principal instinto, el de la sociabilidad, y produciría fatales resultados para el cuerpo y para el alma. Cuestión es esta que está definitivamente juzgada por una larga experiencia, y dolorosos ensayos. En efecto, hermanos míos, cuanto mayor es la expansión de la sociedad en que vivimos, tanto más libre es en sus movimientos, en sus relaciones afectuosas, y tanto mejor respiramos á satisfacción nuestra. Se ha dicho que toda alma bien nacida ama á su patria; si, hermanos míos, esto es verdad, sobre todo, cuando la patria es una madre que nos tiende sus brazos para estrecharnos á todos con un mismo y común amor: entonces sus recuerdos y su dulce imagen nos siguen por do quiera, con dolor nos separamos de ella, é intolerable nos parece la idea de tener que morir lejos de nuestro hogar. El patriotismo es acaso otra cosa que el amor filial para con el país en que hemos nacido, que nos ha alimentado, protegido y conservado, y en el cual hemos disfrutado los gozos mas puros y sanos? Hermanos míos, todo lo debemos á la sociedad que nos ha suministrado no solo el pan para alimentar el cuerpo, sino también los medios para cultivar la inteligencia, el pan del alma.

Hay, sin duda, numerosas y respetables excepciones. ¿Quién no ha oído referir la vida y las admirables virtudes de amigos ó hijos de la soledad y de la contemplación? A los tales, aún cuando les hubiese faltado la sociedad de los ángeles, Dios solo les habria bastado, pudiendo decir con San Bernardo: «Nunca estoy ménos solo, que cuando estoy solo.» Mas estas vocaciones son extraordinarias, milagrosas y absolutamente fuera del orden natural; Dios no llama á la soledad sino á ciertas almas escogidas, y nosotros debemos respetar los decretos de su providencia. No faltan tampoco, hermanos míos, solitarios ménos felices, ménos voluntarios que los que acabamos de mencionar, que, al parecer, buyen del día y de la luz. Me refiero á ciertos caracteres desgraciados, hombres enfermos y de poco ánimo, á quienes amargas decepciones alejan del mundo y empujan hácia el retiro del corazón y del entendimiento. Semejantes casos, empero, son raros, y no pueden servir de regla; por el contrario, esos desterrados voluntarios de la desgracia, esos fugitivos de lo que yo llamo el foco del corazón y de la vida, son muy dignos de nuestra compasión. Mas si la sociabilidad es uno de nuestros primeros instintos, una necesidad y nuestro elemento vital, no es para que sea una abstracción, una vana teoría, nó: la vida social ha de manifestarse exteriormente; y para esto tiene su forma, sus costumbres, y su movimiento regular; sus asambleas, sus agapes, y sus fiestas, en las cuales su corazón se dilata; sus hogares, en donde los espíritus se reaniman, se rejuvene-

cen, y se regeneran. Indudablemente los vínculos sagrados que unen á los ciudadanos de un mismo país, á los hijos de una misma patria, se debilitarian con el tiempo, si una atmósfera social de vez en cuando no los fortaleciese y estrechase. Es, pues necesario, de toda necesidad, que nosotros vivamos en medio de esa atmósfera, y que de esta suerte nos conozcamos y nos estrechemos unos á otros con confianza, amistad y afecto.

A este fin tienden las invitaciones que nos dirigimos recíprocamente; por esto nos sentamos en una misma mesa y desahogamos nuestro pecho en una dulce intimidad; y si bien no se acostumbra ahora á beber en la misma copa, á lo ménos participamos del mismo pan en espíritu de union y de fraternidad evangelica. ¿Quién se atrevería á negar, hermanos míos, la trascendencia moral y religiosa de los modestos agapes de familia en los pueblos? No trato de los banquetes del mundo oficial, en las cuales la profesión y lo exquisito de los manjares contrasta visible y tristemente, no digo con el apetito, sino con la pobreza de sentimientos; sean cuales fueren las acusaciones de nuestros enemigos bajo este respecto, no quiero reprocharlos ni condenarlos absolutamente. Por el contrario, quisiera que esas reuniones se multiplicasen; pero que estuviesen al mismo tiempo animadas de un verdadero espíritu, de manera que pudiéramos encarecerlas y hasta bendecir la mesa y los convidados. En esto, hermanos míos, no hablamos más que seguir el ejemplo que nos dió el Salvador en el Evangelio de este día, cuando en casa de un Fariseo, con asombro de sus discípulos. Estas reuniones, al rededor de una mesa frugal, nos recuerdan la vida patriarcal, la hospitalidad y la cordialidad de los primitivos cristianos, y redundan singularmente en provecho de los corazones y de la caridad: son la fraternidad cristiana y social en su forma más tierna, y en su expansión más verdadera y sincera. Cuando pues después que vuestros afectuosos amigos participan de vuestra mesa y de vuestros regocijos domésticos, vuestro deseo es excelente, legítimo y cristiano; hay en él algo que os honra, que demuestra la bondad de vuestro corazón, que regocija y consuela á vuestros convidados, que estrecha los grupos sociales, y los lazos que unen á las familias. Oírando así, mereceis bien de la Sociedad, del Evangelio y de la Caridad, sobre todo, cuando no consultais sino al bien que de ello resulta, y no os excedéis de los límites de vuestra posición y de vuestra fortuna: porque si es bueno y útil, y hasta cristiano y evangélico abrir las puertas de la casa á los amigos íntimos; si es digno de un corazón generoso trabajar en ensanchar el círculo de ellos, porque así se promueve la

gloja de Dios y el bien del país; hay, sin embargo, reglas de que nadie puede prescindir, y precauciones que tomar para evitar los abusos y no incurrir en excesos deplorables, que con frecuencia deploramos en todas las cosas humanas. Es preciso tener en cuenta las circunstancias de tiempo, lugar y personas, y no exponerse nunca á comprometer el honor de la casa con invitaciones imprudentes y caprichosas, desvirtuadas de aquella discreción y tacto cristiano, que deben guiarnos siempre en el cumplimiento de nuestros deberes de honradez social.

2. Dispensadme, hermanos míos, si entro aquí en ciertos pormenores que me repugnan, pero que os pueden ser de alguna utilidad. Para dar una comida, por modesta que sea, se necesitan convidados, y por consiguiente es preciso escogerlos. Nuestra liberalidad, por extraordinaria que sea, tiene ciertos límites impuestos por la misma razón. No podemos, á imitación del Padre de familia del Evangelio, salir á las calles y caminos para convidar á los primeros que encontremos; ¿sobre quienes, pues, recaerá nuestra elección? Nuestros principales convidados deben, por derecho de nacimiento, ser escogidos en nuestra propia familia. Cuando con motivo de algun cumpleaños, ó de algun fausto acontecimiento, damos una pequeña fiesta, nuestra primera necesidad, así como nuestro primer deber, es llamar á las personas que nos están unidas por los vínculos de la sangre, para que participen de ella; no desatendamos ninguna de las circunstancias que pueden estrechar los miembros de la propia familia, cuando son tantas las causas que contribuyen á dividirla. Que nuestras preferencias y nuestras primeras atenciones sean para los nuestros, sobre todo para los menos afortunados, según el mundo. Las fiestas más bellas, las más dulces y tiernas son siempre las de las familias unidas, que forman como una corona de afectos al redor de una mesa común, presidida y bendecida por las personas más venerables por su edad y virtud. Sin embargo, guardémonos, hermanos míos, de que esa primera atención para con nuestros deudos sea exclusiva, porque sería un acto de egoísmo colectivo. A los deudos deben seguir los amigos verdaderos y sinceros. ¡Hay por ventura acá abajo, quién no haya experimentado la necesidad de un amigo fiel con quien desahogar sus penas, consultar sus dudas ó sus esperanzas? Con un amigo el hombre vive; sin amigo, únicamente vejeta. Se ha dicho del sacerdote, y con razón, que entre su alma y la de los cristianos que está llamado á dirigir, existe como una especie de matrimonio; del mismo modo puede decirse que entre dos amigos hay una especie de parentesco de corazón y de alma; y nada más natural, por consi-

guiente, que despues de las personas que nos están unidas por los vínculos de la sangre, demostramos una preferencia especial por las personas que amamos y nos merecen estimación y simpatías.

Finalmente, hermanos míos, para completar vuestro regocijo en las fiestas y comidas de familia, no os olvidéis en ellas del pobre, que es el representante de Dios; haced que llegoen hasta él siquiera algunas migajas de vuestro festín, aliviad sus entrañas torturadas por el hambre, y él os dará en cambio los bienes del Evangelio, de los cuales es como el dispensador. No os aconsejo, hermanos míos, que abráis vuestra casa á los mendigos, como lo practicaban San Luis rey de Francia y otros Santos, pues semejante acto, en estos tiempos de decadencia, sería demasiado bello, demasiado admirable, y perfecto en la vida ordinaria; lo que os pido es, que abriguéis esta disposición en vuestros corazones, y que suplais por una invención de una caridad ingeniosa, lo que la prudencia y la razón de vuestro estado no os permitan hacer de una manera explícita y ostensible.

Tales son las reglas que deben guiarnos, hermanos míos, en la elección de vuestros convidados. Siguiendo el orden que os he indicado, tendréis la dicha de reunir en torno vuestro á los representantes de la familia, de la amistad, y de la caridad. Mas aún en esas mismas condiciones ha de procederse á la invitación con cierta prudencia. Al examinar las calidades de las personas de vuestra familia ó de vuestra intimidad, considerad, no solo quienes son, sino también la opinión de que gozan en público, su probidad, su religiosidad. Se ha dicho que lo que caracteriza á un buen convidado es su génio, su buen humor, su jovialidad y un gran repertorio de anécdotas y de frases que provoquen la risa. Sin duda esas calidades son preciosas para complacer y divertir á una sociedad ligera, y de un orden muy inferior y secundario. Lo que ante todo debe distinguir á un convidado es la honradez moral, una reputación íntima, el respeto de sí mismo y el sentimiento de las conveniencias y miramientos debidos á la hospitalidad y á la casa de un deudo ó de un amigo. Estos son títulos esenciales y que deben tenerse en cuenta acerca de las personas que han de admitirse en vuestras fiestas domésticas. Un padre de familia, una madre de muchos hijos nunca procederán con sobrada cautela, ni se mostrarán excesivamente severos cuando se trata de introducir en su casa, sobre devoradores cubiertos con la piel de oveja. ¡Cuántas familias Horán á lágrima viva la traición, la ruina y hasta el deshonor que entraron por la puerta de una falsa amistad, de una maledicencia divertida, de una galantería diabólica! No pretendo con esto desterrar de los banquetes la alegría natural, sino que

ésta sea una alegría dulce y respetuosa, una alegría de buena ley, y que no pueda ofender á la inocencia ni á las buenas costumbres.

Después de la cuestión de la calidad de los convidados, no debe olvidarse la de los puestos que debe ocupar cada uno de ellos. Este detalle tal vez os parezca, hermanos míos, algo inconveniente en mis labios y poco digno de esta cátedra; pero me excusareis si recordais que Nuestro Señor consideró este punto digno de su enseñanza. No pretendo conocer el arte difícil de ordenar un banquete, ni las reglas que deben tenerse presentes en la colocación de los convidados, donde el uso y la etiqueta representan un gran papel; mas no temo decir, que aun tomando en consideración las susceptibilidades, las relaciones y las preferencias que deben guardarse, si alguna distinción hay que hacer, hágase en favor de la ancianidad y de los cabellos blancos; si hay que tributar honor, este de derecho corresponde al sacerdote, al hombre del Evangelio; y si fuese indispensable alguna atención delicada, ésta debe recaer á favor de la desgracia y del infortunio. Claro está que no hablo aquí de esas comidas políticas ó diplomáticas, donde la cuestión de preferencias han sido más de una vez causa de trastornos y hasta de guerras; hablo de las comidas más modestas y menos tumultuosas que las familias se dan recíprocamente en espíritu de conciliación y de amistad.

Concluyo, hermanos míos, con algunas palabras acerca de la conversación, que es uno de los más poderosos resortes de la sociabilidad humana, el principal elemento de toda sociedad y el sazónamiento necesario de todas las reuniones, que sin ella languidecerían. Suprimid la conversación y la sociedad quedará transformada en un sepulcro; devolvedle, por el contrario, la palabra fácil, discreta y prudente, y le devolveréis la vida y el movimiento. La conversación pues, es en sí misma el excelente y sabroso condimento en una comida de amigos. Pero debe ser sobria, y sobre todo caritativa. Si el genio de la conversación no se divorcia nunca de la verdad y de la caridad, nuestras reuniones, nuestras fiestas de familia serán amables, dulces y apetecidas, y disfrutaremos de las verdaderas y puras expansiones de corazones unidos según el Evangelio.

Deténgome aquí, hermanos míos, pues creo haber explicado la naturaleza de nuestras relaciones sociales, sus móviles, y su objeto; si las ordenais conforme á las reglas que os he trazado, ellas serán suaves, útiles y santas. Se dice con frecuencia: ¡Dichosos los ricos y festejados en el mundo! yo os digo: ¡Dichosos los justos y que aman á Dios! ellos serán honrados y bendecidos por sus deudos y amigos; sus fiestas domésticas serán las del honor y de la virtud: distraccio-

nes, goces, expansiones, todo respirará amable regocijo, todo será conforme á la virtud; y después de haber gozado en este mundo de las santas emociones y castas afecciones de la familia y de la amistad, irán á ocupar un puesto en el festín de los escogidos por el Cordero, para bendecirle por toda la eternidad. Amen.

RELIGION

(LA)

ES NECESARIA AL ESPÍRITU.

I.

*Contritio et infidelitas in rite coram,
et clam pœnit non cognoverunt.
No hay sino tristeza y aflicción en sus
caminos: nunca conocerón el sendero de
la paz.*

(SALM. xiii, 3.)

Entre las cuestiones importantes que causan y aún ahruman la inteligencia del hombre, ninguna hay que no tenga por objeto su descanso, su dicha, su felicidad. Nadie hay que no ame con el mayor anhelo en busca de la paz del espíritu, del sosiego del corazón, como haciendo consistir en ello su último fin, su bien primero. Cada cual se agita, y se mueve en un sentido diferente y por diversos caminos; pero todos, todos para arribar al mismo término.

El descanso del espíritu, la paz del corazón son el objeto ardientemente deseado por todos los hombres que piensan, son el mayor de todos los bienes, y el que nos hace considerar todos los demás como placenteros y aceptables. ¿Qué son, efectivamente, todos los goces humanos sin la paz del alma? Poco hace que lo exterior sea hermoso, que cierto brillo, cierta apariencia de felicidad se nos vea á las manos, si una pasión desconocida, si una turbación interior, si una secreta, íntima desgracia derrama sobre nuestra alma y corazón hielos y amarguras: será á lo más un fruto hermoso á los ojos, pero que

ésta sea una alegría dulce y respetuosa, una alegría de buena ley, y que no pueda ofender á la inocencia ni á las buenas costumbres.

Después de la cuestión de la calidad de los convidados, no debe olvidarse la de los puestos que debe ocupar cada uno de ellos. Este detalle tal vez os parezca, hermanos míos, algo inconveniente en mis labios y poco digno de esta cátedra; pero me excusareis si recordais que Nuestro Señor consideró este punto digno de su enseñanza. No pretendo conocer el arte difícil de ordenar un banquete, ni las reglas que deben tenerse presentes en la colocación de los convidados, donde el uso y la etiqueta representan un gran papel; mas no temo decir, que aun tomando en consideración las susceptibilidades, las relaciones y las preferencias que deben guardarse, si alguna distinción hay que hacer, hágase en favor de la ancianidad y de los cabellos blancos; si hay que tributar honor, este de derecho corresponde al sacerdote, al hombre del Evangelio; y si fuese indispensable alguna atención delicada, ésta debe recaer á favor de la desgracia y del infortunio. Claro está que no hablo aquí de esas comidas políticas ó diplomáticas, donde la cuestión de preferencias han sido más de una vez causa de trastornos y hasta de guerras; hablo de las comidas más modestas y menos tumultuosas que las familias se dan recíprocamente en espíritu de conciliación y de amistad.

Concluyo, hermanos míos, con algunas palabras acerca de la conversación, que es uno de los más poderosos resortes de la sociabilidad humana, el principal elemento de toda sociedad y el sazónamiento necesario de todas las reuniones, que sin ella languidecerían. Suprimid la conversación y la sociedad quedará transformada en un sepulcro; devolvedle, por el contrario, la palabra fácil, discreta y prudente, y le devolveréis la vida y el movimiento. La conversación pues, es en sí misma el excelente y sabroso condimento en una comida de amigos. Pero debe ser sobria, y sobre todo caritativa. Si el genio de la conversación no se divorcia nunca de la verdad y de la caridad, nuestras reuniones, nuestras fiestas de familia serán amables, dulces y apetecidas, y disfrutaremos de las verdaderas y puras expansiones de corazones unidos según el Evangelio.

Deténgome aquí, hermanos míos, pues creo haber explicado la naturaleza de nuestras relaciones sociales, sus móviles, y su objeto; si las ordenais conforme á las reglas que os he trazado, ellas serán suaves, útiles y santas. Se dice con frecuencia: ¡Dichosos los ricos y festejados en el mundo! yo os digo: ¡Dichosos los justos y que aman á Dios! ellos serán honrados y bendecidos por sus deudos y amigos; sus fiestas domésticas serán las del honor y de la virtud: distraccio-

nes, goces, expansiones, todo respirará amable regocijo, todo será conforme á la virtud; y después de haber gozado en este mundo de las santas emociones y castas afecciones de la familia y de la amistad, irán á ocupar un puesto en el festín de los escogidos por el Cordero, para bendecirle por toda la eternidad. Amen.

RELIGION

(LA)

ES NECESARIA AL ESPÍRITU.

I.

*Contritio et infidelitas in rite coram,
et clam pacis non cognoverunt.
No hay sino tristeza y aflicción en sus
caminos: nunca conocerán el sendero de
la paz.*

(SALM. xiii, 3.)

Entre las cuestiones importantes que causan y aún ahurban la inteligencia del hombre, ninguna hay que no tenga por objeto su descanso, su dicha, su felicidad. Nadie hay que no ame con el mayor anhelo en busca de la paz del espíritu, del sosiego del corazón, como haciendo consistir en ello su último fin, su bien primero. Cada cual se agita, y se mueve en un sentido diferente y por diversos caminos; pero todos, todos para arribar al mismo término.

El descanso del espíritu, la paz del corazón son el objeto ardientemente deseado por todos los hombres que piensan, son el mayor de todos los bienes, y el que nos hace considerar todos los demás como placenteros y aceptables. ¿Qué son, efectivamente, todos los goces humanos sin la paz del alma? Poco hace que lo exterior sea hermoso, que cierto brillo, cierta apariencia de felicidad se nos vea á las manos, si una pasión desconocida, si una turbación interior, si una secreta, íntima desgracia derrama sobre nuestra alma y corazón hielos y amarguras: será á lo más un fruto hermoso á los ojos, pero que

está corrompiendo un gusano escondido. No es siempre dichoso quien más lo parece.

Y ved, señores, porque olvidándose de Dios, de la Religión, de la verdad católica para dejarse extraviar en los muertos conceptos de su espíritu, en las agitaciones del corazón, exclama el hombre: «Paz! paz!» mas no es para él la paz: *Dixerunt impii: pax, pax; et non erat pax.* Y es porque no hay sino un solo medio para nosotros de llegar á alcanzar esta paz del alma: la Religión, necesaria al espíritu, necesaria al corazón. Fuera de ella, solo hay para el hombre, perturbacion, inquietud, sinsabores, tristeza y afliccion de espíritu: *Contritio et infelicitas in vultu eorum.*

Dos verdades que formarán el asunto de dos pláticas; en la primera, que es la presente, me propongo mostraros la necesidad de la Religión con relación al espíritu del hombre. A. M.

1. La religión es necesaria á nuestro espíritu, porque sola ella posee la explicación de nuestra naturaleza, la razón de nuestra existencia, la expresión definitiva que resuelve el problema de la humana destinación. No hay un solo hombre, por más pobre que lo haya constituido su nacimiento, por más ignorante que lo haya dejado la sociedad, por más poco favorecido que lo haya hecho la naturaleza, la fortuna, ó sus semejantes; no hay un solo hombre, decimos, á quien en cierto momento de su terrenal existencia, no le haya acontecido presentarse esta cuestión grave, importantísima: «Mas ¿por qué está el hombre en la tierra? — ¿De dónde vino? — ¿Qué vino á hacer en este mundo? — Y al salir de este mundo, ¿á dónde va?» La respuesta á estas preguntas comprende toda la esencia, todo el destino del hombre; es la razón, es la explicación de sí mismo: la respuesta, la solución de estas cuestiones, es la ciencia, toda la ciencia indispensable. Ahora bien: la religión sola está en posesión de esta ciencia, de esta explicación; y la presenta con todas las condiciones que supone nuestra naturaleza y nuestra situación en este mundo.

Y en efecto; nuestro espíritu vive de verdad, busca esta verdad, corre en pos de ella, y la desea con incansable perseverancia. La necesidad de conocer, de saber, es el más invencible, á la par que el más imperioso anhelo, la más urgente necesidad de nuestra naturaleza. Pero la meditación de nosotros mismos, en el círculo de las cosas que podemos conocer, no hay sin contradicción; ninguna verdad que tan de cerca nos toque, que tan poderosamente nos interese como las verdades que se relacionan con nuestro destino, y, para

decirlo de una vez, con la Religión, «¿Hay un Dios, ó no lo hay? Al salir de este mundo ¿nos aguarda otra vida sin fin, ó volvemos á caer en la nada? ¿Debemos un culto á Dios? ¿Cuál puede ser ese culto? ó bien ¿no exige de nosotros homenaje ninguno? ¿Habria en fin una religión verdadera? y en tal caso ¿qué es lo que tenemos que creer y practicar para nuestro bien y para nuestro verdadero descanso? Ó bien, ¿todo lo que se ha dicho y predicado, y predicado bajo ese nombre, no seria sino un efecto de la invención del hombre, de sus miserias, de sus preocupaciones, de su educación?» «Y en fin; Dios, muerte, inmortalidad del alma, paraíso, infierno; verdades todas gravísimas, terribles, de las cuales pende toda nuestra vida, ante las cuales todo hombre se ve forzado á detenerse, á ménos que no haya abjurado de su razón y de su conciencia, ¿no son pues sino vanos fantasmas para espantar los débiles y pusilánimes, y echarlos bajo la dominación del sacerdocio?»

En tanto que el hombre, — y yo entiendo por tal al que piensa y sabe reflexionar, cualquiera otro no tiene derecho sino á lástima, no á examen ni discusión, — en tanto que el hombre, repito, no haya fijado su espíritu acerca de estas cuestiones importantes, no cesarán de preocuparle vivamente y de molestarle tenazmente la duda, la agitación, el desasosiego. Ahora bien; esa razón de nosotros mismos debiéndonos mostrar necesariamente la verdad acerca de nuestro origen, acerca de nuestro fin postrero, ¿en dónde podrá encontrarla el hombre? en dónde, por consiguiente, dará con la explicación de las verdades que más le interesan? Una de dos: Entre la razón y la religión, entre la ciencia de los hombres y la revelación de Dios, entre la palabra del hombre, y la doctrina de la Iglesia de Jesucristo nuestro Señor, no hay medio posible para un espíritu capaz de comprender; con que para fijarse y deponerse en sus convicciones, el espíritu tiene que ir á preguntar ó á la ciencia humana ó á la Religión.

Pero tal es, en primer lugar, la convicción que encuentra el cristiano en la Religión, tal es su confianza en las verdades que le enseña; que jamás las pone en duda; ó bien, lo sucede eso tan solamente en aquellos penosos momentos en que las pasiones alborotadas quisieran arrastrarlo al mal. Pero semejante ese fenómeno á las nubes pasajeras que, de vez en cuando y por corto tiempo, nos ocultan los rayos bienhechores del sol, desaparece la duda, cesa la turbación, cuando al pasarse, se muestra más brillante que antes y más hermosa que en lo pasado la verdad religiosa. *Sol post nubila clarius.* La Iglesia habla al Cristiano; y el Cristiano cree: sabe este que es la palabra

misma de Dios, que se le manifiesta por un conducto auténtico. La Religión, es verdad, presenta al Cristiano misterios impenetrables; pero al pasar sus miradas en derredor de sí, pregunta á los cielos, pregunta á la tierra, pregunta á la naturaleza, pregunta á sus semejantes, preguntase á sí mismo; y acerca de la mayor parte de las cuestiones, todo le responde: ¡Misterio! Como todo, aún en una muchedumbre de fenómenos de la naturaleza, le va llegando por *enigmas* y como en un espejo, — esto es, al través de la sombra, de la oscuridad, del velo, — aléjase de él entonces todo pensamiento, toda tendencia racional de rebelión; y no ve ya en los misterios religiosos sino una *prueba más* de su verdad, pues que el hombre no ha inventado jamás lo que no comprende. Y así es, que para el Cristiano, conocer, amar, servir á Dios, son tres verdades fundamentales que se lo resumen todo; y que fuera de esto no ve ya nada que sea digno de considerarse como verdaderamente importante para su principio y fin, y sobre todo, como necesario á su verdadera felicidad y naturaleza. Por esta razón, se presenta asiduamente al templo del Señor; escucha la palabra divina, aliméntase de ella, y vive así de Dios: sabiendo todo cuanto debe saber y le importa saber, mirando al cielo con sosiego en el espíritu y satisfacción en el alma, se dice á sí mismo: Allí, allí está mi descanso; aquí, destierro; allí, patria. Ved en tan breves expresiones la religión acerca del problema del hombre: hé aquí el Cristiano.

2. Al lado de éste, ahora; y en paralelo con él, preguntemos á la ciencia humana, á la razón, y veamos si encuentra el hombre, ó puede encontrar en soluciones filosóficas y racionales, paz, descanso del espíritu, sosiego del alma, por medio de un conocimiento y explicación suficiente de su destino. Aquí se me representan esos hombres de todos tiempos, de todas generaciones, de todos lugares, encorvados por las investigaciones de las ciencias, excurdiando desde siglos há los grandes misterios del hombre y de su destino. Hecho ha quedado su trabajo, y trabajo inmenso por cierto; pero; ha quedado todo resuelto? El espíritu; ha encontrado por fin en la ciencia su descanso, solución final de todas las verdades religiosas?

La razón humana; ha podido reemplazar á la verdad católica? ¿han recibido por ventura una solución nueva la destinación del hombre, su naturaleza, su fin postrero? ¿Quién ha podido decir hasta ahora al hombre: «tú no vienes de Dios, tú no vas á Dios?» Hombres de la razón, Génios de la humanidad, Glorias del mundo, decidnos lo que sabeis acerca del hombre: nosotros, discípulos de Cristo, os presentamos nuestra fé; nuestra verdad nos la han transmitido oscuros é

ignorantes pescadores; os la presentamos con su explicación del hombre: os la presentamos con sus milagros, con la sangre de ilustres mártires; os la presentamos con su grandiosa y sublime unidad, con su majestuosa armonía, con su elevada civilización, con el respeto y bendición de los pueblos, con la incontestable adhesión y veneración de todos cuantos la han estudiado, conocido y comprendido. Os pedimos por favor nos mostréis vuestras obras; participadnos el resultado científico de vuestras investigaciones, enseñadnos vuestra profesión de Fé, vuestro *Credo!* Pero ¡ah! ¿quién no lo sabe? acerca de las cuestiones más importantes para el hombre, la razón no se ha entendido jamás consigo misma. La historia del género humano, bajo de este respecto, no es sino la historia de las contradicciones y de los errores de la humanidad.

Nó, nada hay más firme é incontestable en favor de nuestra fé que este fenómeno, y aquí se encuentra precisamente la demostración más evidente de la necesidad de la religión para el espíritu. La filosofía, la razón, nos ha transmitido millares de nombres entre sus adeptos, y ha colmado nuestras librerías de millares de volúmenes, y, ¿para qué?... Para hacer conocer todas las contradicciones posibles en el espíritu humano; para decirnos que el hombre y su razón son impotentes para determinar el problema de nuestra destinación. Quitad de nuestras bibliotecas el *pro* y el *contra* engendrados por la razón sobre la misma materia, y, ¿qué quedará?... ¡Nada, nada! Por manera que ciego, incierto, vacilante, irresoluto, teniendo por última palabra, por recurso postrero la duda, la incertidumbre, errante por esta tierra como en una vasta cárcel cuyo término, causa, ni duración no percibe... hé aquí al sabio que cultiva solamente la razón... hé aquí como la ciencia humana, tomada en su conjunto, resuelve y certifica las verdades que más nos interesan.

Háblase mucho, y con razón, de los errores del corazón; todos saben y repiten de memoria los males incalculables que ocasionan; pero; cuántas desgracias y desdichas no han causado los errores del espíritu, el orgullo de un saber vano, los extravíos de la razón! ¿Y no tenemos muy sabido por la historia y por la experiencia propia, que la ciencia, separada de la religión, es guerra, es rebeldía? ¿No sabemos y conocemos muy bien, que es un meteoro, radiante todavía, si se quiere, pero que lanzado en el espacio amenaza á todos los que lo ven, ruina, destrucción y muerte? Y efectivamente, aún hoy día entre nosotros, preguntad á los más adelantados en el saber, seguidlos en sus discursos y doctrinas, hacellos raciocinar, comparad sus pensamientos con sus obras: todo, todo, católicos, no es sino in-

certidumbre en su manera de ver. Van fluctuando á todo viento de doctrina, dice la Sagrada Escritura. Hoy creen una cosa, mañana la desechan para adoptar otra; semejantes al mar furioso que estrella contra las orillas á cada instante nuevas olas: *Impi quasi mare furens quod quietescere non potest*. Tal es la imagen del hombre que anda por el camino de la razon buscando el problema de su destino.

San Agustín, en el libro de sus Confesiones, nos diseña en pocas palabras la impotencia de la razon humana, cuando hablando de sí mismo, ántes de haber encontrado el sosiego de su espíritu en su sumision al Evangelio, dice: «Iba pasando, yo de secta en secta; ya me declaraba por una, ya por otra; y mi espíritu incierto, vacilante, irresoluto, no sabía á dónde detenerse.»

Desde este ilustre investigador de la verdad hasta nuestros días, ¡cuántos ejemplos semejantes no nos han sido presentados en el mundo! ¡cuántas vueltas y conversiones á la religion, por la experiencia de la impotencia de la razon á satisfacer el espíritu del hombre! Pero aún más; ¡cuántas veces no hemos presenciado nosotros levantarse desde luego la razon y el ingenio hasta los cielos en las alas de la fe, y sostenidos por la mano providencial de la autoridad católica llenar de admiracion y entusiasmo, y luego, de improviso, rompiendo el freno tutelar de la sumision cristiana, volver á bajar á tierra y no dar á oír sino exclamaciones sordas y lúgubres, tristes y lamentables, que espantan al oído, enristrocan al alma, comueven de lastima el corazón, llaman lágrimas, despues que en otro tiempo se habian acarreado con un arco de triunfo el respeto de admiracion de todos?

¡Declaracion penosísima, pero que nos venos obligados á hacerla solemnemente aquí para quebrantar nuestro orgullo! Eso mismo nos prueba elocuentísimamente que la razon, que el Gemo mismo, separados de la Religion, no son apénas sino un fatídico privilegio de dañar á los hombres y engañarlos á mansalva. Así es como se realizan los divinos oráculos de la palabra eterna, y el anatema lanzado por Dios contra la orgullosa razon, de que ella misma sea para sí su vergüenza y suplicio: *Jussisti, Domine, ut sit sibi pena omnis animus inordinatus*. ¡Pobre razon humana! admirable por las deducciones de la dialéctica, y que, sin embargo, no puede sacar ninguna conclusion; ¡Pobre razon! que niega con aliva palabra, y que desde Platon y Aristóteles, está repitiendo las cosas mismas en diferentes sistemas y términos. ¡Pobre razon! que pretende explicar por sí sola al hombre, que no sabe ni puede decirnos lo que es tiempo, lo que es

espacio, lo que es vida, ni aún lo que es muerte: que no sabe, que no puede decirnos lo que es inteligencia, lo que es sentimiento, como se une y estrecha el alma con el cuerpo! ¡Pobre razon! que ántes de pasar á hacer anatomía del alma, á penetrar en la esencia de Dios, y sondear en las profundidades del porvenir, haría mejor en enseñar lo que es la circulación de la sangre, lo que es la respiracion! ¡Pobre razon, mil veces desventurada y mezquina razon! tú no has podido reemplazar el politeísmo, que te repugna justamente como la más miserable de las religiones! Esto es decirlo todo!

Católicos, á ménos que la fé no cante nuestro espíritu, se pasa la vida en creer y dudar, en dudar y creer; en querer persuadirse y no poder convencerse. Podrá conseguirse, despues de trabajos estudios, conocer todo lo que han pensado los demás, pero no se ignorará ménos lo que es menester pensar de sí mismo. Por manera que reducido el saber humano á su más simple expresion—si me es leito hablar así—no es sino una ignorancia fastuosa; y el edificio de la razon, un palacio que se va desplomando más y más. En este palacio cada cual quiere mudar y ordenar á su modo; pero, tanto y tanto, que se cae por una parte á medida que lo quieren levantar por otra, y acaba por sepultar en sus ruínas á todos cuantos han llevado un sillar para hacerlo.

Y aún la razon misma, es menester decirlo también, se apresura á abjurar cuando la salud se debilita y la muerte se va avanzando. La conducta ordinaria de los discípulos de la razon en ese momento supremo, viené á hablar en tono más alto y decisivo que cuantas pruebas fuera necesario añadir. Numerosos ejemplos pudiera citar entre los filósofos de todos los siglos, y particularmente en el último. Las palabras siguientes de Montaigne no son sino la conclusion de los hechos que pudiera producir y citar: «Si hay hombres harlo insensatos, dice este escritor, para hacer parada de irreligion, no los hay bastante fuertes para plantarla en sus conciencias. Una cosa es un dogma seriamente digerido, otra cosa son esas impresiones superficiales nacidas del orgullo, de la crápula, de un espíritu arremangado... Hombres por cierto miserables, se esfuerzan en ser peores de lo que son, se violentan por afectar un alma, una tranquilidad de espíritu que no es dable tener sino en la Religion.»

No, no hay que dirigirse á la razon para lograr explicacion de las verdades que sean capaces de dar sosiego al espíritu. Digamos á san Pablo, y os suplico retengais y mediteis estas palabras, que dicen más que muchos volúmenes: «El que no se acomode y tranquilice con la doctrina de Cristo nuestro Señor, siendo por ello esclavo del orgullo,

no sabe nada, sino que ántes bien enloquece sobre vanas cuestiones y disputas de palabras, de donde se originan envidias, contiendas, blasfemias, siniestras sospechas, alteraciones de hombres de ánimo estragado, y privados de la luz de la verdad.» (I Timor, vi, 4 y sig.) Estas pocas palabras del Apóstol resumen todas las complicaciones de la ciencia humana, todas las afirmaciones de la razón: y si en nuestro siglo decimonono fuera menester elevar una estatua á la razón humana, nada habría más exacto y verdadero para grabar en ella como inscripción que las palabras de san Pablo.

Es, pues, evidente que el hombre que se aleja de la Religión no tiene paz en su espíritu; continuamente entre dudas ó entre inconsecuencias cuando quiere raciocinar, continuamente vagando al capricho de su razón débil y vacillante, yace viviendo en conmocion y desasosiego. El cristiano, por el contrario, sometido á la fé, dócil á la doctrina y lecciones de la Iglesia, vive en el descanso de la fé, y esta fé le comunica toda ciencia. En Religión, revelándole su naturaleza, sus deberes y su destino, derrama en su alma la paz, que lleva consigo la felicidad. ¡Ojalá puedan grabarse en vuestras almas estas verdades, hermanos míos! hágalas fructificar el Señor, porque el que haya creído, nos dice nuestro divino Maestro, se salvará: y la salvacion, como sabeis, es la plenitud de todo bien en Dios, y por los siglos de los siglos. Amen.

RELIGION

(LA)

ES NECESARIA AL CORAZON.

II.

Pax multa diligentibus legem sumi: et non est illis scandalum.

Gozan de suma paz los amadores de la Ley: sin que hallen tropiezo alguno.

(SALM. cxviii, 165.)

Amados hermanos míos: en la plática anterior hemos considerado la Religión como necesaria al espíritu del hombre, y hemos demos-

trado que solo ella nos puede hacer llegar al descanso y paz, explicando el *por qué* de nuestra destinacion en este mundo.

Continuando hoy este mismo asunto, importantísimo á todas luces, es nuestro deber considerar la Religión en sus relaciones con el corazón del hombre; y á manera que os ha sido demostrado que esta Religión era necesaria para fijar nuestro espíritu, os será probado hoy, segun me prometo, que es tambien necesaria para satisfacer cumplidamente nuestro corazón, porque sola ella le dá paz, sosiego, y satisfaccion. A. M.

1. Nunca se habria preguntado tal vez el hombre por qué ha sido puesto en la tierra, si estuvieran perenne y continuamente satisfechas las tendencias de su naturaleza: pues que es muy natural que-dase adormecida la conciencia, tranquilizada por una constante y perfecta armonia entre lo pendiente de sus deseos y el curso de las cosas humanas. Y en efecto, en el principio ó entrada en la vida, y á la vista de un mundo que parece contener cuanto concierne á nuestra dicha, nuestra alma se lanza aliva de ardor, esperanzas ó ilusiones. ¡Cuán placenteros nos nuestros sueños, cuando el corazón limido, ardiente, sincero, se abre á lejanas esperanzas!... ¡Cuán verdadero y fresco aparece el camino de la vida... cuando se le va subiendo! ¡Dulce y sabrosa embriaguez, delirios seductores, fantasmas deleitables! ¡Ah! y cuán pronto desapareceréis cuando nuestro corazón haya venido á estrellarse contra las realidades de la existencia, cuando á impulsos del dolor todo salga de madre en el rio de nuestra vida, como licor que se va derramando de un vaso quebrado!

Porque condicion es en la humana naturaleza, que no se cumpla ninguna de estas esperanzas. De entre tantos deseos, de entre tantas facultades que nos son inherentes, ninguna, ninguna queda cumplidamente satisfecha aquí abajo. Aun más: el mundo y todo cuanto nos rodea de tal suerte ha estado constituido, que es imposible llegar á un resultado semejante. Desde luego y al primer golpe de vista, todo parece haber de proporcionarnos gozes y paz; y todo, todo acaba por ensangrentar nuestros pasos en el tránsito penoso de la vida. De suerte que nuestra alma en la tierra aspira sin cesar y con grande instancia hácia el bien, hácia una satisfaccion que implora, que vivamente anhela; y al tocar con sus manos cuanto á su paso encuentra en este mundo, se vuelve atrás cual si se viera engañada y vendida: busca y busca todavia; pero parece alejarsele más y más el bien por quien suspira. Por manera, que no dando continuamente sino con reveses, incertidumbres, fatigas, ilusiones, nuestro corazón

espontáneamente impelido, se inclina como á pesar suyo hácia la esperanza del porvenir y la realizacion de sus deseos en otra existencia, de la cual no parece la actual presente sino una penosa preparacion.

Para decirlo de una vez: nuestro corazon, no tan solo no encuentra lo que busca, sino que se halla tan frecuentemente abrumado bajo el peso de la pena, y tan poco acostumbrado á los goces, que ni aún puede sobrellevar los extremos; y el dolor importuno está de tal modo de asiento cerca de nosotros, que viene constantemente á asomarse á todo cuanto nosotros llamamos placeres. En el momento primero de la satisfaccion de nuestros deseos, tenemos la presuncion,—yo dijera *cañidéz*,—de creernos dichosos. Pero si esta pretendida felicidad es de alguna duracion, muy pronto se marchita lo que tenia de encantador: la satisfaccion, cuando es repetida, nos deja aún más ansiosos de ella, y todo viene á resumirse en cansancio, dejadez, fastidio, disgusto. Semejantes á esas flores que cojemos por la mañana frescas y brillantes, y que se deshojan ántes del fin del día, así se pasan nuestros gozos.

Tal es el desenlace inevitable de todo lo humano: apenas alcanzada, la dicha tan esclusiva, tan ardentemente deseada, espanta al alma con su insuficiencia. En vano se ahora en encontrar lo que habia buscado; ese esfuerzo mismo la enlacia y quita más el color: la felicidad no se juzga ya sino como un sueño que pasó; sus promesas, un engaño brillante, pero tanto más doloroso. Y de tal modo, que nos vemos reducidos en nuestro lenguaje humano á llamar sabio, cuerdo al que ha cerrado su corazon á los goces de la tierra, y se ha hecho como insensible á ellos. El descanso en la tierra, la dicha para el corazon es, pues, una sombra, un fantasma, un delirio, un sueño: la vida es, pues, un engaño, es ménos una realidad que una esperanza; nuestros deseos, luzes, trampas dispuestas constantemente ante nuestros pasos. De donde resulta que respecto del corazon, el hombre tiene un importantísimo problema que resolver, el de su bienestar, ó el de su desgracia; lo que ha de hacer, ó lo que ha de evitar; lo que ha de amar, ó lo que ha de aborrecer. Por esa razon, así como el espíritu tiene necesidad de un maestro para dirigirlo, el corazon tiene tambien necesidad de que se le dicte la eleccion de los objetos que ha de amar; es para él de la mayor importancia no confundir á éstos con aquéllos, que no merecen sino repulsion ó indiferencia.

2. Ahora bien: la Religion sola puede enseñarnos á hacer esa difícil eleccion, ninguna otra cosa nos puede hacer conocer nuestros verdaderos intereses, ella sola posee la clave del enigma del hombre, ella sola tiene mision para nuestro porvenir. ¡Y qué es lo que nos

dice acerca de asunto tan trascendente! Oigámosla! «Vela, oh cristiano, constantemente sobre tí mismo, y sobre todo cuanto te rodea: numerosos son tus enemigos: al lado del bien que tí amas, se forjan ilusiones que engañan, decepciones terribles! Tus más generosos sentimientos te ocultan pasiones que seducen; y en el camino mismo de la virtud se encuentran abismos de perdicion; y si no quieres tí perecer, y si quieres vivir sosegado, feliz, pacífico, escucha docilmente mi voz.»—No te olvides nunca de mirar en todo cuanto se acerca á tí el sello de la miseria, de la nada; pesa en la balanza de la verdad todas las vanidades de la figura de este mundo.—Poco te basta: tú no eres sino un Viajero; no cargues con equipajes inútiles que enlazarán tu marcha, y te impedirán llegues al parador eterno tuyo.»—«Ama á Dios, practica la fe, observa su ley, haz que tu corazon muera á todo lo que no es sino de un día; tus deseos son infinitos, nada de aquí abajo los puede contentar; nada criado los puede llenar; y no podrás encontrar tí en esto sino desgracia, turbacion, espanto, muerte; porque tu corazon está hecho para Dios, y en Dios solo puedes hallar tu felicidad.»

Tal es el lenguaje de la Religion; tales las lecciones que nos dá; lecciones tan bellas, tan sentimentales, tan sublimes, que por do quiera y en todos tiempos han sido el objeto de la admiracion de los mismos que se resisten á conformarse con ellas. Y no es cierto, amados hermanos míos, que encontráis vosotros en la Religion paz, descanso y dulzura para vuestro corazon? ¿No es tambien verdad, que los más afortunados instantes de vuestra vida han sido aquellos en que más unido y más consagrado ha estado vuestro corazon á la practica de la Religion? Y en fin, ¿no es verdad, que vuestro espíritu sometido á la fe, que vuestro corazon observando la Ley santa, se hallan fijos, de pie firme en el gran problema de vuestro verdadero destino?

Ahora bien, cristianos fieles y creyentes, gozad en hora buena de todo vuestro bien, sabed apreciar toda la dicha de esta situacion, dejad á los hijos de la tierra que vagan corriendo á cansarse en pos de una felicidad, que se les desliza en el momento mismo que la creen tener. No digais, no; ¡Dichoso el pueblo que posee los lesoros de este mundo! sino; ¡Feliz el que partecipe del Señor Dios nuestro: *Beatus populus cuius dominus, Deus ejus!* Tal vez en tiempo alguno se hayan mostrado los pueblos tan poco dóciles á la autoridad de la Religion como en el que alcanzamos. En tiempo ninguno, se confiesa ingenuamente,—y aún algunos se vanaglorian de esa triste confesion,—en tiempo ninguno, decimos, se ha desdichado más generalmente

lo que ella nos prescribe. El hombre, enteramente embrutecido por la tierra, no trabaja sino para ella, no vive sino para ella; fuerzas, salud, robustez, ciencia, ingenio, y á veces hasta las apariencias de virtud, se emplean como medios para alcanzar el bienestar material. Pero ¿qué se ha ganado? Este hecho solo es una demostración rigurosa.

¿Están en paz? tienen satisfecho su corazón todos esos hombres que, lejos de Dios, se agitan en el polvo de este mundo? Tal vez no se hayan oído jamás tantas quejas, tantos suspiros, tantos murmullos. Un movimiento, una conmoción espantosa lo ha puesto todo en movimiento, desde que se ha predicado y como recibido el absurdo, de que es necesario hacerse aquí atajo tan dichoso como sea dable: una tempestad deshecha lo ha desencadenado todo en medio de la sociedad, y pesa sobre todos los corazones un hastio y malestar indefinible: todos, todos vuelan azorados en pos de goces materiales; se clama por todos lados: paz! felicidad! y nadie las disfruta. ¿Cuánto no se ha inventado para proporcionarse lo que se llama placer? Sin embargo, ved y examinad atentamente todas las clases, y notareis que todos los rostros se hallan marcados con yo no sé qué signo fatídico, y que no se ven ni en la sociedad sino quejas, ayes, dolores, desconcielo, ¡insensatos nosotros! No acabamos de comprender que hay un doble crimen en el alejamiento de la Religión: crimen en rechazar el beneficio de Dios, y crimen en cerrar los ojos á las enseñanzas de la experiencia, buscando nuestra felicidad en las promesas vanas del mundo.

«Todo lo vi, dice Salomon, y de todo gocé: nada hay que no me haya grangeado; y he visto que en medio de todo no se encuentra sino tristeza, disgusto, aflicción. » *Y eso es todo!* decía Alejandro Magno, que había extendido su poder á todas las extremidades del mundo conocido; *¡y eso es todo!* ¡Ah! y cuán gran vacío dejan las grandezas del mundo! — «Todo lo he sido, decía el emperador romano Alejandro Severo, salido del rango de simple soldado para sentarse en el trono de los Césares: todo lo he sido, y he visto que todo, todo no me sirve de nada. » Ved, católicos, en boca de un emperador la expresión más sincera que termina treinta años de trabajos y de ambición venturosa. ¡Oh tierra! oh mundo! ¿así es como tratas á tus más favorecidos? Si, amados hermanos en el Señor, fuera de la Religión, por do quiera las mismas quejas, por do quiera el mismo lenguaje: la lista de las víctimas del mundo fuera sin duda alguna la nómina de cuantos han hecho gran papel en el mismo teatro del mundo. Recorred todas las condiciones, preguntad á todas las cla-

ses, todas viven en malestar de corazón. Muchos parecen, es verdad, venturosos, pero, semejantes á aquellos antiguos dioses que roían gusanos en los altares, el disgusto, el fastidio y desconcielo corren todas sus almas en secreto.

¡Ved pues aquí una conclusión que nadie puede recusar. Un corazón que se halla separado de la Religión no gozará jamás ni de sosiego, ni de satisfacción, ni de contento asegurado. En donde falta la religión no puede haber nada verdadero; jamás se han encontrado á un tiempo mismo los placeres de este mundo con los contentos del corazón. Toda alma constituida en alejamiento de la verdad religiosa, se halla en un penar continuo: gime, ansia, clama por la felicidad, y la felicidad no responde á sus ecos. Cansarse en vano en multiplicar azarosa sus goces materiales y aún espirituales en su sola esfera natural; beberá vanamente y con abundancia en la copa de los placeres: no hallará sino embriaguez desde luego, y después remordimientos. Preguntad, sino, á todos esos hombres alejados de Dios, el *por qué* de esa mortal tristeza que les consume y devora en ciertos momentos é intervalos; el *por qué* de ese malestar interior que los fastidia noche y día, día y noche; el *por qué* de ese disgusto, de esa sorda zozobra, de esa melancolía. — ¿Qué les falta pues? — ¡Ah! lo que les falta es eso que no puede darles nunca el mundo; la paz del corazón, que solo puede franquear nuestra santa y tierra madre la Religión.

«¡Ah! decía un filósofo mundano, escribiendo á uno de sus amigos: ¡ah! si los bienes de este mundo fuesen el camino que guía á la felicidad, pocos mortales hubieran dado con él con tanta facilidad como yo; y aún ninguno hubiera tenido mejor derecho de llamarse dichoso. Y bien, dispénsame tu pregunta, amigo mío; ¿has sido tan dichoso tú? » «Frecuentemente me lo he preguntado á mi mismo; y mi corazón me ha respondido siempre: ¡No! Yo no lo soy, ni lo fui jamás; los que desde la oscuridad en que vivo, admiran el brillo de mi opulencia, la suntuosidad de mi alojamiento, mis placeres diarios sin interrupción, me creen un hombre venturoso. Pero ¡ah! el artesano sosogado, que siente temblar su pavimento humilde al rápido ruido de mi coche, está muy lejos de pensar que yo soy cien veces más desgraciado que él. »

Volvamos ahora la vista, católicos, hacia un cristiano sometido sinceramente á la Religión; y ¿qué observamos? Cualquiera que sea su situación vive sosogado, en calma y buena armonía consigo mismo y con los demás; vive en fin tan dichoso como permite Dios al hombre que lo pueda ser en este mundo. Ama, cree, adora, pásanse tranquilos y serenos sus días, y espera sosogado el término de su

peregrinacion. a) Sea bendito vuestro nombre, Dios y Señor mio, y hágase vuestra voluntad así en la tierra de mi corazon, como en el cielo de vuestra morada. » ¡Oracion placentera á la vez que sencilla! Ella sola es un bálsamo universal de vida y de alegría para sobrellevar gustosamente los dolores de la vida, y para el cristiano es la razon y explicacion de todo su enigma de hombre. Rebose su corazon en la esperanza, e indálmase en el amor; y Dios le consuela de un modo tan fiero, que el sufrir por él es dulzura. Sabe cuanto tiene que saber, cuanto tiene que practicar; y la Religion, como una madre buena, compasiva, tierna, le tiende una mano para guiarlo, para sostenarlo en el áspero y tortuoso camino de la tierra; y con la otra le enseña el cielo, y se lo asegura.....

El cielo ¡ah! Haga el Señor Dios omnipotente que se graben en vuestros corazones esta palabra como última palabra de este nuestro discurso. ¡El cielo! Hé aquí la última expresion de nosotros mismos: el término sacramental de nuestra vida. ¡El cielo! Feliz el que haya creído, más feliz aún el que haya practicado por haber creído: nuestras miserias serian cambiadas allí en gozo, nuestras tinieblas en luz, nuestra flaqueza en gloria, nuestros trabajos en descanso, nuestros combates del tiempo en triunfos de la eternidad. Amen.

RELIGION.

(LA)

DEBE SER REVELADA.

III.

Fidèle fratres, ne formidat aliquo vestrum cor malum incredulitatis.

Mirad, hermanos, no hay en alguno de vosotros corazon malvado de incredulidad.

(Hebr. III, 12.)

Colegado yo en este vasto universo, como un átomo imperceptible, que se abisma en la inmensidad, ó como una sombra que desaparece delante de quien la mira, no sé de donde vengo, ni á dónde voy. Pre-

gunto á los que me rodean, y unos hombres sin probidad me dicen: todo tú vienes de la nada, y todo tú en breves dias serás nada. Pregunto á otros, en su exterior moderados, en sus costumbres virtuosos y en sus obligaciones exactos, y me responden: tu alma es inmortal, ella sobrevive á la muerte y corrupcion de tu cuerpo, y debe comparecer ante un Juez eterno, para ser premiada ó castigada segun sus virtudes ó desórdenes. Lleno de pavor y espanto al mirarme sumergido en esta terrible perplojidad, ¿á qué partido debo resolverme? Puede haber asunto para mí más interesante? ¡Luz increada! ¡Illuminadme, para salir con felicidad de las tinieblas que me rodean. ¿Es verdad que hay una religion? ¿Cuál de tantas como ha visto el mundo, es la verdadera? Nada hay más importante, más útil, más necesario que la averiguacion de esta verdad. No es simplemente un piadoso movimiento de mi celo, no es una vana y escrupulosa delicadeza de mi conciencia: es el interés mayor que puede presentarseme en todos los asuntos de la vida, el que me convida á instruirme en esta verdad. Que yo pierda mi empleo, mi hacienda, mis amigos, mi salud, mi libertad; que me vea perseguido, pobre, encarcelado ó enfermo; todo esto es de corta duracion, todo es transitorio y casi momentáneo; pero si hay una verdadera religion, que ofrezca un premio eterno á la virtud y un castigo eterno al pecado, y yo no la sigo, ni vivo segun sus leyes, mi desgracia será irrevocable por todos los siglos. ¿Quién me conducirá á los venerables tabernáculos de esta verdad luminosa? La razon y la fe sobrenatural. La primera me llevará en sus brazos hasta las puertas del santuario, y besando humillada sus lintelos, me entregará á la fe; para que me introduzca en sus misteriosos tabernáculos.

Preguntemos pues á la razon, y escuchemos su respuesta. Hay un Dios, me dice ésta, justo, eterno, sábio y omnipotente; debe haber, pues, una religion para darle culto; y si hay una religion, debe ser revelada. La razon habla y dice, que la existencia de un Dios demuestra la necesidad de una sola religion: primera verdad. La existencia de una sola y verdadera religion demuestra la necesidad de una revelacion divina: segunda verdad. La materia es importantísima; para tratarla cual conviene, pidámos la gracia. A. M.

1. Son irresistibles las pruebas de la existencia de Dios; de aquel Sér, principio de todo y fin de todo; de aquel Sér eterno en su duracion, omnipotente en su poder, sapientísimo en su intelgencia, perfectísimo en su santidad, justísimo en sus determinaciones, sin mezcla de vicio ni de imperfeccion y abismo inagotable de todas las

virtudes y perfecciones; de aquel Dios, de cuya existencia no puedo dudar, sino resistiendo con obstinación á las ideas más luminosas de mi recta razón. Yo existo, pero no existía un siglo ántes, y la razón me convence de que no hay en mí un poder para darme á mí propio la existencia. Lo mismo acontece á todos los hombres; luego todos han recibido su existencia de una primera causa, eterna, independiente, que existe por sí misma, y da la existencia á cuantas criaturas perciben nuestros sentidos. Si, amados cristianos míos; hay un Dios, y cuanto nos rodea lo demuestra. Los cielos publican su gloria y omnipotencia; la tierra se muestra enriquecida de sus dones; la belleza, la hermosura, la armonía, la fecundidad de la naturaleza presentan á mis ojos su magnificencia y adorables perfecciones. Si los efectos anuncian una causa; si el movimiento exige un primer motor; si los seres contingentes piden un principio de su existencia; si el orden y la simetría demuestran una inteligencia, que concibe, que compara, calcula y elige; cómo podremos dudar de la existencia de un Criador, sabio y omnipotente, que crea y conserva todos los seres? La inercia de la materia, las sublimes operaciones de nuestro entendimiento, la libertad de nuestra voluntad, la serie de generaciones, el espectáculo del universo; ¿cómo á tantas luces reunidas se podrá resistir la ceguedad del ateísmo; si es verdad que este monstruo realmente existe sobre la tierra? Si es imposible á un hombre negar la existencia del sol, cuya hermosa luz mira á sus ojos, y cuyo calor benéfico tocan todos sus sentidos, no es ménos imposible negar la existencia del Sol increado, Dios eterno, para el que usa con rectitud de su razón.

De la existencia pues de este Ser infinito en perfecciones, dimana necesariamente la idea de su soberanía y amor del orden; y de la unión de estas dos ideas dimana evidentemente la necesidad de un culto, y la necesidad de una ley. Ved ahí, carísimos, la religión. No perdamos de vista estos dos principios; sigámoslos fielmente, y deduciremos las consecuencias más luminosas.

Acabo de decir, que de la idea de un Dios dimana necesariamente el concepto que nuestra alma forma de su soberanía, principio y fundamento de un culto, y primer constitutivo de una religión. Si hay un Dios, es menester concebir un poder sobre el hombre que es criatura de este Dios, de quien esencialmente depende en el ser, en el existir y en el obrar. Dios le crió para algún fin, y éste no puede ser otro que el mismo Dios, porque él es fin esencial de todas sus obras. De este dominio soberano de Dios y de esta esencial dependencia del hombre, dimana en éste la obligación de dirigir á aquél su corazón y

sus obras, su alma y su cuerpo, pues lo uno y lo otro lo ha recibido de su magnífico y omnipotente bienhechor. Luego, si el hombre no dá culto á Dios, es evidentemente cierto que hace vana é ilusoria su dependencia, pues que en ninguna función interna ni externa la manifiesta; es evidentemente verdadero que entonces se sustrae de la indispensable obligación que tiene de recurrir á Dios con algún culto y homenaje en señal de su dependencia. Dios, en calidad de criador, tiene derecho innegable á la sumisión, al reconocimiento, á la confianza, á los respetos y al amor de su criatura: nada hay más natural, más justo y razonable, que el que exija un culto y una confesión de esta dependencia. El hombre, como criatura racional, ve y reconoce necesariamente en Dios, el autor de su ser, el árbitro de sus destinos, su bienhechor y su padre: ¿puede el entendimiento humano concebir una idea más natural y más justa que dar un culto de adoración al autor de su ser, de quien depende, al árbitro de sus destinos por su interés, á su bienhechor por reconocimiento, y á su padre por amor? Las relaciones de Dios con el hombre y del hombre con Dios, son los ilustres títulos que nos imponen la obligación de un culto, y dan razón de las instituciones religiosas, cuales son los sacrificios, las oraciones, los cánticos sagrados, las divinas alabanzas y los sentimientos de reconocimiento y amor que dirigimos al Omnipotente.

Aquí aparece ya la necesidad del culto interior y exterior con que confesamos nuestra dependencia y la soberanía de Dios. El culto interior, porque el hombre tiene un corazón y una alma espiritual, y la adoración, el amor, la confianza, la invocación, el reconocimiento, que constituyen el verdadero culto, dimanar del corazón y el espíritu; y el culto exterior, porque sostiene, alimenta, y manifiesta el culto interior, y porque es justo que la parte material del hombre, su cuerpo y sus sentidos contribuyan á glorificar á su Criador. He dicho con advertencia, que el culto exterior sostenía y alimentaba el culto interior, porque el hombre tiene necesidad de fijarse y variarse por los objetos sensibles. Resultaría inevitablemente una incertidumbre, una dislocada divagación de la mente y un extravío de la imaginación, si no se la fijase en algún piadoso objeto; y éste fastidiosa y se haría cuajoso, si nunca se variase por algún otro objeto virtuoso. Ved ahí la necesidad de los sagrados cánticos, del solemne aparato de los augustos sacrificios, del majestuoso espectáculo de las ceremonias religiosas, de la modestia y recogimiento que acompañan á una actitud decente y respetuosa. Y todo esto no contribuye poderosa y eficazmente á fijar la atención del espíritu, y á variar sus afectos para unir-

le virtuosamente con su Dios? ¿Quién puede dudarle, si no ha perdido su razón? También dije, que el culto exterior manifestaba y expresaba el interior. ¿Cómo podríamos sin él demostrar la uniformidad de nuestra Religión? ¿Cómo confesar que somos hermanos, que tenemos un mismo Padre en los cielos, y una misma fe en la tierra, con que le adoramos, bendecimos y glorificamos? Sin quemar incienso sobre sus altares, sin postrarnos en sus templos, sin publicar sus misericordias, sin darle públicas gracias por sus beneficios, sin pedir su protección en los apuros y necesidades, ¿cómo sostendríamos delante de los hombres nuestra religión? ¿cómo demostraríamos nuestra fe?

Dejamos demostrada la primera verdad: pasemos á la segunda, y veremos que de la existencia de Dios, dimana precisamente la idea que nosotros nos formamos del amor que tiene al orden, principio y fundamento de una ley, que es el segundo constitutivo de una religión. Hermanos míos, pensadlo bien. Un Dios, enemigo del orden ó indiferente por el orden, no podría ser más que un Dios ciego, que no conociese la perfección; ó un Dios malvado, que no quisiese lo que es esencialmente bueno; ó un Dios estúpido é indolente, que sumergido en una inercia letárgica, sin sabiduría ni providencia, entregase al hombre y aun á todo el universo á las ciegas leyes del acaso; ó sería un Dios absurdo é inconsequente, que estuviese en oposición con su propia naturaleza, que debe ser el orden esencial y primitivo, y con sus propias obras, cuya existencia y conservación exigen necesariamente el orden. Ved ahí unas consecuencias tan absurdas como necesarias, tan necesarias como contradictorias, que trastornan lo que establecen, y destruyen la existencia de Dios, que ellas suponen. Porque siendo Dios un ser infinitamente perfecto, precisamente ha de amar el orden, por ser este virtuoso amor una perfección que dimana del orden increado y eterno, que es el mismo Dios; y es imposible componer este amor del orden con entregar al hombre á los caprichos é inclinaciones de sus pasiones y apetitos, que ordinariamente se arrian al desorden; luego es preciso que Dios haya puesto límites y términos á los apetitos y pasiones del hombre; luego no, todo es lícito al hombre; luego hay unas cosas lícitas y otras no; luego hay unas cosas buenas moralmente y otras malas; luego hay una ley eterna y necesaria, que aprueba las buenas y que prohíbe las malas. Si, cristianos míos muy amados; todo esté preciso encadenamiento de verdades es evidentemente verdadero. Existe pues una ley divina, que es dimanada del cielo; una ley anterior á las de todos los pueblos é imperios de la tierra; una ley eterna, inmutable, universal, que indiferentemente obliga al fuerte y al débil, al tirano que oprime y al

esclavo que es oprimido; que condena los delitos ocultos entre las oscuras tinieblas de la noche, y los crímenes públicos y escandalosos. De lo contrario, Dios habría faltado á lo que se debe á sí mismo y á lo que pertenece á las criaturas. Por lo que á sí pertenece, no habría provisto suficientemente á la conservación y destino de los hombres, dejándolos sin las obligaciones mutuas y reciprocas que debían cumplir; y los hombres, nacidos para vivir en sociedad, como sus inclinaciones lo anuncian y sus necesidades lo demuestran, quedarían sin una luz, sin una regla, sin una ley que los uniese, que les conservase, y que de todas las órdenes del estado no formase más que una sola familia. En aboliendo esta divina ley, todas las leyes formadas por los hombres desaparecen, todos los derechos se confunden, todas las posesiones pertenecerían al primero que las invadiese. Si desterrais la ley divina, ninguna persona hay que tenga derecho á mandar; ninguna que esté obligada á obedecer; no habría desde entonces otra ley que la odiosa del que más puede; la licencia más desenfrenada no tendría otro freno que el antojo. La probidad, la buena fe, la subordinación, la fidelidad, todas las virtudes que forman y aseguran las sociedades, no serían más que quimeras y nombres vanos sin alguna significación. Es menester confesar como una verdad evidentemente clara, que existe una ley eterna, anterior á todas las leyes humanas, fundamento de todas las leyes humanas, y que estaría condenando eternamente lo malo y aprobando lo bueno, aunque faltaran todas las leyes humanas.

Advertid pues, carísimos, como de la idea que formamos de Dios como soberano, dimana la necesidad de un culto, y de la del mismo Dios como amante del orden, dimana la necesidad de una ley. Ved aquí la religión: ved aquí demostrada la necesidad de una religión. Verdad sensible y luminosa, de que nos dan testimonio los deseos de nuestro corazón y las luces de nuestro entendimiento. Si, señores; la idea de una religión es como ingérita en el hombre, nace con el hombre, es como el instinto natural del hombre. Dentro de nosotros mismos escuchamos un voz fuerte, que imperiosamente nos enseña la existencia de un Ser supremo, á quien debemos nuestros respetos; y ella misma nos dice, que aquel Ser eterno castiga el delito y premia la virtud; nos dice, que su brazo omnipotente nos amenaza, y su vista penetrante nos percibe entre las más oscuras tinieblas, como en el día más claro y más sereno. ¡Voz poderosa, que ni los esfuerzos del impío, ni el tumulto de las pasiones, ni la rebelión de los apetitos podrán jamás hacer callar! ¡Voz permanente! que se perpetúa de generación en generación por todas las edades del mundo! ¡Voz universal, voz general, que se hace oír desde el Oriente al Occidente, y

desde el Septentrion al Mediodia! En todos los pueblos, en todas las naciones, en todos los imperios, en todos los siglos, veo los hombres con alguna religion. Mientras hagan un recto uso de su razon, jamas abandonarán esta idea, y el imperio de la religion no se acabará mientras no se acabe el imperio de la razon. Este es el clamor de la naturaleza; esto enseña constantemente á la generalidad de los hombres, sin que el ejemplo de un pequeño numero de estúpidos pueda hacer sospechoso el testimonio universal del género humano; como el ejemplo de un corto número de dementes no hace dudosos los principios generales del sentido común. Decidme, ¿dónde hallaremos regla segura de la verdad, si lo que la naturaleza dicta á todos los pueblos y en todas las edades, no es verdadero?

Desterramos lejos de nosotros las blasfemias escandalosas de los que han pretendido hacer de la religion una quimera vana ó un frívolo fantasma. ¿En qué tinieblas de errores no se precipitaron aquellos ciegos, por cerrar obstinados los ojos de su razon á la demostracion de estas verdades! No hay religion, dicen con una boca blasfema y un corazón corrompido. Yo respondo: ¿no hay religion? Luego no tenéis otro temor que el de los hombres, ni otra esperanza que la vida presente, ni otro interés que el temporal, ni otro fin que hacer vuestro gusto; luego todo es licito, todo es permitido; luego, si vuestro interés lo pide, nada importan las injusticias, las extorsiones, las traiciones, los robos, los asesinatos, con tal que nada tengais que temer de parte de los hombres: si os poneis á cubierto de la vista de los hombres, os quelearéis sin removimiento de conciencia, aunque seais asesinos, ladrones, traidores ó injustos. ¿Podréis negarlo? Luego, si vuestro bien particular halla serle útil vender al amigo, deshonorar la mujer de vuestro hermano, derribar la autoridad legitima, trastornar la patria, intapar la tierra con la sangre de los hombres, con tal que las tinieblas ó la fuerza os aseguren la impunidad, nada malo hay en ser amigo infiel, hermano incestuoso, vasallo rebelde, mal ciudadano y tirano sanguinario y bárbaro. ¿No hay religion? Luego lo mismo merece una esposa del que una mujer adúltera, un hijo humilde que un criado soberbio, un padre de los pobres que un opresor de la humanidad paciente, un avaro que un caritativo, un hombre de bien que un bribon, un virtuoso que un malvado, siempre que todas estas operaciones y otras innumerables, se hagan sin testigos que las delaten, y sin noticia de los jueces temporales que las castiguen. ¿Pueden darse consecuencias más verdaderas, más claras, más naturales, más innegables, segun los principios de aquel abominable sistema? Oh Dios inmortal, en qué abismo de absurdos y de errores no

se despeña el hombre que niega ó abandona vuestra santa religion! ¿Sois bendito eternamente por vuestras grandes misericordias! Vos nos enseñais que hay religion: el culto que nos prescribís, y la ley con que nos lo mandais, me lo demuestran, diciéndome al mismo tiempo, que esta religion es una sola.

Si, amados oyentes; la idea de Dios es evidentemente incompatible con la multiplicidad de religiones. Leamos los anales del mundo, extendamos la vista por todo el teatro del universo; ¿qué nos enseñan las diferentes religiones que han reinado en él, ó que se practican en el dia? Vemos pueblos los más famosos en duracion, en artes y ciencias, pero divididos en diferentes cultos, que es justo examinar. Los unos erigian altares á la torpeza, al latrocinio, á la venganza, á la crueldad feroz y sanguinaria y á todos los vicios; ¡asombroso extravío del corazón humano, y ceguedad espantosa de la razon! Ellos honraban la divinidad con infamias que deshonoraban la humanidad. Los otros derramaban en honor de sus dioses, la sangre de sus huéspedes y de sus hijos, siendo bárbaros por celo y crueles por piedra. Estos se postraban religiosamente y ofrecian incienso á los bronces, á los mármoles, al oro, á la plata, al barro, á las plantas, á los animales, á los monstruos y á todo lo más vil de la naturaleza, negándose á su Autor. Aquellos, reconociendo un solo Dios, se dividian en sus opiniones sobre su naturaleza y operaciones, negando unos lo que afirmaban y establecian otros. Mánés decia, que habia dos principios eternos, uno del bien y otro del mal: Mahoma admite un solo principio y un solo Dios; pero un Dios ciego y sin poder, que somete á los hombres á las leyes insensatas de una ridicula fatalidad: Lutero, Calvino y sus sectarios, ni admiten los dos principios de Mánés, ni el fatalismo de Mahoma; pero, segun su doctrina, Dios es un tirano absurdo y bárbaro, que nos manda cosas imposibles, que nos compele al crimen, y nos castiga por haberle cometido. El católico, solo el cristiano católico, apostólico, romano, es el que abomina todos estos errores, y gloriosamente cree y confiesa, que Dios es uno y eterno, sabio y poderoso, misericordioso y justo, libre é independiente, fiel y verdadero. El solo confiesa, que Dios es, todo lo que no es en las otras sectas, que por mal nombre se llaman religiones.

Establecidos estos principios, que son unos hechos constantes é indisputables, razonemos de esta manera: es evidente que entré estas religiones hubo varias deshonestas é infames; luego, Dios, que es la santidad por esencia, no pudo ser honrado con sus desórdenes y torpezas. Es evidente que otras de aquellas fueron inhumanas y bárbaras, y es imposible que siendo Dios la bondad esencial primitiva,

pueda ser honrado por parricidios y asesinatos. Es evidente que aquellas eran absurdas ó insensatas; y Dios, que es la sabiduría infinita, no puede ser honrado con absurdos y extravagancias. Es evidente que las otras se combaten mutuamente, y recíprocamente se destruyen; y Dios, que es la verdad eterna, la verdad pura, la verdad indefectible, no puede aprobar como verdad en una parte, lo que reprobaba en otra como mentira y falsedad: es imposible que mande en un pueblo como virtud, lo que condena y reprueba como vicio en otro. Luego es evidentemente cierto, que estas diferentes religiones no pueden venir de Dios, ni ser todas agradables á su divina Majestad. La razon de esto es evidentísima, porque yo tocó con todos mis sentidos, y veo con todas las potencias de mi alma, que Dios no puede estar en perpetua contradiccion consigo mismo, y que hacer á Dios autor ó aprobante de todas estas religiones, es hacerle un ser absurdo y extravagante, que mira caprichosamente una misma cosa, ya como verdad, ya como mentira, ya como un crimen y ya como virtud. Es sin duda evidente, que entre todas estas religiones no puede haber más que una, que sea verdadera y aprobada de Dios. La verdad, siendo una é indivisible, no puede hallarse al mismo tiempo en religiones contradictoriamente opuestas, pues no habiendo más que un Dios, no puede haber más que una sola regla de fe, que son las verdades é divinos misterios que nos ha manifestado su adorable Majestad: que es la verdad por esencia; ni puede haber más que una regla de costumbres, que son las leyes y preceptos que nos ha intimado la voluntad eterna del que es la bondad suma. Evidentemente resulta de este prodigioso encadenamiento de verdades, que la multiplicidad de religiones es incompatible con la idea que tenemos de Dios; y hacerle autor de todas ellas, es lo mismo que atribuirle todos los vicios, todas las extravagancias, todas las contradicciones que en semejantes religiones ha visto y admirado el universo. Si no nos obstinamos en negar las evidencias, es menester confesar de buena fe, que hay un solo Dios y una sola religion, como lo dejamos demostrado. Réstanos hacer palpable, que esta única, sola y verdadera religion ha de ser precisamente revelada.

2. El hombre, en el estado presente de ceguedad y depravacion en que se halla, sea cual fuere la causa, no puede honrar á Dios, conocer su voluntad y unirsele por amor, sinó por dos medios, á saber, por la razon ó por revelacion; por la religion natural ó por la religion revelada. Debemos, pues, ante todas cosas, explicar estos términos. ¿Qué es religion natural? Es la voz de la naturaleza y de la razon, que nos intima la ley eterna, y nos enseña que hay un Dios, de quien

dependemos, y á quien debemos nuestros cultos religiosos. Llámase ley natural ó religion natural, porque la concebimos con solas las fuerzas de nuestra naturaleza ó de nuestra razon. Y qué es religion revelada? Son los oráculos dimanados inmediatamente de Dios; ó de otro modo: es la voz de la divinidad que habla y enseña al hombre con otra voz superior á la de la simple razon. Se llama revelacion, porque Dios se ha dignado manifestar las verdades que ella nos descubre y enseña. Determinadas las ideas de la religion natural y de la religion revelada, nos falta examinar, si la religion natural es suficiente para que el hombre cumpla sus obligaciones para con Dios, para con el prójimo y para consigo mismo, ó no lo es. Ved aquí, cristianos míos muy amados, todo el fondo de la cuestion. Si la religion natural es suficiente, no es menester religion revelada; si la religion natural no es bastante, resultará precisa y absolutamente necesaria la religion revelada; no hay equívoco. Si establezco pues irresistiblemente la insuficiencia de la primera, deixo invenciblemente probada la necesidad de la segunda.

Y desde luego pregunto: ¿cuál debe ser la religion digna de Dios y digna del hombre? Será aquel monstruoso compuesto de infamias, extravagancias, contradicciones, errores, ineptias y crueldades que nos ofrece el gentilismo, el mahometismo y otros fantasmas de religion, que han sido y son el oprobio, vergüenza y confusion del espíritu humano? No, ciertamente. La religion verdadera y legitima es un verdadero comercio entre el cielo y la tierra; es un medio, por el cual Dios se une al hombre, y el hombre se une á Dios, honrándole con homenajes virtuosos, Dios se une al hombre manifestándole su naturaleza y sus admirables atributos; y el hombre se une á Dios por el culto legitimo con que le adora; Dios se une al hombre manifestándole el camino por donde debe andar; y el hombre se une á Dios marchando por el camino que Dios le ha señalado; Dios se une al hombre por las promesas que le hace; y el hombre se une á Dios, cumpliendo las condiciones con que Dios se las ofrece; Dios se une al hombre por las gracias con que le previene y los beneficios que le hace; y el hombre se une á Dios por el firme agradecimiento con que las conserva. Ved aquí la religion considerada en Dios que debe ser adorada, y en el hombre que debe adorarle. De esta idea sencilla, pero sólida é indubitable, se deducen evidentemente estas consecuencias: luego la religion es una regla. Es una luz que ilustra nuestro espíritu; es una regla que rectifica nuestro corazon. ¿Podrán negarse unas consecuencias tan sensibiles y evidentemente verdaderas? Pues ahora yo añado, que si no hay una revelacion, está la religion natu-

ral tan lejos de ilustrar nuestro espíritu, que nos arroja y sumerge en las más oscuras tinieblas; y si no hay una revelación, la religion, en vez de rectificar nuestro espíritu, nos conduce á los más deplorables extravíos. Dos principios, que bien probados, demostrarán la insuficiencia de la religion natural, y la necesidad absoluta y precisa de la revelacion.

Acabo de decir, y lo repito, que faltando la revelacion, la religion no haria más que sumergirnos en las más oscuras tinieblas sobre la divinidad, sobre el culto y la moral. Reflexionad que la religion, su conocimiento y su observancia, es de una necesidad indispensable para todos los hombres, para todos los estados, para todos los pueblos; es necesaria en los sencillos cultivadores del campo, y en los políticos más profundos; todos los hombres somos hijos de nuestro Padre celestial, todos tenemos obligacion de honrarle con nuestros cultos religiosos; todos debemos conocer y cumplir nuestras obligaciones para con Dios, para con nosotros mismos y para con nuestros semejantes. Luego, si Dios no nos ha revelado estas tres obligaciones, ved ahí al hombre entregado á las perplejidades más horribles; ved ahí al hombre reducido á uno de estos dos extremos; á seguir una religion arbitraria, ó formarse un sistema de religion. Es inevitable esta formidable alternativa, si se niega la divina revelacion. Si él sigue una religion arbitraria, se expone á ofrecer á Dios un culto impuro é insuficiente, á seguir una moral viciosa y criminal, y conformarse á una religion compuesta de vicios y extravagancias. Muchos siglos há que el mundo idólatra y el mahometano nos están dando una prueba harto sensible de esta verdad. Si al hombre trata de formar por sí mismo un sistema de religion, ¿cómo podrá realizar este proyecto la mayor parte de los hombres que habitan la superficie de la tierra, á quienes la falta de talentos, la furbulencia de las pasiones, la brevedad de la vida, la multitud y embarazo de los negocios, absolutamente se lo imposibilitan? Pero supongamos que haya unos pocos adornados de un génio feliz, de una vida desocupada y tranquila, que puedan entregarse á formar un plan de religion por medio de serias reflexiones y meditaciones profundas; si éstos pocos no son alumbrados por la luz de la revelacion, ¿en qué laberintos no se enredarán, en qué abismos de tinieblas no se sumergirán sobre el culto, la moral y la divinidad? Bien claro lo vemos en aquellos ilustres ingenios de la antigüedad profana, que osaron formar sistemas de religion.

Confesemoslo de buena fé; sin la revelacion divina, la religion es imposible; pero con ella luego encontramos un camino corto y fácil,

un camino fecundo y universal, un camino seguro é infalible para conducir los hombres á lo verdadero y á lo honesto. Si, cristianos carísimos; la revelacion es un camino corto y fácil; ella nos dispensa de fatigarnos con profundas meditaciones y exámenes prolijos, de que no son capaces el mayor número de los hombres. Dios habla; ya no tenemos necesidad de otra cosa que de escucharle y creerle. Por este medio sabemos sin trabajo las ideas que debemos formar de la divinidad, el culto que debemos tributarle y las reglas de costumbres que debemos seguir. La revelacion es un camino fecundo y universal; hecho con todo el aparato de Majestad divina á una nacion entera y numerosa, consignando en libros auténticos y sagrados archivos su origen, comunicado sin alteracion á las generaciones siguientes, y entendido de todos, los grandes y los pequeños, los ricos y los pobres, los sábios y los ignorantes. La revelacion es un camino seguro é infalible; siguiéndola, nadie se extravía; caminando por ella, nadie se pierde; Dios ha formado ese camino, y Dios es el camino, la verdad y la vida. Los divinos oráculos no dejan lugar á la perplejidad ni á la duda; ellos son una luz que ilustra á todo hombre que habita en el mundo, y se deja sentir de todo racional. Por este camino hemos llegado á tener conocimientos más verdaderos, más justos y más sublimes de la divinidad, de la moral y del culto, que cuantos tuvieron los mayores sábios de la antigüedad pagana.

Advertid, cristianos míos, que no solo dije poco há, que sin revelacion la luz de la religion natural no solo no nos ilustra, sino que nos cegaba, arrojándonos en las tinieblas de los errores y pecados, como habeis oído; tambien añadí, que sin ella la religion natural no solo no rectificaba nuestro corazon, sino que le extravaiaba de lo honesto y virtuoso, y le arrastraba á los desórdenes más groseros. Ya sabeis que es un principio cierto é incontestable, que el hombre es formado para observar una religion. Pero de este principio conocido y cotizado de todos, ¿qué horribles consecuencias no se han sacado, cuando privados los hombres del beneficio de la revelacion, han seguido solamente las débiles luces de la religion natural! ¿Qué horrores, qué atentados, qué infamias no consagrará una religion arbitraria y mal entendida! De esta voz, religion natural, mal entendida, han nacido las ilusiones del espíritu y la corrupcion del corazon. De esta voz, mal entendida, se vieron salir las culpables extravagancias de la idolatria, los monstruosos delirios de la metempsiocosis, las rarezas de la magia, los delirios del sortilegio y las necesidades de la supersticion. Esta voz, mal entendida, produjo los furores del fanatismo, los derramamientos de sangre humana para dar culto á los vanos si-

muleros, y que los mismos padres, transformados en unos bárbaros y crueles patriarcas, ofreciesen sus hijos al diolo Moloch en los tiempos antiguos; y ella misma, en los presentes días, enseña á los infelices indios á sacrificar á los manes de un ilustre muerto sus esclavos y sus mujeres. Esta voz arbitraria y mal entendida, condujo á los romanos y á los griegos al extravío horrendo de transformar los vicios en virtudes, erigiendo templos y levantando altares, en medio de Roma, de Atenas y de Páfos; á la más brutal de las pasiones, la impureza. ¡Válgame Dios! hoy mismo, en nuestros mismos tiempos, esta voz mal entendida, precipita de error en error á esa tropa orgullosa de soberbios, impíos y libertinos, en quienes se hallan tantas religiones como cabezas, y cuyos principios opuestos y contradictorios, no se uniforman sino para abrir la puerta á los vicios y aborrecer la verdadera religion. En suma, esta voz arbitraria y mal entendida, *RELIGIO NATURAL*, dió ocasion á un famoso impío para imputar injustamente á la Religion los extravíos, los desórdenes y males que nacen del olvido de la revelacion. *Tantum religio potuit suadere malorum!*

Es pues menester confesar como una verdad cierta y constante, que la religion puramente natural no es una religion suficiente, sea que se la mira de parte de Dios, ó de parte del hombre. Ella es el fundamento de la religion; pero no es, ni puede ser todo el edificio; ella restringe el dominio y soberanía de Dios, dispensando al hombre de la sumision y obediencia que debe á sus leyes y preceptos positivos; ella expone la sanidad de Dios á un culto impuro ó insuficiente, como tantos que se la han tributado con el más grosero error; ella ataca la sabiduría de Dios, que no le ha manifestado bastante claro su voluntad, según se le figura; y ella misma abisma al hombre en las más oscuras tinieblas, le expone á los precipicios más funestos y le extravía por los desórdenes más deplorables.

Y si la religion puramente natural es insuficiente, como lo acabamos de oír, ¿qué será oscurificada y manchada con los vicios del ateísmo y delísmo? No, amados cristianos míos; la religion, si alguna tienen unos hombres tan ignorantes, no puede ser la religion que el cielo promete, por ser una religion que la razon condena. Llémos de horror y espanto al responderme. ¿Qué podremos pensar de una religion que no cuenta en todos los siglos más que un puñado de hombres esclavos de sus cuerpos y pasiones? ¿Qué nos pueden oponer á los millones de hombres virtuosos y santos que cuenta el cristianismo en los fastos de su historia, más que un cierto número de personas sujetas á los vicios por principios de su creencia y por inclinacion de su naturaleza? ¿hombres que se entregan á los desórdenes sin remem-

dimiento y sin susto, sin temor más que de la vista de los otros hombres? ¿Qué podremos pensar de los que niegan la existencia de Dios, la inmortalidad y espiritualidad de nuestras almas, la diferencia entre la virtud y el vicio, las recompensas del bueno y los castigos del malo? ¿Qué podremos pensar de los que se persuaden que la materia es capaz de pensar, y que los hombres no se diferencian en el ser que los anima, de los animales y las fieras? Y ¿qué diremos de los que confesando la existencia de Dios, le despojan de su providencia y justicia, formándose un Dios á su manera, sin recompensas y sin castigos? ¿un Dios que mira con indiferencia los crímenes más vergonzosos y las más heroicas virtudes? ¿un Dios, en cuya presencia es lo mismo ser malvado que justo? ¡Blastemos escandalosos! la razon reclama contra vuestros detestables principios. Un sentimiento natural é inextinguible los combate y los desmiente. El fundamento ruinoso sobre que levantai el sistema loco del fantasma de vuestra religion, se desmorona y deshace al primer encuentro de la sana razon. Tenemos demostrado, que la religion natural es insuficiente; que la revelacion es absolutamente necesaria; que Dios ha hablado á los hombres por otro modo más alto que por las luces de la razon, y que hay una religion revelada. Pruebas sólidas é irrefragables, que solo podrán negar, ó dudar de su solidez los que se obstinan en cerrar los ojos de su entendimiento para no ver la verdad.

Sin embargo, ¡gran Dios! qué poco servirá que yo hable al entendimiento, si vos no hablais al corazon! La elocuencia humana, según el dicho de vuestro apóstol Pablo, no es más que voz sonora de una campana bien fundida. La razon puede probar y establecer la necesidad de una revelacion; pero solo vuestra divina gracia puede someter á la revelacion nuestros espíritus y nuestros corazones. Imprimid, Dios de misericordia, fijad profundamente en nuestra alma estas dos importantísimas verdades: la necesidad de una religion, y la necesidad de una revelacion; y seremos inmediatamente discípulos de la religion verdadera. Si, cristianos míos muy amados, seamos dóciles á los dogmas de nuestra santa religion, fieles á sus leyes, religiosos en sus templos, frecuentes en la participacion de sus adorables sacramentos, y continuos en la asistencia de sus venerables sacrificios. Manifestemos con las obras la pureza de sus mandatos, viviendo humildes, laboriosos, modestos, benignos, afables, bienhechores y caritativos. Busquemos en todas nuestras operaciones la mayor gloria del Señor, la utilidad espiritual de nuestros prójimos y nuestra propia santificacion. La paz y la dulzura habitarán en nuestros corazones, y amables á Dios y á los hombres, pasaremos tranquilamente nuestra

peregrinacion sobre la tierra, y seremos colocados despues, en premio de nuestras virtudes, en las puras y eternas delicias de la gloria. Amen.

RELIGION PRÁCTICA.

Deum time, et mandata eius observa: hoc est enim omnis homo.

Teme a Dios, y guarda sus mandamientos: porque esto es el todo del hombre.

(Ecc. xii, 13.)

La religion del corazón es sin duda la primera y la mejor de las afecciones del alma: no hay nadie que quiera excluir la presencia, disipar la dotura de ella. Justamente pues, se consagrará el más magnífico lenguaje para celebrar las aspiraciones del alma hacia el Dios que la ha criado, que la atrae á su amor y quiere unirle á su beatitud infinita. Todos los sentimientos elevados, generosos y sinceros del hombre se reúnen y forman una alianza que parece natural con el sentimiento religioso. El génio, en los días, en las horas de su mayor expansion, encontrará en su grandera y en su gloria el más solemne, el más bello testimonio de esa aspiracion religiosa, que es en el fondo la parte más poderosa y más fecunda de la vida de la humanidad. Bien; pero eso no basta.

¿Seria pues posible, que en el número de los hábitos aceptados y justificados por hombres graves, debiéramos colocar, aprobándolo, el de una vida que sigue su curso sin ninguna religion verdaderamente práctica? No, sin duda alguna.

Sin embargo, ¿qué presenta el mundo á nuestras miradas, en medio de consuelos cuyo poder no pretendo de ningún modo debilitar, aún despues de los días bendecidos que acaban de pasar?

Es menester confesarlo; hombres, depositarios de los destinos de la sociedad, ó á lo ménos de la familia, nos ofrecerán el espectáculo de una existencia que no se vé animada por ninguna expresion práctica de creencia y de culto; la religion está ausente de su vida; su

lenguaje no les es conocido; ellos no sienten sus inspiraciones, ó no las aceptan; sus relaciones, sus alianzas, sus actos no aparecen á los ojos que los buscan. El más animoso esfuerzo de caridad puede solo llegar á suponer, que aún sobrevive el pensamiento religioso en tales almas; pero que dormita inerte, estéril, oculto bajo las espesas nubes de la ilusion.

Pero respecto de nosotros, que sentimos la fé vivificante dentro de nuestros pechos, nosotros reconocemos su necesidad y buscamos su apoyo; nosotros, que ni siquiera concebimos el estado de un alma sin el acto de la vida práctica de la religion, nosotros no podemos pasar, viajeros descuidados é indiferentes, al través de esta patria terrestre, sin deplorar ese mal inmenso, esos ataques crueles de una muerte que deshereda toda esperanza. Nosotros debemos sondear sin temor las profundidades de ese sepulcro que queda abierto para un crecido número, de ese sepulcro, donde cuen los bienes de la inteligencia, los del corazón y la virtud con las acciones más heroicas y más puras. Nuestra voz, animándose con todo el impulso de la verdad que se ama, y del celo que se siente por las almas, debe prevenir á las generaciones perezosas ó extraviadas, á fin de hacer resonar en sus oídos la hora del despertar y del arrepentimiento.

En el momento que nos reunimos en esta santa casa, cumplo con esta mision; yo quiero fortalecer á los unos, ilustrar á los otros, si es posible; quiero decir, con toda la energía de mis convicciones, que la religion debe ser práctica para todos, es decir, expresada por actos, por el culto y por la fidelidad exterior tanto como interior de toda la vida. Imploramos primero los auxilios necesarios: A. M.

1. La religion encierra en su seno condiciones y caracteres inseparables de su naturaleza. Estas condiciones, estos caracteres constitutivos y conservadores de la religion misma, la demuestran, la hacen necesariamente práctica; de suerte, que una religion especulativa, una religion puramente intelectual y de sentimiento, es una quimera sin realidad, un sueño como otro cualquiera, una decepcion funesta y lamentable. Hé aqui con este motivo dos principios que recomiendo á vuestra particular atencion.

El hombre es esencialmente el sér activo y práctico; la religion hecha para el hombre es tambien esencialmente práctica; ésta no podria consistir únicamente en una simple teoria, en una sensibilidad vaga y estéril. La sociedad humana vive con una vida práctica expresada por instituciones y por actos; la religion, fundamento y sancion de la vida social y de la civilization, debe ser necesariamente

peregrinacion sobre la tierra, y seremos colocados despues, en premio de nuestras virtudes, en las puras y eternas delicias de la gloria. Amen.

RELIGION PRÁCTICA.

Deum time, et mandata eius observa: hoc est enim omnis homo.

Teme a Dios, y guarda sus mandamientos: porque esto es el todo del hombre.

(Ecc. xii, 13.)

La religion del corazón es sin duda la primera y la mejor de las afecciones del alma: no hay nadie que quiera excluir la presencia, disipar la dotura de ella. Justamente pues, se consagrará el más magnífico lenguaje para celebrar las aspiraciones del alma hacia el Dios que la ha criado, que la atrae á su amor y quiere unirle á su beatitud infinita. Todos los sentimientos elevados, generosos y sinceros del hombre se reúnen y forman una alianza que parece natural con el sentimiento religioso. El génio, en los días, en las horas de su mayor expansion, encontrará en su grandera y en su gloria el más solemne, el más bello testimonio de esa aspiracion religiosa, que es en el fondo la parte más poderosa y más fecunda de la vida de la humanidad. Bien; pero eso no basta.

¿Seria pues posible, que en el número de los hábitos aceptados y justificados por hombres graves, debiéramos colocar, aprobándolo, el de una vida que sigue su curso sin ninguna religion verdaderamente práctica? No, sin duda alguna.

Sin embargo, ¿qué presenta el mundo á nuestras miradas, en medio de consuelos cuyo poder no pretendo de ningún modo debilitar, aún despues de los días bendecidos que acaban de pasar?

Es menester confesarlo; hombres, depositarios de los destinos de la sociedad, ó á lo ménos de la familia, nos ofrecerán el espectáculo de una existencia que no se vé animada por ninguna expresion práctica de creencia y de culto; la religion está ausente de su vida; su

lenguaje no les es conocido; ellos no sienten sus inspiraciones, ó no las aceptan; sus relaciones, sus alianzas, sus actos no aparecen á los ojos que los buscan. El más animoso esfuerzo de caridad puede solo llegar á suponer, que aún sobrevive el pensamiento religioso en tales almas; pero que dormita inerte, estéril, oculto bajo las espesas nubes de la ilusion.

Pero respecto de nosotros, que sentimos la fé vivificante dentro de nuestros pechos, nosotros reconocemos su necesidad y buscamos su apoyo; nosotros, que ni siquiera concebimos el estado de un alma sin el acto de la vida práctica de la religion, nosotros no podemos pasar, viajeros descuidados é indiferentes, al través de esta patria terrestre, sin deplorar ese mal inmenso, esos ataques crueles de una muerte que deshereda toda esperanza. Nosotros debemos sondear sin temor las profundidades de ese sepulcro que queda abierto para un crecido número, de ese sepulcro, donde cuen los bienes de la inteligencia, los del corazón y la virtud con las acciones más heroicas y más puras. Nuestra voz, animándose con todo el impulso de la verdad que se ama, y del celo que se siente por las almas, debe prevenir á las generaciones perezosas ó extraviadas, á fin de hacer resonar en sus oídos la hora del despertar y del arrepentimiento.

En el momento que nos reunimos en esta santa casa, cumplo con esta mision; yo quiero fortalecer á los unos, ilustrar á los otros, si es posible; quiero decir, con toda la energía de mis convicciones, que la religion debe ser práctica para todos, es decir, expresada por actos, por el culto y por la fidelidad exterior tanto como interior de toda la vida. Imploramos primero los auxilios necesarios: A. M.

1. La religion encierra en su seno condiciones y caracteres inseparables de su naturaleza. Estas condiciones, estos caracteres constitutivos y conservadores de la religion misma, la demuestran, la hacen necesariamente práctica; de suerte, que una religion especulativa, una religion puramente intelectual y de sentimiento, es una quimera sin realidad, un sueño como otro cualquiera, una decepcion funesta y lamentable. Hé aqui con este motivo dos principios que recomiendo á vuestra particular atencion.

El hombre es esencialmente el sér activo y práctico; la religion hecha para el hombre es tambien esencialmente práctica; ésta no podria consistir únicamente en una simple teoria, en una sensibilidad vaga y estéril. La sociedad humana vive con una vida práctica expresada por instituciones y por actos; la religion, fundamento y sancion de la vida social y de la civilization, debe ser necesariamente

práctica ella también, realizarse con leyes, y manifestarse por medio de las acciones del hombre y del cuerpo social. En resumen, el hombre es práctico, la religión debe serlo; la sociedad es práctica, el hombre debe serlo también. Estas dos ideas, señores, son dignas de serias meditaciones.

El hombre es práctico; la religión debe ser práctica. Cuatro pensamientos esclarecerán esta verdad. Yo puedo caracterizarlos en estos términos: la analogía de los hechos, la lengua vulgar, la razón metafísica ó esencial de las cosas, la naturaleza y el fin mismo del hombre. Si el hombre, en su naturaleza y en su vida, pudiese ser concebido como capaz para todo destino, de cierto equilibrio intelectual de ideas y de teorías; si pudiese ser concebido para llenar una misión aquí abajo y llevar á un término su existencia, como capaz solamente de especulaciones, en vez de actos, de efectos positivos cumplidos y realizados, yo concebiría también una religión puramente especulativa y teórica, relegada, por decirlo así, á la cima nebulosa del pensamiento humano, en la región de la razón pura, sin descender jamás al dominio positivo y práctico de los actos. Pero, si yo estudio, si yo considero atentamente al hombre, su poder, su actividad, la sensibilidad que le es propia, la energía y la necesidad de su naturaleza, veo que el hombre es esencialmente, necesariamente práctico, es decir, que necesariamente expresa, realiza, pone en acción lo que ocupa y llena su alma. En verdad, todas las cualidades interiores del hombre, todas sus facultades, no son más que un principio de operaciones y acciones exteriores; y cuando se quiere formar una idea exacta de lo que puede ser la vida, de lo que es la vida, es menester definirla necesariamente: «el principio interior de la actividad que reside en nosotros.»

Si se vive, es para obrar; cuando no se obra, es que ya no se vive. Si pues la religión existe y vive realmente en un corazón, necesariamente tiene que obrar, que producirse, que realizarse cada vez más activa y eficaz; y lo que prueba esto, en primer lugar, es la analogía de los hechos. ¡Ociedad, señores, tomando los hechos con toda su sencillez, ¿es la ternura del niño hacia su madre real y viva, cuando ninguna palabra, ningún acto, ninguna expresión, ningún testimonio viene á confirmar su realidad, su presencia? No, sin duda... Pues bien; ¿cómo la religión del corazón, la religión del pensamiento sería profunda en un alma? ¿Cómo la adoración sincera del corazón sería una verdad sin verla jamás exhaltarse en los acentos de la oración, sin que se exprese y explique por medio de un culto positivo y práctico? Ciertamente, señores, y no es necesario que yo lo diga, un

mérito grande de las cosas terrestres consiste en tener un espíritu práctico, ideas prácticas: vosotros convendréis en ello sin dificultad; y todos debemos pedir á Dios que nos libre, para la dirección de los negocios, para la influencia en la sociedad, que nos libre, digo, de los espíritus especulativos y soñadores, amigos de consideraciones y teorías brillantes, pero faltos de ejecución y de acción. La ejecución, la acción... Pero justamente ahí se encierra el verdadero poder del hombre; ahí está su gloria, su grandeza, porque ahí está su fuerza verdadera expresada y realizada.

Todo, en el mundo moral, nos enseña que la acción debe seguir á la facultad y al pensamiento; que el pensamiento y la facultad no son nada, absolutamente nada, si no se explican por medio de actos; que por eso mismo, la religión debe de ser expresada, ejecutada y realizada en las acciones de la vida. No es misericordioso quien quiere, sino solo el que socorre el infortunio. Vosotros veis, que este hecho tan sencillo viene á probarlos que la religión necesita y debe ser expresada y practicada. ¿Qué se querría, pues?... ¿Qué la religión fuese en el mundo la única facultad, el único poder ideal é imaginativo? ¿Qué ninguna ley soberana del Criador, que ninguna obligación convirtiese á la religión, al culto en regla positiva y práctica, impuesta á la vida entera del hombre?... Eso no es posible, y el error sirve aquí de prueba evidente de la verdad.

En efecto, todas las religiones falsas que se han producido en el mundo han sido practicadas. El vicio y la mentira se erigieron en culto, tuvieron sus altares, sus sacerdotes, sus sacramentos; en la aplicación hubo un horrible desorden; pero la verdad existía en el principio, en la acción, en la misma realización necesaria del sentimiento religioso. Porque, comprendido bien, si no hay esa expresión positiva y activa, preciso es decir, ó que la religión no existe, ó que es muy poca cosa. Esto es lo que demostrará palpablemente á todos los que me escuchan, la lengua vulgar, esa lengua del sentido común, ese tipo de la verdad.

Yo preguntaré de buena gana á la franqueza de la lengua vulgar: ¿qué es el hombre sin religión? y ella me dirá: un hombre sin religión es aquel que no practica ninguna, aquel que en su vida, en los actos de su vida, en la conducta de su existencia, no demuestra, no realiza ninguna fe religiosa. Sí, según la lengua vulgar y la expresión del buen sentido popular; es ese un hombre sin religión. Y no pretendo negar el pensamiento religioso, el sentimiento religioso, la especulación; pero en lo verdadero, para que haya un dato positivo, para que pueda ser reconocida la realidad de una existencia, es necesaria al

pensamiento, al sentimiento, á la especulacion, á la teoría, una práctica: una religion no practicada no es una religion. ¿Quereis todavía interrogar la expresion y la lengua de la verdad y del buen sentido en las cosas que pueden pasar por las más especulativas? Pues bien; la ciencia misma, esa corona de inteligencia, la ciencia, oido bien vosotros los que os entregais al estudio; la ciencia no logra verdadera gloria sino á condicion de ser realmente práctica, de tener por objeto, por fin, por ley única, el de simpimir ó aliviar alguno de nuestros males, el de producir algun bien más en la tierra.

Pero vosotros me direis quizá: la filosofía, por ejemplo, ¿no es una ciencia especulativa? Yo respondo; la filosofía no es la primera de las glorias de la inteligencia humana (realmente, á lo ménos); la filosofía no está colocada tan encima de las otras ciencias sino á condicion de servirles de regla, de guía, de ordenador; á condicion de poder ser ella misma aplicable á las otras ciencias, al bien de la sociedad y de la vida humana; á condicion de depositar en las inteligencias que ella ilumina, esos principios fecundos de orden, de verdad, de lógica; principios tan preciosos, que influyen visiblemente sobre el bien moral de la humanidad, de las sociedades y de los individuos. Si fuese cierto que hubiera en el espíritu humano ideas solo por tener ideas, teorías solo por teorías, especulaciones solo por especulaciones, sin que debieran entrar jamás en el mundo real (lo cual es imposible); en ese caso yo diría: eso no es la humanidad; eso no es el hombre, ni su energía, ni su poder, ni su destino. Cuando la religion se halla encerrada de esa suerte en la religion indefinida de la especulacion, la religion no es tampoco la religion. Así se explica la lengua vulgar, la lengua usual.

Permitid que insista todavía en ello; porque la cosa es importante. Yo tengo tanto interés en atraer á aquellos que no han creído aun á Dios, á aquellos que no practican la fe, que os ruego, que me permitais apoyar las verdades que expongo desde esta cátedra en las razones íntimas y naturales de las cosas accesibles á todo el mundo, á fin de que la conviccion que existe ya en la mente de todos, adquiera la claridad del medio día. Sin la práctica para realizar las doctrinas, ¿qué seríamos? ¿Cómo conoceríamos el bien, el mal, el honor, la infamia?... Seria imposible. ¿Para qué servirian los pensamientos, los afectos sublimes que no habian de ser secundados por acto alguno? ¿Qué serian las virtudes más heroicas y más bellas, si ninguna cosa las atestiguara? ¿Qué seria el patriotismo sin sacrificio positivo? ¿Qué seria el valor si no se afrontaba ningun peligro? Todo esto no serviría de nada. Pues bien; lo mismo sucede con la religion. Se es bue-

no, irritable, duro, caritativo, exigente, blando, en virtud de la prueba, en virtud de la realizacion; religioso y cristiano del mismo modo.

Cualquiera que sea la disimulacion de la voluntad en esta materia, cualquiera que sea la agudeza del ingenio del hombre y su propension á lo vago é indefinido de las especulaciones y teorías, es menester llegar siempre á esta verdad necesaria y lógica, al mismo tiempo que es de una experiencia irrecusable: que toda la religion sincera y viva se expresará y realizará necesariamente en la práctica. Si no fuera y no se viera esto así, entónces, el hombre estaria trunco, el hombre estaria mutilado; careceria de su verdadero y principal honor; no tendria á la faz de su Criador, á la faz de la sociedad humana, á la faz de sus hermanos, esa expresion augusta que debe circundar su frente, esa corona inmortal que debe brillar en su cabeza; él no revelaria en la tierra el hijo y heredero de los cielos. La fe no es nada sin la expresion, sin la práctica de la religion. Yo quisiera hacer comprender bien esta verdad, porque ella abraza al hombre entero, puesto que, en definitiva, el destino íntimo del hombre, su fin primero y último en la tierra es ir á buscar á Dios, acercarse á él, alcanzarlo para poseerlo un día. Esto es lo que nos dice el pensamiento revelado: «Teme á Dios, observa sus mandatos: esto es el todo del hombre.» *Deum time, et mandata ejus observa; hoc est enim omnis homo.*

No creo que necesito repetir, que el hombre es práctico en sus hábitos, en su vida, en la union lógica y necesaria de sus actos y de toda su conducta: vosotros lo sabeis seguramente. Pero tened cuidado, porque hay consejos que suben del corazon, ilusiones que provienen de un secreto imperio, y entónces el entendimiento se oscurece, la fuerza se pierde; lo que se ha querido, lo que ha sido prometido, prometido á Dios y á sí mismo ejecutar y realizar en la vida, todo eso desaparece. No olvidéis pues, que si el hombre es práctico y activo, activo para el mal (vosotros lo sabeis demasiado), como para el bien, debe ser igualmente activo para la religion. Yo debo, sin embargo, apoderarme de las inconsecuencias que son tan comunes en la vida, á fin de defenderos de vosotros mismos, de defender de ellos mismos á los que no hubieran llegado todavía á ese resultado bendecido que hemos buscado con tanto anhelo en los dias que acaban de pasar. ¿No es verdad que amais la patria? El hogar paterno es vuestro asilo sagrado, donde vais á refugiarnos con vuestros amargos dolores, con vuestros tiernos afectos... Pues bien, ¡practicad la religion en vuestra vida, que ella es la verdadera gloria, la grandeza de la sociedad y de la patria!

2. El hombre es esencialmente activo y práctico; la religión debe ser también activa y práctica por la naturaleza de las cosas, según acabo de decirlo. Ahora bien; la sociedad humana es práctica; la religión, que es también una sociedad, debe ser una sociedad práctica. Así como en el estado, en la sociedad civil, el miembro verdadero, el miembro útil del cuerpo civil es principalmente el ciudadano práctico, permitido que use esta palabra; así también en la sociedad espiritual y cristiana, el miembro verdadero, el miembro útil es el cristiano práctico. A vuestras convicciones apelo, a vuestros sentimientos generosos, sinceros é íntimos; ¡oh! sí; la patria es cosa grande, digna de nuestra admiración y de nuestros mayores sacrificios; al contemplarla, al ver las muchedumbres extendidas en un vasto territorio, reunidas como las facces romanas, por decirlo así, para pensar, querer y obrar como un solo hombre, no se puede prescindir de considerarla como uno de los mayores prodigios. ¿Cuál es el lazo misterioso, cuál es el poder que puede aglomerar así en buen concierto las partes diseminadas de un vasto imperio para formar con ellas lo que llamamos un Estado? Se ha buscado, y se buscará quizá por mucho tiempo la razón fundamental de las sociedades; pero jamás se reconocerá, si ante todo no se quieren reconocer y venerar los designios paternales de la providencia, que por sí sola ha podido producir y conservar esa afinidad maravillosa; el lazo secreto y vida secreta de las naciones. Al cabo no es gran mérito el reconocerlo; Dios solo ha podido ser autor de las sociedades, como de todo lo demás; él solo ha podido fundarlas, conservarlas con su potente mano que reasume toda unidad. Por eso, el amor de la patria, el verdadero amor de la patria, halla un móvil eficaz en las creencias religiosas. Los designios paternales de la Providencia reunieron evidentemente un pueblo entero á fin de formar con él una gran familia, una familia de hermanos siempre unidos; porque tal es la patria.

Pero vosotros conveindreis conmigo, sin que sea preciso que me extienda mucho en este punto: la patria, para existir, para realizarse á nuestra vista, ¿necesita aparentemente de una forma exterior y una expresión práctica? ¿Qué sería, os pregunto yo, una sociedad de especulaciones, de ideas y teorías puras? ¿Qué lazo uniría entre sí á los hombres?... Esa sociedad sería un estado con corta diferencia como las nubes serían un mundo; eso no sería nada, absolutamente nada. Para que exista la patria, para que la sociedad se realice á nuestros ojos, son necesarias leyes, poder, instituciones en ejercicio y acción; es menester que esas ruedas giren y se muevan sin cesar; justicia, administración, policía, hacienda, ejército; porque sin esto no se

concihe la sociedad, ni es posible el Estado. Pues lo mismo sucede con la religión. La religión es una sociedad poderosa; ella une, ella asocia los hombres para la conservación de sus más preciosos intereses; su fe, su conciencia, su libertad, su eterno porvenir.

La religión es superior sin duda á todos los intereses del tiempo y de la tierra: en efecto, ella los preside, ella protege todos los derechos, ella garantiza todos los deberes, ella se une, sin confundirse, con la sociedad civil, á fin de comunicarle todos los principios sólidos y fecundos de vida, de verdad, de orden, de duración, de gloria y de prosperidad. Por esta razón, la religión debe ser necesariamente práctica; ella debe realizarse, expresarse entre los hombres por medio de instituciones sagradas, actos positivos, leyes ejecutadas; sin esto no existiría verdaderamente; ni más ni menos que una sociedad con leyes especulativas, instituciones teóricas, deberes y derechos puramente especulativos y teóricos. La comparación es aquí lógica y la consecuencia es inevitable. Ved cómo apareció el cristianismo en el mundo. ¡Magnífico fué el espectáculo de los pescadores, de los bateleros de Galilea, anunciando al mundo tan dichosa nueva! El cristianismo se presentó en la tierra bajo los harapos de la Judea; él declaró que venía á trasfornar y salvar al mundo; él declaró que con su moral sobrehumana se proponía penetrar en el fondo de los corazones y de las almas para regenerarlos, para cambiarlos; pero él declaró también que se proponía explicarse por medio de obras; que se realizaría y expresaría en una serie de actos y prácticas positivas de la existencia humana.

Sí; el cristianismo declaró al mundo que venía á moralizarlo, civilizarlo, rescatarlo, elevarlo, ilustrarlo, ennoblecirlo; pero con esta condición rigurosa y verdadera, puesta desde su origen: la expresión práctica de las leyes del Evangelio y del culto revelado. Por eso al mismo tiempo aparece con la Iglesia esta gerarquía santa, pacífica y poderosa, que bajando de grado en grado, llega á los últimos límites, y alcanza á todas las necesidades de la familia y de los individuos. Ved como son dispensados en la tierra los bienes de la gracia y de la divinidad; ved esa economía maravillosa que viene á examinar todos los males del alma para curarlos. El niño nace para esta vida de lágrimas y de trabajo; al punto la Iglesia cristiana lo inicia en la vida espiritual de la gracia y de la fe; ella lo regenera, ella le hace participar de los dones divinos y del patrimonio celestial. Esto es lo que conocemos con el nombre de Bautismo. El niño crece: la Iglesia lo confirma con su fuerza y su espíritu. Colocado en la cúspide de la autoridad y de la gracia, el pontífice le impone las manos, lo marca

con el óleo santo. El nuevo atleta queda armado, fortalecido, y Dios lo envía a la lucha, al combate, á las pruebas de la virtud; este es el sacramento de la Confirmación.

Al hombre mortalmente herido en su gracia, la Iglesia le ofrece un remedio que cura las heridas, que levanta al caído, anima la esperanza desfilicida, concede el perdón al arrepentimiento, dispone al alma para nuevos ataques. ¡ Sed bendecidos en el nombre de Dios tres veces santo, vosotros los que habeis sentido la fuerza y la dulzura del sacramento de la Penitencia, los que habeis borrado vuestras culpas con este bálsamo reparador! Pero el hombre tiene hambre y sed; necesita un alimento. Ese alimento está preparado; un misterio de amor se realiza en el corazón del hombre; el mismo Dios se convierte en el pan sustancial de la vida, y se hace compañero, amigo del viajero que cruza este valle de amargura. Ahí tenéis el sacramento de la Eucaristía, banquete sagrado que nos convida sin cesar, y al cual debemos asistir con frecuencia. La mejor ley que podeis dictar á vuestros corazones es la de no aguardar para veniros á él el día de la Pascua.

Es menester propagar el reino de Dios en la tierra; es menester engendrar, formar cristianos para la verdad, para la virtud, para el espíritu de redención. El sacramento del Matrimonio cumple este objeto. ¡ Alianza bendita, unión santa, sagrada, formada para ayudarse mutuamente, para santificarse el uno al otro cumpliendo los preceptos del Criador; sacramento en el que la mujer, la madre cristiana, encuentra con la gracia una misión tan sublime, una dignidad tan elevada! El sacerdocio debe perpetuarse tambien; él debe tambien propagar, conservar el reino de Dios, renovar la milicia santa; el sacramento del Orden ofrece este resultado. Este sacramento nos hace sacerdotes; él nos procura la dicha de dedicarnos á la salvación de las almas.

Por fin, llega la postrera hora del combate, la agonía, la muerte del cristiano. En este trance terrible la Extremaunción viene á fortificar, á purificar el alma en aquellos momentos angustiosos. En todo tiempo, ya lo veis, á la entrada de la vida, en su madurez, en su declinación, la Iglesia nos acompaña, y va con nosotros á todas partes, llevándonos sus remedios saludables, sus provechosas lecciones, como una madre cariñosa, ocupada incesantemente del bien de sus hijos. Entretanto la Víctima es inmolada todos los días en el altar, y la sangre del Calvario lo inunda siempre para lavar las iniquidades del mundo. El pueblo acude al templo; él suspende por un instante el sentimiento de sus males, él dulcifica su alma, él olvida sus dolores.

La palabra evangélica que resuena en el augusto recinto lleva á las almas su luz y su benéfico calor, y el cambio notable que se verifica fuera, atestigua el influjo y los beneficios recibidos por medio de la palabra sagrada. Así, todo este conjunto de culto, toda esta pompa, todas estas solemnidades, todas estas enseñanzas reiteradas se apoderan del hombre en todas las necesidades como en todas las situaciones de la vida, y penetran en lo más sagrado del alma y de la conciencia. La bendita influencia de la enseñanza religiosa va con el hombre hasta su hogar doméstico; ella derrama la vida, ella conserva la paz, la unión y la concordia en el seno de las familias y de la sociedad, alejando cada vez más las tristes manifestaciones del pecado y del crimen. La Iglesia, que sigue siempre al fiel con amor solícito, acompaña tambien al cristiano en el interior de su morada con sus leyes saludables. Si; la Iglesia es la madre tierna, la madre desinteresada, al mismo tiempo que la madre poderosa de los pueblos. ¡ Honradla, servidla, y no la abandonéis jamás!

Ya lo veis, el cristianismo es la religion práctica por excelencia. Organizada admirablemente, esta religion presenta como en un haz todas las formas que pueden mejorar al hombre, suavizar su alma y hacerlo seguir con paso firme la senda de la virtud. Ruegos que abriguéis este pensamiento. Creed que si la religion y la fe no se practican constante y animosamente, la vida se retira del alma, de la conciencia y del corazón. Yo os exhorto de lo profundo de mi pecho: conservad inalterables el honor y la vida de las prácticas religiosas. La Iglesia católica os contempla congregados aquí con santo orgullo. En vosotros, cristianos generosos, cifra ella sus más fervientes esperanzas; yo os pido que no las defraudeis, que no abandonéis jamás sus templos, sus lecciones y su fe. Sabed que cuando cesa ese ejercicio vivo de las creencias cristianas, falta al hombre más que lo que da á las aguas su curso, al día su esplendor. ¡ Oh! en aquel día se destierran de uno mismo todos los auxilios de la virtud, en aquel día se rompe en la familia su lazo de unión, en aquel día se arrebatan á la sociedad toda promesa de honor, toda seguridad de obrar bien.

¡ Ah! yo os lo suplico, yo os exhorto con todo el celo de mi alma á que no dejéis pasar un día sin oración, á que asistais con recogimiento y respeto al sacrificio de nuestros altares; sed con franqueza y valor, sed fieles á las leyes, aún á las exteriores y disciplinarias de la Iglesia; sabed decir al mundo, que algunas veces podria ignorarlo, que vosotros sois católicos, católicos de creencia, de acción y de práctica; que vuestra palabra, en presencia de todos, sea libre, leal, generosa, y cristiana como vuestras almas. Confesad á Jesucristo,

profesad altamente su religion y su ley, y nunca lo abandonéis. De ese modo, vuestros dias serán bendecidos; de ese modo, en los dias de prueba y de combate, que siempre han de venir, hallareis la energia de la defensa y el valor de la victoria. Y si alguna vez sintiereis el peso de la debilidad, esperad siempre, orad con constancia. Si llegareis á caer una y cien veces, esperad y levantaos; id á reparar vuestras fuerzas en las fuentes del Salvador, donde habeis bebido ya la vida. Cuando se cuenten los dias de vuestra peregrinacion por los del cumplimiento de vuestros deberes; cuando llegue por fin la hora de vuestro reposo, comprendereis mejor como el Dios que os envió los dias de prueba y de combate, sabe recompensar algunos momentos de sacrificio, de trabajos y de penas con inestimables torrentes de gloria y de ventura, que yo deseo para todos vosotros.

DIVISIONES SOBRE EL MISMO ASUNTO.

RELIGION CRISTIANA.—Es una religion que no está de acuerdo con el mundo.

Es una religion que nos obliga á estar en continua guerra con la carne.

Es una religion que nos dá á conocer la vanidad de todas las demás religiones.

RELIGION CATÓLICA.—Hay católicos que se forman una religion á su manera.

Hay católicos que viven en la buena religion como si no tuvieran religion.

Hay católicos que no tienen por la buena religion el celo que tienen los herejes por su mala religion.

RELIGION CATÓLICA.—Es la religion de las luces; cuantos la profesan no deben dejarse cegar.

Es la religion de los buenos ejemplos; cuantos la profesan deben trabajar en edificarse.

Es la religion de los sacrificios; cuantos la profesan deben inmortalarse.

RELIGION PRÁCTICA; véase: FE PRÁCTICA.

RELIGION; véase: DUDAS SOBRE LA RELIGION.

RELIGION Y CIENCIA; véase: CONCORDANCIA DE LA RELIGION CON LAS CIENCIAS.

RELIGION (*Celo por la religion*), véase: CELO.

RELIGIOSA.

(TOMA DE HÁBITO.)

*Dominum elegisti hodie, ut sis tibi Deus;
et Dominum elegit te hodie, ut sis ei populus
particulari.*

Tú has elegido hoy al Señor para que sea tu Dios; y asimismo el Señor te ha escogido hoy para que seas un pueblo particular.

(Deut. xxi. 1.º et 18.)

De este modo habló Dios á los israelitas, cuando despues de haberlos sacado de la esclavitud, y haberlos probado por mucho tiempo en el desierto, les hizo entrar en la tierra prometida, que habian deseado con tanto ardor, y que debia ser para ellos una tierra de bendicion. Pero todas estas cosas, dice S. Pablo, eran solo figuras, y lo que sucedia entónces á los israelitas, segun el designio del mismo Dios, se dirige esencialmente á nosotros; *Hæc autem in figura facta sunt nostri* (1.º Cor. x. 6.) Con efecto; en los perfectos cristianos es en quienes se verifican y cumplen estas figuras de la antigua ley, y sin salir del sagrado sitio en que estamos, en esta ceremonia religiosa, es donde damos á entender en las divinas palabras que ha tomado por texto, y que contienen en sí todo el asunto de este discurso. Porque decidme, una alma con las disposiciones con que se nos presenta esta generosa virgen que sirve aquí de espectáculo á los ángeles y á los hombres; una alma que Dios por la virtud poderosa de su gracia saca hoy de la esclavitud del mundo; una alma predestinada, cuya dichosa suerte despues de unas santas pruebas es entrar en la religion, que mira como la tierra de los escogidos, y á donde dirige sus más fervorosos

deseos; una virgen, que á vista de los altares escoge al Señor por su Dios, y que el Señor recíprocamente la escoge para asociarla al número de sus esposas, esto es, de estas vírgenes sacrificadas únicamente á ese Señor, y que componen en la cristiandad este pueblo particular de que se gloria ser servido; ¿no es á la letra todo el misterio que se expresa y contiene el citado pasaje? A ti, hermana mía, á ti es á quien dirijo estas palabras; escóchalas con respeto, y nunca las olvides. Abrazando la vida religiosa vas á escoger al Señor para que sea tu Dios: *Dominum elegisti hodie*. Y por un insignificante favor va tu Dios á elegirte para que seas con particularidad su criatura: *Et Dominus hodie elegi te, ut sis ei populus peculiaris*. Medita bien estas importantes verdades, y permanezcan siempre grabadas profundamente en tu corazón. Esto es lo que te propongo, y lo que debes mirar como la esencial y principal de todas tus obligaciones. La elección, digo, que haces de Dios, y la que Dios hace de ti. La elección que haces de Dios, es el principio y manantial de los muchos méritos que ganarás sirviéndole, y que serán los frutos del sacrificio que vas á ofrecerle. Y la elección que Dios hace de ti, es el origen de las abundantes gracias que te prepara y empieza á derramar sobre tu persona desde este día. La elección que haces de Dios, para que sea con particularidad tu Dios, es el fundamento sólido del derecho propio que tendrás para confiar en él y esperar de él todo cuanto hay que esperar. Él va á ser tu Dios con toda la distinción que puede serlo en el orden de la gracia; y tú serás su criatura con la misma distinción, de un modo, que en el orden de la gracia va desde ahora á llenarte de gloria. Antes de probar esta verdad, recurramos á la Madre de Dios, y saludémosla, diciéndola: A. M.

1. Cuando nos separamos del mundo para consagrarnos á Dios con el voto solemne de la religión, cumplimos y verificamos en espíritu y en verdad, lo que los israelitas carnales cumplieron solo en figura cuando entraron en la tierra prometida. No solo elegimos al Señor, sino que le elegimos con el fin de que sea con particularidad nuestro Dios. Esta elección es gloriosa á Dios, pues en virtud de ella damos á Dios un testimonio auténtico de que él es nuestro Dios, y con exclusión de cualquier otro, nuestro único y solo Dios, porque merece lo dejémos todo por él, y que por él nos renunciemos á nosotros mismos. Solo Dios es quien merece este abandono total, y por él solo nos es permitido renunciar á nosotros mismos hasta sacrificarnos; así como sola el alma religiosa es la que dá á Dios este honor, á lo ménos con toda la extensión que se le puede dar en la tierra. Dejarlo todo por otro

que por Dios, sería un exceso de locura, pero dejarlo por Dios es una eminente sabiduría. Renunciarse á sí mismo por la criatura, sería una idolatría secreta y una impiedad; pero renunciarse á sí por Dios, es un acto heroico de religión. El alma cristiana, como tal, está obligada á renunciar á todo, á lo ménos con el espíritu y corazón, pues sin esto no puede ser de Jesucristo: *Qui non renuntiat omnibus que possidet, non potest meus esse discipulus* (I. Luc. xiv. 26). Y por sola la razón de ser cristiana, debe renunciarse á sí misma, pues sin esto es incapaz de seguir á Jesucristo, que nos dice sin excepción: *Si quis vult post me venire, abneget semetipsum* (II. Luc. ix, 25). Pero ¿dónde están los que observan en el mundo estos dos preceptos á la letra? y entre los que se empeñan y esfuerzan para observarlos ¿dónde está quien sin restricción los observa? Escoged y considerad á un cristiano del siglo, el más celoso y el más perfecto en su estado. Por más perfecto que le suponáis, ¿qué no se reserva sacrificándose á Dios? Por más desprendido del mundo que le consideremos, ¿á cuántas cosas, no obstante, es cierto que no renuncia, ni aún tiene intención de renunciar? Solo el alma religiosa es la que puede decir á Dios sin presunción: Señor, ¿qué es lo que he podido daros y no os he dado? ¿Qué he podido dejar por vos y no he dejado? No habla de este modo por un espíritu de ostentación, sino por una viva expresión de sus respetos á este soberano Señor. De este modo, amadas hermanas mías, es tan gloriosa á Dios la elección que de él hacemos.

Pero aún es más feliz para nosotros, porque fundados sobre esta elección, estamos seguros, en cuanto podemos estarlo en esta vida, de que amamos á Dios con aquel amor perfecto que es inseparable de su gracia, con aquel amor excelente que nos justifica á sus ojos, y con aquel amor de preferencia en que consiste la plenitud de la ley y al que está infaliblemente ligada la salvación de los hombres. De este amor de preferencia tenemos nosotros la más cierta y segura prenda. Fuera de la religión es fácil decir á Dios, que se le ama sobre todas las cosas, y que se le ama más que á sí mismo. Pero tan fácil como es decirlo y pensarlo, tan raro y difícil es practicarlo. Tan común como es este lenguaje en la cristiandad, tan dudoso es un cristiano que no ha renunciado al mundo, y que disfruta tranquilamente y á su comodidad los bienes de la vida. Luego que abrazamos el partido de la religión, tenemos este mismo lenguaje, bien que le tenemos con mucha más razón y mejor título. Para manifestar que amamos á Dios con preferencia á todo lo demás, le preferimos actualmente á todo, no en la idea ni en la especulación, sino en la práctica y con la

obligación más real. No queremos que Dios nos crea en esta parte sobre nuestra palabra; y así dejándolo todo por él, le damos de ello una prueba que no puede ser equívoca ni estar sujeta á ilusión. Convencidos por una funesta experiencia de que no debemos fiarnos de nuestros propios afectos y deseos, nos sacrificamos á Dios, para asegurarnos de nosotros mismos, hasta quitarnos el poder disponer de nosotros, y hasta renunciar por Dios á todos los derechos que sobre nosotros tenemos. Y ejecutado esto así, podemos, sin temor de mentir al Espíritu Santo, asegurar á Dios que le amamos, y responderle de nosotros mismos sobre el más esencial artículo de la ley. ¿Puede darse mayor felicidad que la que resulta de estar así asegurado de este amor, que poder darse á sí testimonio de este amor, y poseerlo así como el título más legítimo de su predestinación?

Además, la elección que hacemos de Dios en la vocación religiosa, separándonos del mundo en que vivimos, nos hace á Dios soberanamente necesario. Habiéndolo dejado todo por Dios, si Dios llegará á faltarnos, ¿en qué vendríamos á parar? Dios nos es mucho más necesario en la religión que á los cristianos del siglo; pero en esto conocemos nosotros cuánto más debemos nosotros á Dios que ellos. Porque desgraciados de nosotros, si Dios no nos fuera más necesario, ó si nos lo fuera menos; Desgraciados de nosotros, si pudiéramos fuera de él hallar descanso y dulzura en la vida; Desgraciados de nosotros, si llegando á olvidar á Dios y á desconocerle, pudiéramos pasar sin él! Los cristianos mandados, disipados con las falsas alegrías y vanas diversiones del siglo, puede ser se lisonjeen algunas veces, aunque falsamente, de haber llegado á conseguir esta aparente ó imaginaria independencia de Dios; pero esto mismo es lo que hace la reprobación de su estado. La bienaventuranza del nuestro está en no poder ser dichosos sino en Dios, en no poderlo ser sino con Dios, y en serlo solo á proporción que nos unimos á Dios. Sin vos, Señor, seríamos desgraciados; pero cuanto más necesidad tenemos de vos, tanto más obligado estáis á derramar vuestros dones sobre nosotros; y cuanto más necesidad tenemos de vos, tanto más quereis que tengamos derecho de recurrir á vos, de fiar en vos, y de esperarlo todo de vos. Sin Dios, solo hallaríamos en la religión un espantoso vacío de todos los consuelos humanos; pero siendo, como es, tan fiel, sabe llenar abundantemente este vacío con otros consuelos del todo espirituales. Tanto como nos es necesario por la privación de todo lo demás, tanto se hace él mismo un honor y tiene cuidado de no faltarnos, interin que con una santa perseverancia sostengamos la elección que de él hemos hecho. Y por eso añadi, amadas hermanas mías, que por muy sepa-

rados que estuviésemos del mundo, supuesta esta elección nos basta Dios.

Los cristianos del mundo, aún los más arreglados en sus deseos, tienen á su pesar mil necesidades, que por el enlace inevitable de su estado les sujetan al mundo, y los ponen por este medio en una imposibilidad moral de jamás llegar á estar contentos en la tierra. ¿De cuántas cosas, y cosas que no están en su arbitrio, no depende su reposo? Si una sola les falta, aunque tengan todas las demás, ¿cuántos pesares y turbaciones no les hace tolerar y experimentar este único defecto? Si en la religión necesitamos de Dios, tenemos á lo ménos la ventaja de solo necesitar de él. Porque con él carecemos gustosos de todo lo demás, con él no envidiamos al mundo sus prosperidades; y aunque pobres, somos ricos, y más ricos que si todo lo poseyéramos, pues nada deseamos. Esto es lo que experimentais, hermanas mías, todos los días, y esto es lo que experimentan muchas otras en el humilde y pobre estado que como vosotras escogieron. ¿Qué desempeño, pues, y qué libertad es la del alma, cuando puede decirse á sí misma: Dios solo me basta! En este mundo no tengo tierras, herencias ni rentas; pero Dios solo me basta! Fortuna, dignidades, grandezas del mundo, no son para mí; pero Dios me basta! Otros tienen todas las comodidades de la vida, todas las dulzuras que el mundo puede prestarles, y yo nada de esto tengo; pero Dios solo me basta! Ahora me basta, y me bastará hasta el último suspiro de mi vida, y también me bastará en la eternidad; porque siendo mi Dios, es cuanto necesito, y todo lo que no es mi Dios de nada me sirve.

2. En fin, Dios, á consecuencia de la elección que hacemos de él por la profesión religiosa, viene á ser singular y especialmente nuestro Dios. Y esto es, hermana mía, lo que debe hacer tu vocación venerable, al mismo tiempo que digna del mayor amor. A consecuencia del acto que vas á practicar, el Señor que eliges será tu Dios con toda la distinción que puede serlo en el orden de la gracia; porque á consecuencia de la renuncia que haces de todo por él, el mismo será tu herencia, tu patrimonio y tu posesion, y de este modo tendrás en él, explicándolo en estos términos, todo el derecho de propiedad que puede una criatura tener sobre su Dios. Cuando distribuyó Dios la tierra prometida entre los hijos de Israel, observa la Escritura, que no le dió porción alguna á la tribu de Levi, porque estando toda sacrificada á Dios, no debía tener más posesion que él mismo: *Quia ipse Dominus possessio ejus est* (DEUT. x, 9). Excelente figura es esta, amada hermana mía, de lo que va á verificarse respecto de ti, pues vas á ser en la ley de gracia esta alma escogida, de la que Dios

será toda la posesion, y á la que Dios, como tal, pertenecerá de distinto modo que pertenece á los cristianos del siglo. Habiendo renunciado al mundo, desde hoy tienes ya derecho para mirar á Dios como un bien que te es propio únicamente; como un bien afecto y unido á tu persona; y como un bien que tanto más es tuyo, cuanto haces que sea tu único bien. Esta es, hermana mía, tu vocacion: tú elegiste al Señor para que sea tu Dios: *Dominum elegisti, ut sit tibi Deus.* Y el Señor te escoge hoy para que seas singularmente su criatura, asociándote á una comunidad de vírgenes, que en la cristiandad es á la letra su pueblo particular; *Et Dominus elegit te hodie, ut sis ei populus peculiaris.*

Así como es de fe, que la gracia, que es el principio del mérito, debe por consecuencia preceder en nosotros á todo mérito, del mismo modo es igualmente un punto de fe, que la eleccion que Dios hace de nosotros, debe por una necesidad absoluta preceder á la eleccion que hacemos de Dios. Apliquémosnos á nosotros, amadas hermanas mías, esta grande verdad, y elevándonos hasta el origen de las misericordias de nuestro Dios, penetremos los designios de su amable providencia sobre nosotros cuando nos llamó á la religion. Vedlos, pues, aquí, Dios nos escogió para que seamos en el mundo cristiano su pueblo particular: *Et Dominus elegit te hodie, ut sis ei populus peculiaris.* Adorable eleccion, que nos ha separado del mundo profano para asociarnos, si se me permite explicar de este modo, á la santidad del mismo Dios. Porque siendo Dios santo, y el Santo de los santos, la esencia de su ser quería y debía ser servida por santos. El estado religioso era, pues, el que por una fecundidad divina debía producir este número de santos que quería Dios formar para la perfeccion de su culto. El estado religioso era el que en su retiro y separacion del mundo debía criar esta multitud de santos probados, mortificados, consumados en todo género de virtudes, victoriosos del mundo y de sí mismos, y tales como convenia para ser servido Dios como tal. Tened siempre presente, amadas hermanas mías, este fin para que Dios os ha escogido.

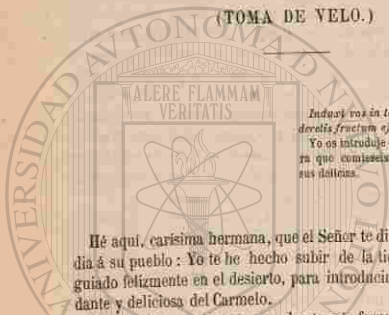
En el estado religioso no nos basta una santidad común: es necesario que tengamos una santidad irreprehensible y á prueba de toda censura, y una santidad donde el mundo crítico no pueda descubrir la menor tacha; entiendo de aquellas tachas vergonzosas que deshonran nuestra profesion. Y la razon es, porque nos es necesaria una santidad que sea propia para confundir la impiedad y libertinaje del mundo, y nunca llegará á este grado nuestra santidad no siendo irreprehensible. Dios nos ha escogido para que en calidad de religiosos

sirvamos de modelos á los cristianos del siglo, esto es, para que los cristianos del siglo aprendan de nosotros lo que son, ó más bien lo que deben ser, para que tengan siempre en nuestras personas una idea sensible de la perfeccion á que son llamados. Dios nos ha escogido para que seamos en la ley de gracia su pueblo particular, del mismo modo que lo fueron los israelitas en la antigua ley. Como religiosos tenemos todas las ventajas y todos los dones que se pueden tener para ser en la cristiandad el pueblo particular de Dios; y si en la Escritura dice Dios á los mundanos: vosotros no sois mi pueblo, y sois indignos de serlo; si nosotros somos fieles á la gracia de nuestra vocacion, nos dice Dios, por el contrario: vosotros que estais separados del mundo merecis tener esta gloriosa cualidad; vosotros que estais sacrificados á mi servicio sois, no solo mi pueblo, sino lo selecto de él; y vosotros que estais desembarazados y libres de todo lo que es tierra, sois aquel pueblo conquistado que he escogido para publicar mis grandezas y cantar eternamente mis alabanzas.

A este pueblo particular pues, amada hermana mía, es al que vas á ser asociada. Dios te ha escogido para que seas su criatura por el más especial de todos los motivos. Me falta, pues, acabar con decirte: *Memento, et ne obliviscaris;* ten esto presente, y no lo olvides jamás. Ténlo presente en las importantes ocasiones en que se tratará de cumplir las penosas obligaciones de tu estado. Ténlo presente en las pruebas que Dios quiera hacer de ti, cuando sea preciso darte testimonio de tu perseverancia. Estos dos pensamientos: yo he escogido al Señor, y el Señor me ha escogido, te sostendrán y fortalecerán. Con ellos no habrá dificultad que no superes, tentacion que no resistas, y melancolía ó disgusto á que no te hagas superior. Yo he escogido al Señor, y el Señor quiso aceptar la eleccion que hice de él; el Señor me ha escogido, y yo por un libre consentimiento he ratificado la eleccion que hizo de mí. Ténlo presente todo el tiempo de tu vida, para mantenerte en la inviolable fidelidad que Dios espera de ti. Tendráslo tambien presente cuando estés cerca de la muerte, para animarte con una confianza santa á vista de aquel juicio tan formidable para los mundanos, pero lleno de consuelo y de gloria para las almas verdaderamente religiosas. Esta es la gracia que os deseo, etc. (R)

RELIGIOSA.

(TOMA DE VELO.)



Inducit vos in terram Carmeli, ut comederetis fructum ejus et optima illius.

Yo os introduzco en un país fertilísimo, para que comierdes sus frutos y gocesais de sus delicias.

(JEREM. II, 7.)

Hé aquí, carísima hermana, que el Señor te dice hoy, como en otro día á su pueblo: Yo te he hecho subir de la tierra de Egipto, te he guiado felizmente en el desierto, para introducirte en la tierra abundante y deliciosa del Carmelo.

Hace ya tiempo que este era el voto más fervoroso de tu corazón, y cuántas veces has apresurado con tus deseos esta dichosa época, harto lenta para tu afán, de retirarte del mundo! Hace ya tiempo que suspirabas por el sosiego de la casa del Señor, por el dulce consuelo de un retiro religioso, por la inestimable ventaja de venir á ocultarte en el secreto de las tabernáculos; de poner en esta arca de seguridad tu salvación al abrigo de las tempestades del mundo, de seguir á Jesús al Calvario y unirle á su cruz en la tierra para compartir su triunfo en el cielo. Sin tocar aún absolutamente á ese momento deseado, te felicito por entrar en este santo retiro.

Permíteme, pues, carísima hermana, que te exponga: 1.^o toda la felicidad que Dios te prepara en esta tierra prometida: *inducit vos in terram Carmeli*; 2.^o los medios de recoger los frutos que te presenta: *Ut comederetis fructum ejus*; este es todo mi designio.

1. ¿Qué es esta casa? Es un asilo santo, en que Dios reúne á sus escogidos para hablarles al corazón y colmarles de gracias, para facilitarles su santificación: 1.^o con la caecion de los obstáculos del mundo; 2.^o con el destierro de los peligros de la salvación; 3.^o con la seguridad de la perseverancia en una vida de santidad.

¿No parece que es á ti, amada hermana mía, á quien el Señor ha dirigido estas tiernas palabras: *Atraxi te miserans?* He tenido piedad de ti, te he arrancado de las vías corrompidas del mundo inspirándote horror á sus vanidades y amor al retiro. Si; Dios es quien te llama á esta casa, imagen del arca de Noé, que te preservará del diluvio de corrupción que hoy inunda el mundo. Las solicitudes, el interés, la ambición, que al parecer se han dividido el imperio del universo, no osan traspasar estos muros de la inocencia que te separan del siglo. Respirando un aura de calma y de virtud con el aura de la soledad, pasarás aquí dias tranquilos, exentos de aflicciones.

Serás invisible á todas las criaturas, estando á cubierto de las tormentas que atribulan cada día á los mundanos. Solo te ocuparás en tu salvación. Estarás exenta de todo pesar punzante, serás superior á todos los accidentes de la vida, y no habrás de cuidarte de las cosas terrenas, porque todo lo has abandonado.

Pero ¿qué has abandonado, hermana mía, que debas echar de menos? ¿Tus parientes y amigos? Jesucristo asegura que quien ama á sus padres más que á él, no es digno de él. ¿Bienes? Su posesion es una carga pesada, y apejarse á ellos es un crimen. ¿Placeres? Solo dejan el sentimiento de haberlos disfrutado. ¡Oh! desde este dichoso puerto de salvación en que la Providencia te coloca, verás pasar por delante de ti la figura del mundo, como una sombra!...

Todo te asegura aquí la facilidad de la salvación. Lo mismo que á Abraham, Dios te manda salir de tu país; y lo mismo que á Jacob, abandonar tu familia. Como á ellos, te abrirá las sendas desconocidas y difíciles que conducen al dichoso fin que te prepara.

La soledad y el retiro te privan de la presencia de todos los objetos que sorprenden la inteligencia y el corazón. Es un retiro en donde guardarás inmaculada la pureza y la inocencia que quieres consagrar á Dios. Los que se hallan en medio de las aguas están continuamente espuestos á la tempestad y al naufragio; lo mismo acontece á los que viven en medio del siglo. Rodeados de todas partes por el pecado, penetra en ellos por todos los sentidos: por los ojos, en las vanas pompas del mundo; por los oídos, en las conversaciones poco cristianas. ¡Cómo pues vivir en Sodoma y en Babilonia, sin mancharse con sus impurezas!

Los placeres, la ambición, la vanidad, la envidia, ved ahí las divindades del mundo. En el claustro, la mortificación, el desinterés, la humildad y la union confunden todos los corazones en el amor de Dios....

¿Y cómo, carísima hermana, podrías nunca prevaricar? ¿Cómo podrías nunca mirar atrás y echar de menos el grosero alimento de Egipto? Tu piedad y tu constancia, por el contrario, crecerán cada día por el buen ejemplo de tus compañeras, sostenido por la autoridad y los consejos de las que han envejecido en el servicio de Dios con la práctica de una santa regla, con la mortificación y los sacramentos, con la santidad del lugar que habitas, con el decoro del hábito que vas á tomar. En una palabra, todo me asegura que esta casa que has elegido será tu lugar de reposo para la eternidad.

2. Para enseñarte los medios de gozar de las numerosas ventajas que esta casa te ofrece, amada hermana mía, solo te indicaré los medios de perseverar en tu vocación, los cuales son: 1.ª una gran confianza en tus superiores; 2.ª la oración; 3.ª la humildad; 4.ª y la obediencia.

Los lugares más santos no son impenetrables al espíritu de las tinieblas, el cual arma sus lazos hasta en el Tabor: *Rete expansum super Thabor*. Así, pues, ¿qué de medios no empleará contra ti el espíritu tenador, aunque retirada en esta piadosa soledad? Primero, transformándose en ángel de luz, te sugerirá dudas y temores sobre tu vocación. Entonces te contrabarrará y dirás para ti: ¿Soy llamada á este estado?

La confianza en tus superiores te librará de esta espantosa incertidumbre. El sufragio de esas vírgenes fervorosas que van á ser compañeras tuyas, la decisión de los que están encargados de esta casa, te será un testimonio cierto de tu vocación. Vé, hija mía, se te dirá, las puertas del santuario te son abiertas; entra confiada en la tierra del Carmelo, y en ella vivo; allí te llama el Señor; y si él está contigo, ¿quién estará contra ti? Después de una declaración tan formal emanada de los labios de tus superiores, órganos de Dios, intérpretes de su voluntad y garantes de la elección que haces; ¿qué podrás temer de los artillos del espíritu de las tinieblas?

La oración te servirá de armas y de casco de salvación en tus luchas. La oración fortalecerá tu valor; te preservará del fastidio, del disgusto, de la lassitud y la tibieza, que á menudo ponen la fidelidad á terribles pruebas; será la nube milagrosa que te conducirá en el desierto, la vara que hará brotar las abundantes y deliciosas aguas de la gracia, el maná que te sustentará y fortalecerá por el camino. La oración te prestará esa franca alegría, hija de una buena conciencia, que observas en tus compañeras, y que es la señal cierta de que hallan suave y ligero el yugo del Señor. La oración hará también de ti la mujer fuerte de la Escritura, y en medio de todos los males de la

vida te dará valor para repetir muchas veces y practicar la divisa de las hijas de Sta. Teresa: *O padecer, ó morir*.

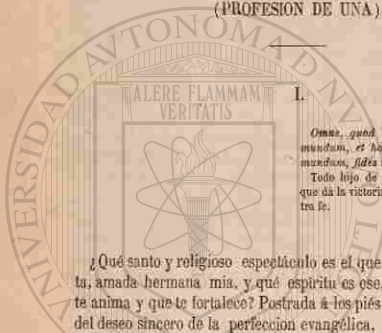
La virtud que practicares en esta casa te hará digna de tu divino Esposo. Jesús fué pobre, nació en un establo, no tuvo donde reostar su cabeza y murió en una cruz. En tu humilde y modesta celda te complacerás pues en hallar la casa de Nazareth donde el Rey del cielo permaneció oculto durante treinta años, trabajando con sus manos. Serás pobre, tendrás menos de lo necesario, y aún esta poquedad no te pertenecerá; pues bien, sé pobre de corazón y de afecto y serás rica en méritos.

La obediencia, que el mundo llama sujeción, es la verdadera libertad de los hijos de Dios. En efecto, ¿en qué consiste esta obediencia? En ser fiel á Dios, en no ver en todo más que á él, en no servir más que á él solo. Y servir á Dios es reinar: *Cui servire regnare est*; es unir nuestra voluntad á la suya, dejarle el cuidado de nosotros desde que nos desprendemos de nosotros mismos. Obedecer á Dios es trabajar para fijar nuestra natural inconstancia con la sumisión á las reglas que se abrazan, y por consiguiente negarlo todo á la desigualdad del génio, á los caprichos del gusto, á la inutilidad, á la inacción en que en el mundo se vive; en una palabra, obedecer á Dios es, como los hijos de Israel, caminar de día y de noche en el desierto de la vida, á la claridad de la luminosa nube colocada por la diestra de Dios á la cabeza del campo para conducirnos á la tierra prometida. Tales son, carísima hermana, las ventajas de la obediencia religiosa.

Pero concluyámos; no quiero aumentar tu santa impaciencia por despojarte de las pompas del siglo para tomar las vestiduras del celestial Esposo; tú desas decir cuanto ántes al Señor: *Gaudens gaudeo in Domino, quia induit me vestimentis salutis quasi sponsam ornatum montibus suis* (ISAÍ, 61, x).

RELIGIOSA.

(PROFESION DE UNA)



Omnis, quod natum est ex Deo, cuncti mundum, et hoc est victoria, que vincit mundum, sicut nostra.

Todo lo que de Dios, vence al mundo, y lo que da la victoria sobre el mundo, es nuestra fe.

(1 JOH. V. 4.)

¿Qué santo y religioso espectáculo es el que ofreces á nuestra vista, amada hermana mia, y qué espíritu es ese, que te conduce, que te anima y que te fortalece? Postrada á los pies de los altares, tocada del deseo sincero de la perfección evangélica, fiel á la gracia de Jesucristo que te llama y te eleva sobre ti misma, renuncias hoy día todo cuanto posees, todo cuanto esperas; ¿qué digo yo? todo cuanto eres. Ni tu tierna edad, ni la delicadeza de complexion, ni las esperanzas de una felicidad futura, ni el atractivo de los más honestos placeres, nada ha podido doblar tu celo y tu constancia. Gracias á Jesucristo, que creciendo tu fervor, lejos de entibiarse, te ha causado santas impaciencias de consagrarte á Dios enteramente; los momentos te han parecido largos y no has deseado ninguna otra vez ser dueña de ti misma sino ahora con el fin de obligarte solemnemente á no serlo más. El cielo favorece tu santa empresa, y en este día ves cumplidos todos tus deseos; dichosa por llevar el yugo del Señor desde tus más tiernos años, de abrazar la cruz de Jesucristo sin temor de ser jamás separada de ella, y de derramar en el seno del mismo Dios los últimos esfuerzos de tu voluntad, y por decirlo así, los últimos suspiros de tu libertad moribunda. ¿De dónde puede provenir una tan generosa resolución, sino de una fe viva y victoriosa?

El mundo persuade demasiado á los que le escuchan, que hay en él bienes, placeres y honores que producen la felicidad de la vida; que es dulce y suave el disponer de sí y gobernarse por sus voluntades;

que no es necesario seguir las leyes de una austera virtud, ni refrenarse tanto en sus pasiones; que hay cierta union y ajuste entre las máximas del siglo y las del Evangelio, y que en el curso de la vida humana se contenta Dios con algunos buenos deseos, y fácilmente perdona las fragilidades y las flaquezas. Pero la fe nos enseña, al contrario, que la salvacion de nuestra alma es nuestra única necesidad y nuestro único negocio importante; que el único bien y la única felicidad verdadera del cristiano, debe ser el servir y amar á Jesucristo; que la verdadera libertad consiste en darse á Dios sin reserva; que el descanso sólido no se halla sino en la sumision y en la obediencia, y que la perfeccion cristiana se encuentra en la pureza, en la humildad y en la pobreza á que te consagras hoy día.

Yo pretendo, amada hermana mia, confirmarte por este discurso en la dichosa eleccion que has hecho, y mostrarte, Primero: *Que el espíritu del mundo inclina á los que le siguen á extender en cuanto puedan su libertad, en lugar de que el espíritu de la religion inclina á los verdaderos cristianos á cortar y á destruir la suya.* Esta será mi primera parte. Segundo: *Que el espíritu del mundo obliga á dividir su corazon, y que la fe empeña á las almas religiosas á reunir todos sus afectos hácia Dios.* Esta será mi segunda parte. A. M.

1. No pertenece propiamente sino á Dios el ser libre y el querer de su voluntad propia; porque todo cuanto quiere es necesariamente justo, y porque no puede tener otra ley, ni otra regla de su voluntad que á sí mismo. El hombre no tiene el mismo privilegio de usar de su voluntad, porque está desordenada despues del pecado, y porque naturalmente debe estar sometida á la de Dios. Esta sumision y esta dependencia es la parte más esencial del culto y del homenaje que la criatura debe á su Criador. Y así, querer lo que Dios no quiere, ó no querer lo que Dios quiere, es invertir el orden de su providencia; es poner la prudencia de la carne sobre la subiduria divina; es quitarle el imperio que tiene sobre nosotros; y en fin, es referir á Dios á nosotros mismos, en lugar de referirnos nosotros mismos á Dios. No obstante, aunque nada haya tan injusto, nada hay tan ordinario: por qué los hombres corren tras de las riquezas, sino porque sirven de sacaros de la sujecion, de llegar más fácilmente al fin de los designios que se tienen, y de comprar el imperio que se quiere tener sobre los demás? ¿De dónde proviene aquella aceleracion de engrandecerse y de avanzarse á las dignidades, sino de la envidia y ansia que hay de dar más peso á sus voluntades, de tener menos señores á quienes obedecer y

más súbditos á quienes mandar? ¿De dónde viene esa pasión de distinguirse por el ingenio y por el saber, sinó del deseo que se tiene de reducir á los demás á su dictámen, de dar más autoridad á sus opiniones, y de tener una preeminencia de razon y discurso sobre el resto de los demás hombres? Pero ¿para qué hemos de hablar aquí de esos hombres agitados de sus pasiones? Aquellos mismos que traen en el mundo una vida arreglada, que piensan algunas veces seriamente en su salvacion, y que se salvan de las principales corrupciones del siglo, no dejan de dar demasiada extension á su libertad. Ellos emplean algunas horas en la oracion, y con eso se creen tener derecho de pasar lo restante del tiempo en conversaciones vanas é inútiles. Ellos cumplen con las obligaciones precisamente necesarias de la religion, pero no quieren incomodarse sobre ciertas regularidades que no dejan de ser de consecuencia para la piedad. Nada quisieran hacer de lo que es absolutamente prohibido, pero no quisieran privarse de nada de cuanto se imaginan serles licito.

La religion cristiana no se ha establecido sinó para estrechar la libertad, y para sujetar nuestras libertades á la de Dios. Esto espíritu de sumision es el carácter de un alma religiosa. Luego que es consagrada á Dios, su genio, su humor, su eleccion, su inclinacion, su propio juicio, su espíritu y su razon no deben tener parte en su conducta. Así como en las alianzas cíviles la esposa pierde su nombre y el de su familia por tomar el del esposo, así en la union espiritual del alma con Jesucristo, el alma se despoja de su voluntad para tomar la de Dios. Si la adige, ella adorará la mano que la prueba; si la consuela, amará las bendiciones de Dios, y aún mucho más al Dios de las bendiciones; si la habla interiormente, oirá su voz para seguirla; si la explica sus voluntades por el ministerio de los hombres, los mirará como á los órganos y á los intérpretes del mismo Dios. Nada emprenderá sin consultarle; nada obrará sinó para servirle; no sufrirá sinó para agradecerle, y no tendrá otro uso de su propia voluntad, sinó el querer no tenerla.

Pero ¿no voy engañado? ¿Os anuncio yo acaso la verdad? ¿No nos enseña S. Pablo, que allí donde está el espíritu de Dios, allí está la libertad: *Ubi autem Spiritus Domini, ibi libertas* (II Cor. m. 17); que nosotros no somos los hijos de la esclava, sinó de la mujer libre: *Non sumus ancillo filii, sed liberi* (GALAT. IV. 31); que Jesucristo ha venido á librarnos de la servidumbre, y á llenar nuestros corazones de un espíritu de adopcion y de libertad que nos dá la confianza de dirigirnos á Dios como á nuestro Padre: *Non enim accepistis spiritum servitutis, iterum in timore, sed accepistis spiritum*

adoptionis filiorum, in quo clamamus, Abba Pater (Rom. viii. 15)? Yo confieso que Jesucristo nos ha rescatado de la esclavitud de la ley; pero no hemos sido de una servidumbre sinó para entrar en otra, que es interior y espiritual. Esto es lo que el Apóstol nos enseña en su carta á los Romanos: Nosotros somos rescatados de la ley de la muerte, en la cual estábamos detenidos: *Servati sumus á lege mortis, in qua detinebamur; ita ut serviamus in novitate spiritus* (Rom. vii. 6). Ved aquí nuestro rescate y nuestra libertad. Pero ¿cuál es el efecto y su consecuencia? *De suerte que nosotros estamos sujetos á la novedad del espíritu*. Esta es una sujecion de espíritu, ya porque habiendo sido rescatados por Jesucristo, no pertenecemos más á nosotros mismos, y porque las gracias y los beneficios que hemos recibido, han añadido á nuestras obligaciones pasadas todas las obligaciones de reconocimiento y de justicia; ya porque siendo la fe evangélica un estado de mayor perfeccion, nos obliga á mayor justicia y exactitud. Y pues la virtud no es otra cosa que el amor de Dios, este amor no crece sinó á medida de lo que se disminuye la concupiscencia; y esta no se disminuye, sinó cuanto más se la combate y más se la estrecha.

Las gentes del mundo no comprenden esta verdad, porque no obran por la fe. Cuando ven al pié de los altares una virgen cristiana, que su nacimiento ó su espíritu hubieran podido distinguir en el mundo, renunciar el lujo y las vanidades del siglo y obligarse generosamente á todos los ejercicios laboriosos de una vida penitente y religiosa, se lastiman de ella, la compadecen y lloran; miranla como una tierna víctima que por sí misma va á presentarse al altar y á entregarse inocentemente á su sacrificio. Oyense los votos que hace, como decretos que pronuncia contra sí misma. Esas palabras de obediencia, de pobreza y de mortificacion, á las cuales el mundo está tan poco acostumbrado, son palabras que les aterran. El claustro les parece una especie de cantinero, que por voluntario que él sea en los principios, llega á ser pesado en adelante. Apodérase de los concurrentes una falsa compasion y una terroua mandana, por la cual les cuesta trabajo creer que otros hagan voluntariamente lo que ellos no tendrian valor para hacer. Miran como desgracia el dejar lo que ellos tienen por felices en volver; y juzgando de otro por su propia debilidad, temen siempre que se arrepientan de haber roto los lazos que conocen muy bien no ser ellos capaces de romper.

Pero, sepan que nada hay imposible para la gracia; que Jesucristo cuando elige esposas, sabe muy bien el medio de conservarlas; que aquel que les ha inspirado el designio de seguirle, les dá fuerza para

ejecutarle: que ellas llevan la cruz de Jesucristo, y la cruz de Jesucristo las lleva á ellas; que se ven las penas exteriores que padecen, pero que no se ven los consuelos interiores que reciben; que sus sufrimientos no pueden ser sinó felices, puesto que tienen á la caridad por principio, á Dios por objeto, y al cielo mismo por recompensa; y que su servidumbre es gloriosa, puesto que más es reinar que servir á Dios.

Pero ¿so tienen ellos por más libres? ¡Ay! y como el mundo está lleno de una especie de esclavos, que son tanto más infelices, cuanto más imaginan ser libres! El uno se aplaude á sí mismo, porque está en el camino de su fortuna, y le parece percibir ciertas esperanzas de adelantarse. Pero ¡ah, y que esclavitud! Es necesario velar continuamente en sus intereses; hacerse adulador hasta dar en la bajeza; experimentar todas las tristezas que causan de ordinario las esperanzas y las fortunas dudosas. Es necesario tolerar los ataques declarados de los enemigos, las traiciones secretas de los envidiosos, los celos malignos de los iguales, las sátiras picantes de los inferiores, y los extravagantes caprichos de los señores. Este se tiene por dichoso, porque satisface su avaricia y porque aumenta sus rentas; pero ¿qué de envidiosos, qué de accidentes, qué de inquietudes no tiene?

¿Qué diferente es tu suerte, amada hermana mía! Al parecer te haces cautiva; pero adquieres la verdadera libertad de hijos de Dios. Cesas de gozar de todas las ventajitas que se poseen en el mundo; pero comienzas á gozar de la felicidad que los santos poseen en el cielo, la cual no es otra cosa que una apacible y voluntaria necesidad de obedecer y de agradar á Dios. Te abrazas con la cruz de Jesucristo hasta el último suspiro de tu vida; resolución digna de un corazón como el tuyo; pero ¡cuán dulce es llevar las cadenas, cuando es la caridad la que las ha formado, y cuando nos unen á Jesucristo! Ya no te perteneces á ti misma, es verdad, y tu voluntad no servirá más para reglarte, ni para conducirte; pero en recompensa estas en las manos de la Providencia, y no queriendo sinó lo que Dios quiere, su voluntad llegará á ser la tuya. Ninguna cosa podrá turbar tu reposo que está fundado sobre Dios mismo; y mientras que las hijas del siglo, llevadas del deseo de ver y de ser vistas, sacarán á paseo, como en triunfo, su indiscreta y peligrosa libertad, y mientras que celosas no solamente de hacer su voluntad, sinó tambien de cautivar las de otros, arrastrarán en pos de sí esclavos de sus vanidades, esclavas ellas mismas de su ambicion y de su amor propio, tú, encerrada en el estrecho espacio de un claustro y de una celda, pero elevada en espíritu sobre todas las cosas

erizadas; oculta bajo la oscuridad de un velo, pero ilustrada de las luces de la verdad; pobre de los bienes de este mundo, pero rica de todos los tesoros de la gracia; incógnita á los hombres, pero agradable á Jesucristo, pondrás toda tu gloria en no tenerla, y todas tus cuidados en corresponder á lo que Dios te pide y á las gracias que te ha dado; porque la fé te ha hecho renunciar tu libertad y porque te incita á darte á Dios sin reserva.

2. El primer homenaje que Dios pide del hombre es el del corazón; ya porque siendo nuestro primer y último fin, ninguna cosa ha adquirido de nosotros tan naturalmente como esta parte de nosotros mismos, que es la fuente de los deseos y de los afectos, y como el centro de todos los movimientos del alma, que pueden inclinarnos al bien: ya porque siendo el corazón en nosotros la cosa más viva que tenemos, es tambien la primera víctima que debemos sacrificar al Señor; ya, en fin, porque siendo el corazón el asiento de la concupiscencia ó de la caridad, é incluyendo los principios y los motivos de nuestras acciones, los determina á Dios ó al mundo. Pero, no solamente pide Dios el corazón, sinó todo el corazón, sin disminucion, sin interrupcion y sin division.

Ahora bien, la *division y la reparticion del corazón es el carácter de las gentes del mundo*. No hablo aquí de los grandes pecadores, sinó de los buenos, según el mundo. Y digo que su estado es un círculo perpétuo de ocupaciones exteriores, que los empeñan en el cuidadoso afán de una familia y en el trabajo embarazoso de muchas obligaciones domésticas. Difícil es que la complacencia que se debe á los hombres no disminuya la que se debe á Dios, que las ocupaciones exteriores no entibien el fervor del corazón, y que un corazón pueda atender á tanta diversidad de objetos por mucho cuidado que tenga en reducirlos á uno solo. Y sinó, apelo á vuestra conciencia, amados oyentes míos. ¡Cuántas veces queriendo recogeros en la oracion, habeis tenido trabajo en volver á hallar vuestro corazón, que habiais dejado andar errante de objeto en objeto por el día? ¡Cuántas veces habeis sentido vuestro espíritu abrumado y lleno de una infinidad de imágenes mundanas! ¡Cuántas veces reducidos á la triste necesidad de servir á dos señores, de amar al uno y aborrecer al otro, si no os habeis declarado, á lo ménos habeis estado como suspensos, deseando satisfacer á ambos, y tener aquel corazón doblado que Dios maldice, *Vae duplici corde* (EccL. II, 14) en sus Escrituras! ¡Cuántas veces tocados por una parte del deseo de la salvacion, apegados por otra á los intereses de familia, habeis levantado con una mano altares á Jesucristo y con otra á la fortuna?

Todo os aparta de Dios; la corrupción de la naturaleza, cuando no está reprimida la impresión que hace sobre los espíritus un mal ejemplo; la preocupación que causa la costumbre sin que se la perciba; la irresolución y la inconstancia casi inevitable cuando hay muchas obligaciones; el peligro que hay en la multiplicación de obligaciones de no aplicarse á la principal; la inclinación que hay á desear lo superfluo, cuando se ha adquirido lo necesario; la disipación del espíritu en los diferentes cuidados que le turban y le inquietan; y en fin, todo ese comercio del mundo, cuyas conversaciones, cuyas palabras, cuyas acciones y cuya vista misma son contagiosas.

Pero las vírgenes de Jesucristo apartan de su corazón todos los obstáculos que se oponen al amor de Dios, y son contrarios á la perfección; la codicia de los bienes por la pobreza; el desgo de los placeres por la castidad, y el desarreglo de la voluntad por la obediencia. Apartan de sí todo motivo de distracciones que pueden apartarlas de Dios, el cuidado de sus riquezas, el cuidado de una familia, el cuidado de su propia conducta en las diferentes ocasiones de la vida. Ellas sacrifican á Dios todo lo que pueden poseer, todo lo que pueden amar, todo lo que pueden desear, y reducen todos sus afectos á la simplicidad del cristianismo. Ellas no tienen sino un principio, no tienen sino un objeto y no tienen más que un fin; ellas no tienen que pensar sino en Dios y en vivir ocupadas en la admiración de su bondad, en el reconocimiento de sus beneficios y en la esperanza de sus promesas.

¿Qué diferente es esta condición de la de los cristianos en la vida común! Los unos, limitados á unas virtudes medianas y teniendo casi necesariamente la tierra por una parte de sí mismos, son llamados al servicio de Dios. Otros, consagrados en las virtudes más perfectas y en las más nobles funciones del cristianismo, teniendo ya su conversacion en los cielos, pueden llamarse los ciudadanos y los domésticos: *Cives sanctorum, et domestici Dei* (Ephes. II. 19). Aquellos, cargados de la pesada carga de las ocupaciones exteriores, caminan lentamente en los caminos de Dios; estos, descargados de todo cuanto puede retardarles su curso, caminan á paso largo hacia la Jerusalén celestial. Demasiado felices los primeros en guardar los mandamientos, tienen bastante trabajo en llegar á ser buenos; dedicándose los segundos á cumplir hasta los consejos, trabajan en llegar á ser perfectos. Siguen los unos á Jesucristo hasta la cruz, los otros son crucificados con Jesucristo.

Esta es, amada hermana mía, tu vocación. El día de hoy pones un espacio infinito entre tí y el mundo. Te prohibes su comer-

cio; renuncias sus usos y sus costumbres; borras tambien de tu espíritu todas sus ideas; tu voluntad propia no debe obrar ya más; este es un don que has resuelto hacer á Dios. Ningun afecto del siglo debe moverte ya; esto sería dividir tu corazón y Dios te lo pide todo entero. Ninguna mirada se te debe escapar más hacia la parte del mundo: te has vuelto hacia Dios y te prohibes el volver á mirar atrás.

Grandes son las obligaciones que contraes, y muy estrechos tus empeños; pero las recompensas que te aguardan son mucho mayores. Parece que oigo una voz que viene del cielo, que responde á los votos que lo haces, y volviéndote Dios promesa por promesa, te dice en este día: Tú desprecias por mí los bienes temporales y yo me obligo á colmarte de todos los espirituales. Tú te despojás de ti misma y yo te llenaré de mí espíritu. Tú abrazas mi cruz y yo te daré mis coronas. Tú prometes privarte de todos los placeres de los sentidos, y yo te prometo saciarte del torrente de delicias, que preparo á los que me han servido fielmente. Estas son, amada hermana mía, las recompensas que puedes aguardar de la misericordia del Señor y que yo te deseo. En el nombre del Padre, y del Hijo y del Espíritu Santo. Amén.

RELIGIOSA.

(PROFESION DE UNA)

II.

Sponsabo te mihi in sempiternum; et scies quia ego Domina.

Te esposaré conmigo para siempre; y conocerás que yo soy el Señor.

(Oss. II. 19 et 20.)

«¿Cómo podrán mis labios narrar la gloria y las riquezas de esta alianza que la Iglesia concede, que el sacrificio confirma, que la bendición consagra, que los ángeles proclaman en los cielos, y que el Padre celestial ratifica en las alturas (TERRA. AN UXOREM)?» Así se

espesaba Tertuliano respecto del sacramento que une á los esposos mortales por medio de un lazo sagrado é indisoluble, y que el apóstol S. Pablo califica de grande en Jesucristo y en la Iglesia. Si, pues, precorrimos en tan magníficos términos una alianza terrenal, ¿qué hubiera dicho, carísima hermana, y qué no puedo yo decir de esta alianza mucho más sublime y gloriosa que vas á contraer con Jesucristo!

A la faz del cielo y de la tierra, entre las oraciones y bendiciones de los fieles, y durante la inmolación de la santa víctima, celebrase esta unión espiritual y este contrato inviolable que el Cordero sella con su sangre. Un velo negro, símbolo de la muerte y de la sepultura del Salvador, anuncia á la esposa su muerte al mundo y su vida oculta y sepultada en Jesucristo. Los frutos de esta alianza son espíritu y vida, la edificación de la Iglesia, el buen olor de las virtudes, todos los frutos de gracia y de salvación.

Una alianza terrenal supone siempre ventajas reciprocas, concesiones mutuas; por una parte, la dote de la esposa, y por otra, los bienes que el esposo la asegura. Aquí es muy distinto. La esposa celestial no reconoce por bienes verdaderos sino los que él legará á sus discípulos por su testamento de muerte: la pobreza, la abnegación, los sufrimientos. Para que la esposa halle gracia ante sus ojos, el Esposo exige que solo la traiga una completa pobreza. Trae pues, oh esposa, á esta alianza un corazón vacío de todo lo que no es Dios: *despojate, sacrificate, olvidate*, que esta es la dote que se te pide para la alianza más augusta y sublime. Por su parte, el Esposo se compromete á *darte en la otra vida y ya en ésta el céntuplo* prometido á los que todo lo abandonan para seguirle. Voy á probar estas dos verdades: pidámonos primero la gracia: A. M.

1. Dios te pide, carísima hermana, que te desprendas del mundo y de todas las cosas del mundo para vivir retirada con tu Esposo en la soledad.

¡Mirad esa paloma que se apresura á entrar en el arca por no mancharse al poner los pies en una tierra inundada de un diluvio de iniquidades! El Señor la ha dicho al oído, como al padre de los creyentes: *Egredere de terra tua*. Esposa de Jesucristo, no busques á tu Esposo en donde no está. Y Jesucristo no está en el mundo; Jesucristo es la paz, y en el mundo reina la discordia; Jesucristo es la justicia, y en el mundo triunfa la iniquidad; Jesucristo es la caridad, y el mundo se goza en el odio... Sal, pues: *Egredere de terra tua*, ¡Dichoso aquel que no tiene más tesoro que la pobreza del Señor, con la que se ha enriquecido el mundo! El amor á la pobreza hace reyes, y

el apego á los bienes de esta vida hace esclavos. ¡Oh pobreza, pobreza, dulce amiga y compañera nuestra! ¡Oh tesoro infinito que se comunica sin agotarse! Cierra pues los ojos al brillo falaz de esas riquezas cuya posesión nos cambia, cuyo amor nos corrompe, y cuya pérdida nos atormenta. Sal de esa nueva celada que el espíritu engañador arma bajo tus plantas: *Egredere*.

Pero hé aquí una separación más sensible porque afecta á las inclinaciones más tiernas y legítimas que la naturaleza ha puesto en el fondo de los corazones. ¿Quién no sabe cuan fuertes son los lazos que nos unen con una familia querida? ¿Quién no conoce las dulzuras de la amistad, el encanto de la sociedad doméstica y los tiernos recuerdos del techo paterno, cuna de nuestra niñez, morada de nuestros abuelos? ¿Cómo! ¿no puedo abandonar el mundo sin renunciar á lo que más amo en el mundo? ¿Hay que abrir una llaga dolorosa después de tantos sacrificios? Lazos de sangre, lazos de amistad, lazos de obligaciones, lazos de empleos, lazos de negocios... ¿qué de cadenas se han de romper á un tiempo! Si, amada hermana mía; pero ¿qué importa, si eres feliz al librarte de ellas? Acuérdate de que no naciste para tus padres, ni para ti, sino para el Dios á quien has comenzado á pertenecer. Sal pues del seno de tu familia, olvida la casa de tu padre: *Egredere de cognatione tua, et de domo patris tui*. Aún no hasta este desprendimiento. Hé aquí otro sacrificio.

Digo, en segundo lugar, un sacrificio de privación por el cual niegas á tus sentidos el uso de los deleites legítimos, para consagrar tu cuerpo á Jesucristo, por el voto de la santa virginidad, voto sublime que dá especialmente á las almas religiosas el título de esposas del Cordero. Vive, pues, en adelante, carísima hermana, como si estuvieses emancipada de la esclavitud de los sentidos. Remóntese tu alma y abandone esta casa de barro que por todos lados amenaza ruina. Reforma esta carne de humillación y de pecado á imagen del cuerpo glorioso de Jesucristo resucitado; lírnese impasible, espiritual, angélica: *Angelicata caro* (Terza). Tú seguirás las huellas de María, que fué la primera que levantó el estandarte de la virginidad. Virgen como ella, no solo de cuerpo, sino sobre todo de espíritu; humilde de corazón, grave en tus discursos, modesta en tus actos, aplicada á un trabajo asiduo, negarás á tus sentidos los consuelos más inocentes para gozar mejor de las delicias espirituales.

Dico S. Bernardo, que Dios estableció una ley proporcionada á la dignidad de la alianza de las vírgenes de Jesucristo. Por un esposo mortal, la mujer ha de dejar á sus padres; pero él dispuso que por el Esposo celestial se dejara á sí misma. ¿No es justo que lo sacrifique-

mos todo á quien todo nos lo ha dado? ¡Desgraciado pues de quien se reserva á sí mismo, despues de hacer don de todo lo demás! *Abneget semetipsum*, dice el Evangelio. Y ¿cómo renunciarás á tí misma, carísima hermana? Obedeciendo á los superiores para guardar la regla; y cumplir la regla para obedecer al Evangelio... Quiere el Esposo celestial que le amen y sirvan como á Dios; pero sabe tambien premiar como Dios: *Scies quia ego Dominus*.

2. Digo que el alma que á Dios se ha consagrado, recibirá el céntuplo de las ventajas temporales. La promesa de Jesus es formal: *Centuplum accipiet*. En efecto, hermana mía, ¿qué has dado al Señor que no te devuelva él con usura? Por él has abandonado el mundo, y él te abre un asilo en lo íntimo de su santuario. ¿Qué hallas dentro? plantas regadas por un río de paz y de gracia, donde florecen las más odoríferas virtudes; un silencio semejante al de la celestial Jerusalem; el gozo del paraíso terrenal con la penitencia del primer hombre; tu morada tríplica en templo; á Dios, que preside la asamblea de los justos; al Espíritu Santo que derrama la plenitud de sus dones y de sus luces; el buen olor de Jesucristo; una paz dulce y constante; todos los corazones y todos los espíritus que no forman más que uno. Allí resplandece un nuevo cielo sobre una nueva tierra... «Bienaventuradas celdas, exclama S. Juan Crisóstomo, que compiten con las moradas celestiales, puesto que la visita de los ángeles y hasta del Rey de los ángeles las embellece!»

En los tesoros de la gracia recibirás tambien el céntuplo. Hasta aquí, por decirlo así, nos hemos detenido en el umbral del templo. ¿Qué sería si nos fuera dado penetrar en lo recóndito del santuario? Solo la boca de un ángel y el corazón de un serafín pudieran narrar las delicias de una oración sublime, y aquellos diferentes estados del alma en que se purifica, se ilumina, se transforma en Dios, y aquella escala misteriosa por donde sube de virtud en virtud hasta el esplendor de la luz perfecta, y aquella union íntima en que se consuma la alianza del alma con Jesucristo. Según S. Cipriano, los privilegios inherentes á la profesion de las vírgenes son flores del vergel de la Iglesia; Tertuliano las comprende en la familia de los ángeles; según S. Ambrosio, la virginidad emana, como de su fuente, de Dios en Jesus, de Jesus en Maria, y de Maria en todas las almas puras...

Centuplum accipiet, et vitam æternam possidebit. Venid á ver morir la virgen fiel despues de verla consumirse lentamente en los santos fervores de la caridad. Su alma, semi desceñida de su cuerpo, se vuelve casi visible en su rostro. Ya oye los conciertos de los serafines... Abrese entretanto el cielo, llámala la voz del Esposo: *Veni*,

sponsa mea, veni, coronaberis. Dale entonces el ósculo de paz; recibe ella un nombre nuevo: ciñela su Esposo la cabeza con la aureóla de las vírgenes; pónela en el dedo el real anillo, y en los labios esta misteriosa cántiga: á Jesucristo y para siempre, á Jesucristo en el tiempo, á Jesucristo en la eternidad!

DIVISIONES.

RELIGIOSAS.—Las que desempeñan algun oficio deben mirar la presuncion como á su mayor enemigo.

Las que no desempeñan oficio alguno deben mirar la celotipia como á su mayor enemigo.

Las que están ocupadas afuera deben mirar la curiosidad como á su mayor enemigo.

RELIGIOSAS.—Las ancianas deben ser el consejo de las jóvenes. Las jóvenes deben ser el consuelo de las ancianas.

RELIGIOSAS.—La tentacion de las jóvenes es la libertad.

La tentacion de las ancianas es la impaciencia.

La tentacion de las que se distinguen por su celo es la singularidad.

RELIGIOSAS.—Las religiosas ménos religiosas son las más visitadas.

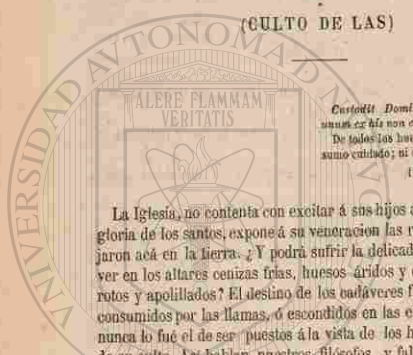
Las religiosas más religiosas son las más mortificadas.

Véase: VOCACION.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
AL DE BIBLIOTECAS

RELIQUIAS.

(CULTO DE LAS)



*Carissimè Domine quanta ossa coram
sanctis et hinc son canterer.*

De todos los huesos de ellos tiene el Señor
sumo culto; ni uno solo será quebrantado.

(PSALM. xxxiii, 21.)

La Iglesia, no contenta con excitar á sus hijos á la meditación de la gloria de los santos, expone á su veneración las reliquias que nos dejaron acá en la tierra. ¿Y podrá sufrir la delicadeza de nuestro siglo ver en los altares cenizas frías, huesos áridos y carcomidos, vestidos rotos y apollillados? El destino de los cadáveres fué siempre el de ser consumidos por las llamas, ó escondidos en las entrañas de la tierra; nunca lo fué el de ser puestos á la vista de los hombres como objeto de su culto. Así hablan nuestros filósofos, y faltó poco para que se adoptase en alguna parte de Europa el proyecto sacrilego de sacar de las iglesias todas las reliquias de los santos, para ocultarlas á la vista y á la piedad de los fieles. Pero dejémosles discurrir y hablar como quien son, esto es, como enemigos de toda religión y de todo culto. Hablan mal de Dios, ¿y será de admirar que hablen mal de los santos? Lo peor es que la continua repetición de estas máximas perniciosas ha causado, aún en aquellos que se precian de buenos católicos, una cierta indiferencia y frialdad en venerar las reliquias de los santos, que nos hace temer que caigan muy presto en la misma impiedad. Bástales ver á un cristiano que manifieste un particular deseo de poseerlas, que las honre con devota y religiosa pompa, que ponga en ellas una razonable confianza; bástales esto, digo, para mirarle como un objeto de compasión y de risa, y tratarle, lo que ménos, y segun sus más moderadas expresiones, de *supersticioso é ignorante*. Pero los ignorantes somos nosotros, que hemos perdido de vista lo que son aquellas reliquias, y cuál es el espíritu de la Iglesia en venerarlas. Examinemos pues esta materia con toda sencillez, y veamos si podemos lograr reflorézcan en nuestro corazon aquella fé viva y

operativa con que quiere la Iglesia que sean venerados los despojos de los santos. Imploremos ántes los auxilios de la gracia. A. M.

4. Los libertinos, cuando combaten algun punto de religion, quieren hacer creer á los sencillos que han hallado y dicen cosas nuevas; pero examinando á fondo sus pretendidas novedades, se ve que, bajo el velo de nuavns formas y figuras, no hacen otra cosa que repetir las antiguas blasfemias. Hácia los tiempos de S. Jerónimo se levantó el hereje Vigilancio, y empleó su sacrilega pluma contra el culto de las sagradas reliquias; pero aquel insigne doctor, con su apostumbrada viveza y energia le combatió de tal suerte, que el hereje se dió por vencido y confundido. Cesó el error por algun tiempo; pero despues, en el siglo octavo, levantó su ponzoñosa cabeza, y por medio de los iconomacos, movió cruel guerra, no solo á las imágenes, sino tambien á las reliquias de todos los santos. Tuvieron aquéllos por candelillo á Claudio, obispo de Turin. ¡Qué horror! un obispo que no es sucesor de Pedro, y que presume representar por sí solo toda la Iglesia, no puede ser sino un novador, un impio. En el segundo Concilio Niceno fueron condenados. Finalmente, en los tiempos más cercanos á los nuestros, los secuaces de Lutero, de Melancton y de Calvino se alzaron contra el culto de las reliquias, las bollaron, las redujeron á cenizas, las esparcieron al viento, é hicieron con los huesos de los santos lo que la natural piedad nunca permitió que se hiciese con los huesos de los que fueron solamente hombres. Toda la Iglesia congregada en el sínodo Tridentino, levantó un grito de anatema contra ellos, confirmó el dogma católico que prescribe la veneración de las reliquias de los santos, asegurándonos que su culto no es inútil ni pernicioso. Y advertid aquí de paso, como el error aparece y desaparece, muere y renace; solo la verdad católica permanece siempre la misma, y no puede sufrir variación. Desde aquel punto en que los primeros fieles, instruidos de los apóstoles, empezaron á venerar las reliquias de los santos, á orar sobre sus cenizas, á celebrar los tremendos misterios sobre sus sepuleros, desde aquel punto en que los nuestros dias, por una constante y no interrumpida tradicion, ha sido y será siempre un artículo de la fé católica, el que sus sagrados despojos sean un objeto de la religion y del culto. Salgan al campo los filósofos, y unidos con los herejes, burlen, mofen y empleen todos sus maños para abolir este culto; la Iglesia está siempre firme é invariable en sus dogmas, y no podrán jamás prevalecer contra ella todas las fuerzas del infierno.

Pero, finalmente, éstos están fuera del redil, son enemigos de la

Esposa de Jesucristo, son lobos, y muestran serlo; mas ¿qué diremos de cierta casta de teólogos que, guardándose muy bien de combatir directamente el dogma católico sobre el culto de las reliquias, esparcen tantas dudas y tanta desconfianza en el ánimo de la gente pia, que muchas veces se hacen más temibles que los herejes más desecarados? Llenos de un falso celo en reclamar el rigor de una antigua disciplina, que estuvo siempre sujeta á variación, no se avergüenzan de debilitar y destruir los dogmas antiguos, que fueron y serán siempre inmutables. ¿Y quién nos asegura, van diciendo, que estas reliquias son verdaderas reliquias de los santos que veneramos? ¿Quién nos lo asegura? La Iglesia misma, que las venera en el cuerpo de sus pastores; las propone para que las veneren á sus hijos. No omite la Iglesia las más provechosas providencias para asegurar su identidad; ¿y nosotros seremos más cuidadosos, más avisados, más advertidos que lo es la Iglesia de Jesucristo? ¿Y Dios nos imputará á delito el que seamos obedientes á la Iglesia católica? ¡Ah! que el pueblo, replican éstos, corre gran riesgo de poner en las reliquias de los santos toda su confianza, hasta olvidarse de Dios; y he aquí una horrible superstición. Esta palabra superstición, en boca de nuestros filósofos y de los falsos teólogos que les favorecen, ha llegado á ser en nuestros días como una especie de palabra mágica. Se quiere aplicar á todas las devociones exteriores, y no se ve ó no quiere verse, que es esto el camino más breve para no tener religion alguna. El venerar las reliquias, y muchas otras prácticas del culto exterior, aprobadas por la Iglesia católica, no son, es verdad, la religion esencial, pero son como el vallado de la religion esencial. Derrribad el cerco de una viña lozana y fecunda, la vereis bien presto devastada y hecha el juguete de las bestias del campo. Se pierde hoy aquella estimacion religiosa que hemos de tener á las reliquias de los santos; mañana se abandona la devocion de la Virgen; insensiblemente se miran con indiferencia todos los actos exteriores del culto, y poco despues se llega al fatal estado de no erocer en Dios. ¡Supersticial! ¡supersticial! ¡Halladme en todo el orbe católico la mujer más sencilla que tenga una leve tintura del Catecismo, y no diga que Dios es infinitamente más grande que los santos, que Dios solo ha hecho los santos, que solo Dios concede las gracias por intercesion de los santos, y que cuando Dios no quiere, los santos nada pueden. Con estas ideas, verdaderamente inseparables de las primeras luces de la razon y de los primeros elementos del cristianismo, ¿cómo venerando las reliquias de los santos, puede haber tanto riesgo de caer en la superstición? Ea, abandonemos á los enemigos de las sagradas reliquias, abando-

némolos á sus extravagantes delirios: yo estoy impaciente para volverme á vosotros, y con el fin de solidar vuestra devocion, ponerlos en claro cuan piadoso, razonable y justo es el culto que la Iglesia católica prescribe á las santas reliquias. Y permitidme aquí que abandone un tanto la sencillez de mi estilo para adaptarlo, si es posible, á la nobleza y grandeza del asunto. Estas reliquias ¿que fueron? Estas reliquias ¿que serán?

2. ¿Qué fueron? Fueron miembros de Jesucristo. Si nuestro Señor hubiese unido á la persona del Verbo solamente el alma humana, serian miembros suyos solamente nuestras almas; pero porque quiso realmente tomar el alma y cuerpo, de aquí es que nuestros cuerpos han llegado á ser miembros suyos. Moró Jesucristo en los miembros de los santos como hijo en su casa: *Tanquam filius in domo sua, quæ domus estis vos* (Hebr. m): ¿y quereis ver las pruebas? dice el Apóstol (I Cor. xii). Estos huesos, estas frías cenizas que nos propone para venerar la Iglesia, fueron los instrumentos, fueron las armas de Jesucristo. Con ellas peleó y venció, ya la dureza de la Sinagoga, ya las locuras del gentilismo. Con ellas habló, y con admiracion del universo su voz llegó á las gentes más dispersas y distantes. Con ellas obró, y por su medio en todas partes fué recibida y abrazada la santidad del Evangelio. ¿Quién pudo jamás resistir á las abrazadas lenguas de tantos apóstoles, á las rigurosas penitencias de tantos ansterisimos confesores, á la immaculada pureza de tantas virgenes? Cayó á su vista, cayó aterrada la idolatría, huyó desmentido el error, mudaron de semblante las costumbres, y del oriente al ocaso, la Iglesia vencedora tomó posesion del universo. Obras todas de estas sagradas cenizas, ó por mejor decir, obras todas de Jesucristo, que vivía maravillosamente en ellas, *tanquam filius in domo sua*. ¡Adorables cenizas, amados despojos de los santos! Siento en mi interior la voz de mi fe, y quisiera imprimir ahora tierntisimos ósculos sobre el polvo de tantas lenguas que á manera de rayos arrojaban los demonios, que curaban las enfermedades, y limpiaban al mundo esparciendo en él celestiales semillas de la más sólida verdad: tierntisimos ósculos sobre el polvo de tantos corazones, á quienes ni la desnudez, ni las espadas, ni el hambre, ni la sed, ni la ignominia, ni los tormentos pudieron jamás separar de la fe de Jesucristo: de tantos corazones tan dilatados que se extendieron á reinos y provincias enteras, á pueblos y gentes por sus costumbres bárbaros, por su mucedumbre innumerables, y las instruyeron todas en la más sublime filosofia. Pero ¿qué necesidad tengo yo de enumerar y recorrer las reliquias de nuestros santos? Fueron miembros de Jesucristo; vivie-

ron con la vida de Jesucristo, que habitó en ellos como en su morada, y aún más, expresaron también vivamente en sí mismos el sacrificio de Jesucristo.

Fué Jesucristo la primera y la sola víctima digna de Dios, y por esto la llamó el Salmista por excelencia sacrificio de justicia: *Tunc acceptabis sacrificium iustitiae* (PSALM. L.) *quo Christus se obtulit qui iustus est.* (D. THOMAS IDO), como lo explica Sto. Tomás. Fueron los santos víctimas secundarias, y en tanto dignas de Dios, en cuanto fueron solícitos en exprimir en sí mismos las pasiones de la primera gran víctima que sola podía avalorar el sacrificio de sus siervos. *Tunc acceptabis sacrificium iustitiae*, este es el sacrificio de Jesucristo: *oblaciones et holocausta*, este es el sacrificio de los santos. Pero estos dos sacrificios no podían ejecutarse sino en cuerpo pasible y mortal, y por esto el Verbo divino, ya en los primeros crepúsculos de su concepción humana, vuelto á su Padre, le habló así: «Tú me adaptaste un cuerpo para ser sacrificado, hé aquí que vengo: *Corpus autem aptasti mihi, et dixi, nunc venio.*» Se sacrificó Jesucristo en la muerte y en los dolores de la cruz: se sacrificaron los santos copiando en sus miembros esta muerte y estos dolores; algunos macerando sus carnes con prolongadas vigiliias, con extenuados ayunos, con la celosa custodia de una difícil virginidad, y fué sacrificio de confesar y de vírgen; otros deshaciéndose por la caridad de sus hermanos en la interpretación y predicación, en escribir y en enseñar, en resistir y en contradecir, en las lágrimas y en los sollozos para ganar una alma sola, y fué sacrificio de sacerdote y de obispo; y estas son las oblaciones: muchísimos, finalmente, en ofrecer sus miembros á los patibulos, á las seguras, á las bestias y al fuego por confesar á Jesucristo, y fué sacrificio de mártires; y estos son los holocaustos: *Sacrificium iustitiae oblaciones et holocausta*. Jesucristo resucitó glorioso, y llevó consigo aquellos miembros santísimos que había sacrificado á su eterno Padre. Los santos no han resucitado todavía, y tenemos con nosotros aquellos mismos miembros que fueron ofrecidos en sacrificio al Señor. Hostias vivas, hostias santas, hostias agradables y aceptas á Dios. ¿Y no las haremos objeto de veneración y culto? Vivieron con la vida de Jesucristo, y se sacrificaron con el sacrificio de Jesucristo pasible y mortal; y sabed que estas mismas reliquias han de revivir bien presto con la vida de Jesucristo inmortal y glorioso. Visteis lo que fueron: ved ahora en pocos rasgos lo que serán.

Resucitó Cristo, dice el Apóstol, como primicias de los que han de resucitar. *Christus resurrexit á mortuis, primitiis dormientium.*

Cristo, en primer lugar, y después de los santos que pertenecen con mayor intimidad á Cristo: *primitiis Christus, deinde qui sunt Christi*: y con esto será todo acabado: *deinde finis*: porque en las almas y en los cuerpos de los justos, presentará al Padre cumplido, santificado y glorificado su reino: *cum tradiderit regnum Deo et Patri*. Todos resucitarán, es verdad, pero no todos serán mudados. Solos los miembros de los santos resucitarán para vivir con la vida gloriosa de Jesucristo. Vivirá su cuerpo por medio del alma, y el alma, por medio de la incommutable verdad, que es el único Hijo de Dios: así el cuerpo mismo vivirá con la vida del Hijo de Dios. Estas sagradas cenizas, que parecen ahora tan viles á los ojos del mundo, serán miembros del Hombre Dios sentado en su gloria; miembros en cierto modo espirituales: *resurrexit corpus spirituale*: espirituales por la claridad y el resplandor, por la agilidad y sutileza, por el dominio y por la virtud, á quienes todas las cosas materiales obedecen. Vivir con Dios, vivir de Dios, vivir en Dios. ¡Oh vida incomprendible! ¡oh eterno colmo de gloria reservado á estas reliquias! gloria que ni el ojo vió, ni el oído oyó, ni el corazón humano pudo comprender! ¿Y por qué van con tanta lentitud las estaciones y los siglos diluyendo la llegada de esta gloria? Las mismas criaturas irracionales, á la presencia de estas benditas cenizas, dan fuertes gemidos y profundos suspiros para apresurar el instante de su resurrección: *Omnis creatura ingeniscit et parturit, revolutionem Altiorum Dei expectat*. Pero no tardará ya mucho la hora deseada. ¡Qué espectáculo de júbilo y exultación veremos en aquel día! Veremos en un instante, al sonido de una trompeta, salir de debajo de los altares, no ya los huesos y cenizas, sino los vivos y gloriosos despojos de los santos, y elevados en el aire ir al encuentro del Señor.

¿A dónde estais, soberbios filósofos que intentáis todos los medios para abolir en la Iglesia el culto de las reliquias de los santos, hasta hacerles objeto de burla y desprecio? Sabed de una vez para siempre, que todo nuestro culto empieza por Dios, y no acaba sino en Dios. Hijos míos, no os dejéis seducir de sus blasfemias. Quieren borrar de vuestro espíritu uno de los mayores objetos de nuestra fe, arrancaros del corazón uno de los principales apoyos de nuestra coalianza, quitaros uno de los más poderosos medios para nuestras espirituales y temporales dichas. Los santos en el cielo no pueden ser ingratos con quien venera sus reliquias acá en la tierra.

¡Gran Dios, celador y guarda de estas bienaventuradas cenizas! volved á ellas vuestros ojos, y mientras los santos deponen sus despojos al pie de vuestro augustó trono, aplacaos sobre la muchedumbre

de nuestras iniquidades. Son despojos de mártires que los bañaron en la sangre de nuestro Hijo; son despojos de vírgenes que siguieron de cerca al Cordero inmaculado; son despojos de confesores clavados en su cruz: son despojos de obispos á quienes encargaste una grey, que es una grey vuestra. Ved, Padre celestial, si son estas las túnicas de vuestros hijos. Es verdad que los devoró una fiera cruel, que fué la muerte; pero habrá de retornarlos bien presto, á su despecho, para que revivan á la vida gloriosa de Jesucristo. ¿Cómo podrá dejar de moverse el Señor á vista de tantos objetos, que lo son de sus nobles complacencias? Vosotras, ¡oh venerables reliquias de los santos! levantaos, y aceptando benignas aquel culto que os rendimos, rogad á Dios que nos mire con ojos compasivos. Bendecidnos á todos, y alcanzadnos las gracias que necesitamos para practicar las virtudes y merecer el premio que está preparado á los que imiten á los santos, premio que os deseo á todos.

DIVISIONES SOBRE EL MISMO ASUNTO.

RELIQUIAS DE LOS SANTOS.—Nos merecen grandes gracias cuando las honramos con el espíritu de la Iglesia.

Nos prestan grandes auxilios cuando las llevamos con confianza.

Nunca nos son más saludables que cuando nos hacen amar las virtudes que les atraen la veneración.

RELIQUIAS DE LOS SANTOS.—La Iglesia las expone con honor como los triunfos de la vida penitente.

Las debemos contemplar con gozo como las armas de la vida gloriosa.

REMORDIMIENTOS; véase: **CONCIENCIA** (*sus remordimientos*).

REPROBACION Y REPROBADOS; véase: **ESCOGIDOS**.

REPUTACION.

(SUS ILUSIONES Y PELIGROS.)

*Curam habet de bono nomine.
Tota curatio de la buena reputacion.*

(EccI. xxi, 14.)

El Espíritu Santo nos aconseja que procuremos adquirir y conservar una buena reputacion. Este consejo entendido como debe entenderse, está fundado en muy sólidas razones. Porque ¿qué es, segun la Escritura, y en que consiste la buena reputacion? En ser cada uno irreprochable segun su estado; esto es, estar exento de ciertas faltas que oscurecen el nombre, desacreditan la persona, y la hacen indigna del comercio y trato de los hombres de bien: en ser tenido en la opinion de todos por hombre de probidad y de buenas costumbres, por hombre justificado, recto y fiel; por hombre de entendimiento y de juicio, capaz de cumplir con las obligaciones de su empleo, de su oficio y de su ministerio; y para decirlo en dos palabras, por un hombre de bien segun el mundo, y un hombre cristiano segun Dios. Es muy importante ante todas cosas el tener una reputacion sana y sin mancha alguna que la oscurezca; porque muchas veces va en ello la gloria de Dios y el honor de la religion que profesamos; porque de ella depende nuestro propio interés y el aprovechamiento personal; porque va en ello la utilidad del prójimo de que estamos encargados y en cuyo provecho nos empleamos.

En efecto, no hay cosa que sirva más para glorificar á Dios y ensalzar el honor de su culto, que la estimacion que se hace de los que le sirven, y la edificacion que se saca de sus ejemplos. Por esta razon encomendala tanto á las fieles el principe de los apóstoles S. Pedro, que guardasen una conducta regular entre los gentiles, para que, aún estando tan preocupados contra nuestra santa ley, examinando nuestra vida y no hallando en ella sino mucha edificacion, den gloria á Dios y tapemos la boca á cuantos quisiesen hablar mal de nosotros. Sin una reputacion libre de toda censura, es casi imposible sacar al-

gun fruto del prójimo; pues no le podemos sacar sino en cuanto él nos desiere su creencia, y no la deferirá sino cuando esté cierto de nuestra reputacion. ¿Cómo inspirará un padre á sus hijos el horror al vicio, si ellos son testigos de vista de la vida desarreglada y de los desórdenes de su padre? ¿Cómo un predicador persuadirá la humildad á su auditorio, si es conocido por un hombre vano, hinchado y soberbio? Del mismo modo podríamos discurrir en otros asuntos.

Además de esta buena reputacion, hay otra que llamamos de ordinario gran reputacion. La buena reputacion no satisface á las almas ambiciosas y soberbias; aun les falta alguna cosa que contente á su hinchazon y lisonjee su vanidad. Una buena reputacion nada tiene en el fondo que nos distinga mucho; porque es comun á una multitud de gentes de razon entre quienes vivimos, y cuyo número no es corto en la sociedad humana. Estos son unos hombres regulares; y lo que muchos quieren es, que se diga de ellos: este es un grande hombre, un gran magistrado, un gran político, un gran escritor, un grande orador y un gran predicador; nombres fastuosos, y qualidades brillantes que destumbran. Pues yo pretendo hacer ver que en estas grandes reputaciones hay una grande ilusion las más veces; que aun cuando sean justamente adquiridas, como lo pueden ser algunas de ellas, á lo ménos hay mucho peligro y muchísimo que temer que, en fuerza de los sentimientos que inspiran, sean mucho más perjudiciales que ventajosas y gloriosas. Os lo demostraré despues de haber implorado los auxilios de la gracia. A. M.

4. Si examinamos bien sobre que se fundan estas reputaciones que hacen tanto ruido, hallaremos que por la mayor parte no tienen más fundamento que una casualidad, la circunstancia favorable de los tiempos, la falta de competidores de mérito, el capricho y mal gusto del público, algunas exterioridades especiosas acompañadas de demasiada confianza y presuncion; algunos socorros de amigos encubiertos; la distincion de la cuna y la familia; la inclinacion, el favor, y particularmente los tratos indignos y ocultos. No intento ofender á nadie, ni quiera Dios que tal haga: hablo en general; y así, el que quisiere hacer alguna aplicacion odiosa no debe imputármela á mí, sino á su mala intencion. Hecha esta protesta de mi parte, sin entrar en particularidad alguna, vuelvo á mi proposicion, y pregunto con la mayor sinceridad: ¿cuántos hay de estos, al parecer grandes hombres, que deben toda su reputacion á un suceso en que una feliz aventura tuvo más parte que su ingenio y su habilidad? Pues aquel se ha hecho célebre en la guerra por una victoria que ha ganado, ó por mejor

decir, que otros por él y en su nombre han conseguido. A él se le atribuye porque tenia el mando, y así él se lleva la palma sin haber tenido parte en el trabajo, ni haber corrido el menor riesgo.

Lo mismo sucede en el manejo de las dependencias, en las magistraturas, en la administracion de justicia, en las letras y en las ciencias, así divinas como humanas: lo mismo lo que no pudiera creerse si no nos lo dijera la experiencia, en el ministerio evangélico, en la direccion de las conciencias, en la práctica de la perfeccion y santidad cristiana. Aquel es tenido por un hombre de espíritu superior, sábio y prudente en sus empresas, sólido en sus designios y justo en sus medidas. Sale bien con sus proyectos, y como es ordinario el juzgar por los sucesos, de esta casualidad le viene su grande reputacion, y no cesan de aplaudirle y ensalzarle. Pero estas luces tan puras, estos designios tan rectos, estas medidas tan justas, quizá no salen de él, sino de algunos amigos que consulta, de algunos subalternos en quienes confia, los cuales secretamente, y aun algunas veces sin que él mismo lo entienda, le dirigen en todos sus pasos y le ilustran é imponen en lo que ha de decir y hacer. Otro se hace escuchar como un maestro; tan altamente le parece estar instruido en las ciencias y versado en todo género de erudicion; le ponen entre los sábios de primer orden; y lo cierto es que no hay materia alguna en que no se explique de un modo que tira solo á engañar: digo á engañar, porque toda aquel aparato de doctrina no es por lo comun más que una bella superficie, bajo de cuyas apariencias hay mucho vacío y muy poca sustancia. A fuerza de saberlo todo, ó querer saberlo, sucede muchas veces que nada saben; y sin embargo, se hacen valer, y se adquieren una gran reputacion por la facilidad que tienen en explicar, y por una abundancia de palabras inagotable, por un tono decisivo y confiado, que al parecer no permite la menor duda y previene todas las dificultades; valiéndose de una multitud de términos, de nombres, de discursos, de hechos, que apenas pueden ser contradichos, porque la mayor parte de los que los oyen no los entienden, y no hallándose en estado de conocer su flaqueza, se hacen adoradores de lo que ignoran.

¡A lo ménos si estas gentes tan preconizadas entrasen dentro de sí mismas y se hiciesen alguna justicia, reconociendo de buena fe lo inferiores que son á lo que se piensa de ellos, y cuán superior es á su mérito su reputacion! Esto haría en ellos la humildad; y aún sola la equidad natural (si la consultasen) no les dejaría moverse tanto de los aplausos que reciben. Si no siempre estaban obligados á resistirlos en lo exterior, declarándose por indignos de ellos, á lo ménos lo co-

nocerian así en su interior; y aún los harían servir para su confusión, bien léjos de vanagloriarse de ellos; porque conocerían lo poco que los merecían y cuán grande era su ilusión. Y aún adelantarian más, porque si quisiesen hacer comparación de sí mismos con otros de mayor mérito que están arrinconados, conocerían que no siempre son los verdaderos méritos los que hacen más ruido en el mundo. Los honrarían hasta en su abandono, los respetarían y se guardarían bien de despreciarlos ni en lo más mínimo, ni de arrogarse una superioridad que conocen no deben pretender sobre ellos. Tales son, digo, las disposiciones en que deberían hallarse; pero por la ceguedad y embeleso de nuestra soberbia sucede todo lo contrario; y este es, además de la ilusión, el peligro de una gran reputación.

Un hombre se deja engañar de su fortuna porque no examina cómo ni por qué medios la ha logrado; y pone poco ó ningún cuidado en saberlo, y aún se complace en ignorarlo. Goce de su reputación, bien ó mal adquirida, logre y guste sus frutos, que esto le basta. Y lo peor es, que aún llega á persuadirse con facilidad, que en efecto hay en su persona alguna cosa que le ensalza y le distingue de los demás. Lo oye decir tan comunmente y se complace tanto en que hablen de él en ese tono, que no le cuesta la menor dificultad el creerlo. De aquí nace el retirarse tanto á sí mismo y las complacencias secretas, en que gusta mantenerse. De aquí nacen las altiveces de espíritu, el aire impetuoso, las palabras secas y desdenosas. Por esto se lisonjea que procurará muchos conservar su amistad, que le tratarán con atención, y que en su comunidad le concederán algunos privilegios, porque hace honor al cuerpo y es uno de sus primeros ornatos. Por esto no puede sufrir que en el mismo empleo y en las mismas ocupaciones haya quien se atreva á igualársele; y aún extraña que emprenda alguno hacer lo que él, queriendo que no se hable de otro sino de él, y teniendo de los demás celos que él excitó en los demás; ¡Oh hijos de los hombres, que vamos solos buscando la vanidad! Advertid que hay mucho error y engaño en lo que sobocitais con tanto ardor.

2. Pero esto no mira solamente á las grandes reputaciones que, como llevo dicho, están mal fundadas; sino aún á aquellas que más justa y sólidamente están establecidas. A la verdad, hay algunas de éstas, porque hay algunos hombres singulares y raros que con razón se llevan los aplausos de todo el mundo, y á quienes la misma envidia está obligada á rendir una especie de vasallaje con su silencio y estimación, y se humilla y calla en su presencia, sin atreverse á hablar una palabra. Hablan de ellos por todas partes y en todas les reciben

con agrado; grandes y pequeños, todo el mundo muestra tenerlos respeto y veneración, y por esto mismo están expuestos á la misma tentación que los otros; y aunque algunos por su buen natural y entendimiento se preservan quizá de este peligro, son muchos los que caen en él y se rinden á tan grave tentación. Y hablando con realidad y diciendo las cosas como son en sí, lo mismo es tener una grande reputación que estar en una gran fortuna: y es igualmente dificultoso el mantener una y otra sin olvidarse de sí mismo, porque cuando una persona se vé en cierto grado de elevación y distinción, le parece que ha sido trasformada de repente en nuevo hombre: desde entonces tiene pensamientos, aficiones y sentimientos diversos de los que tenía ántes, y su conducta es opuesta en un todo á la que hasta entonces había tenido. Antes era un hombre tratable á todos, acomodado á todos, urbano y cortés con todos, y familiar con sus amigos; pero como se mudaron los tiempos, se mudó también su voluntad. Llegó á ser ya hombre de mucha importancia para que quiera mantener en adelante tales amistades y conexiones. Ha tomado vuelo más alto y no se acompaña sino con los grandes, á imitación de los fariseos, que se apartaban del pueblo y decían á todos los demás: *Hacednos allá*. Y aunque no lo dice de palabra, ni con un modo tan grosero, lo dá bien á entender con un semblante frío y compuesto, con una reserva afectada, con una conversación seria y con otros mil ademanes y figuras que se dejan conocer á primera vista. ¡Lamentable flaqueza, de que se dejan llevar aún las mayores almas! No hay veneno más sutil que la soberbia; pues corrompió en el cielo hasta las más sublimes inteligencias, y no debemos admirarnos que pueda pervertir en la tierra aún á aquellas almas que por otra parte están mejor constituidas y son más firmes.

¶ Pero todo esto sería en algún modo tolerable si esta fuese una de aquellas flaquezas humanas que no tienen conexión alguna con la salvación, y que como tales no causan alguna pérdida; pero es muy al contrario, porque no hay otra cosa más perniciosa, ni más capaz de quitarnos para con Dios el fruto de una vida llena de los más largos y más penosos trabajos. Porque no cuesta poco el granjearse una gran reputación y conservarla; y no basta el que la naturaleza nos haya dotado de las más bellas prendas y cualidades, pues estas cualidades naturales son unos talentos que necesitan cultivarse, y si no, no producen fruto alguno; así como para que arraige y crezca el grano en una buena tierra, aunque sea muy fértil, es menester cultivarla, porque perece sin esta diligencia y no aprovecha cosa alguna. No ignoramos los cuidados infinitos, la continua apli-

cacion al estudio, y las fatigas de un hombre que por su mérito se quiere distinguir y hacerse célebre en su profesion. Toda su atencion pone en esto: no piensa sino en su reputacion, no cuida de otra cosa que de su reputacion, ni mide sus ventajas y progresos sino por esta reputacion. Se tiene por feliz y dichoso si se aumenta y extiende por todas partes esta reputacion; pero si por algun accidente se debaja y no corre viento en popa como él quisiera, se entrega á la melancolla y á la desesperacion: como sabe que no hay cosa más delicada que la reputacion, ni cosa que con más facilidad se llegue á herir, no hay precaucion alguna que no tome para mantenerse en ella, ni esfuerzos que no haga para restablecerla, cuando empieza á disminuirse y decaer. De modo que esta reputacion es el único objeto de sus pensamientos y deseos, el único fin de sus acciones, su ídolo y aun casi su divinidad.

Nada pondero en esto, ni exagero más de lo que ello es en sí, porque no digo sino lo mismo que todos los dias vemos y notamos en todos los estados. ¿Y qué se sigue de aquí? Un gran desorden y una gran lástima: esto es, que todo lo referimos á nuestra gloria y no á la de Dios, y esto es el desorden; y no refiriendo á Dios y su gloria todo lo que hacemos, es como si no hiciéramos nada en presencia de Dios; esta es la lástima y la desgracia, tanto más de lamentar, cuanto que los más santos ministros no están exentos de uno y otro. ¿Hay cosa más frecuente en las funciones apostólicas con que nos instruyen nuestros ministros y predicadores del Evangelio, y nos enseñan á evitar el mayor contagio que tenemos que temer, que de dejarse llevar del atractivo de una gran reputacion? En el mismo acto de predicar la palabra de Dios sucede que muchísimas veces profanan lo mismo que predicar, porque no lo predicar para hacer conocer y honrar á Dios, sino para hacerse honor y darse á conocer á sí mismos. Bien puede ser que sus primeras intenciones hayan sido virtuosas y más puras, y puede ser que al principio de su mision hayan dicho como el Apóstol: *No nos predicamos á nosotros mismos, sino á Jesucristo nuestro Señor* (II Cor. iv, 5.) Y penetrados de estos sentimientos y habiéndolos llevado al santo ministerio, debían perseverar en ellos; pero bien presto vino el enemigo á sembrar la cizaña en el campo del Padre de familias, no valiéndose de las tinieblas y oscuridad de la noche, sino de la gran claridad y resplandor de una nueva y brillante reputacion. Una tropa de oyentes que le siguen, su asistencia continua, su atencion, sus aclamaciones; todos los pulpitos abiertos y francos para el nuevo predicador; las honras que le hacen; las personas de distincion que le buscan para gozar de su compañía, y el favor con

que le recibe desde que se le pone delante: todo esto pone á pruebas estrañas la pureza de su celo y la rectitud de sus intenciones. Se borran insensiblemente sus primeros designios y entra en su corazon el mundo en lugar de Dios. Porque otro tanto como él agrada al mundo, por lo mismo que le agrada, comienza el mundo á agradarle á él, quiero decir, se apega al mundo, quiere ver el mundo, conversar con él, y hacerse en él agradables sociedades, y no para la santificacion del mundo, sino por su propia satisfaccion.

Ved aquí el grande interés que le anima y le mantiene en sus trabajosas ocupaciones. Ved aquí el gran principio que le mueve y empuña á no aliojar un punto, ni tomar algun descanso; esto le hace renovar de año en año un fervor y una emulacion siempre nueva, porque quiere acabar su carrera con la misma honra y estimacion, y teme mucho que se advierta alguna mudanza y decadencia en su reputacion. Asi se le pasan los dias, se hace viejo, se acerca á la muerte, y se trata en fin de que se disponga á comparecer en el tribunal de Dios, y responder al terrible exámen en que su Majestad le pedirá cuenta de los talentos que tan liberalmente le otorgó. No se puede explicar la admiracion, el miedo y horror de que se verá poseido cuando, reflexionando sobre sí mismo, oirá en lo interior de su alma la voz de su conciencia que le dirá lo mismo que el Salvador del mundo: *Cuidado que no hagais vuestras buenas obras delante de los hombres porque las vean y admiren; porque si las hacéis con este fin, no recibiréis premio alguno de vuestro Padre celestial* (MATT. vi, 1.) Habrá trabajado mucho; habrá tenido violentos esfuerzos de espíritu y de cuerpo; se habrá consumido en trabajar y velar; pero ¿con qué dolor y desagrado verá cumplirse en él la queja del profeta Ageo: *Recorred toda vuestra vida, haced reflexion sobre vuestra conducta, y vereis que habeis sembrado mucho, y habeis cogido muy poco* (ACCO i, 6.) Si se hubiera de juzgar de vuestras acciones por lo que muestran las apariencias y exterioridades, hubierais juntado muchos méritos; pero la lástima es, que habeis hecho como quien pone su tesoro en un saco roto: lo que habeis ganado por una parte lo habeis perdido por otra.

De lo dicho podemos inferir algunas consecuencias muy racionales y verdaderas; conviene á saber: que una gran reputacion es comunmente un grande impedimento para la salvacion y para la perfeccion; que en lugar de tener envidia de la reputacion de los otros, ni darles enhorabuena por eso, debemos tener compasion de ellos, y darnosla á nosotros de no estar expuestos á la misma tentacion; que el estado más envidiable, por más tranquilo y seguro, es el de un

hombre que sin ruido y sin fama sirve á Dios y al prójimo en un retiro voluntario, contento con un trabajo servil, con tal que sea útil y segun las disposiciones de la Providencia; y, por último, que no podemos imprimir bastante en nuestros corazones la gran leccion del Hijo de Dios á los setenta discipulos. Les habia enviado á predicar el Evangelio, y á la vuelta de su mision les oyó decir con algun género de gusto y complacencia, que hasta los demonios se les habian sujetado, y les dió esta admirable respuesta: *Yo he visto á Satanás caer del cielo como un rayo! Verdad es que os he dado el poder de hollar las serpientes, y abatir todas las fuerzas del enemigo, sin que nada pueda haceros daño; pero con todo eso, no conviene que os alegréis de que los espiritus se os sujeten, ni de que esto os hace ser temidos y reverenciados en la tierra; alegraos de que vuestros nombres están escritos en el cielo* (Luc. x, 18). Suspiremos por el cielo, hermanos míos; hagámoslo todo por Dios, que es el único que puede premiar bien nuestros trabajos; no busquemos una gloria perecedera, sino la que durará para siempre, y que os desee á todos.

DIVISIONES.

REPUTACION.—Lo que más nos pone en estado de servir al prójimo es la buena reputacion.

Lo que más nos inutiliza con respecto á nuestro prójimo es la mala reputacion.

REPUTACION.—Debemos hacernos dignos de la buena reputacion que tenemos y que tal vez no merecemos.

Debemos practicar obras de piedad, contrarias á las que nos dan una mala reputacion.

Debemos conservar la buena reputacion que hemos merecido, continuando en la práctica de las virtudes que nos la han granjeado.

RESIGNACION; véase: CONFORMIDAD CON LA VOLUNTAD DE DIOS; y PACIENCIA.

RESPECTO HUMANO.

I.

Omnia veró opera sua faciunt ut videantur ab hominibus.

Todas sus obras las hacen con el fin de ser vistos de los hombres.

(MATT. XXIII, 5.)

La falsa devocion y el cuidado en granjearse las atenciones públicas con el ejercicio de las obras santas, no me parece que es el escollo que más deba temerse para la mayor parte de los fieles. Es verdad que puede suceder que el vicio de los fariseos tenga imitadores, pero no es este el vicio dominante en la mayor parte de los hombres. El respeto humano que hago que sirvamos á Dios por granjearnos la estimacion de los hombres, es más raro que el que nos impide servirle por temor de perderla. La tentacion más comun no es gloriarse de una virtud falsa, sino el avergonzarse de la verdadera; y el temor culpable del respeto humano condena á muchos más cristianos que la desvergüenza y la doblez de la hipocresia.

Estos dos vicios se parecen entre sí, en que ambos sacrifican la salud eterna á los vanos juicios de los hombres. Pero como entre todos los obstáculos para la conversion es el más comun y peligroso el respeto humano, y el cobarde y pecaminoso temor del mundo, importa mucho el explicar claramente en qué consista su engaño; porque en cualquiera estado que nos haya colocado la Providencia, siempre estamos unidos á cierta especie de gentes que nos rodean, á nuestros parientes, á nuestros amigos, á nuestros protectores. Este corto número de personas forma para nosotros un mundo aparte; tememos sus juicios, y sacrificamos á su gusto aún nuestros deseos de virtud, si por ponerlos en ejecucion hemos de merecer sus burlas y censuras. Digo, pues, que esta disposicion encierra primeramente un desprecio de Dios, que la hace muy culpable; en segundo lugar, un temor del mundo, que la hace muy insensata; y finalmente, una preocupacion contra la virtud, que la hace muy injusta: un desprecio de Dios, que la

hombre que sin ruido y sin fama sirve á Dios y al prójimo en un retiro voluntario, contento con un trabajo servil, con tal que sea útil y segun las disposiciones de la Providencia; y, por último, que no podemos imprimir bastante en nuestros corazones la gran leccion del Hijo de Dios á los setenta discipulos. Les habia enviado á predicar el Evangelio, y á la vuelta de su mision les oyó decir con algun género de gusto y complacencia, que hasta los demonios se les habian sujetado, y les dió esta admirable respuesta: *Yo he visto á Satanás caer del cielo como un rayo! Verdad es que os he dado el poder de hollar las serpientes, y abatir todas las fuerzas del enemigo, sin que nada pueda haceros daño; pero con todo eso, no conviene que os alegréis de que los espiritus se os sujeten, ni de que esto os hace ser temidos y reverenciados en la tierra; alegraos de que vuestros nombres están escritos en el cielo* (Luc. x, 18). Suspiremos por el cielo, hermanos míos; hagámoslo todo por Dios, que es el único que puede premiar bien nuestros trabajos; no busquemos una gloria perecedera, sino la que durará para siempre, y que os desee á todos.

DIVISIONES.

REPUTACION.—Lo que más nos pone en estado de servir al prójimo es la buena reputacion.

Lo que más nos inutiliza con respecto á nuestro prójimo es la mala reputacion.

REPUTACION.—Debemos hacernos dignos de la buena reputacion que tenemos y que tal vez no merecemos.

Debemos practicar obras de piedad, contrarias á las que nos dan una mala reputacion.

Debemos conservar la buena reputacion que hemos merecido, continuando en la práctica de las virtudes que nos la han granjeado.

RESIGNACION; véase: CONFORMIDAD CON LA VOLUNTAD DE DIOS; y PACIENCIA.

RESPECTO HUMANO.

I.

Omnia veró opera sua faciunt ut videantur ab hominibus.

Todas sus obras las hacen con el fin de ser vistos de los hombres.

(MATT. XXIII, 5.)

La falsa devocion y el cuidado en granjearse las atenciones públicas con el ejercicio de las obras santas, no me parece que es el escollo que más deba temerse para la mayor parte de los fieles. Es verdad que puede suceder que el vicio de los fariseos tenga imitadores, pero no es este el vicio dominante en la mayor parte de los hombres. El respeto humano que hago que sirvamos á Dios por granjearnos la estimacion de los hombres, es más raro que el que nos impide servirle por temor de perderla. La tentacion más comun no es gloriarse de una virtud falsa, sino el avergonzarse de la verdadera; y el temor culpable del respeto humano condena á muchos más cristianos que la desvergüenza y la doblez de la hipocresia.

Estos dos vicios se parecen entre sí, en que ambos sacrifican la salud eterna á los vanos juicios de los hombres. Pero como entre todos los obstáculos para la conversion es el más comun y peligroso el respeto humano, y el cobarde y pecaminoso temor del mundo, importa mucho el explicar claramente en qué consista su engaño; porque en cualquiera estado que nos haya colocado la Providencia, siempre estamos unidos á cierta especie de gentes que nos rodean, á nuestros parientes, á nuestros amigos, á nuestros protectores. Este corto número de personas forma para nosotros un mundo aparte; tememos sus juicios, y sacrificamos á su gusto aún nuestros deseos de virtud, si por ponerlos en ejecucion hemos de merecer sus burlas y censuras. Digo, pues, que esta disposicion encierra primeramente un desprecio de Dios, que la hace muy culpable; en segundo lugar, un temor del mundo, que la hace muy insensata; y finalmente, una preocupacion contra la virtud, que la hace muy injusta: un desprecio de Dios, que la

hace muy culpable, porque teméis al mundo más que á Dios; un temor del mundo, que la hace muy insensata, porque haceis demasiado caso de la vanidad de sus juicios; finalmente una preocupación contra la virtud, que la hace muy injusta, porque os la figuráis como una condicion siempre espuesta al desprecio y á las burlas del mundo, siendo así que el mismo mundo la respeta y admira. El delito del respeto humano, su locura y su injusticia son todo el asunto de este discurso. Imploramos, etc. A. M.

1. La malicia del comun enemigo pone dos peligrosos lazos á la flaqueza de los hombres, uno de seducción y otro de terror. Un lazo de seducción, atrayéndolos con esperanzas lisonjeras; y un lazo de terror, asustándolos con necios temores. Se vale del primero cuando quiere corromper la inocencia y enredarla en los funestos caminos de las pasiones; y recurre al otro cuando quiere intimidar al pecador que está ya medio movido, y ahogar en su nacimiento sus débiles deseos de penitencia y salvacion.

Es verdad que la experiencia del mundo y de los placeres casi basta por sí sola para defendernos contra la primera ilusion que nos promete en ellos encantos y felicidades imaginarias; y tambien es cierto, que nada aynda tanto á desengañarse del mundo como el mismo mundo. Pero esta larga experiencia, en vez de curar los vanos temores acerca de sus juicios, parece que solo sirve de hacerlos más tímidos. Quanto más hemos vivido en el mundo, más le tememos; quanto más hemos envejecido bajo su yugo, más le respetamos; quanto más hemos experimentado sus placeres y sus agitaciones, más respetos queremos guardar con él cuando se trata de abandonarle y de entablar una vida más regular y retirada. Pues sabed, amados oyentes míos, vosotros á quienes un temor tan culpable retiene aún en la esclavitud del mundo y de las pasiones, no obstante las santas inspiraciones que continuamente os están llamando á unas costumbres más cristianas; sabed que esta disposicion ultraja á la grandeza de Dios y á la verdad de sus promesas; y que los tímidos respetos que actualmente os separan de Él, son más injuriosos á su gloria, que los mismos delitos que os habian separado hasta aqui.

Á la verdad, la grandeza de Dios pide que no le compareis con un mundo despreciable, y que tengais toda la gloria que proviene de los hombres por sueño y por error, puesta en paralelo con la suya. Pero cuando por una parte os llama la voz de Dios, y por otra os detiene el temor de los hombres, le decís con la disposicion de vuestro corazon: Señor, yo os sirviera desde ahora si el estado en que me

hallo me permitiera el serviros. Yo bien quisiera romper para siempre con un mundo que me es pesado é insufrible, si declarándome por vuestra ley no le diera motivo para que lo censurase y se burlase de mi nueva conducta. Es verdad que conozco que el vivir separado de vos es una cosa triste; me habeis favorecido con inclinaciones propensas á la virtud, y con un género de horror á los vicios, de que tanto tiempo he sido esclavo. Con todo eso, aún arrastro mis cadenas, aunque contra mi voluntad; porque el mundo, con el que me es preciso vivir, y que no puede amarnos, tampoco quiere que os ame; y aunque no me gusta, conozco que no tengo valor para atreverme á desagradarle. ¡Oh hombre! ¿sabes bien cuál es el estilo que usas con tu Dios? ¿Sabes que le estás diciendo: Me conformo, Señor, en que me maldigais, con tal que me apruebe el mundo; más quiero ser eterno objeto de vuestras venganzas y de vuestro desprecio, que dejar de gozar acá en la tierra de la estimacion y vanos aplausos de los hombres? ¡Cristiano! ¿no te horroriza esta impiedad? Pues advierte que estás incurriendo en ella.

Pero, no solamente ultraja á la grandeza de Dios este temor del mundo, sino que tambien es injurioso á la verdad de sus promesas. ¿Os parece que cuando os hayais declarado por Jesucristo, no sabrá su Magestad confirmar vuestro corazon contra el desenfreno de los juicios humanos, y que los dardos que tirarán entónces contra vosotros las lenguas de los necios, no serán como los que arroja un tierno niño, de los que no se hace caso? ¿Os parece que hallándoos ilustrados con nuevas luces de la gracia, no oiréis con santa firmeza unas conversaciones en que no hallareis mas que los funestos desórdenes de un entendimiento abandonado de Dios? ¿Os parece que mirareis siempre de un mismo modo los juicios de los hombres? ¡Ah! si entónces aún haceis caso de sus burlas, solo será para compadeceros de su perdicion y desorden. Desearéis que ellos conozcan al Señor, y no que aprueben vuestros procederes; que bendigan su santo nombre, y no que alaben el vuestro; que amen la virtud, y no que admiren vuestros ejemplos; su salvacion os interesará más que sus aplausos, y la gloria del Señor más que la vuestra. Yo he afligido mi alma con el ayuno, decia en otro tiempo un penitente rey, y el mundo se burlaba de mí; me cubrí de ceniza y de cilicios, y era la fabula de Jerusalem; lloré mi pecado en vuestra presencia, ¡oh Dios mio! y fui el asunto de las conversaciones y canciones satíricas de los insensatos: *Et posui vestimentum meum cilicium, et factus sum illis in parabolam... et in me psallebant, qui bibebant vinum* (PSALM. VI. 12, 15). Y entónces, movido más de su locura que de

su desprecio, os supliqué, Señor, que tuvieseis piedad de su ceguera, y que les manifestaseis las eternas verdades de vuestra justicia. Esta será la impresión que harán en vosotros los vanos discursos de los censores de la virtud.

Pero ¿no será cosa más prudente, nos decimos, el condescender con el mundo en ciertas cosas que pide la buena crianza, y reservar al mismo tiempo el corazón para Dios, que no quiere más que los corazones, aunque al mismo tiempo parezca que nuestro exterior se conforma con los demás? En esos tímidos respetos, haceis, hermanos míos, una afrenta á la grandeza de Dios á quien adoran todas las criaturas. Pues qué! ¿no os habeis de atrever á reconocerle por Dios á las claras? ¿Habeis de fingir delante de los hombres que no le conocéis? ¡Oh hombre! el Dios del cielo y de la tierra no ha de ser para ti más que un Dios doméstico, y confundidlo con los ídolos que antiguamente estaban reducidos al hogar y recinto de cada familia, te has de contentar, como Raquel, con ocultarle en tu tienda y adorarle sin que lo sepan tus hermanos? También es ser ingratos á la gracia que os ilumina, que os mueve, que os disgusta del mundo y de las pasiones. ¿Es posible que os hayáis de avergonzar de ser el objeto de la clemencia y de la bondad divina? ¿Os han de causar más confusión los favores del cielo y el beneficio que curó vuestra alma de sus heridas, que la que os causaba en otro tiempo la infamia de esas mismas llagas? ¡Oh hombre! ¿Podrá un corazón noble avergonzarse de amar á su bienhechor? ¿Es modo de agradecer el don de Dios, avergonzarse de haberlo recibido?

Finalmente, también con eso dais ocasión de escándalo y de error á vuestros prójimos, porque esos ejemplos de condescendencia entre el mundo y Jesucristo son más peligrosos que los mismos ejemplos de una disolución declarada. A la verdad, la vida licenciosa de un pecador le granjea más censores de su proceder, que imitadores de sus excesos; pero los placeres y los abusos del mundo, autorizados con una vida, por otra parte regular, y aún muchas veces mezclada de acciones piadosas, causan un engaño casi inevitable. Cuanto más eviteis los desórdenes ruidosos, si por otra parte os permitis todas las diversiones y todos los abusos que autoriza el mundo, más peligrosos sois para vuestros prójimos: cuanto más les persuadís que el mundo no es tan compatible con la salvación como se piensa, haceis que nuestros oyentes estén más incrédulos y preocupados cuando les anunciamos que es imposible servir á dos señores; y, finalmente, más multiplicais en la Iglesia las falsas penitencias, sirviendo de modelo á muchos pecadores casi arrepentidos, los que no se persuaden á que

en la virtud haya más de lo que os ven ejecutar, y hubieran pasado más adelante con la gracia de su conversión, si vuestra cobardía no los hubiera persuadido á que todo lo que ven de más en otros es demasía y exceso, y que solamente vosotros sabeis evitar la indiscreción, ateneros á lo esencial, y ser virtuosos como se debe en el mundo. ¡Oh hombre! ¿no basta el que tus desórdenes hayan servido de escándalo á tus prójimos, sino que también ha de ser hoy funesta para ellos tu falsa virtud? Pero, por último, amados oyentes, ¿merece el mundo tantos respetos? Aún cuando no fuera pecado el sacrificar la salvación al temor de sus juicios y censuras, á lo ménos ¿no sería una locura? Pues esto es lo que voy á manifestaros en esta segunda parte de mi discurso: la locura del respeto humano.

2. Todos los pecadores son necios, porque todos prefieren un deleite instantáneo á las promesas eternas. Con todo eso, nuestras pasiones forman ciertos errores que no siempre es fácil distinguir de la verdad; los confunden con tanta destreza y de un modo tan parecido, y es tan difícil el conocerlos, que casi es imposible el no engañarse, y se puede muy bien decir que hay algunas ilusiones que, aunque opuestas á las reglas y á la obligación, á lo ménos se pueden excusar por las apariencias que tienen de equidad y prudencia. Pero la pasión de que hablamos no es de este número: su extravagancia se manifiesta con tanta claridad, que casi no deja lugar al engaño; es verdad que la locura es como el carácter propio del pecador, que movido de un sincero deseo de convertirse á Dios, no se atreve á hacerlo, porque teme al mundo y á la puerilidad de sus discursos y censuras. Verdaderamente, hermanos míos, que si me dais lugar para considerar este vano temor en sí mismo y en las circunstancias que le acompañan, vendreis á confesar que es absolutamente insensato.

Dije, si se considera este vano temor en sí mismo; porque poneis en las circunstancias que quisiereis, ya sea de hombre justo ó de mundano, vivid como filósofos ó como libertinos; ¿os parece que todos los hombres aprobaran siempre vuestra conducta, ni que habeis de tener los votos de todos á vuestro favor? Siempre desagradais á unos por las mismas circunstancias que son motivo de que agradeis á otros: los hombres no se pueden convenir entre sí, porque las pasiones son la regla de sus juicios, y las pasiones son distintas en todos los hombres. Ahora bien, amados oyentes míos, supuesto que no podeis evitar la locura de los juicios humanos en circunstancia alguna de vuestra vida, ¿por qué la habeis de temer solamente en asuntos de devoción? Si en los negocios de la tierra no os sirvo de

estorbo este inconveniente, ¿por qué lo ha de ser para el gran negocio de la salvación?

Aun cuando declarádoos á favor de la virtud tuvierais al mundo entero por censor de vuestro modo de proceder; ¿qué importan los juicios de los hombres á quien tiene á Dios de su parte? ¿Acaso el mundo es el fin de vuestros trabajos por la salvación? Si pereceis ¿os podrá salvar el hombre? Si el Señor os justifica, ¿quién se ha de atrever á condenaros? ¡Gran Dios! ¿es posible que haya quien se avergüence de servirnos á vos, á quien solamente corresponde el imperio, la gloria, la alabanza y la acción de gracias? Cualquiera temor que en este asunto tenga la criatura, ¡no es ultrajar vuestra gloria y el honor que vos mismo la hacéis en permitirla que os adore? ¿Qué es lo que podrá el mundo decir de vosotros que tanto os agobiará? ¿Dirá acaso que sois inconstantes y que dais que decir al público? ¡Feliz inconstancia que os aparta de un mundo que siempre está inquieto y sin sosiego, por uniros á los bienes permanentes, que nadie os podrá quitar! ¿Podrá decir que sois locos en privaros de los placeres de vuestra edad? ¡Santa locura, más prudente que toda la ciencia del siglo! pues renunciando á los placeres, de nada os privais, y buscando á Dios lo halláis todo. ¿Podrá decir que solamente dejais al mundo porque el mundo os deja? Apreciable injusticia, que os impide el que recibais en la tierra, con las alabanzas de los hombres, una recompensa vana. ¿Qué tenéis vuestros fines particulares, y que solamente hacéis esa nueva figura por conseguirlos con más seguridad? Esta sospecha es más vergonzosa para el mundo que para vosotros mismos.

Estos son, amados oyentes míos, los discursos tan terribles que os hacen abandonar la empresa de vuestra salvación; y no quiero preguntaros, quiénes son los que hablan de este modo; porque supongo que no son los justos, pues éstos siempre alaban al Señor por las misericordias que ejerce con vuestras almas; tampoco son los más prudentes entre los mundanos, porque para con éstos la virtud siempre tiene su estimación y su valor; sino un corto número de entendimientos superficiales ó libertinos, que en lo íntimo de su corazón glorifican á la virtud, y no la pueden negar un secreto respeto, al mismo tiempo que en público se están burlando de ella. Esta es la última reflexión contra el vicio que impugno; este vicio incluye en sí un error injurioso á la virtud, pues forma de ella una idea vergonzosa y despreciable, al mismo tiempo que el mundo la respeta y admira. Esta es la injusticia del respeto humano.

3. Es verdad que los Libros santos no prometen más que persecu-

ciones á todos los que quieran vivir conformemente á la piedad cristiana, y no permita Dios que yo me oponga aquí al lenguaje de la fe, ni que pretenda quitar á la virtud un carácter tan divino y de tanto consuelo para los justos. Pero no siempre persigue el mundo á los justos despreciándolos, sino también ofreciéndoles atractivos capaces de engañar su inocencia, y autorizando los escándalos que pueden hacer titubear su fe, ó que hacen, por lo ménos, que gima su piedad; porque hay muchos géneros de persecuciones; y los desprecios y oprobios no son ni la más peligrosa, ni la más común. Y así, hermanos míos, este escollo no es el más temible para la virtud. Este mundo enemigo de Jesucristo, que no conoce á Dios; este mundo que llama bien al mal, y mal al bien; este mundo, no obstante ser el que es, aún respeta á la virtud; tiene envidia algunas veces á su felicidad; suele buscar amparo y consuelo en los que siguen el partido de la virtud, y aún la honra públicamente. Hay impresos en la frente de los justos no sé qué divinos caracteres, que hacen que no se les puedan negar los secretos respetos; son como un espectáculo de religión, que no puede mirarse sin una especie de culto; son el arca del Señor, morada de su gloria, que aún entre los filisteos conserva su terror y majestad.

Cuanto más esclava de sus pasiones se halla un alma mundana, más estima en su interior al justo que sabe despreciarlas; por su propia flaqueza conoce todo el mérito de la virtud; cuanto más la oprime el amor á los deleites, mejor conoce que nada iguala á la grandeza y valor de un alma que puede resistir á este impetuoso encanto; todas sus caídas le sirven de lecciones que la enseñan á honrar á los justos, y aprende á estimar la piedad por las violencias que conoce es necesario hacerse para vivir según Dios. De este modo, un alma fiel le parece un espectáculo mil veces más digno de admiración que todos los que admira el mundo. Pero, no solamente no desprecia el mundo á los siervos de Jesucristo, sino que él mismo los llama felices, envidia su suerte, y confiesa que han escogido lo mejor. Cristianos; ¡á vosotros os parece que los pecadores, esclavos de sus pasiones, siempre están embriagados con el encanto de los sentidos y de su engañosa felicidad! Os parece que siempre les dura la ilusión, y que toda su vida es un sueño! Pues os engañais: aún en medio de sus falsos placeres miran al justo con envidia; contraponen la paz de su conciencia á las crueles inquietudes que les sobresaltan; los consuelos que él experimenta en la virtud, á las vivas amarguras que mezcla siempre el mundo con sus pasiones. Este paralelo, que es tan triste para ellos, les hace suspirar en lo interior: conocen toda la mi-

seria de su estado, y toda la felicidad de la condicion del justo; pues ¿por qué habeis de temer el parecer siervos de Jesucristo en la presencia de unos pecadores, que desearian parecerse á vosotros, luego que vosotros dejais de pareceros á ellos?

Pero lo que me parece que aún hace más honor á la virtud es, que no solamente envidia el mundo la suerte de los justos, sino que regularmente no busca ni halla consuelo sino en su fidelidad y en su rectitud; y á la verdad, vosotros mismos, amados oyentes míos, en vuestras aflicciones, y en aquellas tristes circunstancias, en que arruinadas enteramente vuestra fortuna, y estimacion, casi no os dejan esperanza de remedio, en que os es insufrible la presencia de los que eran vuestros amigos en los deleites, y que acaso tambien os abandonan; ¿en dónde hallasteis consuelo sino en las conversaciones de un amigo santo y fiel? ¿No habeis experimentado que solamente los justos saben ser amigos verdaderos, y que solamente ellos son capaces de participar de las desgracias de sus amigos sin indiferencia, y de su prosperidad sin envidia? Si; los mundanos siempre buscan á los justos para consolarse de las perfidias del mundo y de los caprichos de la fortuna; con ellos respiran aquel aire de candor, de buena fé y de verdad, que no se halla en el mundo. Con los justos no tienen los mundanos aquel temor de declararse, que siempre suelen tener con un enemigo, con un competidor, ó con un amigo falso; á los justos les manifiestan su corazon, descansan con ellos, excusan la fatiga de las cautelas y desconfianzas, y tienen la satisfaccion de declararse sin temor. De esto provienen los públicos honores que el mismo mundo tributa á la virtud: todos los dias vemos en él algunas personas de baja suerte, aunque embobecidas con los dones de la gracia, granjearse la estimacion y los aplausos que no dan las dignidades ni el nacimiento.

Hermanos míos; rompied las cadenas cuyo vergonzoso peso no podeis sufrir, sacudid el yugo que os oprime, tened valor para despreñiar los juicios de un mundo cuyos placeres habeis ya despreciado, y no hagais á la grandeza de Dios el agravio de temerle ménos que al mundo; á vuestro entendimiento, el de hacer caso de los juicios del mundo; y finalmente, á la virtud, la injusticia de creer que siempre es despreciada en el mundo. Y vos; oh Dios mio! acabad de iluminar á estas almas flacas que empiezan á conoceros; fortaleced su voluntad tímida y cobarde; triunfad nuevamente del mundo en su corazon; enseñadlas que solamente vuestros juicios deben temerse; que el desprecio y las censuras de los hombres no sirven más que de dar nuevo esplendor y añadir nuevo mérito á las acciones que aprue-

ba vuestra sabiduria; y que las obras de piedad, siendo dones vuestros, no pueden tener otra justa recompensa sino á vos mismo. Amen.

RESPECTO HUMANO.

II.

Beatus est, qui non fuerit scandalizatus in me.

Bienaventurado aquel que no temiere de mí ocasion de escandalizarse.

(MATH. 23, 6.)

¿Quién es, hermanos míos, el que habla así? Nuestro Señor Jesucristo. Pues qué, ¿hay acaso en el mundo una alma loca é ingrata que se escandalice del Dios Salvador? Ah! si, y ninguno de nosotros podrá vanagloriarse de no haber negado jamás á su Maestro, si no en el fondo del corazon, al ménos por su silencio ó por su conducta. Escandalizarse de Dios, es preferir á su ley la ley del mundo; es preferir la ley del mundo, no porque sea mejor, sino porque no hay atrevimiento para atacarla de frente; es temer las sonrisas, los epigramas, los elogios irónicos que el mundo dirige á los que olvidan el baile ó el concierto por el sermón, á los que se atreven á hacer la señal de la cruz en otra parte que en la iglesia, á los que siguen las procesiones, á los que saludan al sacerdote, á los que destierran las novelas de sus bibliotecas; finalmente, á los que por su conducta manifiestan que son cristianos y se jactan de llevar este título. En cualquiera posicion que el hombre ocupe, puede ser objeto de los sarcasmos claros ó encubiertos del mundo, que procura de este modo vengarse de la paz que no tiene, de las esperanzas que pierde, de la secreta vergüenza que experimenta en presencia de las virtudes y prácticas cristianas. En todas las posiciones, el mundo se arma del respeto humano para arrebatarlos la recompensa prometida por el Salvador á los servidores que no se avergonzaren de su cruz: *Beatus qui non fuerit scandalizatus in me.*

Muchas veces, hermanos míos, habeis oído censurar enérgicamente ese principio de apostasia, el respeto humano, apostasia la más vil de todas, en cuya virtud aquel que se hace culpable de ella procura proporcionarse un asilo en ambos campos, sacrifica al mundo diciéndose cristiano, y se promete venir en el día de las recompensas á encontrar á su Señor veinte veces vendido, veinte veces abandonado. Limitémosnos á manifestar lo que esta conducta tiene en sí de vergonzosa. Ya lo comprendéis; mas como el respeto humano ejerce sobre nosotros un poder tan deplorable, una influencia tan perniciosa, me propongo, hermanos míos, atacarlo hoy bajo otro punto de vista, despojándole de la hipócrita máscara con que ha querido ocultar su horrible fealdad y su peligro. Imploremos antes los auxilios de la gracia: A. M.

1. El respeto humano, hermanos míos, ha perdido tantas y más almas que las pasiones; pues al paso que Dios sabe algunas veces convertir éstas y servirse de ellas como instrumentos de nuestra salvación y motivos de gloria para él, esa cobardía, esa vileza que se llama respeto humano, nada produce en su pobreza, nada vivifica. Parece, á primera vista, que esas consideraciones y miramientos que tenemos á la opinión y costumbres de los demás, ese temor al juicio de los hombres, debia, al ménos en ciertos casos, preservarnos del mal y conducirnos al bien. Mas no sucede así, hermanos míos. Tal es el primer punto que establezco desde luego, para deciros despues que, aun cuando el respeto humano fuese hasta cierto punto preservativo, debe sin embargo hollarse.

El respeto humano no produce otra cosa que el mal. Toda nuestra vida, hermanos míos, está sometida á tres influencias: á la influencia religiosa, á la influencia íntima ó de la conciencia, y á la influencia del mundo. Qué, ¿somos acaso solicitados por tres pretensiones diversas? No, hermanos míos, pues demasiado sabéis, que la religion católica está siempre en perfecta armonía con la sana conciencia. No quedan, pues, mas que Dios y el mundo. Ahora bien, ¿á cuál de los dos obedeceremos? Vosotros, hermanos míos, habeis respondido.... y habeis respondido sin vacilar; mas, á pesar de esto, ¿vuestra conducta está acaso de conformidad con vuestras resoluciones? Queréis obedecer á Dios, y, sin embargo, ¿cuántas veces no habeis obedecido al mundo? No os avergonzáis del Evangelio, y, sin embargo, ¿cuántas veces no habeis dejado denigrar sus preceptos? cuántas veces, por vuestras acciones ó por nuestro silencio, no habeis negado á Jesucristo vuestro Señor? Procuremos pues investigar cuál puede ser

la causa de una conducta tan extraña, de esa denegacion de vosotros mismos.

Quando obedecéis al respeto humano, os creais un compromiso, otorgais una concesion; para lo que no tenéis derecho, porque entregais lo que, no os pertenece: la verdad y vuestra alma que son de Dios. Agentes infieles, comprometeis por una vergonzosa transacion, bienes que son inalienables. Una de dos: ó no creis firmemente en la verdad que abandonáis así, ni tepeis fé, ó contais con la misericordia de Dios, y entónces no tenéis caridad, puesto que os apoyais sobre la bondad misma para ultrajarla. ¡Ah! hermanos míos, lo sé, no sois apóstotas con ánimo deliberado: sé que creis y amais; pero cedéis por temor á un trabajo ó disgusto pasajero. Entónces no tenéis dignidad ni fuerza, y esa debilidad acusa en vosotros una fe vacilante al mismo tiempo que una caridad tibia. Ved, pues, la razon por qué el respeto humano no ejerce su poderío más que sobre las almas y espíritus débiles hasta la locura, pues comprometen el porvenir por el presente, obedecen á la autoridad frágil, tiránica y caprichosa del mundo, siendo así, que tienen un solo Señor legítimo, inmutable y bienhechor; corazon débiles hasta la cobardía, que no quieren hacer el menor sacrificio por el autor y paciente del gran sacrificio, ni temen preferir sus comodidades al contentamiento del Padre celestial.

Ahora bien; con tales disposiciones, y confundida el alma por el respeto humano, ¿será probable que entre en el camino del bien? Mas no hablemos de probabilidades; vengamos á la certidumbre. Lo que hay de cierto, hermanos míos, lo que es tan evidente y claro como la luz, es que cuando alegimos entre la ley de Dios y la del mundo, vamos á cometer el mal; pues si la ley del mundo está de conformidad con el Evangelio y los mandamientos de la Iglesia, entónces no cabe eleccion; y si hay eleccion, hay oposicion, y todo lo que es opuesto á Dios, al Evangelio y á la Iglesia, es un mal. En eso se funda toda la cuestion de que os hablo; esta palabra, eleccion, es la que denota el vicio radical del respeto humano y su esterilidad por el bien; esta palabra, eleccion, es tambien la que precisa qué es lo que debe entenderse por respeto humano, y la que destruye los sofismas con que el mundo pretende oscurecer la verdad respecto de este particular.

Me explicaré. Quizá, hermanos míos, habeis oído decir, que el respeto humano es necesario y que es una salvaguardia; y puede ser tambien que por medio de algunos ejemplos os hayan hecho participar de esta opinion; en lo que hay una peligrosa confusion, pues se finge entender por la palabra respeto humano, el respeto de las cos-

tumbres exteriores, el respeto de sí mismo ante los hombres, el deseo de conservar su propia reputación, haciendo abstracción del móvil que os inspira este recato, esa moderación, esa dignidad, ese laudable deseo. Ved pues lo que hay de cierto en ese modo de pensar, ó, por mejor decir, en ese modo de hablar.

Si respetais las buenas costumbres por interés personal y no por poder ni por agradar á Dios; si no las respetais por dignidad, por caridad ni por creencia, no sois más que unos hipócritas; sois culpables, porque, aún cuando entre Dios y las buenas costumbres no puede haber elección, os habeis determinado, sin embargo, en virtud de un móvil inferior; habeis tenido fuerza para absteneros del mal por no desagradar al mundo, y no habeis tenido la fé y caridad necesarias para hacer de vuestro sacrificio una virtud. Guardando la ley del mundo, y siendo éste tan mudable ó inconstante, se sigue necesariamente que cambiariais segun las necesidades del mundo, y viajando con él, llegaríais á tener costumbres cosmopolitas. Hay más; como el mundo no sondea lo interior del corazón, no os absteis más que del mal ostensible; y no es del mal de quien huls, sinó del escándalo; y tampoco huls del escándalo como ocasion de ruina para el prójimo, sinó del escándalo como ocasion de pérdida temporal para vosotros mismos. Si no habeis renegado de Jesucristo en alta voz, es porque no se os ha exigido así formalmente, ó porque los que os lo exigian os parecian ménos terribles que aquellos en cuyo desprecio hubierais incurrido.

Si os absteis del mal por respeto á vosotros mismos, os dirigiré dos preguntas: ¿ No os respetais más que para ser honrados? En este caso, cuanto acabo de decir de esos hombres de una virtud exterior, tiene aplicación á vosotros, y el respeto humano no os preserva más que de las faltas públicas; no puede fecundar vuestras almas. ¿ Os respetais á vosotros mismos por consideración á vuestra alma, procurais permanecer puros ó purificados porque conocéis y apreciáis la dignidad del hombre? Entonces, hermanos míos, ya todo cambia de aspecto; hay en vosotros, si no una virtud del orden espiritual, al ménos una virtud del orden moral, y no encuentro el respeto humano. No lo encuentro, porque hay conformidad entre vuestro modo de ser y la ley de Dios. Vuestra conciencia habla lo mismo que la religión: no habeis elegido el mundo ni le obedecéis aún en lo que puede tener de bueno; obedecéis á la ley que Dios ha grabado en vuestro corazón.

Mas descendamos al fondo de la conciencia, hablo de la conciencia del hombre de estos tiempos. Reconozcamos que el alma no tiene

realmente conocimiento de toda su dignidad si no es cristiana, y de consiguiente, el respeto de sí mismo supone el respeto de Dios y excluye el respeto humano.

No es posible, hermanos míos, distinguir en un alma cualquiera lo que pertenece exclusivamente á su conciencia nativa y lo que es un don de la educación, de las influencias y conocimientos adquiridos. Desprendida la conciencia de todo aquello que no es ella misma, queda reducida al juicio bueno ó malo que nosotros podamos formar, haciendo abstracción de las doctrinas recibidas por un intermediario cualquiera. Basta decir que, tal como la sentimos en nosotros mismos en cierta edad y en el seno del cristianismo, es dos veces la obra de Dios, porque nos es imposible hacer abstracción completa de una educación que han confirmado las nociones de la conciencia. Así, el hombre que diga no hace el bien ó evita el mal más que por inspiración de su conciencia, se engaña grandemente si pretende con esto ponerse fuera del cristianismo que ha sido su medio, el inspirador de sus maestros, de sus parientes, y á quien la misma sociedad en que vive debe cuanto ella tiene de bueno. Si, pues, teneis un sentimiento real de vuestra dignidad y de los deberes que la misma os impone, por más que otra cosa pretendais, no podéis ménos de reconoceros deudores de este sentimiento al cristianismo, y no podeis separarlo del conocimiento que habeis recibido de vuestro origen y de vuestro destino. Hay, además, una certidumbre que no tendríais sin la palabra de otro, sin la enseñanza de los ministros de Dios, á saber, la de los deberes. ¿ Qué hombre, hermanos míos, podría decirse hay más justo que la justicia natural, que ciertos sabios del paganismo, Sócrates, por ejemplo, que para llegar á la poca verdad que poseyó ó vislumbró, tuvo que rebelarse contra las ideas recibidas y despojar su conciencia de todos los elementos de una funesta educación? Y sin embargo, hermanos míos, estoy cierto que no hay ninguno entre vosotros que no conozca y sienta mejor sus deberes que aquel hombre tan grande bajo ciertos títulos. Y ¿ por qué? Ya lo he dicho; porque su conciencia tuvo que combatir; estaba rodeado de escollos y de enemigos, y no tenía más que su luz natural, mientras que la vuestra ha recibido la confirmación de su luz, de su inspiración; mientras que la vuestra está rodeada de socorros y de amigos; en fin, mientras que en todas las circunstancias en que la conciencia no es bastante (que muy raras veces lo es), teneis la ley escrita y el consejo del sacerdote.

Luego, si os respetais á vosotros mismos cuanto debéis y como debéis, esto no puede ser filosóficamente, sinó cristianamente; no

solo es á vuestra conciencia á quien lo debéis, sino mucho más á la segunda intervencion de Dios, del Dios del Evangelio y del Calvario. Si os respetais á vosotros mismos, si haceis el bien, no por obedecer á la parte zana del mundo, ni tampoco por obedecer solamente á vuestra conciencia, sino por obedecer á Dios; en este caso, el respeto humano desaparece, y el respeto de sí mismo se humilla ante el respeto de Dios.

Así, el respeto humano significa eleccion de la ley del mundo con exclusion de la de Dios. La religion, hermanos míos, lejos de recomendaros chocar inútilmente con el mundo y contradecirlo con todo propósito, os enseña á no haberlo sino con conocimiento de causa, y entonces, si el mundo está en oposicion con Dios, tenéis necesidad de elegir entre uno y otro; pues de otro modo, obrando con una lijereza temeraria, so pretexto de no sufrir el escándalo, podríais llegar á causarlo; escolto que nos ha manifestado S. Pablo, quien en caso de duda, quiere que sigamos la costumbre ó el parecer de otro. Pero desgraciadamente, no es sobre puntos dudosos y de importancia secundaria sobre los que ordinariamente tenemos que decidirnos, y cuando cedemos al respeto humano, no sabemos que elegimos el mal. Sufrimos las consecuencias del escándalo, y en vez de levantar á los que nos han escandalizado, los dejamos y confirmamos más en su caida, contribuyendo así por nuestra parte al escándalo general que rodea de peligros á las almas feles y valientes hasta entonces. Creo, hermanos míos, haber desvenuto suficientemente esta verdad, á saber: que nos engañamos cuando atribuimos al respeto humano algun efecto feliz, y que á nuestra conciencia ó al cristianismo, es decir á Dios, es á quien siempre debemos dar gracias de ello.

2. Mas supongamos ahora, que cierto respeto humano pueda algunas veces sernos ventajoso, ó por mejor decir, aprovechar á la sociedad; pues bien, aún en ese caso, digo, que es preciso combatirlo ó desecharlo. Antes de pasar más adelante, téngase entendido, que aún cuando puedo hacer esta suposicion, no la aplico sin embargo á ese ingrato y colarde temor de que habla el Evangelio. Ese respeto humano, hermanos míos, esa apostasia, que consiste en avergonzarse de Jesus, es demasiado evidentemente abyecta y criminal para que, ni aún por hipótesis, pueda considerarla un solo instante como provechosa á nosotros ó á la sociedad. Me avergonzaré de aquel que se avergüenze de mí, dice el Salvador: *Qui erubuerit me, erubescam et ego illum* (Luc. ix).

Habrà tal vez, hermanos míos, circunstancias en las que, á pesar de los consejos que acabo de daros, os creais refrenados únicamente

por el respeto humano; olvidareis quizá, que si no os avergonzáis en presenca del mundo es porque el mundo conoce el cristianismo y sabe los deberes que impone; atribuireis al temor del juicio de los hombres, lo que debéis hacer remontar hasta Dios. Otras veces, por el contrario, considerareis como un mérito en los ojos de Dios, lo que no habeis hecho realmente más que por respeto humano. Cuando el exámen de vuestra conciencia no sirva más que para ilustraros sobre el móvil de vuestras acciones, y haceros conocer que eso lo habeis hecho por respeto al mundo, y aquello por respeto á Dios; cuando no obtengais por resultado más que reconocer al respeto humano bajo su máscara, ó despojarlo de la pretendida virtud preservatriz que le habeis prestado, entonces el exámen de vuestra conciencia os será eminentemente útil, y bajo este punto de vista os lo recomiendo. Preguntad todas las noches, y he obrado así para el mundo ó para Dios? Y vereis que el mundo entra para mucho en vuestras malas acciones, y nada para las buenas.

Mas, en fin, vuelvo á mi suposicion que es esta: el respeto humano os ha impedido obrar el mal. Digo que, si de buena fé quereis reconocer en vuestro exámen de conciencia que no es la consideracion de Dios la que os ha inspirado y guiado, no debéis mostraros pesados por no haber olvidado el mal, sino tener un grande temor por esa funesta paz de que habeis gozado por un instante. En efecto, no debéis deciros: solo el respeto humano me ha retenido; seguramente hubiera pecado si no hubiese tenido más que á Dios por testigo! Primer peligro. ¿Y quién será mi guía, mi salvaguardia, en todas las circunstancias en que el mundo no pueda juzgarme, bien porque no se fije en mí, bien porque mi conducta escape á su apreciacion? ¿Y si debiera pasar el resto de mi vida entre los turcos, ignorado de cuantos me han conocido hasta aquí, ¿me haria mahometano? ¿Y si durante algunas horas he podido alucinaros acerca del valor de mis esfuerzos y de mi recato; si he podido felicitaros de haber sido preservado de una mala accion por temor del que se dirá si no tomo desde ahora la firme resolucion de seguir otros consejos que los de la opinion; ¿no podré con el tiempo llegar á perder de vista aquel á quien debo dar cuenta en la eternidad, no solo de mis acciones, sino tambien de mis pensamientos? No hay, hermanos míos, peligro mayor que el de la seguridad en la tibieza. Tal es el peligro que os rodea cuando os lisonjais de haber sido preservados por el respeto humano, considerando esta égida como suficiente. Mirais como un beneficio aquello en que tal vez no se oculta más que un lazo: vuestra seguridad os hace despreciar vuestras armas; vuestra confianza

en un paliativo os hace olvidar el remedio, y, finalmente, segun las prescripciones de un empirico y no consultais al medico.

Véase, pues, hermanos míos, como á pesar de todas las concesiones que algunas veces se hacen al mundo, como aún acomodándose á la falsa afeccion que se dá á las palabras «respeto humano,» todo lo que puede concederse, es que debe rechazarse desde luego, ese pérfido apoyo, que es preciso desconfiar hasta el horror de ese peligroso consejero, y que vale más combatir á cuerpo descubierto que resguardaros con esa coraza que aloga y paraliza los movimientos del corazon.

Volvamos ahora, para concluir, á las palabras del Divino Salvador, procurando descubrir el sentido particular de ellas. ¿Con qué objeto fueron pronunciadas? Vámoslo, leyendo el Evangelio. Habiendo Juan oído hablar de las obras de Jesucristo, envió á los suyos á que le preguntasen: ¿Eres tú el que ha de venir, ó debemos esperar á otro? A lo que Jesus les respondió: Id y contad á Juan lo que habeis visto y oído: los ciegos ven, los cojos andan, los leprosos son purificados, los sordos oyen, los muertos resucitan; y, escuchad bien esto, hermanos míos: «el Evangelio es anunciado á los pobres; bienaventurado aquel que no se escandalice de mí!» ¿Eres tú el Dios Salvador, el Mesías? Ved y juzgad vosotros mismos, ved aquí mis testigos: mi poder y mis pobres clientes, mi doctrina y mi pobre auditorio. ¡Dichosos si en eso reconocéis la señal de mi divinidad! bienaventurados si no encontráis indigno del Mesías el estar rodeado de pobres, curar los enfermos y sembrar las más altas verdades en los corazones más sencillos! Esa es, hermanos míos, la causa principal de que Nuestro Señor fuese una piedra de tropiezo para los materiales y orgullosos judios, y para todo el antiguo mundo adorador del poder, de la ciencia y de los privilegios; muchos cayeron porque encontraron el escándalo del pescador, de la cruz y de la predicación á los pobres, el escándalo de la igualdad ante Dios y ante la verdad. Hoy también, hermanos míos, muchos hombres, quizá á pesar suyo, tropiezan contra esa piedra, y caen.

Nuestro miserable corazon se adorna á todas las falsas divinidades, y desconoce frecuentemente la verdadera grandeza. No comprendemos bastante la nobleza de la humildad, la dignidad del enfermero, del médico, del consolador del pobre. ¿Y por qué? Porque el pobre no es á nuestros ojos igual, porque conservamos en el fondo del corazon un sentimiento anticristiano, un sentimiento infame, ridiculo, si no es odioso... En vano nos decimos cristianos y creemos serlo si nos avergonzamos de Jesucristo en la persona de sus pobres. Mas

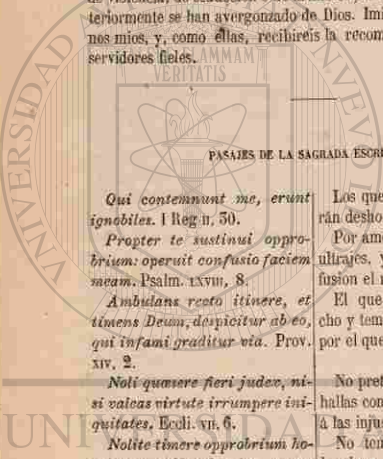
decís: hacemos limosna. ¡Ah! ¿y de qué modo la haceis? Además, este puede ser un acto de superior á inferior. Haced limosna, y quiero suponer que la hagais bien: todavía no es esto bastante. Pues entónces, ¿qué se necesita? Es preciso considerar al pobre como igual á vosotros mismos; apreciar su dignidad, respetar la ancianidad y el sexo, lo mismo en el pobre que en el rico; en fin, es preciso que os habitéis á ver en el pobre, no un desheredado, sino un amigo de Dios, un ser más próximo á Dios que vosotros mismos, pues que lo purifica aquí bajo por medio de pruebas que lo ponen al abrigo de muchas tentaciones con que el mundo y las riquezas os rodean á vosotros. Entónces, y solo entónces no os escandalizareis con motivo de Jesucristo, con motivo de la Iglesia, que se declara madre de los pobres y de los enfermos, que les administra los Sacramentos, la instruccion, el socorro y el consuelo; que busca su sociedad, en la que se complace como el Divino Pastor en medio de su ganado. Entónces arrostrareis el respeto humano que os impide, por ejemplo, saludar á un pobre cuando un pobre os saluda; que os hace conservar para con vuestros inferiores ciertas maneras neciamente orgullosas, y que no exigen las necesidades sociales; arrostrareis el respeto humano, y no os asociareis jamás á los sarcasmos del mundo, cuando éste trate de ridiculizar órdenes ó instituciones cuya base y objeto no comprende; porque la base y el objeto son la humanidad, la pobreza y mortificacion voluntarias; en una palabra, arrostrareis el respeto humano, y despreciareis al mundo siempre que sea preciso elegir entre él, engalanado, brillante, poderoso, orgulloso y rico, y Jesucristo y sus pobres, débiles, sufridos, pequeños y humillados.

Ya os he dicho, hermanos míos, que el respeto humano ha perdido más almas que las pasiones. Sin duda Tertuliano, uno de los más grandes doctores de la Iglesia, pensaba así cuando exclamaba: *Salvo se si no me avergüenzo de mi Dios: Salvo sum, si non confundor de Domino meo.*

En efecto, fácilmente se comprende que más irritado debe manifestarse el señor de la negacion de su criado, que de sus desobediencias. Menos ingratitude hay en sacudir momentáneamente el yugo para proporcionarse las fúnebres satisfacciones de una falsa independencia, que sacudirlo para tamar otro año, para imponerse otras trabas. En efecto, en el primer caso, no os permitís hacer comparecer á Dios ante testigos; lo haceis en el segundo, para condenar y reusgar de su ley; os acercáis al pecado irremisible, que consiste en renegar del Espíritu... ¡Ah, hermanos míos! no exagero; ¿pensais, por ventura, que pueda remitirse el pecado á aquel de quien Jesu-

cristo se avergonzará en presencia de su Padre? *Qui erubuerit me, erubescam et ego illum.*

En fin, hermanos míos; pensad en la recompensa que os espera si confesáis resueltamente vuestra fé por medio de vuestras palabras y acciones. Considerad que en la Iglesia triunfante, las más espléndidas coronas son adjudicadas á las almas que han combatido, no solamente sus pasiones, sino también al mundo, al respeto humano armado de violencia, de seducción ó de artificios; á las almas que ni aún anteriormente se han avergonzado de Dios. Imitad su ejemplo, hermanos míos, y, como ellas, recibireis la recompensa reservada á los servidores fieles.



PASAJES DE LA SAGRADA ESCRITURA.

Qui continentur me, erunt ignobiles. I Reg. II, 50.

Propter te sustinui opprobrium: operuit confusio faciem meam. Psalm. LXXVIII, 8.

Ambulans recto itinere, et timens Deum, despicitur ab eo, qui infami graditur via. Prov. XIV, 2.

Noli quiescere fieri iudex, nisi valeas virtute irrumperè iniquitates. Ecdi. VII, 6.

Nolite timere opprobrium hominum, et blasphemias eorum ne metuatis. Isai. LI, 7.

Cui assimilatis me, et adqueastis, et comparastis me? Id. XLVI, 5.

Posui faciem meam ut portam durissimam, et scio quoniam non confundar. Idem I, 7.

Qui me confusus fuerit, et verba mea, in generatione ita

Los que me menospreciaren serán deshonrados.

Por amor de ti he sufrido los ultrajes, y se ve cubierto de confusión el rostro mio.

El que va por el camino derecho y teme á Dios, es despreciado por el que anda en malos pasos.

No pretendas ser juez, si no te hallas con valor para hacer frente á las injusticias.

No temáis los oprobios de los hombres, no os arredren sus blasfemias.

¿A quién me habeis asemejado, é igualado y parangonado?

Presenté mi cara á los golpes, inmóvil como una piedra durísima, y sé que no quedará avergonzado.

Quien se avergonzare de mí y de mi doctrina, en medio de esta

adultera et peccatrice, et Filius hominis confundetur eum, cum venerit in gloria Patris sui cum angelis sanctis. Marc. VIII, 58.

Non erubesco Evangelium. Rom. I, 16.

Cordé creditur ad iustitiam, ore autem confessio fit ad salutem. Idem. X, 10.

Qui proposito sibi gaudio sustinuit crucem, confusione contempra. Hebr. XII, 2.

Quis est, qui vobis nocent, si boni amulatores fueritis? ... Timorem autem eorum ne timueritis, et non conturbemini. I Petr. III, 15 et 14.

Ipsi de mundo sunt: ideo de mundo loquuntur, et mundus eos audit. Nos ex Deo sumus. I Joann. IV, 5, 6.

Timidis autem, et incredulis... pars illorum, erit in stagno ardenti igne, et sulphure. Apoc. XXI, 8.

nación adúltera y pecadora, igualmente se avergonzará de él el Hijo del hombre, cuando venga en la gloria de su Padre acompañado de los santos ángeles.

No me avergüenzo yo del Evangelio.

Es necesario creer de corazón para justificarse; y confesar la fé con las palabras ó obras para salvarse.

El cual en vista del gozo que le estaba preparado en la gloria sufrió la cruz, sin hacer caso de la ignominia.

¿Quién hay, que pueda dañaros, si no pensáis más que en obrar bien?... No temáis los fieros de los enemigos, ni os conturbéis.

Esos tales son del mundo; y por eso hablan el lenguaje del mundo, y el mundo los escucha. Nosotros somos de Dios.

En orden á los cobardes, é incrédulos... su suerte será en el lago que arde con fuego y azufre.

FIGURAS DE LA SAGRADA ESCRITURA.

Terribles fueron las consecuencias de la condescendencia de que se dejó llevar Aarón cuando el pueblo de Israel le pidió ídolos á quienes adorar. Les fabricó el ídolo manifestando una debilidad criminal: lo adoraron; pero aquella idolatría hubo de ser pagada con la sangre de veinte y tres mil prevaricadores (Exod. XXXII).

¿Qué hizo prevaricar y apostatar á Salomón de la verdadera religión? El respeto humano, ó la estúpida condescendencia que tuvo con sus mujeres y concubinas extranjeras (III Reg. 14). Esto nos en-

seña la constancia que debemos tener en profesar la religion aún á costa de nuestras amistades las más queridas y necesarias.

Así lo hicieron aquellos tres jóvenes hebreos, Sidrach, Misach y Ahbénago, quienes tuvieron valor para decir al poderoso Nabucodonosor: *Notum tibi sit, rex, quia deos tuos non colimus, et statuum auream quam erexisti non adoramus* (DAN. 3), y constancia para abandonar todos los tormentos, ántes que abandonar á Dios.

Lo mismo hizo Daniel, quien despreciando los edictos idolátras del rey, no ménos que sus amenazas, *fenestris apertis in conaculo suo*, dice el texto, *contra Jerusalem tribus temporibus in die flectebat, et adorabat* (DAN. vi).

Digno de imitacion es tambien el ejemplo de Tobías, quien huyendo de sus compatriotas idolátras, se dirigió al templo de Jerusalem á adorar al verdadero Dios (Tob. 1).

Los santos Padres no se cansan de admirar y encomiar á la Cananea, la cual ni confundida por las duras repulsas de Jesucristo, ni avergonzada de los dicterios de la muchedumbre, siguió al Salvador hasta haber logrado la gracia que pedía (MAT. xv). Igual alabanza merecen aquellos ciegos, que despreciando todos los respetos humanos y las reprensiones de la muchedumbre, no cesan de clamar hasta ser escuchados (MAT. xi).

Pero la resolución más heroica fué la de Magdalena, que sin hacer caso de las personas, ni del lugar, ni del tiempo, todo lo atropella hasta arrojarse bñada en lágrimas á los piés de Jesucristo. (Léase el cap. vu de S. Lucas.)

Si una resolución heroica es capaz de grandes actos para el bien, en cambio, la debilidad y el respeto humano producen toda suerte de desgracias. El respeto humano quita las virtudes, doctrinas y milagros de Jesucristo: *nemo patem toquebatur de illo propter metum iudeorum* (JOAN. xu); decreta su muerte injusta: *querebat Pilatus dimittere eum... cum audisset hos sermones (non es amicus Cesaris)... tradidit eis ultum ut crucifigeretur* (JOAN. xix); retiene á Pablo entre calemas siendo inocente: *volens gratiam prestare judaís, Felio reliquit Paulum vincitum* (ACRO. xxiv); pero no puede errar la boca á los Apóstoles, porque estaban animados del espíritu de Dios (1JOAN. iv, 20,—v, 29).

PASAJES Ó SENTENCIAS DE LOS SANTOS PADRES.

Explicuisti frontem ad delinquendum, et ad recte agendum contrahas? Tertull. lib. i. contr. Marcion.

*Malefici gestiunt latere, de-
vitant apparere, trepidant de-
prehendi, ne torti quidem facili-
le aut semper confiteantur: christi-
anus, vero quid simile? neminem panitet, neminem pudet, nisi retro fuisset. Idem. in Apolog.*

Christus in preceptis suis dicit: qui confusus me fuerit, confundet, cum Filius hominis; et christianum se putat, qui christianus esse confunditur? S. Cyprian. de Dupl. mart.

Non solus est proditor veritatis, qui veritati renuntiat, sed etiam qui non proficitur veritatem. S. Chrisost. in Hom.

Frontaque esto quando audis opprobrium de Christo; quid times fronti tuæ quam signo crucis armasti? S. August. in Psalm. lxxviii, Serin. 1.

Ne trübescas predicare quod nosti, et defendere; etiam inter blasphemos, quod credidisti. Idem in Psalm. lxxx.

Non sine causa signum tuum in fronte nobis signi voluit, tamquam in zelo pudoris, ne Christi opprobrio christianus erubescat. Idem, in Psalm. xxx.

Tuviste decision para pecar, ¿y serás cobarde para obrar el bien?

Los malos tratan de esconderse, huyen de ser conocidos, temen ser descubiertos, por no haber de confesar sus crímenes en el tormento; ¿es eso lo que hacen los cristianos? Al contrario, ninguno se arrepiente, ninguno se avergüenza, como no sea de haber apostatado.

Cristo dice en una de sus instrucciones: *quæ se avergonzara de mí, se avergonzará de él el Hijo del hombre*; y siendo así ¿habrá quien piense ser cristiano mientras se avergüenza de parecerlo?

No solo es traidor á la verdad el que la abandona, sino tambien el que no la siembre cuando debe.

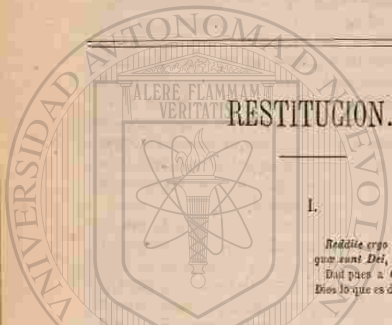
Sé decidido siempre que oigas una injuria contra Jesucristo. ¿Que vergüenza pueda experimentar tu frente armada con la señal de la cruz?

No te avergüences de anunciar lo que has aprendido, ni de defender tus creencias, aún entre blasfemos.

No sin motivo imprimió (Dios) su señal en nuestra frente, como en el asiento del pudor, á fin de que el cristiano jamás se avergüenza de la cruz de Jesucristo.

Tutissima res est, nil timere | Lo más seguro es no temer: á
propter Deum. S. Laurent. Just. nadie sinó á Dios.
 de ling. vite cap. 1.

RESPECTO HUMANO; véase: COMPLACENCIA HUMANA.



RESTITUCION.

I.

Reddite ergo quæ sunt Cæsari Cæsari, et quæ sunt Deo Deo.

Dad pues á César lo que es de César, y á Dios lo que es de Dios.

(MATH. XXIII. 21.)

Tal es la respuesta que Jesucristo dá en el Evangelio á los fariseos y á los herodianos, quienes juntándose con la intencion de sorprenderle, le propusieron esta cuestion capiciosa: si tenían libertad para pagar ó dejar de pagar el tributo al César. Mostrárame, les dijo Jesús, una pieza de plata de las que pagáis por tributo. Habiéndole presentado esta pieza, les preguntó: ¿de quién es esta imagen y esta inscripción? Del César, le respondieron. Id pues, les dijo Jesucristo, y dad á César lo que es de César, y á Dios lo que es de Dios. ¡Oh respuesta admirable! Atengámonos á ella, hermanos míos, y demos á nuestros prójimos lo que les es debido.

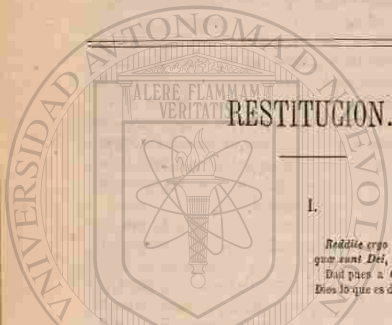
Mas ¿quién es el que se rinde á esta decision? No hay cosa más comun que las injusticias y los robos; y si recorremos de cerca las diferentes clases de hombres que hay en el mundo, hallaremos que casi no hay nadie que no tenga algo ajeno. No obstante, ¿quién es el que restituye? ¿quién es el que repara el daño que ha hecho á su prójimo? Casi siempre se lisonjean á sí mismos los hombres en este punto. No halla pues cosa más útil para vosotros que haceros conocer la obligacion que hay de restituir lo ajeno, y las vanas excusas que se alegan comunmente para eximirse de esta obligacion. Es ne-

cesario restituir: este es un precepto de una necesidad indispensable: ved aquí la materia de mi primer punto. ¿De dónde viene, no obstante, que pocas personas cumplen con él? esta es la materia del segundo. *La restitucion es necesaria, y la restitucion es rara.* Esto es todo lo que tengo que deciros hoy. Dios os haga la gracia de que os aprovecheis de ello; pidámosela por la intercesion de la Virgen. A. M.

1. La restitucion es necesaria; es preciso hacerla; es preciso hacerla con tiempo; es preciso hacerla bien: estas son tres grandes verdades que voy á explicaros. Es preciso restituir. ¡Ah, que dura es esta palabra y difícil de digerir para un hombre avaro é injusto, que se apoderó del bien ajeno! Esto hace decir al Sábio, que esta necesidad es un mal muy doloroso! *Infirmitas pessima divitia conservate in malum domini sui* (Ecc. v. 12). No obstante, es necesario, porque no se puede ir al cielo con lo ajeno. El hurto mismo clama en el corazon del ladrón: es preciso volver lo que no es tuyo. Clama tan alto, que no puede sofocar los remordimientos de la conciencia ni borrar de su alma aquella ley que Dios grabó en ella: no hurtarás. Es necesario para la salvacion guardar la justicia en todas las cosas, y por la misma razon, es necesario para salvarse restituir lo que se ha tomado injustamente. Esto es decir, que sin la restitucion no hay ni verdadera conversion de parte del pecador, ni esperanza de perdon de parte de Dios. Hombre injusto, si te acercas á los sacramentos reteniendo lo ajeno, no eres penitente; te burlas de los sacramentos. En vano ocultas las injusticias bajo las apariencias de piedad: ni tus confesiones, ni tus comuniones, te justificarán delante de Dios, mientras tanto que conservares el fruto de tus iniquidades y que poseyerds un bien que no te pertenece. Para comprender mejor esta verdad, advertid, hermanos míos, que la restitucion de lo adquirido injustamente debe preceder á la penitencia, ó efectivamente, ó por un deseo verdadero. Sobre esto deben hacer reflexion los que tienen hacienda mal adquirida; así como los confesores y los directores de sus conciencias. Muchos años há, que has prometido á un sacerdote restituir lo que has tomado ó retenido, y aún no lo has hecho; él no deja no obstante de darte la absolucion: pero es de temer que estas absoluciones te sean inútiles y que solo hayas hecho confesiones sacrilegas. ¿Por qué? Porque la restitucion, que estás obligado á hacer de lo mal adquirido, es de una naturaleza y de una especie muy diferente de la satisfaccion sacramental: ésta se sigue á la absolucion, y aquélla debe precederla, ó efectivamente, ó en el deseo.

Tutissima res est, nil timere | Lo más seguro es no temer á
præter Deum. S. Laurent. Just. nadie sinó á Dios.
de ling. vite cap. 1.

RESPECTO HUMANO; véase: COMPLACENCIA HUMANA.



RESTITUCION.

I.

Reddite ergo quæ sunt Cæsari Cæsari, et quæ sunt Deo Deo.

Dad pues á César lo que es de César, y á Dios lo que es de Dios.

(MATH. XXIII. 21.)

Tal es la respuesta que Jesucristo dá en el Evangelio á los fariseos y á los herodianos, quienes juntándose con la intencion de sorprenderle, le propusieron esta cuestion capiciosa: si tenían libertad para pagar ó dejar de pagar el tributo al César. Mostrárame, les dijo Jesús, una pieza de plata de las que pagáis por tributo. Habiéndole presentado esta pieza, les preguntó: ¿de quién es esta imagen y esta inscripción? Del César, le respondieron. Id pues, les dijo Jesucristo, y dad á César lo que es de César, y á Dios lo que es de Dios. ¡Oh respuesta admirable! Atengámonos á ella, hermanos míos, y demos á nuestros prójimos lo que les es debido.

Mas ¿quién es el que se rinde á esta decision? No hay cosa más comun que las injusticias y los robos; y si recorremos de cerca las diferentes clases de hombres que hay en el mundo, hallaremos que casi no hay nadie que no tenga algo ajeno. No obstante, ¿quién es el que restituye? ¿quién es el que repara el daño que ha hecho á su prójimo? Casi siempre se lisonjean á sí mismos los hombres en este punto. No halla pues cosa más útil para vosotros que haceros conocer la obligacion que hay de restituir lo ajeno, y las vanas excusas que se alegan comunmente para eximirse de esta obligacion. Es ne-

cesario restituir: este es un precepto de una necesidad indispensable: ved aquí la materia de mi primer punto. ¿De dónde viene, no obstante, que pocas personas cumplen con él? esta es la materia del segundo. *La restitucion es necesaria, y la restitucion es rara.* Esto es todo lo que tengo que deciros hoy. Dios os haga la gracia de que os aprovecheis de ello; pidámosela por la intercesion de la Virgen. A. M.

1. La restitucion es necesaria; es preciso hacerla; es preciso hacerla con tiempo; es preciso hacerla bien: estas son tres grandes verdades que voy á explicaros. Es preciso restituir. ¡Ah, que dura es esta palabra y difícil de digerir para un hombre avaro é injusto, que se apoderó del bien ajeno! Esto hace decir al Sábio, que esta necesidad es un mal muy doloroso! *Infirmitas pessima divitia conservate in malum domini sui* (Ecc. v. 12). No obstante, es necesario, porque no se puede ir al cielo con lo ajeno. El hurto mismo clama en el corazon del ladrón: es preciso volver lo que no es tuyo. Clama tan alto, que no puede sofocar los remordimientos de la conciencia ni borrar de su alma aquella ley que Dios grabó en ella: no hurtarás. Es necesario para la salvacion guardar la justicia en todas las cosas, y por la misma razon, es necesario para salvarse restituir lo que se ha tomado injustamente. Esto es decir, que sin la restitucion no hay ni verdadera conversion de parte del pecador, ni esperanza de perdon de parte de Dios. Hombre injusto, si te acercas á los sacramentos reteniendo lo ajeno, no eres penitente; te burlas de los sacramentos. En vano ocultas las injusticias bajo las apariencias de piedad: ni tus confesiones, ni tus comuniones, te justificarán delante de Dios, mientras tanto que conservares el fruto de tus iniquidades y que poseyerds un bien que no te pertenece. Para comprender mejor esta verdad, advertid, hermanos míos, que la restitucion de lo adquirido injustamente debe preceder á la penitencia, ó efectivamente, ó por un deseo verdadero. Sobre esto deben hacer reflexion los que tienen hacienda mal adquirida; así como los confesores y los directores de sus conciencias. Muchos años há, que has prometido á un sacerdote restituir lo que has tomado ó retenido, y aún no lo has hecho; él no deja no obstante de darte la absolucion: pero es de temer que estas absoluciones te sean inútiles y que solo hayas hecho confesiones sacrilegas. ¿Por qué? Porque la restitucion, que estás obligado á hacer de lo mal adquirido, es de una naturaleza y de una especie muy diferente de la satisfaccion sacramental: ésta se sigue á la absolucion, y aquélla debe precederla, ó efectivamente, ó en el deseo.

Es el sacerdote quien ordena la satisfaccion, imponiendo las penas proporcionadas á los pecados perdonados; y es la ley de Dios la que manda la restitucion, como una cosa que es absolutamente necesaria á la salvacion. Es preciso, pues, restituir; pero ¿cuándo? Lo más prontamente que se pueda hacer, porque no es permitido permanecer un momento en el estado de pecado. Así, aunque el precepto de la restitucion parezca positivo en la expresion, es no obstante negativo por su naturaleza; y por consiguiente obliga siempre y en todas ocasiones: es decir, que no hay lugar, ni tiempo, ni diferencia de profesion, ni distincion de sexo ó de edad, ni prescripcion de tiempo en que se esté dispensado de restituir lo que se posee de mala fe. Os confieso que esto es terrible, y que esta consideracion debia hacer más impresion de la que hace. Cuando un impúdico ha caido en un pecado contra la pureza, aunque la mancha que este maldito pecado imprime en el alma, y la pena que lo es debida, subsista hasta que le haya sido perdonado en el sacramento de la penitencia, no obstante, el acto pasa y se acaba en poco tiempo: no es lo mismo en el hurto: desde que se ha cometido y no se restituye lo que se posee injustamente, se está pecando actualmente. Si no se extiende siempre la mano á lo ajeno, no se deja, con todo, de perpetuar en algun modo la injusticia todo el tiempo que lo retenemos, y no nos resolvemos á volverlo.

Mas ¿seria necesario obligar á un cristiano á una pronta restitucion? En cualquier tiempo y en cualquier estado que se presente á Dios, es actualmente pecador, y cuando viene á presentarle sus oraciones, no pueden éstas ser atendidas, porque sus manos están llenas de sangre y de iniquidad. Cualesquiera gracias que pida, Dios oye siempre los gritos de su pecado, incomparablemente más fuertes que los de sus oraciones. No obstante, este pecador injusto es el que puede acallar esta voz: restituya aquella casa, aquella tierra, aquella mercancía, aquel dinero, y cesará el acto de su pecado; y como él haga esta restitucion por obedecer á Dios y manifestarle que quiere sujetarse á su santa ley, se podrá en estado de recibir el perdón. Hacedla, pues, cuanto ántes; pero esto todavía no basta. Es necesario hacerla bien. Cuando Dios nos prohibe en el Levítico cometer injusticias en los juicios que pronunciáremos, en las reglas que guardamos y en los pesos y medidas de que nos servimos, no solo intenta condenar á los malos jueces y á todos los que usan de fraude en el comercio, sino también nos prescribe reglas seguras de una restitucion exacta. Así estas palabras: *Nolite facere iniquum aliquid in iudicio, in regula, in pondere, in mensura* (LEV. XX. 55.) Nos

enseñan que la restitucion, para ser exacta, debe hacerse á aquellos á quienes se ha hecho el daño, y con la proporcion que quisiéramos se guardase si se nos viese á nosotros. La restitucion debe, pues, tener estas dos condiciones: debe hacerse, primero, á la persona á quien se hizo el daño; y segundo, con igualdad. Digo lo primero, que se debe restituir á aquel á quien se ha hecho el daño. En vano pretendéis invertir en limosnas, en misas, en legados piadosos el daño que habeis hecho, si conocéis á aquel á quien lo habeis causado. Ha diez ó veinte años que cometéis injusticia en vuestro comercio, y ¿creéis que algunas limosnas repararían todo esto! ¡filosofía! ¿Sabéis cómo llaman los santos Padres á estas limosnas hechas de lo ajeno? limosnas de Judas y del demonio: *Judaica hujusmodi elemosyna est*, dice S. Juan Crisóstomo, *imo vero diabolica* (HOM. LXXXVI. IV MATTH.) Judas, viendo que los sacerdotes y doctores de la ley no querían tomar las treinta piezas de dinero que habia recibido por recompensa de su perdidá, las arrojó en el templo, á fin de que fuesen puestas en el tesoro é invertidas en buenas obras; para estos sacerdotes, por malos que fuesen, no quisieron recibirlos. Al presente se hacen muchas restituciones como esa. Despues que se ha robado impunemente, para disculparse y acallar los remordimientos de la conciencia, se pretende que basta dar algunas limosnas á los pobres y hacer algun donativo á la Iglesia. Dad á la Iglesia y á los pobres de lo que es vuestro: entónces vuestra caridad será agradable á Dios; pero de lo que habeis robado, no os es permitido hacer semejantes restituciones, ni lo es á nadie recibirlos.

Es necesario, en segundo lugar, que la restitucion se haga con igualdad. ¿Habeis robado veinte pesos? es necesario volver otros tantos: áon esto no es bastante; es preciso examinar el daño que el prójimo ha sufrido y repararlo; volver no solo el principal, sino también los intereses y los frutos que se percibieron. Mas si es necesario hacer la restitucion entera, quedo reducido á la mendicidá: ¿qué será de mi familia y de mis hijos?—Os digo que vale más morir pobre, que morir con lo ajeno: la restitucion es necesaria; no podéis exultaros de ella: ¿de qué proviene, no obstante, que es tan rara? Esto es lo que vamos á examinar.

2. ¿Por qué se ven hoy tan pocas restituciones? Hallo tres razones, hermanos míos: la primera es, que no se quiere restituir; la segunda, que nadie se cree obligado á restituir; y la tercera es, que se dilata la restitucion: de esto proviene que casi ninguno cumple con una obligacion tan indispensable. No se quiere restituir: el uno dice: yo no querria tener cosa ajena; y no obstante muchas veces la tiene y

no quiere volverla. Casi todos procuran elevarse á expensas de los otros; el artesano engaña; el mercader se sirve de pesos y medidas falsas; el poderoso usurpa las tierras del vecino débil; el colono roba al señor la parte de frutos que le corresponden; el criado roba al amo; el amo retiene el salario del criado; el avariento pilla y saquea; otro más fuerte que él le despoja; el negociante se enriquece por medios injustos; no se ven sino fraudes, violencias y vejaciones: Sin embargo, nadie quiere restituir; sea por un apego tenaz á los bienes de este mundo, sea por temor de empobrecer á su familia, ó sea por dureza de corazón, todos se burlan de la restitucion.

Nadie se cree obligado á restituir. Raras veces se hallan almas timoratas como la de Tobias. Este hombre, era tan desinteresado, que prestó generosamente y sin interés una suma considerable á un extranjero llamado Gabelo, en la cual pensó tan poco, que aunque sus frecuentes limosnas le hubiesen hecho muy pobre, no se la envió á pedir hasta que creyo que iba á morir, á fin de que su hijo no quedase frustrado de ella despues de su muerte. Hizo más, porque como su mujer se veia obligada todos los dias á ir á trabajar para ganarle pan, habiendo traído un cabrito que le habian dado por su salario, no bien la oyó balar, cuando le dijo: mira que no sea hurtado, y si es así, vuélvelo á quien pertenece; porque no nos es permitido comer ni tocar á ninguna cosa que haya sido hurtada: *Videte ne forte furivus sit; reddito eum dominis suis, quia non licet nobis edere ex furto aliquod, aut contingere* (1 Tes II, 21). No sois tan escrupulosos vosotros, avaros é interesados, que tomáis á dos manos: no sois tan escrupulosos vosotros, encabridores, que recogéis en vuestras casas el trigo, el lino, los muebles, etc., que las mujeres y los hijos toman á sus maridos y á sus padres: no sois tan escrupulosos, vosotros, criados, que con el pretexto de que vuestros salarios son muy cortos, creéis poder recompensaros en robos domésticos: no sois tan escrupulosos, vosotros, jueces, abogados, procuradores, que favoreceis los pleitos injustos, que arruináis con gastos á las partes, y que exigís el bocado más gordo del pobre aldeano: no se apura tanto la delicadeza de conciencia, ni se hacen estas reflexiones; al contrario, en estos casos y en otros muchos, que no tengo tiempo de recorrer, se adquiere una falsa paz de conciencia; y como nadie cree haber pecado, nadie se cree obligado á la restitucion de un hurto, de que se lisonjea estar inocente. Pero supongamos que no se hayan aun extinguido las luces de la razon, ni sofocado enteramente los remordimientos de la conciencia, y que se quiera restituir; se difiere no obstante, y se dilata la restitucion lo más que se puede.

Es una gran imprudencia en cualquiera no pagar sus deudas, cuando puede hacerlo: cuanto más dilata la paga, más dificultad tiene para resolverse á ello; cuanto más difiere la restitucion, más multiplica sus cadenas; y la repugnancia que al principio hubiera podido vencer con facilidad, se le hace despues casi invencible. Sansón rompió por dos veces los lazos con que sus enemigos le habian atado; pero cedió á la tercera. Un rico injusto pretende que se des- embarazará, cuando quisiere, de los frutos de la injusticia, porque con esto se lisonjea el demonio persuadiéndole, que cuando tuviere más, volverá lo que ha robado; pero el Sabio protesta, que este infeliz es un ignorante, que no repara que se encadena á si mismo, y que se embaraza en lazos de que no podrá salir: *Ignorans quod ad vincula stultus trahitur* (Prov. vi, 22). Y qué! dice Jeremias, un ellope; puede cuando quiere, mudar su piel, ó un leopardo la variedad de sus colores? Pues lo mismo sois vosotros, hombres injustos: no podreis hacer el bien despues de haberos ejercitado largo tiempo en hacer el mal: el ejercicio dilatado de un pecado habitual se endurece, y á fuerza de retener lo ajeno quereis siempre retenerlo. *Si mutare potest cætiops pellem suam, aut pardus varietates suas, et vos poteritis benefacere, cum didiceritis malum* (JEREM. xiii, 23).

Antiocho se apoderó de los vasos sagrados y de todos los tesoros que halló en el templo de Jerusalem. Perdió despues grandes batallas: Gorgias y Lisias sus generales fueron derrotados por Judas Macabeo; y en este mismo tiempo se propone aún volver al mismo templo, á saquear lo que no pudo llevar la primera vez; y no consistente en restituir lo que ha robado, sino cuando herido de la mano de Dios, siente que va á morir. Tal es la conducta de los pecadores, que difieren siempre la restitucion.—Si yo la hago ahora, dice aquel mercader, val aquí mi familia arruinada y mis hijos reducidos á pedir por puertas.—Pero es necesario salvarle, mi querido hermano.—Mis hijos están enterados de mis negocios, y saben á quien debo: es pero que restituirán por mí.—¡Ilusion! tendrán tus hijos más cuidado de tu alma que tú mismo?—Pues bien, yo daré limosnas y lo satisfaré todo cuando esté para morir.—¡Infeliz! á esa última hora te llamo yo, te espero á esa hora fatal, en que acostado en el lecho de dolor, irás á dar cuenta de tus injusticias al soberano Juez de los vivos y de los muertos. Tú has dilatao la restitucion hasta la muerte, porque no podias dilatarla más; pero ¿la harás? ¿se contentará Dios con esta restitucion forzada? ¿te dará tiempo de hacerla?

Hermanos míos, haced un poco de reflexion sobre esta importante verdad. Dios os prohíbe las injusticias y el hurto; tenedles horror,

temed más echar la mano á lo ajeno, que entrarla en el fuego. Los más de los hombres se persuaden que esta vida no es sino un juego, en que se puede amontonar dinero ó hacienda por todos los medios justos ó injustos. Preguntad á vuestra conciencia, hermanos míos, si habeis estado en esta errada opinion, cuántas veces habeis adquirido algo por medios criminales. Examinaos exactamente, porque el negocio es de la mayor importancia. Acaso no hay ninguno entre mis oyentes, que no tenga alguna cosa de otro. Si os sentís culpables, restituid cuanto antes, á fin de poner en seguridad vuestra salvacion: haced ahora lo que en la hora de la muerte querriais haber hecho; y recibiréis en esta última hora la recompensa del bien que hubiereis hecho durante la vida. Asi sea.



RESTITUCION.

II.

Si furto ablatum fuerit, restitui damnum debet.

Però si ha sido robado, pagará el daño.

(Ezod. xxxii, 12.)

Observad, hermanos míos, que cada uno de los mandamientos de Dios se compone de dos partes distintas, de las cuales la una es negativa, que es la que contiene lo que Dios prohíbe, y la otra positiva, que es la que expresa lo que Dios manda. El séptimo mandamiento nos prohíbe el hurto y toda injusticia; y al mismo tiempo nos manda restituir los bienes mal adquiridos, y reparar los daños causados al prójimo.

En el día de hoy os voy á hablar de la restitucion; yo os haré ver su necesidad, y os explicaré cómo debe hacerse. Quiera Dios dar entrada en vuestros corazones á esta instruccion, que considero como una de las más importantes que puedo daros. Pidamos la gracia del Espíritu Santo por la intercesion de la Madre de Dios. A. M.

1. Para alcanzar el perdon de los pecados en general, basta con

arrepentirse de ellos, confesarse y corregirse; pero los pecados de hurto y de injusticia no pueden ser perdonados sin que se restituyan las cosas hurtadas y se reparen los daños que se han hecho al prójimo. La restitucion es tan necesaria, que nada puede dispensar de ella cuando hay posibilidad para hacerla; la virtud de los sacramentos y la potestad de los sacerdotes no pueden perdonar las obligaciones de justicia. Un hombre arrebató los bienes de otro, y este pecado pesa sobre su conciencia; por esta razon ayuna, se mortifica, ora, va con frecuencia á los piés del confesor y aun hace abundantes limosnas; pero no quiere dejar de ser detenedor injusto de los bienes del prójimo, restituyéndolos á su dueño. Ni sus oraciones, ni sus limosnas, ni sus confesiones le servirán de nada. Señor, ¿quien morará en tu tabernaculo? ¿ó quien descansará en su santo monte? Aquel que vive sin mancha, y obra rectamente (Ps. xiv), tendrá verdadera vida; y no morirá el que volviere la prenda al deudor, y restituyere lo que ha robado (Ezod. xxxii, 12). ¡Ay de aquel que amontona lo que no es suyo! (IIABAC. ii, 6.) Porque si muere de ese modo cargado con los bienes de otro, su alma no verá jamás á Dios. «Si los que no han ejercido las obras de misericordia con sus hermanos serán condenados al fuego eterno, como lo asegura el Salvador, tambien los que hayan despojado al prójimo y no hayan querido restituir, serán condenados al mismo fuego, al mismo suplicio. Nada manchado entrará en el reino de los cielos.» (AUGUST.) El Espíritu Santo llama á la injusticia *un corno espeso*, para manifestarnos cuán difícil es salir de ella y decidirse á restituir. Es difícil restituir; sin embargo, Dios lo exige, y es necesario que os despojéis de esas riquezas de iniquidad, si quereis que Jesucristo diga de vosotros como en otro tiempo de Zaqueo: *ciertamente que el día de hoy ha sido de salvacion para esta casa* (Luc. xii, 9).

2. Pero ¿cómo debe hacerse la restitucion? ¿Quién es el primero que debe hacerla? El que ha cometido el hurto ó causado perjuicio al prójimo. Si él se niega á hacerla, ó se encuentra en la imposibilidad de cumplir con este santo deber, entonces deben restituir todos aquellos que han tomado una parte directa en la accion culpable, los que con sus consejos ó con sus instancias han contribuido al crimen, los que han proporcionado los medios para cometerlo, ó han facilitado los instrumentos con que se ha cometido, y los que han dado asilo al ladrón, han ocultado ó han comprado las cosas robadas. Todos estos han sido causa de que el prójimo se vea privado de lo que le pertenece; por consiguiente, todos se hallan obligados solidariamente á restituir los bienes mal adquiridos y á reparar el mal que han ayudado

á hacer y el daño que el prójimo ha experimentado. Estas son las ventajas que obtiene el que toma parte en una injusticia; este es el triste fruto que coge de su criminal conducta. ¡Insensato el que abandona el camino de la probidad! Él esperaba ganar mucho dando asilo ó auxiliando á un ladrón, comprándole por un bajo precio las cosas robadas, sin considerar que se cargaba con la obligación de restituir tal vez el triple ó el cuadruplo de lo que ha podido ganar violando la ley de Dios.

En efecto, es necesario que restituya el objeto mismo que ha sido robado. Si ese objeto no existe, ó si está deteriorado ó inservible, es necesario restituir otro de igual valor ó dar el precio de él. Es necesario, además, compensar las pérdidas y reparar los daños que se han seguido al legítimo propietario por este robo ó esta injusticia. Debería pensar en esto el que intenta cargar sus manos con los bienes de otro. Debería decirse á sí mismo: «Si yo hurto, será necesario que restituya, será necesario que compense la pérdida que mi criminal acción va á causar, que repare todo el daño que se cause al prójimo; si, esto será necesario hacer si quiero ir al cielo porque Dios declara verdaderas estas palabras de S. Jerónimo: «Si al morir tenéis sobre vuestra conciencia los bienes de otro, no os salvaréis.» ¡Ah! si los hombres hiciesen estas saludables reflexiones, serían más fuertes contra la tentación, y las injusticias no serían tantas.

Y no creáis que os liberáis de la obligación de restituir los bienes mal adquiridos, prometiendo orar por aquellos á quienes habeis perjudicado. Yo quiero suponer que una mano injusta arrebató vuestras bienes, y que el ladrón, en vez de restituirlos, os promete hacer fervorosas oraciones. Dejad esas oraciones hipócritas, le diréis, y devolvedme lo que me habeis robado. Sin restitución no hay perdón.

—Es verdad que yo poseo lo que no me pertenece, pero doy limosna.
—El Espíritu Santo os responde: *Haz limosna de aquello que tengas* (Tobías. iv. 12), de tus propios bienes. Lo que habeis robado no es vuestro, pertenece á aquel á quien lo robasteis. Vosotros dáis limosna: «Y ¡qué! ¿queréis tratar á Dios, como á un juez que se cree poder corromper haciéndole algún regalo? Vosotros tenéis de Dios una idea falsa y que le es muy injuriosa. Él detesta los presentes que son el fruto de la injusticia, y tales limosnas son más á propósito para irritar su justa cólera que para aplacarla.» (Apost. 5.)—Pero yo no sé á quién debo restituir, yo no puedo llegar á descubrir el legítimo dueño de los bienes que poseo injustamente.—¿Habeis hecho de buena fe todas las investigaciones y todas las diligencias necesarias?—Si.—Pues entónces dad limosna, y ella cubrirá vuestro

pecado. Pero tened entendido que esta es una deuda que pagáis. Dad, por consiguiente, á los pobres enteramente y sin retener cosa alguna, todo lo que estais obligado á restituir.—Es necesario para eso que yo arruine á mi familia.—Hermanos míos, vale más ser pobre en esta vida que ser desgraciado eternamente en la otra.—Yo no puedo restituir, porque soy pobre.—Si no podréis reparar vuestras injusticias, ¿no podréis restituir una parte de lo que habeis arrebatado á vuestro prójimo?—Yo nada poseo, yo soy verdaderamente pobre.—Si es así, estais libres de la obligación de restituir. Es necesario resignarse á perder sus derechos donde nada hay absolutamente. Pero, hermanos míos, á lo ménos pediréis por los que han sufrido vuestras injusticias, y formareis una resolución firme de restituir si alguna vez os hallais en estado de poderlo hacer. Entre tanto Dios se da por satisfecho con vuestra buena voluntad; ella basta, si es eficaz; es decir, que debéis moderaros, que debéis suprimir todos los gastos que no sean necesarios, y hacer esfuerzos por reunir lo necesario para pagar; porqué, si no os privaís de nada, si hacéis gastos superfluos para vuestros placeres, para la vanidad, para vuestro boato, robais de nuevo, porque gastais un dinero que no es vuestro, un dinero que debéis dar al prójimo; esto es insultar á Dios y á vuestros acreedores; esto es prolongar y multiplicar vuestra iniquidad, y haceros cada día ménos digno de perdón.

Yo debo decir os en este lugar el modo más fácil y más comodo de hacer la restitución. Puede suceder que no sea necesario hacer la restitución de una vez. Tampoco es necesario que comprometais vuestra reputación. Se os permitirá, por consiguiente, hacer la restitución en varias veces y de tal modo que vuestro honor no padezca. Por ejemplo, depositad una parte de la suma en un lugar donde el verdadero dueño deba necesariamente encontrarla; ó si os parece mejor, pedid á vuestro confesor que se encargue de entregar esas cantidades á su legítimo dueño.

Si os parece que esta restitución presenta algunas dificultades y que os ha de causar algun trabajo, considerad que no debéis pensar de ello más que de vuestro pecado; aceptad todo esto como penitencia de vuestras malas acciones, y sufrid un poco en este mundo para no sufrir en el otro; sufrid para merecer la herencia inmortal, que no ha sido adquirida por el oro ni la plata, que no ha podido ser comprada sino con la sangre preciosa de Jesucristo. ¡Ay! el interés de vuestra alma importa más que todos los intereses del mundo. No hagais daño á nadie, reparad vuestras injusticias y mereceréis el paraíso, donde seréis ricos y dichosos para siempre. Así sea.

DIVISIONES SOBRE EL MISMO ASUNTO.

RESTITUCION.—En cualquier estado es de necesidad la restitucion.

No hay consideraciones humanas que impidan la restitucion. Solamente una extrema necesidad puede dispensar la restitucion.

RESTITUCION.—La concupiscencia es la que nos pone en la imposibilidad de restituir.

La penitencia es la que nos pone en estado de restituir.

RESTITUCION.—Cuando el pecador rehusa restituir, es una señal de que no está convertido.

Quando el pecador rehusa restituir, obliga á Jesucristo á rehusarle sus gracias.

RESTITUCION.—Quando los ricos deben á los pobres, no deben diferir la restitucion.

Quando los pobres deben á los ricos, su restitucion puede ser compensada.

Véanse los PASAGES DE LA SAGRADA ESCRITURA, etc. en el artículo: HURTO.

Véase: DEUDAS y HURTO.

RESURRECCION DE LOS CUERPOS.

L

Qui suscitavit Jesum Christum à mortuis, vivificabit et mortalia corpora vestra.

El mismo que ha resucitado á Jesucristo de la muerte, dará vida tambien á vuestros cuerpos mortales.

(ROM. VIII, 11.)

Las sublimes palabras que acabo de citar, contienen un profundo secreto de la ciencia de Dios, un misterio incomprensible de la eco-

nomía de la redencion, que el hombre no ha podido conocer por sí mismo, y mucho ménos inventar, y que solo Dios ha podido revelar, así como solo Dios podrá cumplirlo. Con efecto, en estas palabras se ve claro que así como Jesucristo, aún cuando era Hijo de Dios, murió verdaderamente, porque habia tomado una carne semejante á la carne del hombre pecador; así tambien, nosotros y con mucha más razon, debemos morir tambien respecto al cuerpo, porque tenemos un cuerpo corrompido por el pecado, aún cuando respecto al alma háyamos sido vivificados por la gracia de Jesucristo. Se ve muy claro tambien en las mismas palabras de S. Pablo, que siendo nosotros participantes del espíritu de Dios Padre, seremos participantes del gran privilegio de la resurreccion de su divino Hijo; porque en virtud de este espíritu, el mismo Dios, que ha resucitado de la muerte á Jesucristo, nos resucitará tambien á nosotros; y así como habremos tenido de comun con Jesucristo la filiacion respecto al alma, asimismo tendremos de comun con él, respecto al cuerpo, las dotes de su cuerpo resucitado: *Qui suscitavit Jesum Christum à mortuis, vivificabit et mortalia corpora vestra, propter inhabitantem Spiritum ejus in vobis.*

¡Oh doctrina profunda é importante! ¡Oh verdad fausta y consoladora! La gloriosa resurreccion de Jesucristo no es un misterio exclusivamente suyo, sino que es tambien un misterio propio de los verdaderos cristianos. La resurreccion de Jesucristo es la razon, la prenda y el modelo de la nuestra. Esto es lo que me propongo demostraros en este dia. Veréis cómo y por qué la gloria de nuestra cabeza resucitada será comun á los miembros en el dia de la universal resurreccion. Consideraremos el importantísimo dogma de la resurreccion de los cuerpos en sus principios, en sus causas y en sus consecuencias, y descubriremos la relacion íntima que ella tiene con las principales verdades del cristianismo, á fin de que nos animemos á recibir y establecer en nosotros el verdadero espíritu de Jesucristo; porque solo por la posesion de este espíritu en la tierra podemos aspirar á la dicha de resucitar gloriosos con Jesucristo en los cielos: *Qui suscitavit Jesum Christum à mortuis, vivificabit et mortalia corpora vestra, propter inhabitantem Spiritum ejus in vobis.* Pidamos ántes los auxilios de la gracia. A. M.

4. Singular y extraña fué en verdad la manera con que Eliseo volvió á la vida el hijo de la Sunamitis. Él habia enviado ya á Giezi, su siervo, con su propio láculo; pero inútilmente, porque aunque Giezi puso muchas veces el láculo del profeta sobre la cara del niño, éste no resucitó (IV Reg. v, 31.) Fué, pues, el mismo Eliseo en per-

DIVISIONES SOBRE EL MISMO ASUNTO.

RESTITUCION.—En cualquier estado es de necesidad la restitucion.

No hay consideraciones humanas que impidan la restitucion. Solamente una extrema necesidad puede dispensar la restitucion.

RESTITUCION.—La concupiscencia es la que nos pone en la imposibilidad de restituir.

La penitencia es la que nos pone en estado de restituir.

RESTITUCION.—Cuando el pecador rehusa restituir, es una señal de que no está convertido.

Quando el pecador rehusa restituir, obliga á Jesucristo á rehusarle sus gracias.

RESTITUCION.—Quando los ricos deben á los pobres, no deben diferir la restitucion.

Quando los pobres deben á los ricos, su restitucion puede ser compensada.

Véanse los PASAGES DE LA SAGRADA ESCRITURA, etc. en el artículo: HURTO.

Véase: DEUDAS y HURTO.

RESURRECCION DE LOS CUERPOS.

L

Qui suscitavit Jesum Christum à mortuis, vivificabit et mortalia corpora vestra.

El mismo que ha resucitado á Jesucristo de la muerte, dará vida tambien á vuestros cuerpos mortales.

(ROM. VIII, 11.)

Las sublimes palabras que acabo de citar, contienen un profundo secreto de la ciencia de Dios, un misterio incomprensible de la eco-

nomía de la redencion, que el hombre no ha podido conocer por sí mismo, y mucho ménos inventar, y que solo Dios ha podido revelar, así como solo Dios podrá cumplirlo. Con efecto, en estas palabras se ve claro que así como Jesucristo, aún cuando era Hijo de Dios, murió verdaderamente, porque habia tomado una carne semejante á la carne del hombre pecador; así tambien, nosotros y con mucha más razon, debemos morir tambien respecto al cuerpo, porque tenemos un cuerpo corrompido por el pecado, aún cuando respecto al alma háyamos sido vivificados por la gracia de Jesucristo. Se ve muy claro tambien en las mismas palabras de S. Pablo, que siendo nosotros participantes del espíritu de Dios Padre, seremos participantes del gran privilegio de la resurreccion de su divino Hijo; porque en virtud de este espíritu, el mismo Dios, que ha resucitado de la muerte á Jesucristo, nos resucitará tambien á nosotros; y así como habremos tenido de comun con Jesucristo la filiacion respecto al alma, asimismo tendremos de comun con él, respecto al cuerpo, las dotes de su cuerpo resucitado: *Qui suscitavit Jesum Christum à mortuis, vivificabit et mortalia corpora vestra, propter inhabitantem Spiritum ejus in vobis.*

¡Oh doctrina profunda é importante! ¡Oh verdad fausta y consoladora! La gloriosa resurreccion de Jesucristo no es un misterio exclusivamente suyo, sino que es tambien un misterio propio de los verdaderos cristianos. La resurreccion de Jesucristo es la razon, la prenda y el modelo de la nuestra. Esto es lo que me propongo demostraros en este dia. Veréis cómo y por qué la gloria de nuestra cabeza resucitada será comun á los miembros en el dia de la universal resurreccion. Consideraremos el importantísimo dogma de la resurreccion de los cuerpos en sus principios, en sus causas y en sus consecuencias, y descubriremos la relacion íntima que ella tiene con las principales verdades del cristianismo, á fin de que nos animemos á recibir y establecer en nosotros el verdadero espíritu de Jesucristo; porque solo por la posesion de este espíritu en la tierra podemos aspirar á la dicha de resucitar gloriosos con Jesucristo en los cielos: *Qui suscitavit Jesum Christum à mortuis, vivificabit et mortalia corpora vestra, propter inhabitantem Spiritum ejus in vobis.* Pidamos ántes los auxilios de la gracia. A. M.

4. Singular y extraña fué en verdad la manera con que Eliseo volvió á la vida el hijo de la Sunamitis. Él habia enviado ya á Giezi, su siervo, con su propio láculo; pero inútilmente, porque aunque Giezi puso muchas veces el láculo del profeta sobre la cara del niño, éste no resucitó (IV Reg. v, 31.) Fué, pues, el mismo Eliseo en per-

sona, y subiendo al aposento donde yacía el difunto en su cama, echóse sobre él, pero encogiéndose de tal modo, que parecía que se había vuelto un niño; de suerte que así pudo aplicar sus ojos, su boca y sus manos exactamente sobre los ojos, la boca y las manos del difunto, y después le soplo siete veces en el rostro. Y ¡oh prodigio! el cadáver entró en calor, y cuando se puso en pie el profeta, hostero siete veces al niño, y, finalmente, abriendo los ojos, volvió sano y salvo á la vida.

¿Es posible dejar de ver en este extraordinario prodigio la figura fiel, la profecía real de un prodigio todavía mayor? El niño difunto, dice S. Agustín, es Adán, muerto por el pecado: *Quid significavit mortuus puer, nisi Adam.* (Sera. xi, de Verbo. Apost.) Eliseo, que va en persona y que sube al aposento, donde sobre un pobre lecho yacía el niño difunto, es Jesucristo, que debía venir al mundo y subir al lecho dolorosísimo de la cruz. Eliseo se encogió para resucitar al niño víctima de la muerte, y Jesucristo se humilló para elevar de su abyección al género humano, víctima del pecado. ¡Oh médico piadoso! el Dios de infinita majestad ha venido á nuestra pequeñez, el vivo ha venido en busca del difunto. Y ¿qué no ha hecho él en el exceso de su misericordia? Con sus ojos divinos ha fucado nuestros ojos nebulosos y apagados, porque ha encendido en la frente de nuestro hombre interior como dos clarísimas luces que lo adornan; el entendimiento y la fe. Ha colocado sus manos sobre nuestras manos, habiéndonos dado en su santísima vida los ejemplos de las buenas obras y la forma de la obediencia á la ley de Dios. Ha acercado su boca divina á nuestra boca, imprimiendo en nuestro frío cadáver un beso vivificador de paz; habiéndonos reconciliado con Dios cuando éramos pecadores muertos á la gracia y á la justicia. Además, al aplicar sus sagrados labios á los nuestros, como Eliseo hizo con el niño, aspiró muchas veces en ellos el soplo de la vida; pero de una vida mucho más noble y más santa que la que inspiró al primer hombre; porque con aquella primera inspiración nos crió, infundiéndonos un alma viviente, y con esta segunda nos ha reformado, comunicándonos el espíritu vivificante.

Y ¡puede dejarse de ver en Eliseo, que sopla sobre el niño difunto, la figura y la profecía del misterio con que Jesucristo resucitado soplo sobre los Apóstoles y les comunicó el Espíritu Santo? Con el calor divino de este Espíritu comenzó á encenderse en el amor de Dios el frío cadáver, la masa corrompida de la humanidad difunta. Finalmente, el niño hostero siete veces ántes de abrir los ojos, y con esto figuró desde entonces la gracia septiforme del Espíritu Santo,

que á la venida de Jesucristo habían de recibir los hombres, y con la cual habían de respirar un aura divina y habían de resucitar á la inmortalidad y á la vida. ¡Oh grandeza! ¡Oh magnificencia! ¡Oh armonía de los misterios cristianos! El niño difunto, que no resucita sino después que el profeta Eliseo se ha levantado de su encogimiento y humillación, es el tipo profético y la figura fiel del hombre, que no resucita á su doble vida espiritual y corpórea sino después que Jesucristo ha resucitado de su muerte. Pero ántes de levantarse Eliseo de sobre el cadáver del niño, le ha soplado siete veces, y le ha comunicado, por decirlo así, su alma y su vida; por consiguiente, el niño resucitado parece que no volvió á vivir sino por la vida y por el alma de Eliseo. Ved aquí, pues, en este suceso, manifiesto, como en un cuadro, el gran misterio que S. Pablo nos reveló ocho siglos después con las palabras; es decir, que Jesucristo, al hacerse hombre, al humillarse y morir por el hombre, comunicó al hombre su espíritu y su vida, y por consiguiente también su santificación, sus derechos y sus privilegios, con los que el hombre, volviendo á vivir en el alma con el espíritu y con la gracia de Jesucristo, adquiere el derecho de volver á vivir respecto al cuerpo, de resucitar un día á la inmortalidad y á la gloria de Jesucristo, pero siempre en virtud de la comunicación de su espíritu y de su gracia. Mas procuremos comprender mejor la importancia, la profundidad y la extensión de estas mismas palabras.

Es doctrina del apóstol S. Pablo, que así como todos estuvimos comprendidos en el primer hombre, y fuimos muertos en él y con él, de la misma manera hemos sido todos comprendidos en Jesucristo, y en él, y con él hemos sido vivificados: *Sicut in Adam omnes moriuntur, sic et in Christo omnes vivificabuntur.* (I Cor. xv.) Por esta razón es muy cierto, continúa el Apóstol, que en Jesucristo clavado en la cruz fué juntamente crucificado y muerto nuestro viejo hombre, Adán, con toda su descendencia, la humanidad pecadora: *Nos scimus quia vetus homo noster crucifixus est.* (Rom. vi.) El Verbo eterno al hacerse hombre no tomó, por decirlo así, un solo individuo humano, sino toda la humana especie, toda la humanidad, y por lo mismo pudo conducir á un término feliz la causa de todos los pecadores, porque reunía y representaba la naturaleza de todos los pecadores, sin la culpa. De donde se sigue, que todo en Jesucristo es nuestro; y así como es nuestra la humanidad pura, que, en unión de la divinidad, dió á luz la Virgen santísima, así también es nuestra la humanidad santa que la impiedad de los judíos crucificó, y nuestro también es aquel cuerpo venerable que yació exánime en el sepulcro,

y que resucitó al tercero día. Luego, Jesucristo ha sido, si me es lícito expresarme así, un personaje público, un hombre universal; el único hombre, entre todos los hijos de los hombres, en quien han sido crucificados, han sido muertos y sepultados todos los hombres, y en quien todos ellos han resucitado.

Mas esta comunidad de vida, de condicion, de estado y de misterios entre los hijos de los hombres y Jesucristo, debe entenderse en cuanto que Jesucristo representó en sí todos los hombres; por todos los hombres en general nació, murió y resucitó, y por lo mismo adquirió para todos los hombres en general el derecho de ser tambien hijos de Dios y de gozar de todas las prerogativas y de todos los derechos de esta filiation divina. Pero, así como el pecado de Adán, su miseria y su castigo no se contraen sino por medio de la generacion y del nacimiento carnal de Adán pecador, asimismo solo por medio de una nueva generacion y de un nuevo nacimiento espiritual de Jesucristo se heredan su sanidad, su gracia, sus privilegios y su galardón. Y esta segunda generacion, este nacimiento espiritual, por el cual los hombres renacen á Dios por Jesucristo, se verifica por medio del bautismo. En las aguas del bautismo se despoja el hombre del antiguo Adán, del antiguo nacimiento de la voluntad del hombre y de la voluntad de la carne, del antiguo parentesco con una cabeza prevaricadora y corrompida, y renace como una criatura nueva; se reviste de Jesucristo; se encuentra unido á él, y se hace miembro del mismo santo cuerpo cuya cabeza es Jesucristo. Y así como no hay cosa tan sencilla, tan natural ni tan justa como que los hijos hereden las riquezas y la gloria del padre, y que los miembros participen de la condicion de la cabeza y se encuentren siempre unidos á ella; así tambien es muy claro que los que son bautizados entran á participar de todos los misterios de Jesucristo, son asociados á todos sus méritos y á todos sus privilegios, y todos sus estados y todos sus misterios se hacen comunes á ellos. Es á todas luces evidente, que conservando en nosotros este espíritu, esta gracia de Jesucristo, recibida en el bautismo, que nos incorpora á él y nos hace una misma cosa con él; así como Jesucristo resucitó corporalmente, así tambien debemos resucitar nosotros; y así como el eterno Padre resucitó de entre los muertos á su Hijo consustancial, Jesucristo, así tambien deberá un día resucitarnos á nosotros, sus hijos adoptivos, que con Jesucristo no formamos más que un solo cuerpo, un solo hijo, porque tenemos un mismo espíritu.

De esta suerte se entiende por qué S. Pablo llamó á la resurreccion de Jesucristo las *primicias*, el principio de la resurreccion de todos

los que mueren; y á Jesucristo, el *primogénito de los muertos que resucitan*; *Christus primitivæ dormientium* (I Cor. xv.) *Primogenitus ex mortuis* (Coloss. i.) ¡Bello y sublime concepto, lleno de verdad, de sentimiento y de verdadera filosofía! Jesucristo es llamado por S. Pablo *primogénito de los muertos*, porque ha sido el primero que por la resurreccion ha nacido á la luz de una nueva vida. Mas la resurreccion es un privilegio, no solo de su personalidad, sino de toda su familia; una condicion común á todos sus hermanos; y la diferencia entre él y nosotros será, que él ha precedido y nosotros le seguiremos, porque él es el *primogénito*, y nosotros los hermanos menores; pero por lo mismo resucitaremos nosotros despues de él; de otro modo no seria el *primogénito* en esta nueva manera de nacer, si él permaneciese solo, y no debiesen nacer otros despues de él de la misma manera que él.

Por la resurreccion de Jesucristo no solo se establece claramente el dogma de la resurreccion de los muertos, sino que es una verdad que se sigue necesariamente del dogma de su Encarnacion; y está tan intimamente ligado con los principales dogmas del cristianismo, que quitado él, se destruiria todo el cristianismo. Y la razon de esto es, que no se puede concebir que el Verbo eterno, el Hijo de Dios, y Dios en sí mismo, pudiera unirse á nuestra naturaleza, aceptara su debilidad, su caducidad y su muerte, y no le dejara un gérmen de su fuerza, de su inmortalidad y de su vida. No se puede concebir que él, que es la resurreccion y la vida, no quiera ó no pueda hacer que resucite la carne del hombre, que él, al tomarla, elevó, santificó y deificó en sí mismo; y que la dejara, como la carne del bruto, victima eterna de la corrupcion y de la muerte. Si los muertos no debiesen resucitar, nacerian naturalmente dudas acerca de si el Verbo eterno se hizo hombre con nuestra propia humanidad. La muerte, por otra parte, es una de las principales consecuencias del pecado de Adán. Luego, si la descendencia de Adán no hubiese de resucitar toda entera, se verificaria que la muerte, este inmenso daño, esta grande humillacion atraida por el primer Adán sobre toda la humanidad, no hubiera sido reparada por el segundo Adán; que Jesucristo no nos habria redimido sino á medias: que habiéndolo hecho todo por nuestras almas, nada habria merecido para nuestros cuerpos; que Adán, perjudicándonos en el alma y en el cuerpo, fué mas poderoso para perder la naturaleza humana que Jesucristo para restaurarla; que la malicia del pecado fué más eficaz que la gracia del Redentor; y por consiguiente, que la gran obra de la redencion, la obra por excelencia de la sabiduria, del poder y del amor de Dios, fué una obra defec-

tuosa é imperfecta. Y cuenta que no solo sería imperfecta, sino ilusoria y vana. Porque, como arguye S. Pablo con su irresistible lógica, Jesucristo tenía nuestra misma humanidad; luego, si nuestra humanidad no resucita, la suya tampoco resucitó, puesto que si Jesucristo no ha de poder resucitarnos á nosotros, tampoco pudo resucitar él mismo: *Si mortui non resurgunt, neque Christus resurrexerit* (1 Cor. xv.) Negar, por consiguiente, la resurreccion de los muertos, es lo mismo que negar la divinidad de Jesucristo, es lo mismo que destruir todas las esperanzas del cristiano, es lo mismo que negar todo el cristianismo.

Ahora bien, ¿qué es lo que nos dice el dogma de la resurreccion universal? Nos dice, que así como experimentamos desde luego los efectos de la muerte del Redentor al vernos libres del pecado, así tambien experimentaremos en el último día del mundo los efectos de su resurreccion al vernos libres de la muerte, cuando por su virtud resucitemos en él y con él. Nos dice que no hay cosa tan natural como que nosotros padezcamos tambien y muramos, supuesto que el mismo Jesucristo, nuestra cabeza y nuestro Señor, padeció y murió; pero, que así como Jesucristo, no solo murió en nuestro nombre, sino que tambien en nuestro nombre resucitó, como las primicias, la prueba y la prenda de la humanidad entera resucitada; así tambien la misma virtud de Dios, que resucitó el cuerpo de su Hijo consustancial, resucitará los cuerpos de sus hijos adoptivos. Nos dice, que así como Jesucristo murió porque en él la persona del Verbo de Dios está unida á la humanidad, así la humanidad entera resucitará porque en él está unida á Dios; y que así como él tomó nuestra muerte, así nosotros participaremos de su resurreccion y de su inmortalidad. Nos dice, finalmente, que como el efecto debe ser semejante á la causa, y la causa ejemplar de nuestra resurreccion será la resurreccion de Jesucristo, por esta razon, habiendo resucitado nosotros una vez en él y con él, no volveremos jamás á morir; supuesto que él resucitó para no morir jamás; y que, por consiguiente, despues del último día no se volverá á hablar de la muerte; que la muerte no volverá á tener derecho alguno sobre la descendencia de Adán, y que entonces se cumplirá la gran profecía de Oseas, de que la muerte permanecerá siempre absorbida en la victoria del Redentor, y abolida y destruida para siempre: *Cum autem mortale hoc induerit immortalitatem, tunc fiet sermo; absorpta est mors in victoria*; (1 Cor. xv. 54.) Admitido pues el dogma de la resurreccion de los muertos, se comprende muy bien como el Verbo eterno tomó verdaderamente la naturaleza humana, la unió íntimamente á sí, y le comunicó sus privi-

legios. Se comprende que él nos redimió en realidad, no solo del pecado, sino tambien de la muerte; que el nuevo Adán reparó todos los estragos causados por el antiguo; que destruyó el pecado hasta en sus últimas consecuencias; que su triunfo es completo; que su accion reparadora es universal, su redencion copiosa, entera y perfecta; y que él es verdadero hombre y verdadero Dios al mismo tiempo. Es decir, que el dogma de la resurreccion explica toda la economia de la religion, descubre su maravillosa armonia, establece, prueba y consolida todo el cristianismo.

Mas ¿cómo es posible que renazca el cuerpo humano todo entero de sus cenizas? Esto será posible del mismo modo con que el hombre pudo nacer de la nada. ¡Oh hombre! dice Tertuliano, tú tienes en tí mismo la prueba, tú mismo eres la prueba viviente de la resurreccion futura. Para saber cómo se verificará ésta, basta con que, entrando dentro de tí, reflexiones y medites en lo que en tí mismo se ha obrado. Tantos años há, no existias. Pues bien, tú, que entonces eras, bajo todos aspectos, absolutamente nada y ahora existes, ¿qué dificultad podrás hallar en que una porcion de tí, tu cuerpo, aún despues que se haya disuelto, pueda volver á existir bajo su primitiva forma, por la misma voluntad omnipotente de tu mismo Autor, que sacó de la nada tu cuerpo y tu alma? Será para tí más fácil volver á ser lo que has sido, que existir la primera vez, cuando jamás habias existido. Y no pudiendo negar el primer milagro, del que eres una prueba, ¿qué dificultad tienes en admitir el segundo, que indudablemente es menor que el primero? Para negar este segundo milagro, despues de haber visto cumplirse el primero en tí mismo, deberias blasfemar que la omnipotencia divina se agotó al criarte de la nada, y que por lo mismo no podrá restaurarte ni aún en una parte sola; deberias decir, que no podrá reanimar tu cuerpo Aquel que la criado de la nada y ha animado este vasto universo.

La verdad de la resurreccion, dice Tertuliano, está impresa, no solo en el hombre, sino en todo lo que vemos suceder en nuestro alrededor. Las continuas revoluciones de la naturaleza criada la prueban y la confiesan. El sol, que se pone y vuelve á apuntar; el día, que muere y vuelve á su sér; los planetas, que se eclipsan y aparecen de nuevo; los árboles, que pierden sus hojas y vuelven á adquirir su antiguo verdor; las flores, que se marchitan y se reproducen; todo con la destruccion gana, con sufrir se mejora y con morir revive. Toda la creacion está sometida á la ley de caer para volverse á levantar; todo en ella, despues que ha desaparecido, vuelve á su primitivo estado; todo, cuando acaba, vuelve á comenzar de nuevo;

ninguna cosa perece sino para volver á nacer. Así Dios, ántes de escribir este gran dogma de la resurreccion en los Libros santos, lo hizo sensible en sus obras. Antes de revelarlo con su voz, lo manifestó con la fuerza de su poder. Nos instruyó en esta verdad por medio de la naturaleza ántes de anunciárnosla por medio de la profecía.

2. Hermanos míos, es cierto que todos resucitaremos de nuestras cenizas; mas no todos, dice S. Pablo, resucitaremos del mismo modo: *Omnes quidem resurgetis; sed non omnes immutabimur* (1 Cor. xv). Cada uno volverá á tomar su cuerpo con las condiciones que más convengan al alma. Y como el alma bienaventurada, admitida á la vision de Dios, se llena de la claridad y de la luz de Dios; así tambien, conformado el cuerpo á esta condicion del alma, y recibiendo lo que de ella redunda en él, aún el mismo cuerpo será luminoso, y de aquí procederá su claridad. Y esto es lo que ha querido dar á entender S. Pablo diciendo: «Se siembra en la corrupcion y se recoge en la gloria.» En segundo lugar, como el cuerpo, sujeto totalmente al alma, se moverá por los deseos del alma, y el alma bienaventurada tiene el cumplimiento instantáneo y perfecto de todos sus deseos, el cuerpo bienaventurado se moverá con la rapidez de los deseos del alma; y de aquí nacerá la *agilidad*. Y esto ha querido indicar S. Pablo al decir: «El cuerpo del nacimiento está en la enfermedad, el cuerpo de la resurreccion está en la virtud.» En tercer lugar, como el alma bienaventurada estará en toda la perfeccion de la gracia, unida á Dios y casi identificada en él, el cuerpo estará tambien perfectamente sujeto al alma y unido á ella en toda la perfeccion de la naturaleza. Y como el alma, al ser unida intimamente á Dios, participará en sumo grado, segun su capacidad, de la bondad y de las perfecciones de Dios, el cuerpo, en fuerza de su íntima y perfecta union con el alma, participará de sus condiciones naturales, y no estará sujeto á las pasiones animales ni necesitará de comida ni de sustento, y de aquí nacerá la *utilidad*, por la que, lo mismo que el espíritu, penetrará los cuerpos sin romperlos; y esto es lo que ha querido significar S. Pablo con estas palabras: «El cuerpo de la generacion es animal y el cuerpo de la resurreccion es espiritual.» Finalmente, en compania del sumo Bien no se puede experimentar mal alguno. Y así como el alma bienaventurada, por su union con Dios, participará de todos los bienes de Dios sin mezcla alguna de mal; así el cuerpo, por su union perfecta con el alma, participará de todas sus perfecciones sin mezcla alguna de defecto. De esta manera el cuerpo, lo mismo que el alma, exento de la corrupcion, de los defectos, de las molestias y de las deformidades, no

podrá sufrir ninguna pena ni dolor alguno; y de aquí nacerán la *imposibilidad* y la *inmortalidad*; esto fué lo que quiso decirnos S. Pablo con estas palabras: «El cuerpo de la generacion está sujeto á la corrupcion; el cuerpo de la resurreccion será incorruptible.»

¡Felices vosotras, almas verdaderamente cristianas, que sujetáis vuestros cuerpos á las leyes de la inmaculada pureza y de la severa castidad; que refrenáis sus apetitos, que contenéis sus deseos, y circundáis el lirio de vuestra pureza con las espinas de la penitencia y de la mortificacion cristiana! Dejad que el mundo imbécil y necio os llame necias ó imbéciles porque os priváis aún de las cosas lícitas para no incurrir en las ilícitas; que os priváis aún de los gozes inocentes para huir de las delicias de las pasiones y de los sentidos. Dejad que el mundo se burle de vosotras y os desprecie. No por eso dejará de ser verdad que un día, á presencia del universo entero, compareceis y seréis honradas como las verdaderas almas sábias y prudentes, las verdaderas almas grandes, sublimes y perfectas, cuando á vista de vuestros detractores infelices volváis á tomar vuestros cuerpos adornados de todas las cualidades de la gloria. ¡Oh cuánto será en aquel día vuestro gozo y vuestra gloria! S. Pedro de Alcántara al morir fué visto por Sta. Teresa de Jesús subir al cielo rodeado de resplandor, diciendo: «Benditos más rigores, dichosa mi penitencia, que me ha proporcionado una gloria tan grande y una felicidad tan inmensa! *O felix penitentia, quæ tantam mihi meruit gloriam!*» De la misma manera bendecireis vosotros vuestras tribulaciones, vuestras penas, la austeridad de vuestro retiro, vuestra separacion del mundo y la práctica de vuestras mortificaciones, por las que volveréis á tomar vuestro cuerpo tan feliz, tan glorioso y tan bello, modelado por la gloria y la belleza del cuerpo de Jesucristo. Todo lo contrario sucederá á los réprobos. Léjos de hacerse sus cuerpos espirituales, sus mismas almas se volverán carnales; en vez de ser ágiles, serán graves, y pesados é insoportables al alma; en vez de ser luminosos, serán horriblemente opacos, tenebrosos y oscuros; en vez de ser imposibles, serán sometidos á toda clase de tormentos y de penas; en vez de ser gloriosos é inmortales, serán despreciables, diformes y sujetos á lo que en la Escritura se llama la *segunda muerte*. ¡Oh vosotros, los que tanto acariciáis vuestro cuerpo, lo rodeáis de la más refinada mollicie, secundáis sus más torpes deseos, no le negáis sus antiguos deleites sino para proporcionarle otros nuevos, lo habeis colocado en el lugar del alma y lo adoráis como á una divinidad; ¡oh, cuán inconsiderados, cuán necios y cuán dementes sois! ¡Cuánto será vuestro tormento, vuestra confusion y vuestro

dolor al veros rodeados de ese vuestro mismo cuerpo, no ya exhalingo perfumes ni haciendo ostentacion del lujo, sino heliando, deforme y horrible como un tizon del infierno!

Meditemos continuamente que este grande acontecimiento de la resurreccion universal sucederá infaliblemente. La fé lo enseña, la conciencia universal lo atestigua y la misma razon lo prueba; y que una de estas dos condiciones infaliblemente nos ha de tocar: ó resucitar gloriosos con los santos, ó resucitar humillados con los réprobos. Unámonos, pues, á Jesucristo por medio de una fé viva, de una firme esperanza y de una ferviente y generosa caridad. De este modo el eterno Padre reproducirá en nosotros los caracteres y los privilegios de la resurreccion de su Hijo; nuestro cuerpo será resplandeciente y feliz con el mismo resplandor y con la misma felicidad del suyo; y así como habremos poseído su espíritu ó imitado su vida en el tiempo, así tambien participaremos de su gloria en la eternidad. Así sea.

RESURRECCION DE LOS CUERPOS.

II.

Ego sum resurrectus, et vivo; qui credit in me, etiam in seculum vivet, et cetera.
Yo soy la resurreccion, y la vida; quien cree en mí, aunque hubiere muerto, vivirá.

(JOANN. XI, 25.)

Negada la inmortalidad del alma racional, no hay que extrañar, católicos, que por una consecuencia forzosa se negase tambien la resurreccion de nuestros cuerpos. Ya en los dias de la vida mortal de Jesucristo Señor nuestro, apareció entre los judios una secta llamada de los saduceos, que atacaron el dogma de la vida futura y de la resurreccion de la carne. Sabido es cuántas veces se opusieron al mismo Jesucristo, haciéndole cuantas objeciones les sugeria su incredulidad, contra este dogma fundamental de nuestra Religion, y no es ménos notorio como el Salvador respondió á ellas con un laconismo propio

de su infinita sabiduria, diciendo ser Dios el Dios de Abraham, de Isaac y de Jacob, y que este Dios no lo era de los muertos sino de los vivos (MATT. c. XXI, 52).

Pero nada es tan digno de atencion en este punto como las palabras del presente Evangelio, en que se nos refiere que, estando enfermo un hombre llamado Lázaro, vecino de Betania, sus hermanas Marta y Maria enviaron á decir al Salvador: Señor, mira que aquel á quien amas esta enfermo. A lo que Jesús contestó: esta enfermedad no es mortal, sino que está ordenada para gloria de Dios. Pero habiendo ido al cabo de cuatro dias, halló que Lázaro habia muerto y ya echaba fetidez en el sepulcro. Entonces fué cuando el Salvador, compadecido del llanto de las dos hermanas, dijo á Marta: Yo soy la resurreccion y la vida; quien cree en mí, aunque hubiere muerto, vivirá.

Este dogma, tan solemnemente establecido por la palabra infalible de Jesucristo, no estuvo á cubierto de los sofismas de los primeros filósofos; y en estos últimos tiempos la filosofia moderna, tan degradante como impia, ha formado un empeño especial en desenrerrar todos los desmaños de la vieja, añadiendo á los errores con que aquélla pretendió atacar en su cuna la Religion del Crucificado, otros aún más groseros y de mayor trascendencia, con que en vano intenta desquiciar los fundamentos de esta hija del cielo.

Ni hay por qué maravillarse; pues estando este dogma tan íntimamente ligado con el dogma de la inmortalidad del alma, es casi imposible combatir uno sin combatir tambien el otro. Por eso no hay artículo de la Fé católica que haya sido combatido con más encarnizamiento que el dogma de la resurreccion de los muertos. Esto pues, católicos; la suma necesidad de afanzarse cada vez más en la fé de esta verdad consoladora, puesto que, segun S. Pablo, ella es el fundamento de todas nuestras esperanzas para lo porvenir; y el conocimiento, por otra parte, de los funestos efectos que producen cada dia en unos la ignorancia de estas verdades esenciales; y en otros, el germen disolutivo que la impiedad no deja de sembrar en todas las clases de la sociedad; me impelen á probaros la congruencia, la necesidad, la veracidad de la resurreccion de nuestros cuerpos, de donde resultará la inmortalidad de todo el hombre. A. M.

1. Decir que Dios ha hablado en las santas Escrituras y que ha revelado el dogma de la resurreccion de los cuerpos, es un lenguaje que solo conviene al hombre de la Fé. Para esto no es necesario más

que abrir los Libros santos, y hacerle leer lo que en ellos se halla consignado con caracteres indelebles. «Yo sé bien,» dice Job en el capítulo XIX, «que mi Redentor vive, y que en el último día he de resucitar del seno de la tierra; que seré de nuevo revestido de mis despojos mortales, y que veré á mi Dios en mi propia carne...: esta esperanza está grabada en mi corazón.» Daniel dice en el capítulo XII, que «aquellos que duermen en el polvo, resucitarán los unos en pos de los otros, estos para la vida eterna, y aquellos para un oprobio que no tendrá término.» Varios son en fin y claros los pasajes de ambos Testamentos, en que se halla probado este dogma de nuestra Religión. Mas dije ya, y repito, que este idioma solo lo comprende el hombre que, ilustrado con las luces de la Fé, sabe apreciar el mérito de la divina autoridad marcada en las santas Escrituras. No así el hombre que habiendo lanzado voluntariamente de su corazón esta luz divina, hace profesion de no creer sino aquello que puede llegar á percibir con el raciocinio. Ya que pide razones nuestro siglo, alegaremos razones, y con ellas solas quedará suficientemente demostrado nuestro aserto.

Y desde luego, siendo el alma inmortal, si el cuerpo que es mortal, no debiese resucitar algún día, resultaría que este conjunto admirable de dos sustancias tan diferentes, unidas por medio de un nudo secreto é incomprensible, esa obra maestra de la sabiduría y del poder de Dios, sería destruída para siempre por la muerte. Ahora bien; este conjunto de las dos sustancias espiritual y material es lo que propiamente se llama el hombre. Si pues las dos porciones que forman el sér humano, no debiesen unirse jamás; si una de ellas debiese perecer para siempre, la obra más admirable del Criador quedaria mutilada eternamente, como si no estuviere en su poder el conservarla ó restablecerla toda entera.

¿Y qué! este cuerpo es por sí mismo tan vil, que las manos omnipotentes que lo formaron, se desdenn de retirarlo del polvo? No hay duda que es muy inferior por su naturaleza al alma espiritual que le acompaña la vida; pero entre las obras materiales de Dios ¿hay una sola que lo iguale? Comparád, católicos, y juzgad. El sol nos ofusca con su brillo, y sin embargo ¿brilla el como el ojo del hombre, como su ingenio, como la luz de su inteligencia? La serenidad del más bello día ¿es comparable con la risa que embellece el semblante del hombre, y con esa expresion de dulce alegría, de paz, de noble modestia, que anima alguna vez sus facciones? ¿Hay un cielo tan despejado en que, como en la frente del justo, puedan leerse el candor y la inocencia? Las aves nos encantan con la melodía de sus armoniosos

gorjeos; mas ¿qué son todos sus conciertos comparados con la palabra del hombre, y sus sonidos admirables que expresan y comunican las sensaciones y el pensamiento, y que hiriendo el oído ilustran los espíritus, mueven profundamente los corazones, acercan los objetos más lejanos, pultan los invisibles, y hacen de uno de los más pequeños órganos corpóreos el instrumento admirable de un comercio espiritual con las almas? ¿Y esos ojos elevados hacia el cielo? y esa aptitud de imperio? y esa dignidad que anuncia en el hombre al rey de la naturaleza? ¡Oh! ¿cuál debió ser, católicos, este cuerpo en el estado de la inocencia original, cuando por la primera vez salió de las manos de su Criador, radiante de gloria y majestad, llevando sobre su frente el sello vivo de su divinidad; pues que aún ahora, en el estado de degradacion á que lo redujo el pecado, todavía sobrepuja en belleza cuanto el mundo ofrece de más perfecto, siendo el centro de todas las cosas, el único ser material digno de las miradas y del amor de su Criador, y el solo por quien todas las cosas existen? Porque no son nuestras almas, sino nuestros cuerpos los que tienen necesidad de esta tierra que los alimenta, de la luz de los cielos que los alumbrá, y del aire que facilita la respiración y mantiene los espíritus vitales.

¿Y osaríamos suponer que el más bello y cumplido entre los objetos sensibles y corpóreos, aquel á quien dicen relacion todos los demás, haya de ser de menor duracion que todos ellos? Los astros giran hace seis mil años sobre nuestras cabezas, sin haber perdido nada de su resplandor; la tierra, despues de tantos siglos, no titubea sobre sus bases y conserva toda su fecundidad; los rios no han visto agolarse sus manantiales; los cedros y los antiguos pinos coronan todavía las mismas montañas en donde los vieron nuestros abuelos; y ¡solo el cuerpo del hombre habia de ser semejante á la yerba de los campos, que por la mañana está verde y por la tarde se marchita? ¿Y este momento de resplandor y de vida se habia de cambiar para siempre en corrupcion y gusanos? ¡Cosa extraña! el hombre, en esta suposicion, no solamente duraría ménos que otras tantas obras de Dios que solo han sido criadas para su servicio, sino también (lo que no puede concebirse) duraría mucho ménos que las obras de sus propias manos. Mientras que esos soberbios monumentos, esos palacios, esos santuarios que él ha construido; esos mármoles, esos bronceos que él ha sabido en cierto modo animar, imprimiéndoles los rasgos de su propia semejanza, resisten á la accion consumidora de los siglos y llaman la atencion de las generaciones más remotas; solo el hombre, destruído casi al tiempo mismo que formado, ¡permanecería envuelto entre el polvo para

no levantar jamás! ¡Solo él habrá construido imágenes de sí mismo, menos perecederas que el modelo hecho por la mano del Todopoderoso y marcado con el sello de su divina semejanza!

Aun más; ese cuerpo que eleva santuarios á la Divinidad, le consagra altares y los adorna con magnificencia. ¿no es en sí mismo el más digno templo que ocupa la Divinidad sobre la tierra? ¿no prefiere el Señor á cualquier otro templo material un cuerpo casto, que es el domicilio de una alma virtuosa y santa? ¿Qué son á sus ojos los edificios de piedra, de oro ó de pórfido, comparados con ese templo vivo, que ofrece por sí mismo el incienso, adora á su Dios y le dirige sus oraciones? Vede cómo se encorva y se prosterna en su presencia, anonadándose ante la Majestad divina; ved esa boca que se pega con el pavimento sagrado, y lo besa con un religioso respeto; esos ojos que se fijan en el tabernáculo y se mojan con piadosas lágrimas; ese corazón que palpita de amor hacia su Dios; esas manos que se elevan al cielo; esa lengua que canta las alabanzas del Eterno, convidando á todas las criaturas á celebrar las grandezas de su Criador; ved... Pero no basta que este cuerpo de barro tribute á su Dios el culto que le es debido: es necesario que el mismo sea el instrumento, el ministro y como el representante de su benéfica providencia sobre la tierra. ¿Hay algún género de buenas obras, á que no concurren todas sus miembros? ¿No son sus entrañas las que se commueven, al oír referir los infortunios de sus semejantes? ¿No son sus brazos los que se extienden para ayudar al enfermo ó para enjugar las lágrimas del afligido? ¿No son sus manos las que trabajan para vestir al desnudo, y amasan el pan para el hambriento? ¿No es su boca la que pronuncia palabras tiernas y consoladoras, y derrama un bálsamo saludable y el más dulce que la caridad puede aplicar á las heridas del corazón? ¿Dónde está, en suma, el bien que una alma sensible y generosa pueda prodigar á su prójimo, sin que el cuerpo contribuya con ella? ¿Cuántas veces se consume y agota su salud y sus fuerzas en el servicio de Dios y de sus prójimos? Y en recompensa de todo esto; habría Dios de condenarlo á una eterna destrucción? ¿Rompería sin piedad la íntima alianza de un alma y de un cuerpo, unidos tan santamente para hacer en común los oficios de piedad y misericordia? No, Dios mío, esto no es compatible con vuestra bondad infinita, con vuestra eterna justicia.

Verdad es que el pecado, infestando el origen del género humano, y derramando su ponzoña hasta el fondo de nuestras entrañas, ha irritado á Dios contra una carne que él había criado en la inocencia, y á la cual redujo la culpa á la más horrorosa corrupción. El Eterno

no pudo ver su obra deshonrada, y la despedazó. No obstante ¡oh desdigno digno de su bondad! si la des hizo, no fué para aniquilar lo que su sabiduría había formado, sino para rehacer, segun un modelo más perfecto, lo que el venenoso hábito de la serpiente había desfigurado.

¡Qué misterios tan admirables ofrece la Religión á mi fe! ¡Un Dios revistiéndose de la carne del hombre, para purificarla; un Dios que sufre la muerte, para derrocar su imperio; que sale victorioso del sepulcro, para asegurarnos la victoria; que hace de su cuerpo glorioso y resucitado un principio y como un germen de resurreccion para los nuestros, nutriéndolos con la sagrada Eucaristia, á fin de unirlos á sí de una manera inefable; que los llena del espíritu de vida por la abundante efusion del Espíritu Santo en la participacion de todos los sacramentos de la nueva ley; y que, en fin, en el momento mismo en que estos cuerpos van á tornar al polvo, los marca con una union extrema, como con el sello de la inmortalidad! De ahí, esa paz profunda con que el cristiano desciende al sepulcro; de ahí, el respeto con que miramos sus mortales despojos; de ahí, esas proces y ceremonias sagradas, que hacen tan afectuosos y tiernos sus funerales y les dan un carácter tan augusto; de ahí, esas bendiciones que consagran la tierra destinada á recibir nuestros yertos cadáveres; de ahí, en fin, esa sublime inscripcion grabada sobre la losa fria que los cubre: *Aquí yace un cristiano que durmió en el Señor, y espera la resurreccion en el último dia.* De este modo triunfa Dios del infierno y restablece enteramente su obra, que el tentador se había honsejado en vano de destruir. El hombre, formado á la imagen de su Criador, no sucumbe á la muerte, sino para renacer, por medio de un prodigio tan admirable como la creacion misma, á una vida aún más gloriosa que la primera; y (si es lícito comparar una cosa tan grande con una que, si bien parece pequeña, no deja de ser maravillosa) á la manera que el insecto que arrastra sobre el cieno de la tierra, después de encerrarse en una especie de tumba, donde permanece algun tiempo sepultado, inmóvil y como inanimado, vuelve á salir de allí revestido de una nueva fuerza y desplegando sus alas brillantes, hiende los aires y no reposa sino sobre las flores; del mismo modo el cuerpo humano, pesado en el principio, carnal, corruptible, sujeto á mil necesidades á cual más humillantes, y semejante en un todo al del primer Adán terrestre y pecador, después que deposita en el sepulcro todo cuanto tenia de grosero y mortal, volverá á salir reengendrado, espiritual, impassible, más hermoso y resplandeciente que los astros del firmamento, y por hablar el idioma del Apóstol, transformado en la semejanza del segundo Adán celestial y divino, y par-

ticipando del privilegio de su inmortalidad: *reformabit corpus humilitatis nostrae configuratum corpori claritatis suae* (Psal. III, 21.)

Hé aquí, católicos, un plan digno de Dios, demasiado grande, demasiado magnífico, para poder ser concebido sino por él mismo. Todo en él supone una sabiduría, un poder, una bondad infinita; todo en él anuncia al Sér eterno, origen único del sér vivo é inmutable, porque todo en él es vida, eternidad, inmutabilidad; fuera de Dios no hay sino concepciones de una inteligencia débil, limitada, salida de la nada y envuelta en densas tinieblas, porque en ella todo se termina en la nada, en la muerte, en una noche eterna.

2. Vengan ahora los insensatos y los ímpios, y á estos pensamientos tan sublimes y divinos, á la imponente autoridad de las Escrituras, al hecho incontestable de la resurrección de Jesucristo y á las consecuencias decisivas que de él saca S. Pablo, opongan... Mas qué? ¡méngua por cierto es decirlo! opongan la pretendida imposibilidad de que un Dios omnipotente haga revivir lo que está muerto. Ah! pues; no es él quien da la vida á lo que era nada? ¿No será posible volver á encontrar en el vasto seno de la naturaleza, como se expresan los modernos filósofos, los elementos dispersos de nuestros cuerpos, á aquel que supo hallarlos en los profundos abismos de la nada? Reproduzcan pues en hora buena esas aéreas dificultades que ruborizaron á los mismos gentiles, y que éstos abandonaron como de ningún peso. Nosotros las despreciaremos, contentándonos con responderles, que una sola cosa es imposible á Dios, y esto es únicamente lo que envuelve contradicción. Dios no puede lo que no quiere; Dios no puede faltar á sus promesas; Dios no puede engañarse ni engañar al hombre: hé ahí lo que es imposible al Omnipotente: por lo demás, suponer cualquier obstáculo insuperable á un poder sin límites, es lanzarse en el ridículo, es no raciocinar, es contradecirse en los términos. Sepan pues nuestros filósofos sin ilosofía, porque no tienen lógica; sepan que para tener derecho á negar la resurrección de nuestros cuerpos, porque es incomprendible, sería necesario poder citar una sola obra de Dios que ellos comprendan. Y si no, díganme: ¿comprenden por ventura su propia existencia? ¿No es ésta un misterio tan impenetrable á sus menguadas inteligencias, como los demás de nuestra Religión augusta? Y cuando lleoos de la mayor sorpresa, vemos todos los dias esa multitud de hombres sábios que han robado, por decirlo así, á la naturaleza una parte de sus secretos, descomponer á nuestra vista las sustancias materiales, formar de sus elementos combinados con arte nuevas sustancias,

descomponer éstas segunda vez, y con los mismos elementos reformar las primeras; cuando esto presenciámos, ¿no sería cosa extraña suponer que el Autor de la naturaleza no pudiese, despues de haber disuelto nuestros cuerpos y de las diferentes mutaciones que éstos hayan sufrido, volver á juntar sus elementos dispersos para reconstruir el edificio de nuestros miembros, y de este modo restablecer su primitiva obra?

Si, católicos, fácil y muy fácil será á la palabra creadora y omnipotente el obrar esta maravilla. ¿Con qué prontitud al eco de la trompeta, esto es, á la voz del Hijo de Dios, el aire, las aguas, la tierra y los abismos restituirán los restos de nuestros cuerpos devorados, evaporados, consumidos de mil maneras! Nuestras cenizas diseminadas se juntarán en un abrir y cerrar de ojos, segun la frase de la Escritura: *in ictu oculi* (I. Cor. c. xv, 52), y volverán á tomar su propia forma. Todos los muertos saldrán vivos de sus sepuleros, y comparecerán en presencia del Árbitro supremo de su suerte, para recibir la recompensa justa de su obra: *et dedit mare mortuos, et mors et infernus dederunt mortuos suos... et judicatum est de singulis* (Apoc. c. xx, 45).

Hé ahí, católicos, el fin de todas las cosas, ó más bien el principio de un orden de cosas que no tendrá fin. Ved ahí vuestro destino, hombres! Vuestra alma, esa porción excelente de vuestro sér, que os hace semejantes á Dios y á los ángeles, no deja de vivir, aún cuando escapando de su prision, remonta su vuelo hácia la region de los vivos. Tampoco el cuerpo permanece siempre en la oscuridad del sepulcro, adonde se mira condenado á descender. Si se consume, es únicamente para dejar lo que tenía de corruptible y tomar una forma inmortal, no de otro modo que el oro entra en el crisol, para salir de allí más puro y resplandeciente.

¿Y es posible, ¡oh hijos de los hombres! que hayais podido olvidar lo que sois y lo que debéis ser un dia? ¿Cómo es que vuestros corazones se han hecho tan pesados y se han pegado á esta tierra, que no es vuestra patria? Formados para gozar de años bienes tan grandes, reales y positivos; llamados á la posesion, no de apariencias y vanas sombras, sino de la sustancia misma de la perfecta felicidad y de la verdadera gloria; ¿cómo habeis tan presto degenerado de vuestro origen y renunciado á vuestros derechos, corriendo en pos de fantasmas, que desaparecen en el momento mismo en que las juzgais realidades? *Fili hominum, usque quo gravi corde? ut quid diligentis vanitatem et queritis mendacium?* (PSALM. IV, 3). ¿De qué os sirve, ¡oh avaros! ese tesoro de cieno que congregais á precio de

tantas solicitudes y de sacrificios tan amargos? ¿Qué hay de común entre ese vil metal, que la muerte va á arrebatáros, y ese espíritu inmortal que existe en vosotros? Y tú, soberbio esclavo del orgullo, ¿por qué caminas en pos de esa humareda de gloria, de que tan ávido te manifiestas? ¿Te ha procurado jamás un solo instante de alegría pura y verdadera, que pueda indemnizarte del eterno baddon que te prepara para la eternidad? Y tú, sobre todo ¡oh voluptuosos! ¿qué es lo que buscas en ese fango de infames placeres? ¿No ves que ellos no dejan en el alma más que pánzantes remordimientos, signos precursores de tormentos inmensurables y de desesperacion sin fin? Dejad, dejad, oh ciegos, esas criminales quimeras, y volved vuestros pensamientos hácia los bienes sólidos que serán la recompensa inmortal de los justos.

Acaso me preguntareis, hombres de poca fé, ¿cuál es la prenda que pueda yo daros de la seguridad de los altos destinos que se os prometen para el porvenir? *Multi dicunt quis ostendit nobis bona?* (PSALM. IV. 6). ¿Y qué otra es menester, Señor, que la nobleza de nuestro ser, la dignidad de nuestra naturaleza, ese sello de vuestra grandeza que vos mismo nos habeis impreso, y que tan gloriosamente nos distingue de cuanto nos rodea? *Signatum est super nos lumen cultus tui, Domine* (ISA. VI). Y ¿cómo pudieramos dudar que existe en nosotros algo de inmortal y divino, cuando nos vemos superiores á todo lo que no es Dios, ó no lleva el carácter de la semejanza de Dios; cuando experimentamos dentro de nosotros un no sé qué de insaciable y de inmenso, que objeto alguno en la naturaleza no es capaz de satisfacer; para quien es mala todo lo que debe finalizar, para quien son estrechos todos los límites del mundo visible; que solo puede hallar reposo en el seno de lo infinito, ni le es posible gustar contentamiento y felicidad fuera del Ser eterno e inmutable? *Delectati letitiam in corde meo* (ISA). Alegrarse en buen hora los mundanos de la fecundidad de sus tierras; recojan con gozo sus abundantes mieses y los frutos ópimos de la vid y de la oliva: *A fructu frumenti, vini et olei sui multiplicati sunt* (ISA. VIII). Por mí ¡oh gran Dios! ora me coteodais, orarehuseis darme esos dones de la fortuna y los gozos pasajeros del mundo, siempre vivire en paz, contento y feliz con vuestro solo amor: *In pace in idipsam dormiam et requiescam* (ISA. IX). La esperanza que me habeis dado de una gloriosa inmortalidad en vuestro reino, hasta para colmar todos mis deseos: *Quoniam tu, Domine, singulariter in spe constituisti me* (ISA. XI); ¡Plegue al Altísimo que esta preciosa esperanza se realice en todos nosotros, y que todos reunidos en el seno de

nuestro Dios, disfrutemos de su divina esencia por toda la eternidad!

PASAJES DE LA SAGRADA ESCRITURA.

Scio quod Redemptor meus vivit, et in novissimo die de terra surrecturus sum. (JON. XIX. 25.)

Et rursum circumdabor pelle mea, et in carne mea videbo Deum meum, quem visurus sum ego ipse, et oculi mei conspicienti sunt, et non alius: aperta est haec spes mea in sinu meo. (ISA. XLIII. 26 et 27.)

Nec dabis sanctum tuum videre corruptionem. (PS. XV. 10.)

Vivent mortui tui, interfecti mei resurgent: aspergissimini, et laudate qui habitatis in pulvere. (ISA. XXXVI. 19.)

Ona arida, audite verbum Domini. Ecce ego intromittam in vos spiritum, et vivetis. (EZECH. XXXVII. 4 et 5.)

Eccce ego aperiam tumulas vestras, et educam vos de sepulchris vestris. (ISA. LVI. 12.)

Multi de his qui dormiunt in terra pulvere, exigillabunt: alii in vitam aternam, et alii in opprobrium ut videant semper. (DAN. XII. 2.)

Respondens autem Jesus, ait

Yo sé que vive mi Redentor, y que yo he de resucitar del polvo de la tierra en el último día.

Y de nuevo he de ser revestido de esta piel mía, y en esta mi carne veré á mi Dios: á quien he de ver yo mismo en persona y no por medio de otro, y á quien contemplarán los mismos ojos míos: esta es la esperanza que en mi pecho tengo depositada.

No permitirás que tu santo experimente la corrupción.

Tus muertos, Señor, tendrán nueva vida; resucitarán los muertos míos por la justicia; despertados y cantad himnos de alabanza, vosotros que habitáis en el polvo del sepulcro.

Huesos áridos, oid las palabras del Señor... He aquí que yo infundiré en vosotros el espíritu, y vivireis.

Mirad, yo abriré vuestras sepulturas, y os sacaré fuera de ellas.

La muchedumbre de aquellos que duermen ó descansan en el polvo de la tierra, despertará: unos para la vida eterna, y otros para la ignominia. La cual tendrán siempre delante de sí.

Mas Jesus les respondió: muy

illis: erratis, nescientes Scripturas, neque virtutem Dei. In resurrectione enim, neque nubent, neque nubentur: sed erunt sicut angeli Dei in celo. (MATTH. XXII, 29.)

De resurrectione autem mortuorum non legistis quod dictum est à Deo dicente vobis: Ego sum Deus Abraham, et Deus Isaac, et Deus Jacob. Non est Deus mortuorum, sed viventium. (MATTH. XXII, 31.)

Procedent qui bona fecerunt, in resurrectionem vitæ: qui verò mala egerunt, in resurrectionem iudicii. (JOANN. V, 29.)

Hoc est voluntas ejus, qui misit me, Patris: ut omne, quod dedit mihi, non perdam ex eo, sed resuscitem illud in novissimo die. (JOHN. VI, 39.)

Resurget frater tuus... Scio quia resurget in resurrectione in novissimo die. (JOHN. XI, 25, 24.)

Qui resuscitavit Jesum Christum à mortuis, vivificabit et mortalia corpora vestra. (ROM. VIII, 11.)

Si Christus predicatur quod resurrexit à mortuis, quomodo quidam dicunt in vobis, quoniam resurrectio mortuorum non est? (I COR. XV, 12.)

Seminatur in corruptione, surget in incorruptione; seminatur in ignobilitate, surget in gloria; seminatur in infirmitate,

errados andáis por no entender las Escrituras, ni el poder de Dios: porque despues de la resurreccion ni los hombres tomarán mujeres, ni las mujeres tomarán maridos; sinó que serán como los ángeles de Dios en el cielo.

Mas tocante á la resurreccion de los muertos ¿no habeis leído las palabras que Dios os tiene dichas: Yo soy el Dios de Abraham, el Dios de Isaac y el Dios de Jacob? Ahora pues, Dios no es Dios de muertos, sinó de vivos.

Saldrán los que hicieron buenas obras, á resucitar para la vida eterna; pero los que las hicieron malas, resucitarán para ser condenados.

La voluntad de mi Padre, que me ha enviado, es que yo no pierda ninguno de los que me ha dado, sinó que los resucite á todos en el último dia.

Tu hermano resucitará... Bien sé que resucitará en la resurreccion universal, que será en el último dia.

Aquel Dios, que ha resucitado á Jesucristo de la muerte, dará vida tambien á vuestros cuerpos mortales.

Si se predica á Cristo como resucitado de entre los muertos, ¿cómo es que algunos de vosotros andan diciendo que no hay resurreccion de muertos?

El cuerpo, á manera de una semilla, es puesto en la tierra en estado de corrupcion, y resucitará incorruptible; es puesto en la tier-

is, surget in virtute: seminatur corpus animale, surget corpus spiritale. (JOHN. III, 42, 43, 44.)

Omnes quidem resurgemus, sed non omnes immutabimur... oportet enim corruptibile hoc induere incorruptionem: et mortale hoc induere immortalitatem. (JOHN. III, 51, 55.)

ra todo disforme, y resucitará glorioso: es puesto en tierra privado de movimiento, y resucitará lleno de vigor: es puesto en tierra como un cuerpo animal, y resucitará como un cuerpo espiritual.

Todos á la verdad resucitaremos, mas no todos seremos mudados en hombres celestiales... porque es necesario que este cuerpo corruptible sea revestido de incorruptibilidad; y que este cuerpo mortal sea revestido de la inmortalidad.

FIGURAS DE LA SAGRADA ESCRITURA.

Siendo tan clara y terminante la doctrina que nos dieron Jesucristo y los Apóstoles acerca de la resurreccion de la carne, creemos suficientes los pasajes que hemos consignado para proveer al orador respeto á esta verdad de fé: ahora citaremos algunos ejemplos del antiguo Testamento, para demostrar que aquellos Patriarcas, Profetas y demás varones justos, profesaban esta verdad con la misma persuasion que los católicos. La declaracion que hizo Dios á Moisés: *Ego sum Deus Abraham, et Deus Isaac, et Deus Jacob* (EXOD. III), revelaba claramente esta verdad; significaba que Dios era tan Dios de aquellos siervos suyos que esperaban su redencion en el Líbano, como de los descendientes de los mismos, que eran el objeto de las divinas misericordias en este mundo: por esto Jesucristo contestó á los Saduceos: *non est Deus mortuorum, sed viventium* (MATTH. XXII).

Muy significativas son tambien aquellas frases con que el sagrado texto anuncia la muerte de los Patriarcas y hombres justos, y que revelan la creencia del pueblo santo en la verdad de la resurreccion, calificando dicha muerte de sueño ó traslacion: *dormivit cum patribus suis* (III REG. I, v. 40—41, v. 43—44, v. 51. ET SEQ.) *appositus est* (JACOB *ad populum suum* (GENES. XLIX, 32): *et appositus est* (AARON *populis suis* (DIUTER. XXXII, 50): *et benedixit eis* (MATTHIAS, *et appositus est ad patres suos* (I MACHAB. II, 69): *dormivum cum patribus suis* (III REG. II, 40); y en muchos otros lugares.

El Espíritu Santo nos revela claramente esta resurreccion con aquellas palabras que pone en boca de los desesperados: impios en el día del Juicio final: *nos insensati vitam illorum aestimabamus insaniam, et finem illorum sine honore: ecce quomodo computati sunt inter filios Dei, et inter sanctos sors illorum est.* (SAB. V.)

Más tarde, vemos esta verdad de la resurreccion de la carne no ménos arraigada en el pueblo de Israel, al disponer Judas Macabeo que se ofreciesen sacrificios en sufragio de los que habían muerto en los combates, diciendo el escritor sagrado: *nisi enim eos, qui ceciderant, resurrecturos speraret, superfluum videretur et vanum orare pro mortuis* (II MACHAH. XII.)

Por esta gran verdad sostuvieron un terrible combate y sufrieron el más cruel martirio el venerable anciano Eleázaro y los siete Hermanos Macabeos, diciendo el primero: *sti in praesenti tempore supplicio hominum eripiar, sed manum Omnipotentis nec civis, nec defunctus effugiam* (II MACHAH. VI.) y uno de los segundos, dirigiéndose al tirano: *tu quidem aeclestissime in praesenti vita nos perdis, sed rex mundi defunctos nos pro suis legibus in aeterna vita resurrectione suscitabit* (IDEM. CAP. VII.)

Finalmente, el apóstol S. Pablo, hablando de todos los justos del antiguo Testamento, concluye con las siguientes palabras: *iusta fidem defuncti sunt omnes isti, non acceptis re promissionibus, sed à longe eas aspicientes, et salutantes, et contentes quia peregrini et hospites sunt super terram* (HEBR. XI.)

PASAJES Ó SENTENCIAS DE LOS SANTOS PADRES.

Totus hic ordo reprobabilis rerum, testatio est resurrectionis mortuorum, operibus illam praevortipit Deus antequam vocibus. (TERTULL. LIB. DE RESURRECTIONE.)

Nemo tam carnaliter vivit, quam qui carnis negat resurrectionem: propria fides christianorum est resurrectio mortuorum. (S. AUG. SERM. IV DE RESURRECTIONE.)

Todo este orden de cosas tan variables del mundo nos predica la resurreccion de los muertos: es una verdad que Dios reveló antes con las obras que con su palabra.

Ninguno hay que lleve una vida tan carnal como el que niega la resurreccion de la carne; por cuanto en esta verdad estrilla precisamente toda la fe del cristiano.

Resurrexit caput vestrum, hoc sperate membra caetera quod videtis in capite, hoc sperate membra quod creditis in capite. (IDEM, IN PSALM. XXIX.)

Caro nostra post resurrectionem eadem erit per naturam, et diversa per gloriam. (S. GREG. LIB. XIV MORAL.)

In resurrectione universa fidei nostra spes vita est. (IDEM, HOM. II IN EP. AD COR.)

Resurrectioni non credens, nullius virtutis curam habet. (IDEM, SERM. I RESURRECTIONIS.)

Resurrectio est divina virtutis opus. (IDEM, HOM. IX AD THESSAL.)

Resurrectio mortuorum non sinit nos lugere. (IDEM, HOM. II AD COR.)

Credo carnis resurrectionem et vitam aeternam. (SYMBOL. APOST.)

Especto resurrectionem mortuorum. (SYMBOL. CONSTANTIN.)

Ad cuius adventum omnes homines resurgere debent. (SYMBOL. S. ATHAN.)

Resucitó Cristo que es vuestra cabeza; la misma resurreccion debéis esperar todos los que sois sus miembros: creyéndola en él, la debéis creer tambien en vosotros.

Después de la resurreccion, nuestra carne será de la misma naturaleza, pero de diferente gloria.

Todo el apoyo de nuestra fe descansaba en la verdad de la resurreccion.

El que no cree en la resurreccion de los muertos, tampoco piensa en adquirir ninguna virtud.

La resurreccion de los muertos es obra del poder divino.

La resurreccion de los muertos debe moderar nuestro llanto y tristeza.

Creo en la resurreccion de la carne, y en la vida perdurable.

Espero la resurreccion de los muertos.

A su venida (de Jesucristo) todos los hombres han de resucitar.

RESURRECCION ESPIRITUAL.

Surrexit Dominus verè.
El Señor resucitó verdaderamente.
(Luc. xxiv, 34.)

Oíd, hermanos míos, la gran nueva que os anuncio con los discípulos del Señor: Jesucristo ha resucitado verdaderamente. Las perfectas, las figuras, las palabras de este Dios encarnado, que para prueba de su poder y de su divinidad, había dado la señal de Jonas y se había obligado á reedificar el templo de su cuerpo en tres días después de su destrucción; acaban de cumplirse por nuestra dicha en aquel famoso combate, en que la vida y la muerte disputaron la victoria, suceso de que dependía, según el Apóstol (I. Cor. c. xv, 14), la profecía del Evangelio y el establecimiento de la Fé. El Señor de la vida, que la había perdido voluntariamente, ha triunfado de la muerte. La gloria que al parecer acompaña á los hombres grandes durante su vida, los desampara en el sepulcro, pues no desciende con ellos á esta triste morada de humillación y de flaqueza; pero no sucede así con el Hijo de Dios: aquella gloria que parecía haberle abandonado en los misterios de su vida temporal, le acompañó en el de su muerte y bajó con él al sepulcro, de donde acaba de salir glorioso é inmortal. Jesucristo, vuelvo á decir, hermanos míos, ha resucitado verdaderamente. ¿Qué motivo de gozo y de consuelo para nosotros, pues esta resurrección es el fundamento de nuestra esperanza y de la mía: *Surrexit Christus spes mea*. Pero ¿qué parte deberemos tomar en este misterio? Ved aquí cuáles son las intenciones de la Iglesia: ella desea veros resucitar á la gracia, como Jesucristo resucitó á la gloria. Para este efecto notad, que así como Jesucristo no resucitó á la gloria, sino después de haber muerto á la vida natural, de la misma manera nosotros no podemos resucitar á la gracia sin morir al pecado. Pero preguntad, ¿se resucita así en este tiempo? Esto es lo que es necesario examinar. Primero, cuál es la resurrección de los pecadores en el tiempo de Pascua; y segundo, que se debe hacer para resucitar bien. A. M.

dores en el tiempo de Pascua; y segundo, que se debe hacer para resucitar bien. A. M.

1. Para explicaros como se resucita en el tiempo de Pascua, debemos distinguir tres especies de resurrección, de las cuales se hallan ejemplos claros y notables en la Escritura: la una aparente, como la de Samuel; otra verdadera, aunque de poca duración, como la de Lázaro; la última verdadera y al mismo tiempo permanente, como la de Jesucristo. Pues yo digo, que de estos tres modos resucitan los cristianos en este tiempo en que estamos. Unos resucitan en la apariencia, como Samuel; otros para morir segunda vez, como Lázaro; y algunos para siempre, como Jesucristo resucitó para no volver á morir. Expliquemos estas tres especies de resurrección, para que podamos conocer como hemos resucitado nosotros.

Léase en el primer libro de los Reyes, que Saúl, aquel príncipe perverso que fué desechado de Dios por no haber obedecido á la orden que se le había dado de destruir á los amalecitas, viéndose estrachado por los filisteos y abandonado del espíritu de Dios, como un furioso y desesperado, pensó hallar en el arte de los demonios y del infierno lo que no podía alcanzar del cielo. Aunque él mismo había expedido unos decretos terribles contra los adivinos, no por eso dejó de consultarlos: con este fin se distrajo y entró en la casa de una mujer que tenía el espíritu de Piton, es decir, que usaba de estas perversas y abominables ciencias, y lo pidió que le resucitase á Samuel: *Samuel non mihi suscita*. No me detendré á examinar si esta resurrección de Samuel fué ó no real y verdadera; contentaréme con decir, que Dios permitió se apareciese á Saúl la sombra de esta profeta bajo la figura de un venerable anciano, cubierto con un manto ó capa, y de esta sombra salió aquella voz espantosa: *Mal príncipe, ¿por qué turbas mi reposo haciéndome resucitar?* *Quare inquietasti me, ut suscitaver?* Sébete que Dios te tratará como mereces: tu reino pasará á David, objeto de tu envidia, á quien no puedes ver; ¿Cuántos cristianos hay cuya resurrección es semejante á esta de que habla la Escritura! La Iglesia les advierte desde el principio de cuaresma, cuando les pone la ceniza sobre la cabeza, que deben convertirse y hacer penitencia, y so les predica esta misma verdad en todo aquel tiempo: es necesario obedecer y resucitar.

Pero esta resurrección es aparente. Confiéсанse, porque es preciso hacerlo; pero ¿es la verdadera piedad la que los conduce al tribunal de la penitencia? No, sino la inquietud en que se hallan por descargarse de una obligación que les incomoda y embaraza. Confesiones y

comuniones de ceremonia, resurrecciones en la apariencia, sombras é imágenes de conversión: *Quare inquietasti me, ut suscitarer!* Y lo que aún es más, y casi no me atrevo á decirlo, no son más que unas resurrecciones diabólicas que el demonio aconseja, y Dios aborrece y detesta. ¡Cuántas confesiones nulas y comuniones sacrilegas! ¡cuántas absoluciones subrepticias y precipitadas! ¡cuántos pecadores que ocultan sus desórdenes en vez de manifestarlos, y que sin salir de su mal estado, pretenden resucitar por arte del demonio, del cual son esclavos! *Quare inquietasti me, ut suscitarer!*

La segunda especie de resurrección es aquella que es real y verdadera, pero de poca duración: tal fué la de Lázaro. Lázaro es figura de los pecadores: no quiero decir en esto que fuese un pecador, pues fué un gran santo, hermano de Marta y María, y amigo del mismo Jesucristo: *Lazarus amicus noster* (JOANN. c. xi, 11). No obstante, los santos Padres le han mirado como una figura de los pecadores, y su resurrección como una imagen de su conversión. Muerto pues Lázaro en Betania, se fué Cristo á aquel lugar, y se encaminó al sitio de su sepulcro. Ya hacia cuatro días que le habían enterrado: *Jam foetet, quatríduanus est enim* (IBID. xxxix), dijeron sus hermanas al Señor; to cual denota el estado del pecador sepultado mucho há en el sepulcro de sus malos hábitos. Jesucristo se estremeció á la vista de aquel espectáculo, y habiendo hecho quitar la losa del sepulcro, dijo en alta voz: Lázaro, sal ahora; y al punto salió ligado de pies y manos, y cubierta la cara con un lienzo. Jesucristo mandó que le desatasen y le dejasen ir. Esta es la historia de la resurrección de Lázaro, la cual fué muy verdadera, puesto que los judíos que la presenciaron, creyeron en Jesucristo; pero por real y verdadera que fuese, no duró para siempre. Lázaro resucitó para morir segunda vez; y de este modo resucitan muchos pecadores. Por tiempo de Pascua hacen algunos esfuerzos para recibir bien los sacramentos: quítase la piedra del sepulcro; déjase por algun tiempo la ocasión de pecar, descúrtrese la infección del mal hábito; finalmente, después de muchas lágrimas y gemidos, resucita el muerto; pero esta resurrección no dura mucho tiempo; solo resucita el pecador para morir otra vez. ¿No es esto lo que vemos todos los años después de Pascua? Apenas empiezan algunos á practicar los ejercicios de piedad, cuando vuelven á entregarse á los primeros desórdenes. ¿De dónde viene esto sino de haber resucitado muy imperfectamente? ¡Cuántas de estas semiconversiones no vemos, que solo se hacen para volver á morir luego, cayendo en el estado infeliz del pecado, que es la muerte de nuestras almas?

La tercera resurrección que me resta proponeros es la de Jesucristo, que es real, verdadera, cierta, constante, inmortal y gloriosa. Estas mismas cualidades debe tener nuestra resurrección espiritual. El Salvador, real y verdaderamente victorioso de la muerte, sale sin dificultad del sepulcro: *Factus sum inter mortuos liber* (PSAL. lxxxvii, 6). Toma su verdadero cuerpo sin flección ni disfráz ni artificio alguno. Ved ahí, cristianos, la resurrección que debe ser el modelo de la nuestra. Es necesario que dejemos sinceramente el pecado, si queremos emprender una nueva vida y resucitar verdaderamente. *Ut quomodo Christus surrexit á mortuis, ita et nos in novitate vite ambulemus*, nos dice el Apóstol (ROM. c. vi, 4). La resurrección de Jesucristo no solo fué verdadera; fué asimismo visible, conocida y tan cierta, que sus mismos enemigos fueron informados de ella por los guardias que habían puesto al sepulcro. Pilatos escribió la verdad del hecho al emperador Tiberio, como advierte Tertuliano (APOLOG. ADV. GENT. c. xxi). Los apóstoles y los discípulos, que fueron testigos oculares, la han anunciado á toda la tierra. En una palabra, es tan cierta esta resurrección, que no se puede dudar de ella: *Surrexit Christus, absoluta res est*, dice San Agustín (SERM. cxlvii. de temp.). Del mismo modo nuestra resurrección espiritual debe ser cierta, visible y conocida, para que los que se han escandalizado con nuestros pecados, se edifiquen viendo nuestra conversión y nuestra mudanza de vida. La resurrección del Salvador es constante y para siempre: vencié, resucitándose á sí mismo, las fuerzas de la muerte; y esta no tendrá jamás imperio sobre él: *Christus resurgens ex mortuis, jam non moritur: mors illi ultra non dominabitur* (ROM. c. vi, 9). Pecaadores, es necesario que en sentido espiritual se pueda decir lo mismo de vosotros. Si habeis resucitado verdaderamente, vuestra resurrección debe ser para siempre, no volviendo más á vuestras embriagueces, vuestras impurezas, etc. Debeis no dejaros arrastrar de las sollicitaciones del mundo ni de los atractivos del pecado. Vuestra conversión debe ser sólida, durable y permanente. En fin, la resurrección de Jesucristo fué gloriosa é inmortal, como el mismo lo dijo al apóstol S. Juan: *Ego sum vivus, et fui mortuus, et ecce sum vivens in saecula saeculorum; et habeo claves mortis et inferni* (APOC. c. i, 18); me he visto morir, pero ahora vivo para no morir jamás y para reinar eternamente, y al presente soy el Señor de la vida y de la muerte. Cuando salió del sepulcro, iba con todas las insignias de un conquistador á tomar posesion de su reino y de la gloria que le era debida. En los cuarenta días que se mantuvo en compañía de sus discípulos, solo les habló de

la gloria eterna, teniendo siempre su corazón en las cosas del cielo: *Loquens de regno Dei* (Acton, c. 1, §). Esto mismo debe hacer un alma que ha resucitado verdaderamente. Esta alma, revestida de la hermosura de la gracia, solo debe pensar en la inmortalidad, que el Salvador le ha merecido. Su corazón debe estar en donde está su tesoro y su recompensa: no ha de tener afición sino á las cosas del cielo, como dice S. Pablo (Colos. c. m, 1); todo lo demás debe serle insipido, enfadoso y desabrido: *Si consurrexistis cum Christo, qua circum sunt sapite, non que super terram*. Tal es la disposición de un alma que se ha propuesto en este tiempo la resurrección de Jesucristo por modelo de la suya. ¡Ay, hermanos míos! son muy pocos los que resucitan de este modo; mas porque acaso habrá alguno entre vosotros que no ha celebrado aún su Pascua, hagámosle ver los medios que debe tomar para resucitar verdaderamente.

2. El pecador que quiere resucitar verdaderamente por Pascua, debe lo primero, á ejemplo de Jesucristo, dejar en el sepulcro los despojos de la muerte; quiero decir, todo lo que puede hacerle recaer en el pecado: lo segundo, debe hablar, como hizo el hijo de la viuda de Naim; esto es, debe confesarse, como Dios manda; y lo tercero, debe comer como la hija del príncipe de la Sinagoga, es decir, comulgar con la debida disposición. Há ahí tres medios que voy á exponeros para que resucitéis perfectamente.

Quando Lázaro sale del sepulcro, sale envuelto en su mortaja, triste imagen de muchos que en su pretendida resurrección conservan lo que debían dejar, y que en lo sucesivo les es ocasión de una segunda muerte. No así Jesucristo, modelo de nuestra resurrección espiritual; sus pies y sus manos no están ligados como las pies y manos de Lázaro; si permita que le sujete la muerte, se deshace de ella, dejándola como Josef su mano; es decir, con los santos Padres, el sudario y los lienzos con que estubo envuelto. Ved ahí, cristianos, la imagen de una verdadera resurrección. Salid, pecadores, salid del sepulcro de vuestros crímenes; no prosigais más tiempo siendo esclavos de vuestras pasiones; dejad en la sepultura todos los despojos de la muerte. ¡Avaros! no permitáis que vuestras manos estén ligadas con vuestras injusticias; impudicos! no conservéis los pies atados por un criminal apego á las criaturas, etc. Romped todos esos lazos de la muerte; dejad al mundo corrompido todo lo que os ha hecho morir en este mundo: vuestra alma, victoriosa de los placeres prohibidos, no debe desde hoy más llevar consigo ninguno de aquellos fatales despojos que le impiden seguir á Jesucristo resucitado, para que se pueda decir de vosotros lo que el ángel del Señor dijo á las tres

Marias: *Surrexit, non est hic*. Ese hombre, que en otro tiempo fué tan desarreglado, ya no está en el sepulcro, ha resucitado; es un hombre contrito y penitente. Ved ahí el sepulcro en que le habían precipitado sus malos hábitos; pero gracias á la virtud de los sacramentos que ha recibido dignamente, ya no está ahí: *Surrexit, non est hic*.

El segundo medio para resucitar bien es hablar. Cuando Jesucristo resucitó al hijo de la viuda de Naim, que llevaban á enterrar, hizo parar á los que le conducían, y acercándose al féretro, dijo al difunto: mozo, levántate, que yo te lo mando. El difunto se levantó al punto, y empezó á hablar, y Jesucristo se lo entregó á su madre. Pecadores, ¿qué pensáis se os quiere decir en esto? Se os dice, que si queréis resucitar á la vida de la gracia, es necesario que habléis: *Et coepit loqui*. ¿Y á quién hemos de hablar? A los ministros de la Iglesia, á lo cuales debéis descubrir el fondo de vuestra conciencia sin ocultarles cosa alguna. Es necesario les habléis clara y distintamente, no disimulando vuestras faltas por unas confesiones hipócritas, que solo pueden servir para vuestra condenación: es necesario hablar y descubrir aquellos pecados vergonzosos, que acaso jamás os habéis atrevido á confesar; es necesario hablar, y hablar con humildad; decir vuestros pecados, y no vuestras buenas obras. Es necesario hablar, no de cosas inútiles, como lo haceis ordinariamente, sino del negocio de vuestra conciencia; es necesario hablar, no á medias, sino enteramente sobre ciertas materias, de que no está bien informado vuestro confesor: es necesario hablar, no según vuestro autojio, sino sinceramente y según la verdad. Pero ¿se habla de este modo en el tribunal de la penitencia? No, hermanos míos; se querría, por el contrario, tropezar con un confesor que fuese ciego, sordo y mudo; ciego para que no viese; sordo para que no oyese, y mudo para que no dijese una palabra. Pues ¿cuál es el modo de confesarse? Si se ha cometido algun pecado vergonzoso, el empucho cierra la boca; si se ha cometido alguna injusticia, el temor de la restitución impide hablar; si se tiene costumbre de pecar, se muda de confesor para no parecer pecador inveterado; si se halla en alguna ocasión próxima, se busca confesor desconocido que nada sepa de su modo de vida; si se ignoran las obligaciones de la Religión ó del estado, se recurre á excusas ó á explicarse confusamente. De este modo, confesándose se trabaja por no darse á conocer; se calla en lugar de hablar. Pues en medio de esto sabed, pecadores, que es necesario habléis, si queréis resucitar: *Et coepit loqui*. Hablad pues, y hablad como Dios manda.

Es necesario comer. Cuando Jesucristo resucitó á la hija del príncipe de la Sinagoga, llamado Jairo, mandó le dieran de comer, para probar con esto la verdad de su resurrección: *Et jussit illi dari manducare* (Luc. c. viii. 55). El mismo Jesucristo hizo lo propio despues de su resurrección, para que sus discípulos se acabasen de convencer de que había tomado, no un cuerpo fantástico, sino su propio cuerpo, el mismo que había sido enclavado en la cruz: despues de haberles mostrado sus llagas, les preguntó si tenían algo que comer. Los discípulos le presentaron parte de un pez asado y un panal de miel: *Obtulerunt ei partem piscis assi, et favum mellis* (Luc. c. xxiv. 42). Habiendo comido en presencia de ellos, les volvió los residuos, para que no les quedase duda de que había comido: *Et cum manducasset coram eis, dedit eis reliquias* (Ibn. xliii). También debéis comer vosotros, para hacer conocer que habeis resucitado; quiero decir, debéis comulgar y comulgar bien, como lo manda la Iglesia.

Comulguemos, pues, con el mismo fervor de los discípulos que iban al castillo de Emaús, y despues de haber comulgado, digámole como ellos á Jesucristo: *Mane nobiscum, quoniam advesperascit, et inclinata est jam dies*. ¡Ah, Señor! no basta que os hayamos recibido por medio de la santa comunión; dignaos de quedaros con nosotros: *mane nobiscum*; os suplicamos encarecidamente que no nos dejéis; ya se va haciendo tarde, el tiempo se pasa, nuestra vida se acaba, y estamos ya tocando el término de nuestros días: *Quoniam advesperascit, et inclinata est jam dies*. ¡Oh Jesús! acompañadnos en nuestra peregrinación: *mane nobiscum, Domine*. Acompañadnos en el tiempo de nuestra vida; acompañadnos en la hora de la muerte, para que merezcamos ir á acompañaros y estar con vos por toda la eternidad. Así os lo deseo, etc.

DIVISIONES.

RESURRECCION ESPIRITUAL.—Si deseamos que la resurrección de nuestros cuerpos sea una resurrección dichosa, es menester que sea precedida de la resurrección de nuestras almas.

Si queremos que la resurrección de nuestras almas sea una verdadera resurrección, es menester que sea una imágen de la resurrección de Jesucristo.

RESURRECCION ESPIRITUAL.—Es necesario que sea victoriosa.

Es necesario que sea ejemplar.
Es necesario que sea constante.

RESURRECCION ESPIRITUAL.—Cuando la Iglesia pide la resurrección espiritual de un cristiano, la pide con lágrimas.

Quando Jesucristo resucita un cristiano á la gracia, otorga un consuelo extraordinario á la Iglesia.

RETRO ESPIRITUAL; véase: **EJERCICIOS ESPIRITUALES.**

REVELACION.

Multiformi multaque modis olim Deus loquens patribus in Prophetis, novissime dictis talis locutus est vobis in Filio.

Dios, que en otro tiempo habló á nuestros padres en diferentes ocasiones, y de muchas maneras por los Profetas, nos ha hablado últimamente en nuestros días, por medio de su Hijo Jesucristo.

(Hbn. i. 1.)

Amados hermanos míos: con estos términos tan sencillos traía S. Pablo á la memoria de los judíos el grande acontecimiento de la revelación que Jesucristo acababa de manifestar con tanto brillo entre ellos, y cuya verdad atestigua el universo cristiano desde há más de diez y ocho siglos. Y no porque no haya una religion natural comun á Platon y á S. Agustín, á Sócrates y á Sto. Tomás; sino que además de eso, la revelación sobrenatural se ha hecho sentir y dado á conocer en todos tiempos, en todos los pueblos, al primer hombre, que llegó á la vida con conocimientos formados en su espíritu; con sentimientos religiosos en el corazón, con una lengua formada para expresar sus ideas; se ha hecho sentir, decimos, y dado á conocer á sus descendientes, que conservaron todos, con más ó ménos pureza, las nociones primitivas fundadas en la naturaleza de las cosas.

Es necesario comer. Cuando Jesucristo resucitó á la hija del príncipe de la Sinagoga, llamado Jairo, mandó le dieran de comer, para probar con esto la verdad de su resurrección: *Et jussit illi dari manducare* (Luc. c. viii. 55). El mismo Jesucristo hizo lo propio despues de su resurrección, para que sus discípulos se acabasen de convencer de que había tomado, no un cuerpo fantástico, sino su propio cuerpo, el mismo que había sido enclavado en la cruz: despues de haberles mostrado sus llagas, les preguntó si tenían algo que comer. Los discípulos le presentaron parte de un pez asado y un panal de miel: *Obtulerunt ei partem piscis assi, et favum mellis* (Luc. c. xxiv. 42). Habiendo comido en presencia de ellos, les volvió los residuos, para que no les quedase duda de que había comido: *Et cum manducasset coram eis, dedit eis reliquias* (Ibn. xliii). También debéis comer vosotros, para hacer conocer que habeis resucitado; quiero decir, debéis comulgar y comulgar bien, como lo manda la Iglesia.

Comulguemos, pues, con el mismo fervor de los discípulos que iban al castillo de Emaús, y despues de haber comulgado, digámole como ellos á Jesucristo: *Mane nobiscum, quoniam advesperascit, et inclinata est jam dies*. ¡Ah, Señor! no basta que os hayamos recibido por medio de la santa comunión; dignaos de quedaros con nosotros: *mane nobiscum*; os suplicamos encarecidamente que no nos dejéis; ya se va haciendo tarde, el tiempo se pasa, nuestra vida se acaba, y estamos ya tocando el término de nuestros días: *Quoniam advesperascit, et inclinata est jam dies*. ¡Oh Jesús! acompañadnos en nuestra peregrinación: *mane nobiscum, Domine*. Acompañadnos en el tiempo de nuestra vida; acompañadnos en la hora de la muerte, para que merezcamos ir á acompañaros y estar con vos por toda la eternidad. Así os lo deseo, etc.

DIVISIONES.

RESURRECCION ESPIRITUAL.—Si deseamos que la resurrección de nuestros cuerpos sea una resurrección dichosa, es menester que sea precedida de la resurrección de nuestras almas.

Si queremos que la resurrección de nuestras almas sea una verdadera resurrección, es menester que sea una imágen de la resurrección de Jesucristo.

RESURRECCION ESPIRITUAL.—Es necesario que sea victoriosa.

Es necesario que sea ejemplar.
Es necesario que sea constante.

RESURRECCION ESPIRITUAL.—Cuando la Iglesia pide la resurrección espiritual de un cristiano, la pide con lágrimas.

Quando Jesucristo resucita un cristiano á la gracia, otorga un consuelo extraordinario á la Iglesia.

RETRO ESPIRITUAL; véase: **EJERCICIOS ESPIRITUALES.**

REVELACION.

Multiformi multaque modis olim Deus loquens patribus in Prophetis, novissime dictis talis locutus est vobis in Filio.

Dios, que en otro tiempo habló á nuestros padres en diferentes ocasiones, y de muchas maneras por los Profetas, nos ha hablado últimamente en nuestros días, por medio de su Hijo Jesucristo.

(Hbn. i. 1.)

Amados hermanos míos: con estos términos tan sencillos traía S. Pablo á la memoria de los judíos el grande acontecimiento de la revelación que Jesucristo acababa de manifestar con tanto brillo entre ellos, y cuya verdad atestigua el universo cristiano desde há más de diez y ocho siglos. Y no porque no haya una religion natural común á Platon y á S. Agustín, á Sócrates y á Sto. Tomás; sino que además de eso, la revelación sobrenatural se ha hecho sentir y dado á conocer en todos tiempos, en todos los pueblos, al primer hombre, que llegó á la vida con conocimientos formados en su espíritu; con sentimientos religiosos en el corazón, con una lengua formada para expresar sus ideas; se ha hecho sentir, decimos, y dado á conocer á sus descendientes, que conservaron todos, con más ó ménos pureza, las nociones primitivas fundadas en la naturaleza de las cosas.

Nacemos nosotros con dos necesidades de instintos inseparables; necesidad de moral, y necesidad de religion. Séres libres, estamos convencidos de que existe una ley que ha de arreglar nuestra voluntad: séres capaces de inteligencia y amor, es necesario un objeto infinito á nuestro espíritu y á nuestra alma: todo hombre tiene pues el instinto del bien, el instinto de lo infinito, en una palabra, el instinto de lo divino. Ahora bien, instinto moral y religioso: hé ahí lo que hay más primordial en el hombre; lo que es anterior y superior á toda religion y á toda filosofia; lo que se constituye en alimento y fundamento de toda creencia religiosa, de toda especulacion filosófica.

Esto es común á todos los hombres; pero, si se contentara el hombre con este instinto confuso, quedaria sumido en una infancia eterna, y no llegaría jamás á la religion. Es pues, nuestro intento, amados hermanos míos, aclarar bajo todo punto de vista la necesidad de una revelacion sobrenatural, y quitar así toda excusa á los que la vilipendian. El principio de una accion inmediata de Dios, es decir, la base y cimiento en que descansa la revelacion, es la distincion del Criador y de la criatura, de lo infinito y de lo limitado; de ahí es, que la necesidad de la revelacion dimana:

1.° De la flaqueza é impotencia nativa del espíritu humano incapaz de conocer, sin las luces de la revelacion, los misterios de Dios y los destinos del alma;

2.° De la naturaleza de los dogmas, los cuales por su objeto pertenecen á una esfera muy superior á la nuestra.

La revelacion se prueba además por el sosiego y seguridad que dá al espíritu y al corazón una creencia neta, clara, fija; por la imposibilidad de reemplazarla con ningun sistema de los hombres, y, en fin, por la accion é influencia saludable que ejerce sobre la necesidad. Tal es el asunto y division de este discurso. Entro en materia, invocando primeramente con vosotros la intercesion de la santísima Virgen. A. M.

1. La revelacion, dicen los incrédulos, es imposible, y el hombre no debe admitir lo que no puede comprender. Pero ¿compréndese por ventura, los misterios del hombre? los misterios de la naturaleza? ¿Qué orgullo, ó por mejor decir, qué delirio creer que el hombre, que á si mismo se es un abismo, pueda comprender, contemplar sin velo alguno los eternos orígenes del sér! Una raspa de paja, un pieccecito de yerba es para él un pozo de misterios, ¿y no los ha de haber en la esencia de Dios? ¿Cómo! esta criatura mezquina que, en el rápido intervalo que media entre el instante de su nacimiento y el de

su muerte, apenas si puede resistir á todas las causas de destruccion, á todos los elementos de exterminio que amenazan de continuo á su existencia... y esa ha de ser la mansion, ese el recinto de la ciencia absoluta!... Por do quiera encuentra limites el humano concepto: y así es que Platón encadenó siempre sus opiniones y principios á las creencias religiosas, á las tradiciones sagradas más antiguas, más profundas. Acepta esas creencias, esas tradiciones como hechos superiores á las especulaciones del espíritu, con los cuales ha de juzgarse dichosa la razon en poder ponerse de acuerdo. Schellings, en nuestros dias, ¿no se inclina y se decide ya á reconocer que la revelacion es un hecho primitivo, fundamental, soberano? Aristóteles ¿no elevó por cima de todos los hechos una filosofia primaria, primitiva, ciencia fundamental de los principios? El que tiene harta fuerza, grandeza, desprendimiento y envidia, cierne las alas de su inteligencia en region superior á los sistemas de escuelas.

Ahora bien; lo que nos ha sido comunicado por otro ¿no existe acaso con la razon? Franklin, que nos ha enseñado la potencia de las puntas para atraer el rayo, ¿humilló con esto la razon humana? Y si podemos nosotros verificar este hecho, ¿cuántos otros no hay que no somos capaces de profundizar? Sin duda, hermanos míos, verdad es que aprendemos nosotros de nuestros semejantes lo que hubiéramos podido descubrir nosotros mismos; pero ¿quién habria podido alcanzar y penetrar verdades que existen en las profundidades del pensamiento divino? La plenitud de sus propiedades hace á cada uno de éstos infinitamente superior á las propiedades análogas en nosotros. A cada instante reconocemos la flaqueza de nuestro espíritu y de nuestro lenguaje. Un paisano, un campesino, ve todos los dias como va avanzándose el sol en el espacio y cumple su prodigiosa revolucion: él no puede concebir, contra el testimonio de sus propios sentidos, que ese astro quede inmóvil; ni que la tierra y él mismo se encuentren impetuosamente elevados girando en su rededor con una rapidéz imposible de concebir. Ahora bien; ¿hubiera humillacion en su razon en deferir y ceder á luces más extensas, más considerables que las suyas? Un ciego se queda confundido cuando se le cuentan las maravillas de la vision, cuando se le afirma que en un cuadro, superficie perfectamente llana, se descubren sombras, luces, profundidades, y lejos. Este efecto sobrepuja y trastorna todas sus ideas; pero ¿habria destruccion de su razon en renunciar á sus miras personales y someterse á la autoridad de la ciencia. Si, pues, el morador del campo y el ciego creen sin juzgarse humillados cuando habla la ciencia, los sábios ¿serian humillados por no poseer la ciencia divina?

Si la religión no encerrase misterios, sería obra del hombre, ó cortada á su medida.

El ingenio más elevado de la antigüedad profana, el que unía las palmas del pensamiento á los laureles de la elocuencia, ha tomado la palabra en su *Tratado de la naturaleza de los dioses*, y concluye por poner la existencia del Sér supremo entre las opiniones probables. Todas las nociones de las escuelas de Grecia y de Roma sobre la creación eran vagas, oscuras, inciertas. Ese tránsito de la nada al ser estaba desconocido á los letrados del paganismo. El dogma de la espiritualidad y el de la inmortalidad del alma estaban debilitados y minados por un sin número de dudas y reticencias. Jamás hubieran podido salir los hombres de las tinieblas, si las luces del cielo no se les hubieran ahuyentado, disipado. Y nosotros mismos, ¿podríamos sentar las más difíciles cuestiones, ni agitar los problemas más importantes, si Dios no hubiese tomado la palabra en el principio? ¿Qué nos ofrece la razón humana desde su infancia hasta Sócrates y Platon? Comparemos todas las riquezas de la filosofía antigua con las luces de la Escritura sagrada, y las nociones puras, esplendorosas, sublimes y positivas de los Padres de la Iglesia con las afirmaciones tímidas, dudosas, incoherentes, contradictorias de Platon, de Aristóteles, y de los filósofos alexandrinos, todos privados de la revelación cristiana, los unos porque la precedieron, los otros porque no la quisieron aceptar, y decidme si la revelación no era necesaria. He querido echar mano y recordar, de intento, los dos nombres más augustos y hermosos de la filosofía pagana antigua, á fin de poner más en claro la impotencia del espíritu humano en las cuestiones más vitales. De seguro que la generación presente no se mostraría vanidosa y engreída con sus tal cual talentos, infatuada con su novecenta filosofía, si el sol divino no hubiese lucido sobre estos pueblos asentados á la sombra de la muerte.

2. Llegos dicho, y decimos, además, que la necesidad de la revelación sobrenatural dimana de la naturaleza misma de los dogmas, colocados á una altura á la cual, segun la enérgica expresión de san Pablo, no hubiese podido alcanzarlos la razón. No quiere decir esto que las verdades evangélicas no hubiesen podido ser comprendidas por la razón unida naturalmente á Dios, é iluminada con su luz, cuando estas verdades fuesen presentadas á la razón; pero si estas verdades no hubiesen sido reveladas, ¿quién hubiera podido desculturirlas? Fuera de la revolución ¡qué espectáculo tan triste, el de los extraviados de la razón humana! ¿Qué teorías tan miserables y pobres, las de esos preceptores ó institutores de los pueblos que fundaron sistemas

de filosofía y de jurisprudencia! El terreno de sus doctrinas estaba cubierto de casquijo acarreado por las inundaciones de siglos y las pasiones de los hombres, sin que producir pudiera sino los lacios arbustos, plantas estériles. Conmovidas hasta sus cimientos y arruinadas, las instituciones del politeísmo no ofrecían por do quiera ninguna estancia ó mansion sólida; y si los pensadores más ilustres, figurándose edificar por toda una eternidad, lograban á duras penas hacerse endebles barracas ó cabañas donde guarecerse en la tormenta de sus dudas, les era necesario buscar nuevos puntos de apoyo, y aún volver á levantar sus albergues, que arrastraba ante sí el menor torrente que salía de madre, y se los arrancaba de cuajo la primer borrasca.

Una época, la primera, en tiempo de Pitágoras y de los Jónicos, se había consagrado á la filosofía natural; otra segunda, bajo Aristóteles y Platon, tenía un carácter moral y humano; la tercera y última época fué, en fin, de una filosofía religiosa. Ahora bien; todos esos sistemas, que se habían dilatado y engrandecido desmesuradamente y en muy poco tiempo, declinaron rápidamente y se zambulleron en el escepticismo. Platon adornó sus escritos con una confesion llena de ingenuidad y de candor; reconoció solemnemente que el solo partido que se podía y que se debía tomar, en medio de la universal ceguera, era *esperar* que viniese alguno á instruir y enseñar á los hombres la manera como habían de cumplir con sus deberes. Esta aspiracion vehementemente hacia la verdad, después de una larga y pacienzuda serie de trabajos inmensos de la inteligencia humana, después de haberla confesado en medio del vigor de una rara y sublime concepcion, por un talento que honra al humano linage, esa aspiracion unida á estas circunstancias, es un testimonio, en alto grado sorprendente, de la necesidad de una revelacion sobrenatural.

Mas ¿podiera decirse, con Rousseau, que una revelacion no debiera encerrar ninguna oscuridad? Pero ¿cómo? si hasta las ciencias ofrecen mil ejemplos de la identidad de las cosas más contradictorias en la física, por ejemplo, se admite sin la menor dificultad que la luz supone tinieblas. Imaginamos una luz sin sombras; los objetos igualmente alumbrados, igualmente bañados de luz, no se distinguen ya; y ese resplandor del día igualmente uniforme, es del todo idéntico á la noche. Y así, la luz pura, la luz inmediata, la luz en sí misma, implica su contrario, la oscuridad. Y no solamente la luz, sino que la lleva consigo, la engendra; y, por otra parte, al producirla, se realiza ella misma.

Pero, si los dogmas son tan superiores á nuestra inteligencia, si es-

tan tan elevados más arriba de su esfera, es muy digno de la razón buscar los motivos que determinan á creerlos, levantar con independencia el estandarte de la investigación acerca del conjunto de las ideas y de los hechos de la religión cristiana. Y ¡cuánta no dá al alma una tradición de vida, una doctrina sólidamente sentada, una fe neta y precisa! ¿Qué es lo que ha hecho la grandeza de la raza judía sinó la ley de Moisés? Esta ha sido el manantial de vitalidad indomable ó invencible que no han podido destruir ni Babilonia, ni Grecia, ni Roma: ¿A quien debe el cristianismo su gloria? ¿á quién sus maravillosos destinos? A la revelación, al Hijo de Dios. Hay en efecto en el corazón del hombre aún de ménos alcances, aún del hombre más ciego, algo que le hace conmover y saltar cuando ha electrizado á su alma el fuego sagrado de la fe. ¿Llega un hombre á despojarse de sus creencias? Ya no hay para él camino alguno en las regiones intelectuales. Párecese entonces el hombre á un bajel desamarrado, sin timón, sin mástil, sin remos, flotando á la ventura bajo un cielo sin estrellas, batido por las ondas, hecho juguete fatal de los vientos y tempestades. Una creencia sólida proporciona, al contrario, gozos sólidos, alegría inagotable; ella es la que funda esas torres incontrastables á cuyo redor plantan los hombres sus banderas. Cualquiera que sea el abatimiento, dolor ó desconsuelo que les abrumen, nada es capaz de cansar su paciencia, ni de quebrantar su valor. La conciencia, la convicción de ser, por medio de la recta dirección de la voluntad, lo que el orden quiere que seamos; la dulzura inefable de una mútua conmiseración y misericordia, de una hermandad socorrida y socorredora, los afectos puros, el descanso después del trabajo y cansancio, sencillos placeres exentos de disgustos y de recuerdos amargos; hasta las penas mismas aceptadas como una prenda, como una garantía de una felicidad que ha de seguirnos y coronarnos, de una mejor vida á la que llevan en sus etéreas alas la fe, la esperanza, el deseo al alma suelta de los lazos y prisiones que la encarcelan en la tierra; todo eso son frutos de la sumisión á Dios y de la práctica de la ley santa.

Hasta el pérfido filósofo de Forney decía, en uno de aquellos momentos en que se acordaba que era filósofo y cristiano: para que una religión sea verdadera es necesario que sea revelada. Ahora bien; ó no hay lazo alguno ó vínculo que estreche y ligue á los hombres entre sí y con el cielo, ó el cristianismo, religión de amor y de caridad, es el verdadero lazo sagrado. Y su historia no es otra cosa que la historia misma del desarrollo de nuestra sociedad civil. El cristianismo ha ayudado poderosamente á los pueblos á levantarse de grado

en grado hasta la plenitud de sus derechos civiles, hasta la participación de los derechos políticos, revolución inmensa que ha hecho desaparecer sucesivamente del suelo en que vivimos, todas las desigualdades violentas ó ilegítimas, para mostrar en fin en lugar de ellas un mismo pueblo, una ley igual para todos, una congregación libre y soberana. Las artes, las letras, los elementos de orden que aseguran la paz de los Estados son obra del Evangelio. El ha atacado la esclavitud en su principio, ha desarrollado el sentido moral y ha organizado la sociedad. Con el cristianismo todo es estable, todo está floreciente; sin él, tiene el mundo sobre su pecho un peso sofocante, y cadenas en sus brazos. ¿Cuál fuera lo porvenir si estuviese privado el mundo del astro del cristianismo? ¿A qué pararian los sentimientos del alma, si no se viesen excitados, removidos por el presentimiento de lo que todavía no es, de lo que está por venir? Supongámos cualquier falso miraron pronto á regarse á donde se vaya á subir la fe y transfigurarse. Desde ese momento los siglos pasados, su genio, su gloria se vieran arrollados por las tinieblas.

Voy á resumirme, amados oyentes. La revelación es una realidad; ningún sistema pudiera reemplazar á una religión tan hermosa, tan sentimental, tan filosófica, tan encantadora por su noble armonía. Ella se armoniza con la justicia, con la pureza, con la dignidad de las costumbres, con la nobleza del pensamiento; de ella surgen rios inagotables de vida y saber, que el pensamiento admira tanto más, cuanto que más los contempla. Un célebre profesor ha reconocido que todo lo que existe legítimamente y por siglos, existe desde luego en germen y va desarrollándose y enanchándose sucesiva y progresivamente: que la revelación ha dado lugar, desde luego, á la intuición, á misterios; después á misterios más claros, á dogmas más explícitos; que ha comenzado, en un principio, por formar una religión sencilla, ingénuo, enteramente práctica, esencialmente poética; en seguida, se ha manifestado más seria, más profunda: y que ha entrado hoy día en todos los espíritus que piden, ansian, y suspiran por una demostración racional y evidente. Así es que la revelación se va arrollando gradualmente: avanzaba desde luego bajo la inmediata inspección del día, fué pasando de la forma patriarcal á la forma del pueblo, y de ésta á la forma universal ó católica, y se prolongará así hasta la realización completa de la ley evangélica en el universo presente. Sostenerla, fortalecerla con el concurso efectivo en la defensa y desarrollo de los principios que son los suyos, es asociarse á la gloria de sus combates, y tomar parte en el triunfo de las verdades de que es órgano infalible. De la doctrina y mandamientos divinos de la

religion cristiana está escrito: *Verba quæ ego locutus sum vobis, spiritus et vita sunt.* El cumplimiento de sus principios, la ejecución de sus mandamientos, coronará nuestras obras, haciéndonos venturosos en la tierra, y eternamente felices en el cielo. Amen.

PASAJES DE LA SAGRADA ESCRITURA.

Siendo toda la sagrada Escritura un complejo de verdades, que los hombres nunca hubrían conocido sino por medio de la revelación, nos remitimos al contexto, modo y naturaleza de las mismas, para demostrar, que la revelación es el hecho más auténtico y culminante, que ha venido observándose en el género humano desde su creación. Las siguientes autoridades de los santos Padres, filósofos é incrédulos manifiestan la necesidad, la utilidad y realidad de la revelación.

PASAJES Ó SENTENCIAS DE LOS SANTOS PADRES.

Quid igitur causa est, cur non solum inter se, sed etiam secum pugnant, qui apud eos habitusunt sapienter? Nimirum quod à peritis discere noluerint, sed sese existimaverint mentis humana solertia claræ celestium rerum cognitionem assequi posse, cum ne terrestrium quidem potuerint. S. Justin. Cohort. ad Græc. 8.

Et non est mirum si in spiritalibus et celestibus, et in his quæ habentur revelari, hoc patimur nos; quandoquidem eorum, quæ ante pedes sunt (dico autem quæ sunt in hac creatura, quæ et contractantur à nobis, et videntur, et sunt nobiscum) multa fugiunt nostram scientiam, et Deo ipsi

¿Por qué motivo los que vosotros tenéis por sábios, no solamente discrepan unos de otros, sino hasta de sí mismos? Por no haber querido aprender de sus mayores, pensando que con la sola industria de su razón podrían adquirir un conocimiento claro de las cosas celestiales, cuando ni aún de las terrenas lo han podido conseguir.

No es de admirar que experimentemos esta ignorancia respecto à las cosas espirituales, celestiales y demás que se nos han revelado; cuando vemos que de aquellas que tenemos entre manos (digo de las naturales que nos rodean, que siempre vemos y tocamos) muchas son las que no conocemos, dejándolas en los se-

committimus: oportet enim eum præ omnibus præcellere. S. Irenæus, contr. Hæres. Lib. 2, cap. 2.

Quæ fide traduntur, cognitionem habent non curiosæ perscrutandam. S. Athanas. Epist. 4 ad Serap.

Curiosæ scrutanda non est recta religionis ratio, nec investigatione, sed sola fide agnoscenda est, et adoranda. Siquidem Deus, si comprehendatur, non est Deus. Item ad Antioch. quest. 1.

Nos autem affirmamus à natura humana nullo modo queri, aut inveniri posse, nisi adjuvetur ab eo quem querit... quantum Deus ab homine cognoscitur, quantum humana anima adhuc corpori alligata Deum cognoscere potest. Origen. cont. Cels. lib. 7.

Cæli mysterium doceat me Deus ipse qui condidit, non homo qui seipsum ignoraverit. Cui magis de Deo quam Deo credam? S. Ambros. Epist. 19 ad Valentin.

De Deo loquitur: quid mirum si non comprehendit? Si enim comprehendit non est Deus. Sit pia confessio ignorantie, magis quam temeraria professio scientiæ. S. August. Serm. 62.

Ut notitiam certam de his, quæ ad Deum spectant, haberent homines, necesse fuit divina illis transmittere doctrina fidel, quasi à Deo dicta, qui

cretos de Dios: persuadidos de él debe saber más que todos.

Lo que se nos ha revelado, no se ha de excudriñar con la pretension de conocerlo perfectamente.

No debemos excudriñar ni investigar por vana curiosidad el fundamento de la verdadera religion, sino reconocerlo y adorarlo con la fé: persuadidos de que Dios no sería Dios, si estuviere al alcance de nuestro conocimiento.

Tenemos por cierto que la razón humana es impotente para buscar ni descubrir (à no ser con el auxilio de aquel à quien buscamos)... hasta qué punto Dios puede ser conocido del hombre, hasta qué grado el alma humana anida al cuerpo puede conocer à Dios.

Del mismo Dios que hizo el cielo debo aprender las cosas del cielo, no del hombre, que ni aún à sí mismo se conoce. ¿A quién puedo creer mejor que à Dios por lo que se refiere à él?

Quando se habla de Dios ¿qué mucho que no llegues à conocerle? Si pudieras llegar à comprenderle, ya no sería Dios. Contentáate con una santa ignorancia más que con un alarde de ciencia temeraria.

A fin de que los hombres supieran con certeza todo cuanto dice relación à Dios, fué preciso intimarles las verdades divinas por medio de la fé, y como dichas por

mentiri non potest. S. Thom. el mismo Dios, que no puede mentir ni engañarse.

Hanc igitur naturam partem de genuino erga Deum cultu, vere principem, primariumque esse affirmamus; et eam quidem ejusmodi esse, ut si quis eam opportune docuerit, possit quoque optime et felicissime ab hominibus perdisci. At profecto nemo illam perfecte docuerit, nisi Deus viam monstraverit, et quasi dux ad disciplinam praeerit.—Plato, in Epimenide.

Rogas me, quid aut qua leuit Deus Auctore utar Simonide, de quo cum quaesivisset hoc idem tyrannus Hiero, dubitandi causa sibi unum diem postulat. Cum idem ex eo postredie quaereret, biduum petiit; cum scriptis duplicaret numerum dierum, admiransque Hiero requireret cur ita faceret: quia quanto, inquit, diutius considero, tanto mihi res videtur obscurior.—Cicero de natur. Deor. lib. 2.º.

Non possumus loqui recte de numine divino, nisi simul illustrati lumine ejus. Nam nimen divinum est fons luminis, sicut et bonitatis. Jamblic. Myster. cap. 18.

Ut mera essentia, vel potius ut Deus quam homo habendus est, qui naturam divinam porteret. Julian. Epis. ad Themist.

FILOSOFOS ANTIGUOS.

Decimos pues, que esta parte de la filosofía, que trata del verdadero culto hacia Dios, es la primera y principal; y de tanta importancia, que puede ser oído y consultado con mucho interés por todos los hombres cualquiera que la enseñe debidamente. Mas en verdad, nadie es capaz de enseñarla perfectamente, á no ser que Dios le revele el camino, y como maestro le sirva de guía.

Me preguntas ¿qué es, ó quién es Dios? Te contestaré como Simonides, quien consultado sobre lo mismo por el tirano Hieron, pidió un día, como para vencer su incertidumbre. Haciéndolo al día siguiente la misma pregunta, pidió dos días más de tiempo; y exigiendo cada vez doble tiempo, admirado el príncipe, le preguntó qué significaba su conducta: á lo que contestó el filósofo: *cuanto más medito, tanto más oscura se me presenta esta cuestión.*

No nos es dable hablar rectamente de Dios, si él no nos ilumina con su luz; por cuanto Dios es la misma fuente de la luz, como lo es de bondad.

El que conociese la naturaleza de Dios, sería un sér admirable, sería Dios más bien que hombre.

FILOSOFOS MODERNOS.

Suplicamos siempre al Señor, no permita que los nuevos conocimientos humanos que adquirimos á costa de tantos trabajos, perjudiquen á las verdades divinas, y que allanando el camino á los sentidos y aumentando la claridad de la antorcha de nuestra razón, no nos precipitemos á sembrar dudas ni incertidumbres sobre los misterios divinos; sinó al contrario, que nuestra razón, acabando de ser el juguete de la ilusión y continuando íntimamente unida y sumisa á los divinos oráculos, pueda prestar á la fé la perfecta obediencia y homenaje que le son debidos (*Súplica de Bacon*).

Una verdad jamás puede ser contraria á otra: sería pues una especie de impiedad el sospechar que las verdades descubiertas en la filosofía humana hubiesen de ser contrarias á las de la fé. (*Descartes, Meditaciones*).

El último esfuerzo de la razón es conocer que hay muchas cosas que le son inasequibles: sinó llega hasta aquí, es una razón muy débil. A su tiempo debe saber dudar, afirmar y someterse. El que no lo hace así, no conoce ni poco ni mucho la fuerza de la razón. (*Pascal, Pensam. V. 1.º, 2.º*).

Todas las profecías se han cumplido en nuestro Señor. Una concordancia tan prodigiosa no puede ser obra del acaso... Yo miro como un rasgo admirable de la Providencia divina el que la religión cristiana, cuya moral es tan santa, haya sido presentada á nuestros ojos con tantos y tan admirables caracteres (*Leibnitz, Pensam.*).

¿Qué desgraciados seríamos, si Dios nos hubiese abandonado á nosotros mismos por lo que toca á las cosas celestiales y de nuestro eterno destino! Para estas importantes verdades tentamos una necesidad absoluta de la revelación, de la cual debemos aprovecharnos con tanta solicitud como respeto; y cuando esta revelación presenta verdades al parecer inconcebibles, acordémonos de la flaqueza de nuestra razón, que tan facilmente se extravía aún en las cosas visibles y más triviales. (*Eulero, Carta á una princesa alemana*).

La razón humana ni aún puede conocer perfectamente la ley natural sin el auxilio de la revelación: los errores en que ha caído siempre, prueban la necesidad de la revelación: la filosofía, lejos de haberlos corregido, los aumentaba en una proporción asombrosa. (*Goussel, Theolog. dogm. tom. 1.*)

INCRÉDULOS.

La religion no destruye la razon, sino que la depura y ennoblece; no destruye á los hombres, sino que los convierte en santos. (Voltaire.)

La moral del Evangelio es tan pura, tan santa, tan universal, tan clara y tan antigua, que solo pudo salir de Dios, como la luz que fué su obra primera... Ningun moralista, ningun filósofo, ningun legislador ha dicho ni podido decir cosa alguna superior á la misma... La felicidad de los hombres está vinculada á todas y cada una de las máximas del Evangelio. (El mismo.)

La ciencia del filósofo consiste principalmente en descubrir el punto en que entran los misterios, y en su prudencia por respetarlos. Por cualquier parte que uno se vuelva, siempre encuentra dos cosas, la propia ignorancia y el poder inmenso del Criador, para el cual nada hay imposible. (El mismo.)

Este grande hombre (Newton) no se limitaba á la religion natural; estaba tan persuadido de la revelacion, que de todos los libros que poseia y estudiaba, el que leia con más frecuencia y atencion era la Biblia. (Fontenelle.)

Creo firmemente todos los hechos y todos los dogmas que la religion propone; estoy persuadido de que es divina; que sus libros son inspirados, y merecen el respeto y sumision de todo entendimiento humano; y que solo los libertinos é ignorantes pueden negar ó poner en duda la linea y la sialta más insignificante de estos libros sagrados. (Shaftsbury.)

Si se quieren pesar las fuerzas y razones de los filósofos, se observa que todas ellas tienden á destruir; si se cuentan las opiniones, cada uno tiene la suya; y discordes en todo, solo convienen en disputar. (J. J. Rousseau, *Emil*.)

Tengo por revelada toda doctrina en la que descubro el espíritu de Dios; reconozco este espíritu en el Evangelio, atendida su autenticidad y la sublimidad de la doctrina que en él encuentro. Para mí, la principal pieza del proceso que decide la cuestion es el Evangelio, que tengo en mis manos. Prescindiendo de como ha llegado, y de quien quiera que sea su escritor, yo reconozco en él el espíritu de Dios. (El mismo.)

Algunos pretendidos espíritus fuertes dicen que el cristianismo contradice y humilla á la razon: no deja de ser un insulto á la experiencia y á la misma razon el mirar como humillante un yugo que

sostiene á esta razon siempre vacilante, siempre inquieta cuando está abandonada á sí misma. (D'Alembert, *Carta al emperador de Rusia*.)

Véase: RELIGIÓN (La) debe ser revelada.

RICO AVARIENTO.

Crucior in hoc sermone.

Me abran en estos llanos.

(Luc, xvi, 21.)

¿Cuáles son, amados oyentes, los terribles delitos que sepultaron á este infeliz en aquel abismo de tormentos y que avivan el fuego vengador que le consume? ¿Fue acaso profanador de su propio cuerpo? ¿Bañó sus manos en la sangre inocente? ¿Hizo de la viuda y el huérfano presa de sus injusticias? ¿O fué un hombre sin fe, sin rectitud, sin conciencia, ó un monstruo de iniquidad?

Oídlo, los que estais persuadidos á que una vida sosegada y pacífica, en la que nada se concede á las pasiones extremadas, pero que tampoco se niega cosa alguna al amor propio, es una vida cristiana, y que todo el Evangelio consiste en no obrar mal; este réprobo, que hoy sale del abismo para instruirnos, era rico, dice Jesucristo, que se vestía de púrpura y de lino finísimo, y comía con esplendor; pero no atendía, como era razon que atendiese, á las necesidades de Lázaro, que parecia de hambre á las puertas de su cast. Estos son todos sus delitos. Seria cosa inútil el buscar otros en la disolucion de sus costumbres, pues no se le reprende de más. Habia adquirido grandes riquezas y disfrutaba sus comodidades. Abraham no expone otro motivo de su condenacion; y seria temeridad en nosotros el atribuirle desórdenes que no refiere su historia, y de los que parece le dá por libre Jesucristo con su silencio; y tambien nos opondríamos en esto al intento del Salvador, trastornando el sentido y espíritu de esta historia, y destruyendo todo el fruto que el mismo Señor intenta sacar de ella.

Y á la verdad, ¿qué necesidad habia de que Jesucristo nos abriera

el abismo para que viésemos los tormentos de un lascivo, de un sacrilego, ó de un público pecador? Bien sabido es que los fornicarios, los impíos y los ladrones no han de tener parte en su reino; toda la Escritura es una continua predicción de las desgracias que les están preparadas; y si hoy abre á nuestra vista el seno del infierno, es para manifestarnos un réprobo que no esperábamos, y cuyo mayor pecado fué el no tener virtudes; para enseñarnos que la vida mundana por sí sola, sin pasar más adelante, y sin caer en mayores excesos, es una vida criminal en su presencia, y digna del infierno y de sus llamas.

Esto es el espíritu y el fin de la historia que nos refiere hoy Jesucristo, y á esta verdad, acaso la más importante que puede tratarse en la moral cristiana, quiero reducir con piadosas reflexiones toda la serie de nuestro Evangelio. En la pintura que nos hace Jesucristo del Rico avarienco vereis el retrato de una vida ociosa y mundana, que no está acompañada de vicios ni virtudes; en la historia de su suplicio vereis su condenación y deplorable suerte; y esto es, vereis explicada y condenada la inocencia del mundo. Este es todo el asunto de este discurso. Impléremos. A. M.

4. Poco importa para nuestra instrucción el averiguar si Jesucristo quiso retornarnos aquí una historia verdadera, acaecida en Jerusalén, ó si, según su costumbre, quiso solamente ocultar con parábolas la verdad de su doctrina: que la condenación del desgraciado Rico del Evangelio sea un hecho verdadero, ó figurado, no es ménos cierta la verdad que con él se intenta probar, ni son ménos legítimos los motivos de nuestro temor. Había, pues, en Jerusalén, dice Jesucristo, un Hombre rico: *Homo quidam erat dives*. Este parece que era su primer delfo. Nació feliz: *Erat dives*. Nada añade Jesucristo á esta circunstancia que la haga odiosa: no nos dice que siendo de bajo nacimiento, descendiente de alguna familia oscura, y habiendo salido de alguna de las más pequeñas ciudades de Judá, viniese á Jerusalén pobre y necesitado de todo, y que con los más bajos ministerios, con los más viles tráfiocos, por los más ignorados y siempre sospechosos caminos, llegase á aquella abundancia y prosperidad con que después se dejó ver en el mundo, ni que gozase con insolencia de unos bienes que hubiese adquirido indignamente. El silencio de Jesucristo le justifica en todos estos puntos. *Erat dives*. Gozaba tranquilamente del patrimonio de sus padres, libre de ambición, exento de cuidados, lleno de placeres y tranquilidad en su casa. ¿Hay entre vosotros alguno que posea sus riquezas con más inocentes circunstancias? No

obstante, ved el primer grado de su reprobación: era rico, *erat dives*.

En segundo lugar, se vestía de púrpura y lino finísimo: *Induebatur purpura, et byso*. Es verdad que la púrpura era una tela preciosa, pero no dice el Evangelio que en esto excediese los límites que las costumbres de aquel tiempo señalaban á su clase y nacimiento: no nos dice que, no alcanzando sus bienes á sus profusiones, perjudicase con su vanidad y gastos excesivos al mercader y al oficial. A este rico desgraciado no se le reprende de que tuviese fines pecaminosos en el cuidado de su adorno, ni de que le faltase aquella rectitud de intención que tanto alegan las mujeres del mundo para justificar la indecencia y artificio de sus adornos: en una palabra, este rico vestía soberbiamente, gustaba del esplendor y de la magnificencia; en la Sinagoga, donde el culto aún era sensible y material, donde se juzgaba que solamente la magnificencia del templo y el aparato de los sacrificios honraban al Señor, donde toda la majestad consistía en el exterior esplendor de las ceremonias, donde aún el mismo Dios solamente se manifestaba bajo de símbolos de grandera y de gloria, parece que era más digno de perdón este exceso, que en el Evangelio, donde Jesucristo pobre y abatido, á un mismo tiempo ha impuesto obligación, y dá ejemplo de modestia y sencillez á todos los fieles.

En tercer lugar, comía espléndidamente: *Eputabatur quotidie splendide*. Pero la ley de Moisés solamente prohibía los excesos, y no mandaba aquel riguroso cuidado con los sentidos que nos ha impuesto después la ley del Evangelio. Entre las promesas hechas á los hijos de Abraham se contenían leche y miel, y así parece que tenían algun derecho á gozar de una abundancia que se les proponía como recompensa de su fidelidad. Por otra parte, se le acusa de que comía espléndidamente, pero no se le arguye de que usase de las comidas prohibidas por la ley, ni de que faltase á la observancia de los ayunos ni de las abstinencias que en ella se mandaban. No se valía del pretexto de su nacimiento, de sus riquezas y de su regalo para excusarse de aquellas rigurosas leyes. Es verdad que todos los días comía con abundancia, *quotidie*; pero sus rentas alcanzaban á mantener aquellos gastos. No solo era abundante la comida, sino también sumptuosa, *splendide*; pero no dice el Evangelio que en su mesa hubiese excesos ni desórdenes.

Ahora bien, amados oyentes; ¿os parece demasiado culpable como os le acabo de pintar, que es como en realidad era? No añadais cosa alguna á lo que dice el Evangelio: era rico, vestía magníficamente y comía con regalo. ¿Qué excesos hallais en esto? Si yo he de juzgar

por vuestras costumbres y por vuestras máximas, no solamente no le hallo tan culpable, sino que me parece virtuoso; y según la depravación que hoy se vé en el mundo, si yo hubiera de hablar como un sábio munfino, os le propondría como modelo á quien debierais seguir. ¿Qué es lo que continuamente decís de los que se parecen á él? Fulano vive con honor, como sus rentas con estimación, su mesa es abundante y bien servida; en lo demás es hombre de bien, amigo fiel, y tiene aquella realidad de costumbres en que consiste la verdadera religión y la sólida virtud.

Pero me oponéis la dureza que usó con Lázaro, y direis que á lo ménos en esto no os parecéis á él. Veámos cuál es en este asunto el delito de nuestro Rico avariento, y acaso os hallareis más culpados que él. *Había, continúa Jesucristo, un pobre llamado Lázaro, cubierto de llagas, echado á la puerta de este rico, que se contentaría con coger las migas que caían de su mesa; pero nadie quería dárselas.* Confieso que en este modo de proceder había un género de crueldad que se opone á todos los sentimientos de humanidad. Pero atendid á todas las circunstancias, y vereis que no tanto quiso Jesucristo representarnos á este rico como á un monstruo de inhumanidad, cuanto como un hombre perejoso, entregado á sus placeres, y sin atender á las miserias de Lázaro; vereis que al hacer mención de este pobre en la historia, no es más que como un incidente, y que el asunto principal de ella es la vida regalada y sensual del rico. Primeramente; Lázaro era un público mendigo, *mendicus*; pero, por lo común, no se hace tanto caso de estos públicos mendigos, porque tienen á toda la ciudad por testigo y recurso en su miseria. Nuestro rico podía valerse para con Lázaro de los mismos pretextos de que os valeis vosotros todos los días para despreciar á los pobres vagos. En segundo lugar: es verdad que Lázaro, cubierto de llagas, estaba sentado á la puerta de este rico. Sin duda que un objeto tan digno de compasión debiera haberle enternecido; pero á lo ménos alguna estimación merece el que le permitiese estarse á la puerta de su casa. Acaso vosotros os haluarais dado mucha priesa á socorrerle con una limosna, pero más hubiera sido por apartar de vuestra vista un objeto tan fastidioso, que por socorrer á un miembro de Jesucristo. Finalmente; no quiso darle ni aún las migas que caían de su mesa, pero tampoco se nos dice que Lázaro las pidiese; solamente refiere el Evangelio que las desecha. No se acusa á nuestro rico de habérselas negado, sino solamente se dice que no había quien se las diese. Puede ser que hubiese mandado con tibieza á unos criados infieles que socorriesen á este mendigo, porque á esto vemos reduci-

da todos los días la piedad de sus semejantes: en una palabra, no nos le representa el Evangelio tan culpable de dureza, como de indiferencia y falta de atención.

2. Por eso cuando Abraham, desde lo alto de la celestial morada, le manifiesta el motivo de su condenación, no le dice, como dirá Jesucristo algún día á los réprobos: Lázaro estaba desnudo, no le vestiste; tenía hambre, y no le alimentaste; estaba enfermo, y no le consolaste; sino que solamente le dice: Hijo mío, acordate de que en tu vida gozaste de muchos bienes: *Fili, recordare quia recipisti bona in vita tua.* Acordate de que no tuviste que padecer en la tierra, y no se consiguieren de este modo los premios prometidos á mi posteridad. Tus padres siempre anduvieron vagos, fugitivos y peregrinos en la tierra, nada poseyeron en ella, y ahora gozan en mi seno de la herencia prometida, por la que tanto habían suspirado; tú buscaste tu consuelo en la tierra, y así no perteneces al pueblo de Dios, no eres hijo de las promesas, no te alcanza la bendición que á mí se me concedió, y tu destino es con los infieles; del lugar de tu peregrinación hiciste el lugar de tus deleites; aquella injusta felicidad no podía durar; aquí todo muda de semblante, aquí se enjugan las lágrimas de Lázaro y recibe el consuelo de sus aflicciones; pero tus risas y alegrías se mudan en llanto y crujido de dientes, y tus deleites instantáneos en tormentos que nunca se acabarán.

¿Os admiráis de esto, amados oyentes? ¿Acaso ignoráis que entre los cristianos es delito el no tener virtudes? ¿Os parece que el infierno solamente está destinado para los adúlteros, para los fornicarios, para los injustos? ¡Ah! si un discípulo de Moisés, viviendo bajo su ley, aún imperfecta y carnal, la que no podía tan sublimes virtudes, en la que el desprecio del mundo no era tan riguroso, ni tan severo el uso de los sentidos, se halla reprobado por haber vivido una vida regalada, deliciosa, sin vicios ni virtudes; un miembro de Jesucristo crucificado, un hijo de la nueva ley, un discípulo del Evangelio, en el que son tan perfectas las virtudes que se mandan, tan continua la mortificación, tan prohibidos los deleites, tan necesarios los trabajos, en el que el uso de los sentidos está rodeado de tantos preceptos, y de tan rigurosos consejos, en el que la cruz es el sello de los que están predestinados; ¿os parece que será tratado más favorablemente, si nada niega á los sentidos, y si solamente se abstiene, como este rico, de los excesos enormes y de los deleites injustos y vergonzosos?

El ser cristiano no consiste solo en evitar los desórdenes, sino en practicar, además, las virtudes evangélicas; las costumbres irreprochables á la vista de los hombres no constituyen al cristiano, sino el

espíritu de Jesucristo crucificado; tampoco le constituyen las cualidades que admira el mundo, el honor, la probidad, la pueria fe, la generosidad, la rectitud, la moderación, la humanidad; sino una fe viva, una conciencia pura y una caridad no fingida. El árbol que no lleva más que hojas, es herido de maldición, como árbol muerto y sin raíces; y el Evangelio condena á las mismas eternas tinieblas y á los mismos suplicios al siervo infiel y al inútil. Y así, después de haberlos manifestado en las costumbres de nuestro Rico réprobo la imagen de una vida sensual y mundana, aunque exenta de culpas y desórdenes, es necesario enseñaros en su castigo cuál es su destino y su fin.

2. *Sucedid, pues, prosigue Jesucristo, que murió este pobre, y fué llevado por los ángeles al seno de Abraham; murió también el rico, y fué sepultado en el infierno.* ¡Oh cristianos, qué nuevo orden de destinos! Lázaro muere el primero, porque el Señor se dá prisa á visitar á sus escogidos y abreviar sus días con sus trabajos; el rico le sobrevive, porque el Señor se porta muy al contrario con los pecadores, abriéndoles lentamente las puertas de la muerte, para esperarlos más tiempo á que hagan penitencia; pero, finalmente, muere el rico, porque aunque las grandes riquezas nos aficionan á la vida, no nos hacen inmortales; es sepultado, circunstancia que no se nota en la muerte de Lázaro: sin duda que tributaron á su memoria los honores fúnebres, y que la pompa y vanidad se manifestarían hasta en su sepulcro: enalzarian con soberbios monumentos su nada y sus cenizas; pero su alma desamparada y precipitada con el peso de sus iniquidades ha penetrado ya hasta lo profundo del eterno abismo. Lázaro muere, su cuerpo abandonado apenas halla un breve espacio de tierra que le sirva de sepulcro; en su muerte no recibe honor alguno de los hombres, pero su alma gloriosa es llevada en triunfo por los espíritus celestiales al seno de Abraham. Muere el rico, y todo Jerusalén habla de su muerte, alaban sus virtudes, ponderan su magnificencia, sus amigos le lloran; sus parientes, para consolarle en su pérdida, procuran eternizar su memoria con títulos é inscripciones. ¡Oh inútiles cuidados de los hombres! ya ni aun su nombre sabemos, y solamente le conocemos por sus desgracias, solamente sabemos que era rico y que fué réprobo. Lázaro muere, y aun en Jerusalén se ignora si ha vivido; su muerte es oscura como su vida; el mundo, que no le había conocido, no tiene trabajo en olvidarle; pero su nombre escrito en el libro de la vida ha merecido también ser conservado en nuestros santos libros: muere el rico y es sepultado en el infierno. Examinemos todas las circunstancias del castigo que padece este infeliz en el lugar de los tormentos.

Primeramente, apenas llegó al lugar de su suplicio, dice Jesucristo, cuando levantó los ojos, y vió á Abraham, y á Lázaro, que descansaba en su seno: *elevans oculos*. Desde luego empieza levantando los ojos; ¡qué sobresalto! es decir, que en toda su vida no los había abierto ni una sola vez para ver el peligro de su estado; nunca se le había ocurrido el dudar si el camino por donde iba, tan seguro en la apariencia, y tan aprobado en el mundo, podía guiarle á la perdición. Los pecadores declarados, las almas entregadas enteramente á la culpa, bien conocen que su vida es vida de reprobación, y solamente se sosiegan con la esperanza de salir de ella algún día y vivir mejor; pero las almas entregadas al ocio, al regalo y á los deleites, que se abstienen de los excesos y desórdenes, mueren regularmente sin haber sabido que han vivido delincuentes. El Rico reprobado ve desde lejos á Lázaro en el seno de Abraham, revestido de gloria y de inmortalidad, primera circunstancia de su suplicio. Aquel mendigo cubierto de llagas, á quien en otro tiempo no se había dignado de mirar, está en el seno de la paz y del refrigerio, al mismo tiempo que él se está consumiendo en las llamas. ¡Oh qué paralelo este! ¡Qué deseos de haberse parecido á él! Más le atormenta la imagen que tiene siempre presente de la felicidad de que está privado, que el horror de las penas que padece. Acaso vosotros que me estáis oyendo, levantaréis los ojos desde lo profundo de aquel abismo, como el réprobo de nuestro Evangelio, y por toda la eternidad estaréis viendo en el seno de Abraham aquel padre sábio y piadoso, cuya piedad y fe os habían siempre parecido una simplicidad de entendimiento y una flaqueza de la edad; os acordaréis de las últimas instrucciones con que procuró corregir vuestras perversas inclinaciones cuando ya estaba para morir; os acordaréis de las señales de amor que os dió, de las súplicas que os hacía en aquella última hora para que vivierais bien.

Segunda circunstancia de su suplicio: Hijo mio, le dice Abraham, acuérdate de los bienes que recibiste durante tu vida. ¡Y qué multitud de pensamientos infuastos no despertaría Abraham en su alma con esta memoria! El desprecio que hizo del privilegio de descender de un pueblo santo y de una raíz bendita, el haber inutilizado para sí las promesas hechas á la posteridad de Abraham, el ser infructuosos para su salvación, el templo, el altar, los sacrificios, la ley, las instrucciones de los profetas y los ejemplos de los justos de la Sinagoga; el ver que empleó en regalar á un cuerpo destinado á arder eternamente, los bienes temporales de que se hubiera podido servir para comprar una corona inmortal. Y así el alma reprobada oirá conti-

nuamente por toda la eternidad en medio de sus tormentos aquella amarga voz: *acuérdate de los bienes que recibiste durante tu vida*, acuérdate de aquellos días que pasaste en la abundancia, de aquella multitud de esclavos, que solo atendían á adivinarte tus deseos, de las públicas distinciones que tanto te honjearon, de aquellos sobresalientes talentos que te granjearon el aplauso y admiración de los pueblos: *recordare*, acuérdate. ¡Qué suplicio será para aquella alma el paralelo de lo que fué con lo que entónces será! Cuanto más agradable sea la imagen de su pasada felicidad, más molesta será entónces la amargura de su condiccion.

Aún más; entónces se le harán presentes todos los bienes de la gracia de que abusó. *Recordare quia recepisti bona*. Acuérdate de que eres hijo de los santos, de que naciste en medio de un pueblo fiel, recibiste todos los socorros de una educación cristiana, te dotó de un alma buena, de un corazón defendido con mil inclinaciones buenas, casi todos los instantes de tu vida fueron señalados ó por alguna secreta inspiración, ó por algún público suceso que te llamaba á los caminos de la salvación. Acuérdate también de todas las gracias de que has abusado con tanta ingratitude y de lo fácil que te hubiera sido el evitar la desgracia en que has venido á caer. Entónces el alma reprobada, repasando todas las facilidades para la salvación que Dios la había proporcionado, se enfurece contra sí misma: enanto más conoce su ceguedad, más la exaspera y consume su desgracia; más crece y se aumenta su furor; y la ocupación ménos molesta en su desesperación es aborrecerse eternamente á sí misma. ¡Oh Dios! que justo sois en el modo de castigar al pecador, pues le haceis á él mismo el más terrible instrumento de su suplicio!

También es desgraciado por las penas que al presente experimenta: *Crucior in hac flamma*. Padezo crueles tormentos en este fuego. Tercera circunstancia de su suplicio, la proporcion de sus tormentos con sus culpas. Una llama eterna abrasa su deshonesta lengua; una sed ardiente le consume; pide una gota de agua, no para apagar, sino para mitigar aquel fuego vengador en que se abrasa, y no se le concede. En lugar de la púrpura y hássimo lino con que en otro tiempo cubría su cuerpo, está hoy rodeado de un vestido de fuego; en una palabra, hoy son sus tormentos á proporcion de lo que fueron sus placeres. Nosotros no sabemos lo que padece, ni yo tampoco pretendo explicároslo, ni desfigurar con pinturas vulgares una imagen tan terrible; pero sabemos que há más de dos mil años que está gritando en medio de las llamas: Padezo extremos tormentos en estas llamas. Sabemos que un secreto y cruel gusano, colocado

por la mano de Dios en medio de su corazón, le estará despedazando por todos los siglos. Sabemos que sus lágrimas nunca apagarán las llamas que le han de consumir, y que no pudiendo él mismo consumirse, la rabia suplirá á este fatal deseo. Sabemos que cansado de blasfemar en vano contra el autor de su ser, será su lengua pasto de su propio furor; y que su cuerpo humeando como un negro tizon, será, dice el Profeta, juguete de los espíritus inmundos, á los que había servido de asilo en la tierra. Finalmente, sabemos que en el ardor de su pena maldecirá eternamente el día en que nació, y el vientre en que estuvo; que llamará á la muerte, y que ésta no parecerá; que el más suave consuelo de sus penas será el deseo de una eterna aniquilación; lo sabemos, y estas son las expresiones con que se explican los libros santos.

Finalmente, la última circunstancia de sus penas es el desorden de sus hermanos que aún viven, y á los que el ejemplo de su vida descansada y sensual les había parecido un modelo digno de seguirse, y por consiguiente les era motivo de ruina y de escándalo: *Padre Abraham*, exclama: *á lo menos enviad á Lázaro á la casa de mi padre, para que avise á los cinco hermanos que he dejado en ella, y no vengan ellos también á este lugar de tormentos, porque si no resucita alguno de los muertos, no los han de creer*. Padece por los pecados ajenos; todas las culpas en que aún caen sus hermanos aumentan el furor de sus llamas, porque son efectos de sus escándalos, y pide su conversión como alivio de sus penas. ¡Ah! hermanos míos! cuántas almas reprobadas habrá en el infierno, con las que en otro tiempo habeis vivido y que son atormentadas por las culpas que aún estais vosotros cometiendo! Acaso aquella infeliz persona, que fué la primera que corrompió vuestra inocencia, clama actualmente en el lugar de su suplicio y hace instancias á su juez para que se la permita venir á manifestaros aquel horrible espectáculo, que en otro tiempo encendió en vuestra alma, todavía inocente, deseos impuros, de los que se ha seguido la libertad de vuestras costumbres. Pero; qué respuesta se dá desde el seno de Abraham á todas las almas reprobadas? Allí tenéis á Moisés y á los profetas, y además los preceptos de Jesucristo, y si no os enmendais con las verdades de las Escrituras, sería inútil el que resucitasen los muertos para convertirlos y aún os dejaría incrédulos este espectáculo. ¿Os parece que un milagro, que un muerto resucitado, que un ángel que viniese á hablaros de parte de Dios, os haría renunciar al mundo y mudar de vida? Siempre estais diciendo esto, pero os engaíais; aún hallaríais razones para dudar; vuestro corrompido corazón todavía hallaría

pretextos para defenderse contra la evidencia de la verdad; los milagros de Jesucristo no corrigieron la hipocresía de los fariseos, ni la incredulidad de los saduceos; con ellos se hacían más inexcusables, pero no más fieles: el mayor milagro de la religión es lo sublime de su doctrina, la santidad de su moral, la magnificencia y divinidad de nuestras Escrituras: si con esto no os moveis, no os ilustrais; no os mudáis, todo lo demás sería inútil.

Leed, pues, los sagrados libros, amados oyentes; empezad el día con esta lección y acabadla con ella, pues éste es el único medio que hoy nos propone Jesucristo para evitar la suerte del réprobo de nuestro Evangelio. ¡Ah! si meditarais estos libros divinos, no tendríamos necesidad de hacerlos ver que una vida mundana y sensual, aunque esté exenta de los desórdenes, es una vida culpable y digna del infierno: no tendríamos precisión de enseñaros que el reino de los cielos padece violencia; que él no negarse continuamente á sí mismo, el buscar su consuelo en este mundo, el no usar de él como si no se usase, y el vivir solamente para el cuerpo, es perder el alma y no ser discípulo de Jesucristo. Estas son las verdades más sencillas y más familiares del Evangelio y los primeros fundamentos de la doctrina de la salvación. Meditad estas santas verdades. Aprended cual es la esperanza y cuales las obligaciones de vuestra vocación, para que despreciando las cosas perecederas, nunca perdáis de vista los bienes eternos. Amen.

RIGOR.

*Qui odit animam suam in hoc mundo, et vitam eternam custodit eam.
Qui mortificat suam animam in hoc mundo, et vitam eternam custodit eam.*

(JOAN. XII, 25.)

Los que regalan su cuerpo en la presente vida, dice Jesucristo en el citado Evangelio, serán severamente castigados en la otra; y al contrario, los que lo tratan con rigor y aspereza, alcanzarán la sal-

vación y la gloria eternas. En otra ocasión, según se lee en el Evangelio de S. Lucas, el mismo Jesucristo dijo al pueblo, que los que no hiciesen penitencia incurrirían en la eterna condenación: *Si penitentiam non egeritis, omnes similiter peribitis* (Luc. xiii, 5). Muchos creen que para hacer penitencia es necesario romperse las carnes al rigor de los azotes, extenuarse á fuerza de ayunos, negar el sueño á los ojos, el reposo á los miembros, y otros extremos semejantes. No es esto dice San Agustín, lo que Dios exige de nosotros: *Vide, ne tibi superebat, ut te metipsum velis interimere, sic intelligendo, quod debes odire in hoc mundo animam tuam... Hoc Christus non docuit* (TRACT. II, IN JOAN). Lo que si nos dice, es: que la puerta del cielo es estrecha, y que debemos hacer grandes esfuerzos para entrar por ella. Esto supuesto, vamos á examinar hasta que punto debemos ser rigurosos con nosotros mismos. Pidamos ántes los auxilios de la gracia. A. M.

1. Dos son las partes de que se compone el hombre, la carne y el espíritu, tan bien dispuestas y coordinadas entre sí, que si los sentidos hubiesen permanecido sujetos al dominio de la razón, y ésta no se hubiese rebelado contra la voluntad de Dios, hubiéramos sido eternamente inocentes y dichosos. Mas, habiendo faltado Adán á la obediencia debida al Altísimo, oscurecióse su entendimiento con las tinieblas de la ignorancia, corrompióse con la malicia su voluntad, sus sentidos se rebelaron contra la razón, quedando así el hombre, tanto con respecto al alma como con relación al cuerpo, en el mayor desorden, y viniendo á ser tan opuesto y resistente al bien como propenso é inclinado al mal. Dios mismo lo dijo á Noé: *Sensus et cogitatio humani cordis in malum prona sunt ab adolescentia sua* (Gen. viii, 21).

Nuestros sentidos y nuestras pasiones, desde que se contaminaron con el pecado, son una especie de toros bravos ó de potros indómitos que corren desordenadamente al precipicio, si no hay quien les refrene y mantenga en el buen camino. De donde se infiere que para salvarnos, es absolutamente necesario que mortifiquemos nuestra carne y nuestros apetitos. Esto que significarnos Jesucristo cuando dijo, que los que en este mundo regalan su cuerpo serán condenados; y los que le tratan con aspereza, serán recompensados con la gloria eterna: *Qui amat animam suam perdet eam, et qui odit animam suam in hoc mundo, in vitam eternam custodit eam* (JOAN. XII, 25).

La experiencia nos manifiesta á cada paso, como los toros, á pesar

de su natural bravura, se acostumbran á llevar mansamente el yugo, rompiendo con perseverantes esfuerzos el duro suelo de los campos, ó arrastrando pesos enormes: y como los más rebeldes potros se acostumbran también á morder el freno y á llevar sobre sus espaldas á en diversas especies de vehiculos las personas y las cosas de sus dueños. Empero, ya habreis observado tambien cuan recalcitrantes se muestran unos y otros ántes de prestarse á tales servicios, y que para vencer su repugnancia hay que valerse de mucho arte y de mucha paciencia, apelando alternativamente y segun los casos, ora á la blandura de las caricias, ora al rigor del látigo ó del aguijon. De estos dos términos de comparacion, es decir, del acto de amansar los toros y de domar los potros, se valió el Espíritu Santo cuando dijo en el Eclesiástico, que el jóven criado con delicadeza corre precipitadamente á su perniciosa, á semejanza de un potro no acostumbrado al freno: *Equus indomitus eadit densus, et silius remissus evadit proceps* (EccL. xxx, 8); y cuando por medio de Jeremias hizo confesar al pueblo hebreo, que Dios le habia humillado con los castigos á la manera que con el yugo se amansa al novillo: *Castigasti me, et eruditus sum, quasi juvenculus indomitus* (Jen. xxxi, 18).

2. Persuadidos ya de la necesidad de mortificar no ménos los sentidos del cuerpo que las pasiones del apetito sensitivo, las cuales, á causa de su íntima relacion con el espíritu, suelen llamarse á veces pasiones del alma, veamos de que manera debemos practicar esta mortificacion. Por lo que toca al cuerpo, hermanos míos, tengo la satisfaccion de aseguraros, que podeis facilmente refrenarlo con solo cumplir fielmente las obligaciones de vuestro estado. Al que trabaja asiduamente en el taller ó en el campo, poco tiempo le queda para solazarse, á más de que, ni los artesanos ni los labradores suelen ganar lo suficiente para darse una vida holgada, como no sean de aquellos bribones que dejan morir de hambre á sus familias para hartarse ellos en las fondas y bodegones. El trabajo, sobre todo si es difícil y penoso, es el mejor medio de refrenar los sentidos, que son las puertas por donde el pecado entra á dar muerte al alma. Este medio fué el que Dios sugirió á S. Antonio abad, cuando le rogó que le librara de las grandes tentaciones que le asaltaban: *Ora, et dum orare non potes, manibus labora, et semper aliquid facito* (SERM. XVII, DE PRAT IN ERENO OLIM THEAT, D. AUGUST, CMC. MDO).

Empero, trabajando ó descansando, no dejéis nunca de vigilar vuestros sentidos, porque tanto en los momentos de ocio como en las horas de trabajo, si no estais muy advertidos, será fácil que se propasen los ojos á mirar objetos peligrosos, los oídos á escuchar pala-

bras deshonestas, ó contrarias á la reputacion ajena, y sobre todo, la lengua á murmurar del prójimo, como suelen hacerlo principalmente las mujeres. De manera que, por lo que toca á los sentidos, despues de reprimir la curiosidad de los ojos y de los oídos, vuestro mayor cuidado ha de consistir en poner freno á la lengua; porque, como dice el apóstol Santiago, el que esto consigue, puede llamarse perfecto: *Si quis verbo non offendit, hic perfectus est vir* (JAC. iii, 2).

Notorio es cuanto trabajaba S. Pablo, no solamente para instruir á los gentiles y convertirlos á la verdadera fé, sinó tambien para proporcionarse la subsistencia sin gravámen de sus discípulos. Y esto no obstante, todavia procuraba mortificar y castigar su cuerpo, por temor de incurrir en la condenacion eterna: *Castigo corpus meum, et inservitum redigo, ne forte cum aliis predicaverim, ipse reprobus efficiar* (I Cor. ix, 27); porque sentia en su interior el combate de los sentidos contra la razon: *Video aliam legem in membris meis repugnantem legi mentis mee* (Rom. vii, 23). Pues si así obraba el santo apóstol, ¿cuán vanos y presentosos seriamos nosotros, que no tenemos su sabiduria ni su virtud, si creyéramos que podiamos vivir bien sin mortificar discretamente nuestra carne? Aquellos, empero, á quienes las circunstancias particulares de su estado ó profesion obligan á apurar el tiempo y las fuerzas en el trabajo, hagan, como suele decirse, de la necesidad virtud, ofreciendo al Señor sus desvelos y sus fatigas en satisfaccion de sus propios pecados, y ordenándolo todo á la perfecta mortificacion de los sentidos, pues de esta manera podrán acumular méritos no inferiores á los de los más austeros penitentes.

Pero hay otra mortificacion mucho más importante para nosotros que la de los sentidos, y es la de las pasiones. Para entender que cosa sean las pasiones, ha de saberse que entre las potencias del alma hay una, que se llama apetito sensitivo, por cuyo medio el alma misma se inclina á buscar el bien que le conviene y á huir del mal que no le conviene segun los sentidos; y á oponerse y resistir á aquello que le impide alcanzar el bien deseado, ó le acarrea el mal temido. Cuando el apetito sensitivo busca el bien ó huye del mal, se dice que obra en virtud de la fuerza ó potencia concupiscible; y cuando resiste á lo que le impide alcanzar el bien, ó tiende á someterlo al mal, entónces se dice que obra á impulsos de la fuerza irascible.

Ahora, pues, cuando la imaginacion propone el bien, real ó aparente, al apetito sensitivo, entónces suscitase en la potencia concupiscible la primera pasion, que se llama amor, la que consiste en

cierto apego ó inclinación al bien propuesto. Si el bien está aún lejano, nace la pasión del deseo; y si está presente, la del gozo ó alegría. Asimismo, cuando se propone el mal, verdadero ó aparente, al apetito sensitivo, nace en la potencia concupiscible la pasión del odio; si se le propone como lejano, la de la fuga, ó aborrecimiento; y si como presente, la de la tristeza: por manera, que de la facultad que tiene el apetito de propender al bien fácil de alcanzar, y de huir del mal fácil de evitar, se originan las seis expresadas pasiones. Empero, siendo muchas veces difícil obtener el bien y evitar el mal, la naturaleza nos ha dotado de la potencia irascible, que sirve de auxiliar á la concupiscible. De la irascible se originan cinco distintas pasiones: porque si el obstáculo que se opone á la consecución del bien parece fácil de superar, suscitase la pasión de la esperanza; y si, por el contrario, parece que no hay medio posible de superarlo, nace entónces la desesperación. De una manera semejante, si las causas inductivas del mal parecen difíciles de contrarrestar, despiértase la pasión de la ira; si fáciles, la de la audacia; y si imposibles, la del temor, del todo opuesta á la precedente.

A este propósito observa Sto. Tomás, que entre las pasiones, tanto de la concupiscible, como de la irascible, hay cuatro principales, que son la alegría y la tristeza, la esperanza y el temor, á las que se reducen todas las otras. Y añade el angélico Doctor, que respecto al bien presente, el movimiento del apetito comienza por el amor, pasa en seguida al deseo y termina con la esperanza; y por lo que toca al mal, nace primero el odio, el cual se convierte en aborrecimiento, y últimamente en temor; y cuando el bien está presente, sucede la alegría, así como sucede la tristeza cuando está presente el mal: *De bono presentí est gaudium, de malo presentí est tristitia, de bono futuro est spes, de malo futuro est timor* (1. 2. q. 25. art. 4.). Conviene, pues, que nos guardemos particularmente de estas cuatro pasiones, procurando tenerlas constantemente mortificadas, ya que mientras vivimos no nos es posible destruirlas y librarnos totalmente de ellas.

Las pasiones no son pecados, pero incitan fuertemente á cometerlos; pues casi todos traen su origen de esos funestos afectos. De aquí es que si no se las refrena á manera de caballos indómitos, se sobreponen á la razón y conducen al precipicio, y cual vientos impetuosos arrojan al hombre sobre horrendos escollos. Mas, para poder llegar á mortificar las pasiones y refrenarlas, es menester acostumbrarse á la privación, absteniéndose de cuando en cuando aún de los placeres lícitos; pues la experiencia nos demuestra á cada paso, la facilidad con

que se pasa, por ejemplo, de los juegos inocentes á los viciosos, de la conversacion indiferente á la murmuracion, del comer con moderacion á los excesos de la gula, de la simple amistad á la impureza, etc., etc.

Pero lo que más importa para refrenar las pasiones, es descubrir cuál sea la que más nos domina, á fin de dedicarnos especialmente á su mortificación. Los afectos por los cuales los hombres dan á conocer su carácter, varían según el temperamento de cada cual. Unos son iracundos, otros tímidos, unos atrevidos, otros tímidos, estos duros, aquellos blandos y afables. La pasión que en nosotros predomina es la más perjudicial de todas, porque sobre ser la más perniciosa y temible, es, por lo común, la que nos causa ménos recelo. Patente á los ojos de todos, apenas se hace perceptible á nuestros propios ojos; y aún á veces se nos presenta disfrazada de manera que la tomamos por una virtud, dando el nombre de celo á la ira, de modestia á la pusilanimidad, de prudencia á la avaricia, de constancia á la obstinacion, de sinceridad á la impudencia. Por esto dice sabiamente el apóstol Santiago, que todos estamos dominados por el amor propio, por los propios afectos y por la concupiscencia propia: *Unusquisque tentatur á concupiscentia sua, abstractus, et illictus* (Jac. 1. 14.).

Menester es que refrenemos todas nuestras pasiones, pero principalmente la que ejerce en nosotros mayor predominio. Esta debe considerarse como cabeza y jefe de todos nuestros afectos desordenados; por lo que una vez la háyamos vencido, ya casi nada nos quedará que hacer. Si queremos, pues, salir victoriosos, es necesario que dirijamos contra ella todos nuestros esfuerzos; á imitación del rey de Siria, cuando mandó á sus soldados que asedaran todos sus tiros contra Acaab, rey de Israel: *Non pugnabitis contra minorem, et majorem quempiam, nisi contra regem Israel solum* (III Reg. xix. 34.). Muerto ó vencido el general, luego se desbarata y dispersa el ejército, como sucedió cuando Judith cortó la cabeza á Holofernes.

Ya sé que os costará mucho trabajo desarraigat cierto amor, sofocar la cólera, perdonar determinadas injurias, privaros de algunos placeres; pero cuando se trata de la salvacion del alma, es menester sufrir con entereza las mayores penas y las más dolorosas agonias: *Agonizare pro anima tua, et usque ad mortem certa p. ó justitia* (Ecc. iv. 53.). Encomendaos á Dios para terminar estos combates con una gloriosa victoria, que es un don gratuito de su infinita bondad: *Deo autem gratias, qui dedit nobis victoriam per Jesum Christum* (I Cor. xv. 57.). Pedid la intercesion de los santos y

principalmente la de la gran Madre de Dios. Desead ardientemente supeditar vuestras pasiones, sobre todo la que tiene mayor predominio sobre vosotros. Sea este vuestro mayor deseo, vuestro mayor empeño, el principal objeto de vuestros afanes, así como lo es por parte del inferno el haceros succumbir á la fuerza de las tentaciones. Encaminad á este fin todas vuestras penas, todas las oraciones, todas las penitencias y obras buenas que practiquéis, y estad seguros de que Dios os concederá la victoria.

Véase: MORTIFICACION, y PRUDENCIA.



RIQUEZA.

I.

Deus qui post aurum non abilit, nec sperat in pecunia et thesauris.

Bienaventurado el que no anda tras del oro, ni pone su esperanza en el dinero y en los tesoros.

(Ecc. xxxi, 8.)

El desarrollo indefinido de la prosperidad material, enseñado por la ciencia moderna y puesto en práctica por el siglo actual, es una gran realidad, un error grande, y el gran peligro de estos tiempos. ¿Hay remedio á tamaño mal? ¿Hay solución á tales embarazos? No temo decirlo; persistiendo la sociedad bajo el imperio de las ideas que reinan en demasía desgraciadamente, y continuando aquella secundando ese movimiento del siglo, tal como actualmente existe, no hay remedio humano, y sólo queda el remedio cristiano.

Dos soluciones hay del todo distintas entre sí; la una material, moral la otra. La solución material es la que ha de conducirnos al resultado material que se propone la ciencia, y que nosotros nos hemos de proponer también. La solución moral es, sin contradicción alguna, la más profunda y más directamente cristiana; y consiste en

dar á los que no pueden ser ricos una inmensa compensación, para contrabalancear en lo posible esa transformación de la pobreza y de la riqueza.

La solución primera, aunque mucho menos cristiana que la segunda, es útil, sin embargo, y yo no veo en ella nada que se oponga directamente al cristianismo; yo la creo empero muy oportuna para preparar la sociedad á la solución moral. Permittedme hoy que prescinda de la solución moral, é indague con vosotros el modo de realizar la solución material.

Digo, pues, que el siglo no puede presentar solución á la dificultad que él mismo se ha creado, y, en segundo lugar, que el cristianismo encuentra esta solución. Este es el objeto del presente discurso. Antes de entrar en el asunto, pidamos los auxilios de la gracia. A. M.

1. Y desde luego, si aceptamos nosotros el problema de la riqueza, tal como se dá por sentido por la ciencia; y si tomamos ese movimiento contemporáneo, tal como existe, es evidente que no presenta solución humana, por una razón que os parecerá muy sencilla; y es, que en el fondo de este problema lo que hay no es una incógnita, sino un imposible; y en el término de este movimiento lo que hay no es una realidad, sino una quimera, un fantasma. Y en efecto, la incógnita que se busca, el término de ese movimiento es, en un porvenir más ó menos alejado de nosotros, la riqueza para todos. Y bien, hermanos míos, sobre esto no hay más que una respuesta; y la tierra desde el fondo de sus entrañas, y la historia desde el fondo de los siglos, y la humanidad desde su conciencia, ellas dicen todas á una voz: ¡Imposible! imposible! imposible!

Pregunto en primer lugar: ¿es que hay efectivamente en este globo que habitamos el poder de aumentar indefinidamente la suma del bienestar; ese poder tan halagüeño como misterioso que tanto encomia la ciencia? No, mil veces no. Preguntad á la tierra; y la tierra os dice: Yo soy un punto en la inmensidad; yo estoy encerrada en límites estrechos; desallo para ante todos los siglos al ingenio y á la ciencia á que saquen de mi seno el poder indefinido de producir, poder que Dios ha reservado en el santuario de lo infinito. ¿Se ha encontrado jamás, hermanos míos, en ninguna época de la historia, un pueblo tan solamente, en el cual se hayan visto sentados á un tiempo mismo y juntos todos los hombres sossegados, felices, contentos, al banquete de la riqueza? No, esos pueblos no existen sino en las novelas y cuentos de hadas; pero jamás existieron ni existirán en

principalmente la de la gran Madre de Dios. Desead ardientemente supeditar vuestras pasiones, sobre todo la que tiene mayor predominio sobre vosotros. Sea este vuestro mayor deseo, vuestro mayor empeño, el principal objeto de vuestros afanes, así como lo es por parte del inferno el haceros succumbir á la fuerza de las tentaciones. Encaminad á este fin todas vuestras penas, todas las oraciones, todas las penitencias y obras buenas que practiquéis, y estad seguros de que Dios os concederá la victoria.

Véase: MORTIFICACION, y PRUDENCIA.



RIQUEZA.

I.

Deus qui post aurum non abilit, nec speratit in pecunia et thesauris.

Bienaventurado el que no anda tras del oro, ni pone su esperanza en el dinero y en los tesoros.

(Ecc. xxxi, 8.)

El desarrollo indefinido de la prosperidad material, enseñado por la ciencia moderna y puesto en práctica por el siglo actual, es una gran realidad, un error grande, y el gran peligro de estos tiempos. ¿Hay remedio á tamaño mal? ¿Hay solución á tales embarazos? No temo decirlo; persistiendo la sociedad bajo el imperio de las ideas que reinan en demasía desgraciadamente, y continuando aquella secundando ese movimiento del siglo, tal como actualmente existe, no hay remedio humano, y sólo queda el remedio cristiano.

Dos soluciones hay del todo distintas entre sí; la una material, moral la otra. La solución material es la que ha de conducirnos al resultado material que se propone la ciencia, y que nosotros nos hemos de proponer también. La solución moral es, sin contradicción alguna, la más profunda y más directamente cristiana; y consiste en

dar á los que no pueden ser ricos una inmensa compensación, para contrabalancear en lo posible esa transformación de la pobreza y de la riqueza.

La solución primera, aunque mucho menos cristiana que la segunda, es útil, sin embargo, y yo no veo en ella nada que se oponga directamente al cristianismo; yo la creo empero muy oportuna para preparar la sociedad á la solución moral. Permittedme hoy que prescinda de la solución moral, é indague con vosotros el modo de realizar la solución material.

Digo, pues, que el siglo no puede presentar solución á la dificultad que él mismo se ha creado, y, en segundo lugar, que el cristianismo encuentra esta solución. Este es el objeto del presente discurso. Antes de entrar en el asunto, pidamos los auxilios de la gracia. A. M.

1. Y desde luego, si aceptamos nosotros el problema de la riqueza, tal como se dá por sentido por la ciencia; y si tomamos ese movimiento contemporáneo, tal como existe, es evidente que no presenta solución humana, por una razón que os parecerá muy sencilla; y es, que en el fondo de este problema lo que hay no es una incógnita, sino un imposible; y en el término de este movimiento lo que hay no es una realidad, sino una quimera, un fantasma. Y en efecto, la incógnita que se busca, el término de ese movimiento es, en un porvenir más ó menos alejado de nosotros, la riqueza para todos. Y bien, hermanos míos, sobre esto no hay más que una respuesta; y la tierra desde el fondo de sus entrañas, y la historia desde el fondo de los siglos, y la humanidad desde su conciencia, ellas dicen todas á una voz: ¡Imposible! imposible! imposible!

Pregunto en primer lugar: ¿es que hay efectivamente en este globo que habitamos el poder de aumentar indefinidamente la suma del bienestar; ese poder tan halagüeño como misterioso que tanto encomia la ciencia? No, mil veces no. Preguntad á la tierra; y la tierra os dice: Yo soy un punto en la inmensidad; yo estoy encerrada en límites estrechos; desalfo para ante todos los siglos al ingenio y á la ciencia á que saquen de mi seno el poder indefinido de producir, poder que Dios ha reservado en el santuario de lo infinito. ¿Se ha encontrado jamás, hermanos míos, en ninguna época de la historia, un pueblo tan solamente, en el cual se hayan visto sentados á un tiempo mismo y juntos todos los hombres sossegados, felices, contentos, al banquete de la riqueza? No, esos pueblos no existen sino en las novelas y cuentos de hadas; pero jamás existieron ni existirán en

la realidad de la historia. Y la naturaleza, nuestra naturaleza humana ¿tiene por ventura dentro de sí misma voz alguna que le profetice este porvenir, es decir, *riqueza ilimitada para todos*? No, hermanos míos, no: nuestra naturaleza nos dice: el hombre es libre, y el mal está en el hombre, existe y vive en el hombre; nuestra naturaleza nos dice, por consiguiente, que siempre saldrá del fondo de nuestra naturaleza á impulsos de nuestra libertad y de nuestros vicios la miseria y la pobreza, como los ríos salen de sus profundos manantiales en la tierra. La miseria va, viene, sube, baja al remotísimo de nuestros vicios, pero quedándose siempre en germen dentro de nuestra humanidad: Ha de haber pobres siempre!

Pero me figuró que entre vosotros hay quienes me digan en el fondo de su alma: La cuestión no consiste en hacer que no haya pobres en la tierra, y nosotros aceptamos de todo corazón esa profecía con la suerte desgraciada que nos anuncia, á saber: que ha de haber pobres en todo tiempo; más la cuestión verdadera y legítima se reduce á averiguar y poner en práctica medios de hacer que haya los menos pobres que sea posible. En tal caso, el problema es legítimo, es cristiano; cristiano por la idea, cristiano por el fin. Mas yo persisto en sostener, que debe ser cristiano además por el medio; sin este requisito no hay solución humana, y vais á verlo con un hecho evidente. Do quiera ha logrado la ciencia económica sensualista su mayor desarrollo, debíamos ver los resultados siguientes: la pobreza, disminuyéndose de más en más: el número proporcional de pobres comparativamente á los ricos, yendo siempre menguando; y en cada pobre, bajándose más y más el nivel de la pobreza. Pues bien, el resultado ha sido enteramente contrario. En efecto, do quiera que la economía sensualista haya obrado ó ensayado el desarrollo indefinido de la riqueza, se ha obrado al propio tiempo un desarrollo paralelo de miseria; y lo muy singular es, que han seguido constantemente á ese progreso estas dos proporciones: dicho progreso ha sido proporcional al desarrollo de la riqueza, y proporcional también á la aplicación de los principios de la ciencia; y de tal modo y tan característicamente, que el desarrollo de la miseria se encuentra en proporción paralela á la aplicación y á los triunfos de la ciencia inventada para aniquilar la miseria. Me pediréis tal vez números: yo os los podría dar; y los hay muy exactos, y dan por resultado las proporciones que acabo de presentaros. Pero cuando se tiene delante de sí un vasto horizonte, tan vasto como la Europa, alumbrado por el sol del siglo, y que se está hablando á hombres de este siglo, y que se puede decir á estos hombres: ¡mirad, y ved! sería envilecer la palabra presentando números.

Pero lo que hay más lóbrego en este asunto es, que lo que decimos no es un accidente, un hecho aislado, sino que es un hecho necesario; y una vez sentados los principios de la ciencia, es un hecho normal. En otro tiempo se precipitaba también sobre las naciones la miseria: hacia irrupción en ellas con sacudidas fuertes é inesperadas producidas por guerras desastrosas ó por conspiración de los elementos. Mas al presente, ya sea que nos azoten los elementos, ya que nos asuele la guerra, ved aquí lo que sucede: se están viendo bajar muchedumbres con marcha regular todos los grados de la miseria. Desde seis mil años há, Dios ha dado en la tierra imperio á la muerte; se diría que, desde hace un siglo, la ciencia tiene que dar el imperio á la miseria. Hay en efecto cada día, bajo el imperio de la economía social sensualista, cierto número de hombres felices que caen en la miseria; y esos desheredados de la riqueza no dejan en pos de sí más que unas cuantas fortunas, unas raras venturas que tienen inevitablemente por acompañamiento una muchedumbre empobrecida. Ahora bien, cuando tamaño mal se ve cundir en proporciones tan vastas y de una manera tan regular, añadiendo caso que no se conociese la causa del mal, se puede afirmar, que la sociedad se encuentra bajo el imperio de una idea falsa é impelida y llevada por ese movimiento, que conduce tarde ó temprano al desastre. Y desde luego, no hay alternativa: ó hay que volver á subir la pendiente cuesta arriba, ó bien dejarse arrastrar cuesta abajo. Esto es inevitable.

Todos los remedios que se tratan de poner á este gran mal, no hacen sino aumentarlo, agravarlo. Bastará un solo ejemplo. Entre los remedios que se han ensayado, uno de los más ingeniosos es este, á saber: combatir el desarrollo de la miseria con el desarrollo del lujo. Este remedio no pasa de ser un expediente ingenioso; no es sino un paliativo; pero, ¿qué digo? es un remedio que redobla el mal. Pero yo supongo que todo lo que se intenta prospera á las mil maravillas; doy por sentado que todo haya salido acertado; que el comercio haya desplegado sus alas, que haya llevado la riqueza á todas las riberas, á todas las playas, como el vapor transporta á unas y otras á los hombres. Pues bien; ved lo que resulta de este gran éxito, y es: de un lado, en los que espeentan, una mayor codicia de lucro; y en los que trabajan, mayor ansia de descanso, y en todos un vivo deseo de gozar. De un lado y otro se desarrollan egoísmos espantosos; y estos egoísmos de lo alto, y estos egoísmos de lo bajo se están mirando, por una parte, con desprecio, y por otra, con enojos que van siempre creciendo. ¿Es que no nos suministra la historia de nuestro tiempo sobradas lecciones para instruirnos?... Tal es precisa y ca-

halmente la situación en que se hallan las sociedades: si se detiene estanca la riqueza, se manifiesta el mal; y si aquella se despliega y desarrolla, crece éste: si nos detenemos, resulta un peligro; si andamos, resulta otro. Paso estrecho y cortado, por el que tiene que caminar empero la sociedad aterrada, con un abismo á su frente, otro á su espalda; un precipicio á derecha, otro á izquierda... y, sin embargo, no hay medio de detenerse, y hay que marchar.

De aquí resultan inmensas dificultades y embarazos para aquellos á quienes llama Dios á gobernar las naciones de este tiempo. En vano quisieran oponerse al remonte immoderado de la riqueza... porque las ideas impelen, las ambiciones las codician; y todas juntas empujan á los gobiernos y les hacen marchar por la pendiente en donde parece haber sido precipitada la humanidad entera. ¿En dónde se detendrá el torrente?... Viendo estais las poblaciones como van corriendo en alas del viento por esos caminos de hierro, riuñeñas, alegres, á una fiesta nacional, conversando á su satisfacción sobre las ventajas de la industria. De repente hácese sentir un sacudimiento fuerte, y ha suspendido el convoy á lo alto de un abismo. Y ¿qué es lo que ha sobrevenido? La máquina se desvió de solo tres líneas, y el tren de placer se ha convertido en convoy fúnebre. Ved la imagen de toda sociedad que se precipita á esta rápida pendiente de la immoderación en la riqueza y adelantos. Ved, hermanos míos, la solución humana que presenta una solución de ruina y perdición: el error no puede jamás ofrecer otras, y solo puede levantarse llorando del fondo de estas ruinas, y extender su mano á la verdad, diciéndole: vén á mí; vén á mí, y alumbrame! Y bien, la verdad viene á vosotros, y vais á oírla en toda su realidad y majestad.

2. Esa ciencia que llaman económica, por más complicada que sea en las cuestiones y en los hechos que examina, puede reducirse, sin embargo, á elementos muy sencillos: puede en efecto concretársela á estos dos problemas: problema de la producción, problema del repartimiento. Producir abundantemente, y distribuir con armonía es, si no me engaño, todo el anhelo de la ciencia económica. Y bien, el cristianismo, que por cierto se ocupa muy poco en estas cosas, y que aún podría decirse que ni siquiera hace alto en ellas, por la eficacia innata de sus principios logra lo que la ciencia no puede alcanzar, ó al menos, no lo puede lograr sin él. Y desde luego, el cristianismo, sin violencia alguna, alcanza la mayor producción. Lo que produce la riqueza es el trabajo: el trabajo es el padre de la riqueza. La cuestión está pues traída aquí á una cuestión de trabajo: hacer que el trabajo se extienda al mayor número posible, y se eleve lo más

posible en cada individuo: en eso consiste la dificultad. Ahora bien; la economía sensualista realiza un trabajo eminentemente estéril, mientras que el principio cristiano realiza un trabajo eminentemente productivo. ¿Cuál es el principio (yo no trato de la operación), digo, el principio de la economía sensualista? Su principio es el siguiente: «Trabajar para gozar,» cualquiera que sea la fórmula con que se encubre este principio. Ahora bien; ¿sabéis lo que hay más estéril é improductivo en el mundo? Es precisamente la cosa que se sobreentiende y se expresa realmente con esta palabra: *Gozar*. Y esto es así; porque, en efecto, gozar no es producir, sinó consumir. Todo hombre á quien la Providencia ha dado el gozar, tiene para no trabajar una razón invencible. El trabajo es para él; gozar; es así que yo tengo el gozar, y lo tengo adecuado á la duración y á la extensión de mis necesidades; luego ¡afuera trabajo! Los desgraciados á quienes no se ha dignado la Providencia dejarlos ya preparados en este mundo y por toda su vida el banquete del rico, reducen toda esta cuestión práctica á los siguientes términos: *trabajar menos para tener tiempo de gozar más, é imagina un medio cualquiera de gozar mucho, trabajando poco*; esto es decir: disminuir el producto, y aumentar el consumo!

Esta idea va descendiendo de día en día á la muchedumbre, y en lugar de derramar en ella la abundancia de las naciones, abre profundos abismos que no puede cegar la ciencia. Bajo la influencia de esta idea, el pueblo que trabaja, ¿qué deberá decirse, qué se dice en efecto? Vedlo en pocas palabras: ¿Hoy es tiempo de trabajar? Trabajemos hoy; pero mañana, mañana gozaremos... ¡Mañana! Parece-rá tal vez demasiado tarde. ¿Quién sabe si viviremos mañana? Luego, no mañana, sino hoy, hoy!! *Comedamus et bibamus: cras enim moriemur*. Amigos, trabajado hemos por la mañana, gozemos en la noche. Sí; que todos los días, que en cada uno de nuestros días despues del trabajo llegue el turno del placer, y que enjunge el sudor de nuestras frentes con su voluptuosa mano. Llegaos, llegaos, amigos: gocemos de los bienes que existen. Frutos son de nuestros trabajos, menester es devorarlos cuanto antes. Ved, hermanos míos, como el pueblo llega de las doctrinas á las consecuencias; ved como bajo la inspiración de las doctrinas que han de aportar el acrecimiento de la riqueza, el pueblo marcha por la disminución del trabajo al aumento de los goces. Y bien: ¿qué hace aquí el cristianismo? Poco hará si se quiere: pero ese poco que hace, es el todo. El cristianismo transforma, ó más bien restablece la idea del trabajo, y con esta simple restauración abre en el seno de las poblaciones todas las fuentes

de una abundancia pura y legítima. Vais á verlo palpablemente. Y en primer lugar, el cristianismo no dice: El trabajo es para gozar; sino, el trabajo es un deber. Y esta sola expresión basta para resolver el problema. El cristianismo, dilatado eco de todas las doctrinas, de todas las voces del Sinaí, dice á todo hombre: Tu trabajarás seis días, y descansarás en el séptimo. La razón de tu trabajo no es el gozar; esa es la ley que tú te fabricas. En el paraíso de sus delicias tu primer padre trabajaba ya; y en una tierra maldita, ¿cómo quieres descansar tú? En este valle de lágrimas, la ley del trabajo te manda dos veces, te manda con doble motivo; deber natural, castigo del pecado. Esa es la verdad, esa es tu ley, y no puedes tener otra.

Aún más; en la idea cristiana el trabajo es una expiación, y ninguno comprenderá jamás todo lo que contiene esta idea en fecundidad y potencia para abrir las fuentes del trabajo. Un pueblo de penitentes, que no conoceis quizás vosotros, pero que existe, todos los días amasa con lágrimas y sudores de la expiación el pan de la confraternidad. Por último, el trabajo cristiano es además una cosa mayor que todo esto, más fecunda que todo; el trabajo en el pensamiento cristiano es un sacrificio. ¡Un sacrificio!... idea fecunda cual pudo existir jamás. El trabajo verdaderamente cristiano es una asociación ó compañía mancomunada con ese trabajo divino de donde salió y vino la salvación del mundo. El trabajo cristiano es un hombre que aceptaba en cierto día un crucifijo en sus manos, y mirándole, dijo á Jesús crucificado esta palabra: «Jornateo divino, vuestros trabajos y sudores han salvado toda la humanidad; aceptad los míos, tenme á los vuestros por vuestra dignación, y que unas cuantas gotas de mis sudores mezcladas á los arroyos de sangre que por amor mio derramasteis, tengan el poder de redimir una miseria tan grande como la mía.» Tal es el trabajo cristiano. Ya entreveis que es un manantial de fecundidad profunda y de producción real. El cristianismo no dice: Yo voy á organizar el trabajo; hace más y mejor que todo esto: él te da vida, te da fecundidad, y el trabajo se organiza él mismo solo, y sus frutos llenan la tierra.

Resúame en fin, hermanos míos, desarrollar una breve consideración. El segundo problema de la ciencia económica es la distribución ó reparto de la riqueza; y este problema es muy legítimo. ¿Qué importa, en efecto, que la suma de la riqueza sea abundante, si por causa de un reparto ó distribución desordenada, la superabundancia de unos ha de crear la indigencia de otros? Pero en eso cabalmente está la dificultad, y el enigma del reparto es más misterioso todavía que el enigma de la producción. ¿Cuál es el verdadero movimiento

de la riqueza? Hermanos míos, si no me engaño, ese movimiento ha de resultar de la combinación armónica de esas dos fuerzas que yo llamo fuerza de atracción y fuerza de expansión. En virtud de la primera, el hombre se concentra en sí mismo; por la segunda, el hombre sale de sí y se comunica á los demás. Por la primera, el hombre se encierra y estrecha; por la segunda, se ensancha y se manifiesta. Por la primera, recibe; por la segunda, da lo más que puede dar. En una palabra; por la primera, el hombre es individual, personal; por la segunda, es fraternal, social. Y por cuanto en las realidades de nuestra naturaleza, tal como actualmente existe, la fuerza atractiva tiene una preponderancia muy marcada, es absolutamente necesario, para que el reparto pueda verificarse de sí mismo con equidad y armonía, es absolutamente necesario, decimos, que exista una fuerza perpétua de reacción contra la fuerza de atracción. Y bien, ¿cuál es esta fuerza de expansión en la economía sensuata? Es el principio mismo de la producción; porque así como ella prescribe que el trabajar es para gozar, ella dice también: *Junir* y aglomerar para gozar, enriquecerse para gozar. Y para esto, ¿sabeis lo que ella hace? Entrega el movimiento de la riqueza sin contrapeso ni freno á la ley terrible de las atracciones egoístas; abre á la faz de todas las fortunas, delante de las grandes, medianas y pequeñas, abre la tierra y los mares, el espacio entero, y dice á cada una de ellas: vete, anda y camina cuanto pudieras, y hazte lo que puedas. Ahora bien, muy sabido tenéis lo que pueden los bienes de fortuna, y sobre todo una riqueza grande cuando se halla abandonada á su propia ley; á saber, atraerse otras y otras tal vez mayores, acrecentarse más y más: ved todo y solo de lo que sea capaz. Yo diré, pues, á los prudentes del siglo: Vosotros habeis entregado el movimiento de la riqueza á la ley exclusiva de las atracciones; habeis lanzado vosotros la mitad, y aún las tres cuartas partes de la humanidad á las aperturas del egoísmo; ¿qué quereis suceda ahora? Para detener ese vuelo inmoderado de la fortuna, ¿qué hareis vosotros? ¡Ah! yo lo sé; hay quienes tienen escogido un medio muy sencillo; hacer pasar por todas las cabezas el raso de la igualdad. ¡Insensatos! ¿no estais viendo vosotros que la libertad, la cual no puede morir porque ella es el hombre mismo, que la libertad habrá suceso mañana esas igualdades que habrais abatido hoy? Y ¿qué sucederá? Las riquezas individuales volverán á tomar otra vez más el curso de su ley invariable, volverán á tomar su vuelo hacia ese despotismo de las opulencias, que muy bien habreis podido sujetar ó reprimir por un tiempo en el mundo, pero que la fuerza misma de las cosas os desafia de reprimir para siempre...

Luego ¿qué será menester hacer? ¿Qué? ¡Ah, hermanos míos! es necesario romper con el error; es necesario desasirnos todos juntos y á un tiempo mismo de esa ley fatal de las atracciones egoístas. Si, salid, salgamos todos de esas apreturas frías y mortales: arrojémonos, arrojémonos todos juntos á los brazos abiertos de la verdadera fraternidad, de la verdadera caridad.

Jesucristo solo tiene necesidad de enseñar y mandar un precepto, un principio; el principio expansivo de la abnegacion de sí mismo; y por ese medio realiza en el mundo, despues de diez y ocho siglos, la fecundidad armónica del trabajo y del reparto de los bienes de la tierra, sembrando en el seno de la humanidad generaciones de hombres penetrados á fondo de este principio. ¡Ah! esas generaciones que ha engendrado Jesucristo, ¿no las habeis contado por ventura? Admirable generacion de almas sublimes para quienes ha valido siempre más el dar que el recibir, para quienes vale siempre más padecer que gozar, para quienes vale más vivir por los otros que vivir para sí mismas, para quienes morir, amados oyentes, morir vale más y es mejor que vivir, cuando con la muerte propia se puede haver brotado el gérmen que produzca el bien ajeno. Y esos hombres, y esas mujeres, y esos niños, y esos ancianos, y esas vírgenes, y esos monjes, y esos ricos, y esos pobres, y esos príncipes, y esos artesanos, ¿no los habeis contado aún por ventura? No, no podríais contar esas almas de que Jesucristo ha sembrado el firmamento de su Iglesia, como Dios ha sembrado de estrellas el firmamento del cielo. Mas ¿no podreis admirarlas al menos! ¡Ah! si, si; vosotros y yo podemos saludarlas muy bien con nuestra admiracion simplica. *O quam pulchra, casta generatio!* ¡Cuán hermosa se presenta en el número de los siglos esa generacion de santos! ¡Cuán hermosa está en medio de la gloria de sus sacrificios, en la aurórela de sus abnegaciones! *Quam pulchra!* Cuando está ausente, hace sentir pesares que dan á entender el vacío que deja; y cuando de nuevo se presenta, suscita una fecunda imitacion que atrae las bendiciones de los pobres y de los menesterosos, San Domingo, San Francisco de Asís y San Vicente de Paul, siembran en derredor de ellos generaciones que perpetúan é imitan todos sus obsequiosos servicios, todos sus sacrificios. ¡Oh! ¡y cuán hermosa es esa generacion! En su frente lleva la señal de los triunfos más hermosos; en sus manos lleva las palmas de la caridad, del desprendimiento, de la fraternidad y del sacrificio: *In perpetuum coronata.*

Y bien, el remedio á todas nuestras miserias es el siguiente: aumentar las filas de las generaciones de servidores desinteresados

que se sacrifican en las aras de la caridad. Si, si; con ellos marchemos bajo la ley de la expansion por el anchuroso camino de la fraternidad. Servid, hermanos míos, servid con desinterés; experimentad la soberana felicidad del dar. Desde este mundo gustareis ya vosotros las delicias que no reconocen otras superiores sino los gozos del paraíso, en donde encontrareis vuestra corona.

RIQUEZA.

II.

Mortuus est autem et dicitur, et sepultus est in inferno.
 María también el rico, y fue sepultado en el infierno.

(Luc. XVI, 23.)

Un pobre glorificado en el cielo y un rico sepultado en el infierno, es una suerte muy sorprendente que, sin embargo, no debe desesperar á los ricos ni engañar á los pobres, pues si hay ricos en el infierno, también hay pobres; y si hay pobres en el cielo, de él no están excluidos los ricos, puesto que el mismo Abraham los está hoy representando en la gloria, despues de poseer en la tierra inmensos bienes, según el testimonio de la Escritura. Con todo eso, hay que convenir en que la opulencia es mayor obstáculo á la salvacion que la pobreza. ¡Por qué? Voy á manifestároslo. (R)

1. Las riquezas sirven de materia á tres fatales concupiscencias, indicadas por S. Juan: *Concupiscencia de los ojos, de la carne y orgullo de la vida.* Para entender mejor este pensamiento, hay que distinguir tres cosas en las riquezas: 1.ª la adquisicion; 2.ª la posesion; 3.ª el uso. La adquisicion de las riquezas ó el deseo de adquirir las es comunmente una ocasion de injusticia, y ese es el efecto de la concupiscencia de los ojos. Todo rico, dice S. Jerónimo, es injusto en su persona ó heredero de la injusticia de otros. Aunque esta proposicion parezca dura, harto la justifica la experiencia. Recordad las

casas ricas, y vereis pocas que no estén tachadas de injusticia. No sé que consecuencias resultan de ahí, ó mejor dicho, sé los errores que sobre eso preocupan á casi todos los ricos; pero desgraciados de ellos si se abalanzan á una ciega avaricia, y desgraciado de mí si les ocultase unas verdades que deben salvarles!

Como quiera, digo en primer lugar, segun el Apóstol, que el deseo de adquirir riquezas es comunmente un origen de injusticias, porque los hombres quieren ser ricos á toda costa.

Tal es el fin que se proponen. Los medios se escogitarán; es preciso poseer. Bien quisieran conseguirlo por medios honrosos, pero, en su defecto, se valdrán de todos los demás. El satirico de Roma se lo echaba en cara á sus conciudadanos: y no se nos puede reprender con las mismas palabras? Hé ahí, les decia, como razonais: *Rem si possis recte: si non, quocumque modo rem*. Ahora bien, supongamos á un hombre en esas disposiciones. ¿Qué no hará, y quién podrá contenerle?

¿Dónde están los ricos que se mantienen en una prudente moderación? En vano se les alega cuanto puede amortiguar el fuego de su avara codicia; responden para sí que nunca tienen bastante.

¿Qué injusticias no ha de acarrear esa desenfrenada pasión? De ahí tantos anatemas que los profetas pronunciaron contra esa hambre devoradora.

Enriquecerse por medio de un constante ahorro y de un trabajo asiduo, era la antigua senda que se seguía en la sencillez de los primeros siglos; pero después se hallaron caminos más cortos y mucho más cómodos. Es de fé, que quien se enriqueciere prontamente no guardará su inocencia: *Qui festinat ditare, non erit innocens* (Prov. xxvii, 20.) Y en verdad, es incomprendible, por ejemplo, que con ganancias y emolumentos arregladas, se hagan de repente locuras como las que estamos viendo. Eso va, decís, á condenar á muchas personas honradas; pero ¿en qué sentido lo son? Si hallan aquí su condenación, váyanse con cuidado.

¿Hay que extrañar, después de eso, que el Hijo de Dios, hablando de las riquezas, las llame riquezas de iniquidad! Preguntáremos por qué el Sabio buscaba lo que era un justo que no hubiese ambicionado el oro y la plata, y por qué le consideraba como á un hombre de milagros! Si es raro, prosigue S. Agustín, hallar un justo desinteresado, ¿cuánto más, no difícil, sino imposible, debe ser que un hombre apegado á su interés se mantenga justo? ¿Queréis, concluye S. Bernardo, moderar este injusto deseo? Comprended la obligacion de la limosna. O sois ricos y os sobra algo, y entónces lo que os sobra no

es para vosotros, sino para los pobres; ó poseeis una fortuna mediana, y entónces ¿qué os importa atesorar lo que guardar no podréis?

2. El hombre del siglo es orgulloso, porque posee los bienes de la tierra. El Apóstol encomendaba particularmente á su discípulo Timoteo, que mandase á los ricos que no se enorgullecieran de su fortuna. El sabio, dice S. Agustín, que el espíritu del cristianismo es esencialmente opuesto al espíritu de orgullo; y, por otra parte, no ignoraba que el espíritu de orgullo es como inseparable de las riquezas.

En efecto, las riquezas inspiran naturalmente dos sentimientos de orgullo: *el uno respecto á los hombres, y el otro respecto á Dios*.

1.º Es una consecuencia del estado en que se halla el rico por su opulencia: no necesitar á nadie; *primer efecto de la opulencia*, y disposicion próxima de despreciar á todos. ¿Qué hará con éste, dice un rico mundano, y qué me va en guardar consideraciones á aquél! No más afabilidad, ni dulzura, ni paciencia, ni respeto.

2.º Ver á todos en la dependencia, esto es, verse buscado de todos, de todos temido y obedecido, *es otro efecto de la riqueza*. ¿Y qué hay más adecuado para alimentar la presuncion de un alma soberbia? La humillacion del rico sería pensar cuales son los servidores y amigos de que se precia; servidores y amigos interesados. Mas no importa; para él es una gloria tener con el nombre de amigos muchos mercenarios y esclavos.

3.º Hallarse en estado de emprenderlo todo y hacerlo todo impunemente, es el *tercer efecto de la abundancia*. Las leyes son para los miserables, decia Salviano; pero á los ricos todo les es licito. Y ved ahí, segun el real profeta, lo que les vuelve arrogantes é insolentes: *Ideo tenuit eos superbia* (PSALM. LXXII, 6.)

4.º Tener aduladores, por más que se haga, es el *cuarto efecto de la opulencia*. El pobre habla con cordura, dice el Espíritu Santo, y apenas le escuchan; el rico habla sin ton ni son, y le escuchan con respeto, elogiando hasta los deseos de su corazón. En fin, el rico lo es todo por excelencia, y sin mérito, lo ha merecido todo. ¿No sería pues una especie de proligio que supiese preservarse del orgullo?

San Pablo no habla casi nunca de la avaricia que no la trate de idolatría: *Quoniam est simulacrorum servitus* (COLOS. m, 3.) Y en efecto, el Dios del rico es su dinero, puesto que ama su dinero, confia en su dinero, despreciando al verdadero Dios. Sirva de ejemplo aquel hombre de que habla el profeta Oseas, quien decia: Me he vuelto rico, y en mis riquezas he encontrado mi ídolo: *Dives effectus sum, inveni idolum mihi* (OSIAS. xii, 8.) ¿Cuántos ricos piensan lo mis-

mo! y sin que nos lo expliquen, su conducta nos dá á conocer bastante las verdaderas disposiciones de su corazón.

3. El hombre del siglo es voluptuoso, porque usa mal de las riquezas. Desde luego parece extraño que el Rico de nuestro Evangelio fuese tan altamente condenado por Jesús. ¿Qué había hecho para merecerlo? Vestía púrpura y lino; pero ¿no lo requería su condición? Tratóse magníficamente; pero, sin eso, ¿de qué le hubiera servido su riqueza? Así juzga el mundo, y yo contesto que el mundo se equivoca cuando se persuade de que el rico tiene derecho á vivir más suntuosa y voluptuosamente. La moral del paganismo pudiera darme sobre el particular materia con que confundir á muchos cristianos; pero la moral evangélica va aún más lejos, pues nos enseña que cuanto más rico es un cristiano, más penitente debe ser, por tres razones: 1.ª porque el rico está mucho más expuesto que el pobre á la corrupción de los sentidos; 2.ª porque comunmente está más cargado de culpas y es más responsable á la justicia de Dios; 3.ª porque halla en su condición más obstáculos á la penitencia, que es el camino por donde puede volver á Dios y salvarse.

Si así es, ¿qué haré de mis rentas?

Servirte han para honrar á Dios, para ejercer la caridad con el prójimo, para redimir tus pecados.

Ese es el uso que debieras hacer de tus riquezas. Pero porque tienes bienes, quieres gozarlos sin restricción. Quieres que el fruto de las riquezas sea todo lo que puede contribuir á una vida cómoda, por no decir deliciosa. Llorad, dice Santiago á los ricos: *Agite nunc, divites, plorate, ululantes* (Jac. v. 4.)

DIVISIONES.

RIQUEZAS.—Es necesario que la avaricia no las encierre. Es necesario que la prodigalidad no las disipe.

RIQUEZAS.—Es preciso ó que triunfemos de las riquezas ó que las riquezas triunfen de nosotros.

Para triunfar de las riquezas es preciso despreciarlas.

Para triunfar con las riquezas debemos aplicarlas á la gloria de Aquel que nos las ha dado.

RIQUEZAS.—Deben ser purificadas por la justicia y por la caridad.

Deben ser distribuidas con confianza y con fidelidad.

RIQUEZAS.—Hay que adquirirlas sin injusticia.

Hay que conservarlas sin inquietud.

Hay que poseerlas sin codicia.

RIQUEZAS.—Son semillas de toda suerte de buenas obras en las manos de un hombre de bien.

Son semillas de toda suerte de pecados en las manos de un hombre perdido.

RIQUEZAS.—Cuando las poseemos por el nacimiento ó la fortuna, debemos emplearlas en santificarnos en nuestra condición.

Cuando las debemos á la virtud, debemos emplearlas en establecer la virtud.

Cuando nos las ha procurado el pecado, debemos emplearlas en destruir el pecado.

RIQUEZAS.—No deben comprarse al precio de nuestra inocencia.

No deben ser un obstáculo para vivir en el espíritu de pobreza.

No deben hacernos negligentes en las obras espirituales.

PASAJES DE LA SAGRADA ESCRITURA.

Dives cum dormierit, nihil secum auferet; aperiet oculos suos, et nihil inveniet: apprehendet cum quasi aqua inopia, nocte opprimet eum tempestas. Job. xxvii. 19, 20.

Divitiae si affluant, nolite cor apponere. Psalm. lxi. 11.

Dormierunt somnum suum; et nihil invenerunt omnes viri divitiarum in manibus suis. Psalm. lxxv. 6.

Benedictio Domini divites facit. Prov. x. 22.

Non proderunt divitiae in die ultionis. Item. xi. 4.

En muriendo el rico nada llevará consigo; abrirá los ojos de su alma, y se hallará sin nada; sorprenderá una avenida de miserias; quedará oprimido por la tempestad nocturna.

Si las riquezas os vienen con abundancia, no pongais en ellas vuestro corazón.

Durmieron su sueño; y todos esos hombres opulentos se encontraron sin nada, vacías sus manos.

La bendición del Señor hace ricos á los hombres.

Nada servirán las riquezas en el día de la venganza.

Melius est parum cum timore Domini, quam thesauri magni et insatiabiles. Idem. xv, 16.

Ne erigas oculos tuos ad opes, quas non potes habere. Idem. xxiii, 3.

Multos perdidit aurum, et argentum. Eoclí. viii, 5.

Si dives fueris, non eris immunitis à delicto. Eoclí. xi, 10.

Domus que nimis toruptes est annullabitur superbia. Idem. xxi, 5.

Beatus dives... qui post aurum non abiit; nec speravit in pecunia et thesauris. Idem. xxxi, 8.

Ubi sunt... qui argentum thesaurizant, et aurum, in quo confidunt homines...? ad inferos descenderunt, et alii locorum surrexerunt. Baruch. iii, 16, 18, 19.

Nolite thesaurizare vobis thesauros in terra; ubi aerugo, et linea demolitur; et ubi fures effodiunt et furantur. Matth. vi, 19.

Ubi enim est thesaurus tuus, ibi est et cor tuum. Idem. ibid. 21.

Sollicitudo seculi istius, et fallacia divitiarum, suffocant verbum, et sine fructu efficiunt. Idem. xiii, 22.

Nihil intulimus in hunc mundum; haud dubium quod nec auferre quid possumus. I Tim. vi, 7.

Qui volunt divites fieri, incidunt in tentationem, et in la-

Mas vale poquito con temor de Dios, que grandes riquezas, las cuales nunca sacian.

No pongas tus ojos en las riquezas que no puedes adquirir.

A muchos la corrompido el oro, y la plata.

Si te hicieres rico, no serás exento de culpa.

La más opulenta casa será arruinada por la soberbia.

Bienaventurado el rico... que no anda tras del oro; ni pone su esperanza en el dinero y en los tesoros.

¿Dónde están aquellos... que atormentaban plata y oro, en que ponen los hombres su confianza...? descendieron á los infernos, y su puesto lo ocuparon otros.

No queráis amontonar tesoros para vosotros en la tierra, donde el oria y la polilla los consumen; y donde los ladrones los desenterrarán y roban.

Porque donde está tu tesoro, allí está también tu corazón.

Los cuidados de este siglo y el embeleso de las riquezas, sofocan la palabra del Evangelio, y queda infructuosa.

Nada hemos traído á este mundo; y sin dada que tampoco podremos llevarnos nada.

Los que pretenden enriquecerse, caen en tentacion, y en el lazo del

quem diaboli, et desideria multa. Idem. ibid. 9.

Divitibus hujus seculi præcipe non subline sapere, neque sperare in incerto divitiarum. Idem. ibid. 17.

diabolo, y en muchos deseos inútiles.

A los ricos de este siglo mándales que no sean altivos, ni pongan su confianza en las riquezas caducas.

FIGURAS DE LA SAGRADA ESCRITURA.

Las riquezas son muy peligrosas al hombre, si no usa de ellas como de un mero don recibido de Dios; de este modo ni le ensorberben el adquirirlas y poseerlas, ni le abatirán hasta la desesperacion el perderlas. Con esta disposicion las poseyó Job; por esto, al traerle la noticia de sus desgracias, exclamó: *nudus egressus sum ex utero matris mee, et nudus revertar illuc: Dominus dedit, Dominus abstulit: sicut Domino placuit, ita factum est* (Job. 1.)

Dios castigó en el rey Ezequías la vanidad que tuvo en mostrar sus riquezas á los embajadores del Rey de Babilonia, amenazándole por el profeta que se las destruiría. (IV Reg. xx.)

Nada hay más difícil en este mundo que el ver hermanadas en un mismo sujeto la virtud y las riquezas: pero á fin de que no tuviéramos por imposible esta union, Dios nos ha presentado diferentes modelos de personajes ricos y al mismo tiempo virtuosos. Tales son, entre otros, Abraham, Isaac, Jacob, José, Samuel, David, Josafat, Ezequías, Sara, Rebeca, Judit, Ester y Susana.

Esto no obstante, para que conociéramos los peligros que traen consigo las riquezas, Jesucristo, que era el rey de la gloria, apareció entre nosotros pobre y gran panegirista de la pobreza, quitándole aquella nota de infamia que le habia impreso la ambicion humana. *Filius hominis non habet ubi caput reclinet* (MATTH. vii): sobre cuyas palabras dice muy oportunamente S. Lorenzo Justiniano: *hinc enim esset dives in omnibus, factus est in hoc mundo omnium pauperimus, ut quam magnam esset bonum paupertatis virtus, prius ostendoret exemplo, quam verbo* (DE LICN VII.E).

Hablando S. Buenaventura de la pobreza de la Virgen Maria, nos hace observar, que *Christum pauperula mater pauperem peperit, ut nos ad paupertatem invitaret, et sua inopia ditaret* (DE PAUPERE.)

Zaqueo, á quien los escribas y fariseos tenían por gran pecador, puesto á la presencia de Jesucristo, hace esta bella confesion con res-

pecto á sus riquezas: *Eccc dividitum honorum meorum, Domine, do pauperibus; et si quid aliquem defraudavi, reddo quadruplum* (Luc. xx). Si muchos de tantos ricos improvisados como admira nuestro siglo, pudieran decir lo mismo, no habria tantas muertes obstinadas como vemos.

¿De qué le sirvieron al Rico avariento los tesoros que en tanta abundancia poseyó? De verdadero motivo para su condenacion. Las riquezas le hicieron gloton y sensual, la glotoneria y la sensualidad le hicieron duro de corazon é insensible á todas las penas del prójimo: y el que en este mundo se tapaba los oídos por no oír las voces lastimeras del hambriento Lazaro, pretendia de éste una gota de agua que templara su eterno é inextinguible ardor (Luc. xvi).

SENTENCIAS DE LOS SANTOS PADRES.

Qui male utitur divitiis miserabilis est, ut ille qui sponte se vulneraverit eo gladio, quem ad vindictam hostium sumpsit. S. Gregor. Nazianz.

Ad subsidium vite, non ad malorum incitantium apes data sunt, pecunia antine redemptio, non exitus occasio. S. Basilus, Orat.

Dicant divites non in facultatibus crimen haberi, sed in his qui nesciunt uti: nam divitia, ut impedimento sunt improbis, ita bonis sunt adjumenta virtutum. S. Ambros. in Luc.

Omnis dives aut iniquus, aut iniqui heres. S. Hieron. Epist. ad Heliod.

Divitia maximæ sunt, non egerè divitiis. S. Chrysost. Hom. 25.

El que no se sirve bien de las riquezas, es tan miserable como uno que se ha herido á sí mismo con la espada, con que debia vengarse de su enemigo.

Las riquezas se nos dan para pasar esta vida, no para que nos estimulen al mal; el dinero debe servir para redimir nuestros pecados, no para arrastrarnos á la perdicion.

Sean los ricos que no está el delito en las riquezas, sino en abusar de ellas; pues si á los malos les sirven de tropiezo, á los buenos les ayudan para adquirir más virtudes.

Todo rico ó es intencu, ó heredero de un rico injusto.

La mayor riqueza consiste en no sentir necesidad de riquezas.

Beatus qui post illa non abiit, quo possessa egerant, amata inquinant, amissa cruciant. Id. Ep. 105.

Bona vis habere, et tu bonus esse non vis; erubescere debere de bonis tuis, si domus plena bonis te malum habet dominum. S. August. Serm. 12 de verb. Domini.

Divitias si affluant, nolite cor apponere: non dicit: nolite habere, sed cor apponere; non enim damnavit divitias, sed cor appositum, quod scilicet non expendit, sed recondit. Idem. in Psalm. 61.

Sole divitia veris sunt, quo nos divites virtutibus efficiunt: si ergo divites esse cupitis, veras divitias amate. San Gregor. Hom. 15 in Evang.

Divitiarum urdor insatiabilis longe amplius desiderio torquet, quam uso suo refrigerat. S. Bern. in Senient.

Bienaventurado aquel que no va tras las riquezas, que una vez poseídas, pesan; una vez amadas, coingunan; y perdidas, atormentan.

Quieres poseer bienes sin cuidarle tí de ser bueno; avergonzarte deberias por tus riquezas y al ver que tu casa, colmada de bienes, tiene un amo perverso,

Si las riquezas vienen en abundancia, no pongais en ellas vuestro corazon: no dice; no las poseais; sino, no pongais en ellas el corazon; porque no condenó las riquezas, sino el apego á las mismas, el cual nos hace siempre atesorar, nunca expender.

Solo son reales aquellas riquezas que nos hacen ricos en virtudes: si deseais pues de veras ser ricos, amad las verdaderas riquezas.

La insaciable codicia de las riquezas atormenta mucho más con su deseo, de lo que satisface su uso y posesion.

RIQUEZAS; véase: POBREZA Y RIQUEZA

ROGATIVAS.

Voca ergo, et ad aliquem sanctorum convertere.

Alma, pæce, et volve tu vista à algunos de los santos.

(Jon. v. 4.)

Poderosa es la influencia que en el corazon del hombre ejercen las desgracias. Rodeado de indigencia, rico de descos, y al mismo tiempo débil para bastarse á sí mismo, siente sobremanera los golpes de la adversidad; y hasta el varon más robusto tiembla de espanto, cuando ésta se le presenta con su rostro sañudo y su mano de hierro. Este temor nos prueba cuan débil é impotente es el hombre, aún en medio de su orgullo inopasato y procaz. Puede, en un momento de locura mental y de desvario frenético, halagarse á sí propio con un poder que él abulta; puede, en un acceso de fiebre, hacer alarde de salud y de fuerzas que exagera; puede, con la fogosidad propia de la soberbia creerse tan fuerte como la encina que sobrevive á los siglos; pero dejad que llegue la hora de prueba; dejad que retire su mano el que sacó el mundo de la nada; ¿qué es entonces del poderío del hombre? ¿qué de su altanería? ¿Dónde está el insensato que se tenía por omnipotente? ¿Quién resiste entonces á la tormenta? ¿Quién da orden á la adversidad para que se retire? Buscad quien mande al cielo que le deje tranquilo, y no encontrareis más que opresion en los corazones á la vista de la desgracia.

Confesemos, pues, que el hombre es sobremanera débil, que es pobre y miserable. Pero claro es que, siendo débil, necesita de un socorro superior, de un auxilio que no puede prestarse á sí mismo, de una proteccion que en vano buscaria entre las potestades de la tierra. Es necesario que alee los ojos al cielo para pedir misericordia; es preciso que ore y elame á Dios para que le favorezca. Nuestro corazon siéntese naturalmente inclinado á obrar de este modo. Sean cuales fueren los sentimientos religiosos de un pueblo, vereis que en las calamidades públicas levanta sus ojos al cielo; que cuando le amenaza un grave mal, llama á Dios é implora su misericordia. Vosotros

mismos, ahora que gemis bajo el peso de la tribulacion, no buscáis á los poderosos, ni á los sábios, ni á los oradores, sino que acudís á Dios para que os consuele. Continúa buscando en el vuestro remedio; dirigidle fervorosas oraciones, recurrid á la poderosa proteccion de los santos; y no dudéis que el éxito corresponderá á vuestros deseos. Esto es lo que me propongo demostraros, despues de haber implorado los auxilios de la gracia: A. M.

1. «Invoca á Dios, y volve tu vista á alguno de los santos.» Estas palabras dirigia en otro tiempo Eliphaz Themanites al paciente Job en medio de los infortunios con que el Señor quiso fuese acrisolada su virtud. ¡Prudente y sábio consejo! ¡Advertencia consoladora! Rasgo tierno y edificante, si hubiese procedido de la caridad, y no del tenaz empeño de obligarle á confesar, que el gran cúmulo de calamidades que le angustiaban, eran la consecuencia de sus pecados. Porque, ¿hay cosa más rasonable, que acadir el hombre en las calamidades al que por sí mismo gobierna todas las cosas, y pedir á los santos que se interesen en su favor?

En efecto, la idea de la bondad y omnipotencia de Dios, que es nuestro Criador y nuestro Padre, y la triste experiencia de nuestras calamidades, hacen necesaria cierta especie de comunicacion con Dios, á que propende irremisiblemente nuestra naturaleza. El mismo corazon nos eleva hácia el cielo en alas del suspiro, y el entendimiento tiene interiores palabras que no comprende nadie sino Dios. No hay pais donde no se ore, ya sea gentil, ya viva envuelto en otros errores. No habia, pues, necesidad de que se nos impusiera un precepto expreso sobre la oracion, como no lo hubo para mandarnos tomar alimento; pero Jesucristo con su ejemplo y con sus palabras nos alentó á orar, asegurándonos que los cielos de nuestro Padre celestial están siempre abiertos para oír nuestras oraciones, tanto en las necesidades ordinarias, como en las calamidades públicas. Oremos, pues, si queremos que Dios se apiade de nosotros y nos consuele. Oremos; Ezequiel oró, y no solo se le restituyó la salud, sino además quince años de vida, un célebre triunfo de sus enemigos y el aumento de su familia. Oremos: el real Profeta pidió á Dios le librase de sus enemigos, y el Señor le concedió además vida larga y gloria sempiterna como progenitor de Cristo. Oremos: Salomon no pidió más que sabiduria ó prudencia para gobernar, y se le concedieron tambien grandes riquezas y honores. Oremos: orando Jeremias fué confortado en la cárcel, Daniel se alegró entre los leones, los tres jóvenes de Babilonia quedaron libres de las llamas, Job triunfó de Sa-

tanás, Susana se salvó de una muerte ignominiosa y cruel, el buen Ladrón halló desde la cruz el Paraíso, y Esteban voló al cielo.

Peró, para que nuestras oraciones sean escuchadas por Dios purifiquemos nuestra conciencia. Comenzar nuestra oración bajo el peso de culpas, que no queremos sean borradas, equivale á pedir á Dios haga durar por mucho tiempo nuestras tribulaciones, ¡Señor! exclamaba Salomón, «tu oírás las súplicas de tu siervo y de tu pueblo, desde el lugar de tu mansion en el cielo, y en oyéndolas, te mostrarás con ellos propicio. Si tu pueblo huyere á la presencia de sus enemigos, y haciendo penitencia vinieren sus hijos á orar y á implorar tu misericordia en esta tu casa, óyelos tú desde el cielo, y perdona el pecado de tu pueblo. Si el cielo se cerrare, y no lloviera por causa de sus pecados, y orando en este lugar bicieren penitencia y se convirtieren de sus culpas, atiéndelos desde el cielo, perdónales sus pecados, y envía lluvias á la tierra. Si viniera hambre al país, ó peste, ó infección de aire, ó lizon, ó langosta, ó truble; en toda plaga, en toda suerte de calamidad, siempre que cualquiera de tu pueblo recurriese á ti, reconociendo la llaga en su corazón, tú le escucharás, y te le mostrarás propicio.» Si queremos, pues, ser escuchados hemos de reconocer la llaga que el pecado ha hecho en nuestro corazón; hemos de llorar nuestros extravíos; hemos de hacer penitencia. Sin las lágrimas del dolor, no espereamos escuche Dios nuestras peticiones y gemidos.

2. Reconociendo, además, que por nuestras maldades somos indignos de acercarnos al trono de la divina gracia, recurramos como á interesores á los santos, que son nuestros abogados cerca de Dios. A esto nos excita nuestra madre la Iglesia haciendo las públicas rogativas que acabamos de presenciar; cierta como está que la oración de los amigos de Dios es eficaz y fructuosa. No hay bien, por grande que sea, cuya consecucion no pueda ser promovida por la intercesion de los santos, ni mal que no podamos alejar ó suavizar cuando logramos interesarnos en nuestro amparo. En tiempo del papa S. Gregorio, las naciones asiáticas en guerra; los campos incullos, escaseaban sus frutos; las ciudades más populosas eran entregadas á las llamas, á la devastacion, al pillaje; la peste causaba los más terribles estragos; la naturaleza entera, resentida de los ultrajes que se hacían á su Autor, se levantaba contra el hombre, ya que el hombre se rebelaba contra su Dios. Aparecian en el cielo señales aterradores; fenómenos espantosos venáanse en la tierra; en unas partes, incendios devoradores; en otras, huracanes formidables. Las cataratas del cielo abriáanse de nuevo, y las inundaciones arrebataron gran número de pueblos y

pobladores. El Adigé, saliendo de madre, levantó sus aguas hasta las ventanas superiores del templo de S. Cenon de Verona. El Tiber, derramándose sobre las murallas de Roma, arruinó sus antiguas fabricas, llevóse entre sus olas los graneros de la Iglesia, y echó el sello al espanto una multitud de serpientes de desmesurada grandeza que rebolaban las corrientes á la playa. La insalubridad del aire, impregnado de pestilentes miasmas, la hediondez de los cadáveres orillados á las riveras, y un sin número de causas, produjeron una espantosa epidemia, entre cuyos primeros despojos se cuenta el papa Pelagio. Las casas quedaban vacías, los padres llevaban al sepulcro á los que debían ser sus herederos.

Este era el cuadro que representaba el mundo, que por sus maldades había provocado contra sí tan pavorosos castigos, cuando fué elevado al trono pontificio S. Gregorio el Grande. ¡Qué angustias para su afligido corazón! ¡Qué amarguras para su alma tan compasiva! ¿A quien acudir en tan apurado lance? Si levanta los ojos al cielo, no vé más que la cólera de un Dios ofendido. Si busca auxilio en lo profundo, las criaturas todas claman venganza contra el pecado. Si, como Moisés, quiere representar á la divina misericordia, su humildad le abulla sus imperfecciones. ¿Qué hará, pues? Exhortará penitencia y recurrir á la proteccion de los santos, cuyas oraciones son muy poderosas ante el divino acatamiento. A este fin ordenó solemnemente rogativas. ¿Y cuál fué el resultado de estas públicas deprecaciones? Frente de la mole de Adriano dejóse ver un Angel que envainaba la espada teñida en sangre, para significar que, aplacado el enojo del Señor por las lágrimas de penitencia y la poderosa intercesion de los santos, cesaba desde aquel instante la plaga, como el suceso lo comprobó.

Si debemos, hermanos míos, temer el azote de Dios cuando con él nos amenaza, temámosle ahora que ha caído sobre nosotros y sentimos sus golpes. ¿Quién sabe si nuestros desórdenes le harán permanecer mucho tiempo con el brazo levantado? Reformemos, pues, nuestras costumbres; oremos con fervor; implóremos el auxilio de los santos; hagamos lo posible por interesarnos en nuestro amparo; de este modo alejaremos el furor de las divinas venganzas en esta vida, y seremos eternamente felices en la otra. Así sea.

Véase : CALAMIDADES PÚBLICAS.

FIN.

INDICE

SERMONES CONTINUADOS EN ESTE TOMO,

Y DE LAS PRINCIPALES MATERIAS DE CADA UNO (*).

	Pag.
Penalidades.	7
1. Padecimientos del justo.	7
2. Padecimientos del penitente.	9
3. Sufrimientos del impenitente.	10
Penas. —Véase: Eternidad de las penas.—Adversidades y Aflicciones.	
Penitencia. (<i>La verdadera, en qué consiste.</i>) I.	11
1. La verdadera penitencia no consiste en las mortificaciones.	12
2. Consiste en conocer el pecado y detestarlo.	13
Penitencia verdadera. II.	17
1. La penitencia eficaz es la que quita la causa del pecado.	19
2. La que remedia las causas del pecado.	20
3. La que hace sujetarnos á los remedios del pecado.	23
Penitencia falsa. III.	25
1. La penitencia que no evita la ocasion es, á lo ménos, dudosa y sospechosa.	26
2. Es frágil é inconstante.	27
Divisiones.	28
<i>Pasajes de la Sagrada Escritura.</i>	39
<i>Figuras de la Sagrada Escritura.</i>	31
<i>Sentencias de los Santos Padres.</i>	33
Pensamientos malos.	35
1. De qué modo pecamos con el pensamiento.	36
2. Qué debemos practicar para no incurrir en pecado de pensamiento.	38
Divisiones.	40
Perdon de las injurias. (ED.)	41

(* Cada epígrafe es un extracto de la materia que contiene los párrafos de cada uno de los Sermones, señalados con el número que lleva dicho epígrafe.

1. Nuestra dignidad, como imágenes de Dios, el haber sido perdonados, y la sensibilidad y la caridad nos obligan á perdonar.	41
2. El temor y la esperanza disponen al alma á perdonar.	49
Pereza.	49
1. En qué consiste el abominable vicio de pereza.	50
2. Cuáles son sus funestas consecuencias.	52
Divisiones.	55
Perfeccion cristiana. —Véase: Justicia cristiana.	
Perjurios. Véase: Juramentos.	
Persecuciones.	56
1. Persecucion de la fuerza.	56
2. Persecucion en nombre de la ciencia.	58
3. Persecucion del desprecio.	59
Perseverancia. I.	61
1. Obligacion de perseverar en la gracia.	62
2. Medios para conseguir esta perseverancia.	65
Perseverancia. (<i>Motivos y medios de</i>) II.	68
1. Motivos de perseverancia.	69
2. Medios de perseverancia.	71
Perseverancia. (<i>Ventajas de la</i>) III.	72
1. Ventajas inherentes á la perseverancia.	72
2. Respuesta al pretexto de que es difícil.	75
Divisiones.	75
<i>Pasajes de la Sagrada Escritura.</i>	76
<i>Figuras de la Sagrada Escritura.</i>	76
<i>Sentencias de los Santos Padres.</i>	78
Piedad.	79
1. Es preciso que Dios nos revele cuál es el mejor modo de ser piadosos y de darle lo que le pertenece.	80
2. Son pocos los cristianos que tienen la verdadera piedad.	85
Divisiones.	88
Piedad falsa. —Véase: Devocion verdadera y falsa.	
Placeres. (<i>Amar á los</i>).	89
1. Los placeres son fuentes de dolor.	90
2. Los dolores son fuentes fecundas de placeres puros.	94
Divisiones.	97
Plagas. —Véase: Aflicciones y Calamidades publicas.	98
Pobres. (<i>Su dignidad en la Iglesia</i>)	99
1. Los pobres son primogénitos de la Iglesia.	99
2. Los ricos no son recibidos en la Iglesia sinó para servir á los pobres.	101
3. Los ricos no reciben gracias sinó por manos de los pobres.	103
Pobres de la parroquia.	104
1. Motivos que deben impulsarnos á hacer limosna.	106
2. Pretextos con que muchos se dispensan de hacerla.	108
Divisiones.	109
Pobreza y Riqueza.	109
1. Condiciones con que la riqueza puede aspirar á la beatitud de la pobreza.	111
2. Condiciones con que la pobreza podrá librarse de la maldicion de la riqueza.	115
Divisiones.	117
<i>Pasajes de la Sagrada Escritura.</i>	118
<i>Sentencias de los Santos Padres.</i>	119

	Pag.
Política.	121
1. Los preceptos de la política, cuando falta á la religion, salen siempre fallidos.	122
2. Y hasta se vuelven contra ellos.	125
Porcióncula; véase: Indulgencia de la porcióncula.	
Postrimerias ó novísimos; véase: Muerte, juicio, infierno y gloria.	127
Pontificado supremo de la Iglesia.	
1. El Romano Pontífice es la piedra fundamental de la Iglesia.	129
2. El Romano Pontífice es el monte sublime colocado sobre la cima de todos los demás montes.	135
Predestinación I.	141
1. No debemos temer por nuestra salvacion toda vez que ésta depende de Dios.	142
2. El pecador, por criminal que sea, puede llegar á ser predestinado.	144
Predestinación II.	147
1. El que se condena, por su culpa se condena.	149
2. El que cumple con la ley, infaliblemente se salva.	150
<i>Divisiones.</i>	154
Predestinados; véase: Escogidos.	
Predicación; véase: Palabra de Dios.	
Predicador. (<i>Sus obras no pueden perjudicar á su doctrina</i>).	155
1. Juicio que debemos formar de nuestros sacerdotes.	156
2. Sus culpas no deben impedir que los fieles reciban con sumision sus enseñanzas.	160
Premios. (<i>Distincion de</i> ; véase: Escuelas.	
Prensa. (<i>La licenciosa é impía</i>).	163
1. Males causados por la prensa.	164
2. Su remedio.	169
Preparacion para la muerte; véase: Muerte.	
Presencia de Dios; véase: Dios.	
Presuncion de salvarse sin méritos.	172
1. Las buenas obras son necesarias para la salvacion.	173
2. El que confia salvarse sin méritos labra su eterna condenacion.	175
Probidad; véase: Hombre de bien.—Honradez.	
Procesiones.	177
1. Por qué fueron instituidas las procesiones.	178
2. Cómo se debe asistir á ellas.	179
<i>Divisiones.</i>	182
Predigo; véase: Hijo predigo.	
Profecías.	183
1. Posibilidad de las profecías.	184
2. Carácter de las profecías.	185
Profesion religiosa; véase: Religiosa.	
Profetas falsos.	187
1. Debemos huir de los profetas falsos.	187
2. Cómo se reconocen los profetas falsos.	189
Progreso espiritual.	193
1. La gloria de Dios nos obliga á progresar en la virtud.	194
2. Tambien nos obliga á ello nuestro propio interés.	198
Prójimo; véase: Amor al prójimo, y Caridad.	
Promesas de Dios y del mundo; véase: Banderas (<i>Las dos</i>) y Mundo.	

	Pag.
Propagacion de la fé; véase: Fé.	
Propiedad. (<i>Derecho de</i>) I.	203
1. Causa de que sea atacada la propiedad.	205
2. Medios de defenderla.	209
Propiedad. (<i>Derecho de</i>) II.	215
1. La Sagrada Escritura consagra el derecho de propiedad.	215
2. Respuesta á las objeciones.	218
Prosperidades temporales. (<i>Peligro de las</i>).	219
1. Las prosperidades temporales sirven de ocasion al pecado.	220
2. Y son un obstáculo para la penitencia.	224
<i>Divisiones.</i>	227
Providencia. I.	228
1. La Providencia divina se extiende á todos los seres en general.	229
2. El dogma católico de la Providencia es perfectamente racional.	230
3. Es, además, consolador.	234
Providencia. (<i>Solucion de las dificultades de la</i>) II.	237
1. Solucion de las dificultades contra la Providencia en el orden natural.	238
2. Solucion de las dificultades contra la Providencia en el orden sobrenatural.	244
Providencia. (<i>Accion de la</i>) III.	248
1. La Providencia nunca falta al hombre.	249
2. El hombre falta á la Providencia.	250
<i>Divisiones.</i>	252
<i>Pasajes de la Sagrada Escritura.</i>	252
<i>Figuras de la Sagrada Escritura.</i>	253
<i>Sentencias de los Santos Padres.</i>	254
Prudencia.	255
1. La prudencia es el elemento necesario de gobierno en el régimen de las naciones.	256
2. Es la virtud de todas las sociedades y de todos los dias.	259
Prudencia de los hijos del siglo.	262
1. Prudencia de los hijos del siglo.	263
2. En qué sentido debemos imitarlos.	265
Prudencia de la salvacion.	268
1. Carece de toda prudencia quien no tiene la prudencia de la salvacion.	268
2. La prudencia de la salvacion debe presidir en todos los negocios humanos.	271
<i>Divisiones.</i>	275
<i>Pasajes de la Sagrada Escritura.</i>	275
<i>Figuras de la Sagrada Escritura.</i>	277
<i>Sentencias de los Santos Padres.</i>	278
Pudor.	280
1. El pudor es un arma poderosa contra el vicio.	280
2. El lujo contribuye mucho á perder el pudor.	282
<i>Divisiones.</i>	285
Pureza; véase: Castidad y Virgindad.	
Purgatorio. (<i>Pruebas de su existencia</i>).	286
1. Pruebas de la Escritura.	286
2. Pruebas de la tradicion.	288
3. Pruebas de la razon.	288

	Pag.
4. Consuelo de esta creencia.	289
<i>Divisiones.</i>	289
Pusilanimidad.	291
1. No nos es lícito en un continuo estado de timidez.	292
2. Principales causas del temor mandano.	293
Racionalismo; véase: Religion.	
Razon. (<i>Para qué se nos ha dado</i>); véase: Religion.	
Recaidas; véase: Reincidencia y Perverserancia.	
Recompensas. (<i>El justo, en algun modo recompensado aún en esta vida, y castigado el pecador.</i>)	297
1. Los justos son felices aún en medio de sus padecimientos.	298
2. Y los pecadores desdichados aún en el coimo de sus placeres.	304
Reconciliación.	307
1. Dios no puede sufrir que los hombres vivan enemistados, y considera la caridad como una parte de su culto.	308
2. La causa de las enemistades es la division de bienes temporales.	312
<i>Divisiones.</i>	314
Reincidencia en el pecado. I.	315
1. Infeliz estado del pecador de reincidencia.	317
2. Sin una gracia especial no puede salir de tan lastimoso estado.	321
Reconciliación del pecado. II.	325
1. La reincidencia en el pecado no tiene excusa.	326
2. Todo debe temerse del pecado de reincidencia.	328
<i>Divisiones.</i>	331
<i>Pasajes de la Sagrada Escritura.</i>	332
<i>Figuras de la Sagrada Escritura.</i>	333
<i>Sentencias de los Santos Padres.</i>	334
Relaciones sociales.	336
1. Naturaleza de nuestras relaciones sociales.	336
2. Reglas para elegir y colocar á los convidados y acerca de la conversacion.	340
Religion (<i>La</i>) es necesaria al espíritu. I.	343
1. La Religion resuelve el problema de nuestra destinacion.	344
2. La razon nunca ha sabido resolverlo.	346
Religion (<i>La</i>) es necesaria al corazón. II.	350
1. El corazón tiene necesidad de que se le dicte la eleccion de los objetos que debe amar.	351
2. La religion sola puede enseñarnos á hacer tan difícil eleccion.	352
Religion (<i>La</i>) debe ser revelada. III.	356
1. La existencia de Dios demuestra la necesidad de una religion.	357
2. La religion verdadera debe ser revelada.	364
Religion práctica. IV.	370
1. El hombre es un sér esencialmente práctico; la religion, pues, debe ser esencialmente práctica.	371
2. La sociedad es práctica: debe pues ser también la religiosa.	376
<i>Divisiones.</i>	380
Religion; véase: Dudas sobre la religion.	
Religion (<i>Celo por la</i>); véase: Celo.	

	Pag.
Religion y Ciencia; véase: Concordancia de la religion con las ciencias.	
Religiosa. (<i>Toma de hábito</i>).	381
1. Quien se consagra á Dios con el voto de religion, elige al Señor para que sea con particularidad su Dios.	382
2. Dios es la herencia y el patrimonio de los que á él se consagran con el voto de Religion.	385
Religiosa. (<i>Toma de celo</i>).	388
1. Felicidad de la vida religiosa.	388
2. Medios de santificacion en ella.	390
Religiosa. (<i>Profesion de una</i>) I.	392
1. El espíritu del mundo procura extender su libertad, y el de la Religion procura someterla á Dios.	393
2. El espíritu del mundo obliga á dividir el corazón, y el de la Religion á dárselo todo entero.	397
Religiosa. (<i>Profesion de una</i>) II.	399
1. Dios pide á sus esposas un corazón vacío de todo lo que no es él.	400
2. Dios promete á sus fieles esposas el céntuplo en esta vida, y despues la vida eterna.	402
<i>Divisiones.</i>	403
Reliquias. (<i>Culto de las</i>).	404
1. El culto de las reliquias ha sido siempre un artículo de fé.	405
2. Este culto es piadoso, razonable y justo.	407
<i>Divisiones.</i>	410
Remordimientos; véase: Conciencia. (<i>Sus remordimientos</i>).	
Reprobacion y reprobados; véase: Escogidos.	
Reputacion. (<i>Sus ilusiones y peligros</i>).	411
1. En la mayor parte de las grandes reputaciones hay una grande ilusion.	412
2. Grave peligro de las reputaciones sólidamente establecidas.	414
Resignacion; véase: Conformidad con la voluntad de Dios y Paciencia.	
Respato humano. I.	419
1. Malicia del respeto humano.	420
2. Su locura.	423
3. Su injusticia.	424
Respato humano. II.	427
1. Nos encañamos cuando atribuímos al respeto humano algo feliz.	428
2. Pero aún cuando pudiera sernos ventajoso, debiéramos combatirlo.	432
<i>Pasajes de la Sagrada Escritura.</i>	436
<i>Figuras de la Sagrada Escritura.</i>	437
<i>Sentencias de los Santos Padres.</i>	439
Restitucion. I.	449
1. La restitucion es necesaria.	441
2. Sin embargo, es muy rara.	443
Restitucion. II.	446
1. Necesidad de la restitucion.	446
2. Como debe hacerse.	447
<i>Divisiones.</i>	450
Resurreccion de los cuerpos. I.	450

1. El dogma de la resurreccion tiene una relacion intima con las verdades principales del cristianismo.	451
2. Solo por el verdadero espiritu de Jesucristo podemos aspirar a la dicha de resucitar gloriosos.	458
Resurreccion de los cuerpos. II.	460
1. Pruebas de la resurreccion.	461
2. Objeciones.	466
<i>Pasajes de la Sagrada Escritura.</i>	469
<i>Pasajes de la Sagrada Escritura.</i>	471
<i>Sentencias de los Santos Padres.</i>	472
<i>Sentencias de los Santos Padres.</i>	474
Resurreccion espiritual.	475
1. Posos son las almas que resucitan espiritualmente.	478
2. Qué medios debe tomar el pecador para lograrlo.	480
<i>Divisiones.</i>	481
Revelacion.	
1. La nativa impotencia del espiritu humano demuestra la necesidad de la revelacion.	482
2. Tambien lo demuestra la necesidad de los dogmas.	484
<i>Pasajes de la Sagrada Escritura.</i>	488
<i>Sentencias de los Santos Padres.</i>	490
<i>Filósofos antiguos.</i>	491
<i>Filósofos modernos.</i>	492
<i>Tractados.</i>	493
Rico avariento.	
1. Vida ociosa y mundana que no está acompañada de virtudes ni de virtudes.	494
2. Su condenacion y castigo.	497
Rigor.	502
1. Debemos ser rigurosos con nosotros mismos.	503
2. Cómo debemos practicar este rigor.	504
Riqueza. I.	508
1. El siglo no puede resolver la dificultad que él mismo se ha creado.	500
2. El cristianismo lo resuelve perfectamente.	512
Riqueza. II.	517
1. Adquisicion de las riquezas.	517
2. Posesion de las riquezas.	519
<i>Divisiones.</i>	520
<i>Pasajes de la Sagrada Escritura.</i>	521
<i>Figuras de la Sagrada Escritura.</i>	523
<i>Sentencias de los Santos Padres.</i>	524
<i>Sentencias de los Santos Padres.</i>	526
Rogativas.	
1. Si queremos que se alejen de nosotros las calamidades publicas, debemos dirigir á Dios fervorosas oraciones.	527
2. Debemos recurrir como á intercesores á los santos.	528

